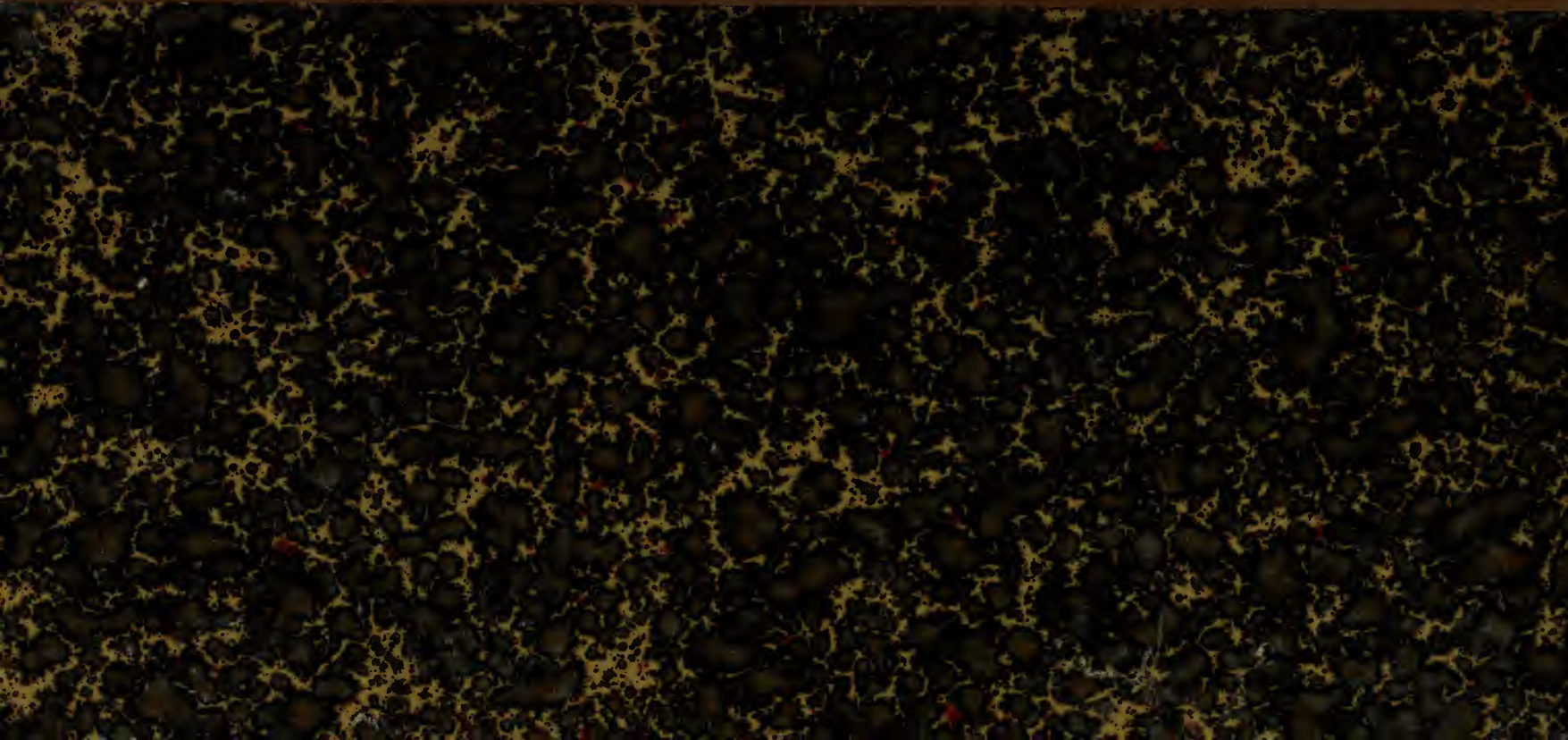
3 1761 08158642 2



ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 16. NÚM. 190.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

OCTUBRE 1904

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020
10.068

162666

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 16
no. 190-92

EL INDIVIDUALISMO DE NIETZSCHE

Y LA TEORÍA SOCIOLÓGICA DEL GENIO

Si algo distingue á la idea anarquista es el despecho de la propia existencia, despecho que para los literatos jóvenes roídos por el amor propio se convierte, no ya tanto en odio á la sociedad, como en desdén hacia las grandes aspiraciones de democracia y solidaridad que hasta hoy venían animando al mundo; pues de todo esto acaba de dar buena cuenta un escritor tan anárquico y atrabiliario como Nietzsche, en un libro que hace pocos años nos ofreció á modo de testamento filosófico. El libro se titula *Así hablaba Zaratustra*, y de él sabemos, entre otras cosas, que «es la producción más profunda que la humanidad posee». Nietzsche, que, por razón de los espantosos y frecuentes extravíos de su entendimiento y de sus costumbres, debió de ser tenido por un alma enferma, se impuso á sí mismo como idea fija el deseo de ser apellidado regenerador de la humanidad. Trátase de un hombre inepto en ciencia, un fullero audaz en forjar excentricidades y errores. En vida poseyó un renombre brillante, á lo menos entre los pensadores poco experimentados; pero estuvo inficionado de todos los defectos de su nación: tendencias aristocráticas, desprecio á las multitudes, fanatismo por el derecho de los más inteligentes y marcada predilección por el régimen de la fuerza. Si tuviéramos que definir en una sola palabra el objeto de las expectoraciones lanzadas por aquella calamidad *fin de siècle*, sólo lo podríamos hacer diciendo que era la apoteosis de los preten-

didos «hombres superiores». En efecto: después de haber proclamado la destrucción de las prescripciones legales, justo era proclamar la omnipotencia de las voluntades fuertes. Tiranía con los débiles, tiranía con los ignorantes: son las dos fases de un mismo error, que consiste en someter la sociedad á los «mejores», y la vida absolutamente libre á la lucha y al ideal de la victoria. He aquí por qué se atreve á afirmar uno de los más calificados anarquistas franceses, inspirado líricamente en Nietzsche, que, en el porvenir, la verdadera sociabilidad no consistirá en una paz universal, como la que el organismo vulgar sueña, sino sencillamente en oprimir y explotar el fuerte al débil, el culto al inculto. «En ausencia de toda ley, dice Gourmont (1), el ascendiente de los hombres superiores será la sola ley; y su justo despotismo, incontestable: es preciso el despotismo para que provea á los imbéciles de buenos bozales, porque, sin inteligencia, el hombre muerde». Esta forma cínica del anarquismo, que no es más que una estúpida adoración de sí propio, llega, pues, al aborrecimiento y al exterminio de las plebes, de los sencillos, del vulgo. Es lo contrario del otro, del anarquismo verdadero (2).

Pero me equivoco al hablar del *anarquismo* verdadero como favorable á la *democracia* social: éstas son dos palabras que se excluyen mutuamente. De la anarquía arranca el despotismo. Será déspota el más fuerte ó el más hábil. Si algo falta al anarquismo contemporáneo para el despotismo perfecto, culpa es de los tiempos y no de su espíritu propio. Y ¡qué impresión produce al hombre independiente oir á los anarquistas intelectuales hablar mal de los suyos con ascos y remilgos de plebeyos aristocratizados! ¡Qué coraje causa notar cómo revisten sus doctrinas con una forma pedantesca, desdeñosa, que excluye toda familiaridad con las inteligencias de orden inferior! ¡Qué asco no da, por ejemplo, leer en Nietzs-

(1) *Entretiens*, Abril 1892.
(2) Desjardins, *Revue Bleue* de 23 de Diciembre de 1893.

che, el gran pazguato de la *transmutación de los valores*, frases como ésta, que se aduce para justificar lo intrincado de su estilo: «He puesto una valla en mi jardín para que no penetren ni los ladrones ni los puercos»! Lo verdaderamente salvaje y sucio es aquí la bárbara soberbia de Nietzsche.

A semejanza de esos perros de los viajeros polares, que se vuelven locos porque no ven el sol, Nietzsche se ha vuelto loco por el eclipse del *superhombre* que el movimiento democrático é igualitario de las sociedades modernas ha traído consigo. Es difícil hablar con más claridad y desesperación de lo que hace Baroja en una de sus últimas novelas (1), interpretando los pensamientos de Nietzsche, de quien me parece que se va declarando partidario (2): «Todo se hace mediano. En tiempo de Moisés había un grande hombre, ó dos ó tres; los demás no valían nada. El valle estaba hondo, la cumbre alta. Ahora en la humanidad y en la Naturaleza sucede lo mismo: la cumbre se desmorona, el valle va subiendo. Dentro de algunos miles de años, en la tierra no habrá montes y en la humanidad no habrá genios (3). Vamos á la planicie... ¿Cuándo

(1) *El mayorazgo de Labraz*, 190.

(2) Hace cuatro años no lo era. Véase, en prueba de ello, su artículo contra *Nietzsche y su filosofía*, publicado en la *Revista Nueva*, I, 21.

(3) Símil de todo punto falso y contrario á la historia de la Naturaleza, é inaplicable, por lo tanto, á la de la humanidad. Si Baroja se hubiese tomado siquiera el trabajo de recorrer superficialmente un Manual elemental de Geología, se hubiera guardado muy bien de enunciar semejante juicio. Los geólogos admiten que hasta la época de los diluvios no existían esas altísimas cordilleras de los Andes y del Himalaya, y acaso tampoco la de los Alpes, cuyos altísimos picos se elevan á cerca de 9 kilómetros; que probablemente todas las demás cordilleras, como los Cárpatos, el Cáucaso, el Ararat, los Pirineos y otras, eran en aquella fecha mucho más bajas que en la actualidad, á pesar de los fenómenos de erosión invocados por algunos en contrario, pues nadie ignora la suma lentitud con que obran estos fenómenos, y lo poco que pueden contrarrestar el movimiento centrífugo de las masas impelidas por el fuego central ó por la formación de repliegues en la corteza terrestre, según quieren otros geólogos. En la Naturaleza, como en la humanidad, las montañas, lejos de ser antiguas, son lo único verdaderamente moderno. Recuerde Baroja el levantamiento de la isla de Camiguín (Filipinas), en 30 de Abril de 1817.

dará la humanidad ejemplos de una tan grande energía como dió en Aníbal ó en César?» El mismo caso del más famoso de los Borgia, ¿se repite hoy? Recordemos el epitafio que le pusieron en la iglesia de Viana, donde le enterraron:

Aquí yace en poca tierra
El que toda le temía,
El que la paz y la guerra
En su mano la tenía.
¡Oh tú que vas á buscar
Dinas cosas de loar,
Si tú loas lo más diño,
Aquí pare tu camiño,
No cures de más andar!

Ofendería á mis lectores si no dejase á su cargo el presentar las objeciones que gusten al individualismo de Nietzsche, adoptado y ensalzado por Baroja. Este individualismo parte de un punto de vista infantil y estético, que tiene más de religioso que de científico; mira al genio en relación con el vulgo de los hombres, como á las Amazonas en relación con los demás ríos, á los Andes con las demás cordilleras, ó al cóndor con las demás aves; recuerda al hombre primitivo que se prosternó con admiración ante el rayo y otros fenómenos de la Naturaleza, creyéndolos seres personales poderosos, sin atreverse á buscar las leyes generales y naturales en que tienen su origen; olvida, en fin, que los grandes hombres no han sido necesarios sino para educar ó castigar al menos la ordinaria pequeñez humana, no existiendo sino por oposición á ella, no imponiéndose á causa de su valor subjetivo, sino de la degeneración del medio en que se ha desarrollado. Los genios, los héroes, los dominadores, los grandes hombres en general, han triunfado de obstáculos inmensos, casi monstruosos, precisamente porque ahí estaba el secreto de su poder y de su valor; pero ¿cómo han de triunfar de un enemigo tan bien armado como la democracia? La democracia no es ya un obstáculo que se opone en su camino al grande hombre; es un receptáculo á

que tiene él que ir á parar, y que esteriliza de la manera más sencilla del mundo sus energías. Cabe explicarle aquel paso de Feuris Wolf, en lucha con los Dioses del Norte: éstos fueron incapaces de sujetar al héroe con acero ni con peso de montañas; el acero lo destruía y á las montañas les daba puntapiés; pero pusieron á sus pies una tela más delgada y tenue que la de la araña, y con ésta le sujetaron; porque cuanto más daba de puntapiés, tanto más se enredaba. He dicho en otro lugar que el hombre del vulgo ha sido con frecuencia estrella errante, que aspira sólo á ser satélite del primer planeta en cuya órbita de atracción caiga. Ahora bien: gracias á la difusión de la cultura, esta tendencia va siendo más rara cada vez. Pero la nivelación que produce no se puede llamar la medianía. La medianía sólo existía cuando había genios. Hoy no hay más medianía que la voluntaria, ni más genios que los que se han hecho muy superiores por su esfuerzo propio á otros que hubieran podido pasar por genios en anteriores épocas. De este modo la universalidad de la ciencia, que tanto aborrece Nietzsche, no sólo ha movilizado y socializado el progreso, sino que lo ha hecho más refinado y más personal; no sólo no ha destruído el genio, sino que lo ha multiplicado y enriquecido, convirtiéndolo en progresivo á su vez, introduciendo en él categorías y diferencias.

Así es, que en nuestra época es imposible repetir con Horacio, habitante de otro medio: «Aborrezco al vulgo innoble, y lo rechazo lejos de mí» (1). Pero tampoco sería justo exclamar con Nietzsche (2) en un día de desaliento: «He buscado los grandes hombres, y nunca he hallado otra cosa que los monos de su ideal». El odio del uno y la desilusión del otro encierran igual exageración.

Lo que sí puede asegurarse como cierto es que la fuerza de generalización que constituye el genio se dispersa bajo la

(1) *Odi profanum vulgus et arceo.*
(2) *El crepúsculo de los ídolos,* 14.

influencia de la presión social, concentrándose á la vez en centros de cultura que van poco á poco destruyendo la fábula del genio egoísta y solitario que recibe inspiración de su propio aislamiento. Actualmente, así como la cuarta parte de los habitantes del globo vive en las poblaciones grandes (lo prueba la estadística), así también la cuarta parte de las inteligencias reside en los centros de cultura por medio de la Universidad, la alta prensa, la difusión de libros, etc., etc. Al mismo tiempo, la división del trabajo ha dificultado la posibilidad de generalizaciones sintéticas y, en consecuencia, la posibilidad del *superhombre*.

No se crea que esto es para mí en absoluto una prueba de verdadero é íntimo progreso. Puede contestarse (y no han dejado de hacerlo los discípulos de Nietzsche y Schiller antes y mejor que ellos) que se trata de una inferioridad del individuo en medio de la superioridad de la especie. Aquí, Schiller, cristiano por el sentimiento, comparte con Nietzsche, totalmente pagano, su admiración por aquella civilización, *rica á la vez de fondo y forma*, y en la cual, para formar un tipo magnífico de humanidad, se unían la juventud de la imaginación y la virilidad de la razón, porque todavía el mundo del espíritu y de los sentidos no habían sido excitados por la discordia á dividirse hostilmente y á encerrarse en infranqueables límites. En sus arranques más elevados, siempre la razón llevaba con amor á la materia tras de sí; y por delicado y sutil que fuese su análisis, nunca la mutilaba. Cada Dios, individualmente considerado, abarcaba en sí la naturaleza humana íntegra (1). En el mundo moderno, la imagen de la especie anda tan dispersa y hecha menudos fragmentos en los individuos, que es preciso agotar la serie de ellos para reconstituir la totalidad de la especie. Cualquiera diría que entre nosotros las fuerzas espirituales se muestran en la realidad tan separa-

(1) Sigo en esta exposición á Menéndez Pelayo, *Historia de las ideas estéticas en España*, IV, I, 78.

das como lo están teóricamente por la psicología, y vemos, no solamente á individuos aislados, sino á clases enteras, no desarrollar más que una parte de sus facultades. Esto depende de que los antiguos recibían su forma espiritual de la naturaleza, que todo lo une, y los modernos la reciben del entendimiento, que todo lo separa. División de las ciencias hasta el infinito; ruptura entre la razón intuitiva y la razón especulativa; ruptura entre la imaginación y la abstracción; el Estado convertido en grosero mecanismo, al revés de aquellos Estados antiguos, «verdaderos pólipos, donde cada individuo gozaba de una vida independiente, y podía, en caso necesario, considerarse como un todo»; discordia entre la Iglesia y el Estado, entre las leyes y las costumbres, entre el goce y el trabajo, entre los medios y el fin, entre el esfuerzo y la recompensa. El hombre, encadenado eternamente á un solo y pequeño retazo de la totalidad, sin desarrollar nunca la armonía de su sér, ni imprimir á su naturaleza el sello de humanidad, sino recibiendo pasivamente la huella de la ocupación á que se entrega ó de la ciencia que cultiva. La letra muerta, usurpando los fueros del espíritu vivo, y la memoria los del ingenio y el sentimiento; el desarrollo anormal de las funciones particulares, contrariando y esterilizando el fin total del hombre, sacrificado inhumanamente al genio de la especie. La tensión de las fuerzas espirituales aisladas puede crear hombres extraordinarios, pero sólo el equilibrio de estas fuerzas produce hombres perfectos y felices. Quizá lleguen á serlo las generaciones futuras; pero nosotros, para prepararles tal bienandanza, para que ellas puedan desarrollar por medio de una libre cultura la naturaleza humana entera, nos habremos consumido obscuramente en trabajos serviles, llevando impreso, por miles y miles de años, en nuestra naturaleza mutilada, el sello infamante de la esclavitud (1).

---

(1) Menéndez Pelayo, *Historia de las ideas estéticas en España*, IV, I, 80.

Claro está que en el curso de estas ideas de Schiller hay mucho de verdadero. En la antigüedad, las fiestas públicas, los monumentos, los espectáculos, la vida política, no eran más que ramas diversas de una misma obra de religión y de arte, viva, general y visible. Pero esto no prueba la mayor prodigalidad del *superhombre* en el sentido de Nietzsche: más bien puede invocarse en favor de la concepción opuesta. Como lo ha demostrado Schelling (1), si la mitología griega encierra una acepción infinita y símbolos para todas las ideas, es porque se ha formado lentamente en el seno de un pueblo, lo cual no nos permite creer en un designio premeditado y armónico. Revelaría insigne ceguedad no convenir en ello.

Por otra parte, ¿es cierto, como asegura Nietzsche y repite Baroja, que en nuestra sociedad no existe el grande hombre, que éste es un ejemplar de épocas pasadas? Podría uno contentarse con responder á esta afirmación que somos tan incapaces de darnos cuenta de lo último como incapaz sería un contemporáneo de San Pablo de darse cuanta de lo que éste llegaría á representar y ser á los ojos de la posteridad. Nuestras observaciones en este punto nos autorizan sólo para hablar de nuestra experiencia, la cual abarca una pequeñísima parte del tiempo indefinido. Nuestra mirada penetra sólo en una barranca ú hoz de la inmensa sierra de la Historia; ¿cómo, pues, nos atrevemos á juzgar el carácter de toda la montaña por las rocas de esta última hondonada?

Y, por desgracia para Nietzsche, á juzgar por lo que comparativamente sabemos mejor de los pretendidos *superhombres*, si concedemos á la ciencia social sus derechos sobre ellos, hay una razón que viene á hacerlos cada vez más extraños á la evolución de la especie, á menos de concebir su carácter personal más nulo de lo que se nos pinta generalmente. En efecto: empezando por Zoroastro, el favorito de Nietzsche, nos hallamos con que no sabemos si ha existido. Las recientes opi-

(1) Véase á Joly, *Psychologie des grands hommes*, I, III.

niones de sabios de escuelas tan diversas como Darmesteter (1), Harlez (2) y Broglie (3) justifican las hipótesis de que no ha habido Zoroastro en el mundo, ó que se trata sólo de un personaje rústico, figurativo de la borrasca. Idéntico resultado arrojan sobre Buda las investigaciones de Senart (4), Mariano (5), Bennet (6) y Oldenberg (7); todo es mito en Buda, no hay en él un rastro de historia. Su religión, como la de Zoroastro, fué floración espontánea de una comunidad y de una época.

En otro orden de creaciones, como en la de las leyes de Licurgo, se ha reconocido un impersonalismo semejante. No tenemos ya á Licurgo ni á ningún otro legislador entre sus autores: se miran como el producto de ciertas condiciones y necesidades de carácter impersonal.

Partiendo de la misma idea, se han considerado cada vez como más impersonales por los historiadores los orígenes del pueblo judío. Este pueblo en sus principios era, como lo fueron también en sus comienzos tantos otros pueblos que han desempeñado un papel en la Historia, un conjunto de tribus heterogéneas. La tradición dió á estas tribus un número redondo, *doce*, y se transportó á los tiempos primitivos un *parentesco* que se dedujo más tarde de una manera abstracta; y la tradición, para mejor establecer este número, imaginó un árbol genealógico común (8). Algo semejante se observa en relaciones posteriores de distinto carácter. Los salmos, por ejemplo, esas magníficas concreciones del alma del creyente, que hoy sirven, en el culto cristiano, de plegaria individual, ¿fue-

(1) *Ormuzd et Arihman*, I, 1.
(2) *Dictionnaire apologetique*, art. ZOROASTRE.
(3) *Problèmes et conclusions de l'histoire des religions*, 334.
(4) *Essai sur la légende du Bouddha*, 440.
(5) *Buddismo et cristianesimo*, I, 2.
(6) *Life of Gundama*, III.
(7) *Buddha und sein leben*, 103.
(8) Gumplowicz, *Der Rassenkampf*, V, 47.

ron siempre fórmulas de libre expansión anímica? Todo lo contrario. En su origen, han comenzado por expresar los sentimientos tradicionales de la colectividad; eran oraciones colectivas, formalistas, y formaban parte del ritual de los sacrificios, del de las fiestas y del servicio del templo. Según la hipótesis exegética y filológica más plausible, el *yo*, en boca de quien son puestos ciertos salmos, no es el poeta mismo ni un individuo, sino la comunidad personificada.

¿Qué más? La existencia y realidad misma de Jesucristo, más próxima á tiempos históricos mejor escudriñados, ha sucumbido ante las nuevas críticas. Hoy, como en tiempo de Strauss, la vida de Jesucristo está envuelta en tinieblas; su personalidad, puesta en duda. Se continuará hablando de la *vida de Jesucristo* como se habla de la *salida del sol*, aunque se sepa positivamente que el sol no sale ni se pone. Ni ¿cómo podía ser de otra manera? Constantemente se repite por todos que el Cristianismo es una obra demasiado compleja para haber sido hecha por un solo hombre. Algunos miran con miedo esta conclusión; pero yo sostengo, en oposición á esos teólogos y creyentes pusilánimes, que es preciso acabar por comprender que el creer en un Cristo ideal, cuyo carácter se ha fijado según las diferentes épocas y etapas de la cristiandad, es tener un concepto tan elevado de nuestra religión como el creer que desde el principio se poseyó un Cristo histórico verdadero con todas las imposibilidades y todas las contradicciones contenidas en esta figura. ¿No hay cierta grandeza en mi modo de concebir el Cristianismo primitivo como una obra mística que lentamente fueron construyendo aquella legión de obscuros obreros, cuyos nombres no conserva la Historia? Es curiosa la confesión que se escapa á Renán (1), el gran enemigo de la mitología de los Evangelios y de su impersonalismo: «Inmensa ventaja para los libros destinados á conseguir popularidad, el ser impersonales. Lo obscuro de los

(1) *Nouvelles études d'histoire religieuse*, 200.

orígenes es condición de prestigio: el conocer al autor rebaja la obra y nos hace entrever, á pesar nuestro, detrás de los pasajes más hermosos, á un escritor ocupado en pulir frases y combinar efectos. Wolf ha puesto como primera condición para admirar en serio á Homero que consideremos la *Ilíada* y la *Odisea*, no como el fruto de las vigilias de un poeta que compusiese reflexivamente, sino como la creación impersonal del genio épico de Grecia. El encanto de la Biblia proviene en parte de que con frecuencia se ignora quién es el autor de cada libro. Los fragmentos que componen la segunda parte del libro de Isaías, *Levántate*, *resplandece*, *Jerusalén*, ¡cuánto más bellos nos parecen si escuchamos en ellos el grito de esperanza de un poeta desconocido, quizá el más grande de todos, anunciando durante el cautiverio la gloria futura de Sión! Precisamente lo grande está en que el autor se ha olvidado de sí propio hasta el punto de no poner su nombre al frente de su obra, ó en que su libro ha reflejado tan fielmente el pensamiento de una época, que la humanidad misma sustituye, digámoslo así, al autor; y éste adopta como suyas las páginas que aquélla reconoce haber inspirado».

También Heine (1) sigue este mismo derrotero. «¡Cosa extraña! Se ignora casi siempre cuál sea el autor de los libros más admirables, el creador de los poemas, de los edificios y de los monumentos más nobles del arte. ¿Cómo se llama el arquitecto que ideó la cúpula de Colonia? ¿Quién ha pintado bajo esa cúpula el retablo donde están tan admirablemente representados la encantadora Madre de Dios y los tres reyes magos? ¿Quién ha compuesto ese libro de Job que ha consolado á tantas generaciones de hombres afligidos? Los hombres olvidan con demasiada facilidad los nombres de sus bienhechores; los nombres de los buenos y de los nobles que han trabajado para la felicidad de sus conciudadanos, encuéntranse rara vez en boca de los pueblos; su tosca memoria no conserva más

(1) *De l'Allemagne*, V, 4.

que los nombres de sus opresores y de los crueles héroes de la guerra... El árbol olvida al silencioso jardinero que le ha preservado del frío, regado en tiempo de sequía y protegido contra los animales dañinos; pero conserva con fidelidad los nombres que se graban en su corteza con instrumento cortante, y los transmite á las razas venideras en caracteres cada vez más grandes».

El ilustre poeta revolucionario Víctor Hugo (1) ha escrito sobre la misma cuestión una frase mucho más enérgica aún: «Las cosas verdaderamente grandes no son obras de un hombre, sino que lo son de un pueblo. Las pirámides de Egipto son anónimas; las tres jornadas de Julio también lo son».

Por mi parte, mientras no se me demuestre, verbigracia, que el Cid existió (y es cosa bastante difícil de demostrar), seguiré negando la realidad de ese *superhombre* y viendo en él la forma legendaria y personal que tomó el militarismo de la Edad Media. Y extendiendo á los tiempos modernos mi criterio, dudaré todavía de otros *superhombres* celebrados que hayan sido otra cosa que la encarnación más brillante de la institución que representan, y cuya entrada en la vida pública pueda parecerse real y verdaderamente á la de esos buques de gran porte que ponen en revolución las aguas de un puerto. ¿Respóndeseme con el cuento de Napoleón y sus hazañas? Bah, ya os tiene dada la réplica el atravesado Emerson (2), y eso que se trata de un terrible defensor de la individualidad en la historia. «La clase democrática es la clase de la industria y el talento; Napoleón, su representante genuino... Si Napoleón fué Francia, si Napoleón fué Europa, fué porque el pueblo á quien regía eran pequeños Napoleones... El instinto de todos los hombres activos, bravos y hábiles de la clase media señala á Napoleón como el representante de la democracia. Tiene sus virtudes y sus vicios; tiene su espíritu y su ideal. Es una ten-

(1) *Ensayos sobre política y literatura*, 16.
(2) *Representative men*, IV.

dencia material que sólo busca éxitos sensuales y que emplea los medios más ricos y más diversos para llegar á este fin. Viven entre poderes mecánicos, y son altamente intelectuales, muy instruídos y de gran talento, pero subordinan todas sus fuerzas intelectuales y espirituales á los medios del éxito material. Ser rico: he aquí el fin... El hombre de la calle encuentra en Napoleón las cualidades de los hombres que se tropiezan por la calle. Ve que es un ciudadano como él, y que, por sus méritos nada incomprensibles, llegó á tal posición que podía permitirse todos los gustos que ambicionan los hombres: buena sociedad, buenos libros, rápido viajar, vestidos innumerables, criados, importancia personal, pronta ejecución de sus órdenes, actuar de bienhechor con todos los que le rodeaban, saborear el placer de ver cuadros y esculturas, oir música, tener palacios y honores: precisamente todo lo que satisface el corazón de un hombre del siglo XIX... Es absolutamente cierto que un hombre que, como Napoleón, se adapta á la inteligencia de las masas, resulta no sólo representante, sino también monopolizador y usurpador de todas ellas. Así, Mirabeau plagiaba todos los buenos pensamientos y todas las hermosas frases que se pronunciaban en Francia... Refiere Dumont que, estando él sentado en la galería de la Convención, oyó una conversación de Mirabeau. Se le ocurrió á Dumont que podría ponerla en forma de discurso, y lo escribió inmediatamente, enseñándoselo á lord Elgin, que estaba junto á él. Lord Elgin lo aprobó, y Dumont, por la noche, se lo enseñó á Mirabeau. Mirabeau lo leyó, y, juzgándolo admirable, dijo que había de incorporarlo en su discurso del día siguiente. *Es imposible* —dijo Dumont,—*porque, desgraciadamente, se lo he enseñado á lord Elgin.—Aunque se lo hubiera usted enseñado á lord Elgin y á cincuenta personas más, yo lo he de decir en el discurso de mañana;* y en efecto, lo incluyó, y con gran éxito, en su discurso. Porque Mirabeau, con su poderosa personalidad, comprendía que estas cosas inspiradas por su presencia eran tan suyas como si él mismo las hubiera dicho, y que al

apropiárselas les imponía el sello y respeto de su personalidad... Bonaparte fué el ídolo de los hombres ordinarios, porque poseía en grado eminente las cualidades de estos hombres. Hay cierta satisfacción en descender al campo de su política, porque allí nos vemos libres de zalamerías é hipocresías. Bonaparte trabajaba en común con la gran clase que representaba, por el poder y por la riqueza».

En suma: Emerson reconoce aquí claramente que el grande hombre debe clasificarse sin vacilaciones con todos los demás fenómenos de la sociedad que le dan nacimiento, es decir, entre los productos de estados anteriores de esta sociedad. Lo cual se comprueba por la forma misma de su destino en ella. Es una ley de la Naturaleza la de que los iniciadores mueran inmediatamente después de haber cumplido con su obra de iniciación. Creo que Ballanche ha dicho algo parecido. Pienso á menudo en ello cuando reflexiono en el destino de Napoleón y en que el mundo soporta al genio tan sólo cuando éste se somete á sus leyes (1). Emerson nos da derecho á pensar así con sus confesiones sobre Napoleón.

Pero si por esto cree el lector que Emerson ha colocado á la masa total muy por encima de la creencia en el genio y en la individualidad, y supone que después de consignadas estas citas no queda ya nada que añadir, modificará seguramente su opinión cuando lea el siguiente párrafo: «La humanidad se ha sometido y sujetado en todas las edades á unas pocas personas, que, ya por la cualidad de la idea que encarnaban ó ya por la amplitud de su receptividad, tenían derecho al cargo de guías y legisladores». Es decir, que tal como Emerson la concibe, la historia universal, la historia de lo que el hombre ha cumplido en el mundo, es en el fondo la historia de lo que los grandes hombres han realizado. Pero esos grandes hombres, ¿son una casta? ¿son cosa del destino? ¡Ah! ¡Emerson, como

(1) Lessing ha podido por esto definir el genio como *la más alta conformidad con la ley*.

Nietzsche y todos los anarquistas intelectuales, no ha leído más que la novela de la sociedad, no su historia! La sociología se pronuncia categóricamente contra la acción exclusiva del grande hombre, como generalmente lo hace contra todas las concepciones relativas á la existencia de una individualidad superior al género humano en conjunto. Si hay en tal ciencia una ley bien determinada, es la de la evolución integral, que establece que un hombre de genio no puede ser la expresión de todos los siglos; que su inteligencia es necesariamente traspasada un día ú otro por el pensamiento ó, mejor, por la voluntad humana en marcha; que la verdad descubierta por él no es la verdad completa, sino un simple medio para descubrir nuevas verdades, un eslabón de una cadena sin fin.

Hay también otra ley sociológica que se opone al sistema de Emerson y de Nietzsche. Es la ley de la continuidad histórica, según la cual un hombre de genio es siempre más ó menos la expresión de su siglo, no siendo posible referir á él todo el honor de sus creaciones. En el sabio ó en el espíritu de acción más original se pueden ir contando uno por uno los hilos del telar ajeno que han ido entrando en la trama. ¿Cómo así, si el progreso social no se explicase más que por el genio ó la individualidad superior? Nota Spencer (1) muy acertadamente, que para semejante cuestión no hay más que dos respuestas posibles: ó el origen del grande hombre es sobrenatural, ó natural. En el primer caso, se trata de un dón celestial dado á la masa total de hombres y creado sin ellos y

(1) Spencer es de los que atribuyen conmigo toda ó casi toda la virtualidad de las transformaciones históricas á la colectividad humana. Aun en su notable artículo de rectificación *What is social evolution* (publicado en *Nineteenth Century*, Octubre 1898), al defenderse contra Mallock, que le había reprochado desconocer el papel de los grandes hombres en el progreso, y afirmar que éstos pueden facilitar la evolución, insiste en que «su acción queda como muy secundaria». Véase mi artículo sobre el *Papel de los grandes hombres en la Historia* (publicado en La España Moderna, Abril 1902).

fuera de ellos, y vamos á parar al principio teocrático (1), y la ciencia no tendrá derecho ni medios de buscar su origen; pero si es obra colectiva, si presenta una evolución y un desarrollo regulares, es posible llegar por inducciones legítimas hasta su raíz, y convencerse de que no hay hombre grande para su ayuda de cámara... ni para el sociólogo. Gautier (2) dice con gran verdad: «Es un error creer que toda la gente que ha pasado por genios eran realmente hombres más grandes que los otros; no se sabe lo que los discípulos y los pintores obscuros que Rafael empleaba en sus obras han contribuído á su reputación; él ha dado su firma al talento de varios; esto es todo. Un gran pintor, un gran escritor, ocupan y llenan solos todo un siglo; nada les corre más prisa que tentar á la vez todos los géneros, á fin de que si les sale algún rival puedan desde luego acusarlo de plagiario y detenerlo en los primeros pasos de su carrera; es una táctica conocida, que no por ser muy vieja deja de producir siempre efecto. Puede darse el caso de que un hombre ya célebre tenga precisamente la misma clase de talento que otro hubiese tenido, y, so pena de pasar por su imitador, está obligado á desviar su inspiración natural y conducirla por otros cauces. ¿Había uno nacido para soplar á pulmón lleno en la trompa heroica ó para evocar los pálidos fantasmas de los tiempos pasados? Pues hay que resignarse á pasar los dedos sobre la flauta de siete agujeros ó á desatar nudos sobre un sofá, en el fondo de un

(1) En efecto: la teoría del *superhombre* es una teoría de pura cepa religiosa. Un escritor católico, Gerlache, la había formulado mucho antes de Nietzsche en estos términos: «El talento fué dado por Dios á algunos para iluminar y guiar á los débiles por el camino de la verdad... Impedir que el talento cumpla esta misión divina es un sacrilegio». Los mismos anarquistas que han conservado el espíritu cristiano y los hábitos del pietismo, como Tolstoi, llegan á proposiciones extrañas. Tolstoi cree que, en lo futuro, lo que debe mantener unidos en sociedades á los hombres ha de ser el influjo espiritual de los individuos más progresivos en el conocimiento sobre los más atrasados.

(2) *Mademoiselle de Maupin*, XI.

tocador, todo porque vuestro señor padre no se tomó el trabajo de echaros al mundo diez ó doce años antes, y porque el mundo no concibe que dos hombres cultiven el mismo campo. Así es que muchas inteligencias vense forzadas á seguir un camino que no es el suyo y á bordear continuamente el campo de que han sido desterradas; y aún se juzgan felices con echar una mirada de soslayo por encima de la cerca y ver abrirse al sol las hermosas flores matizadas cuya semilla poseen, y que no pueden sembrar por falta de terreno».

Esta elegante página es digna del escritor que más adelante dice: «Los hombres de genio son de muy pocos alcances, y por esto son hombres de genio; la falta de inteligencia les impide advertir los obstáculos que les separan del objeto á que se dirigen; van á él, y en dos ó tres zancadas recorren el espacio intermedio. Como su espíritu permanece obstinadamente cerrado á ciertas corrientes y no perciben sino las cosas más inmediatas á sus proyectos, hacen muy poco gasto de pensamiento y de acción; nada les distrae, nada les desvía, obran más por instinto que por otra cosa, y muchas veces, si salen fuera de sus dominios particulares, son de una nulidad incomprensible».

No existe evidentemente, desde el punto de vista de las ideas psicológicas, excusa alguna posible para los que aislan al genio del resto de los hombres; pero más inexcusables son los que exageran su influencia en éstos, desde el punto de vista de las ideas sociológicas. Podría confirmar aún más lo último analizando las definiciones que del genio se han hecho, desde la fórmula vaga y pretenciosa de Víctor Hugo: «los grandes hombres son los coeficientes de su siglo», hasta la solemne vaciedad de Nietzsche: «Los grandes hombres son como las grandes épocas, materias explosivas, enormes acumulaciones de fuerzas» (1). Pero lo que importa no olvidar es que éstos

(1) *El crepúsculo de los ídolos,* 128. Nietzsche admite en todo su rigor la anticuada é insignificativa teoría del *derecho* del genio ó del hombre

no son hechos aislados, sino que tienen causas psicológico-colectivas, y pueden explicarse sociológicamente. Esta explicación da al propio tiempo á conocer las causas de ese escepticismo sociológico que renuncia á explicar científicamente los fenómenos sociales, por no considerar en el curso de la civilización más que el recuerdo de las personas notables y de sus acciones. Toda vez que en esta creencia, no formulada-quizá netamente, pero implícitamente aceptada, estamos educados casi todos, conviene que para los lectores menos versados en ciencia social tracemos un breve y somero bosquejo que ponga á la vista de dónde viene, copiándolo en todo lo esencial de un escrito de Spencer (1). La cosa debió de haber pasado de la manera siguiente:

Reunidos alrededor del fuego de su campamento, los salvajes cuentan los fastos de caza de la jornada; el que entre ellos ha dado alguna prueba de destreza ó habilidad, recibe el tributo de alabanzas que le es debido. A la vuelta de una expedición militar, la sagacidad del jefe, la fuerza y el valor de tal ó cuál guerrero, son los asuntos que siempre se tratan. Cuando el día ó los recientes acontecimientos no suministran hechos notables, se habla de las hazañas de algún jefe famoso recién muerto, ó bien de un fundador legendario de la tribu; algunas veces se entregan á una danza, que representa de un

---

superior, y la defiende con una candidez y unos argumentos que me han recordado más de una vez el chistoso apólogo del *zorro confesor*. Los animales, deseando confesarse, eligieron al zorro como el más discreto para juzgar y aconsejar. Muerto de miedo el pobre zorro, responde al león, que le relata mil atrocidades, que son pecadillos veniales sin los cuales no podría desarrollar cumplidamente su vigorosa y arrogante naturaleza. Al tigre le contesta que todas las hazañas sanguinarias y de carnicería de que se acusa tienen perdón, y hasta son loables desde cierto punto de vista. Lo mismo hizo con la hiena y con otros animales feroces. Por último: el asno, que confesó haber comido unas espigas de trigo en cierto campo, fué su víctima: le acusa de haber triturado la materia del Santísimo Sacramento, y le condena á muerte, con la aprobación de los demás animales.

(1) *Study of sociology*, II.

modo dramático las victorias recordadas en los cantos. Estos relatos, relacionándose con la prosperidad y la existencia misma de la tribu, presentan el más vivo interés; en ellos encontramos la raíz común de la música, del drama, de la poesía, de la biografía, de la historia y de la literatura en general. La vida salvaje apenas presenta otros sucesos que merezcan ser notados; la crónica de las tribus apenas contiene otra cosa que valga la pena de mencionarse.

Lo mismo acontece con las primeras razas históricas. Los frescos de los egipcios, las pinturas naturales de los asirios, representan hazañas de sus grandes hombres; las inscripciones, como las de la piedra moabita, no cuentan más que las acciones de los reyes; sólo por inducción se pueden sacar otras enseñanzas de estos documentos primitivos: pinturas, jeroglíficos é inscripciones. Lo mismo se puede aplicar á las epopeyas griegas. Aunque incidentalmente, nos enseñan que había ciudades, barcos, guerra, convoyes de guerra, marinos, soldados para combatir y dirigir el combate; sin embargo, el objeto directo es poner en evidencia los triunfos de Aquiles, las proezas de Ayax y la prudencia de Ulises, y otras cosas análogas.

Las lecciones dadas á todos los niños civilizados implican, como las tradiciones de los bárbaros ó de los semicivilizados, que en todo el pasado de la raza humana, las acciones de los personajes notables son las únicas cosas dignas de mención. Cómo Abraham se fué á este ó á otro sitio; cómo Samuel transmitía los mandamientos divinos, á los cuales Saúl desobedecía; cómo David contaba sus aventuras del tiempo en que era pastor, y cómo fué reprendido por sus malas acciones cuando rey; estas personalidades y otras análogas, he ahí los hechos que interesan al lector de la Biblia, y fijándose en las cuales es catequizado; las indicaciones relativas á las instituciones judías, que inevitablemente se deslizan en la narración, no tienen importancia para él ni para sus maestros. De la misma manera, cuando, de pie y con las manos atrás, recita

su lección de historia, ¿qué se le da á aprender? Debe decir cuándo y por quién Inglaterra fué invadida, qué jefes resistieron á la invasión y cómo fueron muertos; lo que hizo Alfredo y lo que dijo Canuto; con quién combatió en Azincourt y quién le venció en Flodden; qué rey abdicó y cuál otro usurpó el trono; etc. Si por una casualidad viene á colegir que había siervos en aquella época, que los barones eran soberanos locales, que unos eran vasallos de otros, que su subordinación al poder central se operaba poco á poco: éstos son hechos que se tratan como secundarios.

Lo mismo sucede cuando el joven pasa á manos de su maestro de humanidades. «Las armas y el hombre» son el fin y el principio de la historia. Después de la mitología, que naturalmente es esencialísima, se pasa á los méritos de los gobiernos y de los soldados, desde Agamenón hasta César. El conocimiento que se adquiere de la organización social, de las costumbres, de las ideas, de la moral, apenas se extiende más allá de lo que puede deducirse de las enseñanzas biográficas. El valor de la ciencia está tan singularmente evaluado, que sería vergonzoso no estar instruído en los amores de Zeus, ó no poder nombrar al que mandaba en Maraton, mientras que es lícito ignorar en absoluto el estado social que existía antes de Licurgo, ó el origen y las funciones del Areópago.

Así la teoría del gran hombre en la historia halla siempre espíritus dispuestos á aceptarla (en el fondo no es más que la expresión precisa de lo que existe en estado latente en el pensamiento del salvaje, de lo que está implícitamente afirmado en todas las tradiciones primitivas, y de lo que se enseña á cada muchacho por medio de innumerables ejemplos). La facilidad con que se acepta tiene causas más especiales.

Citemos, en primer lugar, la universal afición á las personalidades, que era una cualidad activa en el hombre primitivo, y que domina todavía. En el niño que os pide le contéis un cuento, es decir, las aventuras de alguno, este gusto es manifiesto; en los adultos se satisface con los relatos de crímenes,

asuntos de divorcio, sucesos lamentables, nacimientos, matrimonios y defunciones; en las conversaciones callejeras se observa con no menor exactitud; los fragmentos de diálogos que oímos al pasar, prueban que, casi siempre entre hombres y siempre entre mujeres, los pronombres personales se repiten á cada instante. Si queréis apreciar el talento de una persona, no tenéis mejor medio que observar qué proporción guarda en sus conversaciones de las generalidades á las personalidades, en qué grado reemplazan á las verdades simples (concernientes á los individuos) las verdades abstractas, deducidas de numerosas experiencias sobre los hombres y las cosas. Cuando hayáis examinado de esta suerte á muchos hombres, sólo encontraréis un corto número que estén habituados á considerar la marcha de la humanidad de otro modo que desde un punto de vista biográfico.

En segundo lugar, esta teoría del gran hombre se recomienda, porque es ocasión de diversión al mismo tiempo que de instrucción. Cuando gusta oir contar las acciones y palabras de los hombres, es agradable oir que para comprender la marcha de la civilización basta leer con atención la vida de los hombres distinguidos. ¿Puede haber doctrina más seductora que ésta? Dando satisfacción á un instinto estrechamente ligado con el que sienten las comadres del pueblo, informándoos por la lectura, como lo harían por la conversación, de los hechos notables que atañen á personalidades notables, adquirís una ciencia que os hace comprender por qué las cosas han pasado en el mundo de tal y cuál modo, y que os permite formaros una opinión exacta sobre todas las cuestiones, de las cuales debéis ocuparos como ciudadano.

En tercer lugar, las explicaciones á que llegáis por este medio son admirablemente sencillas, y parecen muy difíciles de comprender. Aunque os disgusten los conceptos, como á tantas personas les disgustan, las soluciones que obtenéis presentan un aspecto muy satisfactorio. Así como la teoría del sistema solar, según la cual los planetas han sido lanzados en

sus órbitas por la mano del Todopoderoso, parece aceptable mientras no se insiste en saber exactamente lo que hemos de entender por la mano del Todopoderoso; de la misma manera que las creaciones especiales de las plantas y de los animales parecen una hipótesis sostenible, en tanto que no queramos figurarnos con precisión el procedimiento mediante el cual una planta ó un animal puede ser súbitamente llamado á la existencia: igualmente el desarrollo de las sociedades, por la acción de los grandes hombres, puede admitirse mientras nos atengamos á las nociones generales sin querer particularizarlas.

Así, pues, la teoría del *superhombre* sólo se concibe en los tiempos primitivos, en que los rebaños humanos adoraban á los jefes que se apoderaban del poder, sea material ó espiritualmente (sacerdotes, poetas, hechiceros, etc.). Hoy, no obstante, algunos sociólogos siguen sosteniendo que para que un grupo social pueda adelantar es preciso que aparezca un individuo de raza superior que descubra nuevas verdades, ó que sintetice los detalles recogidos por el grupo (1). «Los genios, dicen, desaparecerán sin dejar huellas, si la sociedad, guiada por la ciencia, no se preocupa de conservar, mediante una cultura apropiada, los últimos vestigios de una humanidad superior, á la cual debemos en gran parte nuestra civilización, y de la que depende también su ulterior progreso».

En otra parte, y con el mismo objeto que aquí, he combatido el exclusivismo en la concepción del progreso. Este no es ni puede ser, al menos como relación actual y común á los hombres de una época, un simple aprovechamiento de los trabajos de los genios que han ilustrado el globo; hay en él algo impersonal, algo netamente específico, algo que supera al individuo, por lo mismo que éste no tiene más que apropiarse lo

(1) «El predominio de la síntesis es característico en el genio», dice el Dr. Winiarski en *L'Humanité Nouvelle,* exponiendo su teoría de los grandes hombres.

que existe, lo que ha tomado de una manera lenta derecho histórico y forma objetiva. Cada hombre de nuestros días puede franquear en veinte años la distancia que la humanidad ha franqueado en veinte siglos; pero la educación obra este prodigio poniéndole en relación con la *humanidad entera* á través del espacio y del tiempo, con todo lo que es conquista penosa de los combates del género humano, y no solamente con las grandes personalidades de la historia. Estas mismas personalidades, si siguen siendo superiores á la masa de épocas más adelantadas, es en lo que tienen de particular, de propio, no en lo que adquirieron del medio. Por esta razón, hasta el nominalista Stuart Mill halla absurdo que «nos gloriemos de haber superado las grandes inteligencias de Platón y Aristóteles, porque podemos preservarnos ahora de muchos errores en que cayeron ellos quizá inevitablemente; el que cuida de la caldera de una moderna máquina de vapor, produce con su ejercicio efectos mucho mayores que Milón de Crotona, pero no por esto es un hombre más fuerte». Y el buen Delbœuf tiene razón en decir: «Valemos más que los antiguos, no en el sentido de que lo que han hecho tenga menos valor que lo que hacemos nosotros, puesto que sus obras sirven de fundamento á las nuestras, sino en el sentido de que si, por un imposible, un Aristóteles ó un Santo Tomás pudiesen volver al mundo tales como fueron en su época, no serían quizá sino unos talentos medianos; sus cerebros hallarían gran dificultad en comprender mil cosas que nosotros comprendemos sin trabajo; quizá se negarían á adoptar el sistema de Copérnico. *No hemos, pues, de pedirles luces en todas las cosas*». Dice Max Nordau en el mismo sentido: «La mayoría significa en último análisis el pasado; la minoría puede significar lo porvenir, si ha puesto á prueba su originalidad. Aristóteles, el padre del saber actual en la mayor parte de los dominios del conocimiento, no podría hoy salir airoso en el examen del bachillerato, si se exceptúa en la asignatura de lengua griega, que por otra parte acaso tampoco había profundizado como un

filólogo de nuestros días. La teoría de Harvey sobre la circulación de la sangre, que pareció á sus contemporáneos algo así como una rebeldía contra la verdad reconocida hasta entonces, se enseña hoy sin el menor tropiezo en las escuelas primarias; y el genio que hoy se aisla desdeñosamente de la muchedumbre y se enorgullece de no tener nada de común con ella, por pensar y sentir de otro modo y por no ser por ella comprendido, el genio éste quizá se extrañaría si pudiera volver al mundo dentro de mil años, oyendo á los chiquillos expresar sus ideas más personales y más pasmosas con la misma naturalidad y de un modo tan corriente como se dan los buenos días».

Para determinar la razón de esta relación entre el genio y el medio desde el punto de vista de la criteriología social, citaré la sentencia pronunciada por Galiani con motivo de la literatura y de la crítica de Corneille y de Voltaire. Dice el escritor italiano, entre otras cosas contenidas en su famosa carta á Epinay: «Del mérito de un hombre sólo su siglo tiene derecho á juzgar; pero un siglo tiene derecho á juzgar de otro siglo». Creer que el genio puede ir por un lado y el medio por otro, sin que mutuamente se dañen, es concebir la vida histórica de un modo abstracto y anticientífico. El genio no se adelanta á su siglo; se limita, como reconoció Hegel, á seguirle y á terminar la obra de todos. Los hombres, buscando la verdad, se asemejan, según el mismo Hegel, á los obreros que buscan un manantial; el terreno se abre poco á poco bajo los esfuerzos de todos; uno de ellos, á quien la casualidad ha puesto más cerca del manantial, exclama de repente: «Ved el agua», y quita el último obstáculo. Es el grande hombre. El lago entero se precipita sobre ellos y los anega rociándoles. ¿No se podría decir también, con Fouillé (1), que el grande hombre es aquel que adivina el manantial en el sitio en que nadie lo sospechaba, y que, hiriendo la roca, la hace brotar?

(1) *La nouvelle idée du droit,* II, 3.

Si, en oposición á este concepto tradicional, se convierte al hombre superior en lo que todo el regimiento de secuaces de Nietzsche quiere, neguemos la moral, neguemos la justicia; no gastemos tinta sin provecho en apoyar los ideales que animan á la sociedad. Yo no soy, no puedo ser de ese modo de sentir. He encontrado en un pensador creyente, cristiano, pero sin hipotecas, la doctrina verdadera expresada en términos de una precisión admirable, cual puede exigir el sociólogo más exigente, escrupuloso y académico. Y no tengo, en verdad, por qué ocultar su nombre: se llama *Chateaubriand*.

No dudo que esta mención va á levantar protestas, sonrisas y desdenes; pero ¡cómo ha de ser! las opiniones de ese superficial romántico se identifican con las mías. Aun cuando estemos dispuestos á admitir la absurda suposición de que la génesis del grande hombre es independiente de la sociedad en que ha nacido, no por eso habremos probado que el grande hombre pueda ejercer su acción sin hallarse rodeado de una población de caracteres, de inteligencias y de una organización pública, y sin que la sociedad haya heredado las riquezas materiales é intelectuales lentamente acumuladas en el pasado; pues ¿á qué sino á este progreso vamos á erigir un altar en la conciencia del grande hombre? Y por otra parte, ¿vemos que la vulgarización de sus inventos detenga el progreso de la ciencia, como debía necesariamente suceder, si la teoría que aquí combato fuese cierta? No; en uno y en otro caso, los autores de sistemas científicos ó sociales son siempre afectados, por el carácter del siglo en que viven. Ningún hombre puede escapar á la influencia de las opiniones que le rodean, y lo que se llama una filosofía ó una religión nueva no es generalmente una creación de nuevas ideas, sino más bien una nueva dirección de las ideas ya en uso entre los pensadores contemporáneos (1). Los mismos ingenios que hacen dar un gran paso á

(1) Así lo demuestra extensamente, con observaciones y datos muy originales, el célebre Buckle en su *History of civilization in England*, I, 1.

la ciencia media no están en realidad separados del promedio del desarrollo de su raza ó del desarrollo de los otros hombres de razas menos elevadas desde el punto de vista social, por el inmenso intervalo intelectivo que supondría todo descubrimiento de la inteligencia si estuviese aislado de los que le han precedido. Pero no nos detengamos más en los distingos. La exposición de las opiniones y sentencias de los prometidos pasajes de Chateaubriand corre gran riesgo de retrasarse á este paso, y voy á hacerla seguidamente. Oigamos, pues:

«La posteridad se acuerda de los hombres que han transformado los imperios, pero no de los que los han restablecido, á no ser que este restablecimiento haya sido duradero. Admírase lo que crea, pero apenas se atiende á lo que conserva, pues una gran gloria cubre de tinieblas todo lo que le sigue». «Los hombres de genio son, por lo regular, hijos de su siglo, y en cierto modo lo compendian, pues representan sus luces, sus opiniones y su espíritu; pero suele acontecer que nacen demasiado pronto ó demasiado tarde. Si nacen demasiado pronto, es decir, *antes de su siglo natural*, pasan desapercibidos y su gloria no empieza hasta que se inaugura el siglo á que debían pertenecer; si nacen demasiado tarde, esto es, *después de su siglo natural*, nada pueden y no llegan á conseguir una celebridad duradera. Excitan un momento la curiosidad, como la excitaría el viejo que pasease por las playas con el traje de su juventud. Los hombres de genio que llegan *demasiado tarde* son tan desconocidos como los que llegan *demasiado pronto*; pero no tienen, como éstos, un porvenir, una posteridad, una descendencia que establezca su gloria, y sólo pueden ser admirados por el pasado, por sus ascendientes y por el mundo público de los muertos».

Compárese con Víctor Hugo: «Las cabezas, como la de Napoleón, son el punto de intersección de todas las facultades humanas. Muchos siglos deben transcurrir para que vuelva á reproducirse este accidente». «Las revoluciones son principiadas por hombres á quienes hacen las circunstancias, y termi-

nadas por hombres que hacen surgir los sucesos». «La Providencia es económica con respecto á los grandes hombres. No es pródiga así como quiera. Los envía y los retira en el momento oportuno, y nunca los pone al frente más que de acontecimientos adecuados á sus fuerzas y á su grandeza de ánimo», etc., etc.

Un sociólogo ilustre ha dicho que no hay grande idea de la cual pueda afirmarse con justicia que es producto de un solo ingenio. En este mismo sentido se mueven también las siguientes aserciones de Bellamy (1): «Todo lo que los hombres de hoy inventan más que sus antepasados, habitantes de las cavernas, hácenlo en virtud de los descubrimientos, invenciones y mejoras acumulados por las generaciones intermediarias, y gracias al mecanismo social é industrial que éstas nos legaron... Si se aprecia en 1.000 el producto del trabajo de cada hombre, 999 partes de ese trabajo son resultados de la herencia social y de las circunstancias ambientes». Esto es verdad, y aún más cierto del trabajo de nuestro cerebro que del de nuestras manos, como lo ha notado Kidd (2): «Basta un momento de reflexión para comprender que las pasmosas obras de la civilización moderna son ante todo la medida de la estabilidad y de la actividad social de los pueblos que las producen, y no de su preeminencia intelectiva. Esas obras no suponen necesariamente que haya en nosotros mismos un desarrollo mental extraordinario. No son productos gigantescos de ingenios individuales, sino resultados de insignificantes acumulaciones de conocimientos elaborados lenta y fatigosamente por inmenso número de inteligencias, por espacio de innumerables generaciones pasadas; cada adición al acervo (*stock*) común facilita más toda nueva adición... Porque debemos recordar que los sabios cuyos nombres van unidos á los descubrimientos y á las invenciones más prodigiosas no han hecho en

(1) *Contemporary Review*, Julio 1890.
(2) *Social Evolution*, IX.

conjunto más que añadir una pequeña suma á la gran suma de nuestros conocimientos. Cuando el terreno ha sido preparado y allanado por un ejército de trabajadores, la idea fructifica al llegar la época de su sazón. El descubrimiento no es, en realidad, obra de uno solo, sino del gran número de individuos que lo prepararon. Las grandes ideas son producto del tiempo más bien que de los individuos; concíbese esta verdad cuando se recuerda el número de personas que pueden reclamar simultáneamente la gloria de tales descubrimientos. Así acontece con el cálculo diferencial, con la teoría de la conservación de la energía, con la teoría de la evolución, con la interpretación de los jeroglíficos, con la teoría de las vibraciones luminosas, con el invento de la máquina de vapor, con el análisis del espectro, con el telégrafo, con el teléfono y con otros muchos inventos que hacen época en la historia de la humanidad».

He combatido la filosofía anárquica de Nietzsche en su única teoría del *superhombre*, porque sin ser original—nada en él lo es—ha sido la más celebrada y la que mejor caracteriza su sistema. El resto es un juego de sombras para niños grandes, una sopa universal cuyos ingredientes están tomados de las escuelas modernas más disparatadas. Vaihinger ha señalado en ella siete tendencias fundamentales: es antimoralista, antisocialista, antidemocrática, antifeminista, antiintelectualista, antipesimista y antirreligiosa. Orestano añade que es antimetafísica, antiteológica y antirromántica. Nietzsche razonaba con una despreocupación extraordinaria. Era un ecléctico negativista. Su lema parece haber sido: asimilación de todas las negaciones. Y si, como ha dicho un escritor contemporáneo, las reputaciones del siglo XIX serán citadas algún día para probar su barbarie, la reputación de Nietzsche se citará, á buen seguro, para probar que sus contemporáneos éramos, no bárbaros, sino salvajes.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

LA SERVIDUMBRE DE LA GLEBA EN ARAGÓN

El origen y las vicisitudes de la servidumbre de la gleba en Aragón no han sido hasta ahora materia de investigación especial, si bien han tratado de ella incidentalmente algunos escritores, al discurrir sobre la suma de exorbitantes facultades de los señores sobre sus vasallos rústicos, comprendidas bajo la denominación de potestad absoluta (1). Es uno de tantos capítulos aún por escribir de la historia social y económica de España en la Edad Media. El presente trabajo, basado sobre materiales en parte inéditos, aspira á facilitar el estudio de esta institución á los futuros investigadores.

Los hombres enajenados con su descendencia y con los predios que cultivan, en los documentos más antiguos que se nos han conservado de Urgel, Pallars, Sobrarbe, Ribagorza y Aragón, pertenecientes á los siglos XI y XII, son descendientes

(1) Asso: *Historia de la Economía política en Aragón*, págs. 32-36.—Muñoz: *Discurso leído ante la Real Academia de la Historia...* el día 5 de Febrero de 1860. Madrid, 1860, págs. 16-20 y 50-53.—Pidal: *Historia de las alteraciones de Aragón en el reinado de Felipe II*, tomo I. Madrid, 1862, páginas 33-37.—Cárdenas: *Ensayo sobre la Historia de la propiedad territorial en España*, tomo I. Madrid, 1873, págs. 461-464 y 487-493.

Acerca de los siervos adscripticios aragoneses, designados con nombres árabes, he disertado recientemente en mi trabajo «Mezquinos y Exaricos. Datos para la historia de la servidumbre en Navarra y Aragón», publicado en el *Homenaje á Don Francisco Codera*. Zaragoza, 1904, páginas 523-531. En el presente artículo trato en conjunto de la servidumbre adscripticia de los cristianos, pues sobre la peculiar de los colonos de raza árabe discurrí ampliamente en aquel estudio.

de los siervos y colonos adscripticios del período visigótico. La escasez de brazos para el cultivo explica su persistencia, y que, á semejanza de ellos, otros entrasen por contrato en esta condición. La conexión geográfica y política, y la semejanza de las vicisitudes de estos territorios, explican la homogeneidad de esta como de algunas otras de sus instituciones civiles y políticas.

Las denominaciones usadas desde el siglo XI al XIII para los terratenientes de condición adscripticia en Aragón fueron las de *homines*, *meschini*, *collatii*, *casati*, *villani de parata*, rara vez la de *servi*.

El apelativo *de parata* con que se designa á los *villani* ó adscriptos aragoneses procede de la palabra *parata*, empleada en documentos de San Juan de la Peña del siglo XII (1), como en algunos de Castilla del siglo XI, para significar la renta ó censo anual, generalmente en especie, por lo menos en esta época, que pagaban al señor. Este nombre equivale, pues, al de *vasallos peyteros* de la misma clase en Navarra. Los Fueros de Santa Cristina en León, dados por Fernando I en 1068, y por Alfonso IX en 1212, deponen en pro de esta conjetura (2). Dióse también, en el transcurso de los tiempos, á esta clase social los nombres de *collatii* y *vassalli servitutis*. Es de notar, á este propósito, que en todos los Estados cristianos de la Edad Media española se emplea la palabra *vassallus*, no sólo en el sentido técnico que tenía en el derecho feudal para expresar la relación de fidelidad y auxilio recíprocos engendrados entre los hombres libres por la recomendación y el homenaje, sino también para significar la dependencia de los

(1) Véase mi citado trabajo, pág. 525, n. 3.

(2) 1212. Hereditatem de Sancta Christina... debent dare... in parada quatuor panes denariales et unam octavam de vino et tres denarios pro carne et duas octavas de cevada.—Muñoz: *Colección de fueros municipales y cartas pueblas*, I. Madrid, 1847, pág. 224. El fuero de la misma población, de 1062, dice: «et darent parata una vice in anno.»—Ibíd., página 222.

súbditos para con el Rey, y de los arrendatarios adscriptos á la gleba respecto de su señor.

Mezquinos, villanos de parada, casados ó caseros y collazos constituyeron una misma clase social, denominada diversamente, según los tiempos y los lugares. Á contar desde el siglo XIV, desaparecen las antiguas denominaciones y prevalece, para designar á esta clase en conjunto, el nombre de *vassalli servitutis*. A los del rey se les llamaba *vassalli signi servitii*, lo cual encuentra su paralelo en los vasallos ó solariegos de *signal* de Navarra.

No eran solamente individuos ó familias aisladas los sujetos á este género de servidumbre. Gravitaba, á veces, sobre pueblos enteros. Ni fué tampoco exclusiva del reino de Aragón la potestad absoluta ejercida sobre ellos, sino que se extendió también á los lugares del reino de Valencia poblados á fuero de Aragón, y en ellos la ejercieron aun los señores eclesiásticos, como el obispo de Tortosa (1), lo cual no sucedía en Aragón.

El núcleo primitivo de los siervos de condición adscripticia en Aragón lo constituyeron individuos pertenecientes á la raza indígena, denominados sencillamente *homines* (2), y frecuen-

(1) 1324. Diploma de Jaime II al vicegerente del reino de Valencia: Cum secundum declarationem per Justitiam Aragone nobis missam venerabilis Dertusensis Episcopus interficere possit fame frigore et siti habitatoris loci sui de Almaçora secundum forum Aragone populati inter se crimina comitentes nisi in quatuor casibus dumtaxat in ipsa declaratione contentis.—Archivo de la Corona de Aragón: Cartas reales de Jaime II.

(2) Siglo XI. El conde Guillermo concede al monasterio de Santa María de Ovarra unum hominem in castro sancto Stephano nomine Ramione et uxor sua Facchilo cum filiis et filiabus eorum et cuncta proienie que de eis egressura est usque in seculum... cum omnia que nunc abent vel augmentare potuerint, ipsi et filii eorum usque in perpetuum perenniter servituros. Documento particular del monasterio de Ovarra, núm. 50.—Archivo Histórico Nacional.—1093. Pedro Sanz cambia con la iglesia de Roda propter illo alodem... qui fuit de Rodlan in castro Aquilanido uno homine quem ego ibi tenebam ad mea propria dominicatura cum toto quantum ad illum pertinet. Et similiter dono alium meum hominem quem tenebam... in Castilgone... cum totum quantum illi pertinebat et tenebat

temente también *meschini* (palabra que en árabe significa pobre, miserable), transmitidos por título oneroso ó gratuito juntamente con su posteridad, con la tierra en que residen y con todos sus bienes. El nombre de *homines* se usa siempre, en cuanto he podido observar hasta ahora, en documentos de Sobrarbe y Ribagorza, como son los procedentes de los monasterios de San Victorián, de Ovarra y de Santa Cristina de Summo Portu; y el de *meschini* en los de Aragón, tomada esta palabra en sentido estricto, como en los de San Juan de la Peña y Montearagón (1). Menos frecuentes son las denominaciones de *collatii* y *casati* (2).

La fuente principal de este género de servidumbre era el nacimiento. Otro de los modos de entrar en ella era el matrimonio. Constituíase, á veces, la adscripción á la gleba no sólo por la herencia y el matrimonio, sino también mediante contrato. Ejemplo de esto ofrece el caso de varios lusitanos que, en 1088, huyendo del territorio dominado por los moros, buscaron

---

per me die quod ista carta fuit facta.—Cartulario de Roda en la Colección de Abad y la Sierra (copia del siglo XVIII).—Biblioteca de la Academia de la Historia.—Donación de Alfonso I á Iñigo de Ayuso: Concedo tibi in Casala uno homine per nomine Eneco Azenarez cum sua hereditate et cum sua muliere nomine domna Santia et cum suos filios et suas filias et cum illo usatico quod ad me in illis pertinet toto ab integro.—Cartulario de Santa Cristina de *Summo Portu* (saec. XIII), fol. 34 v.°-35.—Archivo Histórico Nacional.

(1) Véase mi citado trabajo, págs. 523-527.

(2) Siglo XII. Donación de Doña María al monasterio de Santa Cristina: de cases, peças, vineas, collaços... totos ipsos collaços de Irac... et totos collaços de Ucania, Santissa et Sarbice.—Documento particular de Santa Cristina de *Summo Portu*, núm. 29.—Archivo Histórico Nacional.—Siglo XII. Iñigo Jimenez dona á la Orden del Temple duos collacios in Sannes id est Blascho... et Sancio Cetatero... Maria Bertran dona... alios duos collacios in Sannes, Don Sebastian et illo ferreiro de Muro... et dono... Sancio Blascho de Muro cum sua hereditate.. et Martinum de la Lansada cum illa hereditate sue matris et... in Robres Gomiz de Oria cum sua hereditate. — Cartulario del Temple (saec. XII), fol. 162.—Archivo Histórico Nacional.—1134. Ramiro II hace donación á Blasco Fortún, de la villa de Sotero, cum omni suo censu quomodo ad regalem nostram vo-

refugio en el monasterio de San Martín de Cercito, y se hicieron siervos de él, recibiendo en cambio heredades que cultivar (1).

Estaba obligado el adscripto al pago de una renta al señor, consistente en parte determinada ó alícuota de la cosecha, generalmente la novena, á otras prestaciones y servicios, y á un impuesto arbitrario llamado *pregera (precaria)* (2).

---

cem ibi pertinent vel pertinere debent extra novem casatis quod ibi sunt de nostra criazone.—Cartulario de Montearagón (saec. XIV), fol. 40.—Archivo Histórico Nacional.

(1) 1088. Documento del monasterio de San Martín de Cercito: Hec est carta de illos losetanos qui exierunt de terra sarrazenorum, et avitaverunt in villa nomine Larrese... fecerunque se illi Losetani supranominati servi de Sancto Martino. Ille autem senior Enneco (prior del citado monasterio)... mandavit illis dare terras et vineas quam abebant in Borres villa... et cum ipsas vineas de Barres, qui erant jam ermas, dederunt illis in Larrese vineas subtus sancti Johannis de Saliellas, jam ermas, nisi tres argenzatas populatas, quod si postea potuerint claudere et adiungare iniennuas abeant; et illum malgolum de illa serra similiter si potuerint scamplare abeant et possideant. El censo que habían de pagar consistía en un cahiz de trigo, uno de cebada, una medida de vino, treinta hogazas y un carnero.—Godoy: *Ensayo sobre los apellidos castellanos*. Madrid, 1871, págs. 249-251.

(2) 1106. Eliardis y su marido Poncio Roger venden á la iglesia de Roda nostros homines cum alodis quod habemus in Alasquarre cum toto illo censo quod nobis fecerunt vel facere debent. Petrus Miro per unoquoque anno dabit vobis per censum XII focasas obtimas et uno porco annale et IIII sextarios vini et semodio ordei et vos retinere eum sicut nos fecimus usque hodie... Miro Guillem dabit vobis XII focasas obtimas et I porco annale et IIII sextarios vini et semodio ordei et novenam de omnia que habuerit. Et Guillem... dabit vobis novenam et servitium IIII focasas et unas iuntas de molton et I emina vini et duos sextarios ordei. Postea vero serviant vobis sicut boni seniores. Et vos redistis nobis precio placibile CLX solidos denariorum.—Copia del Cartulario de Roda.—1133. Donación de Ermengarda á la iglesia de Roda: dono unum hominem in Esdolomada cum suo capo manso et cum omni sua hereditate quam habet vel habere debet... et cum toto suo censu quod facere debet... et de ipsa hereditate exit tale censum: novenam scilicet de omni fructu et de omni nutrimento quod ibi fecerit ab integro, et XII panes obtimos et II sextarios vino et I arietem in canal et I quartera ordei aut medio kafiz avena.—Copia del Cartulario de Roda.—1162. Ponz, su mujer Urraca y sus hijos donan á Santa María de Ovarra unum hominem in Chalvaria qui vocatur

Los documentos aragoneses mencionan como variedades de adscriptos á la gleba los claveros y los excusados.

Clavarii (1), *clavigerii* y *clavicularii*, eran nombres diversos para designar una misma clase, cuyos individuos parecen haber sido administradores de las fincas del rey y de los señores, á semejanza de los bailíos naturales de Cataluña, y, como éstos, frecuentemente de condición servil. De aquí que pudieran ser enajenados del mismo modo que los ministeriales germánicos. Acaso se llamaban *clavarii*, porque tenían las llaves de los graneros y almacenes en que se custodiaban los frutos ó rentas en especie, y esto se consideraba como lo más característico de su oficio.

Los excusados (2) eran también adscriptos á la gleba que gozaban de inmunidad de impuestos públicos por privilegio de la Corona. Figuran siempre en donaciones hechas por el Rey, no en las procedentes de particulares. Esto no excluye la posibilidad de que, adquiriéndolos éstos ó alguna corporación ó

Guillem Per cum suo capud maso... et est iste capudmasus super illum chastelum de Chalvaria, et facit nobis servicium VII fogaças et uno quarter de molton et una perna de meliori porco quod occidit, et, si porcum non occiderit, una perna de molton, et emina et media de vino, et III eminas de ordio, et tota sua decima et sua pregera et alios servicios quos debet facere.—Documento particular del monasterio de Ovarra, número 67.—Archivo Histórico Nacional.

(1) 1093. Sancho Ramírez da á la iglesia de San Salvador de Ivar: uno clavigero in eodem castro de Ivar, nomine Enneco Fortunionis, cum filiis et filiabus suis et omnibus que ad eum pertinent et cum omnibus que habent vel que in posterum adquirant.—Cartulario de Montearagón, folio 1.—1134. Ramiro II concede á la iglesia de Roda illos meos cluarios et illas casas de illo Poiólo cum quanta hodie habent et in antea adquisierint... ita ut non donent ullum novenum, nec faciant precharium.—Villanueva: *Viaje literario*, tomo XV, pág. 369.

(2) 1044. Ramiro I dona al monasterio de San Victorián, en la villa de Alascor, dos excusados: uno, por nombre Oriol Aracuz, con su mujer Elo y sus hijos é hijas; y otro, Galindo, con su mujer Matrona y sus hijos Martín, Fortun, Esteban y Oria, juntamente con los bienes que les pertenecían, imponiéndoles la obligación de dar el diezmo de cuanto adquiriesen al monasterio.—Archivo Histórico Nacional.

establecimiento, del Rey, los enajenasen á su vez. En un mismo documento se mencionan á veces *hombres* y *excusados*, indicando estas distintas denominaciones que se trata de clases algo diversas.

Los señores de lugares, en virtud del absoluto poder que tenían sobre los vasallos villanos, podían arbitrariamente encarcelarles, castigarles y aun quitarles la vida por el hambre, la sed y el frío y privarles de toda su hacienda, sin que en ninguno de estos casos tuviera el vasallo ningún recurso contra el señor. Podía éste ocupar todos los bienes del que pasaba á otro lugar, aunque se fuera por los crueles tratamientos del señor. Son, en suma, «en este Reyno los vasallos de signo servicio, aún de peor condición que por derecho los esclavos»; decía en 1664 el jurisconsulto Montemayor de Cuenca (1). La imposición de penas corporales á los vasallos rústicos, incluso la de muerte, se verificaba sin forma de proceso, por estimarse que no era acto de jurisdicción, sino de potestad.

No podían casarse fuera del señorío sin licencia del señor. «Era tanto el rigor con que los señores usaban todavía de este derecho en el siglo XVI, que causó mucha novedad en la corte de Roma el caso siguiente, referido por el maestro Espés. Acudieron á Roma dos parientes de Torres de Berrellen, pidiendo dispensa para casarse, y alegaban, entre otras cosas, que los señores de vasallos no les permitían casar fuera de su pueblo, porque no se les disminuyese el vecindario. El Papa lo extrañó, y así el cardenal Alciato escribió al arzobispo D. Hernando, admirándose de que se tolerase este abuso contra la libertad del matrimonio» (2).

El derecho de los señores sobre la persona y bienes de los vasallos rústicos en Castilla, Aragón y Cataluña, se enlaza

(1) *Sumaria investigación de el origen y privilegios de los Ricos hombres ó Nobles, Caballeros, Infanzones ó Hijosdalgo, y Señores de vasallos de Aragón y del absoluto poder que en ellos tienen.* Parte primera. México, 1664.

(2) Asso: *Historia de la Economía política en Aragón*, pág. 34.

quizás con la ley visigoda, que sólo prohibía á los dueños de esclavos las penas que llevaban consigo efusión de sangre ó mutilación de miembros, reservando la imposición de ellas á los jueces reales. Me induce á creerlo así, respecto á Aragón, la índole misma de las penas que podía imponer el señor á sus vasallos para quitarles la vida, y el limitarse el derecho de los señores á castigar corporalmente al vasallo en Cataluña y en Castilla, á retenerle en prisión y confiscarle los bienes. No me parece que esta potestad absoluta de los señores de vasallos de Aragón fuese importación de Cataluña. Jamás ejercitaron ni pretendieron ejercitar los señores catalanes sobre sus vasallos la exorbitante y monstruosa facultad de matarlos *ad libitum* de hambre, de sed ó de frío. La única que se arrogaron fué la de someter á prisión temporal á sus vasallos rústicos, y aun esta misma no parece haber tenido el carácter de generalidad que tuvo, indudablemente, en el reino de Aragón, sino que fué peculiar de algunos territorios.

La representación de las ciudades en las Cortes del reino de Aragón, no sólo presencia impasible durante más de tres siglos las violencias de los señores para con los vasallos, sino que ayudó en ocasiones á remachar las cadenas de estos desgraciados. Las Cortes de Huesca de 1247 reconocieron ya á los señores de vasallos el derecho á matar de hambre, de sed ó de frío al vasallo que diera muerte á otro vasallo del mismo señor, pero sólo en este caso concreto, negándoles el de imponerles pena de mutilación de miembros, como reservado á los funcionarios reales y á los señores que gozasen del mero y mixto imperio por delegación del soberano (1).

Pedro IV, instado por las Cortes de Zaragoza de 1380, retiró la inhibición que había formulado contra Pedro Sánchez de Latras, señor de Anzanigo, por arrogarse la facultad de maltratar á sus vasallos de dicho lugar, conviniendo en que dicha inhibición era contra fuero, y reconociendo á los señores de

(1) Fori regni Aragonum, lib. 9, t. *De homicidio*, 4.

vasallos la potestad absoluta de matarles de hambre, de sed ó de frío (1). Tentativas ulteriores de los soberanos para suprimir, ó cuando menos limitar el ejercicio de la potestad absoluta de los señores, resultaron igualmente infructuosas. El Brazo de la Nobleza se opuso á la votación del servicio que el Rey pedía á las Cortes de Aragón tenidas en Calatayud el año 1515, á fin de recabar del soberano la devolución de ciertos privilegios relativos al señorío de sus vasallos, reivindicados por el Monarca.

Hasta 1626 no se encuentra vestigio de intervención del Brazo popular en las Cortes del Reino para mejorar la condición de los vasallos de señorío. En el citado año, las Cortes de Barbastro dirigieron un memorial al Rey pidiéndole que aboliese la potestad absoluta de los señores.

Estos mismos nobles, que no ya escatimaban, sino que negaban al Jefe del Estado una parte mínima de los recursos que habían recibido de la liberalidad de éste, y que aquél les pedía para emplearlos en la defensa y el engrandecimiento de la patria, defendían con la mayor tenacidad la absurda é inhumana facultad de matar arbitrariamente y sin forma de juicio, de hambre, sed ó frío, á sus vasallos, y privarles de la hacienda por su solo capricho, sin que el Rey pudiera usar de su jurisdicción para proteger la vida y la hacienda de aquellos infelices súbditos, y sin que pudiera valerles tampoco el amparo de la magistratura del Justicia.

El Justicia de Aragón, Sancho Jiménez, citado por Jaime de Hospital en sus Observancias, compiladas á mediados del siglo XIV, les reconoce dicha facultad, no sólo respecto de sus vasallos reos de homicidio en un vasallo del mismo señor, sino en términos generales, bien que entendiendo, lo cual establece una diferencia esencial respecto á tiempos posteriores, que no podían usar de ella sino mediante justa causa, so pena de incurrir en responsabilidad ante el Rey, como si fuesen autores

(1) Observantiae regni Aragonum, lib. 9, *Actus Curiarum*, 4.

de mutilación de miembros (1). En las Observancias compiladas por Martín Díaz de Aux en el primer tercio del siglo xv, se consigna esta facultad de los señores en términos absolutos, afirmando que podían ejercitarla según su capricho, no según razón, como decía Hospital, y negando al Rey el derecho á intervenir en favor de los vasallos (2). Hay que tener en cuenta á este propósito que el Justicia, como individuo de la clase de los caballeros, á que pertenecían la inmensa mayoría de los señores de vasallos, difícilmente dejaba de mostrarse favorable á los privilegios de su clase.

La influencia del derecho romano contribuyó á empeorar en Aragón, como en Cataluña, Inglaterra y Alemania, la situación de las clases rurales, por el empeño de los juristas en aplicar á ellas las normas relativas á los siervos y á los colonos del Bajo Imperio. Imbuídos en estas ideas, los jurisconsultos aragoneses, asimilaron al villano ó vasallo rústico al siervo romano, y á ellos ha de atribuirse en parte el que se agravara la situación de esta clase social. Mientras en otros Estados fué la clase de los juristas el agente más poderoso y el más eficaz auxilio de la Corona para sobreponerse á los nobles, en Aragón se puso más frecuentemente al servicio de la nobleza contra el rey y el pueblo.

La potestad absoluta tuvo un acérrimo defensor en el jurisconsulto aragonés del siglo xvii, Pedro Calixto Ramírez. Su

---

(1) Discurriendo sobre el texto de la Rubr. De foro competenti quia christianum vasallum dominus iuste vel iniuste poterit capere et maletractare, escribía Jaime Hospital en 1361: In hac questione pronuntiavit Justitia Aragonis (Sancho Jiménez) et dixit insuper, quod caveret sibi qui interficerit vassallum suum, sive haberet merum imperium sive non, nam si haberet merum imperium, licet possit interficere fame, siti vel frigore, non tamen sine causa iusta, licet sine causae cognitione, erat puniendus. Et credo quod si aliter ipsum interficit, teneatur Domino Regi pro quolibet membro.—*Pratica, fori, usus et consuetudines ac observantiae regni Aragonis*, fol. 21 v.° Manuscritos en papel, saec. XIV, en la Biblioteca particular de S. M.

(2) Observantiae regni Aragonum, lib. 6, t. *De privil milit*, 11.

obra *De lege regia* (1), apología desaforada é impudente del despotismo señorial, es triste ejemplo de los extremos de aberración á que puede llegar un hombre de talento y de cultura empeñado en la defensa de una mala causa. La argumentación que emplea tiene algunos puntos de semejanza con la usada por el famoso jurisconsulto alemán del siglo XVI, Husanus, para remachar las cadenas que sujetaban á los señores á los hombres propios del territorio de Mecklemburgo.

Espantan, verdaderamente, las miserables argucias y la horrible sangre fría con que Ramírez defiende la potestad absoluta de los señores de vasallos. Al trazar el ámbito de la potestad absoluta, la declara libre de toda traba, ilimitada en vida del vasallo; pero, muerto éste, niega al señor que pueda impedir la sepultura del vasallo ni ultrajar su cadáver, porque con la muerte quedaba roto irremisiblemente el vínculo que le sujetaba al señor. No sin alguna dificultad, se aviene á reconocer á los vasallos como único recurso contra las crueldades de los señores el asilo eclesiástico, fundándose en la semejanza entre la condición de aquéllos y de los siervos, á quienes el derecho romano y el canónico otorgaban esta garantía (2).

Algunos prelados se esforzaron infructuosamente por aliviar la triste suerte de los vasallos rústicos de señorío laical durante los siglos XVI y XVII. Baste recordar á este propósito la representación dirigida á Felipe II en 1570 por el arzobispo

---

(1) Ramírez: *Analyticus tractatus de lege regia, qua, in Principes suprema et absoluta potestas translata fuit.* Zaragoza, 1616, pág. 377-422.

(2) Sed in hoc, vassalli servitutis nostri Regni, deterioris sunt conditionis, quam ceteri omnes reliquarum provinciarum... quod illi habent superiorem ad quem recurrere valent, et coram quod, si male, et severiter tractentur, quaerellas proponere possunt, qui dominorum sevitiam justis remediis compescet, et pœnis coercit; attamen isti miseri, non habent magistratum ad quem recurrere valeant, nec dominis eos impie siti, et fame necantes, et absque causa bona auferentes, puniri possunt, cum neminem in hoc, respectu suorum vassallorum servitutis, in superiorem recognoscant.—Ramírez, pág. 384.

de Zaragoza D. Hernando de Aragón, y la del obispo de Segorbe D. Martín de Salvatierra, en 1590 (1).

Viendo cerrados los vasallos rústicos todos los caminos legales para sustraerse á tan miserable condición, ¿cómo extrañar que apelaran al derecho de legítima defensa, en la única forma que les era dado ejercerlo, levantándose en armas contra la insoportable tiranía de los señores? (2). Pero si bien, por su carácter local é intermitente, estas rebeliones no sirvieron por entonces sino para hacer más dura la condición de los vasallos, patentizaron más á los ojos del soberano lo intolerable de aquel estado de cosas, le obligaron á incorporar á la Corona los pueblos donde más duramente se dejaba sentir, y, en tiempo de Felipe V, á abolir enteramente la absoluta potestad. En este sentido no puede decirse que fueron infructuosas.

EDUARDO DE HINOJOSA

(1) Muñoz: *Discurso* citado en la nota primera, pág. 52.
(2) Pidal: op. cit., pág. 65-68.

LA COOPERACIÓN Y EL PROBLEMA OBRERO

Según Gide, el ilustre representante de la escuela de Nimes, el fin de la cooperación—verdadero ideal social al cual se tiende en virtud de la ley natural de la asociación, cada día más potente—es suprimir el salariado. La presente organización industrial no es la expresión verdadera de la asociación, puesto que hay en ella antagonismos de intereses. Es preciso luchar por la asociación cooperativa. Gide se representa la ciudad futura como un conjunto de asociaciones grandes y pequeñas en que cada miembro recibirá, mediante la supresión de los intermediarios y patronos, el producto íntegro de su trabajo. La cooperación conquistará en primer término, suprimiendo los intermediarios, la industria comercial; después, fabricando ella misma los productos necesarios para el consumo, la manufacturera; por fin, adquiriendo tierras y cultivándolas en vista de las necesidades de los asociados, la agrícola. Organizando en debida forma el consumo cooperativo antes de pasar á las asociaciones de producción, que requieren un aprendizaje lento y difícil y medios extraordinarios, el resultado es seguro. De este modo, el agricultor se hará dueño de la tierra y el obrero industrial del instrumento de producción, llegando así á la paz social sin correr el riesgo inmenso del colectivismo.

*
* *

¿Tendrá razón Gide? ¿La tendrán, por el contrario, los que sólo ven en la cooperación una de tantas instituciones econó-

micas? Ante todo, veamos rápidamente los progresos realizados por la idea cooperativa en el siglo XIX. A. D. Bancel, en su libro *Le Cooperatisme* (París, 1901), y P. Hubert-Valleroux, en su excelente estudio *La Cooperation* (París, 1904), nos proporcionan datos de última hora que nos permiten formar una idea de conjunto del movimiento.

Empezaremos por las *cooperativas de consumo*. En Francia, antes de 1848, sólo había alguna que otra, como la *Caja del pan*, de Molhousse, fundada en 1832. Con la revolución de 1848 el movimiento cooperativo adquiere grandes proporciones. En 1851 se detiene para avanzar de nuevo en 1863. Según el *Bulletin de l'Office du travail*, en 31 de Junio de 1903 había en Francia 1.641 cooperativas de consumo, con más de 400.000 asociados. Según el *Almanaque de la Cooperación francesa para 1903*, el número de cooperativas en la expresada fecha era de 1.761. Hay asociaciones como la *Moissonneuse*, de París, que cuentan con más de 18.000 miembros. La mayor parte de estas cooperativas se hallan agrupadas en torno del *Comité central* de la *Unión cooperativa de las sociedades francesas de consumo*, que tiene por complemento al *Office cooperatif des renseignements commerciaux*. La *Unión* admite en su seno á todas las cooperativas que no vendan al público, las cuales designan el *Comité central*. Este, que data de 1855, tiene por misión la estadística y la propaganda. El objeto del *Office*, fundado en 1900, es hacer compras en gran escala para las sociedades. El *Comité central* tiene por órgano en la prensa *La Association Cooperative*. Existe, además, en Francia, la *Federation des societés cooperatives P. L. M.*, que comprende cincuenta ó sesenta sociedades fundadas por los empleados del ferrocarril del Este. Su objeto es comprar al por mayor.

Donde más importancia tienen las cooperativas de consumo es en Inglaterra, la iniciadora del movimiento, con la célebre asociación de Rochdale. Según datos aportados al Congreso de Doncaster de 1903, en 31 de Diciembre de 1902 había en la Gran Bretaña 1.476 cooperativas, con 1.893.000 miem-

bros. Siendo éstos jefes de familia, puede estimarse, con Valleroux, que la cooperación inglesa aprovecha á ocho ó diez millones de personas. El capital de esas 1.476 sociedades se eleva á 579.190.000 francos. En 1902 realizaron operaciones por valor de 1.382.981.000 francos, ascendiendo á 217.068.000 francos los beneficios. Siete de ellas tienen más de 20.000 miembros; la de Leeds cuenta con cerca de 50.000, y la cifra anual de sus operaciones asciende á treinta y siete millones de francos. 1.106 cooperativas inglesas constituyen el gran *Wholesale* de Manchester; 284 escocesas, el de Glasgow. El primero, fundado en 1864, tiene un capital de ochenta y siete millones y medio de francos, y realiza al año operaciones por valor de cuatrocientos sesenta millones. Además de adquirir directamente en todas las partes del mundo los productos que necesitan las sociedades que lo forman, tiene fábricas de bizcochos en Crumpsall, de confituras y conservas en Middleton, de calzado en Leicester, de jabones en Islam, de vestidos en Leeds, de ebanistería en Bringthon, y, en diversos puntos, de tabaco. El *Wholesale* de Glasgow, fundado en 1868, dispone de un capital de cincuenta y tres millones; en 1902 hizo operaciones por valor de ciento cincuenta y un millones y medio. Tiene fábricas de camisas, de calzado, en que se construyen 14.000 pares por semana; una imprenta y otros establecimientos de menos importancia. Al lado de los *Wholesales*, cuyo fin es puramente comercial, existe el *Comité central*, cuyo objeto es la estadística y la propaganda. Se halla constituído por los delegados que eligen las mil sociedades adheridas. Es el encargado de preparar los congresos anuales, para lo cual dispone de un presupuesto de 240.000 francos, y tiene por órgano en la prensa el *Cooperative News*, con cerca de 50.000 abonados. Además, en 1887, se constituyó un *Comité internacional*, al cual se adhirieron 369 sociedades. Estas son principalmente inglesas y francesas.

En Alemania hay 1.500 cooperativas de consumo, con un millón de miembros. La cifra de sus operaciones se elevó

en 1902 á trescientos doce millones, ascendiendo á treinta y un millones los beneficios. La más importante de todas es la de Breslau, con 80.000 miembros. La mayor parte de las cooperativas alemanas se hallan agrupadas en torno de la *Unión general*, centro de estadística, de propaganda y de consejo. Existe además otra federación, el *Wholesale* de Hamburgo, constituída por 188 sociedades, entre las cuales distribuyó quince millones de marcos de beneficios en 1902.

En Suiza, en 1902, había 353 cooperativas, con 131.000 miembros y 789 almacenes ó locales de venta. En el año de 1901, estas sociedades realizaron operaciones por valor de 47.346.000 francos. 124 cooperativas, las más importantes de todas, constituyen la *Union suisse des societés de consommation.*

Según *L'Emancipation*, de Nimes, el número de cooperativas de consumo, en Diciembre de 1902, era en Bélgica de 400, en Dinamarca de 900, en los Estados Unidos de 1.192, en Rusia de 587, en Italia de 508, en España de 239, en Suecia de 73 y en Austria-Hungría de 900.

Las cooperativas de producción hicieron también grandes progresos, muy especialmente en Francia. Su gran apóstol fué P. Buchez, un burgués filántropo, cuyas ideas propagaba el periódico *Le National*. La primera cooperativa de producción que existió en Francia fué la *Association des ouvriers bijoutiers en doré*, fundada en París en 1834, la única que hubo hasta 1848. A partir de esta fecha se constituyeron muchas, á causa principalmente del préstamo de tres millones hecho por el Estado á las Asociaciones obreras. El golpe de Diciembre paraliza el movimiento. De 1852 á 1863 apenas se funda una cooperativa. En esta última época, el éxito alcanzado por la *Asociación de albañiles*, fundada en 1857, á la cual se adjudicó la demolición de las antiguas murallas de París y la construcción de la nueva estación del ferrocarril de Orleáns, vuelve á llamar la atención pública sobre las cooperativas de producción. Para impulsar el movimiento se constituyó el

Crédit au Travail, Banco popular fundado por un antiguo discípulo de Cabet. El Gobierno, después de la encuesta de 1866, promulgó la ley de 24 de Julio de 1867, que facilitó mucho la formación de Asociaciones cooperativas. En 1868 la quiebra del *Crédit* causa un alto en el movimiento, que en 1880 adquiere nuevo impulso. De entonces acá el progreso no se interrumpe. En 1903, según el *Almanaque de la cooperación francesa*, había en la vecina república 304 cooperativas de producción, 128 en París y 176 en los departamentos. Según el *Bulletin de l'Office du Travail*, 355, 155 sólo en el departamento del Sena. Las más importantes de estas Sociedades son: *l'Association de lunettiers*, que ocupa más de 1.400 personas; *l'Association de charpentiers de Paris*, cuyos miembros repartieron en 1901 300.000 francos de beneficios, y la Asociación de pintores de edificios *Le travail*, que en diez y nueve años, desde 1882, en que fué fundada con escasos recursos, hasta 1902, hizo trabajos por valor de 9.291.000 francos, pagó 4.485.547 francos de salarios, y repartió 278.982 francos entre los obreros, asociados ó no, y 677.000 entre los accionistas, además de dejar 171.000 francos en la Caja de socorros y retiros. Las diferentes cooperativas se hallan unidas entre sí por dos instituciones de carácter general: el *Banco cooperativo de las Asociaciones obreras de producción de Francia*, y la *Cámara consultiva de las Asociaciones de producción*. El primero, fundado en 1894 con 500.000 francos donados por un antiguo discípulo de Fourier, tiene por objeto proporcionar á las Sociedades los fondos que necesiten. Para poder dirigirse á él es preciso ser miembro de la *Cámara consultiva*. Esta, fundada en 1884, se compone de delegados de las Asociaciones adheridas y se propone, según los estatutos, «agrupar, en vista de una acción común, todas las Asociaciones obreras de producción, á fin de facilitarlas la obtención de trabajos y de favorecer el desenvolvimiento del principio cooperativo». Proporciona crédito á las Asociaciones que lo necesitan; las informa acerca del modo de constituirse y de funcionar;

les sirve de árbitro en las cuestiones que entre ellas se promueven, y gestiona cerca del Gobierno los asuntos que les interesan. Para difundir la idea cooperativa publica un periódico semanal, *L'Association Ouvrière*.

Después de Francia, el país en que más progresos hizo la producción cooperativa es Inglaterra. Según Mr. Ancurin Williams, en 1903 había en la Gran Bretaña y Escocia cien cooperativas de producción. La mayor parte de ellas se hallan en muy próspera situación. Algunas cuentan de veinte á treinta años de existencia. Su capital es de 15.333.000 francos. En 1902 efectuaron operaciones por valor de 25.811.000 francos, y repartieron un millón de beneficios. Según M. Dufourmantelle, la cifra total de cooperativas de producción que hay en el Reino Unido es de 136, importando unos 70 millones el valor de sus operaciones anuales.

Hay, además, asociaciones cooperativas de producción en Bélgica, Alemania, Italia, Estados Unidos, y en menor número en otros países.

Son también dignos de notarse los progresos hechos por las *Cooperativas de crédito*, en sus dos formas de *Cajas rurales* y *Bancos populares*. Sabido es que el gran apóstol de las primeras fué el alemán Raiffeissen. En 1900, el número de cajas rurales se elevaba en Alemania á 2.680. En Bélgica había cerca de 200. En Italia, 650. En Francia, más de 620, sin contar las sociedades de crédito agrícola. Existen también cajas rurales, aunque en menor número, en Rusia, Holanda, Rumania y Escocia. Los bancos populares se cuentan en Alemania por miles. En Italia pasaban de 800 en 1901; en Francia había en la expresada fecha más de 30, y en Bélgica más de 20.

Con respecto á la cooperación agrícola, véase el libro de Roquigny *Les syndicats agricoles et leur œuvre* (París, 1900). No tenemos tiempo ni espacio para entrar en detalles. Sólo en Bélgica, en 1901, había cerca de 500 asociaciones, con más de 25.000 miembros. Estas sociedades revisten las más diversas formas y tienen los más distintos objetos: lecherías, fá-

bricas de quesos y mantecas, de conservas, de salazón; asociaciones para la venta en común, para la adquisición de máquinas, abonos, semillas, etc. Luego veremos lo mucho que la cooperación agrícola influyó en la evolución de la propiedad territorial.

A lo dicho añádanse las cooperativas de construcción, las de trabajo y determinadas formas de la participación en los beneficios, y se tendrá una idea del grandioso desenvolvimiento de la idea cooperativa.

* * *

¿Abona esta experiencia la doctrina de Gide? Por de pronto, es innegable que la cooperación ha reportado á la masa obrera extraordinarios beneficios. Sin duda la producción cooperativa no ha realizado hasta el presente la transformación que de ella se esperaba. David Schloss, en su excelente libro *Sistemas de remuneración industrial*, afirma que, en la práctica, la mayor parte de las veces el verdadero ideal cooperativo no ha podido efectuarse. En su sentir, las aproximaciones á ese ideal no han producido resultados extraordinariamente satisfactorios. El propio Gide reconoce que, hasta la fecha, la producción cooperativa hizo poco milagros. Pero esto se debe á que no siempre se empieza por organizar el consumo, primera etapa forzosa de la cooperación; y aun así, preciso es confesar que en estos últimos años el desenvolvimiento de la producción cooperativa fué relativamente enorme. Cuanto á las cooperativas de consumo, nadie pondrá en duda sus ventajas. En Inglaterra, según Valleroux, los beneficios por ella reportados se pueden estimar en 100 francos al año para cada familia obrera. A esto es necesario añadir la mejor calidad de los productos, en Inglaterra más falsificados y adulterados de ordinario que en ningún otro país; el gran número de casas para obreros (más de 25.000, según Dufourmantelle), todas con su correspondiente jardín, construídas por las cooperati-

vas; la gran obra de cultura por éstas realizada con sus bibliotecas y salas de lectura, gabinetes de física y química, observatorios, conciertos, conferencias, cursos breves, etc. Por lo que se refiere á la producción agrícola, «mientras que el nuevo instrumento técnico—dice Gatti, *Le socialisme et la agriculture*, pág. 217—ha creado en la industria una corriente económica única, el capitalismo; en la agricultura ha creado el capitalismo para la gran explotación y el *cooperatismo* para la pequeña. Cuando el capitalismo ataca audazmente á la pequeña propiedad, ésta le resiste á veces victoriosamente gracias al *cooperatismo*. Así, por ejemplo, en algunas provincias de Bélgica, las grandes lecherías capitalistas han desaparecido ante las *lecherías sociales*, debidas á la unión de los pequeños propietarios».

Tan manifiestas é indiscutibles son las ventajas de la cooperación que los partidos socialistas, antes enemigos jurados de ella, no tuvieron más remedio que rendirse á la evidencia, llegando á practicarla con entusiasmo. Es lo que ocurrió en Francia, en Bélgica, en Alemania. En este último país, los socialistas hicieron á la idea cooperativa la más ruda oposición. Se explica esto por la influencia directa é inmediata de Lassalle y de Marx. Admitida la famosa *ley de bronce* del primero, no cabe esperar de la cooperación gran cosa. Marx no era opuesto á ella *en principio*. Consideraba la producción cooperativa como una forma social de transición que, aun con ciertos defectos inherentes al sistema de producción capitalista, anuncia ya, por la positiva supresión de los antagonismos entre el capital y el trabajo, el sistema de producción socialista. Reconocía en el movimiento cooperativo «uno de los resortes de la transformación de la sociedad presente, cuyo gran mérito consiste en mostrar prácticamente que el sistema actual puede ser sustituído con ventaja por la asociación de productores libres é iguales». Pero, á pesar de esto, Marx juzgaba el movimiento cooperativo impotente para producir, como resultado de su evolución espontánea, la supresión del salaria-

do. Por otra parte, su doctrina de la creciente pauperización de las masas, su creencia de que el interés de éstas está en proletarizarse, á fin de hacer de tal modo inevitable, y aun de acelerar, la socialización de los medios de producción, eran indudablemente contrarias á la idea de reforma lenta, pacífica, que la cooperación entraña. Así, sus partidarios, en vez de practicar la cooperación, la combatieron. El Congreso de Berlín de 1892 se pronunció contra ella. Fué preciso que el ejemplo de Inglaterra y de Bélgica sacase á los socialistas alemanes de su error. Fué necesario que el obrero alemán se enterase de las maravillas realizadas por la cooperación en los citados y otros países. Al fin, en el seno del socialismo alemán se inició una corriente favorable á la idea cooperativa. Hoy los prohombres del partido obrero, Bernstem, Bebel, Kautsky, discurren acerca de la importantísima misión que á la cooperación toca cumplir en la gran obra de transformación social á que asistimos.

Donde primero entraron los socialistas por la cooperación fué en Bélgica. Según Vandervelde, en 1901 había en dicho país 189 cooperativas de consumo. Las más importantes de todas son: el *Vooruit*, de Gante, y la *Casa del Pueblo*, de Bruselas. El primero fué fundado en 1881 por varios tejedores, con 2.000 pesetas que les adelantó un sindicato socialista. Hoy cuenta con más de 70.000 miembros. La *Casá del Pueblo* fué fundada en 1882. Tiene más de 18.000 miembros. Durante el primer semestre de 1902 repartió más de 270.000 francos de beneficios.—En Francia, según el *Mouvement Socialiste*, en 1900 había más de 115 cooperativas de consumo socialistas. Valleroux cree que esta cifra es exagerada. Según él, el principal núcleo de cooperativas socialistas lo forma la *Federation des cooperatives de la région du Nord*, compuesta de 12 sociedades que tienen en junto 15.000 miembros. La situación de esta federación parece sèr próspera. En tres años ingresó en la Caja del partido más de 58.000 francos. La más importante de todas las sociedades adheridas es la *Union de Amiens*, que en 1902 al-

canzó más de 60.000 francos de beneficios.—Las cooperativas de consumo socialistas de Alemania son 69; 66 de ellas pertenecen á la *Unión socialista de las cooperativas de consumo sajonas.*

«La cooperación desmoraliza á los obreros, convirtiéndolos en burgueses»—decía un orador en el Congreso socialista de Marsella de 1879, refiriéndose á la producción cooperativa.—Los socialistas franceses, sin embargo, contribuyeron en cuanto les fué posible á desmoralizar el proletariado fundando cooperativas de producción. Hoy existen en Francia, entre otras de menor importancia, las siguientes cooperativas de producción socialistas: *La Cristalería de Albi.* Se constituyó en 1895, con un capital de 300.000 francos, donados en su mayor parte por una señora.—*La mina de Monthieux.* Fué fundada, como la anterior, en 1895. Empezó con un capital de 10.000 francos. Su situación, como la de la cristalería de Albi, parece ser próspera.—*La mina de San Eugenio.* Fué constituída en 1901 por un grupo de obreros mineros. El capital inicial fué reunido principalmente por suscripción pública.

*
* *

¿Es lícito concluir que Gide está en lo cierto, que la cooperación va derechamente á la supresión del salariado? Aventurado, hoy por hoy, sería, y muy expuesto á ulteriores rectificaciones, afirmar tal conclusión. Pero lo que, en vista de los hechos, se puede decir con relativa seguridad, es: 1.°, que la cooperación es, de todas las instituciones que llevan en su entraña una idea radicalmente opuesta al individualismo económico imperante, la única que, pasando de la categoría de ensayo, llegó á adquirir proporciones verdaderamente extraordinarias; 2.°, que mientras para imaginar una sociedad socialista, no ya á través de Belamy ó de William Morris, sino á través de Bebel ó de Kautsky, es preciso prescindir de la libre concurrencia, sin la cual no nos explicamos hoy la vida

económica, y entrar de lleno en el campo de la utopía, podemos perfectamente representarnos la sociedad futura, á la manera de Gide, como un conjunto de asociaciones cooperativas, como una inmensa federación de asociaciones. No hace mucho, un periódico daba la noticia de que en una pequeña ciudad francesa las cooperativas de consumo habían concluído decididamente con los intermediarios.

ALVARO DE ALBORNOZ

RECUERDOS

El vapor avanzaba majestuoso por el golfo de Lyón, importándole poco de lo que pasaba dentro de él, en sus cámaras, en su cubierta ó en su cala.

¡Adelante! ¡adelante! ¡hacia su puerto, hacia su destino, sobre las olas, dando vueltas á su hélice, quemando carbón y escupiendo humo, sin preocuparse de los pasajeros, ni de que se mareasen ó no, ni de sus angustias y bascas; «yo voy: allá ellos que se las compongan como puedan!»

Así va nuestro globo terráqueo, si no precisamente por el golfo de Lyón, al menos *por el piélago inmenso del vacío*, como dice el poeta, sin cuidarse tampoco de sus pasajeros planetarios, dejándoles que rían ó lloren, que sufran ó gocen, que sientan anhelos divinos ó repugnantes bascas: esto último sobre todo. Y lo extraño es que los seres superiores, los de más exquisita sensibilidad, son los que más sienten los asquerosos dolores del mareo terrestre.

La imagen me parece exacta, filosófica, y hasta grandiosa, con sus pretensiones de modernista. La antigua y tradicional modestia es *viejo juego* ó *viejo molde*. Sí; ¡allá va el mundo dando vueltas, como si todo él fuese una colosal hélice atornillándose en el éter; hélice maciza, á la que le hubiesen cortado las aletas; que por aquí abajo en la vieja tierra ¡se recortan y amputan muchas alas! ¡Allá va, no sólo quemando carbón, sino quemándose todo él! que toda formación geológica es montón de cenizas; ¡allá va escupiendo humo y fuego por las chimeneas de los volcanes!

Ya está completa la imagen soberana, y descanso. Que el descanso se nos impone *por virtud de la ley*, y estamos en domingo.

En domingo no se puede trabajar por cuenta ajena; es delito que se castiga severamente. Ni por cuenta propia *con publicidad.*

Esta última precaución es estupenda: *¡con publicidad!* Claro; hay que evitar á todo trance *el escándalo* y el *mal ejemplo*, sobre todo en esta tierra de España.

Y, sin embargo, yo infrinjo la ley total y descaradamente. Trabajo en *domingo*, porque en domingo empiezo este artículo; trabajo por *cuenta ajena*, porque el artículo es para La España Moderna, donde recibirá *publicidad*, y lo dedico á mi amigo Lázaro; y el mal ejemplo lo da un individuo del *Instituto de reformas sociales*. ¡De *molestias sociales!*—dice con su inimitable gracia mi querido y admirado Cavia.

En fin, todo esto es broma, y *si es broma puede pasar*; *aunque á ese extremo llevada...* ni puede pasar, ni puede tolerarse, como afirma el final de la redondilla. Nunca he comprendido estos versos del inmortal Zorrilla; porque una de dos, *ó pasa* ó *no pasa*; ¿cómo si *se la deja* pasar, á modo de broma, *no se la tolera?*

¿Pero á dónde voy, ni qué tiene que ver todo lo dicho con mis recuerdos?

¡Cómo se conoce que voy mareado, ó que por lo menos *recuerdo un mareo!*

Por lo demás, nada de lo que precede pensaba yo al caminar sobre las olas en el vapor de las mensajerías imperiales.

Todo esto lo digo ahora recordando aquello; es una mezcla de lo pasado y de lo presente: á veces estas mezclas son bodrios, pero á veces son apetitosas.

Por entonces estaba mareado y nada más; y es bastante.

Sí, estaba mareado: ¡qué humillación y qué tormento!

Desperté muy bueno y muy alegre. Me eché gallardamente de la *cama*. He dicho *cama*, y no creo haberme expresado

con exactitud. *Cama* era, puesto que en ella había dormido; pero hay matices en el lenguaje que un académico, como yo soy en la actualidad, aunque indigno, no debe poner en olvido.

Debiera haber dicho que dejé la *litera*.

La dejé, pues, y me puse en pie sobre *el suelo*. Tampoco me satisface esta palabra. *Suelo* es, entre otras cosas, la superficie de la tierra, y aquello era un piso flotante sobre la superficie del agua. ¿Diré *piso* en vez de *suelo*? Tampoco me satisface.

Decididamente, no hay para mí manera de hablar y escribir á gusto.

En fin, acudiremos á la geometría. Y en su lenguaje digo que cambié la línea *horizontal* por la *vertical*, lo cual significa que giré *noventa* grados.

Y me sentí *otro*, pero en el mal sentido de la palabra; otro empeorando terriblemente. Sentí como si todas mis entrañas hubiesen girado, no 90 grados, como el eje de mi cuerpo, sino 180 grados por lo menos: todo cabeza abajo; una verdadera revolución. Ansias repugnantes, un tropel en la garganta, ruidos en la cabeza, vacilación en la vista, contracciones en el estómago, lastimosa serie de vibraciones desordenadas por todos mis tejidos.

—¿Qué es esto?—exclamé con asombro, sin poder evitar la exclamación.

Y Vasconi, desde su camarote, me preguntó con cierta sorna:

—¿Qué es eso, D. José? ¿Se siente usted malo?

—No, de ningún modo, al contrario—contestéle yo, no queriendo darme por vencido; pero la verdad es que me sentía muy malo, como nunca: eran sensaciones tan nuevas para mí como desagradables.

Y para ocultar mi derrota y ver si con el aire fresco de la mañana pasaba aquel extraordinario malestar, salí del camarote á trompicones, y dando traspiés y agarrándome á todas partes subí á cubierta.

El mareo continuó en escala ascendente, y no me abandonó hasta que llegamos á Marsella.

Si yo fuera literato profesional y no literato *tardío*, puesto que empecé á los cuarenta años; y de *ocasión*, toda vez que no eran éstas ni mis aficiones, ni la literatura formaba parte de mis estudios y de mi carrera de profesor é ingeniero, de otro modo describiría yo mi viaje.

Habría escrito todo un capítulo que llevara por título *De Valencia á Marsella*, y ¡qué de cosas hubiera observado y hubiera procurado pintar! ¡El mar, el cielo, el oleaje, y mucho más!

Pero ni observé nada, ni recuerdo nada más que el mareo.

El mareo es la enfermedad más humillante, más molesta y más ridícula que padece el género humano, y la que más prueba su pequeñez y su ruindad. ¡Depender el pensamiento de la mayor ó menor cantidad de bilis, y de que el estómago esté cabeza arriba ó cabeza abajo! El *mareo* ni tiene la seriedad del peligro, ni la grandeza de la muerte, aunque hay casos de muerte por mareo en algunas personas excepcionales.

Pero, en general, no se mueren los que se marean: se marean, y nada más.

Sufren horriblemente, eso sí; se dan asco á sí mismos y dan asco á cuantos les rodean. Arrojan ó están á punto de arrojar todas las entrañas: el hígado, los pulmones, el corazón, el estómago y los intestinos. Si no arrojan todo este bodrio, es porque tales menudillos y menudencias se precipitan á la salida de la garganta en tropel, de tal modo, que se apelotonan y no pueden salir.

Sucede lo que á los espectadores de un teatro cuando estalla un incendio: que con tal apresuramiento se agolpan á la puerta, que la obstruyen.

Que de no ser así, los que se marean quedaban en cinco minutos limpios por dentro de toda clase de porquerías.

Y del efecto moral del mareo no hablemos.

El mareo acaba en la mujer con el pudor; en el hombre, con

toda energía y toda dignidad. No hay virtud ni honra con el mareo.

La niña más pudorosa, la señora más respetable, si cae mareada sobre la cubierta del buque, no piensa en cómo quedaron las ropas, ni en si descubren los pies, pongo por caso. Recuerdo el mareo de una malagueña divina, y era grotesco y casi indecente.

El hombre más altivo no puede rechazar un insulto si está mareado en toda regla. Que le llaman perro judío, siendo él gran cristiano; pues se conforma con ser judío y con ser perro: eso y mucho más quisiera ser, con tal de no estar mareado.

¡No conozco acción más deprimente de todas las energías materiales y morales!

Las partes más subalternas del organismo, subalternas en el orden psíquico, se sublevan y desatan, y no pudiendo llegar á la cabeza, llegan al menos á la garganta y zumban en los oídos como diciendo: «sér orgulloso, rey de la creación, sabio, santo ó capitán general y guerrero invicto, no eres nada: yo te arrastro por el suelo, te escarnezco y te mancho de mala manera; ¡á ver qué haces contra mí con todas tus sabidurías, tus santidades, tus victorias y tus orgullos; contra mí, *modestísimo mareo*, que me limito á empujarte el estómago hacia arriba!» ¡Qué vergüenza, qué horror, qué pena!

Así andaba yo por el buque, como alma en pena: cayendo y levantándome, ya sobre un diván del salón de popa, ya sobre cubierta, tropezando con unos, sin conocer á otros ni distinguir á las señoras de los marineros; todos eran para mí bultos fantásticos entre nieblas, humo y vapor condensado.

Y era inútil que huyese del mareo; lo llevaba en mí, como el criminal lleva consigo el remordimiento de su crimen, si es un criminal de la vieja escuela.

Una ó dos veces tropecé con el francés de la noche anterior, con el que había descubierto el *perforador de doble acción:* estaba, por las señas, tan mareado como yo mismo.

El sér humano es maligno y goza lo indecible con el dolor

ajeno, ó, por lo menos, con la ajena humillación. Tuve, pues, la crueldad de decirle: «Contra el mareo no sirve haber descubierto el perforador de doble acción».

—No sirve, no sirve—me contestó procurando sonreir; lo que prueba hasta dónde llega la galantería francesa; ¡sonreir cortésmente estando mareado! Y yo, que por algo soy del país de los toros y he votado recientemente en favor de las corridas, ó, mejor dicho, del derecho de los toreros á ganarse la vida como mejor les parezca, *recargué la suerte* agregando:

—A ver si para otro viaje y otro mareo inventa usted el perforador de *triple* acción.

—También á usted le hace falta inventarlo—me replicó con cierto encono. La cortesía tiene sus límites.

Y seguimos nuestro camino como sombras del infierno dantesco que se encuentran, se detienen un momento y luego pasan.

¿Por qué en los círculos prodigiosos de su *Divina comedia* no puso el Dante á los mareados?

Fué olvido lamentable; ¡hubiera sido el círculo de los seres que sienten asco de sí mismos y huyen eternamente de sus eternas bascas, sintiéndolas siempre tercas y pegajosas en la garganta!

Pues así iba yo de un lado para otro, del salón á cubierta, de popa á proa, y viceversa. Los de tercera clase me pareció que se mareaban menos que nosotros los de primera.

¡Y luego hablan de los privilegios de las clases burguesas!

De cuando en cuando, reuniendo toda mi fuerza, iba á la cámara de señoras para enterarme de cómo seguía mi mujer.

—¿Cómo estás?—le preguntaba con voz angustiosa.

—Muy mal—me contestaba.—Yo creo que me voy á morir. ¿Y tú?

—Yo me he muerto hace rato.

Y continuaba mi peregrinación como un sonámbulo.

Yo, que tengo buena *memoria plástica*, no recuerdo cómo era el vapor. De aquellas imágenes sólo me queda una idea: la

del *pasamanos dorado* á que *me agarraba* para subir de la cámara á la cubierta. Una de mis virtudes es la gratitud.

El *mareo* es un problema.

No se ha resuelto todavía, aunque se ha intentado resolverlo muchas veces.

¿Cuál es la causa?

¿Es *mecánica*, es *química*, es *biológica*, ó lo es todo á la vez?

La *causa primera* parece que es puramente mecánica, mejor dijera, cinemática.

Es un problema de *movimientos relativos*. Nuestro cuerpo, es decir, la envolvente, va por un lado; las entrañas, sobre todo el estómago, van por otro lado. El mareo se inicia cuando las partes internas quieren emanciparse y la unidad orgánica se rompe.

Es un organismo *unitario*, en que el estómago, el hígado, los intestinos, el corazón, todos los órganos interiores, quieren constituirse en estado federal. Siempre he creído que la federal es un mareo.

Yo experimentaba, entre muchas sensaciones raras y vagas, esta sensación perfectamente definida.

Estaba sobre cubierta.

El buque subía y me subía á mí.

El buque terminaba su oscilación ascendente y comenzaba á bajar: pues á mí me parecía que el piso bajaba más aprisa que yo; yo me quedaba rezagado, en el aire, suspendido, «mantenido en mi impulso no más», como dice Zorrilla.

Y el buque terminaba su oscilación descendente, y al subir me recogía otra vez. Ni más ni menos que cuando se *mantea* á un desdichado.

Yo sufro en el mareo, entre otros mil sufrimientos, todos los que debió sufrir Sancho Panza cuando le mantearon en la venta.

No acabaría nunca de hablar del mareo, porque *lo he practicado* muchísimas veces, en pequeños pero repetidos viajes por mar: de Valencia á Marsella, de Génova á Valencia, de

Santander á Socoa, de Santander á Bayona, de Santander á Burdeos, y todos estos trayectos otra vez á contrapelo; y he pasado el Canal de la Mancha en innumerables ocasiones, que referiré cuando llegue el caso, porque supongo que á la posteridad ha de importarle sobremanera la relación circunstanciada de mis viajes marítimos, y no es cosa de privar á las generaciones venideras de noticias tan interesantes como instructivas.

¿Cuánto duró este tormento? No lo sé.

Yo ni comí, ni dormí, ni descansé más, ni conté siquiera las horas.

No recuerdo cuándo llegamos á Marsella, si fué por la tarde ó por la mañana; creo que fué *al hacerse de día:* sólo entonces *vi luz.* ¡Bonito juego de palabras!

Y llegamos y saltamos á tierra.

¡Qué alegría! ¡qué dicha tan inmensa! ¡Y dicen que en el mundo no hay alegrías! ¡ni dichas ni alegrías!

Las hay: en las cosas más insignificantes se encuentran.

Pero adviértase que las mayores son las que están precedidas de un dolor, de una molestia, de algo que nos desagrada ó nos atormenta.

Yo creo que el placer se mide por *una derivada analítica*, ó de ella depende.

Esto no lo entenderán la mayor parte de mis lectores, ni siquiera los modernistas, por avanzados que estén en Estética: yo creo que ninguno de ellos sabe matemáticas.

Sí; el límite de la diferencia entre dos sensaciones, dividida por la diferencial del tiempo. Algo parecido á esto debe de ser: no puedo precisar los conceptos por no aburrir al lector; pero tengo una idea en germen que acaso desarrolle andando el tiempo, si no va muy aprisa y me quedo sin poder alcanzarle.

Diré, en términos vulgares, que el placer depende del contraste.

Yo sufro del mareo de un modo horrible; llego á Marsella

en tal estado; desembarco, y en el acto, *instantáneamente*, *cesa el mareo* y cesan sus efectos y molestias. En el intervalo de un par de minutos paso, sin transición, de estar muriéndome á sentirme en la plenitud de la vida.

El mareo expulsa energías, ó las agota; hace el vacío en el interior; al pisar tierra firme, el trabajo de expulsión cesa, y la vida entra á torrentes en el organismo.

Yo no digo que el fenómeno sea de este modo; digo que la sensación es como si de este modo fuese.

¡Llegar á Marsella, sentir que el armatoste flotante no se mueve, ó se mueve muy poco, oir el ruido del ancla, abandonar la cuna infernal á que llaman buque y *pisar tierra* firme! ¡qué dicha! ¡todo me fué simpático en aquel momento!

Por vez primera reparé que venían de Argel en nuestro vapor unos cuantos zuavos: ¡qué aire tan marcial! Sentí hacia ellos cierta atracción guerrera, y se despertaron en mí recuerdos de cuando era niño y jugaba á las batallas con ejércitos de pajaritas de papel, que yo creaba, movilizaba, llevaba al combate y destruía á flechazos, con flechas de caña que hacía en mis arsenales, maestranzas y fábricas de armas.

Andando el tiempo, otro zuavo, el simpático maestro de armas de este nombre, había de ser mi profesor de esgrima y mi amigo afectuoso.

***

El lector, al coger estos artículos, si es que los coge y no se le caen de las manos, que es lo más seguro, buscará probablemente historias de dramas y anécdotas de teatros; ¡pues buen chasco se ha llevado hoy!

En cambio se ha encontrado descripciones minuciosas del *mareo*, y lamentaciones antipoéticas sobre esta molestia humana, ó, mejor dicho, *inhumana*, á que la humanidad que navega está sujeta.

Pero ¿qué más da *mareo* ó *drama?* ¿Es que todo mareo no es un drama, ó más bien una tragicomedia, como la de Calixto

y Melibea? ¿Es que todo *drama* no es un mareo, ó muchos mareos á la vez?

¿Es que en un estreno no es el estómago el que más sufre, pues sabido es que en trances tales el miedo toma formas gástricas?

Yo he visto más de una vez en grandes actrices y grandes actores, que ya murieron, efectos muy semejantes á los del mareo marítimo, con su desenlace, que llegaba á la garganta del artista antes de que el desenlace del drama llegase á sus labios.

¿Es, por último, que el público, con sus agitaciones, movimientos desordenados ó periódicos, sus furores que estallan y sus estrépitos borrascosos ó alegres, no tiene grandes semejanzas con el mar embravecido? ¡Si todo público, benigno ú hostil, es *la mar!*

Quedamos en que el público es el Océano, ó el golfo de Lyón, para recordar mi caso; el drama, el buque, y algunos de poquísima estabilidad; el autor y los actores, los pasajeros; y el mareo... es siempre el mareo.

De todas maneras, ya llegaremos en estos recuerdos á la plenitud de los dramas y de la vida del teatro; á la plenitud de la política, y de la lucha eterna de los partidos de mi tiempo; á la plenitud de los tiempos modernos, con el modernismo imperante y la transformación de ideas y sentimientos que caracteriza nuestra época.

Tengan por hoy paciencia mis lectores.

Quedamos en que, libres del mareo, y *sacudiéndonos* del buque, desembarcamos en Marsella mi mujer y yo. Y una vez en tierra, nos fuimos á una de las mejores fondas, una situada en la célebre Cannevière, si no recuerdo mal, y me parece que recuerdo bien.

Yo, en la vida ordinaria y normal, soy modesto, y hasta económico; pero en los viajes soy espléndido hasta donde puedo, y casi derrochador.

Para economías y, si es preciso, molestias, el hogar doméstico: ¡para eso se inventó!

Para no reparar en el dinero que se gasta, los trenes, hoteles y fondas.

¡A la mejor fonda, pues, y al mejor restaurant!

Yo, como queda dicho, desembarqué con buenos ánimos y grandes energías.

En los alumnos que me acompañaban hubo de todo.

D. Luis Vasconi desembarcó medio muerto, porque, según costumbre, que no le envidié nunca, el mareo le duraba dos ó tres días después de haber saltado á tierra.

D. Manuel Pardo ¡no se había mareado!

Esto me humillaba grandemente.

Marearse el profesor y no marearse el alumno, es casi un atentado contra la disciplina.

Las clases superiores por algo son superiores.

Los grados y las categorías algo significan, para algo sirven y en algo se han de conocer.

Hoy, en que todo anda revuelto; en que los obreros hablan á los emperadores *de tú;* en que las cocineras, al menos en algunos países, y ya le llegará el turno al nuestro, al entrar á servir, unas, las buenas, á sisar otras, no pocas, lo primero que preguntan es qué día les señala la señora para recibir á sus amigas, y qué habitación para darles *el té;* en que la nivelación es general y el Derecho y la libertad han cedido ó van cediendo el puesto á la igualdad; hoy, repito, podría comprenderse la falta de respeto de un alumno de la Escuela de Caminos: ¡ver que su profesor se mareaba y no mareándose él! Pero entonces no lo comprendía, y me irritaba el atrevimiento de mi discípulo.

En rigor, hoy no lo comprendería tampoco; porque, ó existe la *igualdad,* ó no existe.

O se marean *todos*, ó no se marea *ninguno.*

¿Con qué derecho no se mareaba él, mareándome yo?

¿Por qué ley, justicia ó razón había de tener D. Manuel Pardo el estómago más resistente á los vaivenes del mar que su profesor D. José?

Esto era una injusticia y una desigualdad patentes, que no sé por qué continúa, y que será preciso corregir declarando el *mareo gratuito y obligatorio.*

Yo bien sé que los *intervencionistas del Estado* dirán que es preferible dar otra ley prohibiendo el mareo en absoluto; pero es que la *naturaleza* tiene también, en el orden biológico como en el orden social, *sus leyes*, y éstas sí que son inquebrantables.

Por este camino, íbame á lanzar á los grandes problemas sociológicos que hoy se agitan, pero no es éste el momento oportuno; ya llegarán momento y ocasión.

Por ahora me detengo, como me detuve en Marsella un par de días.

*
* *

Hoy, que escribo estas líneas, no será Marsella el puerto admirable, la gran plaza comercial, la ciudad alegre y expansiva, tan alegre y tan regocijada como era cuando yo la ví por primera vez.

Hoy la crisis la abruma y la paraliza: la lucha, el odio, las malas pasiones, el delirio. ¡Qué siglo xx se prepara!

¡O se les prepara á los que hayan de vivir en este siglo de las dos X, como si dijéramos de las dos *incógnitas mayúsculas:* la de la ciencia y la invención, y la del orden ó desorden social!

Yo no he de describir la Marsella de aquellos tiempos, porque sería trabajo inútil y enorme pedantería. Diré que me admiró y me encantó; ¡qué vida, qué movimiento! ¡el trabajo y la alegría! ¡el gran consorcio fecundo! ¡El del odio y la lucha qué malos hijos engendra!

Como estuve poco tiempo, y como no volví hasta muchos años después, el 89 si no recuerdo mal, mis ideas son bastante confusas.

Allá en las planchas fotográficas de las celdillas cerebrales, sólo dos imágenes quedaron grabadas, y aún las veo, aunque han transcurrido más de cuarenta años; á saber: la Canneviè-

re, de la que dicen los marselleses, como es sabido, que si París tuviese una Cannevière, sería un *pequeño Marsella.*

No diré yo tanto; pero, de todas maneras, es hermosísima: tiene sus relaciones de parentesco con la también hermosa y simpática Rambla de Barcelona.

Este es el primer recuerdo de los dos á que me refería.

El segundo es una estatua de Napoleón III, colocada, si no me equivoco, delante de la Bolsa, en pie sobre el pedestal, de uniforme y con los grandes bigotes engomados y de punta. Por lo menos allí estaba el año *60;* no sé si posteriormente la habrán echado á rodar, como echaron á rodar otras columnas y otras estatuas los furiosos de otras revoluciones.

Los grandes personajes corren este peligro: *primero*, que les eleven una estatua, que peligro es, porque en cierto modo les ponen á la vergüenza; y más peligroso, porque después tumban la estatua en un momento de pasión envidiosa ó vengadora, que de todo hay.

La humanidad es así, como Dios la hizo ó como la deshizo el diablo: se pasan años y siglos elevando ídolos para derribarlos después en el polvo, como el individuo se pasa la existencia forjándose ilusiones y arrojándolas á seguida al olvido y al desengaño.

Yo por entonces estaba en el período de las *ilusiones* y las *esperanzas*: sigamos recordándolas, que soy agradecido, y no las arrojaré nunca ni al olvido ni al polvo. ¿Me proporcionaron un momento de placer, siquiera un momento? ¡Pues para algo sirvieron!

De veras me gustó Marsella; ¡qué simpática!

Era la primera ciudad de Francia que veía, y yo he tenido siempre, y sigo teniendo, grandes simpatías por Francia.

Es una nación prodigiosa, y lo ha sido desde los tiempos de César, digan lo que quieran sus enemigos.

Dicen que copia, reproduce, populariza y pone en circulación moneda que no acuñó: que es una especie de puerto franco.

Es verdad; y, después de todo, ésta es ya una facultad de primer orden: ¡popularizar, extender las ideas, hacer claro lo que es obscuro! El caos ya existía cuando el *fiat lux* le dió forma de luz. ¿Qué vale más: crear nieblas, ó convertirlas en celajes? ¡Y la claridad francesa es maravillosa! ¡Cuántos soberbios celajes de oro y grana ha esparcido por la historia!

Pero, además, tiene Francia inmensas energías creadoras de indiscutible originalidad.

Negar esto, es desconocer la Historia, las ciencias, las artes y todo el desarrollo industrial, especialmente en el siglo anterior.

No es, ciertamente, la única nación que goza de estas altas cualidades, pero ella las posee en grado eminente. No es única, pero siempre está *delante* ó en primera línea.

Tiene defectos; pero ¿dónde está la perfección?

Los individuos, las colectividades, las naciones, como las razas, están llenos de imperfecciones y deficiencias. Todo cuerpo tiene su sombra, desde la piedrecilla hasta la montaña, y cuanto más grandes, las sombras son mayores.

Pero yo he expresado mi opinión, no sé dónde, acaso en estos mismos artículos, sobre la manera de juzgar del valor de los seres y de las cosas. ¡Nada menos: de los *seres* y de las *cosas!* Y si queda alguien fuera de la clasificación, que se queje y reclame.

Yo creo que en toda crítica se debe tomar como elemento activo «lo bueno», y no restar de ello *lo malo:* esto queda aparte para otra cuenta.

El que se considere perfecto que lo diga y que arroje la *primera piedra*.

Y esto de la piedra me recuerda, ya que de recuerdos se trata, un célebre discurso (célebre en su tiempo) de un hombre político importantísimo, de un general valeroso, de mucho talento, pero de escasa y desenfadada cultura literaria.

Era andaluz, ceceaba marcadamente y tenía gran desparpajo.

Echaban en cara, en el Congreso, á otro general, amigo suyo, ciertas evoluciones políticas ó, como entonces se decía, *cambios de casaca*, aunque el interesado siempre conservaba la de general, mejorándola á cada cambio ó evolución.

Y decía el general andaluz, que tales cambios ni eran pecaminosos ni eran extraños: que los tiempos andaban revueltos, las opiniones eran indecisas, las luchas apasionadas, las ideas obscuras, y que *todo el mundo cambiaba por necesidad*, cediendo al movimiento general.

¿Dónde está el íntegro, el puro, el incorruptible?

—¿Dónde eztá—exclamaba—*la Magdalena arrepentida que pueda arrojarnoz la primera piedra?*

Esto lo dijo con gran entonación y gran autoridad, y produjo mucho efecto: hasta se aplaudió.

Al calmarse el entusiasmo, cayeron en la cuenta algunos que la cita era un soberano desatino.

El general había confundido la *Magdalena arrepentida* con la *Mujer adúltera*: por lo demás, ni esta última, ni menos la primera, arrojaron ni trataron de arrojar á nadie ni piedra, ni canto, ni la más insignificante china.

El general había hecho una verdadera *ensalada bíblica*, confundiendo ambas mujeres del libro santo, y haciendo que la primera, no contenta con sus liviandades, á la postre, y ya arrepentida, se entretuviese en arrojar piedras á las demás mujeres.

Pues yo, parodiando al simpático y atrevido general, diré: ¿Cuál ha de ser la Magdalena arrepentida que arroje la primera piedra á un individuo ó á una nación por defectos ó pecados que en ellos suponga y de que se considere limpio?

***

Mi cariño y mi simpatía por la nación francesa eran y son naturales, además de ser justos; y se explican, por lo demás, fácilmente. Cuestión de las primeras impresiones.

Mi educación científica, artística y social fué hasta los treinta y tantos años puramente francesa.

Después de estudiar latín en la segunda enseñanza y un *poquito* de griego que mi padre me enseñó, la primera lengua viva que aprendí fué la lengua francesa. La estudié muy mal, porque entonces no se enseñaba bien; pero, en fin, bien ó mal, llegué á traducir el Telémaco, enterándome de los disgustos de Calipso, y además algunas obras de Aritmética, Álgebra y Geometría.

Después, en toda la carrera, los libros de texto, casi en su totalidad, fueron libros franceses.

Por ejemplo: la Geometría de Vincent, el Algebra de Bourdon, la Analítica de Biot, la Geometría analítica de tres dimensiones de Leroy: éstos para la preparación. Y luego, dentro de la Escuela, siempre obras francesas, no las traducidas, sino las originales; por ejemplo: los Cálculos de Navier y Duhamel, la Mecánica de Poisson, la Descriptiva de Leroy, el corte de piedras de Adhemar, la Mecánica aplicada de Navier, las máquinas de Poncelet, la conducción de aguas de Dupuit, etc., etc.

Por casualidad estudiábamos alguna Memoria en inglés ó alguna del alemán traducida al francés, y esto en los últimos años.

El francés, y siempre el francés, y autores franceses dominaban en la Escuela de Caminos.

Claro es que me refiero á mis tiempos, á los años del 48 al 54; después se han ido escribiendo obras españolas de mérito y de importancia. No se olvide que éstos son recuerdos.

Y si pasaba de mis estudios oficiales á mis particularísimas aficiones por las matemáticas superiores, del círculo de los sabios franceses tampoco salía.

Cauchy, el gran Cauchy, uno de los más admirables *genios creadores* de las ciencias matemáticas, el de las funciones imaginarias y de la teoría de la luz, después de Fresnel; Legendre, uno de los primeros fundadores de las funciones elíp-

ticas y el autor de la Teoría de los Números, obra verdaderamente clásica; Poncelet, el de las propiedades proyectivas; Poisson, el eminente analista; y Chaesles, el eminente geómetra del siglo; y Liouville, autor de tantos trabajos fundamentales y del teorema sobre los números trascendentes; y tantos y tantos autores más, cuya lista no terminaría, pues á capricho y á la ventura cito algunos nombres. Y claro es que no cito sino los que ya murieron.

En mis estudios y mis consultas no salía de los Anales de Terquem, del *Journal* de Liouville, del *Journal* de la Escuela Politécnica, de los Anales de la Escuela Normal y del periódico oficial: *Comptes rendus* de la Academia.

En Física y Química y en Astronomía no acabaría de citar nombres ilustres y genios creadores.

Pues en materias literarias no digamos: la atmósfera en que mis gustos poéticos, novelescos ó dramáticos respiraban, era todavía francesa. Sin contar los clásicos franceses, que leía por deber y que me imponía á mí mismo para completar mi educación, por placer y apetito devoraba más que leía centenares y centenares de novelas francesas, desde *Nuestra Señora de París* hasta el *Judío errante*: todas, todas las que caían en mi poder, buenas, medianas y malas; desde la novela seria y literaria al folletín interesante y desatinado.

Víctor Hugo, Lamartine, Dumas padre, Dumas hijo, Federico Soulié, Balzac, Eugenio Süe y otros innumerables escritores, todos franceses, formaban los dioses mayores y menores de mi Olimpo literario.

Y lo mismo digo del drama que de la novela: desde Molière hasta Scribe, desde Corneille y Racine hasta los dos Dumas, desde el revolucionario Baumarché hasta el último compositor de melodramas para la Port-Saint-Martin, en columna cerrada iban desfilando ante mí escritores franceses en largas horas de la noche, robadas al sueño por el interés dramático.

¿Y qué más? En Economía política no salía de Bastiat, Dunoyer, Say, Molinari y otros economistas ortodoxos; porque

ya he dicho que en estas materias yo era y soy católico-ortodoxo y viejo creyente en las leyes eternas de la Economía.

Pues aun para las doctrinas socialistas ó anárquicas, á los franceses acudía, leyendo á todo pasto á Blanqui, y sobre todo á Proudhon con sus *Contradicciones* y su *Justicia en la Revolución y en la Iglesia*.

En fin, y para no alargar esta enojosa enumeración, en aquella época, para mí el mundo se reducía á dos naciones: España, mi patria; Francia, la patria adoptiva de mi inteligencia y de mis gustos estéticos.

Después, en años sucesivos, he ido ensanchando mis horizontes y mis simpatías y admiraciones.

Hoy admiro á Inglaterra, la patria de Shakespeare, Newton, Taylor, Hamilton el de los cuaternios, y Max-Well, el genio poderoso; para abarcar lo pasado y lo presente. Admiro la patria de Cobden y de la libertad individual; es decir, la que fué, que lo que es hoy también allí está en eclipse parcial la libertad, amenazando eclipse total, desconsolador y tristísimo.

Hoy admiro á la Alemania y á toda la tierra germánica, cuyo poder intelectual es tan fecundo como prodigioso.

¡Cómo no he de admirar la tierra que ha producido, y vuelvo á mis aficiones, al gran Gauss, al ilustre Jacobi, y modernamente al insigne Weierstrass! ¡La tierra de Göethe, Schiller..., ¡ah! y ya me olvidaba, la tierra del creador de la mecánica del calor, Mayer! para revolverlo todo: ciencias y literatura.

Hoy admiro los países escandinavos, y para justificar mi admiración y mi respeto, basta que cite dos nombres: el del inmortal *Abel*, el de la periodicidad de las funciones elípticas, y el del moderno dramaturgo Ibsen.

Hoy admiro Italia, á la que siempre admiré; tierra divinamente y eternamente fecunda en todo: en sabios, en matemáticos, en artistas y en inventores.

Hoy admiro, á pesar de los pesares, á los Estados Unidos con su prodigiosa actividad en todos los órdenes de la vida; ¿cómo no citar á Gibbs y á Edison?

Hoy simpatizo profundamente con nuestros hermanos de Portugal, la patria de Camoens y donde mis aficiones matemáticas encuentran todavía al respetable é insigne matemático Gomes Teixeira.

En suma, que he llegado á ser cosmopolita é internacionalista en materia de ciencias, literatura y artes.

Pero no por eso han palidecido mis primeros amores por la nación francesa.

La ciencia, la poesía, el arte, tienen esto de bueno: que la poligamia espiritual no es incompatible con la monogamia. Ni los nuevos amores son infidelidades á los antiguos, antes los avivan y excitan.

*
* *

He dicho lo que precede para que se comprenda el estado de mi espíritu al llegar á Marsella.

Llegaba á Francia, pero aún creía estar en mi patria.

Llegaba á Francia como pudiera llegar á Barcelona, que todavía no había tenido ocasión de visitar.

Verdad es que me costaba trabajo entender el francés y hacer que me entendieran; pero otro tanto me hubiera sucedido con el catalán, el valenciano ó el gallego, y no por eso dejaban de ser mi patria Cataluña, Valencia y Galicia.

Con estos sentimientos claro es que participo de cierto cosmopolitismo humanitario y científico, que después se ha extendido mucho, y que es fruto legítimo de la civilización.

Sólo que yo, á pesar de estos impulsos expansivos y generosos, no convertía la generosidad en odio, ni por admirar á Francia renegaba ni renegaré de España.

¿Qué tiene que ver mi admiración por Cauchy, pongo por caso, con el cariño por mi familia? Ni ¿cómo renegar del inmortal Cervantes porque admire á Víctor Hugo?

¡Qué estrechos, qué tísicos deben ser los pechos en que no caben muchos cariños y muchas simpatías y muchas admiraciones!

La admiración por las obras ajenas ha sido siempre uno de mis goces predilectos.

¡Cuesta tan poco *admirar*, y proporciona tanto placer! ¡Hasta es un estímulo para la actividad propia! Si existe lo admirable, ¿por qué no he de tropezar yo con él? ¡busquemos, trabajemos, esperemos!

La *admiración*, como signo ortográfico, es uno de los que con más facilidad se emplean. Para la *coma*, para el *punto y coma*, para los *dos puntos* y hasta para el *punto final*, puede haber dudas y vacilaciones. Para la *admiración* nunca las hay.

¿Se admira uno de algo? pues una ó dos admiraciones: ¡ah!, ¡oh!, y así sucesivamente.

Pues esto mismo me sucede con las *admiraciones internas* de mi espíritu.

Las coloco á cada paso sin reparo ni disgusto, antes bien con espontaneidad *admirable*.

Admiro á los sabios, á los artistas, á los literatos, á los oradores, á los inventores, á muchos políticos, á todo el mundo, á poco que lo merezcan.

Mis celdillas cerebrales deben estar plagadas de admiraciones.

Así es que cuando tengo que citar con elogio á unos cuantos seres humanos por sus obras ó sus acciones, la dificultad que encuentro no consiste en escribir nombres y nombres, sino en poner fin á la lista. El *punto final*, este signo ortográfico, sí que es difícil para mí en semejantes casos.

Porque en seguida me asalta el recuerdo de muchos nombres que he pasado en silencio con injusticia notoria.

Si he citado á *fulano*, ¿por qué no he citado á mengano, que casi vale más?

Y éste sí que es para mí verdadero tormento.

Por eso después de haber escrito tantos nombres de sabios ilustres y de grandes naciones, me asalta un remordimiento: ¿por qué no he citado ningún ruso, cuando hay tantos matemáticos ilustres y tantos escritores de primer orden? ¿cómo no

citar la patria de Tolstoi, de Tourguenef, de Dostoiewski, por ejemplo? ¡qué olvido! ¿acaso no he citado á Rusia porque es desgraciada? ¡No, eso no!

¡No; en ese terreno neutral de la ciencia, del arte, de los sentimientos nobles, de las ideas elevadas, no hay ni vencidos ni vencedores, ni japoneses ni rusos! No hay más que hombres, unas veces grandes, otras veces locos.

Locos, con frecuencia; quizá mareados. Porque este artículo bien pudiera titularse «¡el mareo y la admiración!» Y entiéndase bien, este título entre *admiraciones*.

José Echegaray

LA MUERTE DE LOS DIOSES

(LA NOVELA DE JULIANO EL APÓSTATA)

(CONTINUACIÓN)

XX

Los compositores de epigramas de la corte, que llamaron desdeñosamente á Juliano *victorinus* (conquistadorcito), recibían sorprendidos las noticias de las continuas victorias del César. Lo visible se transformaba en terrible. Se hablaba mucho de sortilegios, de secretas fuerzas demoníacas, que venían en ayuda del amigo de Máximo de Éfeso.

Juliano había conquistado é incorporado de nuevo al imperio romano: Argentoratum, Bracomagum, Tres Tabernæ, Salison, Numeta, Vangion, Moguintiac. Los soldados le adoraban cada vez más; él se convencía de que le protegían los dioses olímpicos. Pero, por prudencia, continuaba yendo á las iglesias cristianas, y en la ciudad de Viena, á orillas del Ródano, asistió á una solemne misa.

Á mediados de Diciembre el César conquistador volvía, tras una larga campaña, á sus cuarteles de invierno, á su muy querida ciudad de Parisis-Lutecia, á orillas del Sena.

Caía la noche. El cielo septentrional asombraba á los meridionales con sus reflejos de un verde pálido. La nieve recientemente caída crujía bajo los pies de los soldados.

Lutecia, construída sobre una isleta, estaba rodeada de agua por todas partes. Dos puentes de madera ponían en comunicación la ciudad con las márgenes del río. Las casas eran de una arquitectura galo-romana, con sus galerías de cristales, que reemplazaban á los pórticos abiertos de los países meridionales. Sobre la ciudad se esparcía el humo de una porción de chimeneas. Los árboles estaban cubiertos de escarcha.

En los jardines, á lo largo de los muros, vueltas hacia el Mediodía, como criaturas frioleras, se apretaban, cuidadosamente envueltas en paja, algunas higueras traídas por los romanos.

Aquel año, el invierno era riguroso, á pesar de los vientos del Sur que soplaban el deshielo.

Enormes trozos de hielo, que chocaban entre sí, flotaban en el Sena. Los guerreros romanos y griegos les miraban sorprendidos. Juliano admiraba las masas transparentes, tan pronto azuladas como verdosas.

Había algo en la belleza triste del Norte que le cautivaba y hacía vibrar su corazón, como un lejano recuerdo. Llegaron al palacio, enorme edificio que destacaba las negras líneas de sus arcadas de ladrillos y de sus torreones en el cielo crepuscular.

Juliano entró en su biblioteca. Hacía frío. Encendieron un gran fuego en el hogar y le entregaron varias cartas llegadas á Lutecia en su ausencia. Una de ellas, del Asia Menor, procedía de Yámblico. Juliano sintió envolverle el soplo del Oriente.

Afuera el huracán se desencadenaba con rabia; el viento rugía. Se hubiera dicho que alguien golpeaba en las maderas cerradas. Con los párpados cerrados, Juliano creyó ver los propíleos de mármol, velados por la obscuridad, que pasaban rápidamente y se deshacían como nubes doradas en el horizonte.

Se estremeció y se levantó. El fuego se había apagado. Un ratón roía unos pergaminos en la biblioteca.

Juliano deseó ver un rostro humano. Con sonrisa burlona, se acordó de que tenía mujer. Era una pariente de la emperatriz Eusebia, llamada Elena, y á la que el emperador había casado á la fuerza con Juliano, poco tiempo antes de marchar el último á las Galias.

Juliano no amaba á Elena. Aunque llevaba más de un año de casado, casi no la había visto, no la conocía, no había pasado una noche á su lado. Su mujer permanecía virgen.

Desde su adolescencia, había pensado ella en ser esposa de Cristo. La idea del matrimonio le inspiraba repugnancia. Al principio se creyó perdida; pero después, al ver que Juliano no exigía de ella las caricias conyugales, se tranquilizó y vivió en el palacio como una monja, siempre taciturna, tranquila, enteramente vestida de negro. Elena, en sus oraciones, había hecho voto de castidad.

Aquella noche, una curiosidad maligna impulsó á Juliano á ir á la torre en donde rezaba su mujer. Abrió la puerta sin llamar y entró en la celda, débilmente iluminada. La virgen estaba de rodillas ante una cruz.

Juliano se acercó á ella, ocultando con una mano la llama de su lámpara, y durante algunos minutos la contempló en silencio. Ella estaba tan absorta en la oración, que no le sintió. Después dijo él:

—¡Elena!

Ella lanzó un grito y volvió hacia Juliano su rostro pálido y severo:

—¡Me has asustado!

Él contempló de un modo extraño la cruz, el evangelio, y murmuró:

—Siempre estás rezando.

—Sí; y por ti también... amado César.

—¿Por mí?... Confiesa que me tienes por un gran pecador, Elena.

Ella bajó los ojos sin responder. Su rostro se obscureció aún más.

—No temas nada. Habla. ¿Piensas que me haya hecho culpable de alguna falta especial para con Dios?

Ella respondió en voz baja:

—¿Especial?... Sí, pienso... No te enfades...

—Estaba seguro... Vamos, dilo... Me arrepentiré.

Elena dijo en voz más baja todavía y con mayor severidad:

—No te burles... Responderé de tu alma ante el Eterno.

—¿Tú... de la mía?

—Estamos unidos para siempre.

—¿Por qué vínculo?

—Por el sacramento del matrimonio.

—¿El matrimonio religioso?... Pero hasta ahora vivimos como dos extraños, Elena.

—Tengo miedo por tu alma—repitió ella fijando en él sus ojos inocentes.

Poniéndola una mano en el hombro, él contempló burlonamente el rostro pálido, del que emanaba un frío de castidad. Solamente resaltaban extrañamente los labios rojos, la boca muy bonita y muy pequeña, entreabierta en una expresión de miedo interrogativa.

Juliano se inclinó y, antes de que hubiera podido ella darse cuenta del acto, la besó en los labios.

Elena dió un salto, corrió al extremo opuesto del cuarto y se ocultó el rostro entre las manos. Después, mirando á Juliano con ojos llenos de terror, se santiguó precipitadamente, murmurando:

—Lejos de mí, lejos de mí, impuro... Te conozco... No eres Juliano, eres el diablo... En nombre de la Santísima Cruz, te conjuro... ¡desaparece!

La cólera se apoderó de Juliano. Volvió hacia la puerta y echó el cerrojo; después, acercándose á Elena, sonriendo, dijo:

—Vuelve en ti... Soy un hombre, soy tu marido... y no el diablo... La Iglesia ha bendecido nuestra unión...

Cuanto más la odiaba, tanto más deseaba poseer aquella virgen severa. Ella se pasó lentamente las manos por los ojos.

—Perdóname... Me pareció... ¡Me has asustado tanto, Juliano!... Ya sé que no me deseas nada malo... Pero ya he tenido visiones... Ahora, he creído también... "Él„ ronda por aquí de noche... Le he visto dos veces... me ha dicho de ti malas cosas... Desde entonces, tengo miedo... "Él„ me ha dicho que llevabas en tu rostro el sello de Caín... ¿Por qué me miras así, Juliano?

Ella temblaba, se apoyaba en la pared. Él se acercó y la abrazó.

—¿Qué haces? ¡Déjame, déjame!

Trató de gritar, de llamar á la sirviente.

—¡Eleferia, Eleferia!

—¿Por qué llamas? ¿No soy tu esposo?

Ella se echó á llorar amargamente.

—"¡Hermano!„ "Eso„ no debe ser... Soy esposa de Cristo... Yo creía que tú...

—La esposa del César romano no puede ser esposa de Cristo.

—¡Juliano!... Si crees en "Él„...

Él se echó á reir.

—¡Detesto al Galileo!

En un supremo esfuerzo ella trató de rechazarle, y, desesperada, exclamó:

—¡Vete!... ¡diablo, diablo!... ¿Por qué me has abandonado, Señor?

Juliano cubría la nuca de Elena de audaces besos. Le parecía que cometía un crimen. Ella había desfallecido de tal manera en la lucha, que apenas resistía; balbuceaba:

—¡Ten piedad!... ¡hermano mío!

Con sus impías manos él arrancaba las vestiduras negras. Su alma estaba llena de terror, pero jamás en su vida había experimentado una tal embriaguez del mal. De pronto, á través de la tela desgarrada, brotó la carne. Entonces, irónico, con una sonrisa de desafío, el César romano miró al extremo opuesto de la celda, en donde lucía débilmente la lámpara, iluminando sobre la pared la gran cruz negra.

.....

XXI

Más de dos años habían transcurrido desde la victoria de Argentoratum. Juliano había libertado la Galia de los bárbaros. Á principios de la primavera, Juliano, que continuaba en Lutecia, recibió una importante carta del emperador Constancio, traída por el tribuno Decensio.

Cada nueva victoria alcanzada en la Galia vejaba á Constancio: era un golpe que su vanidad recibía. El "chiquillo„, el "mono vestido de púrpura„, el "risible conquistadorcete„, con indignación de los bufones de la corte, se transformaba en verdadero y terrible conquistador.

Constancio se consumía de envidia. Al mismo tiempo él sufría derrota sobre derrota combatiendo á los persas en las provincias asiáticas. Enflaquecía, no dormía, perdía el apetito, tuvo dos desbordamientos de bilis. Los médicos de la corte estaban consternados.

Á veces, durante las noches de insomnio, el emperador, extendido en su magnífico lecho colocado bajo el sagrado estandarte de Constantino, pensaba:

—¡Eusebia me engañó! Sin ella, hubiera seguido los prudentes consejos de Catena y de Marconio... Hubiese hecho degollar á ese chiquillo en cualquier rincón sombrío... Hubiese exterminado esa serpiente del nido de los Flavios... ¡Imbécil!... Yo mismo le dejé escapar... ¿Y quién sabe?... ¡Tal vez Eusebia fué su querida!

Los celos tardíos le enardecían más aún.

No podía vengarse en la emperatriz Eusebia, muerta ya. Su segunda mujer, Faustina, era una tontuela á la que despreciaba...

Constancio derramaba lágrimas de rabia.

¿No había defendido á la Iglesia? ¿No había trabajado por la destrucción de todas las herejías? ¿No había construído y embellecido claustros? ¿No cumplía regularmente con los ritos impuestos? ¿Y qué recompensa recibía?

Por primera vez el amo de la tierra sentía rugir en él la indignación contra el Amo eterno. La oración expiraba en sus labios.

Para calmar un poco sus celos, decidió recurrir á un medio inusitado: hizo que se enviasen á todas las grandes ciudades *cartas triunfales*, ornadas de laureles y anunciando las victorias concedidas por la gracia de Dios al emperador Constancio. Resultaba de tales cartas que Constancio, y no Juliano, había atravesado cuatro

veces el Rhin; Constancio quien en el otro extremo del mundo aniquilaba el ejército en estúpidos combates; Constancio, y no Juliano, había estado á punto de perecer bajo las flechas en Argentoratum; Constancio había hecho prisionero al rey Clodomiro; Constancio había cruzado los terrenos pantanosos y los bosques impracticables, asaltado las fortalezas, sufrido hambre, sed, calor...

El nombre de Juliano ni siquiera figuraba en las cartas, como si no hubiese César. El pueblo aclamaba á Constancio "vencedor de las Galias„ y, en todas las iglesias, los obispos y los arzobispos entonaban acciones de gracias por los triunfos del emperador.

Juliano, al enterarse de estas locuras, se contentó con sonreir.

Pero no se aplacó la envidia que roía el corazón del emperador. Decidió despojar á Juliano de sus mejores legiones, bajo fútiles pretextos; desarmarle poco á poco, como hizo con Galo, y atraerle por fin á un lazo para asestarle el golpe mortal.

Con este fin, envió á Lutecia un hábil dignatario, el tribuno Decensio, el cual debía enviar inmediatamente á Asia las mejores legiones compuestas de los hérulos, batavios, petulantes y celtas. Además, tenía orden de tomar de cada legión restante trescientos guerreros de los mejores, y el tribuno de las caballerizas imperiales, Cíntula, debía reunir soldados distinguidos y ponerse á su frente para conducirlos á Oriente.

Juliano mostró á Decensio la inevitable rebelión entre las legiones bárbaras, que preferían morir antes que abandonar el suelo natal. El obstinado dignatario no hizo caso de tales observaciones.

La agitación se apoderó de sus soldados. Solamente la severa y prudente disciplina impuesta por Juliano les contenía.

Las primeras cohortes de los petulantes y de los hérulos marcharon por la noche; por la mañana se disponían á seguirlas sus hermanos los celtas y los batavios. Cíntula daba las órdenes con voz segura. Un murmullo corría por las filas. Acababan de dar muerte á un soldado que se rebeló. Decensio iba de un lado para otro examinándolo todo.

De pronto, el rumor y la agitación aumentaron. Los soldados salían de filas, á pesar de las órdenes, de las amenazas y hasta de los golpes de los centuriones; y la confusión y el desorden llegaron al colmo cuando un legionario, con el traje desgarrado y aterrorizado el rostro, se presentó corriendo y gritando:

—¡Hermanos! ¡corred pronto á palacio! ¡Acaban de asesinar á Juliano!

Estalló una verdadera tempestad de gritos é imprecaciones.

—¿Dónde están los asesinos?

—¡Matad á los miserables!

—¿Quiénes han sido?

—Los enviados del emperador Constancio.

—¡Abajo el emperador!

Dos inocentes centuriones que pasaban fueron arrojados al suelo, pisoteados, hechos pedazos. La vista de la sangre enfureció aún más á los legionarios, y de pronto resonó un clamor ensordecedor:

—¡Gloria al emperador Juliano! ¡Gloria á Augusto Juliano!

—¡Le han matado!

—¡Callad, imbéciles!... Augusto vive... Acabamos de verle...

—¡El César vive!

—No es ya César, sino emperador.

—Pero han querido matarle.

—¡Muera Constancio!

—¡Mueran los eunucos!

—¿Dónde está Decensio, ese bandido?

El dignatario huía á uña de caballo. La rebelión corría por todo el ejército, y la cólera se transformó en alegría cuando vieron volver las legiones de los hérulos y de los petulantes, sublevadas también.

Enterado de los sucesos, Juliano no salía, no se presentaba á los soldados, y pasaba el tiempo en adivinaciones. Dos días y dos noches esperó los milagros. Vestido con la larga túnica blanca de los pitagóricos, con una lámpara en la mano, subía á la torre más alta del palacio.

Allí le esperaba, observando los astros, el ayudante de Máximo de Efeso, enviado por él á Juliano; aquel Nogodarés que predijera el porvenir al tribuno Escoda.

—¿Y bien?—preguntó Juliano, inquieto.

—No se ve nada. Se diría que el cielo y la tierra se han puesto de acuerdo.

—En cuanto descubras algo, dímelo.

Y Juliano se puso á pasear por la habitación.

Entró un criado anunciando que un anciano de Atenas deseaba ver al César para un asunto urgente. Juliano fué y se encontró con el gran hierofante de los misterios de Eleusis.

—¡Padre!—exclamó Juliano,—¡sálvame! Debo saber la voluntad de los dioses...

Un mensajero vino á decir que los soldados sublevados rompían las verjas para entrar en palacio.

Juliano hizo un ademán.

—Luego... luego... Que no éntre nadie ahora.

Y bajó con el hierofante á un sombrío subterráneo. La luz de las antorchas iluminaba la reproducción en plata de Helios-Mitra, el dios sol; los trípodes humeaban; los vasos sagrados, llenos de agua, de vino y de miel, esperaban; así como la sal y la harina, para cubrir el cuerpo de las víctimas. Había en jaulas diferentes pájaros, un águila y un cordero blanco. Todo estaba dispuesto para los sacrificios adivinatorios.

El hierofante mató el cordero, y con misteriosos exorcismos co-comenzó la inspección de los órganos.

—El poderoso será derribado—dijo designando el corazón de la víctima;—una muerte espantosa...

—¿Quién?—preguntó Juliano.—¿Él ó yo?

—No sé—contestó el viejo.—No decidas nada esta noche. Espera el día. Los presagios son dudosos.

Nogodarés entró en aquel momento solemnemente.

—Juliano, regocíjate—dijo.—Esta noche se decidirá tu destino... Apresúrate... Después será demasiado tarde.

El mago miró al hierofante; el hierofante miró al mago.

—¡Espera!—dijo el sacrificador de Eleusis.

—¡Atrévete!—dijo Nogodarés.

Juliano permanecía perplejo y los observaba.

Los rostros de los augures permanecían impenetrables.

De pronto dijo Juliano:

—Tengo en la biblioteca un libro que trata de la contradicción en los augures. Voy á consultarle.

Salió. En un pasillo se encontró con el obispo Doroteo, revestido, que llevaba el viático.

—¿Qué ocurre?—preguntó Juliano.

—Tu mujer está agonizando, César.

Doroteo miró severamente las vestiduras de Juliano, su rostro pálido, sus manos ensangrentadas.

—Tu mujer—añadió el obispo—desea verte antes de morir. ¿Vienes?

Entró en la biblioteca y comenzó á revolver los pergaminos. De repente, oyó una voz que murmuraba en su oído:

—¡Atrévete, atrévete, atrévete!

—¿Eres tú, Máximo?—exclamó Juliano volviéndose.

No había nadie.

—¡He aquí lo que esperaba!—exclamó Juliano.—Ha sido "su„ voz. Ahora estoy decidido.

Los legionarios penetraban en el atrio. Juliano no vacilaba ya en lo que tenía que hacer. Todas sus dudas habían desaparecido. Se quitó la túnica, revistió la armadura, se colgó la espada, descendió corriendo la escalera principal, y se presentó ante los soldados.

Hizo un ademán para imponer silencio, y comenzó un discurso: rogaba á los soldados que se tranquilizasen; no permitiría que se los llevasen; convencería á su muy querido hermano el emperador Constancio...

—¡Abajo Constancio!—interrumpieron los legionarios.—¡Abajo el fratricida! ¡Tú eres nuestro emperador!... ¡Gloria á Augusto Juliano el Invencible!

Simuló admirablemente una gran sorpresa, bajó los ojos y extendió las manos como si rechazase un presente criminal. Los gritos redoblaron.

—¿Qué hacéis?—exclamó.—¡Me perdéis y os perdéis! ¿Creéis que yo pueda hacer traición á mi señor?

—¡Es el asesino de tu hermano Galo!

—¡Callaos!—replicó Juliano avanzando á la multitud...

Cada movimiento de Juliano era una astuta hipocresía. Los soldados le rodearon. Él sacó la espada y la dirigió contra su pecho.

—Más vale morir por el César que hacer traición.

Los soldados le desarmaron. Muchos cayeron á sus pies llorando.

—¡Moriremos por ti!

Otros clamaban:

—¡Ten piedad!... ¡Sé nuestro Augusto!

Por fin, Juliano dijo, haciendo un esfuerzo que se hubiera podido creer sincero:

—¡Hijos míos! ¡Queridos compañeros de armas!... Ya veis... Soy vuestro en la vida y en la muerte... No puedo negaros nada...

—¡Coronadle! ¡La diadema!—exclamó el ejército triunfalmente.

Se buscó un objeto que sirviera para el caso á falta de corona, y, por fin, se utilizó la cadena de metal de un portaestandarte: aquella cadena le hizo emperador romano.

—¡Sobre el escudo, sobre el escudo!—gritaban los soldados.

Le alzaron sobre uno. Juliano vió un mar de cabezas, oyó el grito triunfal:

—¡Gloria á Juliano, divino Augusto!

Le parecía que se cumplía la voluntad del destino. Cuando volvió á palacio, subió al cuarto de su mujer.

Esta había muerto ya.

—¿Qué querría decirme?—se preguntó Juliano.

XXII

El emperador Constancio languidecía en Antioquía. Por la noche tenía sueños espantosos. Experimentaba frecuentes desvanecimientos y un malestar constante.

Á fines de otoño salió de Antioquía.

Cuando llegó á una de las etapas del camino, á Mopsucrenes, anunciaron al emperador que le esperaban dos correos.

Entró uno de ellos, tembloroso y lívido.

—¡Dilo todo... en seguida!—exclamó el emperador, asustado ante la expresión de aquel hombre.

El correo refirió la audacia de Juliano. El César, ante el ejército reunido, había roto la carta del emperador. La Galia, la Panonia, la Aquitania, se habían entregado á Juliano. Los traidores avanzaban sobre Constantinopla, con todas las legiones disponibles en sus regiones.

Fué el golpe de gracia para Constancio. Cayó como herido por el rayo: no había muerto; pero cuando volvió á abrir los ojos, la parálisis se había apoderado de él, y no podía articular palabra.

Agonizó durante tres días. Al tercero, sus ojos se cerraron para siempre, y sobre Constancio resonaron estas palabras que, según costumbre, recitaba la Iglesia sobre los mortales despojos de los emperadores romanos:

"¡Levántate, oh rey de la tierra; acude al llamamiento del Rey de los reyes, para que te juzgue!„

.....

No lejos del desfiladero de Sucos, en la frontera de Iliria y Tracia, dos hombres cruzaban una noche el sendero de un bosque. Eran el emperador Juliano y el mago Máximo.

La luna llena brillaba en un cielo puro é iluminaba con luz extraña el oro y la púrpura de las hojas de otoño. De cuando en cuando, con un ligero ruido, caía una hoja amarilla. La atmósfera estaba saturada de humedad, de un relente de otoño tardío, suave y fresco, y al mismo tiempo triste, evocador de la muerte. Las hojas crujían al paso de los dos caminantes. En torno de ellos, en el bosque silencioso reinaba una magnificencia de suntuosos funerales.

—Maestro—dijo Juliano,—¿por qué no tengo yo la ligereza divina, la alegría que ostentaban los hombres de la Hélada?

—No eres helenista.

Juliano suspiró.

—¡Ah! Nuestros antepasados eran salvajes bárbaros, los medos. En mis venas corre la sangre pesada del Norte. ¡No soy hijo de helenos!

—Amigo mío, la Hélada no existió nunca—murmuró Máximo con su eterna sonrisa.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Juliano.

—La Hélada que tú amas no ha existido.

—¿Es inútil mi creencia?

—No se puede creer—respondió Máximo—en lo que ya no es, sino en lo que será. Tu Hélada existirá, será el reinado de los hombres divinos audaces, que no temen nada.

—¡No temer nada!... Maestro, tú posees poderosos sortilegios... ¡libra mi alma del miedo!

—¿Miedo de qué?

—No sabría decírtelo; pero tengo miedo desde mi infancia... de la vida, de la muerte, de mí mismo, del misterio que hay en todo, de las tinieblas... Tenía yo una antigua nodriza, Labda, parecida á una vieja parca, que me contaba terribles tradiciones de la familia de los Flavios... Quiero estar alegre como los antiguos helenos... y no puedo... A veces me parece que soy un cobarde. ¡Maestro... maestro! ¡sálvame! ¡líbrame de ese miedo eterno, de esas tinieblas!...

—Ya sé lo que te hace falta—dijo Máximo en tono solemne.—Te depuraré de la corrupción galilea, de la sombra del Gólgota, con la irradiación de Mitra; caldearé tu cuerpo, helado por el agua del bautismo, con la sangre caliente del dios Sol... Te daré una libertad y una alegría tales como jamás hombre alguno haya poseído en esta tierra.

Salieron del bosque. La nieve cubría la cima del monte Rodopis. Juliano y Máximo penetraron en una caverna: el templo del Sol, Mitra, en donde se celebraban los misterios prohibidos por las leyes romanas.

No había allí ningún lujo; en las paredes desnudas estaban tallados signos cabalísticos de la ciencia de Zoroastro, tales como triángulos, círculos enlazados, constelaciones, monstruos alados. Á la indecisa luz de algunas antorchas, los sacrificadores hierofantes, vestidos con largas y extrañas túnicas, se movían como sombras.

Pusieron á Juliano la túnica olímpica. Le dieron una antorcha.

Máximo le había impuesto en las respuestas que debía dar al hierofante, y Juliano las aprendió de memoria, aunque no debiera comprender su significación sino en el momento de los misterios.

Los sacrificadores sacaron tres toros negros, tres blancos y uno rojo, que tenía las pezuñas y los cuernos dorados. Los hierofantes entonaron un himno, al que respondían los mugidos de las bestias que mataban á mazazos. Al toro rojo le llamaban el dios Mitra.

La sangre brotaba; Juliano se sumergía en ella.

Entonces Máximo dijo:

—Tu alma se baña en la sangre expiatoria del dios Sol; en la sangre más pura del corazón, siempre radioso, del dios Sol; en su luz matinal y crepuscular. ¿Temes aún algo, mortal?

—Sí—respondió Juliano.

—Tu alma se convierte en una parcela del dios Sol. Mitra inagotable te adopta. ¿Temes aún algo, mortal?

—Ya no temo nada en la tierra—replicó Juliano, lleno de sangre de la cabeza á los pies.—¡Soy como Él!

—Toma esta corona—dijo Máximo, poniendo con la punta de su espada una corona de acanto en la cabeza de Juliano.

Pero Juliano arrojó la corona al suelo, diciendo:

—¡Solamente el sol es mi corona! ¡Solamente el sol es mi corona!

Después pisoteó el acanto, y alzando los brazos al cielo, dijo por tercera vez:

—¡Ahora y hasta la muerte, el sol es mi corona!

El misterio había terminado. Máximo abrazó al iniciado, y en los labios del anciano se dibujó una enigmática sonrisa.

Cuando volvieron á cruzar el bosque, el emperador se dirigió al mago:

—Máximo, á veces me parece que me ocultas lo principal...

Y volvió hacia el anciano su rostro pálido, del que, según la costumbre, no se había limpiado las manchas de la sangre sagrada.

—¿Qué quieres saber, Juliano?

—¿Qué será de mí?

—Vencerás.

—¿Y Constancio?

—Constancio no existe ya.

—¿Qué dices?

—Espera... El sol iluminará tu gloria.

Juliano no se atrevió á preguntar. Ambos, silenciosos, volvieron al campamento. En la tienda de Juliano, un correo del Asia Menor, el tribuno Cíntula, esperaba. Se arrodilló y besó el borde del paludamento imperial.

—¡Gloria al divino Augusto Juliano!

—¿Vienes de parte de Constancio, Cíntula?

—Constancio no existe.

—¿Cómo?

Juliano se estremeció y miró á Máximo, que permanecía impasible.

—Por la voluntad de Dios—replicó Cíntula—tu enemigo ha muerto en Mopsucrenes.

Por la tarde fué congregado el ejército; la muerte de Constancio era ya conocida.

Augusto Claudio Flavio Juliano se situó en un montículo, de manera que todos los guerreros pudiesen verle, sin corona, sin espada, sin coraza, envuelto de la cabeza á los pies en la púrpura. Para ocultar las manchas de sangre, que no se debían lavar, se echó la tela de púrpura por la cabeza. Se parecía así más á un sacrificador que á un emperador.

Juliano observaba al ejército. Al lado de aquél estaba Máximo, que murmuraba á su oído:

—¡Mira!... ¡qué gloria! Tu hora ha llegado... No vaciles...

El mago indicó la bandera cristiana: el lábaro, con el monograma de Cristo, y hecho para el ejército romano con arreglo al estandarte de fuego con la inscripción *¡In hoc signum vincens!* que Constantino el Grande viera en el cielo.

Las tropas callaron. Juliano, con voz fuerte y solemne, dijo:

—¡Hijos míos! nuestros trabajos han terminado. Vamos á Constantinopla. Dad gracias á los olímpicos, que nos han dado la victoria.

Estas palabras no fueron oídas sino por las primeras filas del ejército, entre las que había numerosos cristianos. La agitación se apoderó de ellos.

—¡Señor, ten piedad de nosotros!

—¿Qué significa esto?—dijo uno.

—¿Ves ese viejo de barba blanca?—preguntó otro á su compañero.

—Sí.

—Es el diablo, que, bajo el cuerpo de Máximo el Encantador, tienta al soberano.

Pero en las filas lejanas, que no habían oído las palabras de Juliano, se elevó este entusiasta grito:

—¡Gloria al divino Augusto! ¡Gloria, gloria!

—Mirad, mirad—murmuraban los cristianos, aterrorizados.—¡Inclinan el lábaro!

En efecto: se inclinaba ante el emperador la bandera sagrada, una de las bendecidas por Constantino el Apostólico.

El emperador, lívido á pesar de los reflejos de la púrpura y del sol, arrancó del lábaro la cruz y el monograma. Máximo sacó de un estuche una estatuita de plata del dios Sol Mitra-Helios.

Antes de que el ejército se hubiera repuesto de su asombro, flotó sobre la cabeza del emperador la bandera sagrada de Constantino con el ídolo de Apolo.

Un cristiano viejo se tapó los ojos, exclamando:

—¡Sacrilegio!

—¡Ay de nosotros!—gimió otro. —El diablo ha seducido al emperador.

Juliano se arrodilló ante el estandarte, y dijo en alta voz:

—¡Gloria al Sol invencible, rey de todos los dioses!... ¡Augusto adora al eterno Helios, dios de la luz, de la razón, de la alegría y de la belleza olímpicas!

Las legiones se callaban; reinó un tal silencio, que se oyó el rodar de las hojas muertas.

Y del incendio del sol poniente, de la púrpura del sacrificador, del bosque dorado, de todo emanaba una magnificencia de suntuosos funerales.

Uno de los soldados de la primera fila murmuró, de manera que Juliano lo oyó y se estremeció:

—¡Anticristo!

SEGUNDA PARTE

I

Al lado de las cuadras, en el hipódromo de Constantinopla, se encontraba una habitación destinada á los jinetes, amazonas, mimos y conductores de carros. Hasta por el día ardían lámparas en aquel lugar ahogado, impregnado de olor á estiércol. Cuando se levantaba el portier, invadía el cuarto un torrente de luz deslumbradora; veíanse en el espacio soleado las gradas vacías, la grandiosa escalera que unía las habitaciones del palacio de Constantino con el palco imperial, las agujas de piedra de los obeliscos egipcios, y en el centro, sobre la amarilla arena, un gigantesco altar de sacrificios, formado por tres serpientes de bronce, cuyas cabezas chatas sostenían un trípode de Delfos maravillosamente trabajado.

A veces, llegaban de la arena chasquidos de látigo, los gritos de los jinetes, los relinchos de los caballos, el ruido suave de las ruedas, semejante á roce de alas.

No era una carrera, sino sencillamente los ejercicios preparatorios para los verdaderos juegos que debían celebrarse dentro de pocos días.

En un rincón de la cuadra, un atleta desnudo, frotado de aceite, cubierto de polvo, con un cinturón de cuero, levantaba pesos. Echada hacia atrás su cabeza de abundante pelo, arqueaba de tal manera la espalda, que los huesos crujían en las articulaciones, el rostro se ponía congestionado y las venas de su cuello se hinchaban á cada movimiento.

Precedida de esclavos, una joven patricia bizantina, vestida con una elegante túnica de mañana, con un velo echado por la cara, que cubría unas facciones aristocráticas y ajadas ya, se acercó al atleta.

Era una celosa cristiana, querida de todos los frailes por sus generosas donaciones á los monasterios y sus abundantes caridades, viuda de un senador romano. Al principio ocultó sus aventuras; pero no tardó en darse cuenta de que unir el amor á la Iglesia á la afición al circo era la moda general.

Todo el mundo sabía que Estratonice detestaba á los "petimetres„ de Constantinopla, llenos de afeites y de rizos, nerviosos y caprichosos como ella misma. Su temperamento consistía en mezclar los más exquisitos perfumes de Arabia con el enervante calor de la cuadra y del circo.

Tras las ardientes lágrimas de arrepentimiento, después de conmovedoras confesiones hechas á confesores hábiles, aquella mujer, débil y delicada como una figurita de marfil, experimentaba la necesidad de las groseras caricias de un célebre gimnasta.

Estratonice miraba los ejercicios del atleta como buena conocedora, mientras que aquél, conservando una gravedad estúpida en su rostro de buey, no le concedía ninguna atención. Ella murmuraba algo al oído de su esclavo, y con ingenuo asombro admiraba la poderosa espalda, los terribles músculos de Hércules, que danzaban bajo la piel roja cuando el atleta, soplando como un fuelle, levantaba por encima de su hermosa cabeza enmarañada las pesas de hierro.

Se alzó la cortina, retrocedieron los espectadores, y dos yeguas capadocias, blanca y negra, entraron en la cuadra, montadas por una joven amazona, que hábilmente, con un grito gutural, saltó de una bestia á otra y después á tierra.

Era sólida, sana y alegre como sus yeguas.

Sobre su cuerpo, desprovisto de vestiduras, brillaban finas gotas de sudor.

Amablemente se adelantó hacia ella el elegante subdiácono de la basílica de los Santos Apóstoles, Zefirín, gran aficionado al circo, conocedor de caballos y asistente á todas las carreras, en las que apostaba crecidas sumas por los "azules„ *(vineta)* contra los "verdes„ *(prasina)*.

Con sus botas de tacones rojos, sus ojos pintados, sus rizados cabellos, Zefirín se parecía mucho más á una joven que á un servidor de la Iglesia. Detrás de él estaba un esclavo cargado con paquetes de telas, cajas, compras de todas clases procedentes de tiendas famosas.

—Krokala, aquí tienes los perfumes que pedías antes de ayer.

El subdiácono tendió á la amazona un frasco cerrado con cera azul.

—He corrido todas las tiendas esta mañana. No lo he encontrado más que en una. ¡Es puro nardo! Lo han traído ayer de Apameios.

—¿Y qué son esas otras cosas?—preguntó Krokala.

—Seda de moda, adornos.

—¿Siempre para tu...?

—Sí, siempre para mi muy noble hermana, la devota matrona Bezilla. Hay que ayudar á los parientes. Ella no se fía más que de mí para la elección de las telas. Desde el amanecer estoy á sus órdenes. Pierdo la cabeza, pero no me quejo, ¡no, no!... Bezilla es tan buena... Una mujer tan santa...

—Por desgracia, vieja—dijo Krokala, riendo.—¡Oye, muchacho!, seca el sudor de la yegua negra con hojas frescas de higuera.

—La vejez tiene también sus cualidades—replicó el subdiácono, frotando sus manos, llenas de sortijas.

Después murmuró al oído de Krokala:

—¿Esta noche?

—No sé, la verdad... tal vez... ¿Quieres traerme algo?

—No tengas cuidado, Krokala, no vendré con las manos vacías. He visto una pieza de seda de un dibujo maravilloso... ¡Una delicia!

—¿Dónde la has encontrado?

—Pues en casa de Pyrmix, junto á los baños. ¿Por quién me tomas? Te podrás hacer con ella un largo *tarantinidion*. No te puedes imaginar el bordado. ¿Qué crees que es?

—No sé... flores... animales...

—Con oro y sedas, toda la historia del cínico Diógenes.

—¡Ah! debe de ser bonito. Ven, ven sin falta; te esperaré.

Zefirín miró el péndulo de arena.

—Estoy retrasado. Tengo que ir á ver á un usurero, á un joyero, al patriarca, después de la iglesia... Hasta luego.

—¡No te olvides!—le gritó Krokala con un gesto picaresco.

El subdiácono desapareció, seguido de su esclavo.

Una multitud de jinetes, de bailarinas, de gimnastas, de domadores, invadió las cuadras. Con el rostro protegido por una careta, el gladiador Mermilión calentaba al rojo blanco una barra de hierro. Domaba un león recientemente llegado de África y que rugía tras la pared.

—Me llevarás á la tumba, chiquita, y te perderás tú misma. ¡Oh! ¡cómo me duelen los riñones! No puedo más.

—¿Eres tú, abuelo Guyfon? ¿Qué quieres?—preguntó Krokala con fastidio.

Guyfon era un vejete de ojuelos tiernos y astutos, brillantes, bajo cejas que se meneaban como dos ratoncillos blancos, y con una nariz amoratada de borracho. Llevaba el pantalón lidio, lleno de remiendos, y en la cabeza un gorro frigio.

—¿Vienes á buscar dinero otra vez?—exclamó Krokala.—Todavía estás borracho.

—Es un pecado hablar así. Responderás de mi alma ante Dios. Piensa cómo me encuentro por ti. Vivo en el barrio de los smokatas, en un chiribitil alquilado á un escultor de ídolos, á quien diariamente veo crear en el mármol sus horribles imágenes. ¿Crees que es esto agrable para un cristiano?... Dejas así á un pobre viejo...

—Mentira, no eres pobre, eres avaro. Tienes un escondite bajo tu cama.

Guyfon hizo gestos desesperados.

—¡Cállate, cállate!

Para cambiar de conversación, dijo:

—¿Sabes adónde voy?

—A la taberna, seguramente.

—Peor que eso: al templo de Dionisio. Ese templo, desde el santo Constantino, estaba enterrado bajo los escombros, y mañana, por orden augusta del emperador Juliano, resplandecerá de nuevo. Me he ajustado para la limpieza... aunque sepa que perderé mi alma y me iré al infierno... Pero me dejo tentar porque estoy pobre y hambriento... No tengo amparo al lado de mi nieta... A tal punto he llegado.

—Déjame en paz... Toma, y no vuelvas cuando estés borracho.

Krokala dió á su abuelo algunas monedas; después saltó sobre un caballo de Iliria, y, de pie en la grupa, se puso á galopar por el hipódromo. Guyfon exclamó con orgullo:

—¡Y decir que la he educado yo!

El cuerpo vigoroso y desnudo de la amazona brillaba bajo los rayos del sol matinal, y los cabellos rojos, deshechos, flotantes, hacían juego con la piel del caballo.

—Oye, Zotick—gritó Guyfon á un esclavo viejo que recogía el estiércol en una cesta.—Ven conmigo á limpiar el templo de Dionisio. Tú entiendes de eso. Te daré tres óbolos.

—¿Por qué no?—respondió Zotick.—En cuanto arregle la lámpara de la diosa, soy contigo.

Era Atalanta, la diosa de los jinetes, de las cuadras y del estiércol.

Groseramente tallada en madera, ennegrecida, Atalanta estaba colocada en un rincón húmedo; pero Zotick, criado entre caballos, la adoraba, rezaba ante ella llorando, la ponía flores, y creía que le curaba todos sus males, que le preservaba en la vida y en la muerte.

Guyfon y Zotick salieron á la plaza, el foro de Constantino, redondo, con columnas y arcos de triunfo. En el centro se alzaba una gigantesca columna de pórfido, de más de ciento veinte codos de alto, que sustentaba la estatua en bronce de Apolo, hecha por Fidias, robada de una ciudad frigia. Habían roto la cabeza del dios Sol, y, con una falta de gusto bárbara, pusieron en el cuerpo del ídolo la cabeza del emperador cristiano, Constantino el Apostólico.

Su frente estaba rodeada de rayos de oro; en su mano derecha, Apolo-Constantino tenía el cetro, y en la izquierda el globo. A los pies del coloso se alzaba una capillita cristiana, una especie de Paladio. Allí se oficiaba en tiempos de Constantino. Los cristianos decían que en el cuerpo de bronce de Apolo, en el pecho mismo del dios Sol, estaba encerrado un talismán, un pedazo de la Santa Cruz traído de Jerusalén. El emperador Juliano mandó cerrar la capilla. Guyfon y Zotick tomaron por una calle larga y estrecha que conducía directamente á las escaleras de Calcedonia, no lejos del fuerte. Muchos edificios se construían aún; otros se reconstruían, porque fueron levantados tan aprisa, para complacer á Constancio, que se derrumbaban.

Guyfon oyó, al pasar, una conversación entre dos obreros que revolvían un mortero.

—¿Por qué te has hecho galileo?—preguntaba el uno.

—Piensa que los cristianos tienen seis veces más fiestas que los helenistas. A nadie le disgusta... Te aconsejo que sigas mi ejemplo. Se está más libre siendo cristiano.

En una encrucijada, la multitud acorraló á Guyfon y Zotick contra la pared. En medio de la calle había tal cantidad de carros, que no podían ni avanzar ni retroceder; se cruzaban gritos, juramentos, latigazos; cuarenta bueyes arrastraban, sobre una enorme carreta de ruedas de piedra, una columna de jaspe. El suelo retemblaba al peso.

—¿Adónde vais con eso?—preguntó Guyfon.

—Desde la basílica de San Pablo al templo de Gera. Los cristianos se la llevaron para su iglesia. Ahora vuelve á su primer sitio.

Guyfon vió en la pared en que se apoyaba la habitual caricatura impía de los cristianos, dibujada con carbón por algunos muchachos paganos, sin duda.

Volvió la cabeza, escupiendo con indignación.

Al lado de un concurrido mercado vieron el retrato de Juliano con todos los atributos del poder imperial. Desde unas nubes, el alado dios Hermes descendía hacia él. El retrato estaba recién pintado.

Según la ley romana, todo transeunte debía saludar á la reproducción de Augusto.

El inspector del mercado, el agerano, detuvo á una viejecita que llevaba un cesto de verduras.

—Yo no saludo á los dioses—decía gimoteando la vieja.—Mis padres fueron cristianos.

—Tú debías saludar no al dios, pero sí al emperador.

—¡Pero el emperador está con el dios! ¿Cómo iba á saludarle?

—Nada importa. Está mandado que se salude, y no hay que discutir.

Guyfon arrastró á Zotick, diciendo:

—¡Qué astucia tan diabólica! O saludar al maldito Hermes, ó ser acusado de ultraje á la majestad. No hay salida... ¡Qué tiempos! Te miro con envidia, Zotick. Tú vives con tu diosa y te tiene todo sin cuidado...

Llegaron al templo de Dionisio, próximo á un monasterio cristiano, cuyas puertas y ventanas estaban herméticamente cerradas como ante la proximidad de un enemigo. Los paganos acusaban á los religiosos de haber saqueado el templo.

Cuando Guyfon y Zotick entraron en él, los obreros estaban ya

trabajando. Quitaron las planchas que cerraban el cuadrilátero abierto en el techo, y el sol se precipitó por el edificio sombrío.

—¡Cuánta tela de arañas! Mirad, mirad...

Entre los capiteles de las columnas pendían tejidos de materia gris, que se apresuraron á quitar con largos escobones. Un murciélago, molestado en su antro, voló en todas direcciones, no sabiendo en dónde ocultarse de la luz, tropezando con todo.

Zotick recogía escombros é iba á echarlos en una cesta.

—¡Ah, malditos! ¡cuántas porquerías han amontonado!—murmuraba el viejo.

Trajeron unas llaves mohosas, y se abrió el tesoro: los frailes se habían llevado todo lo de valor: las piedras preciosas incrustadas en las copas de los sacrificios; los ornamentos de oro y púrpura de los hábitos sacerdotales.

De todo aquel montón de cosas sagradas, abandonadas y rotas, emanaban un olor de muerte y un suave y triste perfume de incienso de los dioses profanados.

Una dulce melancolía se deslizó en el corazón de Guyfon; sonrió, acordándose de algo, tal vez de su infancia, de las buenas galletas de cebada y heno, de las grandes margaritas de los campos y de los jazmines que con su madre llevaba al altar de la diosa de la aldea; sus oraciones de niño, no al Dios lejano, sino á los diosecitos relucientes de tanto tocarles, esculpidos en madera; los dioses penales. Se compadeció de los dioses muertos; suspiró tristemente, pero en seguida se repuso y murmuró:

—¡Sugestión diabólica!

Unos obreros frotaban el mármol ennegrecido de la estatua del dios, y poco á poco aparecieron las severas líneas de la divina escultura. Dionisio, joven, desnudo, soberbio, como fatigado por la bacanal, medio tendido, dejaba caer su mano, que tenía una copa; una pantera lamía las últimas gotas de vino. Y el dios, concediendo la alegría á todo lo viviente, con benévola sonrisa contemplaba la fuerza de la fiera vencida por la fuerza de la viña. Se montó el bajorrelieve, y un joyero procedió á incrustar en las órbitas del dios dos zafiros que debían simular los ojos.

—¿Qué es eso?—preguntó Guyfon.

—¿No lo ves? Unos ojos.

—Sí, ciertamente; pero ¿de dónde proceden esas piedras?

—Del monasterio.

—Pero ¿cómo han permitido los frailes...?

—¿Qué iban á hacer? El divino Augusto Juliano lo ha ordenado.

Los puros ojos del dios servían de adorno á la túnica del Crucificado... Ahí tienes... Hablan de caridad, de justicia, y son los primeros ladrones. Mira, las piedras ajustan admirablemente en su primitivo puesto.

El dios fijó en Guyfon sus ojos de zafiro. El viejo retrocedió y se santiguó, presa de un temor supersticioso.

—¡Señor, ten piedad de nosotros! ¡Qué abominación!

El remordimiento le atormentaba. Mientras barría el polvo se hablaba á sí mismo, según su costumbre.

—Guyfon, Guyfon, eres un miserable... Eres un perro sarnoso... ¿Qué has hecho de ti al fin de tu vida? ¿Por qué te has condenado? ¡El espíritu malo te ha seducido!... Y ahora irás al fuego eterno, y no habrá salvación para ti... Has manchado tu alma y tu cuerpo, al servir á la abominación pagana... ¡Más te valiera no ver la luz del día!

—¿Por qué te lamentas? — le preguntó una mujer llamada Filomena.

—Mi corazón está angustiado.

—¿Eres cristiano?

—¿Cristiano? Soy un traidor á Cristo—respondió Guyfon barriendo á conciencia.

—¿Quieres que te quite el pecado, que no quede sobre ti ninguna mancha pagana? Yo soy cristiana, y, ya ves, no temo nada. ¿Vendría á trabajar aquí si no supiera cómo purificarme?

Guyfon la miró con incredulidad.

La vieja, habiéndose asegurado de que nadie podía oirles, murmuró misteriosamente:

—Hay un medio, sí... Te lo diré. Un peregrino me ha regalado un pedacito de madera de Egipto, llamada persis, que crece en Germópolis, en Tebaida. Cuando Jesús y su madre franquearon sobre el asno las puertas de la ciudad, el persis se inclinó ante ellos hasta el suelo, y desde entonces se ha hecho milagroso. Tengo un pedazo, y te daré un poquito. Tiene tal poder esta madera, que poniendo una astillita en un cubo de agua, y dejándola una noche, queda el agua santificada.

—¡Oh!—exclamó Guyfon;—dame un pedacito de esa madera maravillosa.

—¡Ya lo creo que vale!... En fin, para hacer una buena acción, te daré un poco por un dracma...

—¿Qué estás diciendo, abuela? En toda mi vida he tenido un dracma... ¿Quieres cinco óbolos?

—¡Avaro!—replicó la vieja, indignada.—Sientes un dracma... ¿No vale más tu alma?

—Y, después de todo, ¿me purificaré verdaderamente? Tal vez el mal ha arraigado de tal manera en mí, que no me valdrá nada...

—Te lo garantizo—insistió la vieja.—Prueba, y te convencerás en seguida del milagro... Tu alma resplandecerá, pura como una paloma.

II

Juliano organizó en Constantinopla procesiones báquicas. Sentado en un carro tirado por mulas blancas, llevaba en una mano un tirso de oro, y en la otra una copa adornada con hiedra. A los lados del carro iban panteras aprisionadas. Las bacantes cantaban tocando en unos tímpanos, y veíanse unos adolescentes con las frentes ornadas de cuernos de faunos, que derramaban vino en unas copas. Se empujaban riendo, y á menudo el líquido purpúreo caía sobre la espalda desnuda de una bacante. En un asno llevaban á un obeso anciano, el director del tesoro, un gran bribón y usurero, que representaba admirablemente á Sileno.

Las bacantes cantaban dirigiéndose al emperador:

¡Baco, rodeado siempre de una resplandeciente nube!

Voces mejores entonaban el canto de Antígono, de Sófocles:

"¡Adelante, hijos de Zeo;
adelante, dios ordenador
de los corazones apasionados,
de las fiestas nocturnas!
Cantemos y riamos,
bacantes y bailarinas.
¡Gloria al dios alegre!„

De repente, Juliano oyó risas y murmullos, y una voz cascada de viejo que decía:

—¡Ah, palomita mía!

Era el sacrificador, viejo verde septuagenario, que había pellizcado el brazo desnudo de una gentil bacante. Juliano se enfadó y llamó al viejo, que acudió bailando.

—Amigo mío—le dijo al oído Juliano,—observa la dignidad que conviene á tu edad y á tu rango.

—Yo soy un hombre sencillo é iletrado; me permitiré decir á Tu

Majestad que no entiendo de filosofías, pero venero á los dioses. Pregunta á quien quieras. Siempre les he sido fiel. Solamente... cuando veo una muchacha bonita... me encalabrino... Soy un viejo verde...

Al ver el rostro descontento del emperador, se calló.

—¿Quién es esa joven?—preguntó Juliano.

—¿La que lleva los vasos sagrados en la cabeza?

—Sí.

—Una cortesana de Calcedonia.

—¡Cómo!... ¿Has autorizado que una cortesana toque con sus manos impuras los vasos sagrados del dios?

—Pero, divino Augusto, tú mismo has ordenado esta procesión. ¿De quién echar mano? Todas las mujeres nobles son galileas. Y, además, ninguna de ellas hubiera consentido en presentarse medio desnuda.

—Entonces, todas ellas son...

—No, no. Hay también bailarinas, trágicas, amazonas del hipódromo. Mira qué alegres van, sin falsas vergüenzas. El pueblo gusta de esto, créelo. Es lo que pide. Y ahí tienes una patricia.

Era una cristiana, una solterona á caza de maridos, escandalosamente pintada.

Juliano comenzó á mirar á aquellas gentes con desagrado.

La procesión llegó á una plazoleta. Una de las bacantes se metió en una taberna que exhalaba un insípido olor de pescado frito, rancio, y compró por tres óbolos unas galletas grasientas, que se apresuró á comer. Cuando acabó, se limpió las manos en la seda de púrpura de sus vestiduras, proporcionadas para la procesión por el Tesoro imperial.

El coro de Sófocles no tardó en cansar; las voces enronquecidas entonaron una canción callejera. Todo aquello parecía repugnante á Juliano. Hubo que recoger á un borracho; apresaron á unos ladrones disfrazados de faunos, que resistieron, originándose una trifulca. De todo el cortejo, solamente las panteras eran bellas y dignas.

Se llegó al templo. Juliano bajó de su carro.

—¿Puedo presentarme ante el altar de Dionisio rodeado de toda esta hez?—pensó.

La sensación del asco corrió por todo su cuerpo: contempló los rostros bestiales, con el sello del desenfreno, que parecían cadavéricos, á pesar de los afeites; la penosa desnudez de los cuerpos, deformados por la anemia y los ayunos. Le pareció respirar la atmósfera de los lugares de libertinaje y de las tabernas. El aliento del

pueblo, impregnado de pescado podrido y de vino agrio, le daba en el rostro al través de la humareda de los aromas. Por todas partes le tendían rollos de papiros.

—Me han prometido un puesto en tus caballerizas... He renunciado á Cristo y no me han dado nada...

—No nos abandones, divino Augusto; ¡protégenos! Hemos renegado, para agradarte, de la fe de nuestros padres... Si nos rechazas, ¿adónde iremos?

Estas voces fueron cubiertas por el coro.

Juliano penetró en el templo y contempló la estatua de mármol de Dionisio. Sus ojos descansaron de la deformidad humana, ante las puras líneas del divino cuerpo. No veía ya á la multitud, le parecía que estaba solo, como un hombre en medio de un rebaño de animales.

El emperador procedió al sacrificio. El pueblo miraba con asombro al César romano, al *Pontifex máximus*, realizar con su celo religioso la tarea de los esclavos: cortar los leños, llevar los ramos, sacar el agua, limpiar el altar.

Un bailarín de cuerda floja dijo al que estaba á su lado:

—Mira lo que se afana. Ama á sus dioses.

—¡Ya lo creo!—observó el otro.—Hay muchos que no quieren á sus padres como quiere él á sus dioses.

—Mirad—exclamó un tercero—cómo se hinchan sus mejillas para reanimar el fuego... ¡Sopla, sopla! no arderá... Tu tío Constantino lo apagó...

La llama prendió, iluminando el rostro del emperador.

Mojando el incensario en una copa plana, una especie de patena de plata, dispersó en lluvia, sobre la multitud, el agua del sacrificio.

Muchos hicieron gestos, otros se estremecieron al sentir en la cara las gotas frías.

Cuando todas las ceremonias hubieron terminado, Juliano se acordó de que había preparado un discurso filosófico para el pueblo.

—¡Hombres!—dijo:—el dios Dionisio es el principio de la gran libertad de vuestros corazones. Dionisio rompe todas las cadenas, se ríe de los fuertes, emancipa á los esclavos...

Observó una estupidez tal en los rostros, tal expresión de fastidio, que las palabras expiraron en sus labios: una mortal repugnancia de la humanidad le levantó el corazón. Hizo una señal á los lanceros para que le rodeasen.

La multitud se fué marchando descontenta.

—Voy directamente á la iglesia á arrepentirme. Tal vez me per-

donarán—decía uno de los faunos, arrancándose con un gesto de cólera su barba postiza y sus cuernos.

—¡No valía la pena de perder el alma!—observó una cortesana indignada.

—Nadie necesita tu alma: no hay quien dé por ella tres óbolos.

En la tesorería del templo el emperador se lavó la cara y las manos, se quitó la soberbia vestidura de Dionisio y se puso la sencilla túnica blanca de los pitagóricos. Poníase el sol, y esperaba que anocheciera para volver inadvertido á su palacio.

Juliano entró en el bosque sagrado de Dionisio; el zumbido de las abejas y el murmurio de una fuente turbaban únicamente el silencio. Resonaron unos pasos que hicieron volverse á Juliano: era su amigo, uno de los discípulos favoritos de Máximo, el joven doctor de Alejandría, Oribazy.

Anduvieron juntos por el estrecho sendero; los rayos del sol se deslizaban al través de las doradas hojas de la viña.

—Mira—dijo Juliano sonriendo,—el gran Pan vive todavía aquí.

Después, en voz más baja, añadió inclinando la cabeza:

—¿Has visto lo que ha pasado, Oribazy?

—Sí—contestó el doctor.—¿Qué esperabas tú?

El emperador callaba. Se acercaron á un templo pequeño, arruinado, invadido por la hiedra. Algunos fragmentos yacían sobre la hierba; solamente una columna permanecía en pie, con un elegante capitel, parecido á un lirio blanco, sobre el que morían los últimos rayos del sol.

Sentáronse en unos escalones y aspiraron el ambiente embalsamado por la menta y el ajenjo. Juliano apartó las hierbas, y señalando un antiguo bajorrelieve roto, dijo:

—Oribazy, he aquí lo que yo esperaba.

El bajorrelieve representaba una procesión sagrada de los antiguos atenienses.

—He aquí lo que yo quería... esta belleza. ¿Por qué de día en día son más deformes los hombres? ¿En dónde están los ancianos inmortales, los hombres austeros, los apuestos adolescentes, las mujeres puras, vestidas con blancas túnicas flotantes? ¿En dónde está aquella fuerza, aquella alegría? ¡Galileos, galileos! ¿Qué habéis hecho de todo esto?

Con la mirada llena de infinita tristeza y de infinito amor contemplaba el bajorrelieve.

—Juliano—dijo dulcemente Oribazy,—¿crees en Máximo?

—Sí.

—¿En todo?

—¿Qué quieres decir?

—Siempre he pensado, Juliano, que padecías de la misma enfermedad que tus enemigos los cristianos.

—¿Cuál?

—La fe en los milagros.

Juliano movió la cabeza.

—Si no hay ni milagros ni dioses, toda mi vida no es más que una locura... No, no hablemos de esto. Y no me juzgues con demasiada severidad por mi cariño á las ceremonias antiguas. No sé cómo explicártelo. Las cosas antiguas me conmueven hasta hacerme derramar lágrimas, y me gusta más la tarde que la mañana, el otoño más que la primavera. Me gusta todo lo que desaparece... Hasta el perfume de las flores marchitas... ¿Qué hacer, amigo mío? Los dioses me han creado así... Esta tristeza dulce, este crepúsculo dorado, fantástico, me son necesarios. En la remota antigüedad hay algo indeciblemente bello y gracioso, que no encuentro ya en parte alguna: los rayos del sol poniente sobre el mármol amarillento por el tiempo. No me arrebates el amor loco por lo que ya no existe. Todo lo que ha sido es más bello de lo que es. El recuerdo tiene más poder en mi alma que la esperanza.

Juliano calló; y pensativo, con tierna sonrisa, miró á lo lejos, con la cabeza apoyada en la columna, cuyo capitel se parecía á un triste lirio blanco.

—Hablas como poeta—replicó Oribazy.—Los sueños de un poeta son peligrosos cuando el destino de un mundo se encuentra entre sus manos. El que reina sobre los hombres debe ser más que un poeta.

—¿Qué hay más?

—El creador de una vida nueva.

—¡Nuevo, nuevo! En verdad, vuestras novedades me asustan á veces. Se me antojan frías y duras como la muerte. Yo te digo: mi corazón está en la antigüedad. También los galileos buscan siempre la novedad pisoteando los antiguos ídolos... Créeme: la novedad no se encuentra sino en lo que es antiguo, inmortal y soberbio.

Se irguió en toda su estatura, con el rostro pálido y expresión de altivez, y brillantes los ojos.

—Piensan que la Hélada ha muerto... Y por todas partes los negros frailes caen como cuervos sobre el cuerpo de mármol de aquélla, gritando alegremente: "¡La Hélada ha muerto!„ Pero olvidan que la Hélada no puede morir. Que la Hélada está en nuestros co-

razones. La Hélada es la belleza divina del hombre sobre la tierra. No está más que dormida, y cuando despierte... ¡ay de los negros cuervos de Galilea!

—Juliano—murmuró Oribazy,—tengo miedo por ti... Quieres realizar lo imposible... Los cuervos no se comen á los vivos, y los muertos no resucitan... ¡César! ¿y si el milagro no se realizara?

—No temo nada; ¡mi pérdida será mi triunfo!—exclamó el emperador con tan radiante expresión, que Oribazy se estremeció como si el milagro fuese á realizarse.—¡Gloria á los réprobos! ¡Gloria á los vencidos!

—Pero antes de perecer—añadió con sonrisa altiva—lucharemos todavía... Quisiera que mis enemigos fuesen dignos de mi odio y no de mi desprecio... En verdad, amo á mis enemigos porque los puedo vencer y sentir como fuerza. Llevo en mi corazón la alegría de Dionisio. El antiguo titán se yergue y rompe sus cadenas, y una vez más brilla en la tierra el fuego de Prometeo. ¡El Titán contra el Galileo!... Vengo para dar á los hombres una libertad y una alegría tales como jamás han soñado. ¡Galileo, tu imperio desaparece como una sombra! ¡Alegraos, tribus y pueblos de la tierra! ¡Soy el mensajero de la vida, soy el libertador, soy... el Anticristo!

III

En el monasterio próximo, de puertas y ventanas herméticamente cerradas, repercutían los solemnes cánticos de los religiosos dominando el lejano rumor de los cantos báquicos.

—¿Por qué, Señor, nos has abandonado? ¿Por qué tu cólera se cierne sobre el rebaño de tus ovejas?

"¿Por qué nos has ofrecido en deshonor á nuestro vecino incorporado á los paganos? ¿Por qué nos dejas ultrajar por la humanidad?„

Las antiguas palabras del profeta David tomaban un sentido inesperado:

"El Señor nos ha entregado al rey Réprobo, el más astuto de toda la tierra.„

Ya de noche avanzada, cuando el silencio se extendió por las calles, los religiosos se recogieron en sus celdas.

El hermano Parfenes ni siquiera pensaba en poder dormir. Tenía un rostro pálido y dulce; en sus ojos, grandes y puros como los de una virgen, se leía una triste perplejidad cuando hablaba á las

gentes. Hablaba pocas veces, y siempre de cosas tan infantiles que no se podía escucharle sin sonreir. A veces reía sin motivo, y los austeros frailes le preguntaban:

—¿Por qué enseñas los dientes? ¿Para agradar al diablo?

Entonces contestaba tímidamente que "se reía de sus propios pensamientos„; y esto hacía pensar á todo el mundo en la alienación de Parfenes.

Poseía un gran arte, el de iluminar los manuscritos; y este arte del hermano Parfenes reportaba al monasterio no solamente ganancias, sino también consideración en las más lejanas provincias. Él no lo sospechaba; y, si hubiese podido comprender lo que es la gloria, antes se hubiera asustado que alegrado.

No consideraba sus ocupaciones artísticas, que le daban mucho que hacer—el hermano Parfenes llevaba al último extremo la perfección de los detalles,—como un trabajo, sino como una diversión. No decía:

—Voy á trabajar.

Sino que se dirigía al anciano superior Pánfilo, que le quería tiernamente, diciendo:

—Padre, bendíceme; voy á jugar.

Cuando realizaba alguna dificultosa combinación de adornos, aplaudía y se felicitaba á sí mismo.

El hermano Parfenes gustaba de tal modo de la soledad y calma de la noche, que había aprendido á trabajar á la luz de una lámpara. Los colores tomaban tintes inesperados y no perjudicaban á los dibujos fantásticos.

En su celdilla, Parfenes encendió la lámpara y la puso al lado de frasquitos, pinceles, cajas de colores. Se santiguó, humedeció cuidadosamente su pincel y se puso á pintar las colas de dos pavos reales al frente de una página. Los pavos de oro sobre campo verde bebían en una fuente turquesa, levantaban los picos y alargaban los cuellos. Había allí también otros rollos de pergaminos sin concluir. Era todo un mundo sobrenatural y encantador. En las márgenes del texto se entrelazaban creaciones fabulosas de arquitectura—árboles, animales fantásticos.—Parfenes no pensaba en nada cuando los creaba, pero una serenidad alegre transformaba su rostro. Grecia, Asiria, Persia, las Indias, Bizancio y la visión de mundos futuros, todos los pueblos, todos los siglos, se reunían en el paraíso del monje, que brillaba con reflejos de piedras preciosas en torno de las letras iniciales de la Sagrada Escritura.

Allí estaba representado el bautismo: San Juan derramaba el

agua sobre la cabeza de Cristo, y, á su lado, el dios pagano de los ríos inclinaba un ánfora amablemente.

El hermano Parfenes, en su candor, no temía á los antiguos dioses: le divertían, y les creía convertidos desde hacía tiempo al cristianismo. Invariablemente, colocaba en la cumbre de las colinas al dios de las montañas, personificado por un adolescente desnudo. Cuando pintaba el paso del mar Rojo, una mujer con un remo representaba el mar, y un hombre desnudo, con la inscripción *Bodos*, debía figurar el abismo que sepultó al Faraón; en la orilla estaba sentada una mujer triste, vestida con una túnica de color de arena: el Desierto.

Aquí y allí, en la curva del cuello de un caballo, en el pliegue de una túnica, en la actitud de un dios echado, apoyado en el codo, palpitaba la elegancia antigua, la gracia de la desnudez.

Aquella noche el *juego* no interesaba al artista. Sus dedos incansables temblaban; la sonrisa no aparecía en los labios.

Prestando oído, abrió un cofrecillo de cedro, sacó una lezna que servía para las encuadernaciones, se santiguó y salió, sin hacer ruido, de la celda.

Hacía calor en el pasillo silencioso; no se oía más que el zumbido de una mosca presa en una tela de araña.

Parfenes bajó á la iglesia, iluminada por una sola lámpara, colocada ante el antiguo díptico de marfil. Dos gruesos zafiros alargados, que ornaban la aureola de Jesús, sentado en los brazos de la Virgen, habían sido arrebatados por los paganos y transportados á su punto de origen en el templo de Dionisio.

Aquellos huecos negros en el marfil amarillento parecían á Parfenes unas llagas en un cuerpo vivo.

—¡No, no puedo!—murmuró, besando la mano del niño Jesús.—No puedo: más vale morir.

Aquellas huellas sacrílegas en el marfil le atormentaban, le indignaban más que las violencias ejercidas sobre un sér humano.

En un rincón de la iglesia descubrió una escala de cuerda que servía para encender las lámparas de la capilla. Llevándose la escala, se dirigió por un estrecho corredor á la puerta de salida, ante la que roncaba el grueso hermano portero Coris.

Parfenes se deslizó como una sombra; la cerradura de la puerta rechinó con un sonido metálico. Coris se incorporó, meneó los párpados, y de nuevo se tumbó en su camastro.

Parfenes salió á la calle, desierta á la hora aquella. La luna brillaba en el cielo. Se oía el rumor del mar. Dió vuelta al templo de

Dionisio hasta un lugar en sombra, y echó la escala de cuerda de manera que se agarrase á la acrotera de metal que adornaba aquel rincón: la escala quedó suspendida de la pata de la esfinge.

El fraile trepó al techo.

A lo lejos cantaron los gallos, ladró un perro; después todo volvió al silencio.

Parfenes echó la escala por el interior del templo y bajó.

Los ojos del dios, dos zafiros alargados, brillaban con vida intensa bajo la luz lunar, y miraban al fraile, impresionado por el imponente silencio. Parfenes se estremeció y se santiguó.

Subió al altar en donde Juliano había ofrecido el sacrificio, y sus talones sintieron el calor de las cenizas apenas apagadas.

El fraile sacó la lezna de su bolsillo; los ojos del dios lucían, y el artista vió la sonrisa de Dionisio y todo su cuerpo desnudo. Y admiró al dios antiguo mientras quitaba los zafiros, y con su mano, involuntariamente, acariciaba el mármol seductor.

Terminada la obra, Dionisio, ciego, miró terriblemente al fraile con sus órbitas vacías.

Entonces el terror se apoderó de Parfenes: le pareció que alguien le acechaba. Saltó del altar, corrió á la escala de cuerda, trepó, la echó del otro lado sin sujetarla bien, lo que ocasionó su caída en los últimos escalones.

Lívido, con los hábitos en desorden, manchados, llevando en su mano los preciosos zafiros, atravesó la calle como un ladrón y se precipitó al monasterio.

El portero no se despertó, y Parfenes entró en la capilla. Al ver de nuevo el díptico, se tranquilizó; puso de nuevo en la aureola del niño Jesús los zafiros de Dionisio.

De vuelta á su celda, Parfenes apagó la luz y se acostó.

De repente, en la obscuridad, se echó á reir como se ríen los niños cuando han hecho una travesura. Se durmió riendo.

Cuando despertó, todavía le retozaba la risa en el corazón; fué á su mesa de trabajo, y contempló con alegría los arabescos no terminados: era el Paraíso terrenal. Adán y Eva estaban sentados en un prado. Un rayo de sol cayó sobre los arabescos, que se iluminaron de oro, púrpura y azul.

Parfenes, al trabajar, no se fijó en que daba al cuerpo de Adán la antigua y soberbia belleza olímpica del alegre dios Dionisio.

IV

El célebre sofista, profesor imperial de elocuencia, Hekébolis, comenzó por el último peldaño la escala de los grados imperiales. Fué servidor del templo de Astartea, en Hierópolis. A los diez y seis años, habiendo robado varios objetos preciosos, huyó á Constantinopla, en donde después de una vida accidentada y no muy recomendable, fué á parar á la escuela del retórico Proeres, y no tardó en ser profesor de elocuencia.

Durante los últimos años del reinado de Constantino, cuando la religión cristiana se puso de moda en la corte, Hekébolis se hizo cristiano. El clero le miraba con simpatía, y él se las pagaba.

Hekébolis, á menudo y siempre en el momento oportuno, cambiaba el símbolo de su fe según los vientos reinantes: de arriano, pasaba á ser ortodoxo; de ortodoxo, arriano; y cada cambio le hacía subir un grado en la escala de las dignidades: el clero le empujaba, y él empujaba al clero á su vez.

Su cabeza blanqueaba; su obesidad se hacía cada vez más agradable; sus discretos discursos, cada vez más insinuantes y dulzones; y sus mejillas florecían. Los ojos eran acariciadores, lucientes; pero á ratos brillaban también en ellos una ironía malévola, un espíritu arrogante y frío. Entonces bajaba prontamente los párpados y la chispa se extinguía.

Todos sus modales habían tomado un sello clerical.

Era un severo observante de los ayunos y un fino gastrónomo. Sus platos de vigilia eran más apreciados que los suntuosos manjares, así como sus bromas monásticas eran más agudas que las más francas bromas paganas. Servíase en su casa una bebida refrescante, de un jugo especial, que á muchos les parecía mejor que el vino. En lugar del pan corriente, había inventado unas galletas de granos del desierto, con las cuales, según la tradición, San Pacomio se alimentaba en Egipto.

Las malas gentes insinuaban que Hekébolis era un libertino, y se contaba en Constantinopla la siguiente anécdota:

Una joven confesó á su confesor que había cometido el delito de adulterio.—Es un gran pecado. ¿Y con quién, hija mía?—Con Hekébolis, padre.—El rostro del sacerdote se iluminó.—¡Con Hekébolis! ¿De veras?... Es un hombre justo entregado á la Iglesia... Arrepiéntete, hija mía: el Señor te perdonará.

Seguramente tales dichos no eran más que habladurías, pero en el rostro respetable, afeitado, del dignatario, los labios demasiado rojos, demasiado gruesos, resaltaban de un modo extraño, aunque los apretase con expresión de humildad monástica. Las mujeres le querían mucho.

A veces, Hekébolis desaparecía durante varios días, y nadie conocía aquellos misterios de su existencia. Sabía echar al agua sus secretos. Jamás ni un criado, ni un esclavo, le acompañaban en aquellos viajes enigmáticos, de los que volvía rejuvenecido y tranquilizado.

En tiempos de Constancio fué nombrado retórico de la corte, con magníficos emolumentos.

Aspiraba á más.

Pero en los momentos en que Hekébolis se disponía á llegar al pináculo, murió Constancio. Juliano, enemigo de la Iglesia, subió al trono. Hekébolis no perdió su presencia de espíritu: hizo lo que hacían otros, pero ni demasiado pronto ni demasiado tarde.

Juliano, en los primeros días de su poder, organizó una controversia teológica en su palacio. Un joven doctor filósofo, estimado de todos por su rectitud y su nobleza, César de Capadocia, hermano del célebre teólogo Basilio el Grande, se hizo el campeón de la fe cristiana frente al emperador.

Juliano autorizaba, en aquellas justas de la inteligencia, una completa independencia, y hasta le gustaba que le replicasen apasionadamente, con olvido de la etiqueta de la corte.

La controversia era viva, y considerable el número de sofistas, sabios y sacerdotes. Ordinariamente, poco á poco, el discutidor se sometía, no á la lógica del filósofo griego, sino á la majestad del emperador romano, y cedía.

Aquella vez no fué así: César de Capadocia no cedió. Era un joven que tenía en sus movimientos una gracia femenina, y una inalterable claridad en sus ojos puros. Llamaba á la filosofía de Platón "la sabiduría tortuosa de la serpiente„, y le oponía la celestial sabiduría del Evangelio. Juliano fruncía las cejas, se removía, se mordía los labios, conteniéndose con trabajo. La discusión, como todas las discusiones sinceras, terminó sin resultado.

El emperador, dueño otra vez de sí mismo, abandonó la sala diciendo una broma filosófica, y con expresión amable, aunque, en realidad, con el dardo en el corazón.

En aquel momento preciso se le acercó el retórico Hekébolis, al que Juliano consideraba como un enemigo. Le dijo:

—¿Qué quieres?

Hekébolis cayó de rodillas y comenzó una confesión de arrepentimiento. Hacía ya mucho tiempo que vacilaba, pero las deducciones del emperador le habían vencido por completo. Maldecía la negra superstición galilea: su corazón retornaba á los recuerdos de su infancia, á los claros dioses olímpicos.

El emperador levantó al anciano, y no pudiendo hablar, de emoción, le estrechó con fuerza contra su pecho, le besó en sus mejillas afeitadas y en sus suculentos labios rojos. Miraba á César de Capadocia para resarcirse de su humillación.

Durante varios días Juliano retuvo á su lado á Hekébolis, refiriendo á cada momento su conversión, orgulloso de su discípulo, como un sacrificador de una hermosa víctima, como un niño de un nuevo juguete, como un adolescente de su primera querida.

El emperador quiso dar á su nuevo amigo un puesto de honor en la corte; pero Hekébolis se negó terminantemente, no considerándose digno de semejante distinción. Estaba decidido á preparar su alma para la virtud olímpica, mediante un largo noviciado; depurar su corazón de la impiedad galilea, sirviendo á uno de los antiguos dioses olímpicos.

Juliano le nombró gran sacrificador de Bitinia y Paflagonia.

Los individuos que llevaban semejante título se llamaban entre los paganos *ardiiepiscopts*.

El arzobispo Hekébolis gobernaba las dos grandes provincias asiáticas; y habiendo emprendido este nuevo camino, lo siguió con tan buen éxito como el antiguo. Contribuyó á la conversión de numerosos galileos á la fe helénica.

Hekébolis fué el gran sacrificador de la diosa fenicia Astartea-Atagaris, á la que sirvió en su infancia. El templo estaba situado á mitad de camino entre Calcedonia y Nicomedia, sobre un elevado promontorio que avanzaba por el Propóntido. Se llamaba aquel lugar Gargaris, y los peregrinos acudían de todos los lugares del mundo á adorar á Afrodita-Astartea, diosa de la muerte y de la voluptuosidad.

V

En una de las salas de su palacio de Constantinopla, Juliano se ocupaba en los asuntos del Estado.

Entre las columnas de pórfido del terrado que daba al Bósforo brillaba el mar azul. El joven emperador estaba sentado ante una

mesa redonda de mármol, llena de papiros y de rollos de pergaminos. Un poco detrás se comunicaban sus observaciones en voz baja Hekébolis y Julio Mavrico, dignatario de rostro inteligente y bilioso.

En medio de la superstición general, aquel escéptico elegante de la corte era uno de los últimos admiradores de Luciano, el burlón de Samos, el autor de los venenosos diálogos en los que se mofa tan implacablemente de todos los ídolos del Olimpo y del Gólgota, de todas las tradiciones de Grecia y Roma. Juliano dictaba una misiva al gran sacrificador de Galilea, Arsacio.

"No autorices á los sacrificadores á frecuentar el teatro, á beber en la tabernas, á ocuparse de oficios bajos. Respeta á los obedientes, castiga á los infieles. En cada ciudad haz erigir casas hospitalarias para los peregrinos, á los que se atenderá con absoluta caridad; y no solamente á los peregrinos helenistas, sino á todos, cualquiera sea la profesión de fe á que pertenezcan. Fijamos, para que se distribuyan en Galilea, treinta mil medidas de trigo y sesenta mil setieros de vino. Distribuye la quinta parte entre los pobres que vivan cerca de los templos, el resto entre los peregrinos y los miserables. Es vergonzoso privar á los helenistas de subsidios cuando los judíos no tienen un solo mendigo y los galileos socorren á los suyos y á los nuestros. Obran como gentes que seducen á los niños con golosinas, comenzando por la hospitalidad, invitando á las comidas de amor fraternal que llaman "agapes„, y poco á poco concluyen por ayunos, flagelaciones, el horror de la generación, la locura y la muerte de los mártires. Tal es el camino habitual de los enemigos del género humano que se llaman cristianos y fraternales. Combáteles con la caridad hecha en nombre de los eternos dioses olímpicos. Haz anunciar en todas las ciudades y en todos los pueblos que tal es mi cordial preocupación. Si sé que obras según mi deseo, te otorgaré mi benevolencia. Explica á los ciudadanos que estoy dispuesto á acudir en su ayuda en toda circunstancia y en todo momento. Pero si quieren obtener mis favores, que se inclinen ante la madre de los dioses, Dindimenes, y que la tributen gloria en todas las tribus á través de los siglos.„

Escribió él mismo las últimas palabras.

Se sirvió el desayuno: pan, olivas frescas y un ligero vino blanco. Juliano comía y bebía sin dejar la tarea. Pero de pronto se volvió y, mostrando el plato de oro que contenía las olivas, preguntó á su esclavo favorito, traído de las Galias, y que le servía siempre:

—¿Por qué este plato de oro? ¿En dónde está el otro de arcilla?

—Perdona, señor... Se ha roto.

—¿Por completo?

—No; solamente el borde.

—Tráele.

El esclavo corrió á buscar el plato perdido.

—Todavía puede servir mucho tiempo—dijo Juliano.

Sonrió.

—He observado, amigos míos, que los objetos rotos duran mucho más tiempo que los nuevos. Confieso que tengo por ellos cierta inclinación. Les encuentro un cierto encanto como en los amigos antiguos... Temo la novedad, detesto el cambio. Se echa siempre de menos aquello á que uno se ha acostumbrado.

Juliano se rió alegremente de sus propias palabras, y añadió:

—He aquí qué filosóficos pensamientos proporciona á veces un plato roto.

Julio Mavrico tiró de la manga á Hekébolis.

—¿Has oído? He ahí toda su naturaleza. Tan religiosamente conserva sus platos rotos como sus dioses medio muertos. He ahí lo que decide de los destinos del mundo.

Juliano pasó de los edictos y leyes á los proyectos sobre el porvenir.

En todas las poblaciones del imperio quería fundar escuelas, cátedras de lectura, de discusiones de helenistas; formas especiales de oraciones, de sermones filosóficos; refugios para las personas virtuosas y para las que se consagrasen á las reflexiones filantrópicas.

—¿Eh?—murmuró Mavrico á Hekébolis.—¡Monasterios en honor de Afrodita y de Apolo!

—Sí, amigos míos; realizaremos todo esto con ayuda de los dioses—declaró el emperador.—Los galileos quieren convencer al mundo de que tienen el monopolio de la caridad, aunque ésta pertenezca á todos los filósofos, cualesquiera que sean los dioses que veneren. Yo he venido para predicar al mundo un nuevo amor, libre y alegre como el mismo cielo de los Olímpicos.

Juliano miró escrutadoramente á los presentes, y no halló lo que buscaba en los rostros de los dignatarios. En la sala entraron enviados de los profesores cristianos de retórica y de filosofía. Hacía poco que se había publicado un edicto prohibiendo a los preceptores galileos la enseñanza de la elocuencia antigua. Los retóricos cristianos debían ó renunciar á sus creencias ó dejar las escuelas.

Con un rollo en la mano, uno de los delegados, hombre de baja

estatura, flacucho, confuso, parecido á un loro viejo, se acercó al emperador, acompañado por dos discípulos deformes.

—¡Ten piedad de nosotros, muy amado de los dioses!

—¿Cómo te llamas?—preguntó Juliano.

—Papiriano, ciudadano romano.

—Pues bien, mi querido Papiriano: ya ves que no os quiero hacer daño alguno... Seguid siendo galileos.

El viejo cayó á los pies del emperador y los besó.

—Hace cuarenta años que enseño gramática... Conozco mejor que cualquiera á Homero y Hesiodo...

—¿Qué deseas?—interrogó severamente Augusto.

—Tengo seis hijos, señor... No me quites mi último pedazo de pan... Los discípulos me quieren. Pregúntales si les enseño nada que sea malo...

La emoción le impidió seguir hablando.

—Nada—dijo el emperador con dulzura y energía al mismo tiempo.—La ley es justa. Me parece absurdo que escritores cristianos que explican á Homero rechacen á los dioses que Homero cantó. Si creéis que nuestros sabios compusieron sencillamente fábulas respecto á nuestros dioses, id á la glesia á hablar de Mateo y Lucas... Comprended, galileos, que lo hago por vuestro interés.

Uno de los retóricos murmuró:

—¡Por nuestro interés! ¡Nos moriremos de hambre!

—¿No teméis profanaros con lo que es algo peor, con la sabiduría engañosa? Vosotros decís: "Bienaventurados los pobres de espíritu„. Sedlo, pues... ¿Creéis acaso que ignoro vuestra enseñanza? La conozco mejor que vosotros. Veo en los mandamientos galileos profundidades que vosotros no habéis soñado nunca... Pero á cada cual lo suyo: dejadnos nuestra frívola sabiduría, nuestra pobre ciencia literaria. ¿Qué haríais de nuestras fuentes envenenadas? ¡Poseéis una sabiduría más elevada! Nosotros tenemos el reino celeste, y vosotros el de los cielos. No es poco para personas que son tan humildes... La dialéctica lleva á las herejías... Sed simples como niños. ¿No se encuentra la ignorancia de los pescadores de Cafarnaum por encima de todos los diálogos platónicos? Toda la sabiduría de los galileos se encuentra encerrada en esta palabra: "¡Cree!„ Si sois verdaderos cristianos, bendeciréis mi ley. En este momento, no es vuestra alma, sino vuestro cuerpo, el que se rebela. He aquí todo cuanto tengo que deciros; y espero que me aprobaréis y encontraréis que el emperador romano se preocupa más que vosotros mismos de la salvación de vuestras almas.

Juliano cruzó por entre los retóricos, tranquilo y satisfecho de su discurso. Papiriano se mesaba los cabellos. Exclamaba:

—¿Por qué, Reina celeste, por qué permites tales cosas?

VI

Juliano se acordaba de los interminables conflictos que se suscitaron entre arrianos y ortodoxos en el concilio de Mediolan, reinando Constancio. Pensó en aprovecharse de aquella animosidad, y decidió convocar, á ejemplo de sus predecesores cristianos, un concilio ecuménico.

Una vez, en una conversación íntima, declaró ante sus amigos, asombrados, que, en vez de perseguir á los galileos, quería darles plena libertad de fe y hacer que volvieran del destierro todos los herejes desterrados por los concilios desde Constantino á Constancio. Estaba seguro de que era el mejor medio para hacer que pereciese el cristianismo.

—Ya veréis, amigos míos—decía el emperador,—cuando hayan vuelto todos, cómo se entablará entre ellos una lucha tal que entregarán al oprobio el nombre de su Maestro antes de lo que lo haría yo con persecuciones y martirios.

Juliano envió á todas las partes del imperio romano edictos y cartas autorizando el regreso de los desterrados. Al mismo tiempo, se invitaba á los más afamados profesores galileos á que vinieran al palacio de Constantinopla para una discusión de interés religioso. La mayor parte de los invitados ignoraba el fin, el asunto del concilio, porque las cartas no lo especificaban, de intento. Sospechando una astucia, muchos, pretextando enfermedades, no acudieron al llamamiento.

El azul de la mañana parecía sombrío al lado de la blancura deslumbrante de la doble columnata que rodeaba el patio designado bajo el nombre de Atrio de Constantino. Palomas blancas desaparecían en el cielo, como copos de nieve. En el centro del Atrio se alzaba la estatua de Venus Calipigia, y el mármol se doraba al sol como un cuerpo vivo. Los frailes, al pasar, volvían la cabeza, procuraban no verla; pero ella aparecía, no obstante, junto á ellos, seductora y tierna.

No sin secreta intención había elegido Juliano aquel lugar para el concilio galileo.

Los hábitos sombríos de los religiosos parecíanlo más allí; los

rostros, enflaquecidos por las privaciones más lamentables. Al deslizarse, proyectaban sobre el mármol soleado sombras deformes. Todos estaban cortados; cada cual se esforzaba en adoptar una actitud indiferente, hasta presuntuosa, simulando no ver á su vecino enemigo, y lanzándose de reojo miradas de curioso desprecio.

—¡Santa Madre de Dios! ¿Qué es esto? ¿En dónde hemos caído?—dijo con profunda emoción el anciano obispo Eustaquio.—Dejadme pasar, guerreros.

—Poco á poco, mi amigo—le respondió el centurión de los lanceros, el bárbaro Delagaif, apartándole cortésmente de la puerta.

—Me ahogo en este antro herético. Dejadme pasar.

—Por la voluntad de Augusto, todos los que han venido á este concilio....—replicó Delagaif, sujetándole inflexiblemente.

—Pero, si esto no es un concilio... Esto es una guarida de bandidos.

Entre los galileos había hombres alegres que se burlaban de los modales provincianos y del pronunciado acento armenio de Eustaquio, que, perdiendo ánimos, se tranquilizó y se refugió en un rincón, murmurando:

—¡Señor, Señor! ¿qué te he hecho?

Evandro de Nicomedia se arrepentía también de haber venido y de haber llevado al discípulo de Didimo, que acababa de llegar á Constantinopla, el hermano Juventino.

Evandro era uno de los más grandes dogmatistas de su época, un hombre de espíritu profundo y perspicaz. Había perdido la salud y envejecido prematuramente sobre los libros; casi estaba ciego, y en sus ojos de miope se leía siempre la fatiga. Innumerables herejías asaltaban su cerebro, no le dejaban reposo, le atormentaban en sus sueños, y al mismo tiempo le atraían por sus finezas y sutilidades. Evandro las coleccionaba en un enorme manuscrito, titulado *Contra los heréticos*, con la misma pasión que la de los aficionados á cosas raras. Las buscaba ávidamente, imaginaba las que pudieran existir; y cuanto más las reprobaba, tanto más le acaparaban. Á veces, rogaba á Dios que le concediese una fe sencilla, y Dios le negaba la sencillez.

En la vida ordinaria, era tímido, ingenuo y sin defensa; como un niño. No costaba nada á las personas malas engañar á Evandro, y los burlones contaban mil anécdotas á su costa.

Sumido en sus sueños teológicos, el obispo continuamente se encontraba en situaciones enojosas.

Por distracción también, había acudido á aquel singular concilio,

sin pensar adónde y por qué iba, atraído por la esperanza de descubrir una herejía nueva.

Por el centro de la sala se paseaba un vigoroso anciano, de pómulos salientes, con la cabeza aureolada de lujuriantes cabellos grises. Era el obispo septuagenario Purpurio, un africano donatista, llamado del destierro por Juliano.

Ni Constantino ni Constancio consiguieron ahogar la herejía de los donatistas. Ríos de sangre corrían desde hacía cincuenta años, en África, á causa de la injusta deposición de un donatista en vez de un ceciliano, ó de un ceciliano en vez de un donatista, punto que siempre estuvo obscuro. Pero las dos sectas luchaban, y no se podía presagiar el fin de aquellos fratricidios, no por dos opiniones, sino por dos nombres.

Juventino observó que un obispo ceciliano rozó, al pasar, á Purpurio, el cual se sacudió las vestiduras de manera que todo el mundo lo viese.

Evandro dijo á Juventino que cuando por casualidad entraba un ceciliano en una iglesia de donatistas, le echaban y lavaban el suelo que había hollado, con agua salada.

Detrás de Purpurio, siguiéndole paso á paso, como un perro, marchaba su fiel guardián, un enorme africano, medio salvaje, de tez bronceada, aplastada nariz y abultados labios: el diácono Leona, provisto de un garrote, que apretaba nerviosamente. Era un campesino etíope, perteneciente á la secta de los mutiladores, llamados los "circunceliones„. Con las armas en la mano, acechaban por los caminos y ofrecían dinero á los transeuntes para matarlos, añadiendo:

—Matadnos, ú os mataremos.

En nombre de Cristo, los circunceliones se mutilaban, se quemaban, se ahogaban; pero no se ahorcaban, porque Judas se había ahorcado. Aseguraban que el suicidio, por gloria de Dios, purificaba el alma de todos los pecados, y el pueblo les consideraba como mártires. Muchos no empleaban la espada, por haberla prohibido Cristo; pero, en cambio, rompían la cabeza á herejes y paganos con enormes garrotes, gritando:

—¡Gloria á Dios!

Evandro llamó la atención de Juventino sobre un hermoso adolescente de rostro delicado como de una doncella. Era un cainita.

—¡Benditos sean nuestros hermanos rebeldes, Caín, Caín, los habitantes de Sodoma y Gomorra!—predicaban los cainitas.—Son los que poseen la alta sofía, la sabiduría sagrada... ¡Venid á nosotros,

expulsados, rebeldes, réprobos! ¡Bendito sea Judas! Fué el único apóstol iniciado en la alta ciencia. Entregó á Cristo para que Cristo muriera y resucitase, porque Judas sabía que la muerte de Cristo salvaría al mundo. El iniciado en nuestra sabiduría debe traspasar todos los límites, atreverse á todo, despreciar la materia, entregarse á todos los pecados, á todos los goces de la carne, para llegar á la repugnancia de la materia, á la última pureza del alma.

—Mira, Juventino: he ahí un hombre que se cree por encima de los arcángeles y de los serafines—dijo Evandro señalando un joven y arrogante egipcio que se mantenía aparte de todo el mundo, con una espiritual sonrisa en los labios, pintados como los de una cortesana.

Iba vestido á la última moda bizantina, y sus manos blancas estaban llenas de sortijas.

Se llamaba Casiodor y era valentiniano.

—Los cristianos—afirmaban los valentinianos—tienen alma como los animales, pero no tienen espíritu como nosotros. Solamente nosotros estamos iniciados en los misterios del Gnosis y del divino Plerum; por consiguiente, solamente nosotros somos dignos de llamarnos hombres. Todos los otros son puercos ó perros.

Casiodor decía á sus discípulos:

—Vosotros debéis conocer á todo el mundo; pero nadie debe conoceros. Ante los profanos negad el Gnosis. Callaos y despreciad las pruebas. Despreciad la profesión de fe y el martirio. Amad el silencio y la soledad. Sed para vuestros enemigos invisibles é inaprehensibles, como las fuerzas inmateriales. Los cristianos vulgares tienen necesidad de buenas acciones para su salvación. Los que poseen la ciencia más elevada de Dios—el Gnosis—no necesitan tales acciones. Somos los hijos de la luz, y ellos los hijos de las tinieblas. No temamos el pecado, porque sabemos que al cuerpo hace falta la materia y al alma lo inmaterial. Nuestro corazón permanece casto en los goces de la materia, y, como el oro puro, no pierde su brillo ni aun en el fango.

Allí también vió Juventino un viejo sospechoso, el adamita Prodick. Los adamitas celebraban desnudos sus misterios en una iglesia caldeada como un baño y llamada "el Edén„. Como nuestros primeros padres, no se avergonzaban de su desnudez, y todas las mujeres se distinguían, así como los hombres, á lo que afirmaban, por un gran pudor de alma, aunque la inocencia de tales reuniones paradisíacas haya sido siempre dudosa.

Al lado del adamita estaba sentada en el suelo, vestida con el

traje episcopal, una mujer pálida, de austero rostro, con los cabellos grises y los parpados medio cerrados de cansancio: la profetisa de los montañistas. Unos coptos de amarillento cutis la atendían con devoción, la miraban con amor y la llamaban "Paloma celeste„. Consumiéndose durante largos años en los éxtasis del amor irrealizable, predicaban que la raza humana debía ser aniquilada por la continencia.

Entró, por fin, Juliano, vestido con la simple clámide blanca de los filósofos.

—Ancianos y maestros—dijo Augusto dirigiéndose á la asamblea,—hemos considerado como un bien demostrar á nuestros súbditos galileos toda nuestra indulgencia y nuestra misericordia. Esperamos que, bajo nuestra protección, daréis ejemplo de las altas virtudes que convienen á vuestra dignidad espiritual y á vuestra sabiduría. Hemos levantado el destierro á los expulsados por los concilios de Constantino y de Constancio, deseando conceder la libertad á todos los ciudadanos del imperio romano. Os hemos convocado á ejemplo de nuestros predecesores. Juzgad y decidid con la autoridad que os es dada por la Iglesia. Nosotros nos retiramos concediéndoos toda libertad.

Y Juliano, rodeado de sus amigos filósofos, salió del atrio y desapareció. Todos guardaban silencio.

De pronto, el obispo, de acento armenio, Eustaquio, á quien el discurso del emperador había ofendido, olvidando su timidez, se adelantó hacia la asamblea, exclamando:

—¡Padres y hermanos! Separémonos en paz. El que nos ha hablado aquí odia el nombre de Jesús. No divirtamos á nuestros enemigos con palabras de cólera. Os lo suplico en nombre del Dios eterno... Separémonos en silencio.

El emperador apareció en la galería superior. Hubo un murmullo en la asamblea. Juliano miró á Eustaquio, y éste sostuvo la mirada. El emperador palideció.

En aquel momento el donatista Purpurio gritó, dirigiéndose á Eustaquio:

—¡Dejadnos vosotros! ¡Vosotros no sois nuestros hermanos! Nosotros somos las espigas puras de Dios, y vosotros la paja seca destinada á ser quemada...

Y señalando al emperador renegado, añadió, en tono solemne como si entonara un himno:

—He ahí nuestro salvador. ¡Gloria al misericordiosísimo y sapientísimo Augusto! ¡Gloria!

La asamblea se hizo tumultuosa. Los unos aseguraban que había que seguir el consejo de Eustaquio; los otros pedían la palabra, no queriendo perder la ocasión de exponer sus ideas ante un concilio religioso.

Muchos olvidaron el fin de la reunión y se engolfaron en sutiles discusiones, tratando de quitarse oyentes.

El basilidieno Trifón hablaba del sentido de la palabra misteriosa "Abraxa„ y de "la nada sin nombre, inmóvil y estéril„.

—La nada sin nombre, inmóvil y estéril se encuentra en tu estúpido cerebro—exclamó indignado un obispo arriano.

Los discípulos del adolescente Epifanio declamaban:

—¡Fraternidad é igualdad! No hay otras leyes. Que todo sea común, las mujeres y la tierra, como lo son el agua, el aire y el sol.

—¡Benditos sean los réprobos!—exclamó el cainita con voz tan inspirada que todo el mundo se volvió asombrado de su impiedad.

El obispo Purpurio se lanzó sobre el cainita y le escupió en el rostro.

Se entabló una pelea, y la cosa hubiera degenerado en batalla si los guerreros romanos no hubieran intervenido.

Se echaron principalmente sobre Purpurio para echarle del lugar.

Gritó:

—¡Senna! ¡Diácono Senna!

El diácono rechazó á los guerreros, tiró á dos al suelo, libertó á Purpurio, y la terrible maza del circuncelión silbó por encima de la cabeza de los heresiarcas.

—¡Gloria á Dios!—rugía el africano buscando su víctima.

De repente su maza se desprendió de sus manos sin fuerza. Todos estaban petrificados. Un grito agudo, lanzado por uno de los coptos de la profetisa, desgarró el silencio. Arrodillado, con el rostro descompuesto por el terror, señalaba á la tribuna:

—¡El diablo, el diablo! ¡Mirad el demonio!

Allí, tranquilo y majestuoso, estaba Juliano. En sus ojos lucía una terrible alegría, y á muchos, en aquel instante, pareció el renegado espantoso, maligno y fuerte como el diablo.

—He aquí cómo practicáis la ley del amor, galileos—dijo.—Ahora veo lo que valen vuestra misericordia y vuestro perdón... En verdad, las fieras son más compasivas que vosotros. Y añadió:

—Si no sabéis dirigiros, para evitar mayores males obedecedme, galileos, y someteos.

VII

Noche de tempestad. A raros intervalos un débil rayo de luna se deslizaba entre las nubes negras y se mezclaba extrañamente á los rápidos fulgores de los relámpagos. Un viento cálido, impregnado de olores salinos, soplaba con violencia. En la orilla izquierda del Bósforo un jinete se acercó á unas ruinas solitarias. En los inmemoriales tiempos de los troyanos había habido allí una fortificación. Ya no quedaban sino montones de piedras y paredes medio derrumbadas. En el interior se encontraba un cuartucho, refugio de pastores y de vagabundos.

El jinete echó pie á tierra, ató el caballo á un arbusto y, apartando unas malezas, llamó en una puerta baja.

—Soy yo, Merohé... abre.

La egipcia abrió la puerta. El visitante era el emperador Juliano. Salieron. La vieja, que conocía bien el lugar, llevaba á Juliano de la mano. Apartando las malezas de cardos, descubrió una entrada baja en una hendidura de roca y bajó unos escalones. El mar estaba próximo y hacía retemblar el suelo, pero los muros de piedra protegían contra el viento. La egipcia se detuvo.

—He aquí, señor, una lámpara y la llave. Darás dos vueltas. La puerta del monasterio está abierta. Si encuentras al hermano guardián, no temas, le he comprado. Pero no te equivoques: en el corredor de arriba, la trigésima celda á la izquierda.

Juliano abrió la puerta y descendió una rápida pendiente subterránea. Aquel camino secreto conducía al monasterio cristiano. Llegado á él, y siguiendo las instrucciones de la egipcia, subió al corredor indicado. Contó las puertas de la izquierda hasta llegar á la que hacía el número 13, y la abrió con cuidado. Una lámpara iluminaba suavemente la celda. Contuvo la respiración.

Una mujer, vestida con la obscura túnica monacal, estaba en un lecho bajo. Había debido de dormirse mientras rezaba, sin tiempo para desnudarse.

Juliano reconoció á Arsinoe.

Había cambiado mucho; solamente sus cabellos eran los mismos. Juliano extendió amorosamente los brazos hacia la religiosa, que dormía á la sombra de una cruz negra, y murmuró:

—¡Arsinoe!

La joven abrió los ojos, le miró sin asombro y sin miedo, como si hubiera sabido que iba á venir. Él dijo:

—No temas; di una palabra y marcharé.

—¿Por qué has venido?

—Quería saber si era verdad...

—¡Qué importa, Juliano! Nosotros no podemos comprendernos.

—¿Crees verdaderamente en "Él„, Arsinoe?

Ella no respondió, y bajó los ojos.

—¿Te acuerdas de nuestra noche en Atenas?—añadió el emperador...—¿Te acuerdas de que me tentaste, siendo yo un fraile galileo, como te tiento yo ahora?... La antigua altivez, la antigua fuerza se siguen retratando en tu rostro, Arsinoe, y no la humildad esclava de los galileos. Dime la verdad.

—Yo quiero el poder—dijo ella en voz baja.

—¡El poder! ¡Entonces te acuerdas aún de nuestra alianza! — exclamó Juliano, gozoso.

Ella meneó la cabeza con triste sonrisa.

—¡Oh, no!... El poder sobre las gentes no tiene importancia. Tú mismo lo sabes.

—¿Y por eso te vas al desierto?

—Sí... y por la libertad.

—Arsinoe, lo mismo que antes, tú no amas más que á ti misma.

—Quisiera también amar á los otros, como "Él„ lo manda; pero no puedo. Los detesto y me detesto.

—Más vale no vivir entonces.

—Hay que vencerse. Hay que vencerse, no solamente en la repugnancia á la muerte, sino también en la de la vida; lo que es muy difícil, porque una vida como la mía es mucho más terrible que la muerte. Pero si se llega á vencerse hasta el fin, la vida y la muerte llegan á ser indiferentes, y se gana la gran libertad.

Sus finas cejas se fruncían en un pliegue de indomable voluntad.

Juliano la miraba con desesperación.

—¿Qué han hecho de ti? Todos vosotros sois verdugos y mártires. ¿Por qué os atormentáis? ¿No ves que en tu alma no hay nada, aparte el odio y la desesperación?

Ella fijó en él una mirada llena de cólera.

—¿Por qué has venido? Yo no te he llamado. Vete... ¿Qué me importa lo que pienses? Bastante tengo con mis pensamientos y mis sufrimientos. Hay entre nosotros un abismo que los vivos no deben franquear. Dices que no creo... Pues precisamente por eso me detesto. No creo; pero quiero creer, ¿lo oyes? Quiero, y creeré. Me esforzaré. Atormentaré mi carne, la desecaré con el hambre y con la sed, la haré más insensible que las piedras. Domaré mi inteligencia,

la mataré, porque es el diablo y es más seductora que todos los deseos. Esta será mi última victoria, la más hermosa, porque me libertará. Entonces veré si hay algo que se rebele en mí y diga: "No creo„.

Alzó sus manos al cielo en ademán suplicante:

—¡Señor! ten piedad de mí. ¿En dónde estás, Señor? ¡Óyeme y perdóname!

Juliano se puso de rodillas ante ella, la atrajo á él y sus ojos brillaron triunfantes.

—¡Oh!—exclamó;—ahora veo que no has podido dejarnos. Lo has querido y no has podido. ¡Ven! ven en seguida conmigo. Mañana serás la esposa del emperador romano, el ama del mundo. He entrado aquí como un ladrón; saldré como un león, con mi presa. ¡Qué victoria sobre los galileos! ¿Quién podrá detenernos? Nos atreveremos á todo, seremos semejantes á los dioses.

El rostro de Arsinoe se puso triste y tranquilo; miró á Juliano con piedad, sin rechazarle.

—¡Desgraciado!... tú eres desgraciado como yo. Ni tú mismo sabes adónde quieres llevarme. ¿Con qué cuentas? Tus dioses han muerto. Huyo al desierto, lejos de este contagio, lejos de este espantoso olor á podrido. Déjame... No puedo ayudarte en nada... Vete.

La cólera y la pasión brillaron en los ojos de Juliano. Pero más tranquila aún, con tal piedad que el corazón del emperador se sobrecogió, como bajo el golpe de una mortal ofensa, añadió ella:

—¿Por qué te engañas? Piensa: ¿qué significan tu caridad, tus casas hospitalarias, tus discursos de sacrificador? Todo esto es nuevo, lo desconocían los antiguos héroes de la Hélada... ¡Juliano, Juliano! ¿son tus dioses los antiguos olímpicos, luminosos é inclementes, terribles hijos del azul, que se regocijaban con la sangre de las víctimas y los sufrimientos de los mortales? ¡La sangre y los sufrimientos de los humanos eran el néctar de los antiguos dioses! Los tuyos, seducidos por la fe de los pescadores de Cafarnaum, son débiles, humildes, enfermizos, mueren de piedad por los hombres... pero esa piedad es mortal para los dioses... Sí, sois demasiado débiles para vuestra sabiduría. Este es vuestro castigo. No tenéis fuerza ni en el bien ni en el mal. No sois ni el día ni la noche, ni la vida ni la muerte. Vuestro corazón está aquí y allí; habéis dejado una orilla y no podéis llegar á la otra. Creéis y no creéis, vaciláis constantemente; queréis y no queréis, porque no sabéis querer. Solamente son fuertes los que, viendo una verdad, son ciegos para la otra. Nos vencerán á nosotros, sabios y débiles.

Juliano levantó la cabeza con esfuerzo, como al salir de una pesadilla, y dijo:

—Eres injusta, Arsinoe. Mi alma no conoce el miedo, y mi voluntad es inflexible. Las fuerzas del destino me conducen. Si está en mi destino el morir demasiado pronto, y yo lo sé, á la vista de los dioses mi muerte será soberbia. Adiós. Marcho sin enojo, triste y tranquilo, porque ahora... has muerto para mí.

VIII

Sobre el pórtico del hospicio de Apolo, destinado á los miserables, á los peregrinos y á los lisiados, en el frontón de mármol se destacaba, en griego, este versículo de Homero:

"Todos venimos de Zeo, peregrinos, pobres. Yo doy poco, pero con amor.„

El emperador penetró en los pórticos interiores. Una elegante columnata jónica daba vuelta al patio. El hospicio fué en otro tiempo palestra. La tarde estaba hermosa. Aún lucía el sol.

Pero de los pórticos, de los departamentos interiores, salía una pesada atmósfera.

Allí, confundidos, estaban niños y viejos, los cristianos y los paganos, los enfermos y los sanos; lisiados, monstruos, anémicos, hidrópicos, consumidos, llevando todos en su rostro el sello de todos los vicios y de todos los sufrimientos.

Una vieja, medio desnuda, frotaba su espalda llena de pústulas contra el mármol de las columnas.

En medio del patio se alzaba la estatua de Apolo Bítico, con el arco en la mano y la aljaba al hombro.

A los pies de la estatua estaba sentado un monstruo, ni niño ni viejo; los brazos rodeaban las rodillas, la cabeza descansaba en los brazos; se balanceaba á derecha é izquierda, y con aire estúpido entonaba siempre la misma cantinela:

—¡Jesucristo, hijo de Dios, ten piedad de nosotros, condenados!

Por fin apareció el inspector principal, Marco Ausonio, pálido y temblando.

—Sapientísimo y magnánimo César, ¿no te dignarás venir á mi casa? La atmósfera es perjudicial aquí... hay enfermedades contagiosas...

—No, yo no temo nada. ¿Eres el inspector?

Ausonio, cerrando la boca para no respirar el aire viciado, se inclinó.

—¿Se distribuye todos los días el pan y el vino?

—Sí, como tú lo has ordenado, divino Augusto...

—¡Cuánta suciedad hay aquí!

—Son los galileos. Lavarse es para ellos un pecado. Es imposible hacer que se bañen...

—Haz que traigan los libros de cuentas—ordenó Juliano.

El inspector cayó de rodillas, y durante mucho tiempo no pudo proferir una palabra; por fin balbuceó:

—Señor... todo está en orden... Pero una desgracia... los libros se han quemado...

El emperador frunció el ceño.

En aquel momento se oyó entre la turba de enfermos:

—¡Un milagro!... ¡un milagro!... ¡Mirad! ¡El paralítico se levanta!

Juliano se volvió, y vió un hombre de elevada estatura, lleno de contento, que le tendía las manos con fe ingenua en la mirada.

—¡Creo, creo!—decía el paralítico.—Creo que no eres un hombre, sino un dios descendido á la tierra. ¡Tócame, cúrame, César!

—¡Qué soberbio milagro!—clamaban los enfermos.—¡Gloria al emperador!

—Ven á mí, ven á mí—gritaban los desgraciados.—Di una palabra, y curaré.

El sol poniente se deslizó por la puerta abierta, é iluminó el rostro de mármol de Apolo. Juliano miró al dios, y, por primera vez, todo lo que se hacía en el hospicio le pareció un sacrilegio. Los ojos claros del dios olímpico no debían ver más todas aquellas monstruosidades. Juliano sintió nacer en él el deseo de purificar la antigua palestra, de desembarazarla de toda aquella podredumbre galilea y pagana, de todo aquel estercolero humano.

Juliano se apresuró á salir del hospicio de Apolo, olvidándose hasta de los libros de cuentas de Ausonio. El emperador había visto que el informe era justo, que el inspector principal era un concusionario; pero se habían apoderado de su corazón tal fatiga, tal asco, que no tuvo valor para seguir adelante en sus descubrimientos.

Era tarde cuando volvió á palacio. Dió orden de no recibir á nadie, y se retiró al terrado que dominaba el Bósforo.

Todo el día había estado ocupado por enojosos asuntos pequeños, discusiones de cancillería y examen de cuentas.

Fué descubierto un gran número de concusiones que permitieron al emperador enterarse de que hasta sus mejores amigos le engaña-

ban. Todos aquellos filósofos, retóricos, poetas y panegiristas robaban al Tesoro tan bien como los eunucos y los obispos cristianos bajo el reinado de Constancio.

Las casas hospitalarias, los refugios de filósofos, los hospicios de Apolo y de Afrodita eran otros tantos de ganancia para los listos, tanto más cuanto que no solamente á los galileos, sino á los paganos, les parecían un capricho extraño y sacrílego de César.

Juliano sentía que su cuerpo se doblegaba bajo el pesado é inútil cansancio. Apagó la lámpara y se echó en su lecho de campaña.

—Hay que reflexionar en el silencio y en la tranquilidad—se dijo contemplando el cielo nocturno.

Pero no tenía ganas de reflexionar. Una enorme estrella brillaba en el espacio, y Juliano, á través de sus párpados medio cerrados, veía el resplandor, que penetraba hasta su corazón como una fría caricia.

IX

En Antioquía, capital de Siria, en una plaza no lejos de Syngon, la calle principal, había unos magníficos baños calientes llamados termas.

Aquellos baños estaban de moda y eran muy caros; acudían allí muchos clientes para enterarse de las últimas noticias de la ciudad.

Entre el apoditerio (habitación para desnudarse) y el frigidario (sala de descanso) se encontraba una habitación muy linda, de piso de mosaico y paredes de mármol, destinada á la sudación: el sudatorio.

En Antioquía se consideraban los baños, no como una diversión ó una cosa indispensable, sino como el principal encanto de la vida, un arte variado. La capital de Siria tenía, por lo demás, fama en el mundo entero por la abundancia y la pureza de sus aguas.

Al través de las tibias y lechosas nubes de vapor del sudatorio se veían los cuerpos desnudos de los ciudadanos notables de Antioquía. Unos estaban medio echados, otros sentados; algunos se hacían frotar con aceite; todos hablaban gravemente y transpiraban, entregándose con seriedad á aquel arte de moda. La belleza de las estatuas antiguas, colocadas en nichos, Antinoo y Adonis, hacía que resaltase la fealdad de los cuerpos vivos.

De los baños calientes salió un viejo gordo, majestuoso aunque deforme, el comerciante Buziris, que acaparaba todas las ventas de trigo de Antioquía. Un joven apuesto le sostenía respetuosamente entre los brazos.

—¡Dad vapor!—ordenó Buziris.

Por su vozarrón podía calcularse el número de millones que manejaba en el mercado.

A su lado estaba el antiguo inspector del hospicio de Apolo, Marco Ausonio. Pequeño, flaco, en comparación con la masa grasienta del comerciante, parecía un pollo desplumado.

El burlón Julio Mavrico no lograba hacer que transpirase su cuerpo nervioso, seco, lleno de bilis.

Garguilio estaba tumbado en el piso de mosaico, y un esclavo le frotaba la espalda con un pedazo de tela humedecida.

El poeta, enriquecido á la sazón, Publio Porfirio, contemplaba melancólicamente sus piernas, deformadas por la gota.

—¿Conocéis, amigos—dijo,—la misiva de los toros blancos al emperador romano?

—No. Cuenta.

—Una línea solamente: "Si vences á los persas, estamos perdidos„.

—¿Es eso todo?

—¿Qué falta hace más?

El cuerpo de Garguilio onduló de risa.

—¡Por Palas! es lacónico y expresivo. Si el emperador vuelve triunfante de Persia, ofrecerá en sacrificio á los olímpicos tal cantidad de toros blancos, que estos animales llegarán á ser más raros que el buey Apis... ¡Esclavo! frótame más fuerte en los riñones.

—Se dice—dijo Junio—que envían de una isla de las Indias una considerable cantidad de pájaros raros; y de Escitia, unos cisnes salvajes. Y todo para los dioses. El emperador romano engorda á los olímpicos. Verdad es que debían de estar hambrientos desde Constantino.

—Los dioses se hartan—exclamó Garguilio,—y nosotros ayunamos. Hace tres días que no se encuentra en el mercado un faisán de Cólquida presentable, ni un solo pescado comible.

—El emperador es un boquirrubio—declaró el comerciante de trigo.

Todos se volvieron respetuosamente.

—Un boquirrubio—insistió Buziris.—Todavía tiene la leche en los labios. Ha querido rebajar el precio del pan, ha prohibido venderle al precio que habíamos fijado. Ha hecho venir de Egipto cuatrocientas mil medidas de trigo.

—¿Y habéis rebajado los precios?

—Escuchad. He excitado á los comerciantes. Han cerrado los al-

macenes. Más vale dejar que se pudra el trigo que someternos. Han comido el trigo de Egipto. Nosotros no damos el nuestro. Ya que ha echado á perder la masa, que se la coma.

—Tu gracia ha observado perfectamente que el emperador no es más que un boquirrubio—dijo el cliente parásito.

—El César Constancio, de piadosa memoria—declamó Buzirio,—no puede compararse con Juliano. Aquél tenía verdaderamente aire soberano. Éste, Dios me perdone, no es más que un aborto de los dioses, un oso mal educado, que sale por las calles sin afeitarse, sin peinarse, sin lavarse, con manchas de tinta en los dedos... Los libros, la erudición, la filosofía... Ya pagarás todo eso.

Entonces, Marco Ausonio, que hasta entonces había estado callado, murmuró pensativo:

—Todo se puede perdonar; ¿pero por qué nos quita el último placer de la vida: el circo, los combates de gladiadores? La vista de la sangre procura y procurará siempre á los hombres un inexplicable contento. Es una alegría sagrada y misteriosa. Sin la sangre no hay alegría ni grandeza sobre la tierra. ¡El olor de la sangre es el olor de Roma!

—Bien dicho: olor de sangre, olor de Roma. Continúa, Marco. Estás inspirado hoy—dijo Garguilio.

—Digo lo que siento, amigos míos. La sangre es tan dulce á los hombres, que hasta los cristianos no han podido prescindir de ella. Quieren purificar el mundo con la sangre. Juliano comete una grave falta. Al quitar el circo al pueblo, le priva del placer sanguinario. El populacho hubiera perdonado todo, pero nunca perdonará eso.

Mientras tanto, en la plaza, á la entrada de las termas, se agolpaba la multitud.

Por la noche brillaban mil luces en Antioquía, sobre todo en el Syngan, la calle principal, tirada á cordel, que atravesaba la ciudad en un trayecto de treinta y seis estadios, con porches sostenidos por columnas, ocupada en toda su longitud por elegantes tiendas.

En la multitud corrían bromas sobre el emperador: unos muchachos corrían entre los grupos cantando coplas satíricas; otro, subido en los hombros de un compañero, dibujaba en una pared, con un carboncillo, un macho cabrío con la corona imperial, mientras que un tercero escribía debajo, con gruesos caracteres: "Este es el impío Juliano„, y gritaba:

¡El carnicero llega
con un gran cuchillo!

Un transeunte, un viejo, vestido con el negro hábito eclesiástico, se detuvo, escuchó al chicuelo y, meneando la cabeza, murmuró:

—De la boca de los niños sale la verdad. ¿No se vivía mejor bajo *Kapa* y *Khi?*

—¿Qué quieres decir con Kapa y Khi?

—¿No comprendes? La letra griega Kapa (K) es la inicial del nombre de Constancio; y Khi (X), la de Cristo. Quiero decir que Constancio y Cristo no hicieron ningún daño á los habitantes de Antioquía, mientras que los filósofos...

—Tienes razón. Mejor se vivía con Kapa y Khi.

Un borracho, que sorprendió el coloquio, corrió á propagarle por todas las calles.

La broma dió vuelta á Antioquía, y agradó al populacho por su indiscutible absurdo.

Mayor animación aún reinaba en la taberna situada enfrente de las termas, que pertenecía al armenio Syrax, el cual hacía ya mucho tiempo que había trasladado su negocio de Cesarea á Antioquía. Hablábase allí también del emperador.

El legionario sirio Strombix, el mismo que tomó parte en la campaña de Juliano contra los bárbaros de las Galias, se distinguía por una elocuencia especial. Á su lado estaba su fiel compañero y amigo el gigante sármata Aragaris.

Strombix se encontraba como el pez en el agua, porque le agradaban sobremanera las revueltas y las rebeliones.

Se disponía á pronunciar un discurso; pero entró una vieja, que acababa de enterarse de una noticia sensacional.

—Estamos perdidos—dijo.—El Señor nos castiga... Me lo contó una vecina, y al pronto me resistí á creerlo.

—Cuenta, cuenta.

—En Gaza, la cosa ha pasado en Gaza. Los paganos se apoderaron de un monasterio de mujeres. Hicieron salir á las religiosas, las ataron á unos postes en la plaza pública y las golpearon hasta darles muerte. Después les sacaron los intestinos, calientes todavía, y se los echaron á los cerdos.

—Yo mismo—añadió un obrero—he visto en Hierópolis á un pagano que se comía el hígado de un diácono muerto.

—¡Qué abominación!—murmuraron los oyentes santiguándose.

Ayudado por Aragaris, Strombix trepó á una mesa, y tomando la actitud de un orador, se dirigió á la reunión:

—¡Ciudadanos!—gritó.—¿Hasta cuándo hemos de esperar para sublevarnos? Sabed que Juliano ha jurado, si vuelve vencedor de

Persia, reunir á los santos defensores de la Iglesia y echarlos como pasto á las fieras; transformar los pórticos de las basílicas en graneros, y el interior de las iglesias en cuadras...

Un viejo, lívido de miedo, interrumpió exclamando:

—¡Qué hacer!... Hay doscientos cadáveres en los pozos... Se dice que el renegado busca sus adivinaciones en el interior de las personas vivas... Oye, Glaturio: ¿no es verdad que se encuentran restos humanos en las cloacas? Tú debes saberlo, porque tu oficio es bajar á ellas.

—No, respetables amigos—respondió humildemente el aludido.—Se encuentran á veces niños recién nacidos, esqueletos de burro ó de camello, pero todavía no he visto cadáveres de personas.

Strombix quiso continuar su discurso.

—¡Hermanos!—dijo,—venguémonos. Muramos como los antiguos romanos.

—Es inútil que te desgañites—gritó un zapatero escéptico.—Cuando llegara el caso, tú serías el primero en escurrir el bulto.

—Sois unos cobardes—declaró, interviniendo en la discusión, una mujer pintada y acicalada, llamada por sus adoradores la Loba.—¿Sabéis lo que respondieron á sus verdugos los santos mártires Macedonio, Teódulo y Terciano?

—No; que hable la Loba.

—Yo misma lo oí. En Mirra, en Frigia, tres jóvenes, Macedonio, Teódulo y Terciano, penetraron de noche en un templo helénico y destruyeron los ídolos, para gloria de Dios. El procónsul Amaquio les hizo prender, ponerles en unas parrillas y encender fuego debajo. Los tres mártires decían: "Si quieres, Amaquio, probar la carne asada, vuélvenos del otro lado para que estemos á tu gusto. Y los tres rieron y escupieron al procónsul. Y se vió que bajaba un ángel del cielo con tres coronas. Vosotros no hubierais hablado así... Tenéis demasiado cariño á vuestro pellejo...

Se oyeron gritos en la calle.

Todo el mundo se precipitó á la puerta. Una multitud enorme avanzaba por la calle principal, y se detuvo ante las termas.

—¡El viejo Pamva! ¡El viejo Pamva!—decían las gentes.—Viene del desierto para socorrer al pueblo, humillar á los grandes y ensalzar á los humildes.

X

Pamva era un viejo de rostro ordinario, saliente de pómulo y lleno de pelos. Vestía un saco de tela y una piel de cordero. Desde hacía veinte años no se había lavado, considerando la limpieza como un pecado y creyendo que existía un diablo especial que presidía el aseo corporal. Vivía en un espantoso desierto, al Este de Antioquía, en donde las serpientes y los escorpiones pululaban en el fondo de los pozos desecados. Al saber por sus discípulos que el emperador Juliano, el feroz Anticristo, perseguía á los cristianos, dejó su retiro para sostener á los creyentes que flaqueaban.

—¡Escuchad!... ¡Va á hablar!

Pamva subió la escalinata de las Termas, extendió los brazos y comenzó diciendo con siniestro acento:

—No quedará aquí piedra sobre piedra. Todo se hundirá y desaparecerá. El fuego sagrado devorará el universo. Los cielos se derrumbarán. Llegará el terrible juicio de Cristo, el imaginable espectáculo. ¿Adónde volveré mis miradas? ¿Qué admiraré sino los gemidos de los reyes precipitados en las tinieblas? ¿sino el terror de la diosa del amor, Afrodita, temblando en su desnudez ante el Crucificado? ¿sino la fuga de Júpiter y de todos los dioses olímpicos ante los rayos del Altísimo?... ¡Triunfad, mártires! ¡Alegraos, perseguidos! ¿En dónde están vuestros jueces, procónsules romanos? Vedlos presa de llamas más terribles que las que quemaban á los cristianos. Los filósofos, tan orgullosos de su frívola sabiduría, rugirán, y no los salvarán ni los silogismos de Aristóteles ni las demostraciones de Platón. Y los actores aullarán como jamás aullaron en tragedia alguna los héroes de Sófocles y Esquilo. Entonces nosotros, los groseros y los ignorantes, nos alegraremos y diremos á los fuertes y á los sabios: "Mirad: he aquí el Crucificado, el Hijo del carpintero y de la menestrala: he aquí el Rey de Judea, vestido de púrpura y coronado de espinas. He aquí al que afrentasteis...„ Y oiremos llantos y rechinamientos de dientes...

De pronto, se oyó ruido de armas y de pasos: los legionarios romanos penetraban en la plaza. A su frente iba el prefecto Salustio, de actitud noble y simpática.

—¡Dispersaos, ciudadanos!—dijo en voz alta el prefecto.—Por orden del divino Augusto, están prohibidas las reuniones nocturnas en las calles de Antioquía.

El viejo Pamva exclamó irónicamente:

—¡Salud, valiente ejército de Satanás! ¡Salud, preclaro dignatario romano! ¡Sed bienvenidos!

Los legionarios levantaron las espadas, prestos á cargar sobre la multitud; pero el prefecto los contuvo con un gesto.

—¿Conque nos amenazas, estúpido?—siguió diciendo Pamva, dirigiéndose á Salustio.—¿Qué podéis? Nos basta con una noche obscura y dos ó tres teas para vengarnos. Teméis á los bárbaros. Nosotros somos más terribles que ellos. Nos encontramos en todas partes, somos innumerables. No tenemos límites, no tenemos patria, no conocemos más que una república: la república universal. Somos de ayer, y llenamos ya el mundo... No necesitamos armas. Somos tantos que nos basta alejarnos para que perezcáis: el imperio romano no se sostiene más que por nuestra misericordia cristiana.

Todas las miradas estaban fijas en Pamva; nadie reparó en un joven, vestido con sencilla túnica, que, seguido de algunos compañeros, atravesaba las filas de los legionarios, los cuales se apartaban respetuosamente ante él. Se dirigió á Salustio, y murmuró:

—¿Qué esperas?

—Se dispersarán tal vez por sí mismos—contestó el prefecto.—Los galileos tienen ya demasiados mártires para que les creemos más. Acuden á la muerte como las abejas á la miel.

El joven avanzó, y gritó con voz clara, como capitán acostumbrado al mando:

—¡Dispersad la muchedumbre! ¡Prended á los agitadores!

Todo el mundo se volvió, y resonó un grito de espanto:

—¡Augusto! ¡Augusto Juliano!

Los guerreros se adelantaron con la espada desnuda. Muchos echaron á correr, siendo el primero Strombix. Algunos se defendieron á pedradas. Se entabló una verdadera batalla, oyéndose confusamente los gritos de los heridos, los juramentos de los soldados y los rezos de los galileos.

Oribazy, que era uno de los campañeros de Juliano, se acercó al emperador.

—¿Qué haces?—le dijo.—¿Es esto digno de tu sabiduría?

El emperador le miró con severidad, y Oribazy se calló, sin atreverse á continuar; pero Juliano le replicó con voz sorda:

—¡Vete! Sé lo que hago...

Oribazy pensó:

—¡Cómo se parece ahora á su primo Constancio en sus momentos de furor!

Juliano gritó á la multitud:

—¡Hasta ahora, por la gracia de los dioses, soy todavía emperador! ¡Obedeced, galileos! Os podéis burlar de mi barba y de mis vestiduras, pero no de la ley romana... Acordaos de que os castigo por la rebelión, y no por cuestión religiosa... ¡Atad á ese tunante!

Y señaló á Pamva, del que se apoderaron dos legionarios.

—¡Mientes, ateo!—rugió Pamva.—Nos persigues por nuestra fe. ¡Hermanos! no temamos al César romano, sino al Dios omnipotente!

Nadie pensaba ya en huir: todos se sentían contaminados por la fiebre del martirio. Los legionarios se mostraban perplejos ante aquella multitud que se lanzaba sobre las espadas y las lanzas. Juliano quiso detener la carnicería. Era demasiado tarde: las abejas volaban á la miel. No pudo hacer otra cosa que exclamar con rabia y con desprecio:

—¡Desgraciados! Si la vida os pesa, no es difícil abreviarla por vosotros mismos.

Y Pamva replicó alegremente:

—Exterminadnos, romanos!... Nos multiplicaremos... ¡Las cadenas serán nuestra libertad; la debilidad, nuestra fuerza; la muerte, nuestra victoria!

XI

Siguiendo la corriente del Orovanto hacia su fuente, á cuarenta estadios de Antioquía, se encontraba el célebre bosque de Dafnae, consagrado á Apolo. Habíase elevado allí un templo, y todos los años se celebraban en él fiestas en honor del dios Sol.

Juliano, sin prevenir á nadie, salió de Antioquía al despuntar el día. Quería cerciorarse por sí mismo de si los habitantes se acordaban de la fiesta sagrada de Apolo. Mientras caminaba pensaba en aquella solemnidad, esperando ver vírgenes y adolescentes subiendo la escalinata del templo, todos vestidos de blanco, símbolo de pura juventud, y una multitud de fieles, los coros y el humo del incienso.

El camino era penoso. El polvo se metía por los ojos y por la garganta. Pero cuando el emperador penetró en el bosque, le envolvió una perfumada frescura. Era difícil creer que aquel rincón del paraíso estuviese tan cerca del abrasador camino. El bosque tenía

ochenta estadios de circunferencia, y bajo los seculares árboles reinaba un perpetuo crepúsculo.

El emperador quedó sorprendido ante la soledad del bosque: ni fieles, ni víctimas, ni incienso; ningún preparativo para la celebración de la fiesta. Creyó que el pueblo estaría ya reunido alrededor del templo, y siguió andando.

A medida que avanzaba iba impresionándole más la calma, la tristeza, el abandono del grato lugar. Llegó á presencia del templo sin encontrar un fiel.

Por fin vió un niño de unos diez años, que seguía un sendero invadido por los jacintos. Sus ojos negros brillaban de un modo extraño en su rostro pálido de helénica belleza.

—¿Sabes, niño, en dónde están los sacrificadores y el pueblo?—le preguntó Juliano.

El niño guardó silencio, como si no hubiese oído la pregunta.

—Escucha, pequeño: ¿puedes llevarme á casa del sacrificador de Apolo?

El niño sonrió, pero no contestó tampoco.

—¿Por qué no quieres responderme?

Entonces la linda criatura señaló sus labios, después sus oídos, y, sin sonreir esta vez, movió la cabeza.

—Debe de ser sordomudo de nacimiento — murmuró Juliano, y añadió:—¡Mal presagio!

Y casi tuvo miedo en el silencio y el crepúsculo del bosque abandonado, en compañía de aquel niño sordomudo, bello como un dios, y que le miraba obstinadamente. Por fin, el pequeño mostró al emperador un anciano vestido con una túnica sucia y remendada, por la que Juliano reconoció en seguida al sacrificador. Se acercó á él.

—¿Eres el sacrificador de Apolo?—preguntó.

—Yo soy. Me llamo Gorguio. ¿Qué deseas, buen hombre?

—¿No puedes indicarme en dónde está el gran sacrificador de este templo y en dónde están los fieles?

Gorguio estuvo un momento sin responder, y después replicó:

—¿Por qué no sería yo el gran sacrificador de Apolo? ¿Y de qué fieles hablas, hijo mío? ¡Que los olímpicos te protejan!

Desprendíase de él un fuerte olor á vino. Juliano, á quien semejante sacrificador parecía indecente, se disponía á dirigirle una severa amonestación.

—Me parece que estás borracho, anciano...

—¿Borracho? Tal vez no. Pero sí he bebido cinco copas con motivo de la fiesta. Por lo demás, bebo por tristeza más que por ale-

gría. Sí, hijo mío. ¡Que los olímpicos te protejan!... ¿Quién eres? A juzgar por tus vestiduras, un filósofo errante ó un maestro de escuela de Antioquía...

El emperador sonrió y dijo:

—Lo has adivinado. Soy profesor.

—¿Cristiano?

—No; helenista.

—Muy bien...

—Pero todavía no me has dicho en dónde está el pueblo...

—¡El pueblo!... ¡Ah!... Los hombres se han olvidado de los dioses. No solamente carecemos de víctimas, sino que á veces no tenemos siquiera un puñado de trigo para ofrecer una galleta al dios, ni un grano de incienso, ni una gota de aceite para las lámparas. Sólo nos resta morir... Sí, hijo mío... ¡que los olímpicos te protejan!... Los frailes lo han acaparado todo... Nosotros hemos concluído... ¡Malos tiempos!...

—¿No ha venido nadie de Antioquía para la gran solemnidad?

—Nadie más que tú, hijo mío. Yo soy el sacrificador, tú eres el pueblo: ofreceremos juntos la víctima al dios.

—Acabas de decirme que no habías recibido ninguna.

—No hemos recibido, pero hay la mía. Heferio (designó al sordomudo) y yo hemos economizado durante tres días el dinero necesario. ¡Mira!

Levantó la tapa de una cesta que tenía á su lado, y apareció la cabeza de un pato que pugnaba por escaparse.

—Al fin y al cabo es una víctima—siguió diciendo el viejo.—Apolo tendrá que contentarse con lo que hay.

—¿Hace mucho tiempo que vives en este templo?—preguntó Juliano.

—Tal vez más de cuarenta años.

—¿Es tu hijo este hermoso niño?

—No; yo no tengo parientes ni amigos. Heferio me ayuda en los actos del sacrificio.

—¿Cuáles son sus padres?

—No conozco al padre, y dudo mucho que lo conozca nadie; pero su madre es la gran sibila Diolima, que vivió mucho tiempo en este templo. No hablaba, y no se levantaba el velo ante los hombres. Era casta como una vestal. Cuando dió á luz este niño, quedamos todos asombrados y no sabíamos qué pensar... Pero un sabio hierofante nos dijo...

Aquí Gorguio tomó un tono confidencial y misterioso.

—...nos dijo que no era hijo de hombre, sino de un dios que bajó durante la noche á visitar á la sibila mientras ésta dormía en el interior del templo. ¡Mira qué bello es!

—¡Un sordomudo hijo de un dios!—murmuró el emperador.

—En los tiempos que corremos—replicó Gorguio, — si el hijo de un dios y de una sibila no fuese sordomudo, se moriría de pena. Mira lo pálido que está ya.

De repente el niño se acercó á Juliano, y, mirándole con fijeza, le cogió una mano y se la besó.

Juliano se estremeció.

—¡Hijo mío — dijo el viejo solemnemente, — que los olímpicos te protejan! Debes de ser un buen hombre. El niño no acaricia jamás á los malos ni á los impíos, y huye de los frailes como de la peste. Me parece que ve y comprende más que nosotros dos, pero no puede explicarlo. Le he sorprendido á menudo en el templo, sentado ante la estatua de Apolo durante horas enteras, y mirándola sonriente como si conversase con el dios.

El rostro de Heferio se puso serio, y se alejó. Gorguio se dió una palmada en la frente, y dijo:

—Estoy charlando contigo, y ya es la hora del sacrificio. Ven.

—Espera—dijo el emperador.—Todavía quería preguntarte algo. ¿Has oído decir que el emperador Juliano quería restaurar el culto de los antiguos dioses?

—Sí, pero... ¿qué podrá hacer el pobre? Todo ha concluído, te digo.

—¿Tienes tu fe en los dioses?

El viejo suspiró y bajó la cabeza. Después dijo:

—Hijo mío, tú eres joven, aunque tengas ya algunos pelos blancos y algunas arrugas en la frente. Pero cuando mis cabellos eran negros y las jóvenes me miraban con complacencia, recuerdo haber pasado en una nave, no lejos de Tesalónica, á la vista del monte Olimpo. "He ahí la morada de los dioses„—me dije conmovido.—Pero á bordo iba un viejo burlón que se decía epicúreo. Señaló el monte, y dijo:

—"Muchos años han transcurrido desde que los viajeros escalaron el Olimpo. Vieron que era una montaña como las otras, sin otra cosa más en su cumbre que nieve, hielo y piedras...„ Y estas palabras me impresionaron tanto, que las recordaré toda mi vida.

El emperador sonrió.

—Anciano, tu fe es infantil. Si no en el Olimpo, ¿por qué no habían de estar los dioses más arriba, en el reino de las Ideas eternas, en el reino de la luz del alma?

Gorguio bajó más la cabeza.

—Sí, ciertamente... Pero... todo ha concluído... El Olimpo está desierto. La tierra no produce ya sino hombres débiles y duros. Los dioses no pueden hacer más que reirse de ellos ó enfadarse. No valen la pena de ser destruídos. Perecerán por la enfermedad, el libertinaje ó el marasmo. Los dioses se enojaban y se han marchado.

—¿Y crees, Gorguio, que el género humano debe desaparecer?

—¡Ah! La tierra sufre. Los ríos corren más lentamente; las flores, en la primavera, no tienen ya el mismo perfume. El sol brilla menos. Se acerca el fin del mundo.

—¿Has conocido tiempos mejores?

—Cuando llegué aquí en los primeros años del reinado de Constantino, las fiestas en honor de Apolo se celebraban con brillantez. ¡Ya lo creo que he conocido tiempos mejores!

En aquel momento se oyó á lo lejos un canto religioso.

—¿Qué es eso?—preguntó Juliano.

—Los frailes—contestó el sacrificador.—Los frailes, que oran por un galileo muerto.

—¿Como? ¿Un galileo en el bosque sagrado de Apolo?

—Sí; le llaman "el mártir Valerio„. Hace diez años, el hermano del emperador Juliano, el César Galo, transportó de Antioquía los huesos de ese Valerio á este bosque, y le construyó un soberbio sarcófago. Desde entonces han dejado de manifestarse las profecías. El templo está profanado y se ha alejado el dios.

—¡Qué sacrilegio!—exclamó el emperador, indignado.

Después se volvió, y vió al niño sordomudo apoyado en una roca en actitud pensativa. Juliano creyó ver por un instante dos alas transparentes palpitar en la espalda del niño, divinamente bello. El emperador pensó:

"Debe ser Eros, el antiguo dios del amor, que agoniza en nuestro siglo de morosidad galilea. Recoge las últimas de amor, las lágrimas del dios sobre Dafnae,—la belleza desaparecida.„

De pronto se oyeron voces:

—Augusto está aquí.

—No puede ser.

—Sí; habrá venido á las fiestas de Apolo... ¡Miradle!... Juliano, te hemos estado buscando toda la mañana.

Eran los sofistas griegos, los sabios y los retóricos, compañeros habituales del emperador, á los que se habían unido el neoplatónico Prisco de Epiro, el bilioso escéptico Junio Mavrico, el prudente Sa-

lustio y el célebre orador Libanio. Juliano no les prestó la menor atención.

—¿Qué hay?—murmuró Junio á Prisco.

—Debe de estar descontento por no haber ningún preparativo para la fiesta. No hemos enviado ni una sola ofrenda.

Juliano se dirigió al antiguo retórico cristiano, á la sazón gran sacrificador de Astartea, Hekébolis.

—Vete á la capilla próxima, y di á los galileos que rezan que les mando que se presenten aquí.

Hekébolis se alejó.

Gorguio, con el cesto al brazo, estaba petrificado, con la boca abierta. A veces le parecía todo aquello un sueño; pero cuando pensaba lo que había dicho del emperador Juliano y de sus dioses al supuesto profesor, temblaba. Cayó de rodillas.

—Perdón, César... olvida mis palabras... no sabía...

Uno de los filósofos quiso rechazar al viejo.

—¡Vete, imbécil!

Juliano le contuvo.

—No ofendas al sacrificador. Levántate, Gorguio. He aquí mi mano. No temas nada. Mientras yo viva, nadie te hará daño, ni á ti ni al niño. Ambos hemos venido á la fiesta; ambos amamos á los antiguos dioses... Seamos, pues, amigos.

Los cantos religiosos habían cesado. Aparecieron por entre los árboles los frailes, pálidos y asustados, sin haber tenido tiempo de quitarse los ornamentos. Hekébolis les guiaba. El superior, hombre obeso, sudaba copiosamente. Al llegar ante Augusto, le saludó profundamente y dijo con agradable voz de bajo:

—Que el humanitario Augusto perdone á sus indignos esclavos...

Se inclinó más todavía, y dos novicios le ayudaron diestramente á incorporarse. Uno de ellos se había olvidado de dejar el incensario, y el incienso se escapaba en hilillos de humo.

Heferio, en cuanto vió á los frailes, huyó.

Juliano dijo:

—¡Galileos! Os ordeno que desembaracéis para mañana á la tarde el bosque sagrado de Apolo de los huesos de vuestro muerto. No deseamos emplear la fuerza contra vosotros; pero si nuestra voluntad no se ejecuta, sabremos hacer de manera que Helios quede libre de la vecindad sacrílega de las cenizas galileas. Enviaré aquí á mis guerreros, desenterrarán los huesos y dispersarán al viento las cenizas. Tal es nuestra voluntad, ciudadanos.

El superior tosió y contestó con voz humilde:

—Muy misericordioso César: la orden es penosísima para nosotros, porque las reliquias descansan desde hace mucho tiempo en un lugar bendecido por voluntad del César Galo. Pero éste es un asunto ajeno á nuestra voluntad, y nos vemos obligados á entregarlo al obispo.

Se oyó un murmullo entre los circunstantes. Un chicuelo, oculto tras un arbusto, cantó:

El carnicero viene,
trae un gran cuchillo.

Pero recibió tal bofetada, que salió chillando.

El superior juzgó que el decoro le ordenaba defender las reliquias; volvió á toser, y siguió diciendo:

—Si tu alta sabiduría expresa tal orden por razón del ídolo...

Se apresuró á rectificar:

—Del dios helénico Helios...

Los ojos del emperador brillaron con furia, y exclamó:

—¡El ídolo! He aquí vuestra palabra. ¿Por qué casta de imbéciles nos tomáis al asegurar que adoramos la materia misma que representa á nuestros dioses: metal, piedra ó madera? Todos vuestros predicadores quieren convencer de esto á los demás. Pero es una mentira. Nosotros no adoramos la piedra muerta, ni el metal ó la madera, sino el alma, el alma viviente de la belleza en los modelos de la más pura belleza humana. No somos nosotros los idólatras, sino vosotros: vosotros, que os devoráis continuamente como fieras por una letra; vosotros, que besáis los huesos podridos de criminales ajusticiados por infracción á las leyes romanas; vosotros, que llamáis al fratricida Constancio "eterno y santidad„... ¿No es más razonable deificar las esculturas maravillosas de Fidias, que respiran la belleza y la sabiduría olímpicas, que inclinarse ante dos maderos entrecruzados, vergonzoso instrumento de tortura? ¿Habrá que avergonzarse de vosotros, compadeceros ú odiaros? El colmo de la locura y del oprobio para nuestra patria es ver á los descendientes helenos que leen á Platón y á Homero precipitarse—¡oh abominación!—hacia una tribu réproba, exterminada casi por Vespasiano y Tito, para deificar á un hombre muerto... ¡Y os atrevéis todavía á acusarnos de idolatría!

El superior, imperturbable, se acariciaba su larga barba y miraba de reojo á Juliano, enjugándose las gotas que brotaban de su frente sudorosa.

Entonces el emperador dijo al filósofo Prisco:

—Amigo mío, tú conoces las antiguas ceremonias de los helenistas. Celebra los misterios de Delos, indispensables para la purificación del templo de Apolo. El dios regresará á su morada; las antiguas profecías comenzarán de nuevo en cuanto se haya quitado la piedra que cierra el manantial.

El superior terminó el coloquio con un profundo saludo y con la misma humildad, en la que se percibía una tenacidad invencible.

—Gúmplase tu voluntad, poderoso César. Nosotros somos los hijos, tú eres el padre. Está escrito en la Escritura: "Toda alma debe someterse á las fuerzas directoras. Pero no hay poder superior al de Dios.„

—¡Oh hipócritas—exclamó el emperador,—conozco vuestra obediencia y vuestra humildad! ¡Rebelaos, pues, contra mí, y luchad, al menos, como hombres! ¡Vuestra humildad es el dardo de la serpiente, esclavos! Herís á aquellos ante los cuales os inclináis. Vuestro maestro, el Nazareno, os juzgó bien al decir: "¡Ay de vosotros, hipócritas fariseos, que os parecéis á esos sepulcros blanqueados, que al exterior parecen soberbios y en el interior están llenos de huesos de muertos y suciedad!...„ En verdad, habéis llenado el mundo de tales sepulcros. Os arrodilláis ante los huesos, y de ellos esperáis la salud... Como los gusanos, os alimentáis de podredumbre. ¿Es eso lo que os enseñó Cristo? ¿Os ordenó odiar á vuestros padres, á los que llamáis herejes porque no creen lo que vosotros? Que mis labios os repitan las palabras del Galileo: "¡Ay de vosotros, hipócritas fariseos!„

Juliano se volvió para irse, cuando salieron de la multitud dos viejecillos, él y ella, que se prosternaron á los pies del emperador. Ambos, pobre pero limpiamente vestidos, se parecían extraordinariamente; llamábanse Filemón y Bancis.

—¡Protegednos, justo César!—murmuró el viejo.—Tenemos una casita cerca de Antioquía, al pie del Estravino. En ella hemos vivido veinte años. Y últimamente vinieron unos decuriones...

El anciano juntó las manos con ademán desesperado; la mujer, imitando á su marido, hizo lo mismo.

—...Llegan los decuriones y nos dicen:—Esta casa no os pertenece.—¿Cómo? El Señor sea con vosotros. He aquí veinte años que nos pertenece.—Sea. Pero no tenéis derecho á poseerla. La tierra pertenece al templo del dios Esculapio, y vuestra casa está construída con las piedras del templo. Debe volver á Esculapio.—¿Qué quiere decir esto? ¡Ten piedad, omnipotente Augusto!

Los viejos continuaban arrodillados ante él, contritos y simpáticos como niños, y le besaban los pies llorando.

Juliano vió una cruz de ámbar en el cuello de la mujer.

—¿Sois cristianos?—preguntó.

—Sí.

—Quisiera atender vuestro ruego... Pero ¿qué hacer? La tierra pertenece al dios... Sin embargo, haré que os paguen vuestra propiedad.

—¡No, no!—exclamaron los viejos.—Aquí tenemos todas nuestras costumbres. No pedimos dinero. Todo es nuestro en el lugar; conocemos cada hierba...

—Todo es nuestro en el lugar—repitió la vieja como un eco.—La viña, la vaca, las olivas, los cerdos; todo es nuestro.

El emperador, sin escuchar, se volvió hacia la asustada multitud.

—Los galileos, en estos últimos tiempos—dijo,—me abrumaban á peticiones para la devolución de tierras pertenecientes á las iglesias. Los valentinianos, por ejemplo, acusaban á los arrianos de haberles arrebatado sus propiedades. Para cortar la discordia, dí una parte de esas tierras á mis guerreros y la otra al Tesoro. Estoy decidido á obrar de la misma manera en lo futuro. ¿Me preguntáis con qué derecho? Pero ¿no decís vosotros mismos "que es más fácil que un camello éntre por el ojo de una aguja que un rico en el reino de los cielos„? Estoy resuelto á ayudaros en ese difícil mandamiento. Vosotros glorificáis la pobreza, galileos; ¿por qué entonces murmuráis contra mí? Al despojaros de una propiedad que arrebatasteis á vuestros hermanos herejes ó á los templos olímpicos, no hago más que poneros en el camino recto de la pobreza saludable, que os conducirá directamente al imperio celeste.

Sonrió irónicamente.

—¡Nos ofenden de un modo inicuo!—gimieron los viejos.

—Pues bien, sufrid la ofensa—replicó Juliano.—Debéis alegraros de las persecuciones, como os lo enseñó el Nazareno. ¿Qué son tales sufrimientos en comparación de la felicidad eterna?

El viejo no estaba preparado para este razonamiento; se desconcertó, y balbuceó como última esperanza:

—Somos tus fieles esclavos, Augusto. Mi hijo sirve como ayudante del estratega en una fortaleza lejana sobre la frontera romana, y sus superiores están contentos de él...

—¿Galileo también?—preguntó Juliano.

—Sí—contestó el viejo, que se asustó en seguida de su confesión.

—Has hecho bien en advertírmelo. Los galileos, enemigos declarados del Augusto romano, no deberán, en adelante, ocupar los altos cargos del imperio, sobre todo en el ejército. De nuevo, en este punto, estoy más de acuerdo con vuestro Maestro que vosotros mismos. ¿Es justo que los discípulos de Jesús administren justicia con arreglo á las leyes romanas, cuando Él dijo: "No juzguéis y no seréis juzgados„, y que los cristianos acepten de nosotros la espada para la defensa del imperio, cuando su Maestro les previene: "El que tome la espada perecerá por ella„, y también: "No combatas el mal con la fuerza„?... He aquí por qué, preocupándonos de la salvación de las almas de los galileos, les retiramos la justicia romana y la espada romana, á fin de que puedan más fácilmente, sin defensa, desarmados, ajenos á todo lo que es terrible y frívolo, penetrar en el reino de los cielos.

Con una risa interior, muda, que era lo único que desarmaba su odio, el emperador se dirigió rápidamente hacia el templo de Apolo. Los viejos sollozaban, tendían hacia él sus brazos.

—¡César!... No sabíamos. Toma nuestra casa, nuestra tierra, todo lo que tenemos, pero ten piedad de nuestro hijo.

Los filósofos quisieron penetrar en el templo, pero el emperador les detuvo con un gesto de la mano.

—Solo he venido á la fiesta, solo ofreceré el sacrificio.

—Entremos—añadió, dirigiéndose á Gorguio.—Cierra las puertas; que no éntre ninguno no consagrado.

Las puertas se cerraron ante los amigos filósofos.

—¿No consagrados? ¿Qué os parece esto?—preguntó Garguilio, preocupado.

Libanio guardaba silencio.

Mavrico, con aire misterioso, llevó á los amigos á un rincón de pórtico, y murmuró algo, llevándose un dedo á la frente.

—¿Comprendéis?

Todos quedaron absortos.

—¿Es posible?

Muvrico comenzó á enumerar:

—Primeramente, rostro pálido, mirada febril, cabellos en desorden, pasos desiguales, discursos incoherentes. Después, dureza y nerviosidad excesivas. Por último, esta estúpida guerra contra los persas... ¡Por Palas! Es una locura manifiesta.

Los amigos se acercaron aún más, y comenzaron á referir toda suerte de chismes. Salustio, que se mantenía aparte, contemplaba el conciliábulo con amarga sonrisa.

En el interior del templo, Juliano encontró á Heferio. El niño se regocijó á la vista de Juliano, y varias veces durante el oficio sumió su mirada en los ojos del emperador, como si hubiera entre ellos un secreto común.

Iluminada por el sol, la enorme estatua de Apolo se alzaba en medio del templo, el cuerpo de marfil, los paños de oro, como las de Zeo de Fidias, en Olimpia. El dios, ligeramente inclinado, derramaba el néctar de su copa en la Tierra Madre, rogándola que le devolviera á Dafnés.

Una ligera humareda se extendió por el templo; algunas sombras pasaron por el marfil, dorado por el tiempo, y le pareció á Juliano que el dios se inclinaba más, con benévola sonrisa, para recibir la ofrenda de los últimos adoradores: el débil sacrificador, el emperador apóstata y el hijo sordomudo de la sibila.

—He aquí mi recompensa—pensaba Juliano.—¡No quiero otra gloria, Apolo! Te doy gracias por las maldiciones de la muchedumbre y por la merced que me otorgas de vivir y morir solo, como tú. Donde reza el populacho no hay dios. Tú estás aquí, en este santuario profanado. ¡Oh dios escarnecido por los hombres, tú eres más bello que antes cuando te adoraban! En el día marcado para mí por las Parcas, déjame reunirme contigo, ¡oh Radiante! ¡déjame morir en ti, Sol, como sobre tu altar muere en tu irradiación el fuego de la última ofrenda!

Así rogaba el emperador, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, y que, semejantes á lágrimas, caían, una á una, las gotas de sangre de la víctima sobre los carbones medio consumidos.

XII

Una profunda obscuridad envolvía por todas partes el sagrado bosque. Un viento abrasador barría las nubes. Los laureles sacudían sus negras ramas, erguidas hacia el cielo.

Dos hombres se deslizaban entre la sombra, con circunspección, hacia el templo de Apolo. El más bajo, que tenía ojos de gato, veía muy bien por la noche, y elevaba al alto de la mano.

Llegaron á la puerta zaguera del templo.

—Aquí; trabaja con el pico—murmuró el pequeño, buscando con sus manos las junturas de las piedras.—Después cortarás la leña con el hacha.

Los golpes eran cubiertos por el ruido del viento; de repente, re-

sonó un grito semejante al lamento de un niño enfermo. El alto se puso á temblar.

—¿Qué es eso?

—¡El espíritu maligno!—exclamó el bajo, todo asustado.—No me abandones.

—Es un buho... Pero dejemos esto — dijo el alto.—No prenderá.

—¿Por qué no? La madera está completamente seca... Bastará una sola chispa... Ea, trabaja.

Los que así hablaban y se disponían, al parecer, á prender fuego al templo, eran los inseparables amigos Strombix y Aragaris.

—...Ahora—dijo Strombix—llena de paja este agujero... Más, más. Por la gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—¿Por qué tiemblas como una anguila?—exclamó Aragaris.

—Ya ves, los ángeles se regocijan en el cielo en este momento; pero si nos sorprendiera alguien, si nos atraparan...

—Vaya, concluyamos...

El fuego prendió; brotaron chispas; las lengüetas rojas comenzaron su destructora tarea.

En aquel momento los incendiarios creyeron oir voces que se acercaban. Aragaris se dispuso á echar á correr.

—¡Llévame á cuestas!—gritó Strombix.—Tú tienes las piernas largas.

Y sin esperar á más, el sirio saltó y se agarró á los hombros del sármata; al poco tiempo se encontraron fuera del bosque, en pleno campo.

.....

.....

Mientras tanto, en el palacio de Antioquía, conversaba Juliano acerca de la próxima campaña contra los persas, con el prefecto del Este, Salustio.

Éste, con su prudencia habitual, le hacía ver los inconvenientes de la dicha campaña y la conveniencia de aplazarla, á lo que se oponía tenazmente el emperador.

—¡No!—exclamaba Juliano.—Los dioses, sí; los dioses olímpicos me ampararán, si tal es su voluntad... He comenzado por las Galias, concluiré por la India. Atravesaré el Universo, como el gran Macedonio, como el dios Dionisio. Veremos entonces lo que dicen los galileos; veremos si se burlan de la espada del emperador, como se burlan de sus simples vestiduras de filósofo, cuando vuelva triunfante de Asia.

En aquel momento entraron los amigos filósofos y otros personajes, visiblemente azorados.

—¡Fuego!—exclamaron.

Salustio corrió á la ventana y mostró al emperador un resplandor rojizo que se extendía á lo lejos.

—En efecto, hay fuego—dijo.

—Es en Garandama—dijeron unos.

—No, en Gesireh—replicaron otros.

—Ni en Gesireh ni en Garandama—exclamó alguien.—Es en el bosque sagrado.

—¡El templo de Apolo!—murmuró el emperador, afluyéndole toda la sangre al corazón; y en seguida gritó verdaderamente descompuesto:

—¡Pronto!... ¡Mi caballo y cincuenta legionarios!

En pocos instantes estuvo todo dispuesto, y no pasó mucho tiempo antes de que el emperador y su comitiva llegaran al lugar del siniestro.

Desde luego comprendió Juliano que el templo estaba perdido.

—¡Ah, miserables, miserables galileos!—murmuró.

Á lo lejos se oyeron gritos de la muchedumbre. Juliano se acordó de que detrás del templo se encontraba la entrada del tesoro, y se le ocurrió la idea de que los galileos estarían saqueando las riquezas del dios.

Seguido de los legionarios se precipitó hacia aquel sitio. Fué detenido por un triste cortejo.

Varios guardas romanos, que habían acudido apresuradamente de la aldea de Dafnis, llevaban unas angarillas... En ellas iba depositado el sacrificador Gorguio, muerto á pedradas; y junto á él yacía el cuerpecito de Heferio, cuyo lívido rostro parecía mas bello aún con sus cabellos rubios manchados de sangre.

El emperador romano, profundamente conmovido, se arodilló con veneración ante los mártires de los dioses olímpicos. En seguida volvió á montar á caballo, y desenvainando la espada gritó á los soldados:

—¡Á ellos!

Quería lanzarse sobre el populacho y sobre los frailes del próximo monasterio.

Pero Salustio le contuvo una vez más, diciendo:

—¡César, vuelve en ti, no ataques á los indefensos!

Juliano se contuvo; pero dirigiéndose á la multitud, exclamó con voz terrible:

—Os digo, habitantes de Antioquía, que los incendiarios del templo serán castigados sin piedad... ¡Ay de vosotros, galileos!... ¡Ay de ti, Nazareno, hijo de un carpintero!

É hizo relampaguear su espada sobre la multitud silenciosa.

De repente, le pareció que una voz extraña le decía:

—El Nazareno, hijo de un carpintero, prepara tu tumba.

Juliano se volvió, estremeciéndose; pero no vió á nadie.

—¡Qué alucinación!—balbuceó.

En aquel instante se derrumbó el techo del templo sobre la estatua de Apolo. El ídolo rodó por el suelo, y la copa de oro que tenía en la mano resonó lastimeramente.

XIII

Juliano pasó el invierno en medio de los preparativos de la campaña contra los persas. A principios de la primavera, el 5 de Marzo, dejó Antioquía con un ejército de 65.000 hombres.

Una flota de 2.200 naves descendió el Eufrates hasta la ciudad de Kaliniké.

Juliano, á marchas forzadas, se dirigió á la frontera persa hacia el Sur. Por el Norte avanzaba otro ejército de 30.000 hombres, á las órdenes de Procopio y Sebastián, comicios.

Reunidos con el rey armenio Arzaus, debían devastar Anadiábenes, Hiliocam, y, atravesando la Corduana, juntarse con el ejército principal á orillas del Tigris, en Klesifonte.

Todo había sido previsto por el emperador; lo había combinado todo con exquisito celo. Los que conocían el plan de campaña se asombraban, no sin razón, de su sabiduría, grandeza y sencillez.

A principios de Abril llegaron á Circesio, la última ciudad romana, perfectamente fortificada por Diocleciano, en la conjunción del Abor y del Eufrates. Construyóse un puente de barcas. Juliano había dado órdenes para cruzar la frontera á la mañana siguiente.

Por la nohe, ya tarde, cuando todo estuvo dispuesto, el emperador volvió á su tienda, fatigado, pero contento; encendió luz, y quiso dedicarse á su trabajo favorito, en el que invertía una parte de sus noches. Era una obra de alta filosofía: *Contra los cristianos*. Escribía en medio de los rumores de las trompas guerreras, de las canciones de los campos y los cambios de guardia.

Se felicitaba de luchar contra el Galileo por todos los medios: en

el campo de batalla y en el libro, con la espada romana y la cultura helénica. Jamás se separaba de las obras de los santos Padres, de los cánones eclesiásticos y de los símbolos de los concilios. En las márgenes del Nuevo Testamento, que estudiaba con no menor celo que Platón y Homero, había anotado observaciones cáusticas.

Juliano, despojado de su armadura, se sentó ante la mesa y se dispuso á escribir. Pero se vió turbado en su tarea. Dos correos acababan de llegar al campamento: uno de Italia, otro de Jerusalén. Las noticias no tenían nada de satisfactorias. Un terremoto había destruído la ciudad de Nicomedia, en el Asia Menor. Ruidos subterráneos habían aterrorizado á los habitantes de Constantinopla. Las sibilas prohibían franquear la frontera antes de un año.

El correo de Jerusalén trajo una carta del dignatario Alipo, á quien Juliano había confiado la reconstrucción del templo de Salomón. Por una extraña contradicción, el adorador del múltiple Olimpo había decidido reconstruir el templo del Dios único de Israel, destruído por los romanos, para desmentir á la faz del mundo y de los siglos la verdad de la profecía evangélica: "No quedará piedra sobre piedra„.

Los judíos respondieron con entusiasmo al llamamiento de Juliano, y los dones afluyeron de todas partes. El proyecto de reconstrucción era grandioso. Comenzaron prontamente los trabajos, y Juliano confió la inspección general á su amigo el instruído y noble comicio Alipo, lugarteniente que fué de Bretaña.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó Juliano, inquieto, observando, antes de abrir la carta, el sombrío rostro del correo.

—Una gran desgracia, César.

—Habla sin temor.

—Mientras los obreros trabajaron en los escombros y en demoler las antiguas paredes, todo fué bien. Pero en cuanto se procedió á colocar la primera piedra del nuevo edificio, brotaron por todas partes llamas, que derribaron las piedras y abrasaron á los obreros. Al día siguiente recomenzaron los trabajos, y se renovó el milagro. Los cristianos triunfan, y los helenos están aterrados. Ni un solo obrero consiente ya en trabajar.

—¡Cállate!—exclamó el emperador.—Debes de ser galileo. Estás contando patrañas...

Y abrió la carta convulsivamente. El correo decía la verdad. Alipo confirmaba sus palabras. Juliano no daba crédito á sus ojos; releyó atentamente la misiva: su rostro estaba sofocado por la ira y la vergüenza. Mordiéndose los labios hasta hacerse sangre, entregó

el escrito al doctor Oribazy, que entraba en aquel momento en la tienda.

—¡Lee... tú, que no crees en los milagros!—dijo.

El joven sabio leyó la carta con su tranquilidad habitual, y, devolviéndosela á Juliano, replicó:

—No veo aquí ningún milagro. Los sabios han comprobado y descrito ya estos fenómenos. En los subsuelos de los monumentos antiguos cerrados y privados de aire durante mucho tiempo hay gases inflamables. Basta descender á tales subsuelos con una antorcha encendida para provocar una explosión, y las llamas matan á los imprudentes. Esto parece un milagro para los ignorantes; pero aquí también, como en todas partes, la luz de la ciencia ilumina las tinieblas de la superstición y da libertad al espíritu humano.

—Sí, sí, seguramente—dijo Juliano, no sin una amarga sonrisa. —Todo puede explicarse, todo es natural... pero es bien extraño que se conjure todo esto en contra mía.

Salustio entró en la tienda.

—Sublime Augusto. Los adivinos etruscos, encargados por ti de conocer la voluntad de los dioses, te suplican que esperes, que no pases la frontera mañana. Las gallinas proféticas, á despecho de todos los ruegos, se apartan del alimento, permanecen taciturnas y no picotean los granos de cebada. ¡Mal augurio!

Juliano frunció el entrecejo con cólera; pero en seguida sus ojos se alegraron, y se echó á reir tan impensadamente que todos se volvieron hacia él, sorprendidos.

—¿De veras, Salustio? ¿Conque no picotean? ¿Qué vamos á hacer con esos obstinados animales? ¿No vale más hacerles caso y regresar á Antioquía para servir de escarnio á los galileos? Oye: vuelve al punto á ver á los adivinos etruscos, y comunícales mi voluntad imperial. Que los sacrificadores arrojen al río á esas estúpidas gallinas. ¿Lo oyes? Si no les place comer, veremos si tienen ganas de beber... Lleva mis órdenes.

—¿Bromeas, César? ¿Quieres, á pesar de todo, franquear mañana la frontera?

—Sí. Y juro por mis próximas victorias, por la grandeza de Roma, que no me asustará ninguna ave profética; ni el agua, ni el fuego, ni el cielo, ni la tierra, ¡ni los mismos dioses! Ya es demasiado tarde. La suerte está echada. ¿Hay algo en la Naturaleza que sea superior á la voluntad humana, amigos míos? ¿Hay algo más poderoso en todos los libros sibilinos que estas palabras: "Así lo quiero„? Siento más que nunca el misterio de mi vida.

Cuando todos hubieron salido de la tienda, Juliano se acercó á una estatuilla de Mercurio, con intención, según su costumbre, de orar y arrojar algunos granos de incienso en el trípode; pero, de repente, se volvió con una sonrisa, se acostó sobre la piel de león que le servía de lecho, y apagando la lámpara, se durmió con sueño tranquilo y descuidado, como sucede á menudo á las gentes en vísperas de grandes desgracias.

En cuanto amaneció se levantó, más alegre que de ordinario. Sonaron las trompas. Juliano montó á caballo y corrió á las orillas del Abor. La mañana de Abril era fresca. Á todo lo largo del Eufrates, desde Circensio hasta el campo romano, se extendía la flota, en un espacio de diez estadios. Desde el reinado de Jerjes no se había visto semejante alarde de fuerzas.

El emperador hizo una señal, y la masa de sesenta y cinco mil hombres, con paso igual, que hizo retemblar el suelo, se puso en movimiento.

El ejército romano comenzó á atravesar el puente que le separaba de la frontera persa.

El caballo de Juliano le transportó á la orilla opuesta, sobre una elevada colina arenosa de la tierra enemiga.

Al frente de la cohorte palatina marchaba el centurión de los guardias imperiales, Anatolio, el admirador de Arsinoe.

Anatolio miró al emperador. Habíase efectuado un gran cambio en Juliano durante aquel mes, pasado en pleno aire, en medio de los trabajos de campo, que le eran saludables. Era difícil reconocer en el viril guerrero, de tez atezada, de mirada juvenil y radiante de alegría, al filósofo de rostro taciturno y desmejorado, de ojos tristes, cabellos y barba en desorden y dedos llenos de tinta; al retórico que servía de risa á los chicuelos de Antioquía.

—¡Escuchad, escuchad! ¡César va á hablar!

Todos se callaron. No se oyó más que el tintineo de las armas, el rumor de las aguas que azotaban los flancos de las naves, y el crujir al viento de las astas de las banderas.

—¡Valientes guerreros!—dijo Juliano con voz fuerte.—Leo en vuestros rostros una tal alegría, tal audacia, que no puedo por menos de dirigiros algunas palabras de felicitación. Acordaos, compañeros, de que el destino del mundo está en nuestras manos. Vamos á restablecer la antigua grandeza del Imperio romano. ¡Estad dispuestos á todo; elevad vuestros corazones! El regreso es imposible. Yo estaré á vuestro frente, en primera fila, á caballo ó á pie, en todos los peligros y en todos los trabajos. Si la fatalidad me hace

caer en medio del combate, moriré gozoso por Roma, como los antiguos bravos. ¡Ánimo, compañeros, y acordaos de que los fuertes son siempre los vencedores!

Extendió su espada, mostrando con una sonrisa al ejército el lejano horizonte. Los soldados alzaron sus escudos, gritando con entusiasmo:

—¡Gloria, gloria á César vencedor!

Las galeras hendieron las aguas del Eufrates, las águilas romanas brillaron al sol, y el ejército reanudó animosamente la marcha.

DMITRY DE MEREJKOWSKY

(Continuará.)

LECTURAS AMERICANAS

LIBROS.—*Olmedo, homme d'Etat et poète américain, chantre de Bolivar*, por Víctor M. Rendón.—*Contes américains* y *Pequeña ópera lírica*, por R. Blanco Fombona.—*Congreso general de Enseñanza pública de 1902*, tomo I.—*Proyecto de una Ley Nacional del Trabajo.*=REVISTAS.—El *Boletín de Agricultura* (San Salvador).—Museo Tecnológico Industrial de Méjico.=*Revista del Foro* (Habana).—Don Ramón Francisco Valdés.=*Revista Nacional* (Buenos Aires).=Aplicaciones sociológicas de la lucha por la vida.=*La Instrucción Primaria* (Habana).—La instrucción pública y privada en Cuba.—La educación del porvenir en Inglaterra.

Pese á todas las *decadencias*, el idioma francés constituye todavía uno de los más poderosos vehículos de difusión de la literatura mundial. Francia traduce mucho—aunque en ciertas materias, menos que Italia, y en no pocas bastante menos de lo que el vulgo cree,—y á esas traducciones acude la inmensa mayoría de los hombres cultos para quien el conocimiento del ruso, del sueco, del alemán, del inglés y demás idiomas de tronco no latino (hasta cierto punto), ofrece dificultades. Verdad es que los franceses cultivan bien ese medio de influencia sobre las otras naciones, ya rebuscando de continuo novedades literarias que exciten la curiosidad del público, ya cuidando con gran esmero de que su lengua continúe figurando como obligatoria en la enseñanza de los demás países, y de multiplicar en todos ellos—aun los más remotos—las escuelas francesas. Se comprende, pues, el afán que la mayoría de los autores tienen por que sus libros se traduzcan al idioma de

Corneille. Este afán es legítimo y, respecto de ciertas literaturas olvidadas ó ignoradas por el mundo culto, necesario de toda necesidad.

Por lo que se refiere á los libros escritos en castellano, debe tenerse presente que la inmensa mayoría de los lectores del mundo civilizado no pueden entenderlos. Aunque el número de gentes que hablan nuestro idioma es grande, todavía es mayor el de las que lo desconocen. En Francia, á pesar de las cátedras ex profeso que existen en las Universidades del Mediodía, el castellano sólo es conocido—no hace mucho me afirmaba en esta creencia, que yo tenía ya de antes, un profesor parisién—por una minoría exigua de eruditos. Más difundido está en Alemania y aun en Rusia; pero, así y todo, no logra formar un público bastante para que nuestros libros circulen en aquellos países como los libros franceses. Debe reputarse, pues, como un acto de trascendencia literaria, la traducción de las obras castellanas al idioma de nuestros vecinos transpirenaicos; y si la traducción la hace un compatriota del autor, el acto es, además, altamente patriótico. Así debe calificarse el realizado por D. Víctor M. Rendón, ministro de la República del Ecuador en Francia y en España, al escribir en francés un libro dedicado al gran poeta Olmedo, muchas de cuyas poesías ha traducido. El Sr. Rendón es un literato bilingüe, que maneja el francés como su propio idioma. Lleva ya publicados en París dos libros: uno de poesías (*Héros des Andes*) y otro (agotado) de crónicas (*Notes de mes carnets*), y tiene en preparación otros dos: *Flammes et cendres* (poesías) y *Au sol natal* (novela).

El que ahora nos ocupa es una extensa biografía de Olmedo, aprovechada por el autor para vulgarizar abundantes noticias de historia y geografía ecuatorianas, de que hay que suponer muy necesitado al público francés (y no menos al español). Bastaría con esto para ser el libro del Sr. Rendón una obra interesante; pero hay en él algo más que lo avalora muchísimo desde el punto de vista que antes hemos fijado, y es

la ya citada traducción de gran parte de las composiciones de Olmedo.

Traducir á un poeta es ya labor ardua para quien no sea un literato; pero traducirlo en verso, supone condiciones especiales que no todos poseen. El Sr. Rendón ha vencido todas las dificultades; y hasta donde un lector que no es francés puede juzgar de la poesía escrita en ese idioma, yo creo que sus traducciones reúnen todas las cualidades necesarias para que puedan gustarse las principales excelencias y hermosuras del gran cantor de la independencia americana. El Sr. Rendón puede estar seguro de que la lectura de su libro contribuirá en gran medida á difundir la gloria de Olmedo, y animará á no pocos para buscar en el original el conocimiento directo de aquella gran figura del parnaso ecuatoriano. Si el ejemplo del Sr. Rendón se imitase, pronto dejarían de ser desconocidos para el público francés los más notables escritores de América.

El libro va acompañado de fotograbados hermosísimos que reproducen, además del retrato de Olmedo, la estatua que de él hizo Falguiere, y varias vistas de la ciudad de Guayaquil.

*
* *

El Sr. Blanco Fombona es un escritor cuya firma se ha hecho familiar para los españoles. Huelga, pues, presentarlo. En Francia acaba de serlo por Marius André y Carlos Simond con la traducción de sus *Cuentos americanos*, acogidos con aplauso por Ernest Charles y otros críticos franceses. Debo declarar que, para mí, esos *cuentos* han sido una sorpresa. No los conocía en castellano; y si en francés me gustan, no hay para qué decir lo bien que me parecerían en el original.

El título del libro engaña un poco. No todos los cuentos que allí hay son *americanos*. Algunos pueden calificarse de franceses y muy franceses. *Cuento filial* podría incorporarse á la serie de *Monstruos parisienses*, de Richepin. Otros son de

un lirismo... internacional: flores nacidas en lo más hondo del alma del poeta, en el rinconcito de los sentimientos que no tienen patria ni «sabor local», porque son fundamentalmente humanos. Los cuentos que pueden llamarse propiamente de costumbres americanas, son de un realismo sencillo y enérgico que recuerda el de Oller. El lector español comprenderá todo lo característico de esas narraciones por la similitud que el espíritu hispano-americano tiene con el nuestro. Muchos españoles hay que entienden la lucha política como el aldeano de Orituco, y muchos devotos y devotas que tratan á los santos de su devoción como Casimiro Requena á su San Antonio.

Cierro el libro con una esperanza, y es que Blanco Fombona siga dándonos el «sabor de su tierruca» en nuevos cuentos.

El «sabor» de su alma de poeta ya nos lo ha dado en muchos versos, de los cuales son los últimos éstos, cuya colección titula, demasiado *bizarramente*, *Pequeña ópera lírica*.

No sería sincero si dijese que me gustan todas las combinaciones métricas, todas las novedades de lenguaje que Blanco Fombona, como otros muchos poetas modernos, usa. Pero soy también sincero al decir que hay en los versos del escritor venezolano una cosa que los purga de todos sus defectos, y que hace interesante su lectura; y es la poesía que en ellos palpita, y que á veces llega á producir los más elevados goces de la emoción estética. Después de todo, ¿qué otra cosa podemos pedir á un escritor? ¿Qué otra cosa nos dan muchos *antiguos*, cuya forma de decir, cuyos atrevimientos y licencias retóricas nos parecen hoy falsos é insoportables? Acordaos de muchos de nuestros poetas y prosistas del XVII.

*
* *

Pronto hará dos años que se celebró en Santiago de Chile un Congreso general de Enseñanza pública, debido en gran parte á la iniciativa del rector de la Universidad chilena, señor Barros Borgoño. El fin que se perseguía con aquella asam-

blea era estudiar «las nuevas necesidades que el progreso social ha hecho surgir en nuestro país» y dar forma y solución «á los diferentes problemas pedagógicos que se presentaban, así como á las reformas que esta importante rama de los servicios administrativos exigía». Las adhesiones fueron numerosas. En la Junta organizadora y en las diferentes Comisiones que hubieron de formarse, figuraban los hombres más prestigiosos del profesorado chileno, que, como ya se sabe, es uno de los que más se afanan por cumplir la misión educativa que el país les ha confiado. El plan de las discusiones y Memorias abrazó todos los ramos de la enseñanza y todas las cuestiones fundamentales de ella.

En las sesiones generales se trató de los temas siguientes: Reorganización de la Universidad; Bases generales de reorganización de la enseñanza nacional; Equivalencia de los grados universitarios; Creación de un curso superior de humanidades; Organización de la enseñanza técnica especial; La educación intelectual y la imitación inglesa; Horas de trabajo y recargo escolar; Enseñanza indígena; Exámenes anuales; Los ejercicios físicos; Títulos de competencia para los cargos administrativos; Higiene en las escuelas; Los establecimientos de educación general, como cooperadores de la acción pública y privada de la medicina; Conveniencia de dar á la mujer educación intelectual y á la vez práctica; Necesidad de fundar una escuela politécnica; y, como anejos: Fines de la enseñanza secundaria; El castellano; Filosofía de la educación, y El idealismo en la enseñanza. Cada una de las secciones especiales estudió además los problemas propios del grado de enseñanza á que se referían. La de «Instrucción primaria» celebró doce sesiones, en que se trataron veinte asuntos, más cuatro anejos.

Los documentos referentes á todos estos trabajos acaban de imprimirse en un voluminoso tomo, de 700 páginas en 4.°, ilustrado con numerosas láminas, en que, además del retrato del rector, se dan á conocer los principales edificios escolares de Chile y sus dependencias, y algunas instalaciones de la Ex-

posición internacional de Material de enseñanza, que estuvo abierta en los mismos días que el Congreso. De este modo, al propio tiempo que el lector se entera de la orientación que en Chile tienen las doctrinas pedagógicas, ve cómo realizan el ideal los chilenos en los edificios dedicados á la enseñanza, en el material de ésta y en los trabajos de los alumnos.

***

El ministro del Interior de la República Argentina ha presentado á la Cámara de su país un proyecto de Ley Nacional del Trabajo, que ocupa impreso un volumen en 4.° de LXX-268 páginas.

Son caracteres generales de este proyecto: su carácter de código sistemático, la vasta comprensión de la materia y la erudita preparación de su doctrina.

Podrá discutirse—y seguramente se discutirá—el sentido de muchas de sus disposiciones, que no siempre habrán de satisfacer á los obreros, y con frecuencia asustarán á los burgueses; mas no podrá tacharse al ministro de haber redactado una ley caprichosa, sin enterarse de los antecedentes de igual género que existen hoy en Europa, en América y en Oceanía (las famosas legislaciones de Nueva Zelanda y Australia), y de la literatura doctrinal referente á estos problemas. El preámbulo de la ley está lleno de citas que revelan una vasta lectura y un buen deseo de orientarse en el sentido de las reformas más prestigiosas realizadas en otros países; y por lo que toca á ciertas cuestiones de índole exclusivamente americana, es digno de notar que el legislador ha acudido á los precedentes de nuestras leyes de Indias, que elogia más de una vez, y á nuestros historiadores de la época colonial. Constituye así el preámbulo una especie de tratado doctrinal que en poco espacio entera al lector de la posición presente de muchas de las cuestiones sociales.

Los asuntos de que trata el proyecto son los siguientes:

Disposiciones preliminares y generales; De los extranjeros; Del contrato de trabajo; De los intermediarios en el contrato de trabajo; Accidentes del trabajo; Duración y suspensión del trabajo; Trabajo á domicilio é industrias domésticas; Trabajo de los menores y de las mujeres; Contrato de aprendizaje; Del trabajo de los indios; Condiciones de higiene y seguridad en la ejecución del trabajo; Asociaciones industriales y obreras; Autoridades administrativas, y De los tribunales de conciliación y de arbitraje.

Veremos qué opina la mayoría de la Cámara de este proyecto y con qué modificaciones llega á ser ley. Cualquiera que sea su porvenir, siempre constituirá un alto mérito del ministro que lo ha presentado tras una sólida preparación que no suelen emplear siempre los políticos en sus iniciativas de gobierno.

*
* *

El *Boletín de Agricultura* de San Salvador publica en su número de 1.° de Abril una interesante nota acerca del nuevo Museo Tecnológico Industrial de Méjico.

Los fines de este Museo son:

1.° Reunir muestras de las materias primas minerales, vegetales y animales que se produzcan en el país, facilitadas por los mismos productores ó explotadores, y ya sea que se puedan aprovechar en la industria nacional ó en la extranjera.

2.° Colocar al lado de cada serie especial de materias primas, cuadros que indiquen las manufacturas que con ellas se pueden fabricar, tanto en los mercados nacionales como en los extranjeros donde se consuman, y listas de los comisionistas y casas de comercio que trafiquen con esos productos manufacturados.

3.° Formar cartas geográficas de la República, con indicación, por medio de colores convencionales, de los lugares del

país en donde se cultiven ó produzcan las materias primas agrupadas.

4.° Exhibir una carta de la República, que se tendrá siempre al corriente, y en la que se indique con exactitud las diversas vías de transporte, ya sean marítimas, fluviales, etc.

5.° Reunir datos para informar al público acerca del precio de los fletes del lugar de producción á cualquier punto del país ó del extranjero, así como de los derechos aduaneros que las materias primas paguen al introducirse á cualquier país consumidor de ellas.

6.° Establecer en el mismo local una biblioteca tecnológica, formada por los más minuciosos catálogos, con precios de los principales fabricantes de todas las naciones, y especialmente de los manufactureros de las maquinarias destinadas á convertir la materia prima que produce el país en los mejores productos elaborados. Esta biblioteca se tendrá al día, es decir, que se procurará recibir continuamente las últimas ediciones de cada catálogo. La clasificación que se adopte para esta biblioteca será práctica, para que fácilmente se consulte.

«A las personas que lo soliciten en la forma debida les proporcionará el Museo los datos que deseen acerca de precios, lugares de producción, explotadores, fletes, etc., de determinada materia prima, ó bien las direcciones de los fabricantes extranjeros de maquinarias ó productos industriales; pero no cederá al público muestras de las materias primas que tenga en exhibición, ni los catálogos de su biblioteca. Podrá, sin embargo, hacer esta cesión en el caso especial á que se refiere el art. 5.°

»El Museo publicará y distribuirá gratuitamente un catálogo de los productos que tenga en exhibición, debiendo contener principalmente los datos siguientes:

»1.° Nombre de la materia prima.

»2.° Nombre del productor.

»3.° Dirección del mismo.

»4.° Lugar de producción.

»5.° Cantidad que pueda producir.

»6.° Precio en el lugar de producción.

»7.° Precio de transporte á la estación más próxima del ferrocarril, con indicación de éste.

»8.° Principales aplicaciones de la materia prima».

La *Revista del Foro* (Habana) dedica las primeras páginas de sus números 1 y 2 del presente año á la biografía del jurisconsulto cubano D. Ramón Francisco Valdés, que pasó gran parte de su vida en España.

Nació Valdés en Habana en 1810, y en 1824 era ya doctor en Derecho civil, y en 1825 ganó por oposición la cátedra de Derecho real de España en la Universidad de Cuba. En la Sociedad Económica, de que fué miembro desde 1835, trabajó asiduamente, y á su pluma y esfuerzo se debieron, entre otras cosas, el catastro de la Sección de educación y el proyecto de Banco de Socorro de Hacendados, y varios informes sobre la abolición de la esclavitud. Fué periodista liberal, y desempeñó varios cargos administrativos y judiciales.

De 1845 á 1864 vivió en Méjico, donde fué muy querido y honrado con múltiples distinciones. También vivió en Madrid, donde se casó; y, propuesto en 1839 para diputado á Cortes, sólo por nueve votos hubo de vencerle D. Agustín Argüelles.

«El Dr. Valdés, como juez y magistrado, acreditó rectitud y probidad, que le granjearon el respeto general. Como abogado, fué extremadamente honrado, y, á pesar de su gran popularidad, vivió en la pobreza. Como orador era elocuente, dando señales de ello, además de lo ya dicho, en el Liceo de Guanabacoa. En él pronunció el elogio fúnebre de su maestro el distinguido abogado José Agustín Govantes, cuyo *elogio* se cita como modelo de oratoria.

»Poseía una modestia rara. Nunca quiso retratarse, y fué objeto de grandes trabajos conseguir que lo hiciera una sola vez para el libro *Cuba Literaria*. Pero, á pesar de esto, le gustaba y envanecía el aplauso de los demás. Contaba siempre

con orgullo que D. Pepe de la Luz y D. Tomás Romay le consultaban, habiéndole encargado D. Pepe la recolección de las obras del segundo, á las cuales les puso prólogo. Se envanecía de que los tribunales franceses hubieran seguido su opinión por consulta de veinte abogados de nombradía en un negocio en que se le pidió.

»En el campo de la literatura recorrió todos los estilos y ensayó todos los géneros. Escribió doce dramas y tres comedias; entre los primeros, *Cora* y *Ginebra*.

»Como escritor fórense, en 1843 dió á luz sus *Aforismos de Jurisprudencia criminal española*. En 1851 publicó en España un *Tratado sobre derechos de los hijos naturales*. En 1859 publicó su *Diccionario de Legislación y Jurisprudencia criminal*. En 1861 escribió un *Manual del Procurador*. Murió en 15 de Enero de 1866».

***

El Sr. Ingegnieros—á quien mis lectores conocen ya por otros trabajos—estudia en *Revista Nacional* (cuaderno de Abril-Mayo) *Las aplicaciones sociológicas del principio de la lucha por la vida*.

El Sr. Ingegnieros es contrario á la teoría orgánica de la sociedad en el sentido de Spencer y otros autores, que tienden á confundir lo biológico y lo sociológico.

«Sin duda, la teoría orgánica es cómoda y seductora; pero la observación objetiva del conjunto de los fenómenos sociológicos la revela insuficiente; en este fenómeno se constatan caracteres propios que lo diferencian con claridad del biológico. Es innegable que el factor biológico entra en vasta proporción en todo fenómeno social; pero también es innegable que éste posee caracteres específicos, jamás encontrados en el mundo biológico. En el fenomenismo social existe un nuevo elemento propio y exclusivo de la especie humana, derivado de un hecho fundamental que diferencia al hombre de las demás

especies animales: mientras éstas, en general, viven subordinadas á los medios de existencia que les ofrece espontáneamente la Naturaleza, el hombre puede producir artificialmente sus medios de vida; la evolución y prosperidad de los grupos subordínase al grado de desenvolvimiento de su capacidad productiva.

»Este es, según se ha demostrado, el fenómeno verdaderamente humano, verdaderamente superorgánico; ese factor, mediante su integración progresiva, determina la divergencia entre los fenómenos biológicos y los sociales».

Las instituciones económicas forman, pues, la superestructura del cuerpo social y la causa primera (no siempre directa ni exclusiva) de todas las transformaciones que en aquél se cumplen. El autor es, como se ve, un marxista en punto á este problema.

Otra diferencia entre lo biológico y lo sociológico consiste en que, así como en los seres no humanos la ley de vida es la lucha, ésta resulta modificada en las sociedades humanas por el incremento de un factor propio: la capacidad de producir artificialmente medios de subsistencia, determinando la formación de un ambiente artificial (económico) dentro del ambiente natural (cósmico). De aquí que aparezca en la evolución de los grupos sociales, y frente al principio de la lucha, otro principio, el de solidaridad social, fundado en la utilidad de la asociación para la misma lucha por la vida.

«Esta doctrina no es nueva. El mismo Russell Wallace—el más darwinista entre los darwinistas—al estudiar la selección natural, reconocía que «al pasar el dintel de la humanidad, la ley de lucha por la existencia debe ceder el cetro á alguna otra ley superior»; esta opinión, recordada á menudo por los adversarios del darwinismo social, constituye autoridad en la discusión. Pero si, como hemos visto, la solidaridad en la asociación para la lucha es el primer requisito de la prosperidad de una especie, es natural encontrarla sumamente desarrollada en la especie más próspera, más evolucionada de toda la escala

zoológica, el hombre. En efecto, cuanto se sabe de prehistoria y etnografía autoriza á pensar que el hombre jamás vivió aislado de sus semejantes ó luchando permanentemente contra ellos. Robinson Crusoe sólo puede aceptarse como símbolo novelesco del individualismo *à outrance*, pero no representa una forma posible de existencia humana: es el ultravioleta en el espectro de *La ayuda propia*, de Smiles. La autonomía absoluta, solamente posible en las condiciones de vida del personaje creado por Daniel de Foe, sobre ser un absurdo, sería la más insufrible de las desdichas para el hombre sano. En la soledad de su prisión Silvio Pellico pudo, en verdad, establecer buena amistad con las arañas; mas le alentaba la esperanza de volver algún día á la sociedad de sus semejantes.»

Determinando ya las condiciones en que el factor propiamente humano se produce, añade el Sr. Ingegnieros:

«No puede creerse en la eternidad de las condiciones actuales de la lucha por la vida entre los hombres. Todo induce á creer que la asociación de los individuos en la lucha contra la Naturaleza, haciéndola cada vez más productiva, es esencial para la existencia de los agregados humanos, siendo su aumento el factor determinante de la mayor solidaridad entre los individuos del mismo grupo social, primero; y entre los diversos grupos sociales, después.

»Este principio, planteado junto al darwinista, nace de la conveniencia de asociar las fuerzas individuales para intensificar la productividad social: es la tendencia á obtener un máximum de bienestar con el menor esfuerzo posible, siendo éste, en nuestro entender, el objetivo supremo de todas las voliciones humanas, individuales ó colectivas.

»Esta manera de pensar surge, simplemente, aplicando á la sociología el principio de la evolución según la menor resistencia; principio que es universal. Preferimos este criterio al que subordina la atenuación de la lucha por la vida á causas morales metafísicas, como ser el crecimiento progresivo del altruísmo, mal entendido como vaga antítesis del indi-

vidualismo, no obstante ser, en nuestra opinión, su forma más elevada y perfecta.

»Podemos, en definitiva, afirmar: en las sociedades humanas se atenúa progresivamente la lucha por la vida, al mismo tiempo que se intensifican los resultados de la asociación para la lucha contra la Naturaleza».

A la vez que se atenúa, cambia el carácter de la lucha: primitivamente fué de violencia; hoy es de engaño ó fraude.

«Una prueba del fraude creciente á expensas de la violencia la encontramos en la evolución del delito. Este ejemplo es de valor fundamentalísimo; en último análisis, el delincuente es un sujeto que, en la lucha por la vida, ha excedido los límites fijados por el medio social donde actúa. Sin entrar en consideraciones superfluas para nuestro objeto, damos por demostrada esa evolución de la delincuencia, enviando al lector á los estudios especiales de Ferri, Sighele, Tarde, Ferrero, Nicéforo y otros. El fenómeno objetivo es ese; poco importa se considere absoluto ese aumento, se le juzgue relativo comparado con la delincuencia violenta, ó se le interprete como resultado de una transformación del delito violento en fraudulento. El hecho fundamental existe, es indiscutible.

»Podemos ya formular una primera constatación sociológica. *En relación á la lucha por la vida*, los medios violentos tienden á disminuir, y los medios fraudulentos tienden á aumentar. Hay sustitución de la violencia por el fraude, ó bien transformación de aquélla en éste.

»Pero, según hemos visto, la intensidad de la lucha por la vida no es constante; atenúase progresivamente. Podemos, pues, formular esta otra constatación sociológica, más compleja é igualmente exacta.

»*Relativamente á la evolución social*, los medios violentos de lucha por la vida tienden á atenuarse; los fraudulentos (aumentando siempre con relación á la lucha por la vida) tienden al aumento absoluto mientras predomina la lucha por

la vida; pero encamínanse á disminuir cuando comienza á predominar la asociación para la lucha.»

Repetidamente hemos llamado la atención de nuestros lectores acerca de lo numerosas que son en América las revistas de carácter pedagógico, y de lo frecuente que es ver tratadas las cuestiones de educación en las demás publicaciones periódicas. De aquí procede la frecuencia con que en estas *Lecturas* aparecen temas referentes á aquellas materias.

En *La Instrucción Primaria*, de Habana (número de 10 de Abril), hallamos uno que encierra grandísimo interés: la transcripción de los párrafos dedicados á Instrucción pública en el último Mensaje enviado á la Cámara cubana por el presidente de la República. Los datos que allí se expresan son elocuentes en punto al esfuerzo enorme hecho por los cubanos en materia de enseñanza oficial. Reproduciremos los principales:

«Funcionan sin interrupción los establecimientos públicos en que se dispensa la enseñanza á nuestra población escolar, desde los Kindergarten para niños más pequeños, hasta la Universidad para la juventud destinada á las profesiones liberales. De un presupuesto total de 15.396.991,25 pesos, se destinan 3.751.087,08 pesos á Instrucción pública, distribuídos de la manera siguiente:

»3.025.463,84 pesos, á la Instrucción primaria; 235.479,24 pesos, á la enseñanza secundaria; 301.320 pesos, para la Universidad; 12.080 pesos, para la Escuela de Pintura y Escultura; 29.960 pesos, para la Escuela de Artes y Oficios; y 19.660 pesos, para bibliotecas públicas. El resto, ó sea 127.124 pesos, se invierte en personal de Secretaría, Inspección y Superintendencia de Escuelas y gastos accesorios de material de oficinas, de viajes de inspectores y para la *Revista de Instrucción Primaria*.

»Hay actualmente en toda la República 3.434 aulas de Instrucción primaria elemental y, además, 72 especiales de Kindergarten, Sloyd, lengua inglesa y Calistenia. De esas aulas son urbanas 1.694 y rurales 1.740, considerando urbanas las

situadas en pueblos que pasan de mil habitantes. En Diciembre último, al terminar el primer período escolar, del cual están ya completas las estadísticas, funcionaban 3.425 aulas, instaladas en 1.918 casas. Durante ese período estuvieron empleados 1.457 maestros y 2.042 maestras.

»La inscripción en las escuelas públicas, en los meses del primer período, fué de 132.466 alumnos en Septiembre; 142.781, en Octubre; 124.000, en Noviembre; y 139.436, en Diciembre. La asistencia diaria arroja un promedio de 80 por 100 de la población inscrita. Los locales ocupados por escuelas privadas son 379, con 358 maestros y 532 maestras, y 17.328 niños. (Diciembre 1903.)

»En los seis Institutos provinciales, la matrícula oficial del curso de 1903 á 1904 arroja 387 alumnos de enseñanza preparatoria, 805 de segunda enseñanza y 138 de Agrimensura. Corresponde la enseñanza preparatoria al grado superior de la Instrucción primaria, que no existe en nuestras escuelas públicas. Muy útil sería que se fundase en las poblaciones más importantes de la República ese grado de enseñanza intermediario entre la de primera clase y la secundaria. Quizás sea posible organizar su fundación para el año de 1905.

»En el año académico venidero funcionarán ya las escuelas de Agrimensura creadas por el Congreso en el distrito de Santa Clara, y las de Náutica y Telegrafía autorizadas en el Instituto de la Habana».

. . . . . .

«La matrícula de la Universidad contiene, en el año académico corriente, 524 alumnos, de ellos 156 inscritos en las escuelas de Letras y Filosofía, Pedagogía, Ciencias, Ingenieros electricistas y Arquitectos, y Agronomía; 203 en las escuelas de Derecho civil y de Derecho público, y el resto en la de Medicina. Durante el pasado año académico se han expedido por el rectorado 173 títulos, incluyendo 26 de enfermeras.

»Se ha consignado en el presupuesto un crédito de 25.000 pesos para continuar en el año fiscal las obras de adaptación

de la antigua Pirotecnia á las exigencias de la Universidad, y se ha confiado á la Secretaría de Obras públicas la preparación de un plan general para la inversión de aquel crédito, y de los que sea posible consignar en presupuestos sucesivos.

»Los alumnos matriculados en la Escuela de Pintura y Escultura, en el curso actual, ascienden á 467, contra 548 en el curso de 1902 á 1903; y los de la Escuela de Artes y Oficios suman 436, contra 451 del año anterior. Actualmente se ocupan el director y profesores de esta última en formular el proyecto de inversión del crédito de 9.900 pesos, votado por las Cámaras para las necesidades de la expresada Escuela. El proyecto será luego sometido á la aprobación de la Secretaría de Instrucción pública.

En la misma revista (número de 25 de Abril) se traducen las opiniones de la revista norteamericana *The Cosmopolitan*, acerca de la reforma de la Instrucción pública inglesa. Supone el autor que el rey Eduardo VIII consulta á un pedagogo notable, y en vista de que éste juzga fracasado el sistema inglés de educación, le pregunta: «¿Y qué sugiere usted?»

He aquí la contestación del pedagogo:

«En primer lugar, y esto es lo más importante, un análisis serio y concienzudo de lo que debería constituir la educación del hombre, de manera que no se vean obligados los jóvenes en lo futuro, como hasta ahora, á ir á tientas en su camino, sino que desde el principio de su carrera tengan una idea general de la vida, y puedan encaminarse, desde sus primeros pasos, á la meta deseada.

»Segundo: la educación de todo el pueblo, por medio de escuelas sostenidas en todas partes del territorio por el Estado. Esta educación deberá ser gratuita y obligatoria.

»Y en tercer lugar, la organización de un gran número de Escuelas de Artes y Oficios costeadas por el Estado.

»Y cuarto: establecer en toda ciudad importante del reino escuelas politécnicas, donde los jóvenes más adelantados puedan obtener instrucción en todos los ramos de las ciencias,

con los aparatos y materiales más recientes y perfeccionados.

»Aquí tengo, V. M., un documento en que trato estos puntos, y con vuestro permiso le daré lectura.

»Se titula *Requisitos indispensables para que todo hombre ó mujer pueda alcanzar una educación liberal*, y dice así:

»Todos los hombres y mujeres, aristócratas ó plebeyos, ricos ó pobres, de habilidad mediocre ó de gran talento, deberán ser conducidos, desde el comienzo de su educación, por ciertas sendas que todos reconocen como verdades generales. Todo hombre debe saber:

»1.° Dónde vive.

»2.° Qué es su cuerpo.

»3.° Qué cosa es su mente.

»4.° Cuáles deben ser sus relaciones con los otros hombres.

»5.° Debe poseer el conocimiento necesario para llevar á cabo el trabajo á él confiado, como parte que le corresponde en la labor general del mundo».

Reducidos estos principios á fórmulas de programa, darían el siguiente cuadro:

I. Conocimiento del Universo en el cual nuestro mundo se mueve. Una astronomía sencilla para niños.

II. Lo que nos rodea. Conocimiento de la tierra: Geografía, Geografía física, Geología.

III. Fenómenos que nos rodean. La vida de las plantas: Botánica. Composición y relación de las substancias: Química.

IV. Las leyes que rigen el Universo: Física.

V. Importantes conocimientos referentes á la conservación del cuerpo humano: Fisiología, Ejercicios, Higiene.

VI. Conocimiento de su propia inteligencia: Psicología.

VII. Conocimiento de las relaciones de uno mismo para con los demás: Psicología, relaciones de economía y gobierno, Ética.

VIII. Trabajo manual.

IX. Lenguaje que se usa en la vida diaria.

X. Matemáticas: Aritmética, Algebra, Geometría, Cálculo diferencial é integral y Matemáticas altas.

XI. Ciencia física.

XII. Filosofía.

XIII. Historia.

XIV. Idiomas: muertos y extranjeros.

Trátase, como se ve, de un programa integral orientado en un sentido que tiene sus precedentes en los planes de Spencer y de otros positivistas modernos.

HISPANUS

CRÓNICA LITERARIA

El pueblo gris, por Santiago Rusiñol.—Biblioteca Nacional y Extranjera.—Leonardo Williams, editor.—Madrid, 1904.—272 páginas en 8.°

En la nueva biblioteca literaria que edita el inteligente hispanófilo D. Leonardo Williams, y en la cual se publicó el *Epistolario* de Angel Ganivet, del que ya tienen noticia los lectores de La España Moderna, ha aparecido *El pueblo gris*, de Santiago Rusiñol.

Aun para aquellos que por insuficiente conocimiento de la lengua catalana, ó por cualquier otra causa, no hayan seguido con atención el desarrollo de la moderna literatura de Cataluña, el nombre de Rusiñol es conocido y aun famoso. Lo es entre los mismos que no lo han leído, especie de celebridad difusa que es como el aura ó el eco de la fama verdadera. Los que se figuran descubrir en la literatura catalana moderna algún género de superioridad respecto de la castellana en profundidad, delicadeza ó variedad de matices, ó en cualquier otra cualidad que la haga más moderna y más europea, seguramente invocarán en primer término, en apoyo de su tesis, el nombre de Rusiñol como el de uno de los más caracterizados representantes de esa literatura innovadora.

La publicación de *El pueblo gris* ofrece ocasión de juzgar á Rusiñol, al público que no lee catalán y sí castellano, que es la inmensa mayoría del público de los países de raza española de Europa y América. Hablemos, pues, de *El pueblo gris*. ¿Qué pueblo es éste? No es un pueblo determinado: es éste, es aquél, es el de más allá. Es un tipo frecuente de pueblo grande ó de

pequeña capital de provincia, aunque no sea el pueblo en general. A Tarascón no le convendría ese retrato, y sin salir de España hay muchos pueblos andaluces, levantinos, gallegos, que tampoco son el pueblo satirizado por Rusiñol. Quizás en Castilla y en una parte de Aragón es donde más frecuentemente se hallará el pueblo gris. Pero no se crea que es exclusivo de Castilla, ni siquiera de España. En Francia, en Italia, en Alemania, en todas partes, hay pueblos más ó menos grises de la misma clase.

He incurrido tal vez en cierta precipitación al indicar qué pueblo es el que sirve de asunto al libro del Sr. Rusiñol, sin decir antes que esta obra es una pintura ó descripción satírica del pueblo en cuestión, una sátira social entreverada con algunas descripciones de paisajes y algunos toques poéticos felices.

El pueblo es gris porque es vulgar y aburrido. La vulgaridad y el aburrimiento son la materia satirizable y satirizada de que está tejido este libro. Lo que el Sr. Rusiñol echa en cara al pueblo de su cuento es que no es malo ni bueno, ni alegre ni triste, que no tiene una nota característica definida, que está aletargado, que vegeta y se contenta con vivir. Así *El pueblo gris* es el libro amargo de un superhomo que odia la vulgaridad. Odio algo sospechoso que huele á engreimiento, que habla de torres de marfil y de religiones de la belleza, y acusa cierto snobismo ó alguna sequedad de alma. La verdadera superioridad tiene que ser algo más inconsciente y olvidadiza de sí misma, y algo más consciente y comprendedora de lo ajeno á ella.

Esto es lo que se echa, ó lo que yo echo, de menos en el libro del Sr. Rusiñol. No parece haberse tomado gran trabajo para tratar de comprender la vida de aquella pobre gente vulgar que se contenta con vivir, que no canta, que no danza, que no estetiza. Los ha juzgado y medido por su alma de artista. Tal vez *El pueblo gris* es menos aburrido para sus habituales moradores de lo que el Sr. Rusiñol se figura; tal vez él,

que llegó allí como ave de paso y con su superhombría á cuestas, proyecta sobre el pueblo caprichosamente su propio aburrimiento subjetivo, nacido allí porque aquel medio no le convenía ó no le era grato.

La vulgaridad no es un pecado, ni la vulgaridad es ridícula para quien no tenga pervertido el sentido de la risa. La vulgaridad es lo ordinario, lo común, lo corriente entre los hombres, y por lo mismo no molesta al prójimo ni desentona. Las excepciones, incluso las que lo son en bien, son las que tienen que hacerse perdonar, puesto que al cabo representan un elemento de desorden, algo que perturba la marcha habitual de las cosas; y cuenta que el hacerse habituales las cosas es su perfección, y que lo mejor que hace la Naturaleza es lo inconsciente, el *summum* de la habitualidad, como el trabajo de la sangre en el organismo de un vertebrado.

Por eso la excepción altiva y arrogante que denosta y maltrata á la pobre vulgaridad parece que hace obra impía y contraria al orden de la Naturaleza, y más si es en nombre de la belleza exclusivamente como comete ese desaguisado. No creo que haya cosa más expuesta al ridículo ni que más legítimamente le atraiga que el estetismo militante. Basta meditar un punto sobre los fenómenos geológicos que han sido precisos para que la tierra se hiciera habitable por el hombre, ó sobre los trabajos y horrores infinitos que representa la creación de cualquiera de los grandes imperios históricos, ó, si no se quiere remontar tanto el vuelo del pensamiento, considerar tan sólo los horribles dramas que representa á diario la vida del proletariado, para ver que estos afanes de los paladines de la estética son en la economía general del mundo cosa tan pequeña como el canto de la cigarra, que los griegos creían grato á los Dioses. La belleza, por muchas vueltas que le demos, es cosa superflua y secundaria, muy inferior á la verdad, no obstante el carácter relativo de ésta, y sobre todo al bien. Es gran recreo y consuelo de los humanos, pero no puede ser el fin principal de su existencia sin que ésta se convierta en mero usu-

fructo de deleite, sin que se prostituya, en una palabra. El que se entrega al vino ó á las buenas mozas es también un esteta practicante á su modo, y más lógico y con más sentido práctico que el que piensa que no hay mejor ocupación que contemplar la belleza de un paisaje ó espetarle unos versos á la luna. Bueno es saciar los ojos en la contemplación de la hermosura del mundo; pero no se vive sólo para eso, ni principalmente para eso. Dios no trabajó los seis días, ó la Naturaleza no parió á fuerza de cataclismos el mundo actual en que vivimos, con el único y exclusivo fin de que un señor pusiera los ojos en blanco ante algunas cosas bonitas ó tal vez sublimes. De tener algún fin el universo, es seguro que tiene otro distinto y de alguna más importancia.

A primera vista parece un noble ideal de vida el ideal estético, el bello vivir. Pero con más atento examen se descubren en él un fondo de frivolidad y una levadura de hedonismo de que ese ideal no puede limpiarse. El culto á la belleza, tomado por norte de la vida, no puede separarse de cierta idea de deleite, aunque sea espiritual y contemplativo; y así, el *esteticismo* se reduce á una especie de hedonismo incompleto, frío, platónico y vanidoso, á una elegancia espiritual, á un dandismo de la sensibilidad ó del espíritu en general. Entre el lechuguino que vive esclavo del nudo de la corbata, y el partidario del vivir según los cánones de la belleza, no hay más que una diferencia cuantitativa, que puede ser muy grande, sobre todo en cultura; pero la calidad del ideal es la misma.

Por otra parte, como estos enamorados de la belleza que quieren erigirla en patrón y norma de la vida, disfrutan de un bien subjetivo reservado á pocos, cual es el goce de esa misma belleza que á la mayor parte de los hombres se niega, no ya por incapacidad radical de ellos para verla y gustarla, sino porque la ardua lucha del vivir no les deja descanso y ocio para eso, es injusto é irritante que aquéllos se burlen de los infelices para quienes son más familiares los trabajos y dolores del mundo que el espectáculo de su hermosura y magnifícen-

cia. Por eso, en sátiras como *El pueblo gris* hay siempre (tal vez contra la voluntad del autor) algo de cruel é inhumano, como sería el acto de un opulento que atropellase á un mendigo.

¿Quién sabe, además, lo que es por dentro la vida de ese pueblo gris, tan monótono, tan aburrido, tan muerto por fuera? ¿Quién mide lo que puede dar de sí la vida interior? ¿Quién sabe á qué honduras llegan sus raíces debajo de una taciturna y mortecina apariencia? El *yogui*, entregado á la contemplación de su propio ombligo, tiene una vida interior más intensa y activa que la del milmillonario americano, que con sus *trusts* pone la ley á los mercados del mundo, arruina y levanta industrias, provoca y conjura crisis industriales, y puede dejar en la miseria en un instante á centenares de familias ó hacer rica y floreciente una comarca poco antes desierta. Sólo lo semejante comprende á su semejante. En las vidas humildes y sencillas hay también su poesía y su belleza debajo de toscas y rutinarias apariencias.

Esto se me ocurre á propósito del espíritu del libro de Rusiñol, y no quisiera caer en el extremo contrario á los ojos del lector, pasando por bárbaro despreciador de la belleza. Honrémosla como dón divino, regalo de los ojos y del espíritu, recreo y ennoblecimiento de la sensibilidad, pero sin querer que sea otras cosas superiores, ó al menos distintas de aquellas para las cuales su naturaleza la ordena y habilita. Bástele á la belleza ser todo lo que es como tal belleza, sin querer erigirse en regla suprema de la vida ni en criterio moral.

*
* *

La ejecución del libro revela, ciertamente, grandes facultades artísticas. La primera es una visión aguda, clara, implacable de las cosas, que penetra hasta lo más hondo de ellas, y las reproduce con precisión y aun á veces con sequedad fotográfica. Los personajes y escenas de *El pueblo gris* están

maravillosamente observados; son así, indudablemente, y si algo hay que reparar en sus imágenes, no es inexactitud ni exageración caricaturesca, sino parcialidad, omisión de algún aspecto de aquellos que sólo se descubren y entregan á la simpatía. No es la observación, sino la interpretación la que flaquea á veces; y cuando esto ocurre, no es por falta de sagacidad, sino por defecto de amor y de benevolencia hacia las cosas que el escritor describe.

En la exposición hay naturalidad ó soltura. Parece que el autor cuenta ó presenta las cosas sin la inquietud de la retórica. A veces hay cierto desorden, cierta nerviosidad que parecen espontáneas. De vez en cuando nos encontramos con salidas que desconciertan, con rasgos de humorismo sajón que no teme mezclar lo sentimental con lo cómico ni aun con lo chabacano. El estilo—el estilo por dentro (del lenguaje de la traducción se hablará luego)—tiene una personalidad acentuada y potente que á veces anda bordeando las fronteras de la extravagancia.

En este libro, de una ironía elegante y cruel, hay también algunas páginas de ternura exquisita. Entre ellas sobresale el capítulo consagrado á la tristeza y soledad del jefe de estación. Pero aun en estos mismos pasajes tiernos y humanos, el sentimiento que asoma es un sentimiento huraño, contenido, que se esconde y se recata, como si huyese de mostrar blandura de corazón este agrio humorista. Por otra parte, ese capítulo del jefe de estación, que es tal vez el más sentido de la obra, es muy útil para la interpretación del espíritu de ésta. La soledad del empleado y la monótona regularidad de su vida, sujeta al cuadro de marcha de los trenes, á una serie de ocupaciones mecánicas y repetidas todos los días, le parece á Rusiñol un mal, una situación digna de lástima. De donde se infiere que el movimiento exterior, la sociabilidad, la variedad de la vida, el cambiar de horizontes y de espectáculos, le parecen sumos bienes, tal vez condiciones precisas de una existencia feliz, ó al menos tolerable.

En esto observo, como en la mayor parte de los juicios é impresiones acerca de *El pueblo gris*, escasa estima de la vida interior y olvido de la suavidad del hábito, que hace que las cosas se deslicen por sí mismas y se caigan de su peso sin rozamientos ni luchas.

En general, la deducción que puede sacarse del libro es que un sujeto del temperamento artístico y del modo de pensar del Sr. Rusiñol lo pasaría muy mal en *El pueblo gris*; pero no que ese pueblo gris sea malo en sí, ni les parezca mal á sus moradores, ni siquiera que éstos resulten muy dignos de lástima.

Aun haciendo justicia, como debe hacerse, á las sobresalientes cualidades artísticas que revela el libro del Sr. Rusiñol (sea más ó menos simpático su espíritu general), creo, y francamente lo digo, sin el menor espíritu de castellanismo, de centralismo literario ni cosa parecida, pues nada de esto me da frío ni calor, que el libro de Rusiñol no acusa superioridad alguna respecto de la literatura castellana contemporánea. Baroja y Martínez Ruiz han pintado, con visión no menos aguda y penetrante de la realidad, ciudades muertas, aldeas aletargadas como *El pueblo gris* y tipos vulgares como los que circulan por esta urbe imaginaria y al mismo tiempo tan real. Baroja lo ha hecho, á mi parecer, con más energía, con más sobrio y viril relieve; y Martínez Ruiz, con más honda compenetración sentimental con sus objetos. Los libros del autor de *Voluntad* y *Antonio Azorín* están llenos de tipos vulgares que tienen algún parentesco con los de *El pueblo gris*; verbigracia: Sarrió, Don Víctor, el viejo del bastón, etc.; pero estos tipos están vistos de otro modo, están mirados con simpatía, de un modo sentimental y humano, sintiéndose prójimo de ellos el observador. Así Martínez Ruiz, gran poeta del detalle y gran poetizador de la vida vulgar, ha hecho de esas figuras creaciones artísticas, á mi ver, superiores á las que *El pueblo gris* nos ofrece. Compárese, por ejemplo, la pintura que hace de las viejas del pueblo Rusiñol con la que ha hecho

Martínez Ruiz en *Antonio Azorín*. Son ambas muy semejantes en lo descriptivo; pero, con todo, las diferencia grandemente el sentimiento que uno y otro autor han puesto respectivamente en sus figuras. La ironía de Rusiñol suele ser despegada y seca. En las descripciones de Martínez Ruiz hay una ternura indulgente, algo melancólica.

De propósito he dejado para el final lo relativo al lenguaje, á la vestidura exterior de *El pueblo gris*. Es quizás esto lo menos propio del libro, puesto que se trata de una obra traducida. *El pueblo gris* se escribió en catalán (*El poble gris*), y ha sido puesto en castellano por el distinguido literato señor Martínez Sierra. Evidentemente, no es ésta una traducción industrial de las que se hacen por unas cuantas pesetas, acomodando la calidad del trabajo al precio. El libro de Rusiñol está traducido con amor, con afán de conseguir la exactitud, la expresión equivalente á la de la lengua original. Pero esta traducción se quiebra de puro querer ser esmerada. Hay en ella cierta afectación de purismo; carece de llaneza y naturalidad, y, aunque es expresiva y elegante á veces, peca de rebuscada. Se nota en ella la funesta preocupación de hacer estilo, el empeño de salirse de lo vulgar. ¿A qué viene, por ejemplo, decir una y otra vez aqueste, cuando esa forma anticuada sólo se usa ya en la poesía en verso, y gracias? ¿Qué perdería la expresión con decir sencillamente éste, como dice todo el mundo y como, en último término, debe decirse? Recuerde el Sr. Martínez Sierra, que es buen escritor y persona discreta, la fábula del retrato de golilla, de Iriarte.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Psicofísica: Psicología de la vanidad.=Pedagogía: Temperamentos de observación.=Historia: El patriotismo de los japoneses.=Psicología infantil: La idea del arte en el niño.=Costumbres: La mujer persa.=Literatura: Los cenáculos literarios.=Meteorología: La previsión del tiempo en el pasado y en la actualidad.=Filosofía de la Historia: El pesimismo.=Impresiones y notas: ¿Se debe leer en la cama?—Progresos de la floricultura.—Ramillete de notas.—Vacas artificiales.—El color de los huevos.—Un cementerio de libros.—La situación religiosa en Francia.—Escritura inglesa y recta.—La inferioridad de la mujer.—El sentido del espacio.

PSICOFÍSICA

Psicología de la vanidad.—La vanidad—dice Camilo Melinand en *La Revue*—es un exceso y una desviación del amor propio. Pero ¿qué es el amor propio? El amor propio es el deseo de la alabanza y la aversión á la crítica; es decir, el deseo de que se forme de nosotros buena opinión. Ahora bien, ¿por qué queremos que los demás formen de nosotros buena opinión? Porque, acostumbrados á admirarnos á nosotros mismos, nos gusta que al compararnos con los demás resultemos favorecidos: si alguien nos elogia, nos es más fácil elogiarnos á nosotros mismos; si se nos censura, ya no podemos alabarnos, y esto nos contraría. En resumen: el amor propio es ante todo el deseo de tener uno buena opinión de sí mismo; por consiguiente, el deseo de que los demás la tengan también; por consiguiente, el deseo de los cumplimientos y el miedo á la crítica; y por consiguiente, el deseo del éxito en todas formas.

¿A qué cumplimientos es más sensible el amor propio? Prescindiendo de toda pretensión individual, las cualidades humanas cuya posesión más nos lisonjea son, en primer término, las cualidades físicas: fuerza, elegancia, belleza. Claro es que la belleza y la gracia son las ventajas que las mujeres desean sobre todo; pero los mismos hombres son extremadamente sensibles á esta clase de cumplimientos; *en teoría* no se hace caso de ellos, pero *de hecho* todos los saborean. En segundo término vienen las cualidades intelectuales: ningún hombre oye decir fríamente que es fino, espiritual, sagaz ó profundo. En tercera línea vienen las cualidades morales: justicia, bondad, abnegación, etc.; y cosa extraña: estas cualidades, que teóricamente son las más estimables, no son de hecho las que más nos lisonjea tener, y una censura en este respecto nos es desagradable, pero no nos perturba. En último término se coloca una cualidad intelectual que, con razón ó sin ella, separamos siempre de las demás: la memoria. «Todo el mundo se queja de su memoria», ha dicho finamente La Rochefoucauld.

En esta clasificación se verifica un hecho curioso: no nos atrevemos á hablar de nuestro rostro ni de nuestro talento, y hablamos sin dificultad de nuestro corazón y de nuestra memoria. Cualquiera dice: «tengo buena memoria», y á nadie le choca; «no soy malo», se dice también fácilmente; pero «no soy torpe» es algo más duro, y «no soy feo» es completamente ridículo. ¿Por qué nos avergüenza hablar de ciertas ventajas? Pues precisamente porque nos importan más que ninguna otra, y por eso no podemos hablar de ellas con calma; nuestro amor propio se interesa en ello, y, aunque no nos falta la gana, nos falta el valor.

La vanidad es la exageración del amor propio. Su primer síntoma es el exceso de alegría causado por la alabanza: el cumplimiento le pone radiante, expansivo y locuaz, como la censura le agria y ensombrece. El segundo síntoma es el esfuerzo perpetuo para recabar alabanzas á toda costa, llevando

siempre la conversación sobre sí mismo, y hasta diciendo mal de sí por falsa modestia, para provocar el elogio. También se le reconoce en la fatuidad: á fuerza de buscar alabanzas, cree en ellas. Otro rasgo frecuente es el de ser jactancioso: cuando el elogio no viene, el vanidoso se lo adjudica él mismo, aunque para esto es preciso ser torpe. Por último, el vanidoso, comprendiendo que no se obtienen fácilmente elogios por virtudes reales y profundas, suele colocar mal su vanidad en el traje, en una condecoración, en un título, en sus relaciones, en su modo de bailar, en sus hazañas de caza, etc.

Como se ve, la vanidad es la depravación del amor propio, y se distingue esencialmente del orgullo, pues se puede desear un elogio y gozar con él, sin admirarse por eso á sí mismo. Hay mujeres que se sienten encantadas con una lisonja, sin poderse enorgullecer de ella, sabiendo que no la merecen. Por lo demás, la vanidad reviste mil formas. Las variedades más importantes de la vanidad física es la *coquetería,* ó vanidad del adorno, y la *pose*, ó vanidad de las maneras: la coquetería es una mentira con la que se pretende reemplazar una persona real con una ficticia, y en la *pose* hay el deseo de no pasar desapercibido, tomando para ello un modo de hablar, de andar, etcétera, particular, que llame la atención. En cuanto á vanidades intelectuales, la más común es la del «hombre ingenioso», que anda siempre en busca de rasgos de ingenio y frases oportunas; otra es la pedantería, que comprende á esas personas á quienes se les resiste decir «tengo constipado», «padezco un coriza»; otra es la vanidad literaria, muy extendida entre ciertas gentes, que no están á gusto si no bordan la carta más sencilla, pretendiendo hacer de ella un documento inmortal. La vanidad de las relaciones es el último recurso de los vanidosos; hay que oirles decir, con aire descuidado: «Ayer estuve con el marqués de Tal». La vanidad de las condecoraciones es muy interesante, como lo es la vanidad de los principiantes y la profesional.

La vanidad es un error más que un vicio; es hasta compa-

tible con el mérito, pero lo rebaja y lo compromete. Causa de decadencia moral, lo es también de decadencia intelectual ó estética. Por eso debe procurarse preservar al niño de la vanidad, cosa facilísima, porque el niño no suele de por sí ser vanidoso, sino que le hace serlo la costumbre de oir elogios.

PEDAGOGÍA

Temperamentos de observación.—Señalando de Sanctis, en la *Rivista d'Italia*, las dos orientaciones de nuestra atención, una hacia el mundo externo, que constituye la *observación* y el temperamento *objetivo*, y otra hacia nuestro interior, que forma la *visión mental*, con el temperamento introspectivo ú *objetivo*, se pregunta si es cierto que la ciencia y la pedagogía no deben ocuparse directamente de nuestro mundo interior, dejándolo á la religión y al misticismo como su campo propio.

El mundo externo y el interno nos suministran impresiones y noticias, placeres y dolores, y poco á poco se forma así la experiencia externa y la interna; pero mientras la externa es patrimonio generosamente ofrecido á la humanidad entera que ve y sabe ver, la interna es un privilegio poseído por pocos y en medida desigual, aunque la realidad se componga de lo interno y lo externo, que no son sino dos fases de la misma experiencia que se completan entre sí, prevaleciendo, sin embargo, una ú otra orientación en la psicología individual y en la social, habiendo pueblos de temperamento objetivo, como los griegos y latinos, y de temperamento subjetivo, como los indios y los semitas, y dominando uno ú otro, dentro del mismo pueblo, según las épocas, como se ve en la Edad Media, subjetiva, y en el Renacimiento, objetivo.

No es difícil reconocer estos temperamentos en los individuos: haced escribir á varias personas que no sepan vuestros propósitos determinado número de palabras en cierto tiempo,

y veréis que el tipo observador ha buscado palabras de objetos y fenómenos exteriores, y el tipo subjetivo voces que representen sensaciones, sentimientos, emociones; hacedles describir un cuadro ó un espectáculo cualquiera, y en seguida descubriréis uno ú otro tipo. Ambos pueden llegar á lo sublime y rayar en lo ridículo. Temperamento objetivo heroico es el niño curioso que todo lo recuerda, el poeta descriptivo, el explorador incansable de la naturaleza; temperamento objetivo morboso es el frívolo interés por las noticias menudas y los chismes de vecindad; temperamento subjetivo heroico es el novelista que analiza y diseca los factores psíquicos de una pasión: Leopardi, expresando todos los dolores del alma; y Descartes, formulando su famoso *cogito ergo sum*; temperamento subjetivo morboso es el del distraído, que no distingue nada fuera, por estar preocupado con sus recuerdos interiores; el místico, para quien no hay más realidad que sus visiones, y el hipocondríaco, analizador infatigable de las propias sensaciones y de los más insignificantes movimientos de su cuerpo. Pero ¿quién piensa nunca ni desea conocer la orientación de su atención? ¿Quién quiere darse cuenta de su propio pensamiento y carácter? ¡Cuántas personas inteligentes y cultas viven ignaras de cuanto se agita en la profundidad de su espíritu! La personificación de los lugares ó el colorido de los nombres son hechos más frecuentes de lo que parece; pero ¡cuán pocos fijan en ellos la atención, ni se dan cuenta de lo que pasa en ellos mismos!

El espíritu científico y el sentido moderno de la vida se inclinan hacia el temperamento objetivo; pero lo preferible sería un temperamento mixto que apartara á los hombres del materialismo práctico tanto como del misticismo infecundo. ¿Qué sabríamos de las asociaciones de ideas de la imaginación, de la creación genial, si hombres avezados á la autointrospección no nos hubieran revelado todo el proceso de su pensamiento? ¿Qué sabría el Arte de los dramas grandiosos del corazón, si los que han sido actores de los mismos no nos

hubieran descubierto todos sus hilos? El conocerse es un bien, no sólo por el placer de saber, sino con un fin de utilidad individual.

Por su experiencia personal, de Sanctis ha encontrado tres tipos de pensadores ó imaginativos correspondientes á otros tantos tipos de caracteres, atendiendo á la corriente del pensamiento: en el primero pasa con preferencia el presente ó el pasado recientísimo, con sus impresiones inmediatas, vivas y palpitantes: carácter débil, ligero, mudable; en el segundo discurre el pasado, con sus recuerdos dolorosos ó alegres: carácter reflexivo; en el tercero prevalece el porvenir, con sus proyectos, temores é ideales: carácter inquieto y activo. Otra serie de hechos con éstos relacionados es que en unos el pensar se desarrolla con fatiga, esfuerzo ó molestia; en otros, con indiferencia afectiva; y en otros, con placer: este placer del pensar es la mejor compensación que la naturaleza reserva á los inteligentes sin fortuna.

Pero ¿cómo lograr pensar y conocerse? Fijando la atención; y para ello nada mejor, si se trata de un refractario á la introspección, que provocarla por medio de la contracción del músculo superciliar, fijando la mirada en un espejo. Al orientar así hacia adentro la atención, se observa un fenómeno del que á veces se maravilla el sujeto: se siente capaz de delinear y desarrollar mentalmente un tema, cosa que antes le era imposible; otro fenómeno es el del dominio de la fantasía, cuyo curso desenfrenado se encauza perfectamente; otro, el del análisis que puede hacerse de las propias tendencias y deseos, llegando á lograr positivo poder de autocrítica y autodisciplina. Todos estos resultados, ampliamente expuestos por de Sanctis, tienen realmente importancia, no sólo para la psicoterapia, como sucede con la cura de los *tics*, del balbuceo y de las neuropatías, sino para la pedagogía, y hasta para la moral, por el desarrollo á que se llega de los más elevados sentimientos.

Hubo un tiempo en que se proclamó medio útil para la educación el hipnotismo; pero los que han seguido ciegamente

la escuela de Dejerine se han equivocado. La hipnosis podrá ser útil en casos especiales, cuando se quiera automatizar al bien á algún recalcitrante ó anormal; en los demás casos tiene mayor aplicación la sugestión en estado de vigilia y la persuasión. La concentración reflexiva ó autointrospección, al contrario del hipnotismo, vigoriza al consciente: es una gimnástica de la voluntad en su doble aspecto de iniciativa y de inhibición, constituyendo un poderoso auxilio pedagógico, aplicable á las personas regularmente desarrolladas, á todo tipo normal.

HISTORIA

El patriotismo de los japoneses.—Dice el coronel Emerson, testigo presencial, que el patriotismo de los japoneses es una pasión rayana en fanatismo. «Mi patria siempre y doquier, primer amor de mi corazón, ¡mi sangre, mi primer pensamiento y el sudor de mi frente serán sólo para ti!»—dice uno de los poetas favoritos de los nipones, y repiten de todo corazón, y no con los labios—que ahí está la diferencia, puesto que cosas semejantes dicen los poetas y repiten los nacionales de otros muchos países,—los hijos del imperio del sol naciente.

Este sentimiento de patriotismo está íntimamente ligado con la religión nacional del shintoísmo, que rinde culto principal á los héroes y á los antepasados, y con el respeto, veneración y acendrado cariño al Mikado y á la familia imperial, á los jefes del clan del Japón feudal, á los daíricos, á los nobles de la clase guerrera y á toda autoridad superior. Ese principio de lealtad convertido en patriotismo es lo que forma la fuerza del Japón actual. La historia, la literatura y las leyendas japonesas abundan en historias terribles ó conmovedoras de hombres, mujeres y niños que lo han sacrificado todo á su príncipe y á su patria. La leyenda favorita del Japón es la de los 47 ronins ó samurais errantes, historia real de 47 vasallos fieles que juraron vengar la muerte de su señor, y que obrando

cada cual por su parte, después de largos años de disimulo y de espera, se reunieron de pronto y mataron al asesino de su príncipe, suicidándose después; el templo de Sengakuchi, donde se hallan las tumbas de los ronins y de su señor, es visitado anualmente por miles de peregrinos.

Aquel afecto que entonces se dispersaba entre muchos señores feudales, se ha concentrado hoy en el Mikado, personificación viviente de la nación, adorado como un semidiós por todo el mundo, y por quien todos están prontos á sacrificar su vida. Su retrato es lo que más se estima en los buques de guerra; en un naufragio, lo primero en que se piensa es en salvar aquel retrato, y su pérdida es más sentida que la del buque y la tripulación. En la vida misma civil, el retrato del emperador es objeto de culto; en los días de fiesta se reúne á los alumnos en las escuelas para hacérselo saludar, y uno de los maestros pasa la noche en el edificio para poder salvar el retrato en caso de incendio. Cuando el emperador sale en coche, la policía no permite á nadie mirarlo desde una ventana ó desde otro cualquier sitio elevado; todos los que van en coche ó en chinrikicha (carruaje de dos ruedas tirado por hombres, muy popular en el Japón) tienen á su paso que detenerse y bajarse, aunque ya se ha suprimido la costumbre de arrodillarse y besar la tierra.

Los japoneses son poco afectos á manifestaciones ruidosas, y de ahí que pasen por fríos é indiferentes; pero es un error juzgarlos por tales apariencias. La declaración de guerra á Rusia, á pesar de ser tan deseada, no provocó explosiones de entusiasmo; pero había que oir los gritos de *¡Dai Nippon banzai!* (¡Viva el Japón!) lanzados por los oficiales de marina al recibir la orden de hacerse al mar para combatir, y ver luego el celo y la audacia con que ejecutaban el mandato de atacar á Puerto Arturo; en una noche helada de los primeros días de la guerra, la válvula de uno de los torpederos estaba obstruída por los témpanos; y no habiendo otro medio, un marinero se tiró al mar y quitó el hielo con sus manos, muriendo en

aquella penosa tarea. El Gobierno ofreció á sus padres una pensión, y ellos la rehusaron, diciendo que la muerte de su hijo era un motivo de alegría, siendo demasiado afortunados en haber podido ofrecer aquel sacrificio á su emperador y á su país.

Los gastos corrientes de la guerra tuvieron que ser cubiertos por un empréstito de 100 millones de yens (250 millones de francos), y el Gobierno concedió la preferencia á los suscriptores por menos de 300 yens y á los que pagaran los títulos por encima del precio de emisión de 95 por 100, habiendo quienes los pagaron á 120, y ofreciéndose el barón Iwasaki á cubrirlo por sí solo, sin que su ofrecimiento fuera aceptado. Aquel día iba á ser ejecutado por asesino un malhechor, y su carcelero le entregó cinco francos que le correspondían, pidiendo permiso el condenado para destinarlos á la guerra; cuando su oferta fué aceptada, se echó á llorar, lo que nunca había hecho, lamentando su crimen por impedirle ponerse al servicio de su país. La emperatriz misma dió el ejemplo del sacrificio mandando sus joyas al Banco, y muchas mujeres y jóvenes vendieron las suyas con el mismo objeto. Cuando se llamó la primera reserva, muchos miles de veteranos se mezclaron en las filas; y cuando los oficiales, al hacer el llamamiento, se encontraron con aquel exceso de personal, tuvieron no poco que hacer para obligarles á volver á sus casas.

Las familias, hasta las más pobres, no omiten sacrificio alguno para festejar á los soldados el día de su marcha: todas las casas están adornadas de banderolas de alegres colores y banderitas blancas con inscripciones niponas, que dicen: *¡Buena suerte! ¡Vuelve sano y salvo! ¡Abajo Rusia!*, y otras semejantes; parientes y amigos acuden á la estación, y el espectáculo es realmente sorprendente para quienes están acostumbrados á la impasibilidad de los japoneses. Esta impasibilidad desaparece cuando llega la ocasión, aunque una vez manifestado su entusiasmo, vuelve tranquilamente á sus ocupaciones ordinarias sin perder el tiempo en prodigalidades de bullicio.

El patriotismo japonés, como el de todos los pueblos orientales, tiene su lado siniestro, y en casos de sobrexcitación nacional obliga al Gobierno á tomar precauciones contra los fanáticos que surgen por todas partes dispuestos á cometer toda clase de atentados y á no retroceder ante ningún crimen que les parezca conveniente á los intereses de su país ó de su partido; pero hasta en estos excesos, inevitables en espíritus exaltados, se demuestra lo arraigado que se halla el patriotismo en el corazón de los japoneses.

PSICOLOGÍA INFANTIL

La idea del arte en el niño.—M. Daubresse ha querido añadir un capítulo más á los numerosos trabajos de Psicología infantil que se vienen haciendo por pedagogos y filósofos, y para ello se ha dirigido á multitud de niños y niñas, consignando los resultados de su información en un artículo de la *Revue Bleue*, para lo cual ha dividido las artes en dos categorías: artes de acción—Música, Baile y Poesía,—que requieren intérpretes, y artes de contemplación ó representación: Pintura, Escultura y Arquitectura.

Preguntadas 200 niñas si les gusta la Música, 189 han respondido afirmativamente, habiendo sido sólo 165 las que han declarado gustarles la Poesía. Ocho son refractarias á la música, y confiesan los motivos que para ello tienen. «Hay que estudiar—dice una,—y eso me fastidia»; dos dicen que «cantan mal» y dos que «les es desagradable la música»; tres declaran no saber siquiera lo que es música; *connais pas*—dicen.

¿Y por qué les gusta la música? Las respuestas no valen nada: «eso distrae», «es bonita», «es entretenida», «hace muy bien en sociedad»; así dicen casi todas; «me gusta—dice una de nueve años—porque me da alegría»; «como mamá no sabe música—dice otra de la misma edad,—tengo que reemplazarla yo cuando recibimos»; «me gusta—dice otra de diez años—

porque me gusta el canto de los pájaros»; «me hace olvidar —dice otra de trece años—mis disgustos de colegiala»; «me pongo triste ó alegre—explica otra—según el pasaje que tocan»; «la música—añade otra—aleja los malos pensamientos», y «hace menos tristes las horas de ociosidad»—según otra.

De todo esto se desprende una conclusión: la belleza no tiene la evidencia de la luz; salvo raras excepciones, no se impone á las almas que no estén iniciadas: es preciso aprenderlo todo y adquirirlo todo laboriosamente; espontáneamente se obtiene muy poco.

En cuanto al repertorio que conocen ó que más les gusta, *La Marsellesa* y *Fausto* figuran en primer término, teniendo también bastantes partidarias *Mignon, La Fille du Régiment*, *Les Noces de Jeannette*, *Carmen* y *Mireille,* así como los valses *Bleue*, *Rose* y *Loin du Bal*; entre los clásicos preferidos, Beethoven es citado once veces, Mozart diez, Chopin cuatro, Mendelssohn una y Field una; para una niña, el canto ideal es *La Internacional*. La culpa de estas faltas de gusto no la tienen las niñas, ni menos los profesores, sino las familias, que sólo se preocupan de que la niña toque pronto cualquier cosita que las divierta en las horas de reunión ó de ociosidad, si es que no las dedican á la música para ganarse la vida, que es todavía peor.

Algunas niñas, confundiendo las obras con los instrumentos, han contestado que lo que más les gusta es el piano; otras prefieren el violín y la mandolina; dos están por el clarín y el clarinete, y algunas declaran que la más hermosa obra musical es «la música de la Guardia republicana».

En cuanto á los niños, el 75 por 100 gustan de la música; pero no por distracción ni entretenimiento, sino porque es bella ó porque les permitirá ganarse con ella la vida; los desafectos no andan con circunloquios, confesando que no les gusta «porque no tienen oído», «porque cantan mal», «porque no les interesa». El repertorio de los niños está principalmen-

te formado de cantos, y los más favorecidos son *La Marsellesa* y el *Canto de la partida*, teniendo también *Fausto* muchos admiradores. Los instrumentos preferidos son los clarines y las trompetas.

Respecto al baile, de 162 niñas interrogadas, 127 se declararon amigas de la danza, porque entretiene y es necesaria en sociedad; de los niños, el 59 por 100 son también partidarios del baile, por ser un buen ejercicio. Los bailes preferidos figuran en este orden: polka, vals, berlina, paso de patinadores, cuadrilla y cake-walk; sólo una niña prefiere el minué y la gavota. ¡Qué degeneración en esta materia!

La Poesía tiene entre las niñas el 82 por 100 de partidarias, y el 86 por 100 entre los niños; pero es el arte mejor comprendido y más vivamente sentido por unas y otros, tropezándose con respuestas que revelan las raíces que tiene en tan tiernas inteligencias. Los autores preferidos por las niñas son Víctor Hugo y La Fontaine; luego vienen Corneille, Racine, Boileau, Molière, Fenelon, Bossuet, Chateaubriand, Lamartine y Sully Prudhomme; para los niños el poeta preferido es Víctor Hugo, viniendo después La Fontaine, Casimiro Delavigne y Florián, Voltaire, Rousseau y Arago.

Las artes plásticas tienen menos aficionados: el 79 por 100 de niñas y el 84 de niños se interesan por la Pintura, pero no la comprenden; á las niñas, el cuadro que más les gusta es el *Angelus*, de Millet, y á los niños los cuadros de batallas napoleónicas. La Escultura es todavía menos apreciada que la Pintura, especialmente por las niñas, que admiran las estatuas de Juana de Arco, Enrique IV y Luis XIV, mientras que los niños se extasían con las de la República, Marceau, Danton y Bobillot. La Arquitectura sólo cuenta entre las niñas con el 32 por 100 de admiradoras, y entre los niños con el 79 por 100; es de las artes plásticas la mejor sentida por los niños que saben apreciar el valor de los monumentos que han visto.

En cuanto á la pregunta «¿Qué idea tenéis del arte en gene-

ral?», era harto difícil para ser contestada por niños y niñas de ocho á catorce años, y no es extraño que las respuestas hayan sido nulas.

COSTUMBRES

La mujer persa.—El tiempo no ha pasado para la familia persa; hoy, como hace siglos, el padre goza de autoridad absoluta sobre cuantos seres constituyen su casa: mujer, hijos y servidores. Su única ley, como dice H. de Liancourt, es su voluntad despótica. Su mujer no se distingue para él de su caballo; tiene su posesión y su goce, y ejerce sus derechos como autócrata oriental que prohibe hasta la mirada de un extraño. Sus hijos no tienen personalidad: son seres que le pertenecen, como sus perros, y si le desagradan por feos, torpes ó desobedientes, se desembaraza de ellos de cualquier modo; de sus hijas no hay que hablar, pues no significan nada. Sólo tolera que le hablen libremente sus criados, aunque exponiéndose á su cólera, que puede llegar hasta hacerlos morir apaleados; sus observaciones le entretienen, y por ellos se entera de lo que pasa fuera y dentro de su casa. Lo chocante es que estos criados suelen serle muy adictos, y que esta abnegación es gratuita, pues generalmente no les paga salario ninguno. A veces les toma por confidentes y les confía sus proyectos y hasta sus llaves y su testamento, sin perjuicio de darles de palos por los motivos más fútiles; jamás, en cambio, se fía de su mujer ó de sus mujeres para nada, ni les otorga la menor intervención en sus asuntos, teniéndola constantemente secuestrada.

Criada con sus hermanos hasta la edad de siete á ocho años, se ve la mujer separada de ellos cuando empieza á tener uso de razón, y desde entonces no existe ya más que para el hombre á quien está destinada, que ordinariamente es un primo; es raro que la enseñen á leer ni á escribir, y lo único que la enseñan es á hacer sorbetes y refrescos y á bordar; redu-

ciéndose toda su misión en el mundo á agradar á su marido, que no ha de ver en ella más que un objeto de satisfacción física ó un ornamento más de su lujo.

El amor no tiene puesto en los matrimonios persas. Éstos se llevan á cabo gracias á las *intermediarias*, matronas muy estimadas que se dedican á buscar partidos para las jóvenes; las intermediarias son las que tratan con las familias las cuestiones de dote, y una vez puestas de acuerdo, la madre del joven, con otras mujeres de su séquito, pasa á visitar y conocer á su futura nuera. Esta, si no es de su agrado la boda, lo da á entender ofreciendo con poca gracia á las visitantes el té y el narguilé; pero si es de su agrado, devuelve la visita con su madre y una parienta. Todo esto se hace sin que los novios se vean ni se conozcan, y todo lo más á que puede llegarse es á que ella sepa cómo es él por las pinturas que le hagan sus doncellas, y á que él pueda verla al paso desde un balcón al salir de la visita, enseñándosela su madre. Hechos los desposorios por el sacerdote, puede ya verla; pero entonces está tan desfigurada, con los afeites y pinturas que emplea para ocultar sus verdaderas facciones, que á veces el novio se arrepiente y retira su palabra: en tal caso tiene que entregar á los padres de la novia la mitad de la dote.

Los desposorios son muy pintorescos. La novia es conducida ante una mesa, en la que hay una vela encendida, un espejo, el Corán, perfumes, palmatorias, semillas secas y dátiles; el sacerdote cubre á la desposada con un velo verde, y pronunciadas las palabras sacramentales, la hace sentar en una silla simbólica, formada por un caldero de cobre, que sirve de apoyo á una silla de caballo con una almohada; allí sentada, no debe decir ni una palabra ni hacer un movimiento, para demostrar su resignación á la sumisión muda á que se obliga como casada. El matrimonio se celebra después con gran pompa, y la novia recibe del novio un fetiche, llevando ella el pan y la sal á su nueva casa; antes de salir de la suya, besa el umbral en señal de eterno adiós.

Desde aquel momento la joven persa carece de personalidad; su destino depende del carácter del marido, y sobre todo del sexo que tenga su primer vástago; pues si no es varón, el marido puede repudiarla ó sacrificarla á otra mujer, que será la preferida. Nada la sorprende, pues sabe que está condenada al desprecio en esta vida, y que en la otra no podrá siquiera gozar de las delicias del Paraíso de Mahoma, reservado á los hombres; ó irá al infierno, ó cuando más, á fuerza de penitencias y peregrinaciones, conseguirá ser admitida en un rincón del paraíso, aunque sin disfrutar de sus deleites.

En tales condiciones, la vida de la mujer persa se reduce á engalanarse y chismorrear en casa, y á recorrer los almacenes para hacer sus compras, siendo su única preocupación obtener vestidos y joyas del marido, y no ser vencida en lujo por ninguna rival. Los dos grandes sentimientos de la mujer occidental, el amor conyugal y el maternal, le están prohibidos. Su marido vive lejos de ella, y hasta en la intimidad la desdeña; sus hijas se casan temprano y no las vuelve á ver; y sus hijos, á los cinco años se los lleva un sacerdote para que aprendan á leer, y de sus manos pasan á las del *lala* ó preceptor; ni el sacerdote ni el lala les hablan nunca de su madre, enseñándoles á despreciar á la mujer, y la madre no tiene el gusto de verlos ni de admirarlos. Aquello es realmente otro mundo, apenas concebible para los europeos.

LITERATURA

Los cenáculos literarios.—María Krysinska, con motivo de la muerte de Maurice Rollinat, consagra un recuerdo en *La Revue* á los famosos cenáculos literarios y artísticos de donde han salido no pocas celebridades de la actual generación, y de los que Rollinat fué el alma, por su poesía, por su música y por su voz excepcional, que producía siempre un

efecto mágico. Su originalidad dominante era un sentido de áspera voluptuosidad, gustada en la melancolía.

En los *Hidrópatas*, círculo ambulante, sin local fijo, Rollinat compartió la boga con Emilio Goudeau, y de allí salieron Coquelin, que hacía llorar de risa recitando *La Obsesión;* Villain, que decía la *Balada á la luna*; el tímido y rubio Alfonso Allais, que ahorcaba sus libros de Derecho para aventurar sus primeras fábulas; Gaston Senechal, hoy gobernador—¡en lo que venimos á parar!,—que en versos cincelados cantaba su aversión al agua y su preferencia por el vino; Massiac, rimador sutil; Feliciano Champsaur, que se revelaba ya como el poeta de sus novelas de poeta; Pablo Marot, que recordaba á su homónimo antepasado, y Jorge Rodenbach, ángel flamenco, rubio y rizado, escapado de un tríptico de Van Eyck, que decía con vocecita de viola versos tiernos, frágiles y frescos como ramitos de lilas; Armando Masson, que recitaba con voz aburrida sus poesías, que son de las mejores del tiempo; Julio Jouy, cantor de las hazañas de San Galberto; el flemático Mac Nab y los hermanos Decosi, Félix, hoy abogado célebre, y Luis, el famoso cómico del *Chemineau*; el admirable Carlos Cros y su hermano Antonio, que acogían entusiastas toda iniciativa honrosa y toda señal de talento, y tantos otros más.

Hacia 1882 el movimiento intelectual con Goudeau y Rollinat emigró á Montmartre y celebró sus *estasts* en la taberna del pintor Salis; fué una curiosa centralización de toda la gente cantante, rimante, dibujante, soñadora y humorista. Los veteranos León Cladel, Pablo Verlaine, Pablo Arena y los ya conocidos, acogieron con bendiciones la poesía que subía á tales alturas, y que tenía por órgano *El Gato Negro*, dirigido por Rodolfo Salis. Allí estaba la plana mayor de lo que debía constituir el grupo del *Mercurio de Francia*: la señora Raquilde, castamente soltera, el doncel Valette, Cardonel, Víctor Margueritte, Leon Bloy y Juan Moreas, entonces parnasiano; al lado de estos efebos, ardiendo en deseos de abrirse paso, se

tropezaba con algún peón meridional ó alguna muestra de suizo ó belga, pacientes pescadores de caña, que hacían allí provisiones para sus tardíos comienzos.

Todos los tránsfugas del círculo de los Hidrópatas se volvieron á encontrar allí. Los hermanos Decosi aparecieron transformados: el alumno del Conservatorio, en abogado ya conocido; y el estudiante de Derecho, en cómico de profesión; Mauricio Maindson, entre dos viajes de entomologista á Nueva Guinea, hacía sus apariciones para fantasear quizá su admirable *Saint-Cendre*; Armando Masson seguía diciendo tan mal como antes sus hermosos versos, y Fernando Icres se afirmaba poeta del mayor valor con sus poemas *La Conquista*, *La Antigua*, y hasta con simples canciones.

La falange pictórica no era menos notable: Salis, de pintor se había convertido en «Tabernero del Diablo»; Enrique Pille imponía respeto con su facha de aldeano, asustando á las damas que iban á ver á los artistas de fama en su té semanal; Villette era el tipo del Pierrot moderno, hasta en lo físico; y con él y con Stesulem, soñador sentimental y burlón, se inauguró un modo nuevo de ilustración en las originales páginas del *Chat Noir*, en las que pronto aparecieron las firmas literarias de Bonhomme, Harancourt, Esparbés, Allais, Gandillot, Grenet-Dancourt, Mensy, Dauphin, Auriol, Krysinska y Nohain, saliendo de allí todo el movimiento renovador poético contemporáneo.

El barrio latino, á pesar de la emigración de la literatura joven á Montmartre, conservó en parte sus cenáculos y reuniones, bajo la dirección de Leon Deschamps, fundador de *La Plume*; allí figuraba Juan Rameau, con sus enérgicos poemas naturistas, y Marsolleau tarareó sus primeros versos, combinados con la danza del vientre y de las caderas; el café Voltaire, además de sus reuniones felibres de los miércoles, tenía los lunes, en los que se mezclaban cordialmente el Parnaso y la futura nueva escuela de Merril, Morice y Retté.

En 1889 *El Gato Negro* se había instalado seriamente en

casa propia, con un original teatro de sombras, cuyo principal creador era el genial Caran d'Ache. Salis, ebrio de irrespeto, hizo revestir á sus mozos el traje académico de palmas verdes, y allí acudían á los estrenos, á ser servidos por aquellos académicos de burlas, los académicos de veras, con verdaderas damas del gran mundo. Salis, verboso siempre, no se intimidaba, y andaba de mesa en mesa para avivar el consumo:—«Debéis reventar de sed, monseñor—decía;—no tenéis nada en el vaso. ¿Eh? ¿Decís que catorce bocks? Los tendréis, los tendréis. ¡Edison! quince bocks para estos gentileshombres; entre ellos uno bien echado, que tienen la cortesía de ofrecerme». Y todos se aguantaban, reían la gracia, se dejaban servir, y pagaban. Allí todos eran príncipes ó barones, ó por lo menos gentileshombres, y esta antigua farsa daba siempre resultado. Un cliente, quizá un pobre diablo de empleado curioso, de poco sueldo, golpeaba la mesa para pagar su cuenta.—¡Vamos, Edison!—gritaba Salis,—¿no veis que el señor barón desea echar otra copa para él y para sus amigos? Despachaos, que no es hombre á quien se pueda hacer esperar.—Y el pobre diablo se volvía á sentar y sufría el nuevo impuesto para no ponerse en ridículo.

Nada de esto existe ya. Pero lo peor es que tampoco existe aquel generoso entusiasmo que hacía vibrar al unísono tantos corazones cuando se trataba de rendir culto sincero y ferviente al arte.

METEOROLOGÍA

La previsión del tiempo en el pasado y en la actualidad.—En lo antiguo la previsión del tiempo estaba fundada en observaciones locales, y apenas hay un país de montaña, como dice Monti, que no tenga sus refranes meteorológicos. Así los atenienses se fijaban en si estaba serena ó nublada la cima del Himeto, y los romanos observaban si el Poniente tenía ó no nubes, para apreciar si el tiempo sería sereno ó llu-

vioso; los judíos se atenían á la misma regla, como en general todos los pueblos del Mediterráneo, y el mismo Jesús dice, según San Lucas: «Cuando veáis que la nube se levanta de Poniente, decíos que la lluvia está próxima».

No quiere esto decir que el viento deba soplar siempre de Poniente antes de la intemperie; el viento se dirige al centro de toda depresión, y si este centro está á Poniente, el viento vendrá de Levante y no soplará en dirección opuesta sino cuando la depresión se haya alejado de nuestro horizonte. Así se explica cómo Zéfiro, el viento de Occidente, ha sido siempre considerado como el que empuja las nubes del cielo y trae el sereno; por eso Lucrecio le hace heraldo del Amor: «nuncio de Venus, se adelanta el alado Zéfiro, y Flora derrama flores y perfumes en el camino de ambos»; y Homero mismo le había ya señalado como viento dominante en los Campos Elíseos.

También se daba antiguamente, y aun hoy se da por el pueblo, gran importancia al aspecto que presentan los animales según que el tiempo se presente malo ó bueno. Del mismo modo que nuestros aldeanos ven un mal presagio en el bajo volar de las golondrinas, en la inquietud de los gatos, de las gallinas ó de las ranas, en la inercia de las abejas, etc., así los antiguos se servían de observaciones semejantes para sus pronósticos del tiempo, y Virgilio recogió poéticamente en las *Geórgicas* las más corrientes de su tiempo.

Del arco iris y del color y forma de las nubes se sacaban también presagios, fundados todos en la experiencia; así dice un proverbio francés:

Arc-en-ciel de matinée,	Arco iris madrugador,
Du laboureur finit la journée;	Suspende la tarea al labrador;
Arc-en-ciel du soir,	Arco iris de tarde,
Fait beau temps prévoir.	Da alientos al labriego más cobarde.

Así también dicen los italianos: «rosso di sera, bel tempo spera», que es idéntico al proverbio francés: «rougie du matin, fait le temps chagrin,—rougie du soir, espoir», y lo mismo

que el castellano: «sol puesto entre nubes rojas, quita al labrador congojas». Las diversas formas de las nubes suelen presentarse en Europa unas tras otras cuando se acerca una tormenta: primero aparecen largos filamentos de vanguardia, que se llaman cirros; luego viene el escuadrón de los cirrocúmulos, nubes en copos y redondas comparables á borregos ó balas de algodón; estos cúmulos aumentan de tamaño y densidad hasta que se funden en un anublamiento bajo y general que precede inmediatamente á la lluvia, lo que justifica el proverbio toscano: «Cielo a pecorelle, acqua a catinelle», ó como el castellano: «Cielo aborregado, á los tres días mojado». Si es de noche, estas nubes, precursoras de la lluvia, suelen estar altísimas y están compuestas de partículas tan menudas que la luna parece ceñida por un anillo de color, un cerco violáceo y rojizo ó blanquecino, á semejanza del efecto que nos produce la luz de una farola en una noche de niebla; y de ahí la previsión de la lluvia cuando este cerco lunar se presenta.

La predicción científica del tiempo se hace hoy en todo el mundo culto por los Observatorios ú oficinas meteorológicas de cada país, que se hallan dotadas de barómetros, termómetros, pluviómetros y demás aparatos de observación, y están en correspondencia telegráfica entre sí y con los Observatorios del extranjero para comunicarse dos ó tres veces al día por lo menos los resultados de sus respectivas observaciones, trazando las líneas isobáricas, es decir, las líneas que en un mapa recorren los puntos en que aparece la misma presión atmosférica, y publicando los *Boletines meteorológicos* que contienen todos los datos recogidos diariamente.

La carta isobárica ó mapa de presiones atmosféricas varía de un momento á otro, y esa es la causa de que los pronósticos en ella fundados no siempre sean acertados; pero tomados en conjunto los resultados, no hay duda que se ha dado un gran paso en el estudio de la predicción del tiempo con el establecimiento de los Observatorios meteorológicos y las indicaciones precisas de las cartas isobáricas. La precisión de los

datos, la suma de elementos de conocimiento que se acumulan en cada Observatorio y la base científica en que se apoyan las conclusiones que se deducen de las observaciones hechas, son firme garantía del acierto con que en general suelen hoy hacerse las predicciones del tiempo con fines prácticos.

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

El pesimismo.—No hay clase que se libre de la plaga del pesimismo, dice en *La Grande Revue* Luis de Romeuf. El malestar, comenzando en los ricos, llega á las últimas capas sociales, invadiéndolo todo. En el instante de una contrariedad cualquiera, de un desfallecimiento accidental, el pesimismo se apodera del alma, infundiendo en ella la desesperación y la tristeza. Este pesimismo moderno no se ha mantenido, como el de Schopenhauer, en el dominio de la metafísica, sino que alcanza á todo y niega hasta el bienestar material, hasta las conquistas más positivas del progreso en el orden económico, social ó científico; lo niega todo, ó, por lo menos, lo decolora y empalidece todo. Y no tiene razón.

Tras la brillante escaramuza de los enciclopedistas, la lucha religiosa se había casi disipado; hoy vuelve á encenderse, con innegable y sorprendente vigor. Es realmente incomprensible, para quien sepa penetrarse bien de la concepción cristiana, que una arquitectura de tan puras líneas haya venido á parar en un templo tan recargado de ornamentos suplementarios, de paráfrasis gratuitas, de elementos extraños tan heterogéneos; la obra de los hombres se ha empeñado en corregir la obra de Dios con una inconsciencia que desconcierta; Pontífices y Concilios han apartado el gran río de su cauce natural, y la embriaguez de la exégesis se les ha subido á la cabeza, haciéndoles creer en una nueva creación, hasta que el neocristianismo se ha levantado vigoroso para encauzar de nuevo la desviada corriente.

Desde ese momento, los pesimistas están vencidos. La persecución ha empezado, y los reformadores la acogen como llama purificadora que ha de acabar con los miasmas acumulados por los siglos; en la Iglesia de Jesús se ahogaban ya los fieles si la persecución no hubiera venido. Jamás las tendencias sobrenaturales se han afirmado tanto como hoy. Cierto que la fórmula, el símbolo, el rito exotérico, han sucumbido; pero así debía ser. ¿No es ya hora de reducir á la nada el monstruoso error, esterilizando el argumento que quiere poner á Jesús en antítesis con los más vastos esfuerzos del pensamiento humano?

¿Qué se ha hecho del pesimismo feroz que creía anonadarlo todo? Los católicos recobran con la persecución su vacilante fe; los judíos y protestantes, deístas como los católicos, asisten gozosos al adelanto de las ciencias, á los llamamientos á lo sobrenatural ambiente que sin cesar se escapan de los laboratorios; el mismo librepensador, al buscar los orígenes del hombre en la explicación simiesca, suministra uno de los argumentos más consoladores: porque si el hombre, saliendo del mono, ha llegado á ser lo que es, ¿á qué no llegará con el andar infinito de los siglos?

Vencido en el terreno metafísico, el pesimismo se vuelve hacia el orden económico y social y nos muestra á los hombres divididos en dos campos, los hambrientos y los ahitos, amenazándonos con la catástrofe final. Es evidente que la lucha de clases existe. Pero ¿es ahora la primera vez que el hombre desea mejorar de condición? Los legisladores de la revolución, preocupados por la libertad individual, aniquilaron la corporación, el gremio, que esclavizaba al individuo; pero la rueda de los siglos da la vuelta, y el trabajador, abandonado á sí mismo, vuelve á experimentar la necesidad de una comunidad de esfuerzos; la diferencia está en que lo que antes se llamaba gremio hoy se llama sindicato.

Hay que considerar los disturbios de estos últimos años como el estremecimiento instintivo, como la convulsión pri-

mera del que, viendo el sol, apresta sus alas para ascender hacia su ilusión; después de todo, es un indicio de que tenemos fuerzas para luchar por algo y de que no todo ha muerto de nuestras valentías ni de nuestros ideales. Las convulsiones pasarán, pues por eso son convulsiones, y de todas las quimeras de que se han revestido no subsistirá pronto más que el restablecimiento del neutralismo, sacado del fondo de las edades para corregir un individualismo que ya no se adaptaba á nada. Por eso hay que considerar con mansedumbre los esfuerzos de una clase para llegar á la felicidad: la felicidad es una estrella que todos los seres tienen el derecho de mirar y de querer.

El proletariado ha mostrado decidida orientación hacia la asociación; alentémosle en ese camino, porque la fórmula del cooperatismo «cada uno para todos» es eminentemente fecunda. El régimen del salario es la causa de todos los males del obrero, porque le deprime, poniéndolo á merced de quien le paga. Haciendo al obrero partícipe de los productos de su obra, se hace de él un auxiliar, un confidente, casi un amigo del patrono. Esto precisamente es lo que más inquieta á los apóstoles teóricos del colectivismo, que temen con razón el fracaso de sus doctrinas en cuanto el proletariado tome el gusto á la propiedad individual. Copropietarios de sus instrumentos de producción, los obreros no tendrán más cuidado que el de hacerlos servir para su propio enriquecimiento, y olvidarán entonces para siempre la ambición engañosa de ser un átomo del todo. Esperemos, pues, confiados.

No hay, pues, que asustarse—y ésta es la conclusión que puede desprenderse de todo lo dicho,—ni de los augurios de los pesimistas, ni siquiera de las nubes ni de las tormentas que á veces obscurecen el horizonte pareciendo darles la razón. Todo eso pasará, y la humanidad seguirá majestuosamente su camino de perfeccionamiento para la consecución de todos sus ideales.

IMPRESIONES Y NOTAS

¿Se debe leer en la cama? — Un periodista inglés, según *Les Cinq Langues*, ha abierto una información entre personas competentes, para averiguar si es útil, nocivo ó inocuo el leer acostado.

En esta información, como en todas, las opiniones son contradictorias; pero del conjunto de las respuestas puede desprenderse la conclusión general de que la lectura en la cama es ó no peligrosa ó dañina según la costumbre que se tenga de ponerse para leer, y según la luz que se reciba.

Dentro de esta conclusión general, pueden establecerse las siguientes conclusiones particulares: 1.ª Es nociva la lectura en la cama en postura supina, ó boca arriba, porque en esta posición los ojos se fijan en el libro de un modo forzado y penoso, no pudiendo, por otra parte, la luz iluminar convenientemente el papel leído; por todo lo cual se produce fatiga y dolores de cabeza.

2.ª Tampoco es conveniente la lectura boca abajo, porque se fatigan los brazos y los hombros, que deben sostener elevado el tronco, y porque se comprime demasiado el tórax, sin contar con lo molesto de esta postura, que sólo puede resistirse durante muy poco tiempo.

3.ª La lectura de costado, especialmente del derecho, con la cabeza sostenida por un almohadón, en postura cómoda y con la luz dando directamente sobre el libro, no es perjudicial, y hasta puede ser conveniente cuando proporciona al cuerpo un reposo suficiente, que va en beneficio del cerebro.

* * *

Progresos de la floricultura.—Son verdaderamente admirables los progresos llevados á cabo por la floricultura en los últimos años. El gusto por el cultivo de las flores, por su

empleo como elementos decorativos de las casas y de los tocados, se ha propagado de tal manera, que lo que antes era privilegio casi exclusivo de los ricos, es hoy necesidad de todas las clases medianamente acomodadas, como lo demuestra la incesante multiplicación de los puestos y tiendas de flores en las grandes capitales.

Seguros ya los floricultores de la salida de sus productos, y alentados por la demanda del público y por la competencia, no vacilan en hacer toda clase de ensayos y experimentos para obtener novedades y para perfeccionar lo ya conocido, logrando así nuevos tipos de color, de tamaño y de matizado. El principio de todos estos experimentos es el de la selección: vista una flor en el campo, se trasplanta al jardín, se la estudia, se la mima, se corrigen sus defectos, se extirpan los vástagos menos robustos ó menos bonitos, se cultivan con preferencia los que aparecen con mayores galas ó con mayor vida, y mediante una serie de ensayos, al cabo de pocas generaciones, se llega á convertir una flor insignificante en un hermosísimo producto de floricultura. Tal ha sucedido, por ejemplo, con la gloxinia, flor campestre, lánguida y caída, de la que nadie hacía caso, y que hoy presenta su cáliz erguido y quintuplicado de tamaño, siendo una de las flores más buscadas por los aficionados, por su gallardía y brillantez.

En materia de colores, la floricultura ha logrado dominar todas las dificultades, y ya con inyecciones, ya empleando determinadas tierras ó abonos, ya por medio de ciertos riegos, ha llegado á obtener todos los matices, y á cambiar así los colores tradicionales de cada flor al arbitrio del floricultor experto. Otro procedimiento también empleado para obtener novedades es del cruzamiento, transportando el polen de una planta á los pistilos de otra, y recabando así productos híbridos no siempre afortunados.

No hay vegetal que no sea susceptible de mejora, adquiriendo nuevas proporciones y modificaciones más ó menos pro-

fundas en su color y tamaño. Es asunto de estudio y de paciencia, pero se llega siempre al resultado apetecido.

***

Ramillete de notas. — Una materia recientemente descubierta, y llamada á tener grandes aplicaciones industriales en sustitución de la celuloide y del mármol, es el *galalito*, ó piedra de leche, llamada así por su procedencia. Es tan dura y tan pulimentable como el cuerno; pesa tan poco como el celuloide; se suelda perfectamente á la madera y al metal; es susceptible de recibir todos los colores y matices que se quiera; puede emplearse en multitud de objetos, y no es otra cosa que un producto químico de la caseína de la leche.

El papel aceitado es usadísimo en el Japón, y está hecho de la corteza de árboles, sirviendo principalmente para la construcción de casas, por ser transparente é impermeable y de gran duración; las casas japonesas están formadas con bastidores de madera y papel aceitado. Este papel es baratísimo, y un traje del mismo no cuesta más que un franco. También se emplea para bolsas de tabaco ó petacas, y para estuches de pipa, pues es flexible y sólido como la piel de cabritilla.

Se ha descubierto un nuevo anestésico, que ha recibido el nombre de *eucaína*, cuya principal ventaja está en que puede sustituir al cloroformo cuando se trata de enfermos que padecen del corazón. Se inyecta al paciente, por medio de una aguja hipodérmica, en el sitio en que debe practicarse la incisión, y á los pocos instantes el enfermo no siente absolutamente nada.

De los estudios y experimentos llevados á cabo por el profesor Greef, de Berlín, por encargo del emperador Guillermo, el radio sólo empieza á producir efecto en los ojos de los ciegos estando á diez centímetros de distancia; entonces el ojo se hace de pronto luminoso, y toma un color verde pálido, sin que el paciente acierte á decir de dónde vienen los rayos. Es-

tos no afectan al principio á la retina; la luminosidad proviene de que ciertas partes del ojo, especialmente el cristalino, se hacen fluorescentes por el radio. Por lo demás, en la ceguera completa el radio no produce efecto ninguno; y en la incompleta, su acción es semejante á la de una luz de petróleo.

La talla del diamante ocupa en París á 200 lapidarios, 600 en Jura, 150 en Londres, 3.000 en Anvers y 15.000 en Amsterdam. Los dibujantes, según Talmeyr dice en la *Revue des Deux Mondes*, ganan de 300 á 800 francos mensuales; la maestra pulimentadora gana de cinco á seis mil francos anuales; la pulidora, que empieza á ser aprendiza á los catorce años, gana á los diez y seis dos ó tres francos diarios y cinco ó seis á los diez y ocho. El joyero y el engarzador suelen ganar unos doce francos diarios. Poniendo como tipo un collar de 70.000 francos, puede decirse que la confección del esqueleto ha venido á costar: 1.915,50 francos por el engarce (mil doscientas setenta y siete horas de trabajo, á 1,50 francos por hora), 100 francos por el repaso, 365 francos (setenta y tres días, á 5 francos) por el pulimento, 986,95 francos (40 céntimos por cada una de las 2.000 piezas del collar) por la colocación de las piedras, es decir, un total de mano de obra de 3.367,45 francos.

*
* *

Vacas artificiales. — La leche que se bebe hoy —dice el Dr. Romme en *La Revue*—no se parece á la que hace veinte ó treinta años se bebía en las lecherías: aquello era un producto natural, y esto un producto artificial; pues aunque procede de las vacas, esas vacas son animales artificiales. La vaca artificial puede verse en las «lecherías modelo», y es una de las más productivas conquistas de la moderna zootecnia. Una vaca normal sólo da seis ú ocho litros de leche; la vaca artificial es capaz de dar 20, 25 y hasta 30 litros diarios.

La receta para fabricar una vaca artificial es bien sencilla:

tómese una vaca flamenca, holandesa ó suiza, agotada por sus múltiples partos; meterla en un establo caliente y obscuro, dejándola salir al campo lo menos posible; alimentándola, sobre todo, de pulpas de heces ó residuos de la cebada que se emplea en la fabricación de la cerveza, y de tortas de las fábricas de azúcar, aceite y aguardientes; no importa que con este régimen la vaca enferme de osteomalacia, enteritis, eczema ó hidropesía: antes, para tener leche, se necesitaba una vaca y un prado; hoy sobra el prado, y con heces y tortas hay bastante. Lo peor es que la leche resultante deja no poco que desear como substancia alimenticia é higiénica.

***

El color de los huevos.—¿Se puede reconocer la calidad buena ó mala del huevo en el color de su cáscara? Según los expertos, parece que sí: el huevo cuya cáscara es ligeramente obscura, de un color de café con leche, es el mejor, hasta el punto de que, sabiéndolo muchos dueños de criaderos de aves, han recurrido á procedimientos artificiales para dar á los huevos que venden el matiz deseado. *The Lancet,* al hacer público este fraude, dice que no es el color de la cáscara, sino el de la yema, el que indica la buena calidad del huevo: los mejores huevos son los que tienen la yema rojiza, por ser los que tienen mayor cantidad de hierro; cuanto más hierro contiene el huevo, más nutritivo es; el huevo cuya yema es rojiza procede de una gallina sana, mientras que los huevos de yema pálida son de gallinas anémicas. De ahí que en algunos hospitales procuren dar á los enfermos y convalecientes huevos de yema rojiza.

***

Un cementerio de libros.—Eso es, según dice Eugenio Morel en la *Nouvelle Revue*, la Biblioteca Nacional de París. El número de novelas que contiene ascendía á 116.824 en 1897,

y á 124.924 en 1903; y eso que la producción ha ido cada vez más en baja en los últimos años, debido, entre otras causas, á la falta de crítica independiente, según Morel, y quizá también no poco, al prestigio de que se ha rodeado la producción de otros pueblos, que ha restado venta á los productores franceses, que antes tenían merecidamente el monopolio de la novela, no sólo en los mercados extranjeros, sino hasta en el mismo mercado nacional, por el afán de lo exótico. De 1876 á 1882 se produjeron, en efecto, 5.200 volúmenes; de 1882 á 1887, otros 5.200; de 1887 á 1892, 5.700; de 1892 á 1897, 4.200; de 1897 á 1903, 3.900. La crisis de la novela data de 1892.

***

La situación religiosa en Francia.—Pablo Passy estudia esta cuestión en la *Contemporary Review*, de Londres, haciendo notar el contraste entre las clases intelectuales directoras y las clases populares; mientras en éstas la religión pierde cada vez más terreno, especialmente el catolicismo, en aquéllas lo gana, siendo cada vez mayor el número de creyentes en la alta burguesía, y menor en el pueblo bajo, no sólo de las ciudades, sino del campo mismo, hecho que Passy atribuye al miedo al socialismo, contra el cual ven las clases directoras en la Iglesia un poderoso aliado.

Según el autor, la gran mayoría de los franceses pueden considerarse como no pertenecientes á ninguna religión determinada, aunque nominalmente sean católicos, y aunque ordinariamente practiquen las ceremonias del culto en los actos importantes de la vida; en sus votos políticos, en su conversación corriente y en su conducta, muestran claramente que no profesan ningún respeto á las enseñanzas ni á la disciplina de la Iglesia. Y no es que sean irreligiosos, ni siquiera indiferentes: ciertas creencias—la existencia de Dios, la vida futura, la recompensa del bien y el castigo del mal—están firmemente arraigadas en el espíritu del pueblo, sobre todo en los campos;

pero estas ideas se encuentran mezcladas de supersticiones variadas y muy tenaces, formando un credo más ó menos vago, que, á falta de otra cosa, basta para satisfacer las necesidades religiosas; de modo que la religión de la mayoría de los franceses puede considerarse como un deísmo diversamente teñido de reminiscencias paganas y de espíritu cristiano.

*
* *

Escritura inglesa y recta.—El Dr. Courgey, en la *Higiene Escolar*, sostiene que la escritura recta es preferible á la inglesa, higiénicamente, pedagógicamente, y hasta socialmente.

Recordemos ante todo, dice, la posición del cuerpo en la escritura cursiva: el tórax está oblicuo con relación al borde de la mesa; las costillas izquierdas se apoyan sobre este borde, ó están más ó menos comprimidas por él; el hombro izquierdo está levantado y el derecho caído, el codo derecho mal apoyado sobre la mesa, las piernas oblicuas y molestas, la cabeza inclinada, la columna vertebral encorvada á la izquierda y hacia delante, el eje de los ojos oblicuo, el papel oblicuo con relación á la mesa, el niño mirando la escritura oblicuamente; en suma, en este método todo es oblicuo, retorcido, molesto; es una serie de posiciones del cuerpo falsas, anormales, desiguales. Por poco que el alumbrado sea defectuoso y unilateral, se comprenden todos los vicios de conformación, enfermedades y perturbaciones orgánicas resultantes de esta actitud: compresión del tórax; deformación de las costillas, del esternón, de la columna vertebral; estrabismo, miopía, contracción muscular, fatiga, trastornos digestivos, etc.

Examinemos ahora la posición del cuerpo en la escritura recta: cabeza derecha, columna vertebral vertical, tórax en aplomo sin tocar á la mesa, piernas derechas, antebrazos paralelos al borde de la mesa, papel derecho, bien enfrente del escolar; aquí todo es verticalidad y paralelismo, facilidad,

comodidad; los órganos producen el menor esfuerzo y no se fatigan.

Las ventajas higiénicas de la escritura recta saltan á la vista después de lo dicho. En cuanto á las ventajas pedagógicas, es evidente que la escritura recta es más legible, más limpia, y tan agradable á la vista como pueda serlo la otra; los niños, por otra parte, se acostumbran á ella con gran facilidad. En cuanto á las ventajas sociales, se desprenden de lo dicho: conservación de la salud de los niños, economía de tiempo, y escritura de los futuros ciudadanos más clara y legible, circunstancia no despreciable por muchos conceptos.

*
* *

La inferioridad de la mujer.—César Lombroso y el neuropatologista Mœbius demuestran con argumentos perentorios la inferioridad mental de la mujer. Según los estudios de Bischoff, el peso comparado de los cerebros del hombre y de la mujer es el siguiente:

	Peso máximo.	Peso mínimo.	Peso medio.
Hombre.....	1.925 gramos.	1.018 gramos.	1.362 gramos.
Mujer.....	1.565 »	720 »	1.219 »

Las conclusiones de ambos sabios son que la mujer tiene el cráneo más pequeño que el hombre; que es menos hábil en los trabajos manuales, puesto que hasta en la costura y en la cocina el hombre ejercitado lo hace mejor; su moral no deriva de la razón, sino del sentimiento; tiene la memoria vivaz, lo que explica sus éxitos en los exámenes, pero los resultados no corresponden á las promesas; puede ser sabia, pero sin inventar nuevos métodos científicos; el hombre adquiere su madurez intelectual más tarde que la mujer, pero la conserva mucho más tiempo. «La mujer, dice Lombroso, no tiene más que treinta años de vida completa. En el hombre, el peso del cerebro llega á su máximum entre veinte y treinta años y dismi-

nuye entre sesenta y setenta; en la mujer crece hasta los veinte años y declina entre cincuenta y sesenta.»

*
* *

El sentido del espacio. — Todos nosotros concebimos el espacio de tres dimensiones: lo largo, lo ancho y lo alto—dice en *La Nuova Antologia* Nemi,—y aunque los matemáticos hablan de una cuarta dimensión, eso es cosa suya, y la fisiología misma viene en apoyo del concepto común del espacio, acabando de probar que este concepto corresponde á la realidad.

El hueso petroso que existe á ambos lados de la cabeza es el más duro del esqueleto, y contiene el oído interno, con el cual comunica el nervio cránico, que tiene dos divisiones correspondientes á dos funciones perfectamente distintas; una de las cuales no tiene nada que ver con el oído, sino que está consagrada á la preservación de nuestro equilibrio.

Ese es precisamente el nervio del equilibrio, y el órgano de este sentido. Este órgano no es periférico como los demás, sino que yace en el oído interno y su función es la de percibir la posición de nuestro cuerpo en el espacio; cuando no está bien sufrimos vértigos, como los borrachos, porque no tenemos entonces la sensación del equilibrio.

¿Cómo está compuesto este órgano? Consiste en tres canalitos de forma semicircular: cada uno de los cuales contiene un fluido, en el que vienen á expirar las innumerables terminaciones del nervio del equilibrio. Todo movimiento de la cabeza, por ligero que sea, causa un movimiento en el fluido y, por consiguiente, una presión en la extremidad del nervio: el cerebro es avisado de la presión, y advierte el movimiento de la cabeza, según la teoría, hoy aceptada corrientemente, del profesor Crum Brown, de Edimburgo.

Ahora bien: siendo el espacio de tres dimensiones, claro es que será posible mover la cabeza en una de las tres direcciones, ó en las intermedias; por eso los tres canales están colo-

cados en correspondencia con las tres dimensiones de un cubo, dos horizontales formando ángulo recto y uno vertical. La colocación en ambos lados es simétrica, de modo que cualquier movimiento de la cabeza ejerce una influencia correspondiente en los canales, y nada puede escapárseles.

En los vertebrados ínfimos esos canales no existen, y ascendiendo en la escala se observa la gradual evolución de este órgano. Habrá seguramente quien objete que una cosa es que el espacio tenga tres dimensiones, y otra que tengamos un sentido conformado para percibir tres dimensiones del espacio. Pero como dice en *The Academy* Saleeby, si el espacio no fuera realmente de tres dimensiones, ¿por qué los vertebrados superiores habrían evolucionado hasta llegar á percibir su posición en el espacio en esas tres dimensiones?

Fernando Araujo

INDICE

Págs.

El individualismo de Nietzsche y la teoría sociológica del génio, por Edmundo González-Blanco..... 5

La servidumbre de la gleba en Aragón, por Eduardo de Hinojosa. 33

La cooperación y el problema obrero, por Álvaro de Albornoz.... 45

Recuerdos, por José Echegaray..... 56

La muerte de los dioses (La novela de Juliano el Apóstata), por Dmitry de Merejkowsky..... 77

Lecturas americanas, por Hispanus..... 149

Crónica literaria (*El pueblo gris*, por Santiago Rusiñol), por E. Gómez de Baquero..... 167

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 175

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 16. NÚM. 191.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

NOVIEMBRE 1904

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.030
10.131

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

ESTUDIOS DE SINONIMIA INVERSA

¡Cuántas y cuántas anomalías salen al paso de quien, buscando reglas, escudriña porqués en el empleo del lenguaje como vehículo de transmisión de las ideas!; ¡cuántas y cuántas, valido de sus despóticas pragmáticas, habla el uso al revés de lo que el genio del idioma y filosóficas razones exigen de consuno!; ¡cuántas y cuántas éste será el mayor obstáculo en análisis de la naturaleza del presente!

Una de esas anomalías es la de llamar estudios sinonímicos á los que llevan la mira puesta en deshacer sinónimos, rebuscando diferencias entre palabras que á escasa luz de inspección poco atenta cabría tomar por equivalentes: es más, que lo serán cuando no hayamos menester expresar sino conceptos generales y vagos, y siempre que padezcan bajo el poder de quien no sepa lo que piensa ó ignore lo que diga; pero que escrupulosamente comparadas darán inestimable gama de escalonados tonos á quien aspire á verter en la frase modalidades y matices del pensamiento.

Puntualicemos.

Cabe considerar la sinonimia en dos aspectos, resultantes de otros tantos problemas de índole diferente, más aún, opuesta, que pueden y que suelen presentarse al escritor.

Surge el primero de ellos cuando, puesto á la faena, tropieza con dificultades dependientes de la necesidad de prescindir de una palabra que ha empleado y no le satisface: ya por no reflejar puntualmente su pensamiento, ya por tener sonido ó

estructura que produzcan con las cercanas cacofonía, hiato ó, en general, falta de armonía, engorrosa repetición de un mismo é idéntico concepto, penoso bataneo de asonantes terminaciones, falta de fluidez, número y lozanía, ó por cualquiera de las muchas causas á que se ha de atender en la composición de galana y suelta prosa. Para llenar tales necesidades, y atinar con vocablo propio que llene satisfactoriamente el hueco en el discurso originado por la eliminación del que por una ú otra de las causas citadas se desea sustituir por otro, acúdese á lo que puede llamarse *sinonimia directa*, ó sea la que enlaza palabras del idioma que, en realidad distintas si en ellas atendemos á cuanto en sí contienen, no deben en rigor tenerse por sinónimas, sino trabadas por contingentes *relaciones de sinonimia*, y tales que, si en tal ó cuál frase pueden tomarse dichas voces como equivalentes, habrá otras muchas que, no ajustadas á dicha relación de sinonimia, harán absurda aquella sustitución.

No hay, pues, salvo muy raras excepciones, voces sinónimas, sino eventuales sinonimias: resbalar, deslizarse, correr, son verbos bien diferentes en su estricto y fundamental sentido: nadie que me vea lanzado á la carrera dirá que me deslizo ni que resbalo; de nadie que dando un resbalón en tierra caiga podrá decirse que corre ó se desliza, y sin embargo, por fortuita relación de sinonimia, podrá expresarse la idea del movimiento del agua de un manso arroyo que fluye suavemente entre guijarros con las palabras correr, deslizarse, resbalar.

Para dar con palabra conveniente en la resolución de los problemas de sinonimia directa (claro está que supuesta suficiente cultura en el idioma), bástanos recordar bien, por esfuerzo, á veces no muy fácil, de la propia memoria, unas cuantas sinonimias contingentes de la palabra que no queremos emplear.

Mas cuando se pretende imprimir en la frase precisión rigorosa, dar con una palabra expresión á una idea sin acudir á pegadizos é innecesarios complementos, aquilatar con el len-

guaje las inflexiones de nuestro pensamiento, no basta hallar el vínculo de unión de unas cuantas palabras que más ó menos vaga ó imperfectamente puedan sustituir á la que no nos satisface, sino que hallado es preciso romperlo y deshacer la sinonimia: á esto, por darle un nombre, creo yo podría llamarse *sinonimia inversa*.

Esta es la que hasta ahora se ha designado con el nombre de estudios sinonímicos; en ella estriba el verdadero conocimiento del idioma; ella la que da margen á pensar mucho y hondo; con ella solamente puede darse al discurso vigor y precisión, claridad y limpieza.

***

Usual práctica en el empeño de aquilatar acepciones es dar principio á la investigación desentrañando discrepancias entre vocablos al parecer sinónimos. Siendo éste el fin perseguido, claro es que á eso será preciso ir á parar al cabo; mas como procediendo de otro modo, acaso quepa alcanzarlo con mayor facilidad, y principalmente, sacando del estudio más generales consecuencias, á nadie debe sorprenderle vernos tomar sendero diferente del ordinariamente frecuentado. Sabido que *por todas partes se va á Roma*, dueño es quien quiera de elegir á su gusto la ruta; mas tal vez yerre quien á rumbo se ponga para seguir la línea recta, que, con ser el más corto, no suele dar el más breve ni seguro camino.

Cuéntase de un obispo que, detenido en su paseo por un mozo que presumía de chusco, fué interpelado con la siguiente adivinanza:

—Señor obispo, ¿á que no sabe en qué se diferencia V. I. de un asno?

—Muy sencillo, hijo mío: lleva el asno sobre el lomo la cruz; yo, colgada en el pecho. Pero ahora, dime: y tú, ¿en qué te diferencias de un jumento?...

Corrido del golpe dado en falso, turbado con la propia sor-

presa que vanamente había intentado explotar, quedó el gracioso atontado y perplejo, sin caer en ninguna de las muchas respuestas á la pregunta acomodada.

—¡Cómo! ¿no ves en qué os diferenciáis un burro y tú?—recalcó el obispo.

—Ahora no doy en ello—tartamudeó el pobre diablo...—Así, de pronto, no lo veo.

—Mira, hijo, no me extraña, pues á mí, aun llevando ya un rato de pensar en lo mismo, me ocurre lo que á ti: que tampoco lo veo—dijo el prelado con simulada candidez, y prosiguió el paseo.

Histórico es el chasco; mas cuando no lo fuera, resultaría muy humano y sumamente lógico el azoramiento del preguntón, insólita la rapidez en la respuesta del obispo, y aún más su viveza de ingenio, demostrada en la devolución de la pregunta.

Pensando con sosiego, no una, sino muchas diferencias hallara el burlador burlado que airoso le sacaran de aquel lance; mas de exigirle señalara una *á la par* existente entre él, un burro y una golondrina, fuera más estrecho el aprieto; y si en el acertijo se incluyeran, cual nuevos elementos, una rana y un fraile, una viuda y un galgo, tan enrevesada y escondida andaría la solución, que no sería fácil, ni á tres tirones, dar con ella.

Y cuenta que en el último y extravagante ejemplo se trata de términos de todo en todo dèsemejantes; y adviértase cuán de punto subiría la dificultad de la respuesta si pretendiéramos puntualizar discrepancias entre seres ó cosas de la misma especie, cual golondrinas de una parte y tordos y gorriones, águilas y palomas, tórtolas y canarios de la otra, ó entre un carro, un tren, un automóvil, una berlina y una bicicleta.

A la inversa, buscando semejanzas, y apenas planteada la pregunta, resaltarían las nacidas de que todos los seres comprendidos en la primera de estas comparaciones vuelan, son bípedos, y tienen alas, plumas y pico; y para los de la segun-

da, las resultantes de ser, aquellos artefactos, vehículos de locomoción y tener ruedas. Si ampliáramos aún más cotejando pájaros con mariposas y carruajes con barcos, reduciríanse las semejanzas á las determinadas por las propiedades comunes de tener alas y volar los primeros, y de ser medios de transporte los segundos; y si por último diéramos entrada en el primer grupo á globos y cometas, sólo subsistiría la analogía única de apoyarse en el aire.

Dedúcese de aquí ser mucho más difícil determinar en qué discrepan seres, fenómenos y acciones, que sorprender en ellos concordancias: máxime si tratándose de series homogéneas, cual las establecidas por la sinonimia, sólo difieren en menudencias los individuos de ellas.

Y es lógico; pues siendo el mundo físico y moral vario en grado eminente, es la desemejanza lo normal, y extraordinaria la similitud, resultando, por tanto, más visible que aquélla. Además, numerosísimas por lo común las diferencias entre dos ó más términos de comparación, córrese riesgo de descarriarse al intentar marcarlas, y el peligro, mayor, de recoger por fruto incompletas consecuencias de escasa utilidad por su particularismo. Por el contrario, el corto número de semejanzas, tanto más fáciles de reducir, en cuantía y extensión, á medida que crece el de elementos comparados, facilita notablemente la tarea, con la ventaja de ofrecer norma fija para llegar á descubrir un vínculo de enlace entre todos los seres, acciones ú objetos del grupo, examinado, ó sea, concretándonos á los estudios que emprendemos, seguridad de puntualizar rigurosamente el concepto á que responde la sinonimia de las palabras estudiadas, descubriendo la *idea* que de lazo les sirve.

De otro modo sería la clasificación, sobre arbitraria, abrumadoramente penosa de establecer.

Pero dirá cualquiera: ¡Si justamente es esto lo contrario de lo que se propone toda investigación sinonímica! Certísimo; y, sin embargo, el rodeo es necesario.

Porque el conocimiento de *esa idea*, de esa *síntesis*, en donde caben todos los vocablos examinados, descarta el riesgo de prolijidad en el análisis, y el más temible de asentar el carácter de aquéllos, cual sobre silla coja, en inconexas é incompletas pesquisas; pues teniendo á la vista la idea á que responde la relación de sinonimia, no habremos menester sino descubrir en cada palabra otra, ó á lo sumo otras dos ideas, que en ella predominen con superior intensidad á la alcanzada por las demás por ellas sugeridas. Bastando esto, porque sin más hondos análisis, tales ideas puntualizarán las modificaciones por ellas introducidas en la fundamental de la sinonimia: medio seguro, lógico y racional para saber cuándo ha de echarse mano de una ú otra voz para imprimir en la frase diversas modalidades del pensamiento.

Con tal método investigatorio gánase, además, la ventaja de dar á las consecuencias mayor generalidad, sin limitarse á almacenar afirmaciones sueltas relativas á meras particularidades.

Pero donde decimos general no se entienda absoluto; pues sobre no ser el idioma ciencia exacta, sino antes bien, un arte, las anomalías hijas del uso serán las excepciones confirmatorias de las reglas.

En pro de este sistema milita aún otra ventaja de mayor entidad; pues ya que sea imposible llegar á disponer en ningún tiempo de un diccionario completo de sinónimos, tendremos á lo menos un procedimiento general de investigación sinonímica, tan constante y sencillo que quienquiera, y sin otra herramienta que el sentido común, sea capaz de aplicarlo.

Dicho esto, veámoslo funcionar en el primer ejercicio que hemos de resolver, examinándolo en esta primera aplicación con mayor prolijidad que en las sucesivas.

ABALANZAR-SE.—ACHOCAR.—ARROJAR-SE.—BOLEAR.—BOTAR.—DESGALGAR-SE.—DESPEÑAR-SE.—DESPEDIR.—DISPARAR-SE.—LANZAR-SE.—PRECIPITAR-SE.—PROYECTAR.—TIRAR-SE

Visto en sí y por sí solo cada uno de estos verbos, sugiere ideas diversas que corresponden á diferentes significaciones, muy variadas á veces, advertidas en ellos. Considerados dos á dos, pero ciñéndonos á los aspectos comunes que presenten en cuanto expresivos de acepciones que siendo semejantes de uno á otro traigan á la mente pensamientos análogos, irán reduciéndose en número aquellas diferencias y concretándose las acciones en que convienen cada par de verbos; pues con las no concordantes desaparecerán circunstancias que, al no concurrir en las comunes, podremos llamar secundarias de la relación de sinonimia, por disconformes con las ideas á la par despertadas por los dos, únicas tenidas ahora en cuenta. Pero aun ocurrirá á veces duda ó anfibología respecto al hecho á que dichas palabras se refieran cuando sean adecuadas juntamente no á uno, sino á varios.

Así, con *arrojar*, vienen al pensamiento las ideas de impulsión, traslación, caída, choque, expulsión, ascensión, violencia, alejamiento, repulsión y otras muchas; *despedir* equivale ocasionalmente á impulsar, expeler, repeler; á movimiento instantáneo, desdén, despedida, ó á exhalar, irradiar, etc., etc. Mas si ahora examinamos las significaciones comunes á *despedir* y *arrojar*, ya no cabrá admitir la de choque ni la de caída, propias tan sólo del segundo; ni exhalar, irradiar ni despedirse, particulares del primero. Descartando acepciones, habrémonos aproximado á una idea elemental y sencilla; pero aun este lazo de unión tendrá muchos repliegues, será muy complicado; aún subsistirá indeterminación dependiente de poderse tomar los dos vocablos para expresión de fenómenos de impulsión, traslación, expulsión, re-

pulsión, alejamiento, tal vez algún otro, que no responden á una sola y misma idea. Caminamos hacia la idea sintética perseguida, pero nos queda mucho para llegar á ella.

Incluyamos á *abalanzar* en la comparación, y buscando en tal verbo ideas comunes con *arrojar* y *despedir*, desde luego podemos excluir de ellas las de repulsión, expulsión y alejamiento que en aquél no se hallan; las de urgencia, pasión y presteza no advertidas en los otros; restándonos tan sólo las de impulsión y traslación, que aun pareciendo dos cosas distintas, en realidad responden á *una idea*. En efecto: apurando el raciocinio, vemos en la traslación un hecho, un movimiento; en la impulsión una fuerza, una causa; y viviendo las fuerzas, y viviendo las causas con vida propia, de la que es un reflejo la prestada por ellas al fenómeno; siendo filosóficamente fuerzas y causas mucho más grandes y más nobles que los efectos; siendo la fuerza *una* y varios hasta el infinito los hechos por ella producidos, resulta que al buscar *la idea* que sintetiza *ese algo* idéntico en los verbos examinados y hallar las dos de impulso y movimiento, podemos afirmar con rigorosa lógica que ambas se condensan en *una sola idea*: la de impulsión.

Llegados á este punto, convendrá ver si además de los examinados existen en el idioma otros verbos que más ó menos directamente respondan á esa misma idea: así hallamos achocar, bolear, botar, despedir, disparar, lanzar, tirar, proyectar, precipitar, que además de otras varias en cada uno, diversas de uno á otro, envuelven todos el mismo pensamiento de un empuje inicial rápido engendrador de traslación, cual vínculo de enlace entre ellos y los anteriores.

En tal concepto, y *sólo en él*, son sinónimas las palabras citadas.

¿Y no cabrían en esta relación de sinonimia otros vocablos tales como empujar, impeler, apretar, por ejemplo (amén de otros)? Desde luego, si para idea fundamental de relación eligiéramos la de empuje no calificado; pero no después de ya

puntualizada, cual lo hemos hecho, su cualidad de rápido y pasajero, de fuerza que obra un instante y cesa en sus esfuerzos. Pero extender así la sinonimia sería establecerla con excesiva vaguedad, dando entrada en ella á voces en muy crecido número, con el inconveniente de hacer confuso y por demás alambicado el análisis que á esta inicial síntesis debe seguir, como medio de formar juicio acerca de cuál ó cuáles entre las ideas distintas de la fundamental la califican especialmente en cada verbo de los considerados, imprimiéndole carácter distintivo y haciéndole más ó menos apto para expresar pensamientos influídos por esta ó aquella idea.

Mas siendo importantísimo fijar *á macha martillo* el concepto de la sinonimia, convendrá concretarlo, á ser posible, mediante una de las mismas palabras comparadas, tomada por término de referencia común á todas, eligiendo para ello la que, más claramente que otra alguna, refleje aquel concepto, hallándose á la par desprovista ó á lo menos escasa de acepciones extrañas á la idea en él encerrada.

La que mejores condiciones reúne para ello es *lanzar*, pues enunciada *sola* y desligada de toda frase en donde entrar pueda, no hace pensar en otra cosa sino en la acción que *lanzamiento* en su sentido recto expresa.

Así, de ocurrir en el cotejo de *arrojar* y *tirar*, por ejemplo, que la acepción de desprenderse de algo inútil, en ambos verbos contingente, viniera á complicar este estudio, dificultándolo con elementos á él extraños, bastaría advertir que en tal sentido no son dichas palabras sinónimas de *lanzar*, para caer en la cuenta de que nos habíamos descarriado, saliéndonos de la sinonimia propuesta.

Y esto, dicho de *arrojar* y *tirar*, entiéndese asimismo de *precipitarse* y *dispararse*, *arrojar* y *botar*, *arrojar* y *despedir*, etc., etc.

En suma, que el patrón ó faro que hemos menester siempre, cual norma ó guía, será *lanzar* en la ocasión presente.

Pasemos al análisis de los vocablos.

El que la idea primeramente despertada por *lanzar* sea la de fuerza, depende en primer término de no poder sin ésta ser lanzado nada; y en segundo, de que no teniendo tal verbo sino secundaria y contingentemente otras acepciones, ninguna extraña á la indicada viene á distraernos de ella; de aquí que siendo el vocablo más adecuado para expresar en abstracto la acción considerada, sólo revelará el objeto, intención, término y circunstancias de ella, mediante otras palabras, agregadas, que la complementen.

Así en las locuciones «se *lanzó*, *abalanzó* ó *arrojó* á la brecha», y prescindiendo de la idea de lucha que el sustantivo hace nacer, indica el primer verbo el propósito firme de llegar á la brecha, la energía que lleva en sí la fuerza rectamente dirigida á un fin; el segundo, presteza, hija de urgencia engendradora de instintivo impulso; en tanto la tercera frase, algo más vaga y no tan enérgica cual las anteriores, refleja meramente un hecho, influído, si acaso, por el sentido figurado á veces visto en *arrojarse á*, de arrostrar peligros (1).

Arrojar. —De las palabras que estudiamos es *tirar* la más varia en acepciones ajenas á la relación de sinonimia; pero *arrojar* las ofrece más diversas *dentro de ella*, y, por tanto, si *lanzar* lleva al discurso preponderantemente la idea de fuerza origen del fenómeno, predomina en *arrojar* el hecho, y á veces el objeto, con preferencia á la causa, siendo entre los vocablos considerados el más flexible para adaptarse á diversas particularidades de la acción, mediante complementos adicionales.

«Tanto arreció la tempestad, que *arrojaron* el cargamento al mar»: resalta aquí principalmente el hecho, no la fuerza que

(1) Si no obstante considerar esta acepción de *arrojarse*, prescindimos de la frase «*precipitarse* á la brecha», es porque, aun así modificada, subsiste en arrojarse á la brecha la idea por lanzarse expresada, mientras que *precipitarse* sería en este caso *ir más de prisa que antes*, habiendo desaparecido la acepción de *lanzar*.

lo realiza; sin necesidad de puntualizarlo, claro aparece el objeto de aligerar el barco para que no se hunda.

En «perseguido de enemigos, *se arrojó* desde el adarve al foso», queda completamente oscurecido el esfuerzo necesario en el salto, ante la importancia del suceso de que se da noticia: elípticamente déjase entender que, á riesgo de estrellarse, y como único evento de salvar la vida, *se arrojó* al foso.

Tirar.—En este verbo, visto á la luz de la presente relación de sinonimia, suelen influir preponderantemente ideas de golpe ó daño, ó la de desprenderse de algo inútil ó inservible.

Efectivamente: *se tiran* pedradas, cuchilladas, cantazos; no se lanzan, arrojan, despiden...sino piedras, cantos, etc.; «*se tiran* piedras contra el propio tejado», «*se tira* á dar»; de algunos dice la gente «que *se tiran* á matar»; para ahuyentar á ladradores canes no se lanzan ni arrojan ni despiden cantos, se *tiran*; *tiramos* al blanco para que contra él choquen los proyectiles.

Así, «Juan *tiró* á Pedro el libro que en la mano tenía», lo interpretará cualquiera coligiendo que *contra* él lo *lanzó*; diciendo *lo arrojó* pudiera caber duda de si lo hizo para que Pedro lo cogiera.

«*Se tiró* al mar» hace pensar en un suicidio; «*se arrojó* al mar», «*se lanzó* al mar», son frases más anfibológicas por prestarse á expresar más variados fines.

De otra parte, al encender un cigarro *tiro*, *por ya inservible*, la cerilla, no la arrojo; si distraído me llevo á la boca la lumbre del tabaco, rápido lo *arrojo*, y acaso *lance* una interjección; al acabarlo *tiro* la colilla, que *para nada vale*: *anda tirado* lo que tiene valer ó precio escaso; al arreglar mi mesa de despacho *tiro* los papeles inútiles; é incendiada la casa, por la ventana *arrojo* legajos de importantes documentos para *evitar* su destrucción.

Si me arguyeran que los dos mil ejemplares de una obra ti-

rados al imprimirla no son para el autor inútiles, acudiría á *lanzar*, guía en esta discusión, viendo en seguida lo impertinente del reparo, porque *tirar* en la acepción de labor tipográfica no cabe dentro de la presente sinonimia.

De intento se han echado por delante en este estudio los verbos que por su mayor diversidad de significados oponen superior dificultad á la clasificación analítica; pues después de ellos serán pequeñas las que presenten los demás.

Abalanzar-se.—De pasada se ha visto ya esta acción influída especialmente por las ideas de urgencia en el móvil y presteza en la ejecución.

Aunque empleado *abalanzar* en otros tiempos por escritores de nota como verbo activo, no es de hoy la repugnancia, cada día mayor, á usarlo en forma distinta de la reflexiva.

Nadie dirá que *abalanzó* una piedra al tejado, ni una pelota á lo alto, ni venablos á un corzo; mas sí que el león *se abalanza* á la presa, el hijo á los brazos del padre.

Y nada implica en contra de lo dicho pueda, por ejemplo, decirse «en cuanto el niño vió los dulces, á ellos *abalanzó* ambas manos»; pues siendo éstas miembros de la persona que en acción pone el verbo, aun cuando no gramaticalmente, úsasela reflexivamente en sentido filosófico, porque equivale aquella frase á esta otra: «*se abalanzó* á cogerlos con ambas manos».

Achocar.—Anticuado de hecho (aun cuando no en el Diccionario), vale tanto como «arrojar ó tirar con violencia á una persona contra la pared ú otra cosa dura». Significado tan puntual no da origen á dudas en su empleo, y es verdaderamente lamentable vaya perdiéndose vocablo de tan clara acepción, expresivo sentido y corte tan castizo como éste.

Bolear.—Tomado por lanzar, no creo sea hoy necesario ni usado; en el sentido de *arrojar* bolas á quien más lejos, ó en el que tiene en el juego de billar, harto evidente es cuándo ha de ocurrir su empleo.

Botar, por arrojar fuera con violencia, cual lo define el Diccionario, tiene acepción harto precisa para exigir aclaraciones.

Despedir trae á la mente el hecho de desprenderse el objeto impulsado del agente impulsor, el instante en que aquél se realiza, y la idea de velocidad máxima en dicho instante.

Conviene, pues, para expresar acciones instantáneas, violentas, mecánicas, ó mejor dicho físicas, más bien que morales, siquier por extensión úsese á veces translaticiamente, para las provocadas por causas pasionales, cuando se quiere imprimir gran vigor al lenguaje.

Si *abalanzar* disuena en forma activa, repugna *despedir* haciendo oficios de verbo reflexivo (1). Presteza y velocidad son ideas de la propia índole influídas por los caracteres moral y físico esenciales respectivamente en *abalanzarse* y *despedir*; y de esta y la anterior observación dedúcese que dichos verbos se complementan gramatical y filosóficamente, siendo tal vez entre los estudiados los unidos por más estrecha sinonimia.

«El arco *lanza*, *despide* ó *arroja* flechas». Ahondando en estas tres frases, parece advertirse en la primera fuerza en el arco utilizada al arrojar las flechas; en la segunda se las ve partir; en la tercera partir, volar y caer, ó clavarse en el blanco.

La frase metafórica «*despedido* como una flecha» no quiere decir *lanzado* como una flecha, sino *con la velocidad de una flecha*.

Disparar-se.—Las personas no *disparan* los objetos que *lanzan:* los *disparan* las máquinas, mediante mecanismo apropiado ó explosión producida en el interior de ellas, siendo, á su vez, las máquinas, por las personas *disparadas*.

Así, yo *disparo* una catapulta, un fusil, un cañón; la cata-

(1) Claro es que se habla en la acepción considerada de lanzar.

pulta dispara piedras; los cañones, granadas (no obuses, como, hablando en castizo francés, va diciendo en España casi todo el mundo); el fusil, balas; el soldado *dispara* las armas; las armas *disparan* tiros.

Las armas *se disparan* al zafarse el disparador fortuitamente; las máquinas movidas por fuerzas destinadas á comunicarles marcha regulada *se disparan* cuando, rotas accidentalmente las leyes de su movimiento, acelérase éste en términos peligrosos; en sentido figurado, *se dispara* quien, arrebatado por pasiones violentas, pierde el juicio al extremo de olvidar el valor de las palabras y ser irresponsable de sus actos; entre las frases metafóricas «salir *disparado*» y «salir despedido», como expresión de que alguien echa á correr muy de prisa, parece más acertada la segunda.

En suma: *disparar* hace esencialmente referencia á la causa que en acción pone la fuerza que produce el lanzamiento.

Proyectar, que equivale á lanzar con violencia hacia adelante, lleva en sí la idea muy principal de dirección rectilínea.

De empleo muy restringido y casi siempre técnico, no dará en general lugar á dudas.

Precipitar-se.—Responde á la idea de *precipicio*; es arrojar desde muy alto ó dejarse caer *por la acción de la gravedad*.

Con ser el impulso, lo que abajo haya, y el daño, circunstancias concomitantes en la acción, quedan (salvo el relieve que puedan darles otras palabras) relegadas por este verbo á lugar secundario, al lado de la *altura* de la caída, preponderante asimismo sobre la de choque, según lo prueba el hecho de que, tan pronto como desaparezca de *precipitar* la idea de altura, esta palabra no significa ya arrojar, sino apresurar.

Despeñar, Desgalgar.—Subordinados de *precipitar*, los separan de éste y entre sí las circunstancias en que la caída se

verifica, dependientes de diferencia existente entre *precipicio, despeñadero* y *desgalgadero*.

El precipicio es corte, risco, tajo, cuyo declive se halla cercano á la vertical, casi cantil, tomando esta palabra, por extensión, fuera del sentido marino que le da el Diccionario: por el borde del precipicio se puede andar, á riesgo de caer; no así por el terreno intermedio entre lo alto y el fondo.

Despeñadero y *desgalgadero* son cuestas tan agrias y escabrosas que por ellas se hace dificilísima la marcha, y sobre todo la bajada; pero que usando precauciones especiales, y agarrándose con pies y manos, pueden recorrerse: lugares por los cuales saltan y triscan á sus anchas las cabras, las cuales ruedan ó se enriscan en los *precipicios*.

La pendiente del *despeñadero* es resbaladiza, está erizada de peñascos; á quien andando intenta bajar por ella le parece que el suelo se levanta tras de él para empujarle en las espaldas, el peso de su cuerpo le obliga á correr para no perder el equilibrio, y la velocidad extremada de la carrera, un obstáculo en ella, ó la falta de terreno bajo sus pies, le hacen *despeñarse*.

En el *desgalgadero* el suelo es movedizo, sin firmeza, como compuesto de guijarros y cantos sueltos, de *galgas* (véase esta voz en el Diccionario de la Academia, y desgalgadero en el de Almirante), que ruedan al sentar el pie en ellas.

Quien pierde pie bordeando un *precipicio* cae de una vez; va rebotando de roca en roca el *despeñado;* rodando cuesta abajo, entre cantos y piedras, el *desgalgado*.

Quien quiera suicidarse buscará un *precipicio*, no un *despeñadero* ni un *desgalgadero,* pues en aquél casi tendrá certeza de matarse, mientras que en éstos puede muy bien herirse ó magullarse solamente.

Quien *se precipita* de una altura, salta; quien *se desgalga* ó *se despeña*, suele hacerlo contra su voluntad, y obedece, no á un impulso instantáneo, sino á la acción prolongada de la gravedad deficientemente contrarrestada.

De aquí que *desgalgar* y *despeñar* no quepan en la sinonimia que consideramos sino en su forma activa, mas no en la reflexiva, que se incluirá en la de empuje prolongado.

*
* *

Resulta, en consecuencia, de cuanto hemos dicho, que todos estos verbos expresan movimientos de traslación provocados por fuerzas que, tan pronto como dan el impulso, cesan de actuar.

Pero esta acción común á todos, este fenómeno, puede considerarse en diversas fases y distintos momentos de su realización; preocuparnos en su origen, término ú objeto; interesarnos atendiendo al móvil, causa ó particularidades que lo caractericen, ó á sus consecuencias; y así una ú otra de las palabras analizadas será más ó menos apta para expresarlo con arreglo á las necesidades del discurso, sirviéndonos de regla para elegirla en cada caso la de buscar una influída por idea en consonancia con la manera como el pensamiento se elabora en nuestra mente.

Sintetizando, hemos visto que dichas ideas son:

En *abalanzar-se*, urgencia, presteza, pasión.

En *achocar*, golpe contra algo duro, atontamiento.

En *arrojar-se*, la de traslación más propiamente que en ningún otro de estos verbos, en tanto no esté muy restrictivamente puntualizada; siendo éste, con raras excepciones, el más flexible para expresarlas todas.—Eventualmente, despierta por sí solo la idea de riesgo, ó indica el objeto de la acción sin necesidad de complementos.

En *bolear*, entretenimiento.

En *botar*, expulsión violenta.

En *despedir*, transición instantánea de reposo á movimiento; separación del objeto y el agente; velocidad. Se refiere á hechos físicos análogos á los morales que abalanzarse expresa.

En *disparar-se,* acción mecánica, explosión, ó, en general, rotura de equilibrio, arrebato ciego.

En *lanzar-se*, fuerza impulsiva, decisión.

En *precipitar-se*, gran altura, caída rápida.

En *desgalgar*, caída prolongada rodando.

En *despeñar*, caída prolongada y choques sucesivos.

En *proyectar*, dirección y fuerza originada por explosión ó expansión.

En *tirar-se,* daño, acción ofensiva, inutilidad.

***

Ejercicios:

Al *disparar* el fusil, la bala, *despedida* por la fuerza expansiva de los gases en la explosión desarrollada, es *proyectada* á gran distancia.

Arroja las armas para correr mejor.

Arrojando las armas, á luchar se *abalanzan* brazo á brazo.

Se *lanza* á toda empresa (no hay dificultad que le detenga).

Se *arroja* á toda empresa (ningún riesgo le asusta).

Arrojar á lo alto, frase bien clara en su sentido recto.

Tirar á lo alto, puede indicar intento de dañar á los que están arriba.

Sale la piedra *despedida*, no tirada ni arrojada por la honda.

Arrojar la cara importa, que el espejo no hay de qué.

Precipitáronle de la torre abajo.

Al voltear la campana fué enganchado por ella y *despedido* fuera de la torre.

Furioso desatina, y loco *se dispara* en cuanto le hablan de eso.

Contra el peñasco lo *achocaron* (lo arrojaron contra él, dejándole atontado).

Tirar en balde.

Pruébese á cambiar de verbos en los ejemplos anteriores, y se obtendrán, ó frases con diverso sentido, ó hueras de él, corroborando esto lo ya sabido, que en la mayor parte de los casos no hay sinónimos, sino tan sólo relaciones de sinonimia.

En corroboración de lo dicho, á continuación se insertan varias frases de nuestros clásicos, entresacadas de otras muchas que se han consultado para el presente estudio.

—«No aguardó el enemigo á que los españoles llegasen á lo alto, sino que al punto que los vió se *abalanzó* á ellos».—Ovalle.

—«*Abalanzarse* á las ocasiones».—Donado Hablador.

—«Pudo uno de los cautivos salirse fuera y *lanzarse* al mar».—B. L. Argensola.

—«Para alzarse con la fortaleza *lanzando* á los portugueses de ella».—B. L. de Argensola.

—«*Arrojárselo* á los ojos como pella de yeso».—Lanuza.

—«Se hicieron zanjas para *arrojarlos* allí como en tiempo de contagio».—Quintana.

—«Se *arrojó* al agua peleando y ganó la otra ribera».—Solís.

—«*Arrojaron* los bordones, quitáronse las mucetas ó esclavinas y quedaron en pelota».—Cervantes.

—«A todo se *arrojó*, á todo se aventuró».—Roa.

—«Fuí, pero con gran cuidado de no *arrojarme* á cosa que no fuere muy bien pensada».—Espinel.

—«A éste *tiró* uñas abajo un golpe terrible de pobreza».—Tejada.

—«*Tiraron* hacia él una rociada de arcabuzazos».—Coloma.

—«Era tanta la presteza con que *despedían* los dardos de las manos».—Moncada.

—«Y á vueltas de esto, flechas peligrosas los enemigos arcos *despedían*».—Ercilla.

—«Dos turcos borrachos que en el bergantín venían *dispararon* las escopetas».—CERVANTES.

—«Había indios pedreros que revolvían y *disparaban* las hondas».—SOLÍS.

—«Los otros perecieron ahogados ó *despeñados* por aquellas breñas».—MÁRMOL.

—«*Despeñarse* de una peña en otra».—NIEREMBERG.

—«...me dejaba *despeñar* de un vicio en otro».—RIVADENEYRA.

—«Miren con qué vivéza aquel otro se viene *precipitado* del muro».—MARTÍNEZ DE LA PARRA.

*
* *

Al terminar este primer estudio, un tanto largo por haberme servido para explicar con algún detalle el funcionamiento del método general de investigación sinonímica, he de salir al encuentro de la objeción, que acaso alguien suscite, sin fundamento serio, de ser largo en demasía, pues basta observar que además del carácter de los doce verbos que lo encabezan queda fijo también *dentro de la relación de sinonimia* estudiada el de los vocablos *achocadura*, *arrojamiento, arrojadizo*, *boleo*, *botador*, *desgalgadero, despeñadero, despeño*, *despeñadizo, despeñamiento*, *disparador, disparadero*, *disparadamente, lanzador, lanzamiento, precipicio, precipitadero*, *precipitoso*, *proyectante, proyectil* y *proyección*: es decir, el de treinta y tres palabras, aun no contando las formas activa y reflexiva de cada verbo sino por una sola acepción.

J. DE ELOLA

EL DISCURSO DE APERTURA DE LOS TRIBUNALES

Y LA MEMORIA DEL FISCAL DEL SUPREMO

El discurso leído este año en el acto de la apertura de Tribunales por el ministro de Gracia y Justicia, Sr. Sánchez de Toca, me ha producido bastante mejor impresión que la mayoría de los correspondientes á los años anteriores. Y, sin embargo, antes de comenzar su lectura, temía que iba á suceder de otra manera. Tales cosas habían dicho de él los periódicos en general, que sospechaba habría de encontrarme con un trabajo desdichadísimo, más hueco, si cabe, y es caber, que los debidos á otros predecesores del actual ministro. Pero no ha sido así. Aun cuando no me parece, ni con mucho, una obra maestra de doctrina ni estilo, no es tampoco lo que, con gran apasionamiento por lo visto, ha dicho una parte de la Prensa; y, desde luego, yo, por lo menos, lo encuentro superior á los discursos que en ocasión análoga se han solido leer en el Tribunal Supremo los días 15 de Setiembre de todos los años. Si no les aventajara en otras cosas, lo que bien se puede discutir, creo yo que hay siquiera una en que gana indudablemente á los más de ellos.

Como he tenido ocasión de decirlo más de una vez en este mismo sitio, al ocuparme de los que anualmente se van publicando, los discursos de apertura de los Tribunales tienen casi siempre el aspecto de escritos hechos meramente para salir del paso y dar cumplimiento á una ineludible (y muy rutinaria é inútil) obligación legal. Por tal motivo suelen ser trabajos fríos y sin alma, como cuanto se hace por compromiso pu-

ramente exterior, para ir tirando y conservando el puesto. En cambio, el discurso del Sr. Sánchez de Toca no es así. El vigor y el caluroso entusiasmo que en los demás falta ordinariamente, abunda en todas sus páginas. Se ve que el autor lo ha hecho con interés, cariño y complacencia. Dice de verdad lo que siente.

Además de esto, contiene una porción de afirmaciones, que á los ojos de muchas gentes pasarán por atrevimientos, y que para mí son grandemente simpáticas. Al revés de lo que creen muchos, yo considero que los organismos oficiales, y en especial los superiores, deben hallarse animados de espíritu reformista, para lo que se hace preciso que conozcan, sientan y confiesen los defectos y vacíos de las instituciones actuales. Cuando todo lo presente se encuentra bien, no hace falta cambiarlo. Y es un triste signo el que los poderes públicos, cabalmente aquellos órganos que tienen por misión directa y específica guiar, impulsar y abrir nuevos caminos á la actividad colectiva, se muestren satisfechos del *statu quo* y no se crean obligados á sustituirlo. Cuando se es conservador de esta manera, los conservadores son en el poder un gran peligro y una grauamenaza.

En la disertación del ministro de Gracia y Justicia hay una porción de tesis que, para una multitud de personas de las que presumen de timoratas y bien avenidas con el orden donde halla campo apropiado el cultivo de sus intereses, sonarán probablemente á graves imprudencias, al menos por el lugar y la ocasión en que fueron leídas y por la fuente de donde dimanan.

Son, entre otras, las siguientes, que copio á la letra por la gravedad que entrañan y porque merecen ser exactamente divulgadas y conocidas: «Es sobrado notorio el general *pavor* de la ciudadanía ante las actuaciones curiales. Basta tener ojos y oídos, para ver y entender que este temor de cada cual á comparecer como justiciable ante los estrados, temor extendido á veces en forma de terrores pánicos colectivos, procede de tre-

menda inseguridad del derecho que experimenta la ciudadanía ante el azar de los enjuiciamientos, así en el orden civil como en el criminal». Si esto lo hubiera dicho ó escrito otra persona, y no el propio jefe supremo de la justicia y su administración en nuestro país, habría muchísimos individuos que lo tomarían por exageraciones injustificadas. Prosigamos: «Huyen las gentes, por el espanto de ruina, ante lo complicado y costoso de los procedimientos; poseídas de invencible incertidumbre ó desamparo, huyen antes que entregar á la tramitación de autos los derechos más sagrados, presintiendo riesgo inminente de que la misma sentencia de más favorables pronunciamientos resulte en definitiva causándoles mayores daños que la propia lesión que había de remediar». En lo que toca al ingreso y ascenso en los escalafones judiciales, dice el Sr. Sánchez de Toca—y por su posición debe de saber bien lo que dice—que «las buscas de valedores, las servidumbres de la clientela, con su *prestación subterránea de favores y servicios recíprocos*, resultan el resorte más eficaz y la vía más expedita para satisfacciones de la ambición». De otro lado, se advierte el «extraño fenómeno de una antinomia general entre los rótulos de las instituciones, tanto del derecho público como del privado, y las realidades de lo que vivimos»; ó, lo que es igual, que si en la apariencia vivimos jurídica y constitucionalmente, de hecho no es así, como ya lo han hecho notar otras veces algunos de nuestros hombres más importantes, aun cuando no como ahora en documento cuasi oficial.

Todo el párrafo de donde se hallan tomadas las palabras que acabo de trascribir, y que lleva el título *Estado presente de nuestra administración de justicia*, interesa mucho por las verdades que dice y lo sinceramente que las dice. Raras veces hablan con tanta claridad los ministros ni otros funcionarios oficiales.

Compónese el discurso de dos partes distintas que, si bien ligadas íntimamente en unidad fundamental orgánica dentro de la mente de su autor, y hasta en la composición y estruc-

tura externa de la obra, pueden perfectamente ser consideradas aparte, con independencia la una de la otra. Desde la primera página del trabajo se echa de ver esta dualidad. Cuando el ministro habla brevemente, con sobriedad no acostumbrada, del tema que se propone tratar, dice que el acto de la apertura de los Tribunales ha sido considerado siempre como el más propicio para el estudio de «aquellas cuestiones de derecho, legislación ó jurisprudencia que interesen y apremien más vivamente á la vida jurídica de la nación. Y añade: «Bien notorio es que á la hora presente no hay, para nuestra vida jurídica, interés de mayor gravedad y trascendencia, y que deba preocuparnos tan honda y vivamente, como la *inmediata ejecución de fundamentales reformas en el régimen de nuestra administración de justicia*». La obligada consecuencia de tales premisas era, por lo tanto, que el discurso correspondiente habría de versar sobre las mentadas reformas. Pero aún no ha concluído con esto la exposición del tema ó asunto á tratar. A renglón seguido de lo anterior, en el mismo párrafo, y como para completarlo, escribe el autor del discurso: «Y bien notorio resulta también que, con ser de tanta importancia y complejidad los problemas de técnica jurídica que entrañan estas reformas, envuelven, además, otros *aspectos del orden moral* todavía más trascendentales, entre los que se destaca el de *restituir á su mayor plenitud la función ética y educadora de los Tribunales de justicia para la formación de la conciencia nacional.*

He aquí, pues, un tema doble ó, si se prefiere mejor, un doble aspecto del mismo tema. El Sr. Sánchez de Toca se ocupa así, en su discurso, de hacer observaciones, *primeramente* de orden técnico, y *luego* de orden moral más trascendental, respecto á la «inmediata ejecución de fundamentales reformas en el régimen de nuestra administración de justicia, á fin de cumplir de este modo los preceptos de aquella ley de Bases, acordada con feliz armonía en el Parlamento, como parte integrante del programa de gobierno fijado en nuestro primer

presupuesto de reconstitución nacional después de dolorosos desastres».

Próximamente una mitad del discurso se halla consagrada á cada una de las dos partes referidas, desarrollándose en la primera lo tocante á la necesidad de las reformas jurídicas, á la prelación que debe darse en éstas á la reforma de la ley orgánica y de las procesales sobre la de las leyes sustantivas, á lo imposible que es seguir sosteniendo el *statu quo* de nuestro sistema judicial y métodos de enjuiciamiento, á la pintura del estado presente de nuestra administración de justicia, á las rectificaciones que es necesario hacer en los ordenamientos legales, á la independencia judicial y á la inamovilidad, inspección y ascensos en la Magistratura; y figurando en la segunda los siguientes epígrafes: *Los factores de opinión en las renovaciones de los organismos de la administración de justicia; Del poder de conciencia en los Tribunales de justicia para formar el sentido ético nacional; Amparos de justicia para los aprecios y respetos del honor en la sociedad contemporánea; Espíritu nuevo en las funciones del ministerio fiscal.*

El contraste en la manera con que el autor trata estas dos partes de su discurso es bien marcado. Cuando habla de las reformas técnicas, ó digamos marcadamente legislativas, es claro y concreto, no habiendo dificultad alguna en entenderlo y comprender lo que dice y pretende. Son, sin duda, discutibles buena parte de las aseveraciones que hace; pero se sabe bien lo que las mismas significan.

No pasa igual con las de la segunda parte, demasiado vagas y enigmáticas por lo regular. Al leerla, se pregunta uno no pocas veces qué es lo que su autor busca. Yo supongo que le ocurre una cosa bastante frecuente, que es sentir el malestar que nos rodea en punto á la administración de justicia, desear encontrarle remedio, y no dar con él. Es una situación de espíritu por que atraviesan casi siempre los reformadores. Censuran con certeza los vicios presentes, que conocen bien y ponen bien de relieve; se indignan ante ellos; pero cuando se ven

obligados á trazar planes terapéuticos, no suelen hacer más sino cernerse en oscuras vaguedades. Por eso se pide muy á menudo un programa claro, preciso y detallado á los censores y críticos de lo actual que quisieran acabar con ello; y como no son capaces de ofrecerlo, se desconfía á menudo de los mismos. Las gentes, para renunciar á una cosa que les sirve, bien ó mal, pero que al cabo les sirve, necesitan tocar con las manos las ventajas del orden nuevo que debe sustituir al que quiere hacerse desaparecer. Y es algo difícil presentárselas en tal forma. Los mismos preconizadores del ideal suelen rendir culto á una deidad que presienten más bien que perciben, que ó no se representan de ninguna manera, ó, de representársela de alguna, la columbran lejos, de contornos indecisos y variables, nada definidos. Y claro está que, teniendo tal estructura y carácter sus concepciones, no pueden hablar de ellas y ofrecérselas á los demás de otro modo. No sabiendo bien ellos mismos lo que pretenden, ¿cómo han de saberlo y aceptarlo como bueno los otros, que lo miran desde fuera, sin reproducir el proceso interno de que las manifestaciones de que se trata son un resultado?

A mi parecer, bastante de esto ha ocurrido con el discurso del Sr. Sánchez de Toca. De las censuras que contra él ha formulado la Prensa (testimonio apasionado esta vez, como otras muchas), quizá la más fundada de todas sea la de la oscuridad del trabajo, censura que, repito, apenas puede aplicarse sino á la segunda parte de las dos mencionadas.

Está, en efecto, dicha parte inspirada acaso en un pensamiento fundamental aceptable, que consiste en admitir en el seno del Estado otras fuerzas jurídicas fuera de las oficiales, tan poderosas ó más que éstas, y las cuales se deben hacer valer dentro del mismo. No pocas de las tesis que va el Sr. Sánchez de Toca sentando al dar desarrollo á este pensamiento capital son también admisibles, y miradas en sí, con independencia del conjunto á que pertenecen y desgranadas de él, perfectamente claras. Sin embargo, por grande que sea la atención que se

ponga en la lectura de las páginas en que el autor expone sus ideas, no consigue uno ver con la precisión y la trasparencia apetecibles cuáles sean éstas. Se dice, por ejemplo, que «la más perfecta institución de tribunales es impotente para la buena administración de justicia, si en su ejercicio no es templada y vigorizada por una fuerza moral inmanente en la sociedad»; y no hay, al parecer, reparo ninguno que oponer á esto. Pero ¿de dónde proviene esta fuerza? ¿Dónde debemos buscarla? ¿Cómo la engendraremos é impulsaremos cuando no exista ú obre débil ó pasivamente? Por un lado, el Sr. Sánchez de Toca reconoce que «el juez no puede sustraer su ministerio á ser también *instrumento de la conciencia pública*, tal como resulta elaborada y concretada por la acción refleja de los factores sociales en los senos recónditos de la vida social. *Lo mismo que los demás hombres, está él sometido á las presiones de la opinión.* En medio de ese ambiente moral nace, vive y crece; bajo la presión de esa atmósfera que, como el aire, todo lo comprime y penetra, se forman en su razón y en su conciencia los hábitos morales é intelectuales para el respeto ó el menosprecio ó la indiferencia de toda cosa». Pero, por otro lado, el propio ministro quiere que los tribunales de justicia sean los que formen el sentido ético nacional cuando este sentido falte; los que restituyan á la sociedad, cuando la hubiere perdido, aquella fuerza moral inmanente de que se ha hecho mención, y sin la cual la más perfecta institución de tribunales es impotente para una buena administración de justicia.

Yo encuentro esto algo tautológico é incomprensible. Si el juez es instrumento y resultado de la opinión, cuyo influjo opresor sufre, lo mismo que todos los demás hombres, difícilmente podrá bastarse él solo para dar origen á una opinión vigorosa y sana, cuando ésta no exista, ó sea para formar, según el autor dice, el sentido ético nacional; y mucho menos podrá hacerlo en la hipótesis que el Sr. Sánchez de Toca presenta, que es en los casos «de grandes conculcaciones colectivas del orden moral, producto de estados amorales del espíri-

tu público, cuando no cabe personalizar la responsabilidad en nadie por efecto de la ausencia de espíritu ético; cuando la opinión colectiva, por general extravío en la manera de comprender y de sentir las ideas del deber y del derecho y el amor á lo justo, allana las vías del mal y pone obstáculos á la justicia». En estos casos, más bien, según lo advierte el propio ministro, «cuando las almas no alientan los sentimientos que dan vida á la ley (y entre esas almas están también—añado yo—las de los jueces), los mejores códigos resultan letra muerta, que no se vivifica á pesar del esfuerzo enérgico, pero solitario, de algunos jueces».

Mas, aun pasando por encima de esta dificultad y suponiéndola vencida, quedan otras que el Sr. Sánchez de Toca no salva en su trabajo. Quiere él, á lo que parece, que los Tribunales ejerzan, para la formación del sentido ético nacional, un poder de conciencia no definido en las leyes, no ligado por vínculos legales, «cuya esfera de acción se extiende amplísima por los confines de lo supralegal», y cuyo objeto sea «suplir las deficiencias de la opinión en la multitud, traerla á mejor conciencia del derecho, y formar, guiar, educar y gobernar las corrientes del espíritu en la vida social conforme á sus verdaderas necesidades, desconocidas por ella misma». Tal propósito me parece bien, en principio; y al decir en principio quiero salvar los riesgos que la aspiración supone todavía hoy en todas partes, y mucho más en nuestro país, donde la administración de justicia se halla en el estado deplorable que en su discurso nos pinta el ministro.

Pero suponiendo que los jueces y magistrados fuesen de otro modo que los demás hombres con quienes conviven, y que no salieran de igual cantera que éstos, preciso se haría (á lo menos dentro de las organizaciones políticas en que vivimos, sembradas de recelos y desconfianzas en todo poder discrecional), que se trazaran, siquiera en sus líneas generales, los límites dentro de los cuales hubiera de ejercerse tan importante facultad. En este punto, yo no sé en qué consista el pensa-

miento del ministro. Los párrafos de su discurso consagrados á esta cuestión no contienen indicaciones á propósito para orientar suficientemente á los lectores. Son confusos. Se encarece en ellos repetida é insistentemente la importancia del aludido poder de conciencia de los Tribunales, pero no se dice nada acerca de la índole de este poder, cuándo y cómo debiera ejercerse, fuerza y alcance de sus decisiones. Por causa de este silencio y esta oscuridad, no sabiendo uno á qué atenerse respecto al asunto, cada cual atribuye al Sr. Sánchez de Toca distintos propósitos. No ha faltado quien «aclare» á su modo el «enigma», diciendo, por cierto en una revista profesional (1), que lo que el ministro pretende es nada menos que resucitar el Tribunal del Santo Oficio. Es muy probable que no sea así, entre otras razones, porque la actual situación de las cosas no lo consiente; pero tampoco podría nadie, con el discurso en la mano, fundar, creo yo, una negativa absoluta.

A veces se inclina uno á creer que el señor ministro no ha pensado introducir aquí innovación alguna. Según él, «el inmenso poder de conciencia de que gozan los organismos de la administración de justicia lo tienen por ley de su propio instituto, y no se halla expresado literalmente por texto escrito de ley alguna»; por otra parte, su ejercicio «sólo puede ser regulado por la soberanía directa de la misma prudencia», y puesto en actividad por «medios de otra naturaleza y alcance que los propios y peculiares de la prueba tasada y de los formularios del procedimiento en la órbita jurídica»; y claro es que, siendo así, el poder de referencia no es cosa nueva, sino que les corresponde á los juzgadores ya hoy y de siempre, y en las palabras del Sr. Sánchez de Toca consagradas á este asunto no habrá sino la expresión de un deseo más ó menos platónico para que los Tribunales de justicia hagan mayor uso de aquel

(1) *Revista de los Tribunales*, números de 17 y 24 de Setiembre de 1904: *Nota jurídica de la semana*, por D. Francisco J. J. Benlloch, página 620.

poder de que ya disponen, y utilicen los elementos que las modernas circunstancias sociales colocan en sus manos, nunca tan eficientes como ahora, para formar la conciencia pública. De manera que no habría razón para sentir alarma de ninguna especie, pues los organismos judiciales españoles, compuestos mañana por las mismas personas que ahora lo están, seguirán igual marcha que hasta aquí han venido siguiendo, y su sistema de funcionar no experimentará graves alteraciones en un futuro inmediato. De todas suertes, no hay otro remedio sino confesar que la poca claridad empleada por el ministro en esta parte de su disertación es muy abonada para toda clase de sospechas y suposiciones, no siempre inocentes, y hasta para invenciones erróneas y aun maliciosas.

Aparte de esto, y de otros reparos de menor importancia que pudiera ponerle, yo encuentro el discurso de apertura de Tribunales de este año bastante aceptable, lo cual me ha sucedido poquísimas veces. Empezó por interesarme y parecerme bien lo que se afirma desde las primeras líneas; es á saber: que «la apertura de los Tribunales, por la misma solemnidad con que la ley la realza, es el acto más propicio para tratar aquellas cuestiones de derecho, legislación ó jurisprudencia que interesen y apremien más vivamente la vida jurídica de la nación»; aseveración que parece hecha para desmentir el contrario juicio, que con monótona repetición han venido estampando en sus discursos de apertura la mayoría de los que los han leído en años anteriores. Ya otras veces, en esta misma Revista y con ocasión análoga á la presente, he dicho cuanto me parecía oportuno tocante al particular.

Es también el discurso aludido bastante sustancioso, más que lo han sido la mayoría de sus antecesores. Se halla sembrado de conceptos acertados, á mi parecer, en cuya enumeración y examen me detendría gustoso si el lugar y el momento me lo consintieran. Quiero recordar por lo menos alguno, más saliente é importante que los demás. Así, v. gr., siempre es muy digno de nota encontrarse con un ministro — y de la

Justicia precisamente — poco legalista, en una época de supersticioso culto á la ley, sobre todo por parte de los poderes públicos y demás órganos oficiales. Ahora bien: el Sr. Sánchez de Toca es de esos ministros, á juzgar por lo que en su discurso dice. No una ni dos, sino muchas veces, alude en él á la dualidad representada por el Estado total y el Estado oficial, considerando que este último ha de hallarse subordinado al primero, y no al revés. En algunas ocasiones emplea estos mismos términos, y en otras los reemplaza con los equivalentes de lo legal y lo supralegal, la ley y la conciencia social ú opinión pública, fuerzas jurídicas concretadas y sistematizadas en los órganos del poder público, y fuerzas difundidas por todo el conjunto del estado social, etc., etc. Pero de cualquier modo que las denomine, la idea que el autor tiene, á lo que parece, arraigadísima, por lo que se la encuentra flotando y traspirando por todas las páginas del escrito, es la de la gran superioridad de la conciencia pública sobre las leyes, del ambiente social sobre los depositarios específicos del poder encargados de formar éstas y obligar á que se cumplan. No es un escéptico que haya perdido completamente la confianza en la virtud de las leyes; pero concede á éstas una eficacia limitadísima en comparación con la que atribuye á los resortes extralegales y morales. La verdadera fuente de la vida jurídica está, para el Sr. Sánchez de Toca, en estos últimos principalmente, y casi de una manera exclusiva; y yo creo que no va descaminado. Donde las gentes se limitan á cumplir seca y fríamente las leyes, sin espíritu y amor de justicia, sin voluntad desprovista de toda otra sanción que la de la conciencia, sin un ambiente moral, en suma, donde las leyes tengan su base y sus raíces hondas, la vida jurídica no puede menos de ser enteca, artificiosa é insegura. Ese es el pensamiento capital del actual ministro de Gracia y Justicia en España, y, por serlo, carga en la cuenta de nuestro estado social general la culpa de los males que sufrimos en materia de administración de justicia, en vez de echársela, según es uso entre espíritus

menos sagaces, únicamente á las leyes y á los que las publican y ejecutan. «En todos estos daños (es decir, en la deplorable desconfianza y miedo con que entre nosotros se mira á la administración de justicia), *el conjunto del estado social* — dice expresamente el ministro—tiene sin duda *participación mucho mayor* que la deficiencia de las leyes procesales y las orgánicas del poder judicial». Por eso, á juicio del Sr. Sánchez de Toca, «para el remedio de estos daños, lo más preferente y enérgico del tratamiento debe aplicarse á la reforma de las malas prácticas arraigadas en el estado social».

¿No es á la reforma de estas malas prácticas á lo que el autor ha querido referirse al pedir la utilización del que llama «poder de conciencia de los Tribunales de justicia para formar el sentido ético nacional», que tan debilitado anda? Yo creo que sí, y por eso me parece que es necesario abarcar la totalidad del discurso y enlazar unas partes del mismo con otras para penetrarse enteramente del pensamiento y las aspiraciones del ministro. Me confirma en esta interpretación el párrafo último del discurso, dedicado al *Espíritu nuevo en las funciones del ministerio fiscal*, pues al decir del Sr. Sánchez de Toca, «á él, con efecto, por la propia iniciativa de su función al ejercitar en justicia las acciones de su ministerio, incumbe el cometido de llevar en primer término ante los veredictos de los enjuiciamientos el superior sentido ético del poder de conciencia en los Tribunales de justicia». Para tal fin, entre otras cosas, y para que en armonía con el mismo el ministerio público se trasforme en representante y «órgano de los más humildes y menesterosos, de aquellos misérrimos casi soterrados en el fondo del estado social como masa inerte y *caput mortuum* inorgánico destituído de propia energía», es para lo que pide la «honda renovación en las funciones del ministerio fiscal» y la ampliación de sus atribuciones.

Otras proposiciones hay en el discurso de que tratamos dignas de meditada consideración. Yo suscribo de buena gana aquella en que el Sr. Sánchez de Toca aboga por que cultive-

mos y desarrollemos el que denomina «núcleo orgánico de vida jurídica, atesorado en nuestro patrimonio nacional, para obras de patria mayor»; con lo que se alude marcadamente á la comunidad, no sólo de idioma, sino también de instituciones y sentido jurídico entre España y las naciones americanas, hijuelas suyas, como germen de futuros destinos. Innecesario parece insistir sobre lo certero de tal punto de vista, ahora, sobre todo, que tan vivas andan las corrientes de inteligencia y aproximación entre los países ibero-americanos.

Suscribo igualmente la idea expresada por el Sr. Sánchez de Toca, cuando menos dos veces, de hacer que los juzgadores en lo criminal dejen de ser «personajes pasivos y mudos, sin facultad para emitir juicio mientras el fiscal no acuse. La dignidad de los Tribunales es incompatible con una legalidad procesal que rinde á discreción de los acusadores el permiso para el fallo, hasta en procedimiento ya concluso para sentencia. Es también incompatible con los prestigios de la ley el que en las prácticas de los enjuiciamientos se reprodujeran casos de verse el magistrado, á la hora del fallo, en trance de advertir solemnemente que por los hechos resultantes del sumario y por las pruebas en el juicio oral, había lugar á la condenación del procesado, pero que impidiéndolo el fiscal por retirar la acusación, satisfacía su conciencia declarando que absolvía sólo porque el fiscal no le permitía entrar en el juicio y condenar al que creía merecedor de castigo... Así continuará siendo típico de nuestra administración de justicia que el personaje revestido de todos los aparatos presidenciales, alta señoría bajo el dosel de estrado, ante quien todos extreman acatamientos y á la cual escribanos, procuradores y letrados dirigen sus súplicas con frases humildes, resulte sin embargo, de hecho, el sujeto más pasivo de la actuación judicial». A mí también me parece urgente una modificación sustancial en este punto, aun cuando no por las razones externas y de aparato y prestigio que el ministro alega, sino por otras que creo más fundamentales, y que ahora, por exigencias de espacio, me veo

constreñido á omitir. De todas suertes, tengo por muy justo lo que el ministro dice sobre el particular, como igualmente creo acertadas varias otras aserciones que en el discurso hallo, y de las cuales me veo de la propia manera obligado á hacer gracia á los lectores, para dar cuanto antes por concluído este artículo.

***

La Memoria elevada al Gobierno por el Sr. Maluquer y Viladot, fiscal del Tribunal Supremo, es bastante voluminosa, pero contiene pocas novedades. Verdad es que hay que tener en cuenta, como disculpa, la índole de estos trabajos, los cuales tienen que resultar por fuerza monótonos. En un año no son muchas las alteraciones que pueden ocurrir en la administración de justicia, pues tan corto período de tiempo apenas representa un instante en la vida de instituciones seculares, como la de que se habla. En materia de cambios legislativos, se procede aquí muy parsimoniosamente, á veces quizá demasiado; y en cuanto al personal de juzgadores, poco es lo que de año en año puede renovarse. Los que sí se renuevan con harta frecuencia son los fiscales del Supremo: cada año suele haber uno distinto; y esto, claro es, va también en perjuicio del valor de las respectivas Memorias, supuesto que, al escribirlas, con dificultad pueden hallarse bien enterados sus autores del estado de la administración de justicia en el país y de los defectos que en ella se notan. Más aún: estos trabajos no pueden ser originales y variados, ni siquiera en su forma ó vestidura exterior; todos tienen que adaptarse al mismo modelo, en cuanto á los puntos que tratan y al órden de tratarlos; el patrón para ello es el que dió una circular de la misma Fiscalía del Supremo, fecha 30 de Julio de 1895. Todos estos particulares son de tener en cuenta, pues no es lo mismo escribir *ad líbitum*, que tenerlo que hacer con pie forzado y al tenor de reglas precisas.

Pero, echando por delante las anteriores advertencias, no

puedo menos de decir que la obra del Sr. Maluquer me ha parecido pobre de sustancia. Aun dentro de los límites en que forzosamente tienen que moverse los que ocupen su puesto, me parece á mí que puede hacerse más y quizá de otro modo que como él lo ha hecho. Al cabo, los límites dichos son ligaduras exteriores; pero quien ha de moverse en el terreno que ellas dejen libre es el espíritu propio. Y este espíritu se moverá por sí mismo y conforme á su naturaleza y energías: vigorosa ó entecamente, según el caudal y empuje de las que disponga. Nunca he logrado persuadirme de que podamos culpar de la pobreza y endeblez de nuestras obras sino á nosotros mismos, cuando menos principalmente, á nuestra falta de condiciones para hacerlas bien.

La propia Memoria de referencia prueba bien esto último. Hay en ella dos capítulos, si así puedo llamarlos, que resaltan sobre los demás que forman el contenido de la misma, y en los que se ve claramente que el Sr. Maluquer ha empleado su trabajo personal con abundancia, al revés de lo que pasa con los restantes. Aludo á los que se refieren á la *Estadística* y á la *Jurisdicción contencioso-administrativa*, que hasta son más largos que los demás, singularmente el último. Este solo se lleva casi la mitad de las páginas que componen el cuerpo de la Memoria, debiendo por otro lado advertirse que ni siquiera había obligación de tocar tal materia, como lo reconoce explícitamente el señor fiscal, quien añade, por eso, que su conducta sobre el asunto, al separarse de la que otros fiscales han seguido, guardando silencio sobre él, ni «ha de ser motivo de censura para nadie, ni tampoco entraña precedente obligado para sus sucesores». La grandísima amplitud con que el Sr. Maluquer trata el tema éste de la jurisdicción contencioso-administrativa, y el hecho de tratarlo con dominio verdadero del mismo, constituyendo en cierto modo su disertación acerca de la materia un tratado histórico-expositivo de la doctrina y la legislación española respecto del particular, son motivos suficientes para inferir, creo yo, que no

nos encontramos enfrente de una improvisación prematura, sino, muy por el contrario, en presencia de una labor de antemano preparada y madurada, á la que ha dado forma y expresión externas aprovechando la coyuntura que al efecto se le ofrecía.

Algo análogo me parece á mí que debieran ser siempre estos trabajos en todas sus partes: desahogos, por decirlo así, de espíritus henchidos, cuyas observaciones tocante á la administración de justicia en su país, y á las reformas posibles y más urgentes en la misma, representaran el producto de largos estudios y reflexiones anteriores, sedimentado en juicios firmes y sólidos. Mientras así no suceda—y parece que no llevamos camino de ello,—las Memorias de los fiscales del Supremo tendrán un valor sumamente relativo, como todo trabajo de ocasión é improvisado.

P. Dorado

AMIGOS Y ENEMIGOS DEL LIBRO

Si por varias razones se cree el hombre el sér más perfecto de la creación, por otros cuantos motivos es lógico afirmar que el libro es la creación más importante del hombre.

Casi tan antiguo como su nobilísima madre la escritura, fué engendrado por el deseo innato en todo sér racional de proclamar sus sentimientos, sus invenciones y progresos, y de transmitirlos á los descendientes. Más que la risa y el raciocinio, el libro nos distingue del resto de los animales, que puede que discurran, que seguramente hablan, que cantan, aman, fabrican sus moradas, y hasta llegaron á fumar...; pero no escriben ni leen.

Ya lo dijo Voltaire en estas ó parecidas palabras: «Todo el mundo civilizado se gobierna por unos cuantos libros: la Biblia, el Alcorán, los Vedas, las obras de Confucio y de Zoroastro; y el alma y el cuerpo, la salud, la libertad y la hacienda, se supeditan y dependen de aquellas grandes obras, de las de Hipócrates y sus sucesores y de los Códigos civiles y penales.

Cualquiera que sea la profesión á que nos dediquemos, nos es imposible prescindir, según los casos y las personas, de los registros parroquiales y municipales, de la cartilla, del devocionario, de muy varias obras de ciencias y letras, y de *libros Mayores* y de *cuentas corrientes*, hasta que somos despedidos de este mundo leyéndonos el oficio de difuntos.

Desde las versículas de las catedrales, entre nubes de incienso, hasta debajo de catrecillos en los puestos de las ferias, cubierto del polvo del arroyo; en todas partes y á todas horas, proclama el libro su supremacía en las cinco partes del mundo civilizado, y tengo para mí que de la cultura de cualquier población, chica ó grande, da más cabal idea un solo puesto de libros bien abastecido, que un bosque de chimeneas de fábricas.

Sabidísimo es que el libro, como el hombre, se compone de espíritu y materia; que tiene alma y cuerpo. En éste principalmente pienso ocuparme, y en tal sentido entiendo por libro volumen formado de muchas ó pocas hojas, de cualquier tamaño y materia escriptoria, manuscritas ó impresas, rica ó pobremente y con ó sin ilustraciones gráficas, unidas aquéllas entre sí, con portada y bajo cubierta de papel, ó sin ella. La encuadernación, propiamente dicha, constituye el traje del libro, y también el único arte del que puede decirse con exactitud que le embellece en ocasiones, ya que — como hemos de ver más adelante—figura en primer término entre sus más encarnizados enemigos.

Tratándose de libros, más que de otra cosa alguna, puede aplicarse al hombre y á la mujer aquello de «dime con quién andas y te diré quién eres». Es muy cierta, pues, esta fórmula del Dr. Gregoire: «La maison de l'esprit est, généralement, l'esprit de la maison»; y si «on peut le considerer comme le moteur le plus puissant de la civilisation» (1), claro está que donde los libros escasean tanto como las peluconas, no hay que buscar gran movimiento, ni vida exuberante, ni riqueza verdadera. Así como al tratarse del culto que rinde á la mujer amada su novio ó pretendiente, por ideal y respetuoso que sea aquél, entran por mucho en la cuenta las condiciones y partes físicas de la novia; así también advierto yo ahora, al ir metiéndome en harina, lo difícil que va á serme deslindar los

(1) Labessade (León Félix de), pág. 33.

campos, no obstante haber prometido ocuparme principalmente en el cuerpo del libro, dejando para otra ocasión el tratar más despacio del alma. Claro está, en efecto, que hasta la más miserable polilla que barrena por dos ó tres partes un riquísimo volumen de las obras de Aristóteles, al par que destruye el papel ó la vitela, convierte también en polvo, para quien las ignora, las sublimes ideas del filósofo. Y, por el contrario, el más ignorante bibliómano, el mismo que pudo inspirar la célebre sátira de Luciano de Samosata, presta indirectamente un gran servicio á la cultura universal, adquiriendo el libro, vistiéndole con lujo y preservándole luego en el estante de todo mal, aunque al realizar todo esto no proceda impulsado, ni mucho menos, por el noble afán de instruirse, sino pura y simplemente por constituir con el tomo un número más de la colección. Otro lector vendrá después que se aprovechará del espíritu de la obra, bebiendo su substancia nutritiva, é importándole ó no la forma del vaso contingente de la esencia. Pocos, poquísimos son los *verdaderos bibliófilos* que aman el libro en alma y cuerpo, por lo que dice, por su rareza en el mercado y por la buena ropa con que aparece vestido. Si á este propósito se preguntara á D. Francisco Rodríguez Marín: «Después de las de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, ¿con qué gran pérdida nacional cree usted que se cerró la lista de nuestro inmenso despojo?», me atrevo á asegurar que el ilustre escritor sevillano respondería inmediatamente: «Con la venta de la magnífica biblioteca del marqués de Xerez de los Caballeros».

¿Quién es capaz de poner precio al aire, al agua y á la luz, tres cosas que el más humilde mortal derrocha todos los días? Lo mucho que valen estos dones del cielo sólo se aprecia, como la salud y la libertad, cuando se pierden. Por análogas razones, en los grandes centros de población, dotados de bibliotecas públicas, el libro es mucho menos apreciado que en la aldea, por lo mismo que, de balde, se le encuentra en la ciudad dispuesto á rendir sus frutos al primero que llega.

Ningún otro amigo verdadero nos aguarda á todas horas, con los brazos abiertos y sin impacientarse jamás. El libro es como caballo ensillado de día y de noche, que no tasca el freno, que espera al jinete, que le deja cabalgar á su antojo y le soporta y le conduce luego hasta el fin de la jornada, sin tropiezos, ya sea aquél *caballero*, ya *caballería*.

Entre las cosas humanas, el libro es siempre el mismo en su esencia, presencia y potencia, con tal que conserve íntegra la forma. Ni se esconde, ni disimula, ni trueca, ni baraja las verdades que contiene; para él no hay estaciones más ó menos propicias, ni horas intempestivas. Á todas luces se entrega humilde y generoso, y se deja mimar ó hacer añicos sin proferir una queja y sin exigirnos, antes de libar sus mieles ó saturarnos de veneno, preparación alguna; es el único instrumento que no necesita temple ni afinación. Para cultivar sus amores y saborear sus frutos, el rústico y el erudito, el niño y el viejo, no han menester ni piernas, ni olfato, ni paladar... ni tan siquiera vista: les basta un dedo ó el oído. Palpando los caracteres de la impresión, ó con sólo escuchar, es dado hasta á los ciegos y sordomudos instruirse, deleitarse y comunicar con todo el mundo, por medio del libro. El hombre, ingrato por naturaleza, lo mismo con él que con la mujer, no obstante deberles las satisfacciones y las enseñanzas más grandes de la vida, suele abandonarlos con la misma indiferencia con que arroja al suelo la colilla, siquiera sea ésta del más rico habano.

Al democratizarse con el progreso, perdió el libro muchas de sus buenas condiciones materiales: de joya pasó á ser casi artículo de primera necesidad. El mal papel, la impresión adocenada, las tintas ordinarias y las encuadernaciones criminales han hecho degenerar la raza, y, desde la cuna, la mayor parte de los libros modernos de poco precio—y también casi todos los lujosos—traen ya sus días muy contados.

Si á principios del siglo xx—que tal vez se apellide el del automovilismo—el libro puede considerarse aún como impor-

tante motor del progreso, la prensa periódica es en cierto modo la correa de trasmisión.

Pues bien: precisamente en los diarios, y sobre todo en las revistas *con monos*, habrá tal vez que señalar el enemigo capital del libro. *La Revue* abrió el año pasado amplia información sobre este asunto, entre libreros y editores; y como resumen de sus averiguaciones, concluye: «Que le journal, grâce aux ressources fournies par la publicité, dont le rôle s'accroît sans cesse dans notre nécessité moderne, fasse au livre une concurrence chaque jour plus meurtrière, en offrant au public, à un prix dérisoire et sous les signatures les plus illustres, des articles, des feuilletons, à la lecture desquels tous les moments de loisir suffisent à peine: point de rèmede! Il y a là un phénomène social inéluctable» (1). El Sr. León-Félix de Labessade es del mismo parecer (2) y también ha escrito á propósito de «La Crise du Livre» M. Henri Baillière. Ignoro su opinión, y no me atrevo á dar la mía, que en este punto se aparta algo de la de D. Juan Valera. Cree el tesorero de la lengua castellana que la prensa periódica, al menos en España, no es adversa, indirectamente, á la producción y á la venta de los libros. De todas suertes están éstos *en crisis* en el mundo entero, y conviene señalar por dónde puede *venirles la muerte tan callando*, porque es un hecho que si á la prensa periódica se considera, ó puede considerársela, enemiga del libro *per se*, debe de serlo también *per accidens*, ya que pocas veces se ocupa en él con verdadero amor y en sitio preferente. El libro nace á menudo de limosna en la revista ó en el folletín del diario.

Muchos autores les piden amparo y en las columnas de los papeles públicos dan á luz la obra que luego adquiere vida independiente—aunque casi siempre efímera—en tirada aparte.

Dice un viejo adagio que «no hay peor cuña que la de la

(1) *La Revue* (Ancienne «Revue des Revues»), La Crise du Livre en France, n. 3, 1.er Nov.e 1903.

(2) L'amour du Livre. París, 1904, pág. 35.

misma madera», y otro que «en casa del herrero, asador de palo». Como anillo al dedo pueden aplicarse ambos refranes al comercio de librería en España: véanse en esta misma Revista las justas observaciones del Sr. Atienza y Medrano y las noticias de *Hispanus* como corolario (1). La siguiente anécdota dará de ello más cabal idea que cuantas otras consideraciones pudiéramos copiar ó aducir por cuenta propia, en prueba de la verdad que encierra nuestra vulgarísima observación. El autor de la *Biblioteca científica española del siglo XVI* publicó años hace otra obra, á propósito de algo así como la dominación española en Italia; hubo de leer el libro un poeta y novelista muy famoso, y de recomendarle á cierto académico de la Historia que se colgó del cuello, poco antes de morir, el toisón de oro. Curioso este señorón por conocer la obra, de la que le había hecho grandes elogios el poeta, fué el mismo día á casa de cierto librero de esta corte, que pasa por tener—como el memorialista de la zarzuela *su mijita de ortografía para las ocasiones*—puntas y ribetes de bibliógrafo y bibliófilo. El académico pidió el libro, y el librero le respondió textualmente, sin abandonar su taburete detrás del pupitre...—¿Y para qué quiere usted *leer eso*, señor don César? ¡Si no trae nada nuevo!...—Y el académico no compró la obra por dar más crédito al librero que al poeta.

Desde que ando á vueltas con ellos, por razón de mi oficio, los libros en rústica me parecen huevos en fárfara, y un absurdo imponer al lector el uso de la plegadera, especie de puñal de Albacete, por lo que toca á la integridad y buen aspecto del volumen ó cuerpo. Todo libro debería salir de la imprenta ú oficina editorial vestido, y la encuadernación constituir parte integrante del volumen mismo, como la portada ó el índice. Luego, el lector que quisiera emperejilarle, podría vestirle desde la vulgar y poco artística pasta española moderna,

(1) La España Moderna. 1.° de Septiembre de 1901. *Lecturas Americanas.*

hasta el cuero de Levante, de mucho grano, ó el del propio autor de la obra si le fuese dado realizar tan estupendo capricho satisfecho por el Sr. Edmundo Leroy, abogado de Valenciennes. Hizo éste encuadernar con dos pedazos de la piel de Delille un ejemplar que le había dedicado el poeta de su traducción de las *Geórgicas*.

Los encuadernadores de todas las épocas y naciones, desde que se inició la aparición del libro en rústica, han contribuído en general á hacer odiosa su lectura, dificultando que se abra con facilidad y que pueda sostenerse en una sola mano; aumentando, sin fundamento casi siempre, en un doble el precio de las obras baratas, y ofreciendo por el exagerado empleo de engrudos farináceos apetitosa golosina á las polillas: por fin, con la truculenta cuchilla estropearon millares de magníficas obras de la antigüedad, metiéndose en la caja del texto y mutilando toda suerte de ilustraciones gráficas. Particularmente en España, el mal gusto é ignorancia de los encuadernadores suele ser omnímodo, por haber aquí pocos lectores y eruditos aficionados á aquel arte. Y echemos no un velo, sí una de aquellas cubiertas embreadas con que se protege la carga de las plataformas en los trenes de mercancías—no conozco tela más espesa—sobre los incalificables despojos cometidos en el mundo de los libros por ciertos coleccionistas de encuadernaciones, mejor dicho, *de tapas*, puesto que aquéllas dejan de serlo desde el momento que se arrancan del libro que vistieron, y se convierten en traje deshecho por las costuras. Aunque el consuelo sea de tontos, conviene advertir que *el sabio* español á quien aludo tiene ó tuvo predecesores en el extranjero. Por haber constituído precisamente una lucrativa industria con la destrucción de libros de toda especie—exceptuando los devocionarios—para aprovecharse de las vestimentas, llegó á hacerse célebre en París cierto inicuo baratillero llamado Quillet, quien confesaba orgulloso haber desollado más de 50.000 volúmenes. El *sabio*, nuestro compatriota, no hizo sino repetir las hazañas de otro que tal francés —M. De-

roussent,—cuya venta de *cubiertas* se verificó en Montreuil-sur-Mer en Mayo de 1860. *El papel*—es decir, la obra, el libro despellejado ó en cueros ó sin cuero—de los más espléndidos infolios, ¡fué vendido por este coleccionista á la guarnición de Montreuil para hacer cartuchos! (1).

En nada reparan tampoco bastantes aficionados á estampas, portadas, frontispicios, cabeceras, colofones y otros adornos del libro.

Más de cien volúmenes en folio se custodian hoy en el *British Museum*, formados por Juan Bagford con portadas que fué arrancando de obras preciosas. Y véase cómo el libro, á semejanza del sándalo y del incienso, que perfuman el hacha y el ascua que los abate y consume—según observaron varios publicistas del pasado y de hogaño,—otorga á sus verdugos el codiciadísimo privilegio de la inmortalidad. Por sólo poseer una buena biblioteca se hicieron famosas bastantes medianías á quienes estorbaba lo negro; por encuadernar sus libros lujosamente, por comerciar con ellos, ¿qué más?, hasta por quemarlos, han pasado á la posteridad bastantes nombres.

Los fumadores poco cuidadosos, los que toman rapé, los que herborizan y secan luego flores y hierbas entre las hojas del primer volumen que les viene á las manos, los que no limpian ni los estantes ni los tomos, los que los limpian malamente, los fabricantes de zambombas, los tenderos de comestibles ordinarios, las cocineras y amas de casa poco escrupulosas que buscan pergaminos y papeles para cubrir orzas de manteca y potes de confitura, el agua y la humedad, la grasa, las yemas de los dedos sucios mojados en saliva para volver las hojas, los ratones, las cucarachas, el fuego y la luz del gas—entre otros muchos hombres, mujeres, plantas, insectos y elementos naturales—forman el formidable ejército de enemigos dispuestos siempre á destruir impresos y manuscritos. La civilización fué concluyendo con algunos otros que no he

(1) Cim (A.): *Un Bibliothèque*, pág. 346.

mentado. A la electricidad y á la producción baratísima de cintas-metros se debe la muerte de las velas de esperma, que solían apagar con los libros los lectores en la cama, y que los sastres y zapateros hayan dejado de construir tiras para tomar medidas y contrafuertes para el calzado femenino con las hojas de los códices, sin perdonar los enriquecidos con iluminaciones de toda especie.

En Santa María de Huerta me refirió hace tiempo el párroco que había conocido á uno de aquellos *artistas* que tomaba medidas con un *metro* ó *vara* formado con tiras de pergaminos arrancados de los manuscritos más notables de aquel rico monasterio, viéndose claramente en tal medida fragmentos de preciosas miniaturas. También este caso tiene precedentes entre nuestros cultos vecinos de las orillas del Sena, en donde el ramo de zapatería, en beneficio de las señoras, inmoló dos millones ó más de volúmenes *para aprovechar* los pergaminos y badanas de las cubiertas.

En ninguna parte se encuentra el libro más seguro que en la biblioteca pública, bajo la custodia de los que por su deber y ministerio han de mirar por él como el buen pastor por sus ovejas. Y aun en estos grandes estuches no está segura la joya, pues á más de que en ellos tienen libre entrada la mayor parte de los enemigos que llevo catalogados, es punto menos que imposible también verse libre de los que en casi todas las bibliotecas viven como en su propia casa sin pagar alquiler y comiendo de gorra y á dos carrillos. Al ocuparse en estos abominables seres que se filtran á través de los muros, sí que puede decirse con gran exactitud que no hay enemigo pequeño. No lo son, en efecto, con serlo por su tamaño, *el anobium pertinax*, el *eruditus* (sic), el *œcofora pseudo-spretella* y las muchas otras especies de gusanos y polillas que viven en el libro y del libro, como en sentido más noble los individuos del benemérito Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, que Dios guarde.

Poco galante y menos justo se muestra el Sr. Labessade,

considerando á la mujer, por serlo, enemiga del libro. Ni la menor cultura que tiene en general —y no ciertamente por su culpa,—ni sus protestas, siempre motivadas contra el desorden que introducen en el buen gobierno de la casa los eruditos y publicistas de toda especie, tiempos y países; justifican, á mi modo de ver, la acusación de aquel escritor, fundada, casi en absoluto, en calumnias que propalaron muchos publicistas, que á más de no cuidarse de instruir á sus señoras mujeres, para tiranizarlas fácilmente, acuden siempre tarde y refunfuñando al décimo aviso de: «fulano, la sopa está en la mesa».

Tampoco estamos conformes en que «le livre purifie ce qu'il tuche», afirmación traída por los cabellos para disculpar y enaltecer á la Du Barry y á otras *favoritas*, que tuvieron el capricho de reunir bibliotecas notables, como hubiesen podido coleccionar botes de perfumería, á ser de moda, y popularizarlas tanto como aquello. Ni refregándoles uno por uno todos los volúmenes que componían y componen las bibliotecas de Alejandría, del Museo Británico y la Nacional de París, me parece que se conseguiría *purificar* á ciertas *señoras* que todos conocemos; el crisol ó la colada tienen que ser otros. Nuestros vecinos padecen de muy antiguo del incurable achaque de hablar del mundo entero circunscribiéndole á Francia. «C'est tout le XVIII^e^ siècle», decreta el Sr. Labessade porque se le antoja, después de discurrir demasiado *latamente* á propósito de cuatro pamplinas. Con todo ello, paréceme que da pruebas de ser un enamorado del libro algo empalagoso y superficial, á la manera de esos conquistadores que desgastan el empedrado público persiguiendo á las mujeres que van solas, hasta encerrarlas, y... luego no se atreven á pasar del portal. De muy antiguo viene repitiéndose el axioma: «es más fácil quedarse con un libro que con su contenido»; esto por lo que respecta al espíritu, pues por lo que hace á la materia, son los libros vehículo de muchas y graves enfermedades, y á propósito de ello se publicaron en España y en el extranjero diver-

sos trabajos. El préstamo de aquéllos tiene, pues, entre otros muchos, este peligro más: es expuestísimo el trato con libros que anduvieron en muchas manos, como el de las mujeres que tienen comercio con todo el mundo. El préstamo, en todos sentidos, es grande enemigo del libro; y así como «el duelo del vivo», al decir de Quevedo, «comienza en el almirez del boticario», así también, desde el instante en que el volumen sale del poder de su legítimo dueño, puede ya darse por perdido. «¿Por qué no presta usted jamás ni el más insignificante folleto de su biblioteca?», preguntaron á cierto bibliófilo, hombre sumamente liberal.—«¡Pues precisamente porque la he formado con libros que me prestaron!»

Entre nosotros—soy testigo de varios casos—se llega á solicitar del amigo, y aun del librero, el préstamo de diccionarios de consulta diaria, como lo son el de la Lengua y los de Bouillet ó Larousse.

Por fin tiene el libro un enemigo novísimo, el automóvil, expresión genuina del apresuramiento en que vivimos, que más se compadece con *el diario* que con *el volumen,* por folleto que sea: ¡cualquiera lee de viaje ó de paseo en aquellos coches petroleros! Los eléctricos urbanos son la excepción, y en ellos sí puede hacerse, con más comodidad aún—por lo que atañe á velocidad y movimiento—que en las antiguas *galeras aceleradas.*

Una no insignificante bibliografía, exclusiva de amigos y enemigos del libro, pudiera formarse, como observa muy bien el Polybiblion de Agosto último (1), de volúmenes, folletos y artículos de revistas y diarios que, con más ó menos variantes ó amplificaciones, tratan del asunto. Y por no perder nosotros la costumbre, como apéndice del presente artículo damos una nota, sin verdaderas condiciones científicas de bibliografía, comprensiva de algunas obras de aquella especie.

Pocos fueron y pocos son los espíritus elegidos que han

(1) Pág. 183, part. litt.

rendido verdadero culto al libro, en comparación con las muchas almas de cántaro que lo despreciaron sin parar mientes en él ó, lo que es peor, después de sacarle el jugo. Alejandro de Macedonia y Ahmed-ben-Ali Cumi, constructores respectivamente de una suntuosa caja para guardar *La Iliada* y del Mihrab de Córdoba, como estuche de un Alcorán que había pertenecido al califa Omar; tienen pocos imitadores. En cambio la abominable raza de los Amrú se multiplica tanto como los mosquitos en los pantanos, y no habrá quien la aniquile mientras el mundo exista. Después de todo, puede que sea un bien para la cultura: quizás convendría de cuando en cuando un expurgo y quema como la de la biblioteca del hidalgo manchego. Se nos antoja, sin embargo, que nadie había de oponerse á que en las escuelas de instrucción primaria, así como se dan, ó deben darse, á los niños nociones de urbanidad, y convendría enseñárseles, al par que el manejo del fusil, el de los cubiertos en la mesa; aprendiesen también someramente cómo se construye el libro y cómo hay que vestirle y tratarle, ya que, por desgracia, entre nosotros no es camarada, sino persona de mucho cumplido. Dígalo si no la triste estadística que el Doctor Thebussem hace, á propósito de los lectores que tiene el *Quijote* en España, en una crónica reciente dirigida al Sr. Viscarti, de Milán, y que lleva por título *Admiraciones y Estadísticas*.

Y con esto doy aquí punto, temerosísimo de que los libros y el lector, parodiando á Narciso Serra cuando se quejaba de Camprodón, exclamen:

Navas, nos has deshojado
con este artículo huero;
pudo ser vaso esmaltado
y resultó vil puchero.

El Conde de las Navas

Madrid, 17 de Septiembre de 1904.

NOTA DE CUARENTA Y TRES IMPRESOS, QUE TRATAN EXCLUSIVAMENTE DE LOS *AMIGOS Y ENEMIGOS DEL LIBRO* (1)

ALAMBERT (D').—*Observations sur les insectes qui rongent les livres.*

—*ALKAN.—*Les livres et leurs ennemis.* París, 1883.

—*ANNUAIRE DU BIBLIOPHILE, *du bibliothecaire et de l'archiviste, par* LOUIS LACOUR. París, 1860, 63, 8.°

—BIBLIOPHILE FRANÇAIS (LE).—*Gazette illustrée des amateurs de livres...* 1868-73.

—BIBLIOPHILE ILLUSTRÉ (LE), *texte et gravures, par* TH. BERJEAN.

—BIBLIOFILIA (LA).—Periódico que se publica en Italia. 1904.

—BIBLIOMANIE (DE LA).—La Haye, 1761, 8.°

—BIBLIOPHILIE (LA).—Periódico. París, 1882.

—*BLADES (VILLIAM).—*Les livres et leurs ennemis* (traducción del inglés). París, 1883.

—*BOLLIOUD-MERMET.—*De la bibliomanie.* El Haya, 1765; 2.ª ed., 1865.

—BRUNET (JAQ. CHARLES).—*Manuel du libraire et de l'amateur de livres...* (París, 1820), 4 en 8.°

—BRUNET (JACQUES CHARLES).—*Manuel du libraire et de l'amateur de livres...* (París, 1860-65), 6 en 8.°

—*BULLETIN DU BIBLIOPHILE ET DU BIBLIOTHÉCAIRE, *revue mensuelle.* París, 1834.

—BURY (RICHARD DE).—*Philobiblion. Excellent traité sur l'amour des livres...* (1856), 8.°

—COHEN (HENRY).—*Guide de l'amateur de livres à vignetes.* París, 1880.

—*COURRIER DES BIBLIOTHÈQUES *et des amateurs de livres* (mensual). París. Fundado en 1901.

—CHEVREMONT (F. MARAT).—*Index du Bibliophile et de l'amateur de peintures, gravures,* etc. París, 1876.

—DESCHAMPS (P.) ET BRUNET (G.)—*Manuel du libraire et de l'amateur de livres.*—SUPPLEMENT. París, 1778-1880, 2 en 8.°

—*FERTINAULT (F.)—*Les amoureux du livre* (sonetos de un bibliófilo). París, 1877.

—HAULBERT (C.)—*Les insectes ennemis des livres (leurs mœurs; moyens de les destruire).* París.

—INSECTOS ENEMIGOS DE LOS LIBROS (LOS). — LA ESPAÑA MODERNA, 1.° Abril 1904.

—JANIN (JULES).—*L'amour des livres.* París, 1866.

(1) Los artículos señalados con * están extractados del precioso libro de ALBERT CIM *Un Bibliothèque* (París, 1902), obra premiada por la Academia Francesa, y que ha merecido con justicia que E. C. Gandot la llame POEMA en el juicio crítico que le dedicó en el *Polybiblion,* part. litt. (Noviembre 1902), pág. 452.

—Labessade (León-Félix de).—*L'amour du livre.* París, MCMIV.
—Lacroix (Paul).—*Les amateurs de vieux livres.* París, 1880.
—*Le Petit (Jules).—*L'art d'aimer les livres et de les connaître.* París, 1884.
—*Livre du bibliophile (Le).—*Obra atribuida á M. A. Lemerre.* París, 1874.
—Maillard (F.)—*Les passionnés du livre.* París.
—*Mouravit (Gustave).—*Le livre et la Petite Bibliotèque d'amateur.* París, 1870.
—*Mulsant (Étienne).—*Les ennemis des livres.* Lyon, 1879.
—Nodier.—*Bulletin du Bibliophile.*
—*Nordier (Charles).—*L'amateur de livres...* París.
—*Piot.—*Cabinet de l'amateur.*
—*Peignot (Gabriel).—*Manuel du bibliophile.* Dijon et París, 1823.
—*Quetin Bouchart (Ernest).—*Les femmes bibliophiles de France.* París, 1886.
—Robida (A.)—*Contes pour les Bibliophiles.* París, 1895.
—Rouveire (C.)—*Connaisances necessaires à un bibliophile.*
—Sieurin (J.)—*Manuel de l'amateur d'illustrations.* París, 1815.
—*Techner (Jacques-Joseph). — *Histoire de la blibliophilie.* París, 1861-64.
—*Tenant de Latour.—*Memoires d'un bibliophile.* París, 1861.
—Uzanne (Octave).—*Caprices d'un bibliophile.* París, 1878.
—Uzanne (O.)—*Dictionnaire bibliophilosophique, typologique,* etc. París, 1896.
—Vicaire (G.)—*Manuel de l'amateur de livres du XIX^e^ siècle.* París, 1891-93.
—Yre-Plessis (R.)—*Petit Essai de biblio-therapeutique ou l'art de soigner et restaurer les livres vieux ou malades.* París, 1900.

RELACIONES HISPANOAMERICANAS

LA GUERRA DEL PACÍFICO

III

La guerra entre España y las Repúblicas de Chile, Perú, Bolivia y el Ecuador terminó, como queda consignado, por virtud de la retirada de las aguas del Pacífico de la escuadra que mandaba el almirante Méndez Núñez. Mejor dicho, en Mayo de 1866, después del glorioso pero estéril combate del Callao, que sólo sirvió para evidenciar una vez más el heroísmo de la Marina española, cesaron las hostilidades, pero continuó lo que hubo de llamarse «estado de guerra técnica», verdadera guerra de Gabinete, que se prolongó durante cinco años, en cuyo plazo surgieron multitud de incidentes, estudiados también desde el punto de vista del derecho internacional, que complicaron la cuestión, haciendo más y más difícil el restablecimiento de las relaciones.

Incurrimos entonces en un error semejante al cometido cuando se emanciparon los Estados americanos. En 1825, en vez de imitar la conducta de Inglaterra, que se apresuró á tratar con sus antiguas colonias, logrando así conservar el mercado y fomentar su comercio, dilatamos el reconocimiento, lo hicimos depender de condiciones que, aun siendo justas, dificultaban la negociación, y dimos lugar á que otros pueblos se

aprovechasen de las circunstancias, con grave daño del comercio español.

En 1866, cuando era ya hora de conocer la enorme torpeza en que habíamos incurrido al lanzarnos á la aventura del Pacífico, que no tuvo sólido fundamento, ni podía tener finalidad, en vez de apresurarnos á poner remedio al mal, procurando siquiera atenuar sus consecuencias, persistimos en el error, lo agrandamos, y cometimos una nueva equivocación, colaborando en la obra política de los Estados Unidos, y contribuyendo así á que éstos afirmasen su influencia en la América española. ¿Por qué, en vez de aceptar primero la ingerencia del Gabinete de Washington, y de solicitar después, que solicitud debió existir, los buenos oficios de los Gobiernos de París y de Londres, no procuramos entendernos directamente con los aliados para poner fin rápidamente al estado de guerra? Es indudable que no pudo haber otra razón que la que bastantes años más tarde, en 1898, hizo que solicitásemos la mediación de Francia para tratar con los Estados Unidos, y que fuésemos á negociar en París en vez de negociar en Washington. Semejante error nos ha costado ahora el tener que aceptar el tratado de 10 de Diciembre de 1898, como nos costó antes cinco años de incomunicación y algunos más de tirantez de relaciones, sufriendo por ello graves perjuicios.

Concretándonos al desenlace de la guerra del Pacífico, importa hacer notar que ya antes del combate del Callao hubo un cambio de impresiones entre los Gabinetes de Washington y de Madrid, reiterando éste la seguridad de que no aspiraba á conquista, adquisición de territorio ni influencia alguna exclusiva en las Repúblicas de la América del Sur, y mostrándose dispuesto á acoger cualquiera sugestión que los Estados Unidos juzgasen oportuno hacer para facilitar el restablecimiento de la paz.

En virtud de esto, Mr. Seward dirigió una nota al encargado de Negocios de Chile en 19 de Abril de 1866, preguntándole si se hallaba autorizado y preparado para manifestar cuál

sería el ánimo del Gobierno chileno sobre ese particular, y para hablar de este asunto á nombre de los aliados Perú, Bolivia y Ecuador, y añadiendo que no era el ánimo del presidente de los Estados Unidos proponer ni aceptar el cargo de árbitro, ni indicar á las partes beligerantes términos definitivos y condiciones de reconciliación, sino meramente sugerirles alguna forma ó modo de negociación entre ellas mismas, en la esperanza de que, habiendo dado principio á tales negociaciones, las partes de por sí las llevarían á un favorable y feliz término.

Con fecha 24 de Mayo, es decir, cuando la escuadra española había emprendido su viaje de regreso, dió traslado de dicha nota al secretario de Relaciones exteriores del Perú el plenipotenciario de los Estados Unidos, contestando el Gobierno de Lima que oiría las indicaciones del presidente de la República Norteamericana y se pondría de acuerdo con los aliados.

Meses después, no habiendo hecho nada nuevo en ese sentido los Estados Unidos, recibieron orden los ministros y agentes de Inglaterra y Francia cerca de las Repúblicas aliadas de preguntar á los respectivos Gobiernos si estaban dispuestos á aceptar los buenos oficios de dichas dos potencias para poner fin á la guerra con España. Cumplida la orden el 27 de Septiembre, la respuesta del Perú, dada el mismo día (1), si bien fué satisfactoria en la forma, nada resolvía en el fondo. El Gobierno peruano acogió con reconocimiento las indicaciones de Francia é Inglaterra; pero añadió en su contestación que «la alianza que el Perú tiene con las Repúblicas de Bolivia, Chile y el Ecuador lo ponen en la necesidad de no poder adoptar por sí solo una determinación definitiva, que debe ser el resultado del acuerdo que se celebre entre los cuatro Gobier-

(1) Nota del secretario de Relaciones exteriores del Perú á los encargados de Negocios de Francia y de la Gran Bretaña; fecha, Lima, 27 de Septiembre de 1866.

nos aliados. No puede decir que acepta los buenos oficios, porque los otros Gobiernos aliados pueden tener motivos poderosos para la no aceptación que convenzan al mismo Gobierno peruano, y tampoco puede rehusarlos por una razón análoga en sentido inverso. Para dar, pues, una contestación definitiva es indispensable que el Gobierno peruano consulte, ante todo, á los Gobiernos de la Paz, Santiago y Quito».

Chile mostróse desde luego más propicio que el Perú, aceptando, aunque con ciertas reservas, los buenos oficios de las dos potencias, y se preparó á formular, de acuerdo con los aliados, unas bases para que, tomándolas en consideración Francia é Inglaterra al propio tiempo que las que debía presentar España, conciliasen los intereses recíprocos de los beligerantes; y aunque el Gobierno chileno cambió de actitud, anunciando que su respuesta definitiva sería negativa, los representantes francés é inglés propusieron se concertase una tregua indefinida, á fin de dar lugar á que, calmados los espíritus, pudieran ajustarse con serenidad las bases de un arreglo pacífico. La tregua no debía ser un convenio de los beligerantes entre sí, sino de los beligerantes con los Gobiernos mediadores (1).

Ni la tregua fué aceptada, ni lo fueron tampoco unas bases de arreglo definitivo propuestas por aquellos ministros francés é inglés, bases que por cierto eran mucho más favorables para España que para las Repúblicas.

Así las cosas, habiendo adoptado el 17 de Diciembre la Cámara de Representantes de los Estados Unidos una resolución recomendando al Poder ejecutivo ofreciese los oficios amistosos del Gobierno norteamericano para promover la paz y la armonía en Sud-América (2), el plenipotenciario de dicha Re-

(1) Protocolo de una conferencia celebrada el 1.° de Enero de 1867 entre el ministro de Relaciones exteriores de Chile y los encargados de Negocios de Francia é Inglaterra.

(2) Además de España y las Repúblicas aliadas, hallábanse entonces en guerra: de un lado, Paraguay y el Brasil; y de otro, Uruguay y la Argentina.

pública en Lima formuló la proposición de que se celebrase en Washington el 1.° de Abril una conferencia de los representantes de España, Chile, Perú, Ecuador y Bolivia, para tratar todas las cuestiones pendientes y convenir los términos de una paz permanente, debiendo existir un armisticio durante la celebración de aquélla. La conferencia sería presidida por un delegado del presidente de la Unión, que no tendría voto, ni asumiría obligación alguna en nombre de los Estados Unidos (1). Las Repúblicas respondieron, como anteriormente, que se pondrían de acuerdo y contestarían, como al fin lo hicieron; pero Chile formuló reservas que prejuzgaban cuestiones importantes, sobre las que versaba una parte esencial de sus diferencias con España, y que ésta no podía aceptar como condición previa (2).

La respuesta de los aliados no fué comunicada á España, por error del departamento de Estado, hasta el 28 de Noviembre de 1867, y el 10 de Diciembre inmediato contestó el ministro de Estado español diciendo que su Gobierno quedaba instruído oficialmente de la respuesta de Chile, que ya conocía por otros conductos, á los buenos oficios interpuestos por los Estados Unidos; que esa respuesta envolvía la repulsa de las bases propuestas, porque España no podía consentir en las reservas de Chile y en las condiciones fijadas por éste, sin reconocer que no había tenido derecho ni justicia en los motivos que la llevaron á hacer la guerra, ni las hostilidades que había empleado; que la repulsa de Chile desligaba á España de todo compromiso respecto de los Estados Unidos y la dejaba en libertad de obrar como creyese conveniente; pero que, no obstante eso, animado del deseo de arribar á la paz, y en obsequio á la amistosa interposición de dicho Gobierno, no cambiaría la situación actual de las cosas, á fin de que el Gobierno de Washington pu-

(1) Nota del plenipotenciario de los Estados Unidos al secretario de Estado del Perú; fecha, Lima, 8 de Enero de 1867.

(2) Este juicio fué formulado por Mr. Seward en la conferencia de 10 de Enero de 1868, de que se habla en el texto más adelante.

diese continuar sus gestiones conciliadoras, salvo que acontecimientos agresivos, imprevistos, lo obligasen á obrar de otra manera.

Una de las dificultades con que se había tropezado para la reunión de la conferencia en Washington estribaba en la facultad que se reservaba el Gobierno de los Estados Unidos de designar el árbitro en caso de disidencia entre los plenipotenciarios, porque «la falta de un Estado hábil en América para llenar esa delicada misión, salvo que fuesen los mismos Estados Unidos, y la índole y tendencia de la política europea que serían más pronunciadas, como en el caso de Méjico, cuando estuviese de por medio una nación de ese Continente, una antigua monarquía en contraposición de pueblos antagonistas de aquel régimen por sus formas políticas, mal conocidos y peor juzgados, menos por sus propios defectos que por las preocupaciones y vulgares errores que sobre ellos circulan fuera de nuestro Continente, justifican en mucho el recelo que se abriga de dejar indeterminado el nombramiento de ese juez inapelable» (1).

No desistieron por esto los Estados Unidos de continuar sus gestiones. El 9 de Enero de 1868 celebró Mr. Seward una conferencia con el representante del Perú en Washington, en la que lamentó no se hubiese tenido plena confianza en su acción oficiosa y en la reserva que hacía de designar el árbitro, como medio de salvar las contradicciones que habrían surgido si de antemano se hubiese propuesto; se dolió de que las opiniones y sentimientos reinantes en aquella época hubiesen malogrado una coyuntura tanto más propicia á la paz cuanto que España la aceptó sin vacilación ni limitación alguna, y expuso su propósito de dirigirse de nuevo á los beligerantes para reanudar las negociaciones. Así lo hizo, en efecto, por despacho circular de 27 de Marzo de 1868, encargando Mr. Seward

(1) Despacho del ministro del Perú en Washington al secretario de Estado del Perú; fecha, 10 de Enero de 1868.

á los representantes de los Estados Unidos en España, Perú, Chile, Bolivia y el Ecuador, sugiriesen á los respectivos Gobiernos la idea de suscribir un armisticio, y, caso de ser aceptada, agregasen cuán conveniente era nombrasen plenipotenciarios que, reunidos en Washington, ajustasen una paz definitiva.

Chile había expresado ya su opinión al tener noticia de aquella conferencia. En su concepto, de todas las proposiciones presentadas hasta entonces (las de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos), la de ajustar una tregua indefinida era la más conforme á los intereses de los aliados. «Dejando ella á salvo—decía—las cuestiones de derecho, comprometidas en la guerra y cuya solución favorable á nuestra causa no nos sería posible obtener por ahora, tiene la ventaja de no imponernos compromiso alguno gravoso ni ligarnos á contingencias tan delicadas como las que envolvía la mediación propuesta por los Estados Unidos. Por otra parte—añadía,—ella bastaría para dar al comercio toda la confianza necesaria, desde que quedase estipulado que la tregua no podía romperse sin aviso anticipado de algún tiempo considerable, y desde que á ese pacto podía agregarse alguna cláusula especial para dejar á los beligerantes en la libertad de comerciar en toda clase de artículos, aun de los considerados como contrabando de guerra. Los antecedentes que se tienen sobre los propósitos pacíficos del Gobierno español dejan presumir que no sería difícil su aquiescencia para suscribir un pacto sobre esas ú otras bases semejantes. Podría decirse que en el hecho semejante pacto equivaldría á la paz. Enhorabuena; que el tiempo se encargue de convertir esa tregua en paz definitiva, si así lo quieren los beligerantes en el porvenir; pero aquella paz de hecho sancionada por la tregua no envolvería, como la otra, un olvido oficial ni una absolución de los atentados del enemigo desde la reivindicación de las Chinchas hasta el bombardeo de Valparaíso» (1).

(1) Despacho del ministro de Relaciones exteriores de Chile al de igual clase del Perú; fecha, Santiago, 22 de Marzo de 1868.

Desde un punto de vista español podría tacharse de intransigente esta actitud; pero procediendo imparcialmente y teniendo en cuenta los antecedentes del conflicto á que se quería poner término, hay que convenir en que el pensamiento del Gobierno chileno era, indudablemente, el más práctico, el que mejor podía conducir á que en un plazo más ó menos largo se reanudasen las relaciones, primero, y se concertase después la paz entre España y las Repúblicas aliadas. Comunicado á los Estados Unidos (1), éstos lo pusieron en conocimiento del Gabinete de Madrid; pero cuando llegó esa proposición á noticia del ministro de Estado había tenido lugar un importante cambio en la Península, el que entrañó la revolución de Septiembre de 1868, que puso fin al reinado de la Casa de Borbón, obligando á D.ª Isabel II á pasar la frontera y refugiarse en Francia.

Así como el Ministerio Narváez mostrábase sumamente propicio á restablecer las relaciones con las Repúblicas, el Gobierno provisional (2), incurriendo en un grave error, juzgó que al saber la caída de D.ª Isabel II se facilitaría por los aliados el ajustar una paz definitiva, y no se mostró propicio á aceptar una tregua. «Mientras no sea conocido—decía el señor Lorenzana—el efecto que, con relación á nuestras cuestiones en el Pacífico, produzca la transformación política que se ha obrado en España, el Gobierno provisional considera que ofrece una segura muestra de sus generosos deseos y de los nobles sentimientos que abriga hacia las Repúblicas aliadas, adelantándose á manifestar que aceptará desde luego una paz sin condiciones que, ofrecida por un mediador tan imparcial como el Gobierno de los Estados Unidos, dejaría á salvo las

(1) Nota del ministro de Relaciones exteriores de Chile al representante de los Estados Unidos; fecha, Santiago, 16 de Junio.

(2) Sabido es que al triunfar la revolución, después de la batalla del Puente de Alcolea, se constituyó un Gobierno provisional bajo la presidencia del general Serrano, en cuyo Gobierno desempeñó la cartera de Estado el ilustre periodista D. Juan Álvarez de Lorenzana.

susceptibilidades que la iniciativa en proponerla pudiera despertar en cualquiera de las partes interesadas» (1).

Poco afortunado en esto el primer ministro de Estado de la Revolución, lo estuvo más al rechazar la indicación formulada por Mr. Seward al plenipotenciario español en Washington, dirigida á que España, tomando ocasión de las desgracias que por entonces afligían á sus adversarios, declarase que daba por terminada la contienda, salvo sucesos futuros que afectasen á su dignidad (2); y estuvo más acertado porque, además de no saberse si esa iniciativa de España sería lealmente correspondida por las Repúblicas aliadas, «la proclamación de la paz de nuestra parte sólo—como decía muy bien el Sr. Lorenzana,—sobre el gravísimo inconveniente de ofrecer el peligro de un desaire que lastimase el decoro de la nación, tendría también el de no constituir, mientras no fuese secundada por las Repúblicas, un verdadero estado de paz, ni siquiera una situación clara y terminante».

Lograron, sin embargo, las gestiones de los Estados Unidos que los representantes de las cuatro Repúblicas aliadas se reuniesen en Lima, en Septiembre de 1868, para discutir y acordar la respuesta que debían dar á la nota de Mr. Seward. Prevalecieron en la conferencia tendencias pacíficas; pero en tanto que Bolivia, el Ecuador y el Perú se mostraron dispuestos á concertar un arreglo definitivo, Chile insistió en que el acuerdo debía limitarse á ajustar una tregua indefinida. La solución no agradó al Gabinete de Madrid, el cual, si bien creyó que la actitud de Chile podía tener por causa el resentimiento, todavía no calmado, por el bombardeo de Valparaíso, estimó también que no faltaban razones para atribuir esa insistencia «al propósito de ganar tiempo y adquirir facilidades para allegar elementos de fuerza que pudieran utilizarse con

(1) Despacho del ministro de Estado al plenipotenciario de España en Washington; fecha, Madrid, 28 de Octubre de 1868.

(2) Despacho del plenipotenciario de España en Washington al ministro de Estado; fecha, 25 de Septiembre.

mayor expedición y celeridad en un estado de tregua que en un estado de paz» (1). Acaso fuese infundado este recelo; pero el hecho es que, como consecuencia de tal hipótesis, reiteró el Sr. Lorenzana la idea de que la tregua crearía un estado de cosas entre España y Chile poco en armonía con los deseos de paz general que abrigaba el Gobierno español, y contrario á los verdaderos intereses de ambos países. «La tregua—dijo—es una suspensión de hostilidades que deja en pie y subsistentes todas las cuestiones que motivaron la guerra; de modo que, sin necesidad de nuevas causas ó razones, puede cualquiera de los beligerantes reasumir la actitud bélica rompiendo la tregua, ya porque su término haya expirado, ó ya porque, siendo indefinido, le convenga obrar así. De aquí la necesidad de que los contendientes se mantengan en situación de combate, y, por consiguiente, la permanencia del estado de guerra en lo que tiene de oneroso para las naciones, aun suspendidas las hostilidades, pues falta la declaración de paz que respectivamente asegure á las dos partes contra el peligro de verse acometidas». «Una tregua—añadía—para dar espacio á negociaciones de paz se comprende, y es lo conforme á las prácticas internacionales; pero hacerla indefinida, omitiendo esas negociaciones, equivaldría á dejar sin término ni límite la ocasión de lamentables conflictos, tanto más de temer, cuanto que no cabe considerar muy pacíficas las miras de quien rechaza la paz y quiere encerrarse en las condiciones de una tregua».

Injusta era para Chile esta última suposición, y sólo puede explicarse que el Sr. Lorenzana abrigase esos temores por desconocimiento de los propósitos de dicha República, pues aquélla no rechazaba la paz: la quería, la deseaba, pero creía al propio tiempo que no podía hacerse sin mengua de su dignidad, por las condiciones que seguramente había de imponer España.

---

(1) Despacho del ministro de Estado de España á su plenipotenciario en Washington; fecha, Madrid, 25 de Noviembre de 1868.

En lo que tenía razón sobrada el Sr. Lorenzana era en el concepto que formaba del armisticio ó tregua, de su fin y de su alcance. Su criterio era en ese extremo completamente conforme con el derecho internacional. Pero siendo el mejor, era el menos práctico; y así sucedió que la opinión de Chile se impuso á las otras Repúblicas, y el 2 de Enero de 1869 firmaron los plenipotenciarios de los cuatro aliados un Protocolo en el cual consignaron las bases del armisticio que debía celebrarse con España.

Concertadas las Repúblicas, era preciso obtener la conformidad del Gobierno español, y habiendo dejado el Ministerio el Sr. Álvarez de Lorenzana (1), y siendo evidente que sin pasar por el trámite del armisticio no podría llegarse á la paz, se aceptó aquel medio, con lo cual pudieron comenzar en Washington el 29 de Octubre de 1870 las conferencias de los plenipotenciarios de las Repúblicas para redactar el proyecto de artículos de armisticio.

En la conferencia preliminar celebrada en dicho día tomaron parte, además del secretario de Estado de la República Norteamericana, Mr. Hamilton Fish, el plenipotenciario de España, D. Mauricio López Robert; el del Perú, D. Manuel Freyre; el de Chile, D. Joaquín Godoy, y el del Ecuador, don Antonio Flores. Estos tres últimos manifestaron que, según las instrucciones que tenían, les estaba vedado todo procedimiento mientras no se hallasen reunidos los cuatro representantes de las Repúblicas aliadas, por lo cual se veían precisados á aguardar la llegada del plenipotenciario de Bolivia. Nada, pues, pudo hacerse por entonces; pero en vista de la noticia comunicada á la secretaría de Estado de Washington por el ministro norteamericano en La Paz, de haberse nombrado para representar á Bolivia al plenipotenciario del Perú,

(1) El Sr. Lorenzana desempeñó la cartera de Estado desde el 8 de Octubre de 1868 hasta el 18 de Junio de 1869, en que fué sustituído por D. Manuel Silvela.

Sr. Freyre, y suponiendo que con esto había desaparecido la dificultad que impidió la prosecución de las conferencias, circuló Mr. Fish otra convocatoria para el 11 de Abril de 1871.

Reunidos en este día los plenipotenciarios, el Sr. Freyre manifestó que, aunque había recibido los plenos poderes del Gobierno de Bolivia, no haría uso de ellos sin obtener previamente la venia del suyo; pero que no tenía inconveniente en suscribir *ad referendum*, en nombre de la República boliviana, la estipulación de un armisticio con España, no sólo por considerarse suficientemente autorizado para adoptar este arbitrio que ponía en camino de solución el conflicto pendiente, sino también porque estando fijadas en el Protocolo de 2 de Enero de 1859 las bases para el armisticio, con el concurso de todos los aliados, era imposible que fuera desaprobado por el Gobierno boliviano, si el que pactase estuviese ajustado á las mismas condiciones. Ante esto comenzó á discutirse el proyecto de artículos que los aliados llevaban redactado, y el mismo día 11 quedó aprobado, firmándose al siguiente.

Pactábase en dichos artículos un armisticio entre España y las Repúblicas aliadas, de duración indefinida, y que no podría ser roto por ninguno de los beligerantes sino después de haber notificado expresa y explícitamente al otro, por conducto del Gobierno de los Estados Unidos, su intención de renovar las hostilidades. Se declaraba libre el comercio con los neutrales de los artículos considerados de lícito comercio en estado de paz, y se fijaban plazos para la ratificación y canje, pero consignando que esos plazos no obstarían á la continuación de las conferencias destinadas á negociar la paz.

«A primera vista—escribía el plenipotenciario del Perú, Sr. Freyre, dando cuenta de este resultado (1)—se convencerá V. I. de que este pacto abraza todas las condiciones fijadas

(1) Despacho del ministro plenipotenciario del Perú al ministro de Relaciones exteriores de dicha República; fecha, Washington, 12 de Abril de 1871.

en el Protocolo de 2 de Enero de 1869, y que en consecuencia con los objetos que entonces se tuvieron en mira, hemos alcanzado las ventajas siguientes: primera, que el desahucio del armisticio deba preceder por lo menos tres años á la renovación de las hostilidades; segunda, que la notificación se haga en este caso por conducto de los Estados Unidos; tercera, que durante el armisticio puedan obtenerse libremente de los neutrales todos los artículos de lícito comercio en el estado de paz; y cuarta, que el último plazo para el canje de las ratificaciones sea ilimitado. No he vacilado en calificar de ventajosas estas estipulaciones, porque todas ellas favorecen exclusivamente á las Repúblicas aliadas.—La prolongación del plazo del desahucio para la renovación de las hostilidades daría la oportunidad de discutir y arreglar con más calma las diferencias que motivaron el rompimiento; y el que la notificación se haga por conducto del Gobierno de los Estados Unidos evitaría toda cuestión sobre la fecha en que se verificó y prestaría facilidades para que el Gobierno mediador, que está interesado en la tregua, emplease los medios que se encuentran á su alcance á fin de impedir que se rompa.—Pudiendo durante el armisticio negociarse con los neutrales todos los artículos de lícito comercio en el estado de paz, tendríamos tiempo y medios más que suficientes para armarnos y prepararnos á la defensa, si por algún evento tuviera que renovarse nuestra contienda».

Continuaron las conferencias, aunque con carácter confidencial, y en la celebrada el 24 de Enero de 1872 se hizo una aclaración que limitaba el alcance del Protocolo; esa aclaración, pedida por el ministro de Chile y aceptada por los demás plenipotenciarios, consistió en afirmar que el armisticio «no importó, en modo alguno, el restablecimiento de relaciones comerciales entre España y las expresadas Repúblicas». Orillado esto, surgió bien pronto un obstáculo que permitió comprender serían infructuosos cuantos esfuerzos se hicieran para llegar á un acuerdo definitivo. Todos los plenipotenciarios se

mostraron animados de los mejores deseos; todos proclamaron la necesidad de la paz; pero el de Chile, que no fué, por cierto, el menos expresivo, puso una condición: la de que España otorgase á la República chilena reparaciones por el bombardeo de Valparaíso. «Apenas necesito decir, porque es notorio —manifestó el Sr. Godoy,—que ese hecho ejecutado por las fuerzas navales de España contra una plaza exclusivamente comercial y completamente indefensa, infirió á la dignidad y á los intereses de Chile ofensas cuyo olvido incondicional no sería compatible con el decoro ni con el derecho de la nación ofendida. La naturaleza de los actos de reparación—añadió—se halla bastante bien determinada por la de las ofensas inferidas, y bajo tal norma haré su especificación si el señor ministro de España puede hacerme saber que su Gobierno se allana al justo desagravio que el de Chile requiere como condición para el ajuste de la paz». El ministro español declaró que no podía aceptar la discusión sobre esa base; y aunque los demás representantes hicieron esfuerzos para que se llegase á un arreglo, siendo esto imposible y no estando dispuestas las otras Repúblicas á tratar entonces separadamente de Chile, se consignaron en un Protocolo (1).

En dicho documento, el secretario de Estado de la Unión hizo constar lo siguiente: «Que no sólo veía contrariada su esperanza, sino que deploraba que las diferencias entre España y Chile pareciesen de tan difícil conciliación. Los Estados Unidos esperaban, en vista de las grandes mudanzas que habían tenido lugar en el Poder Ejecutivo de España, después del acto de que Chile se queja, que S. M. el soberano actual de España no se consideraría moralmente responsable del acto severo de su predecesor en el ataque contra Valparaíso, sino que satisfaría la sensibilidad natural de Chile, expresando

(1) Protocolo de la conferencia celebrada en el Departamento de Estado en Washington, el 24 de Enero de 1872. (Colección de Tratados del Perú. Edición oficial, tomo sexto.)

el pesar de que el Gobierno de Isabel II no hubiese ofrecido á Chile satisfactorias explicaciones á ese respecto. Es de presumir también, en las actuales circunstancias, que habiendo las Repúblicas aliadas del Pacífico aceptado incondicionalmente la mediación de los Estados Unidos, después de las conferencias de Lima, cuyo Protocolo está datado el 1.° de Septiembre de 1868; habiendo ajustado bajo dicha mediación un armisticio con su adversario, y habiendo hecho un esfuerzo sincero, aunque hasta aquí desafortunadamente infructuoso, para concluir colectivamente una paz definitiva, pueden ahora tomar en seria consideración la conveniencia de celebrar separadamente tratados con España. Si en cualquiera tiempo existiere tal disposición y se creyesen útiles al efecto los buenos oficios de los Estados Unidos, se harán de buen grado, siempre que fueren deseados».

Tal resultado parecía alejar indefinidamente toda esperanza de paz definitiva; pero poco después, y, si no con las cuatro Repúblicas, con una de ellas, pudo creerse llegado el momento de la deseada reconciliación.

En efecto: por decreto de 13 de Junio de 1872, el Gobierno del Perú ordenó á su representante en Washington que aceptase los buenos oficios del Gabinete norteamericano para celebrar por separado la paz con España, ajustando un «pacto incondicional en que se declarase que, por primera vez, el Perú y España entraban en relaciones de paz por medio de un Tratado público, pero sin hacerse mención en él ni de reconocimiento, ni de independencia, ni de deuda». Freyre, que seguía siendo representante del Gabinete de Lima cerca del de la Unión, se puso de acuerdo con Mr. Fish, y ambos celebraron varias conferencias con el plenipotenciario español, el almirante Polo de Bernabé, con el cual concertaron un proyecto de Tratado, en cuyo artículo único se expresaba que «habrá entre S. E. el presidente del Perú y S. M. el rey de España, y entre sus respectivos ciudadanos, súbditos, Estados y dominios, una paz cristiana, duradera é inviolable, y una amistad perfecta y

sincera, que estrecharán en adelante por todos los medios que al efecto emplean las naciones civilizadas».

A punto de firmarse este Tratado, que rompía la alianza entre las Repúblicas, tuvo lugar un cambio radical en la Administración del Perú, y el nuevo Gobierno, por decreto de 6 de Septiembre, derogó el de 13 de Junio, y ordenó á su representante en Washington que suspendiese todo procedimiento hasta que, una vez sometido el asunto al Congreso, se adoptase una resolución definitiva.

El decreto de 13 de Junio y las negociaciones con España, que fueron su consecuencia, no habían sido comunicados á las otras Repúblicas; así es, que cuando tuvieron conocimiento de la derogación de aquél, no vacilaron en congratularse de esto, confesando el mal efecto que les había producido la inteligencia del Perú con España, y sobre todo la reserva del Gobierno de Lima (1).

Por todo esto podía considerarse indefinidamente aplazado el establecimiento de una paz definitiva, lo cual era tanto más lamentable cuanto que el armisticio de 1871, según se hizo constar, como hemos dicho, á petición del representante chileno, no implicaba el restablecimiento de relaciones comerciales. Sin embargo, era evidente que la unión entre las Repúblicas se había quebrantado, y que el Perú deseaba la paz, no teniendo—y menos aún los tenían Bolivia y Ecuador—los resentimientos que Chile; por lo cual cabía abrigar la esperanza de que cualquier rozamiento que surgiese entre los aliados facilitaría la inteligencia individual de éstos con España; y en efecto, así sucedió, porque incidentes provocados por la explotación del salitre y la cuestión de la frontera chileno-boliviana dieron lugar á la guerra entre ambos países, guerra que se extendió al Perú por virtud de la alianza ofensiva y defensiva entre éste y Bolivia (1879).

(1) Nota del ministro de Relaciones exteriores de Chile al plenipotenciario del Perú en Santiago; fecha, 27 de Septiembre de 1872.

Antes del rompimiento entre Chile y el Perú existían ya negociaciones puramente confidenciales para ajustar un Tratado de paz hispanoperuano, negociaciones que una vez verificado aquél tomaron un carácter oficial, firmándose en París, el 14 de Agosto de 1879, por el embajador de España, marqués de Molins, y el plenipotenciario del Perú cerca de la República francesa, Sr. Goyeneche, un Tratado de paz y amistad limitado á restablecer la representación diplomática y consular y á otorgarse en todo, recíprocamente, el trato más favorable. Unida Bolivia al Perú, las negociaciones con aquélla se siguieron y se ultimaron por parte de España casi al propio tiempo, pues el Tratado de paz y amistad hispanoboliviano lleva fecha de 21 de Agosto de 1879. En éste se restableció en todo su vigor el celebrado en 21 de Julio de 1847, ratificado en 12 de Febrero de 1861.

Chile también deseaba la paz: lo revelaba el lenguaje de sus periódicos y lo decían sin rebozo, en el terreno confidencial, sus diplomáticos; pero el Gobierno de Santiago seguía empeñado en exigir una reparación por el bombardeo de Valparaíso, y pretendía, como límite de sus concesiones, que en el preámbulo del Tratado se desaprobase ese hecho, y que entregando España una suma no mayor de cien mil duros, Chile devolvería la goleta *Covadonga*. Tales condiciones no podían ser aceptadas, y no lo fueron, manifestando el Gabinete de Madrid que únicamente se prestaría á ajustar un Tratado de paz análogo al celebrado con las otras Repúblicas del Sur.

Difícil parecía que se pudiese llegar á un acuerdo sustentando tan opuestos criterios; y sin embargo, no tardó en lograrse ese feliz resultado, contribuyendo á ello no poco la amistosa é imparcial conducta observada por España en la guerra existente entre las Repúblicas. Chile cambió por completo, y ya en Marzo de 1881 se mostró dispuesto, por medio de su representante en París (1), á negociar las bases de un

(1) Era entonces ministro plenipotenciario de Chile cerca de la República francesa el distinguido diplomático Sr. Blest Gana.

Tratado de comercio y navegación, á abrir desde luego los puertos chilenos á la bandera española, y á concertar un *modus vivendi* más ventajoso que el armisticio de Washington. Entabláronse entonces negociaciones en París, que no dieron el resultado que se esperaba, por lo cual hubieron de trasladarse á Lima (1). Un incidente con el cual no cabía contar facilitó el desenlace.

Con motivo de una visita realizada por varios españoles residentes en el Perú al sitio en que habían sido enterrados, en la isla de San Lorenzo, los individuos de la escuadra española muertos en los años de 1865 y 1866 durante el bloqueo ó á consecuencia del combate del Callao, el presidente de la Sociedad de Beneficencia española concibió la idea de trasladar dichos restos al Cementerio general de Lima. Acogida favorablemente la idea por el representante de España, Sr. Vallés, pidió instrucciones al Gobierno acerca de si debía tomar parte en la manifestación que se proyectaba. El ministro de Estado contestó (2) que para realizar ese pensamiento era indispensable, además de obtener el permiso de las autoridades peruanas, lograr la conformidad del general chileno, añadiendo que si éste se asociaba al acto caritativo y generoso de que se trataba enviando un piquete de honor, esto daría lugar á que el Gobierno de S. M. enviase inmediatamente un buque de guerra á Valparaíso á saludar al pabellón chileno. La idea fué aceptada por Chile: el Gobierno español envió la fragata de hélice *Navas de Tolosa,* la cual llegó á Valparaíso el 3 de Febrero de 1883, saludó á la plaza, siéndole devuelto inmediatamente el saludo y haciéndose á la fragata un recibimiento entusiasta.

El resultado se tocó bien pronto, pues el 12 de Junio de

---

(1) Hay que tener en cuenta que en la guerra sostenida por Chile contra el Perú y Bolivia, el ejército chileno logró apoderarse de Lima.

(2) Telegrama del ministro de Estado al encargado de Negocios de España en Lima; fecha, 3 de Junio de 1882.

1883 se firmó en Lima el Tratado de paz y amistad entre España y Chile.

Aún tardó año y medio en lograrse el restablecimiento de relaciones con el Ecuador, porque á ello se opusieron: primero, la pretensión del Gobierno de Quito de que el Tratado que había de ajustarse tuviese por base el reconocimiento de la legalidad existente antes de la guerra, esto es, el pacto de 15 de Mayo de 1861; y segundo, el estado interior de la República.

En cuanto á lo primero, la dificultad estribaba en que el art. 2.° del Tratado de 1861 establecía el trato de la nación más favorecida para los súbditos, buques mercantes y productos manufacturados, lo cual estaba prohibido por el art. 4.° de la ley de 6 de Julio de 1882; y respecto de lo segundo, como la revolución que había estallado en el Ecuador tomaba cada día más vuelos, hasta que al fin triunfó, y, constituído un nuevo Gobierno, se inauguró la administración de D. José María Plácido Caamaño, no fué posible negociar seriamente; pero al fin se dominaron ambas dificultades, y el 28 de Enero de 1885 se firmó el Tratado de paz y amistad entre España y el Ecuador.

De este modo quedaron restablecidas las relaciones con las Repúblicas del Pacífico. La guerra del 66 nos costó cerca de veinte años de incomunicación, al cabo de los cuales sólo conseguimos establecer acuerdos imperfectos; porque sobre lo principal, que era el comercio, nada positivo se hizo.

Jerónimo Bécker

RECUERDOS

En Marín (Pontevedra) escribí el artículo anterior.

En Madrid, provincia de ídem, voy á dictar este artículo.

Y es el caso que ya no me acuerdo de lo que entonces dije, y temo repetir lo ya dicho.

Fenómeno misterioso es este de la memoria.

Me olvido por la noche de lo que hice por la mañana; nunca recuerdo los días ni las horas de las infinitas juntas y reuniones, que me solicitan y me molestan.

Lo próximo se borra con lastimosa facilidad.

Lo lejano lo veo bañado en luz vivísima.

Si repito algo de lo que dije, que el lector me lo perdone.

Recorría Marsella en todos sentidos, de día en pleno sol, y de noche recorría también sus calles principales, viendo en la sombra sus cafés, llenos de resplandores y de gente.

Y yo, encantado, admirado y en mis glorias, como el que navega en un río de vida y de luz,... sin marearse.

Todo y todos me eran simpáticos. Pasaba un individuo cualquiera, y decía yo para mí: «ése debe de ser un matemático, uno de los grandes matemáticos que posee la Francia». Pasaba otro, y me imaginaba que era uno de los *escritores franceses* cuyas obras yo con tanto deleite saboreaba. El de más allá tenía cara de militar: «algún descendiente ilustre de los prodigiosos soldados de las guerras de la República y del Imperio», suponía yo, y casi le saludaba con respeto.

Mucho me extrañaba que no saliesen de cualquiera de aquellos cafés tan resplandecientes Cauchy ó Dumas á saludarme: «¡hola! ¿usted por aquí?»

Claro es que jamás sospecharon, ni el inmortal matemático, ni el fecundo, interesantísimo é ilustre novelista, que yo existiese sobre la superficie de la tierra; pero ¿qué importa? El sol no conoce á todos los que le miran y viven de su luz, como se ha dicho hace mucho tiempo, y yo repito porque viene al caso y porque las alabanzas á los muertos nunca pueden ser adulaciones.

A los muertos se les puede alabar impunemente, sin que padezca la dignidad propia.

Alabar ó mostrar simpatía á los vivos ya es distinto: hay que andar con mucho pulso; y aunque se sientan simpatías, y aun admiraciones, hay que moderarlas.

Pero con los muertos no hay peligro.

Un cadáver ¿qué nos puede dar? Huesos, despojos, ceniza, silencio, ni siquiera gratitud.

Yo no conocía en Marsella á nadie, ni nadie me conocía; con todo eso, me figuraba que todos los marselleses, y todo francés, mejor dicho, era amigo mío.

He vivido siempre, y aunque cumplí los setenta y dos, y camino rápidamente hacia los setenta y tres, aun hoy mismo vivo, *en perpetuo drama interior ó comedia*, según los casos.

No hay una circunstancia en mi vida, circunstancia grande ó pequeña, en que no forje para mi uso interno un drama íntimo, que todo el mundo ignora, y que yo aplaudo ó silbo con imparcialidad suprema.

Es una costumbre, un vicio de mi cerebro, una manera de ser.

¿Tengo una alegría? pues un drama. ¿Tengo una tristeza? pues otro drama. Y en todos soy yo el protagonista, gallardo, heroico ó vencedor.

Yo creo que desde los cinco años empecé á componer estas pequeñas obras dramáticas en el escenario de mi propia ima-

ginación y para uso de mi propia persona, sin más espectador que mi conciencia, infantil al principio, reflexiva después.

Me parece que en estos *Recuerdos* he contado ya varios: recordaré uno de los primeros, y, si ya lo referí, será una *reprise*; tanto mejor: es que alcanzó gran éxito.

Tendría yo unos once años, á lo sumo, y estaba en la clase de Latín.

En el banco que yo ocupaba se inició no sé qué movimiento de indisciplina, que irritó al profesor, D. Santiago Soriano, y con voz terrible fulminó esta sentencia: «¡todos los de ese banco, de rodillas!»

Y tuve que arrodillarme. ¡Qué rabia y qué vergüenza!

Era la primera vez que me imponían castigo tan humillante; y fué la última, porque mis padres habían prohibido terminantemente que me castigasen. A mí no me ha castigado nunca nadie, lo digo con noble orgullo y con honrada altivez, ni de grande ni de chico, y como no se den mucha prisa, acabaré mi existencia sin haber sufrido más castigo directo y oficial que este que voy refiriendo: el de la *clase de Latín*, aquel movimiento único y degradante de aplicar las dos rodillas en el suelo.

¡Una tempestad de ira, de rabia, de ansias de venganza, se desató en el interior de mi pequeño cuerpo!

¡De rodillas! ¡De rodillas, y por culpa ajena!

Por culpa ajena, repito, porque yo he sido siempre dócil, obediente y subordinado.

Subordinado en la escuela, en la carrera, en la política. Siempre he respetado á mis maestros y á mis jefes, ya se llamasen D. Santiago Soriano (el profesor de Latín), ya D. Manuel Ruiz Zorrilla ó D. Cristino Martos, los jefes de los radicales y de los demócratas de antaño.

Pues, siguiendo el hilo de mis recuerdos, diré que el rato que estuve de rodillas lo pasé tragándome lágrimas y forjando en mi cerebro un drama terrible de venganzas tremendas. No venganzas estudiantiles, sino venganzas heroicas, caballerescas.

Yo me figuraba que venía á la escuela á caballo, cubierto de una resplandeciente armadura, como había leído en varias novelas que llevaban los héroes novelescos; porque desde los ocho años leía novelas de todos los géneros y escuelas, principalmente caballerescas: leía, por ejemplo, el *Gonzalo de Córdova*, de Florián.

Llegaba, digo, á la puerta de la escuela, y retaba á singular combate al profesor; y, como es natural, le vencía, obligándole á ponerse de rodillas.

Todo esto *en serio*, y llorando bajito.

Pues por ridícula que sea esta costumbre, no la he perdido: todavía al pie de los torreones feudales de mi fantasía visto acerada armadura y he reñido más de una batalla con más de un crítico de teatros. ¡Pobre sér humano! ¡siempre niño!

*
* *

Más de una historia, novela ó drama, forjé yo al recorrer las calles de Marsella.

Por lo menos, me figuré que al salir de Francia iba á quedar amigo de media docena de matemáticos, otros tantos novelistas y dramaturgos, y algún soldado que otro del Imperio ó de la República; porque sépase que en mi interior siempre he tenido aficiones guerreras, y aun he ganado de memoria algunas batallas tan gloriosas como las de Napoleón.

Claro es que ni hablé ni vi á ningún hombre ilustre de Francia, y que mis relaciones no pasaron de los mozos de la fonda, los camareros de los restaurants y algún peluquero que otro, con los que, dicho sea de paso, apenas podía entenderme cuando iba á afeitarme.

Ni en todo el viaje trabé amistad con ningún francés, ni casi me tropecé, cosa extraña, con ningún español.

Únicamente en Marsella vino á visitarme el duque de Frías, con quien había hecho conocimiento en el vapor durante la travesía.

Era un joven aristócrata, elegante, simpático, de mucha cultura y muy amable. Se enteró, porque yo se lo dije, como se lo había dicho al francés de las perforadoras, del objeto de mi viaje, y por eso vino á traerme una *carta de recomendación* para el general Menabres, de quien era amigo, y que podía servirme eficazmente, como me sirvió, para facilitarme la visita y el estudio del túnel de los Alpes.

Estos son los únicos recuerdos que conservo de aquel puerto admirable y de aquella riquísima ciudad francesa.

Diré, por si les interesa á los filósofos y en general á los aficionados á los problemas de la Psicofísica, que la *forma de mis recuerdos* es en su mayor parte plástica, mejor dijera geométrica. Tienen mis recuerdos en cierto modo el aspecto de una serie de fotografías sin colores ó de colores muy vagos y más ó menos borrosos. Son pruebas fotográficas que se quedan en mi cerebro y que puedo consultar al cabo de muchísimos años, treinta ó cuarenta á sesenta; así conservo en mis celdillas cerebrales clichés de mi niñez, desde los tres años de edad, cuando iba á Murcia desde Madrid en galera no acelerada.

Veo, por ejemplo, el interior de la galera; á lo lejos unos hombres, y á mi madre asustándose mucho y diciendo: «Son ladrones, no hay duda, son ladrones», y sacando el bolsillo para darles espontáneamente el dinero que llevaba, y que no nos hicieran daño; afortunadamente no eran ladrones, ó por lo menos lo disimularon. Serían acaso ladrones que viajaban de incógnito. En todas las clases sociales hay gente modesta.

Así, toda mi vida pasada se compone de una serie de cuadros que conservo y que puedo consultar en cualquier instante.

A tales representaciones pictóricas se unen recuerdos acústicos. También recuerdo muchas frases, muchas palabras de las personas con quienes los sucesos de la vida me han puesto en comunicación.

En suma: que yo llevo en mi masa cerebral como docu-

mentación de mis recuerdos una serie riquísima, aunque insustancial por tratarse de nimiedades, de planchas fotográficas y de cilindros de no sé qué misterioso fonógrafo. Sí; yo oigo la voz de mis profesores, de mis compañeros, de mis amigos, de los oradores y de los actores.

¡La voz de Castelar, la voz de Martos, todavía las oigo!

Y mi álbum fotográfico todavía pasa ante mí, y todavía resuena mi fonógrafo.

De Marsella no conservo cilindros fonográficos: sólo un confuso rumor.

Vistas, sí conservo.

La visión un tanto vaga, entre vaga y precisa, de una calle muy ancha y muy animada: la Cannevière. Mucha gente, obreros, burgueses, damas elegantes, carruajes de lujo, grandes carros de enormes ruedas tirados por caballos colosales como no había visto ninguno semejante, las notas vivas de uniformes militares, las notas simpáticas de los marinos. Y alrededor de esta calle, otras muchas estrechas, alguna con dos filas de tiendas. Y al fin el puerto, cuajado de toda clase de embarcaciones, verdadero bosque de mástiles y chimeneas.

Como punto saliente, sólo veo la estatua de Napoleón III ante la Bolsa.

Me fijé mucho en ella, es decir, en la estatua del emperador, porque el emperador me era muy simpático. ¡Qué remedio, si me era muy simpático! Él nunca lo supo, y fué lástima, porque supongo que mi simpatía le hubiera consolado grandemente en el desastre de Sedán.

Me era simpático, á pesar de sus aficiones socialistas y de su golpe de Estado.

Me era simpático, pero no lo decía, pues tales simpatías hubieran escandalizado á mis amigos los economistas.

Me sucedía lo que al joven andaluz que ya he citado otras veces á propósito de las discusiones religiosas del Ateneo.

Decía este notable ateneísta en una mesa del café Suizo: «Yo soy panteísta, pero no lo digo *por mi mamá*».

Pues á mi vez recuerdo que yo creía que Napoleón III era un hombre de talento y de sentimientos nobles; pero no lo decía por los economistas.

*
* *

Pasé dos días incompletos en Marsella, y al tercero salimos en el tren de París mi mujer y yo, y los alumnos de la Escuela. ¡Qué viaje tan delicioso!

Ahora viajo con muchas más comodidades, pero entonces viajaba con mucha más alegría.

Me preparaba á pasar la noche en vela, porque yo jamás he podido dormir sentado.

He esperado sentado muchas veces, pero no he dormido ninguna. Para dormir necesito la horizontal.

El velar me molesta; pero en este viaje no me molestó, que la alegría espantaba el sueño, y las ilusiones del porvenir sustituían con ventaja á los ensueños más deleitables, un porvenir de risueños y vagos contornos.

Iba á París: dentro de algunas horas entraría en la ciudad prodigiosa, en la primera ciudad del mundo, y podría comparar la realidad con la imagen que me había formado de la gran metrópoli, á fuerza de leer novelas francesas.

Y al volver á España escribiría otro drama, y éste sí que iba á ser una obra maestra.

Y, además, escribiría una Memoria de Matemáticas sobre algo que me parecía de cierta novedad, y que luego resultó que no lo era.

Además, tenía el proyecto de escribir una Economía Política en forma matemática. Tampoco llegué á escribirla nunca; pero otros la han escrito, por ejemplo, Walrras y Jevons.

En suma: que yo viajaba entre alegrías y esperanzas, y admirando los paisajes, que hasta que llegó la noche desfilaban iluminados por la viva luz de un día de verano, á uno y otro lado del tren.

Yo había viajado algo por España: conocía la hermosa

huerta de Murcia, como que en su centro me había criado, y mil veces, desde la elevada torre, había recorrido el horizonte de verdura y las lejanas sierras pintadas de encarnado por grandes manchas de pimientos.

Conocía Alicante y muchos de sus pueblos, y la hermosísima huerta de Valencia.

Había hecho más de un viaje por las faldas de Sierra Nevada, y desde lo alto de la Alhambra habia contemplado su prodigiosa y legendaria vega, cantada por Zorrilla.

Por último, había estado varias veces en las Provincias Vascongadas.

De suerte que llevaba en mi memoria paisajes admirables de mi patria, que valen tanto y más que lo que puedan valer los de otras tierras.

Yo, sin pecar de patriotero, creo que en España hay bellezas naturales de primer orden, y mujeres hermosísimas y hombres de talento; y creo, además, que hemos tenido una cocina grandemente gloriosa.

Sólo una nación verdaderamente grande ha podido crear, en el orden culinario, platos como los que ha tenido nuestra cocina, de la que aún quedan restos apetitosos que proclaman un pasado de glorias y hazañas. Los espartanos eran unos bárbaros que jamás tuvieron cocina: Atenas y Roma la tuvieron, pero no como España.

Me parece que me voy distrayendo de la idea principal.

Decía, ó quería decir, que á pesar de que había visto en España valles espléndidos y montañas soberbias, las crestas pirenaicas, el austero Guadarrama, los sublimes picos de Sierra Nevada, los cortes gigantescos de las Alpujarras, así y todo, admiraba en la tierra francesa, que por primera vez recorría, sus ríos, pintorescos y abundantes; su verdura espléndida, que se perdía en el horizonte; las ondulaciones de sus colinas, y el perpetuo jardín que iba atravesando la locomotora.

Aquello no era grandioso, pero era bellísimo, era simpáti-

co, eran pliegues sin fin de un manto verde. El verde es el color de la alegría: por eso se dice «darse un verde».

Era aquélla una nota nueva para mí, con matices nuevos; y estas diferencias de matices yo las aprecio al punto, y gozo al sentir los contrastes que existen entre el espectáculo presente y otros espectáculos análogos que mi memoria almacenó en una serie de años.

***

El viaje llegó á su término, y aunque no era corto, no se me hizo largo: al fin llegamos á París.

El París de la realidad correspondía fielmente á la imagen que yo me había forjado con la lectura de novelas francesas.

Era un París admirable; pero ni era superior ni era inferior al que yo tenía dibujado en los moldes de mi fantasía.

Fuimos á parar, mi mujer y yo, al mejor hotel que entonces existía en la gran villa, es decir, al más grandioso y más ensalzado en toda clase de anuncios y de guías.

Al gran hotel del Louvre, con su magnífico patio, que la última vez que estuve en París me pareció viejo, pesado y hasta mezquino, pero que la primera vez casi se presentó á mi vista con proporciones monumentales.

Allí tomamos habitación en el último piso; pero en cuartos cómodos y elegantes, con un balcón corrido, que se tendía paralelamente al palacio del Louvre y á la línea de las Tullerías.

Aquella vista me era simpática. Enfrente, en la enorme masa de los dos edificios, al fin de su perspectiva, estaba el palacio del emperador Napoleón y de la emperatriz Eugenia; y yo, asomado á la barandilla del hotel, pensaba, con infantil orgullo, que el emperador y la emperatriz y mi mujer y yo vivíamos frente por frente, *casi éramos vecinos;* privilegio singular que atribuía yo, ya que no á mi mérito, á mi buena suerte.

Y la cosa es clara y hasta matemática: ellos y nosotros vivíamos *en la misma calle*, en la calle de Rivoli.

Ellos *en una acera*, nosotros *en otra*; pues esto era ser vecinos, y si se hubieran corrido al Louvre, hasta hubiéramos podido, á uso de Andalucía, tender un cordel de balcón á balcón con su canastilla volante.

Tantas y tales tonterías, indignas de un profesor de la Escuela, pero naturales en un futuro autor dramático, revoloteaban por mi imaginación; y con esa terquedad de mi cerebro de forjar dramas, comedias y escenas á propósito de toda clase de acontecimientos, ya me figuraba que iba á asomarse la emperatriz Eugenia al balcón de enfrente, y que iba á decirme: «¿Usted por aquí? ¡Cómo me complace ver á un español!»

Hay que advertir que yo no conocía ni de vista á la simpática y hermosísima emperatriz; pero no importa: era española, y la fama repetía que era muy hermosa y muy simpática. Y para forjar historias y escenas estaba yo.

***

No cometeré la torpeza de describir al París de entonces, que era ya muy parecido al París de hoy, porque el emperador Napoleón, con sus grandes iniciativas, con su espíritu de soñador y de artista y con sus tendencias socialistas, había reformado el viejo París tradicional, cruzándolo de soberbios boulevares, que son y serán la admiración del mundo, más por su anchura, su línea inmensa, por la luz que los inunda y por la vida que por ellos circula, que por el mérito artístico de la mayor parte de sus edificios.

Pero ¿es que por ventura, y digan lo que quieran los arqueólogos y los historiadores, hubo boulevares semejantes en ninguna ciudad, ni de Egipto, ni del Imperio babilónico, ni en Atenas ni en Roma?

Yo estoy seguro que todas estas grandes poblaciones se componían de calles sucias, estrechas, retorcidas y enmarañadas.

Edificios aislados, monumentos grandiosos, templos de piedra, calles de esfinges, masas de arcilla, ladrillos esmaltados, pórticos, columnatas, templos, arcos de triunfo esparcidos por unos y otros Imperios, por unas y otras Repúblicas; pero como notas excepcionales en una masa vulgar, pobre, sin higiene y sin belleza.

Esto es lo que yo me figuro, y no es fácil que nadie me convenza de lo contrario, porque se necesitan todos los progresos de la civilización, todos los triunfos de la política, todas las transformaciones del Derecho, para construir un boulevard á la moderna y las grandes ciudades de la burguesía y del capital.

Apunto la idea; que por lo demás, para ser desarrollada convenientemente y para poderla revestir de pruebas, necesitaría no unas cuantas cuartillas, sino todo un libro.

En París me detuve pocos días: los puramente precisos para recoger una impresión general.

Siempre, en coche ó á pie, recorriendo plazas y boulevares, el viejo París de la tradición y de las novelas ó el París nuevo del emperador, que con su voluntad soberana, y ayudado por un hombre de extraordinaria actividad é inteligencia, había hecho brotar de entre ruinas.

Visitando febrilmente museos y teatros, recorriendo en todos sentidos el Bois de Boulogne, con las indispensables excursiones á Versalles, Saint-Cloud y Saint Germain, así pasé unos cuantos días, no muchos, pero bien aprovechados.

Todo á paso de carga: mirar, ver, adherir la imagen á la memoria, y después otra imagen y otra, y así sin descanso, cuajando el tiempo de recuerdos.

Me encontraba en el mismo caso que aquel inglés que con su familia fué á visitar París, y que se presentó una mañana en casa de Víctor Hugo, como visita obligada de que más tarde daría cuenta en Inglaterra.

Salió majestuoso y amable el gran poeta á recibir el debido homenaje de admiración, y el inglés le manifestó como

pudo, en el francés convencional que usan la mayor parte de aquellos insulares, que no había querido pasar por París sin conocer á una de las glorias de la Francia y del mundo civilizado.

—Entendámonos—agregó:—una gloria literaria; que como hombre político, me parece M. Víctor Hugo abominable.

Protestó el ardiente republicano, y picado en lo vivo quiso entrar en algunas explicaciones; pero el flemático inglés, porque es sabido que los ingleses son fríos y flemáticos, le cortó la palabra en seco, y poniéndose en pie, en cuyo movimiento ascensional le imitaron su esposa, sus tres hijas y sus dos hijos, dijo consultando el reloj:—Perdone usted; no puedo detenerme más; tengo contados los minutos;—y volviéndose á su esbelta familia, agregó, recordando sin duda el programa del día:—*A las dos, M. Víctor Hugo; á las tres, el elefante blanco.*

Hizo una reverencia, con toda la dignidad británica, y salió erguido y solemne con la procesión de su familia, dejando al inmortal autor de *Nuestra Señora de París*, de *Los Miserables*, de *La Leyenda de los siglos* y del *Hernani,* inmóvil y asombrado, como gigante á quien abofetea un pigmeo.

Yo no visité á M. Víctor Hugo: soy tímido en casos semejantes, y admiro desde lejos las grandes montañas y los grandes monumentos; acercarme á ellos me parece gran osadía.

Debo advertir, sin embargo, que tampoco visité al elefante blanco, que sin duda ya no estaba en París.

Pero visité, en cambio, el Jardín de plantas, que es, como si dijéramos, la Casa de fieras.

***

Satisfecha la primera curiosidad, y recogida una primera impresión *de totalidad*, por decirlo así, volví á mis deberes profesionales, y empecé á recorrer oficinas y ministerios, buscando noticias y preguntando en una y otra parte sobre la gran obra de la perforación de los Alpes; porque ha de saber-

se que yo no traía de España ni recomendaciones, ni datos, ni plan de ningún género. Iba á la gracia de Dios.

Habíanme dado en la Escuela un oficio para estudiar, en compañía de tres alumnos de la Escuela, el túnel de los Alpes, y nada más.

Un oficio, unos cuantos miles de francos para gastos de la Comisión, librados provisionalmente, y nada más: «allá va usted, y compóngaselas como pueda».

Debo declarar, al venir á este punto, que soy muy torpe para casos como el caso de que se trata.

Siempre me han infundido gran respeto, y casi temor, las oficinas de la Administración pública.

Un portero de ministerio me parecía entonces, y me siguió pareciendo hasta que yo nombré esta clase de funcionarios, algo así como un Júpiter olímpico. Con sus galones y su seriedad, siempre he creído que decían al simple mortal que á ellos se aproximaba: «y tú ¿quién eres, y á qué vienes aquí á molestarme?»

Y si esto me sucedía en España, juzgue el lector de lo que me sucedería en París.

Así es que mis gestiones adelantaban poquísimo: no conseguía ver á ningún jefe, nadie me decía en qué oficina radicaba el dichoso túnel; y cansado y aburrido, concluí por desconfiar de mis propias fuerzas, y acudí, aunque de mala gana y con mucho recelo, á la Embajada española.

No vi al embajador, ni á tanto llegaron mis pretensiones; que un embajador, para mí, era por entonces un sér encumbrado en lo más excelso del Olimpo.

Y me sucedió con los embajadores lo que con los porteros de los ministerios: que no les perdí el miedo, ó si se quiere el respeto, hasta que contribuí á nombrarlos.

Sin embargo, en la Embajada me recibieron cortésmente, me ayudaron en mis investigaciones y se despejó el horizonte, es decir, se ennegreció del todo; porque al fin supe que el Gobierno italiano se había hecho cargo del asunto, que en París

no existían ni planos, ni proyectos, ni estudios, ni radicaba en Francia la dirección de la gran obra; que para visitarla era preciso que me trasladase á Turín, y que el Gobierno piamontés me concediera una autorización á fin de visitar los trabajos, los cuales estaban á cargo de tres ingenieros: Grandí, Gratoni y Somellier.

En suma, era inútil mi presencia en París.

No fué inútil para mi recreo, pero lo fué para mi comisión, aunque no ciertamente por culpa mía, ni por falta de celo, que celo me sobraba, aunque el éxito fuese desdichado.

Me preparé, pues, para ir á Italia, pasando los Alpes como Aníbal y como Napoleón, no por las entrañas de la masa gigantesca, que esto ni Napoleón ni Aníbal, con todo su poder, lo consiguieron, sino subiendo al lomo de la montaña en diligencia, y bajando ó cayendo al otro lado en las risueñas llanuras de Italia, según la frase estereotipada.

Pero antes de abandonar á París me ocurrió una idea, una gran idea.

«Dios sabe cuándo volveré á salir de España—me decía á mí mismo,—cuándo tendré otra comisión, cuándo volverán á perforar de nuevo los Alpes y cuándo se inventarán otras perforadoras, á no ser que mi improvisado amigo del vapor de las Mensajerías imperiales realice su proyecto de las perforadoras de doble acción; y pensando esto, concebí una idea atrevida.

Paseaba yo por los boulevares, mirando por la séptima ú octava vez los mismos escaparates de las mismas tiendas, porque ésta siempre ha sido una ocupación que me ha entretenido mucho; y revolviendo mi proyecto, y mirando, sin ver, una tienda de joyas, me quedé inmóvil, hasta que mi mujer me sacó de mi abstracción diciéndome:

—¿Qué es lo que miras?

—No miro nada.

—Pues ¿en qué piensas?

—Tengo una idea, una idea atrevidísima (todas mis ideas atrevidas han sido de este calibre).

—¿Y qué idea es esa?

—Hacer una escapatoria á Londres antes de ir á Italia. Es cuestión de tres ó cuatro días, y de muy poco dinero. Esto no forma parte de la comisión, y claro es que corren de mi cuenta los gastos.

Pero asomarnos á Londres, ver lo más notable, visitar el Palacio de Cristal, bien vale la pena de que retrasemos unos cuantos días el viaje á Italia.

Y dicho y hecho. Allí, en pleno boulevard, ante una joyería, quedó resuelto que iríamos á Londres; y al día siguiente salimos, y á las pocas horas atravesábamos el Estrecho.

¡Estrecho! Ancho como un demonio, y más revuelto que el golfo de Lyon, y con sendos mareos para mi mujer y para mí, más formidables que los del viaje de Valencia á Marsella.

Pero éste merece artículo aparte.

A nuevo mareo, nuevo artículo.

Así como así, en las últimas revistas científicas que he leído menudea el problema del mareo. De suerte que esta materia es un recuerdo y es una actualidad.

José Echegaray

ESTUDIO AISLADO DE LAS PALABRAS

I

El examen aislado de las palabras es en Gramática, hasta cierto punto, lo análogo del vano intento que pudiera asaltar á alguno de aprender Arquitectura estudiando exclusivamente los ladrillos.

Evidenciémoslo.

Todos ó casi todos los preceptistas coinciden en decir que la ANALOGÍA es la parte de la Gramática que enseña el valor de las palabras *consideradas aisladamente*, con todos sus accidentes y propiedades, y en dividir las partes de la oración en diez categorías, á saber: *artículo*, *nombre sustantivo*, *nombre adjetivo*, *pronombre*, *verbo*, *participio*, *adverbio*, *preposición*, *conjunción* é *interjección*.

Esta clasificación supone que cada palabra, CONSIDERADA AISLADAMENTE, tiene un valor propio y exclusivamente suyo; lo cual no resulta de un estudio detenido del lenguaje, toda vez que no hay en absoluto *partes de la oración*, por más que siempre haya partes en cada oración, pues no existe palabra ninguna que no pueda tener, y *tenga*, muchos y muy distintos oficios en la inmensa diversidad de las diferentes cláusulas y oraciones. De análoga manera, en las sociedades humanas los mismos hombres desempeñan diferentes profesiones, cargos ó dignidades.

En ningún discurso hay verdaderamente y en esencia *sus-*

tantivos, *pronombres*, *participios*, etc., sino *nominativos*, *acusativos* y *dativos*, casos que unas mismas palabras pueden constituir:

El perro mordió al lobo,
el lobo mordió al perro.

La misma palabra, que en una de estas dos cláusulas es nominativo, resulta acusativo en la otra.

Et sic de céteris.

Y quien fije bien en esto la atención, habrá de adquirir el pleno conocimiento de no ser una extraña paradoja, sino una realidad palmaria, el hecho de no haber en absoluto *partes de la oración;* y no por su *estructura* gramatical, sino por su *oficio* en cada cláusula.

II

Importantísimo es el estudio de las palabras cuando se las examina con el objeto de descubrir y fijar todas sus acepciones, para catalogarlas en los Diccionarios; ¡estudio interminable que requiere el empleo de las más altas facultades del espíritu, erudición esmerada, sagacidad penetrante y perspicacia propia sólo de hombres superiores!

De no menos importancia es el estudio de los vocablos cuando se analiza fonológicamente su evolución y se examinan con el objeto grandioso de vislumbrar las costumbres y las creencias de las primitivas edades de la historia y con el fin de descifrar los enigmas de las supersticiones y los mitos.

Sólo un ejemplo bastará para indicar la utilidad de la ciencia de las palabras y evidenciar costumbres primitivas. El vocablo «HIJA», en sánscrito, viene de una raíz que significa «ORDEÑAR». Y, así, la denominación de

ordeñadora,

dada á la *hija* en la primitiva familia ariana, representa nada menos que un idilio de la vida pastoral de los primitivos Arias;

pues la ocupación en que una muchacha podía ser más útil á una familia nómada era la de proporcionarle leche y cuidar del ganado. Y el nombre de «LECHERITA», á la par que encierra una gran poesía cariñosa y delicada, demuestra que los Arias primitivos eran pueblos de pastores.

Pero estos estudios, que requieren las especialidades de los lexicógrafos y de los filósofos, no son de ineludible é inmediata necesidad para el gramático.

Al gramático, en rigor, sólo interesa, por una parte, el exacto conocimiento de los inmensos tesoros que las generaciones pasadas le han legado en los elementos del lenguaje; y, por otra, y *especialísimamente*, la COMBINACIÓN de las palabras, ordenadas SISTEMÁTICAMENTE con un fin elocutivo.

Y, así, la explicación de ese SISTEMA es, y tiene que ser, el objeto ESENCIAL de la Gramática.

III

No se habla con palabras, por más que sin ellas sería imposible darnos á entender.

Se habla con su COMBINACIÓN.

Análogamente,

> Sin sonidos no hay música,
> pero con sólo sonidos no hay música.

La música no consiste en los sonidos, sino en su adecuada *combinación*. Un chiquirritín dando manotadas sobre las teclas de un piano, hace huir á quien tiene educados los oídos. Hay, ciertamente, sonidos, pero no música; porque falta la artística *combinación* musical de esos sonidos.

Las *condiciones de un objeto* no son el objeto mismo. Sin papel, sin tipos de imprenta, sin tintas grasas, sin prensas..., no hay periódicos. Pero el periódico está en la serie de artícu-

los, consideraciones, sueltos, noticias, anuncios, etc., que, á plazos fijos, dan á luz las redacciones periodísticas.

Sin materiales no hay casas,
pero con sólo materiales no hay casas tampoco;

los ladrillos, las vigas, los hierros, los cristales, etc., solos ó aislados, no constituyen habitación ninguna; sino la forma obtenida con esos materiales en su conveniente *combinación* y *conjunto*. El arte de construir edificios se estudia en la Arquitectura, no en la alfarería donde se fabrican los ladrillos y las tejas.

Todo en el mundo es *combinación*. No hay estructura sin combinación: ni aun los cristales de los *cuerpos simples*.

No existe bóveda sin piedra. Pero piedras talladas de cualquier manera y colocadas de cualquier modo, no son bóveda. La bóveda consiste en la *combinación* científica de piedras talladas al efecto.

El barco navega por la forma dada al casco, no por los materiales que constituyen el casco: *madera, hierro, acero*.

El globo aerostático sube á lo alto de la atmósfera por la geométrica construcción de sus husos esféricos.

Sin las nueve cifras y el cero de la numeración común, no podemos escribir ningún guarismo en la Aritmética vulgar; pero el número escrito está en el SISTEMA INVISIBLE de las COMBINACIONES de las cifras, no en los trazos visibles de esas cifras.

Y, si toda estructura depende de un SISTEMA de combinaciones, ¿habría de ser una excepción única en el mundo el SISTEMA DEL HABLAR?

En el sentido, pues, de los ejemplos anteriores, es preciso proclamar que

sin palabras no se habla,

pero que

con palabras sólo, no se habla.

Se habla con el SISTEMA ELOCUTIVO de la COMBINACIÓN de las palabras. ¡Estudio colosal, porque cada lengua tiene su SISTEMA ELOCUTIVO, y no se conoce bien uno sin el conocimiento ó la noción siquiera de algunos, ó, más bien, de muchos otros!

IV

Si, pues, en la *combinación* de las palabras reside la esencia del hablar, claro es que el *valor de las palabras* no está ni puede estar en el estudio AISLADO de ninguna.

Cerca, lejos

son adverbios, si se atiende á las ideas que representan de *proximidad* ó distancia, cuando circunscriben el significado de un verbo:

vive *cerca*,
no está *lejos*.

Pero ya esas mismas voces son sustantivos, cuando dan lugar á un *caso* de la declinación en una cláusula, ó bien en una oración:

son admirables los CERCAS y los LEJOS de ese cuadro *(Nom.)*
¿no admiras esos CERCAS y esos LEJOS? *(Ac.)*
hablamos de esos CERCAS y esos LEJOS *(Abl.)*
digo que son admirables esos CERCAS y esos LEJOS *(Nom.)*

Rosa náutica

significa

brújula

por el conjunto de las palabras; pero no por ninguno de los dos componentes.

ROSA,

como voz *aislada*, no significa *brújula; náutica* tampoco, *aisladamente*, tiene tal significado. Pero ya esas dos voces, combinadas

rosa-náutica,

significan lo mismo que

brújula;

es decir, un objeto que sirve para marcar el rumbo de la nave, y que nada tiene que ver con las rosas, ni con la estructura de los barcos.

Cuando se dice

el rey *profeta*,

profeta no hace oficio de sustantivo, sino de determinante de *rey;* y si dijéramos

el profeta *rey*,

entonces *rey* sería la voz determinante y *profeta* la voz determinada. Ambas expresiones

profeta rey, y
rey profeta,

designan al Autor de los Salmos; pero ninguna de las dos *aisladas* indica al monarca de Judea David. La designación de David es sólo propiedad del conjunto de las dos.

El estudio *aislado* de las voces no puede explicar el significado de conjuntos, tales como:

papa-rey,
rey-papa,
niño-rey,
rey-niño,
monja-alférez,
gata-mujer,
papel-moneda,
algodón-pólvora,
presupuesto-verdad,
lengua-madre,
barco-pez,
buque-fantasma,
sombrero-hongo,
cólera-morbo, etc.

y tántas, tantísimas otras; de entre las cuales deben traerse ahora al recuerdo las expresiones desatinadas, pero de uso tan usual y corriente, que apenas pueden ser sustituídas por otras más racionales; tales como:

sangre azul,
gramática parda,
premio gordo,
terno seco,
perra grande,
perro chico,
el sueldo pelado,
á palo seco,
á garrotazo limpio,
gente de pergaminos,
política de campanario,
creer en Dios á puño cerrado, etc.,

cuyo significado está en el conjunto y no en los vocablos aislados que lo forman.

V

Y, si el sentido de estas frases está en el conjunto de sus términos todos, ¿á qué entrar en el estudio *aislado* de ninguno?

Recuérdese también, no como un hecho elocutivo, sino con el fin de adquirir la convicción de ser imposible el estudio AISLADO de las palabras, que hay palabras y hasta reuniones de palabras que no tienen por sí solas sentido completo, y que, por tanto, son palabras á medias:

muy,
semejante á,
parecido á,
mayor que,
menor que,
igual á.

Ninguno de estos vocablos ó conjunto de vocablos tiene sentido elocutivo AISLADAMENTE y sin la compañía de otros

que se les junten convenientemente; y, del CONJUNTO, y no de ninguno de los *componentes* AISLADO, depende la cláusula en que entren.

Este objeto es muy,
este líquido es igual,

son expresiones que nada significan.

No se olviden los vocablos que no pueden construirse sin preposición determinada, ó acaso sin dos preposiciones:

el Ministro accede Á tu petición,
lo han agraciado CON una gran cruz,
depende DE su familia,
incurrió EN grave falta,
inconsecuente PARA CON los amigos,
se le resbaló DE ENTRE las manos, etc., etc.

Analizar una palabra sin otra es tarea enteramente inútil:

Eso depende,
él incurrió...,

no significan nada.

Pues ¿y la clase importantísima de las voces que cambian de significado cuando se les agrega una preposición?

Estar *en*, *con*....
- la mesa me ESTÁ EN cien pesetas,
- estoy CON USTED en esa opinión,

Salir *de*, *en*, *por*, *á*, *con*.....
- ya salí DEL AZÚCAR averiado,
- ya salimos DE ACREEDORES,
- al fin salió DE la loca de su suegra,
- sale POR cuatro duros al día,
- la alameda sale AL camino,
- siempre sale CON sandeces,
- el gabán le sale EN treinta duros.

Analizar diciendo:

SALE, verbo...
EN, preposición...
TREINTA, numeral...
DUROS, sustantivo...,

no da ni puede dar idea de que «LE SALE EN» significa le CUESTA treinta duros.

VI

Sigamos recordando, y no para consignar hechos elocutivos, sino, como antes, para hacer ver la imposibilidad del estudio AISLADO de las voces cuando el conjunto, y no ninguno de los componentes, es lo que constituye su sentido y significación. Tal sucede con los llamados tiempos compuestos de la conjugación:

He amado,
Has amado,
Ha amado,
Hemos amado, etc.
Habré amado,
Habrás amado,
Habrá amado,
Habremos amado, etc., etc.

La Gramática de la Academia Española dice á este propósito:

> «Cuando el participio entra á componer varios tiempos del verbo de que procede, no es sino parte de estos mismos tiempos: HE PERDONADO Á MI ENEMIGO, HABRÍA EXIGIDO FIANZA, son construcciones idénticas, para el efecto gramatical, á PERDONÉ, EXIGIRÍA.»

Conjugaciones cuyo sentido está igualmente en el conjunto y no en los componentes aislados son, según la misma Gramática:

haber de,
tener que,
tener de,
deber de,
dejar,
quedar,
tener pensado,
llevar entendido,
quedar resuelto, etc.

Y tántas otras más como se pueden formar con verbos á medias, como:

poder,
soler, etc.

¿Expresaría alguien pensamiento alguno diciendo solamente:

yo suelo,
yo puedo?

Estos verbos necesitan de otros vocablos para tener sentido:

Yo puedo escribir,
yo suelo escribir,
yo debo escribir,
yo quiero escribir,
hizo trotar el caballo,
mandó herrar el caballo,
mandó venir el coche,
no pude mandar venir el coche, etc., etc.

Obsérvese que el número de los verbos que pueden juntarse con fin análogo puede y suele pasar de tres, v. gr.:

Ni quiso hacer trotar al caballo ni pudo querer hacerle trotar, porque él entonces estaba en África.
Yo no quise mandar hacer trotar el caballo,
yo no pude querer mandar hacer trotar el caballo, etc.

El sentido, como se ve en esta clase de expresiones, no está en ninguno de los componentes AISLADO, sino en el conjunto de todos ellos, los cuales forman una especie de palabra compuesta en que entran, no una sola idea, sino muchas á la vez: las de

poder,
querer,
mandar,
hacer, etc.

¿A qué el análisis hecho *vocablo por vocablo*, si en ninguno está el concepto? El que sólo vea una piedra de un arco, el que examine un solo tubo, ¿será capaz de concebir el arco ni la caldera tubular de una locomotora, ni adivinar su objeto?

VII

Por otra parte, ¿cómo pueden clasificarse AISLADAMENTE las interjecciones que se diferencian de otras palabras iguales sólo por el tono con que se pronuncian y el gesto y ademanes que acompañan á la enunciación? Ni ¿cómo, fuera de una cláusula, cabe venir en conocimiento del tono, gesto y ademanes que caractericen propiamente á interjecciones que pueden significar otra cosa, cuales son las siguientes?

¡ANDA! ¡BRAVO! ¡CALLE! ¡CÓMO! ¡CUIDADO!
¡DIABLO! ¡FUEGO! ¡OIGA! ¡PUES! ¡QUÉ! ¡SOPLA!
¡TOMA! ¡VAYA! ¡YA! etc.

Aisladamente examinadas, nadie es capaz de apreciar que

diablo,
fuego,
sopla,
anda,
toma...

son interjecciones. Solamente el sentido de la frase puede dar razón del oficio de estas palabras y de tántas otras semejantes.

Los gramáticos profesan que el adjetivo ha de ir siempre acompañando á un sustantivo, á menos que no se le emplee SUSTANTIVADO; esto es, *dándole la fuerza significativa* de SUSTANTIVO.

Pues si un adjetivo tiene la fuerza significativa de sustantivo, ¿en qué se conoce que es todavía adjetivo? Si una persona fué pobre, y luego se hizo rica, y se le da en la sociedad la fuerza y significación de rico, ¿en qué se conoce todavía que *es pobre*, no siéndolo ya?

«¿No tenemos también (dice el texto académico) que el *adverbio* se sustantiva á veces, y toma artículo ó pronombre masculino? Así decimos *el más* y *el menos, el poco* y *el mucho*,

el sí y *el no*, *en aquel entonces*, etc. Algunos adverbios, por ejemplo, *como*, *cuando, donde*, *bien*, *ya, luego,* etc., hacen á veces *oficios de conjunciones*. Tampoco es raro hallar adverbios usados como *interjecciones*; verbigracia: ¡qué! ¡arriba! ¡pronto! ¡bien!, etc.» ¡Esto es mucha verdad! Pero digamos como antes. Si un *adverbio* es *sustantivo* ó *conjunción* ó *interjección*, ¿en qué se conoce que sigue siendo adverbio? Repitámoslo: si uno que fué pobre se hace RICO, ¿en qué se conoce que sigue siendo POBRE?

«También se juntan algunas veces los adverbios con *sustantivos adjetivados*; *éste es* MÁS HOMBRE Ó MENOS HOMBRE *que su hermano*».

Y vuelta á lo mismo: ¿en qué se conoce que *hombre* permanece todavía siendo sustantivo cuando se le convierte en adjetivo?

VIII

Para concluir, digamos como al empezar:

El empeño de quienes pretendan conocer la ciencia del lenguaje estudiando sólo y AISLADAMENTE las palabras, resulta hasta cierto punto análogo al de quien quisiera estudiar Arquitectura en los ladrillos ú otros materiales de construcción.

Y ¿podía ser otra cosa, si en SISTEMAS DE COMBINACIONES ELOCUTIVAS reside esencialmente el portento del HABLAR? Así es que en el conjunto de palabras, y no en cada una de ellas AISLADAMENTE, ha de buscarse y estudiarse el significado de toda manifestación ó exteriorización de lo que el hombre siente, piensa y quiere.

E. BENOT

LA MUERTE DE LOS DIOSES

(LA NOVELA DE JULIANO EL APÓSTATA)

(CONCLUSIÓN)

XIV

La llanura inmensa, unida como un mar, estaba cubierta de ajenjo dorado. No había un árbol. Las malezas y las hierbas despedían penetrantes perfumes. De cuando en cuando, rebaños de asnos salvajes, levantando nubes de polvo, aparecían en el horizonte. Algunos avestruces corrían. Las bromas y los cantos duraban hasta la noche. La alimentación del ejército, hasta entonces, era abundante y sana.

La campaña parecía un paseo. El desierto recibía á los guerreros ávidos de gloria, de botín y de sangre, con caricias mudas, con estrelladas noches, con suaves crepúsculos, con frescuras nocturnas impregnadas del acre perfume del ajenjo.

Avanzaban y avanzaban, sin encontrar al enemigo.

De repente el desierto se volvió amenazador. Las nubes ocultaron el cielo. Comenzó á llover. Un soldado, que conducía unos caballos al abrevadero, fué muerto por el rayo.

A fines de Abril empezaron los calores. Los guerreros envidiaban á los compañeros que marchaban á la sombra de un dromedario ó de un vehículo. Los hombres del Norte, galos y sicambrios, morían de insolación. La llanura era triste, árida, con algunas matas abrasadas aquí y allí. Los pies se hundían en la arena.

Rachas súbitas de viento asaltaban al ejército, arrancando los estandartes de sus mástiles y hasta arrebatando tiendas. Después volvía la calma, extraña y profunda, que parecía á los soldados asustados más terrible que las tempestades.

Las bromas y los cantos cesaban. Pero los guerreros seguían avanzando,—siempre sin encontrar al enemigo.

A principios de Mayo, el ejército penetró en los palmerales de Asiria.

En Mazeprakt, en donde se elevaban las ruinas de la enorme muralla construída por los antiguos reyes asirios, se vió al enemigo por la primera vez. Los persas retrocedieron precipitadamente y, bajo una lluvia de flechas envenenadas, los romanos atravesaron el ancho canal que unía el Eufrates con el Tigris. Aquella grandiosa construcción, hecha con ladrillos de Babilonia, y que cortaba por mitad toda la Mesopotamia, se llamaba Nazar-Malka, río de los Reyes. Súbitamente, desaparecieron los persas; el Nazar-Malka subió de nivel y, rebasando las márgenes, el agua se extendió por los campos circunvecinos. Los persas habían preparado la inundación. Los soldados de infantería marchaban con el agua hasta las rodillas; en agujeros imprevistos cayeron jinetes y dromedarios con su carga. Hubo necesidad de sondar el camino con perchas. Los campos estaban transformados en lagos y los bosques de palmeras en islotes.

—¿Adónde vamos?—murmuraban los cobardes.—¿Por qué no volver desde luego al río y embarcar en las naves? Somos guerreros y no ranas para chapotear en el agua.

Juliano caminaba á pie con la infantería, hasta en los lugares más difíciles. Ayudaba á desatascar los carros y se reía, enseñando á los soldados su púrpura manchada de lodo.

A la caída de la noche, el ejército llegó á un lugar seco. Los soldados, extenuados, se durmieron con agitación.

Por la mañana vieron la fortaleza de Perizaborh.

Los persas se burlaban de sus enemigos desde lo alto de las torres y de las murallas inexpugnables, provistas de gruesos tapices de piel de cabra para defenderlas contra el choque de las máquinas de sitio.

Transcurrió todo el día en un cambio de juramentos y proyectiles. Aprovechando la obscuridad de una noche sin luna, los romanos, guardando el más absoluto silencio, desembarcaron las catapultas que venían á bordo de las naves, y el ariete, y los adosaron contra los muros de la fortaleza. Los fosos fueron cegados con tierra. Con ayuda de una "maleola„, es decir, de una flecha enorme en forma de huso, llena de una materia inflamable, los romanos lograron prender fuego en los tapices de pelo de cabra.

Los persas se precipitaron á apagar el fuego, y, aprovechando

aquellos instantes de confusión, el emperador ordenó que comenzara á funcionar el ariete.

Este era un tronco de pino, atado por cadenas á una torre piramidal; el tronco terminaba por una cabeza de cordero, de metal. Un centenar de fuertes legionarios tiraban á un tiempo de fuertes cuerdas hechas de venas de buey, y balanceaban lentamente el enorme pino.

Resonó el primer golpe, semejante al ruido de un trueno.

El suelo y los muros temblaron. Después se repitieron los golpes, y el furioso ariete, con tenacidad colérica, pegó con su frente de metal en las murallas. Un trozo de éstas se vino abajo con estrépito. Los persas huyeron lanzando desesperados gritos.

Juliano, cuyo casco brillaba entre una nube de polvo, alegre y terrible se precipitó en la plaza conquistada.

El ejército siguió adelante. Dos días descansó bajo las frescas sombras de los bosques, regalándose con una especie de vino de jugo de palmera y con dátiles de Babilonia, transparentes como el ámbar.

Después se internó por una llanura rocosa.

El calor era penoso. Morían á causa de él hombres y animales. La atmósfera abrasaba, y el Tigris se retorcía despidiendo chispas, como una perezosa serpiente que caldea sus anillos al sol.

Los romanos vieron una enorme roca por encima del Tigris, una roca roja, desnuda, llena de asperezas. Era la segunda fortaleza que defendía á Ktesifonte, la capital de Persia, aún más formizable que Perizaborh; verdadero nido de águila bajo las nubes. Comenzó el ataque.

A la hora en que los lagartos duermen en las grietas de las peñas, los rayos del sol cayeron sobre las espaldas y las cabezas de los soldados implacablemente. Los legionarios, desesperados, sin escuchar á sus jefes, desafiando el peligro, se quitaban los cascos y las armaduras, prefiriendo las heridas al calor. Sobre ellos llovían flechas envenenadas, lanzas, piedras, balas de plomo...

El cielo venció el odio de los hombres.

Sitiados y sitiadores, extenuados de fatiga, cesaron la lucha.

Sucedió el silencio, más sombrío que durante la noche más negra.

Los romanos no perdían ánimos.

Después de la toma de Perizaborh, creían al emperador invencible, comparándole á Alejandro, y de él esperaban milagros.

Durante varios días, los romanos se ocuparon en abrir una mina.

Pasando bajo los muros de la fortaleza, el subterráneo llegaba al centro de la plaza; su anchura, de tres codos, permitía á dos guerreros marchar de frente. Los encargados de los trabajos lo hacían alegremente: después del exceso de sol, la humedad y la obscuridad les parecían deliciosas.

—No hace mucho tiempo que éramos ranas; ahora somos topos—decían los soldados riendo.

Tres cohortes, compuestas de mil quinientos guerreros escogidos, penetraron, observando el más severo silencio, en la galería subterránea, esperando impacientemente las órdenes de los jefes para invadir la ciudad.

Al amanecer, el ataque se dirigió por dos lados opuestos, para distraer la atención de los persas. Juliano conducía á los soldados por un estrecho sendero, bajo una granizada de flechas y piedras.

—Veremos—pensaba, recreándose en el peligro,—veremos si los dioses me preservan, si hacen un milagro, y me libro ahora de la muerte.

Y una irresistible curiosidad, un ansia de lo sobrenatural, le impulsaban á exponerse, á tentar á la suerte, con una sonrisa de desafío.

Los soldados le seguían, fascinados, contaminados por su locura.

Los persas, riéndose de los esfuerzos de los asaltantes, cantaban en alta voz la gloria del hijo del Sol, el rey Sapor, y gritaban á los romanos desde lo alto de la fortaleza:

—¡Antes entrará Juliano en el palacio de Ormuz que en nuestra fortaleza!

En medio de la acción, el emperador transmitió en voz baja la orden á los jefes.

Los legionarios ocultos en el subterráneo penetraron en la plaza por la bodega de una casa en la que estaba amasando pan una vieja persa. La mujer dió un grito terrible al ver á los legionarios romanos. La mataron.

Después, deslizándose inadvertidos, se arrojaron sobre los sitiados. Los persas abandonaron sus armas y se dispersaron por las calles. Entonces los romanos abrieron las puertas de la ciudad, que fué tomada por los dos lados.

Desde aquel momento, ni un legionario puso en duda que el emperador, á ejemplo de Alejandro de Macedonia, conquistase todo el imperio de los persas hasta las Indias.

El ejército se acercaba á Ktesifonte; las naves permanecían en el Eufrates.

Juliano, con su imaginación febril, casi sobrenatural, que no dejaba á los enemigos tiempo para reponerse, restauró la antigua construcción romana: el canal de conjunción abierto por Trajano y Septimio Severo y cegado por los persas.

Por aquel canal la flota entró en el Tigris. El vencedor se encontraba en el centro del imperio asiático.

Al día siguiente, Juliano, reuniendo un consejo de guerra, declaró que las tropas debían transportarse durante la noche á la otra orilla, al pie de la capital. Dalagaif, Hormizda, Secundino, Víctor, Salustio, hombres todos ellos experimentados en la guerra, quedaron aterrorizados ante aquella idea y suplicaron insistentemente al emperador que renunciase á tan temerario proyecto. Le oponían el cansancio de los soldados, la anchura del río, la rapidez de la corriente, lo escarpado de las márgenes, la proximidad de Ktesifonte y el innumerable ejército del rey Sapor, la ineludible salida de los persas en el momento del desembarco: Juliano no quiso oir nada.

—Por mucho tiempo que esperemos—exclamó al fin impacientado,—el río no se hará más estrecho ni las márgenes menos escarpadas, y en cambio el ejército de los persas aumentará de día en día. Si hubiese escuchado vuestros consejos, todavía estaríamos en Antioquía.

Los jefes salieron de la tienda consternados.

—No resistirá—murmuró suspirando el experimentado y astuto Dalagaif, bárbaro encanecido en el servicio de Roma.—Acordaos de lo que os digo. Parece alegre, hasta se ríe; pero su rostro no refleja nada bueno. He visto esa expresión en personas muy próximas á la desesperación ó á la muerte. Esa alegría es de mal presagio.

El tibio crepúsculo brumoso descendía rápidamente sobre las ondas del grandioso río. Cinco galeras llevando á bordo cuatrocientos guerreros desamarraron. Durante algún tiempo se oyó el ruido regular de los remos. Después, nada. La obscuridad se hizo impenetrable. Juliano miraba fijamente y ocultaba su emoción bajo una sonrisa. Los jefes cuchicheaban entre sí. De pronto brilló un fuego en la noche. Todo el mundo contuvo su respiración; las miradas se volvieron al emperador. Él había comprendido lo que significaba aquel resplandor: los persas habían conseguido prender fuego á las naves romanas por medio de sus máquinas incendiarias, hábilmente lanzadas desde la otra orilla. Juliano palideció; pero, reponiéndose en seguida y no dejando á los soldados tiempo de darse cuenta de lo que ocurría, se precipitó gritando:

—¡Victoria, victoria! ¿veis ese resplandor? Han llegado y se han

hecho dueños de la orilla. Yo mismo ordené á la cohorte que encendiese fuego en señal de buen éxito. ¡Seguidme, compañeros!

—¿Qué hacer?—le murmuró al oído el prudente Salustio.—Estamos perdidos... ¡El fuego es en las galeras!...

—¡César se ha vuelto loco!—balbuceó Hormizda, aterrorizado, á Dalagaif.

El bárbaro se encogió de hombros.

El ejército, con irresistible impulso, se lanzó hacia el mar, al grito entusiasta de: "¡victoria, victoria!„ Algunos cayeron al agua, pero salieron riendo, y todos se precipitaron á las naves. Algunas embarcaciones pequeñas estuvieron á punto de zozobrar. No había bastante sitio en las galeras.

Varios jinetes se lanzaron valientemente á nado, cortando la corriente. Todos seguían gritando:

—¡Victoria, victoria!

La fuerza de la corriente estaba por el momento atenuada por las embarcaciones que obstruían el río. El incendio de las cinco primeras galeras fué apagado sin gran esfuerzo.

Solamente entonces comprendió todo el mundo la audaz astucia del emperador. Pero los soldados se regocijaron más todavía. Tras de aquel peligro evitado, todo parecía fácil.

Poco antes del amanecer se hicieron dueños de las alturas. Pero apenas hubieron reposado un poco los romanos, sin dejar las armas, vieron salir por el Este el enorme ejército.

El combate duró doce horas. Los persas se batían con el ardor de la desesperación. El ejército de Juliano vió allí por primera vez los grandes elefantes de guerra, que podían aplastar á toda una cohorte como un haz de hierba. Jamás los romanos habían alcanzado semejante victoria desde los tiempos de los grandes emperadores Trajano, Vespasiano y Tito.

Juliano llevó, al amanecer, la ofrenda de acción de gracias al dios de la guerra, Arés, ofrenda compuesta de diez toros blancos, de una belleza que recordaba las esculturas antiguas de los bajorrelieves griegos.

Todo el ejército estaba de fiesta. Solamente los augures etruscos, como siempren, conservaban un terco y malévolo sueño. A cada nueva victoria de Juliano, se ponían más sombríos, mudos y enigmáticos.

Trajeron el primer toro ornado de laureles, junto al altar humeante. Marchaba lentamente, pasivo, y de repente tropezó, se arrodilló, con un lastimero mugido semejante á un lamento humano,

que hizo estremecer á todo el mundo; hundió la cerviz en el polvo, y antes de ser sacrificado murió.

Trajeron el segundo, que cayó muerto de la misma manera. Después el tercero, luego el cuarto. Todos se acercaban al altar, sosteniéndose apenas, como si estuviesen atacados de una enfermedad mortal.

Un murmullo de espanto corrió por el ejército. Aquello era un terrible presagio.

Algunos aseguraban que los sacrificadores etruscos habían envenenado á los toros para vengarse del desprecio del emperador hacia su ciencia.

Nueve toros murieron así. El décimo, rompiendo sus ligaduras, se escapó y, bramando, atravesó el campamento sin que pudieran cogerle.

El sacrificio estaba desorganizado. Los augures sonreían malévolamente.

Cuando se trató de hacer la autopsia de los toros muertos, Juliano, con su experimentada mirada de adivino, vió, por los órganos, presagios aterradores. Se volvió; su rostro estaba lívido; quiso sonreir y no pudo. De pronto se acercó al altar y le dió un violento puntapié. El altar vaciló y no cayó. La multitud exhaló un profundo suspiro. El prefecto Salustio se precipitó hacia el emperador murmurando:

—Los soldados miran... Vale más interrumpir el sacrificio...

Juliano le apartó y dió otro puntapié más fuerte aún al altar, que rodó por el suelo. Los carbones se dispersaron; se apagó el fuego.

—¡Desgraciados!... ¡Desgraciados de nosotros!—gimió una voz.

—Te digo que está loco—balbuceó Hormizda apretando la mano de Dalagaif.—¡Mírale! ¿Cómo no lo ven los demás?

Los augures etruscos permanecían inmóviles, imperturbables, severos é indiferentes.

Juliano alzó los brazos al cielo. Sus ojos brillaban. Gritó:

—¡Lo juro por la alegría eterna, concentrada aquí, en mi corazón: reniego de vosotros como vosotros habéis renegado de mí! ¡Os abandono como me habéis abandonado, divinos impotentes! ¡Estoy solo contra vosotros, fantasmas olímpicos! Soy semejante á vosotros, pero no soy vuestro igual, porque soy hombre y vosotros no sois más que dioses... Hacía ya tiempo que mi corazón aspiraba á emanciparse, y he aquí que ahora rompo vuestra alianza. Me río, en mi terror supersticioso, de vuestras profecías infantiles. Vivía como un esclavo y hubiera podido morir de la misma manera... Pero he

despertado; he comprendido que era más fuerte que los dioses porque, consagrado á la muerte, he triunfado de la muerte. No hacen falta víctimas, ni tristeza, ni miedo, ni oraciones. En adelante, en mi vida no habrá ni una sombra, ni un solo estremecimiento, nada, sino la eterna risa olímpica que os arrebato, ¡oh muertos! Nada, sino el fuego sagrado que os arrebato, ¡oh inmortales! Mi vida será como el azul sin nubes en el que vivisteis, y en él morís ahora para ceder el puesto á los hombres-dioses... ¡Máximo, Máximo, tenías razón!... Su espíritu flota sobre mí.

Un augur de noventa años se acercó al emperador y, poniéndole una mano en el hombro, le dijo:

—Más bajo, hijo mío, más bajo. Si has comprendido el misterio, regocíjate en silencio. No tientes á la multitud. Los que te escuchan no pueden comprenderte.

El murmullo de indignación aumentaba.

—Delira—dijo Hormizda á Dalagaif.—Hay que llevarle á su tienda, ó acabará esto mal.

Oribazy, con el ademán de un médico cariñoso, cogió á Juliano de la mano y comenzó á persuadirle dulcemente.

—Tienes que descansar, muy amado Augusto. Hace dos noches que no duermes. Existen peligrosas fiebres en este país. Ven á la tienda. El sol es perjudicial... La enfermedad puede ser grave.

El emperador le miró distraídamente.

—Espera, Oribazy; he olvidado algo... Sí, sí... Es lo principal. Escucha, no digas nunca: "Los dioses ya no existen„, sino más bien: "Los dioses no existen todavía„. No existen, pero existirán; no en las fábulas, sino en la tierra. Todos seremos dioses; solamente que para esto hace falta una gran audacia, como nadie la ha tenido todavía, ni siquiera el héroe de Macedonia.

La agitación del ejército se hacía peligrosa. Los murmullos y las exclamaciones se unían en un rugido de indignación. Nadie comprendía claramente, pero todos sentían que ocurría algo anormal.

Unos gritaban asustados:

—¡Sacrilegio!... ¡Volved á poner en pie el altar!... ¿Qué esperan los sacrificadores?

Otros respondían:

—Los sacrificadores han envenenado al César porque no escuchaba sus consejos. ¡Matad á los sacrificadores, porque si no, nos perderán.

Los galileos, aprovechando la ocasión, se mezclaban entre los

grupos con actitud humilde; reían y cuchicheaban entre sí, inventando chismes, y silbaban como serpientes:

—¿No le veis? Dios es quien le castiga. Los diablos se han apoderado de él y han perturbado su razón. He aquí por qué se rebela contra sus dioses, por qué reniega del Unico.

El emperador, como si despertase de un profundo sueño, paseó lentamente su mirada por la muchedumbre, y por fin preguntó á Oribazy con indiferencia:

—¿Qué hay? ¿Por qué gritan? ¿Qué ha sucedido? ¡Ah, sí!... el altar derribado...

Y contemplando con triste sonrisa los carbones apagados, añadió:

—¿Sabes, amigo mío, que no se puede ofender á las gentes sino con la verdad?... ¡Pobres criaturas!... Pues bien, que griten y que lloren: así se consolarán. Vamos, Oribazy, vamos á la sombra. Tienes razón: el sol debe ser perjudicial... me duelen los ojos, estoy fatigado...

El emperador se acercó á su pobre lecho duro, su cama de campaña, sobre la que cayó desplomado.

—Silencio, silencio... César está enfermo...—decían los jefes para calmar á los soldados.

Los guerreros callaron.

En el campamento romano reinó un silencio profundo, como en la alcoba de un agonizante.

Solamente los galileos, deslizándose como serpientes, murmuraban sin cansarse:

—Ya lo veis. ¡Dios le ha castigado!

XV

Oribazy levantó varias veces el portier de la tienda, ofreciendo al enfermo una bebida refrescante. Juliano se negó á tomarla y rogó que le dejasen tranquilo. Temía los rostros humanos, el ruido y la luz. Apretándose la cabeza con las manos, cerrados los ojos, trataba de no pensar en nada, de olvidar en dónde se encontraba y lo que sentía.

El sobrenatural esfuerzo de voluntad que había gastado en aquellos tres meses le había cambiado, dejándole débil y quebrantado, como después de una larga enfermedad. No se daba cuenta de si dormía ó estaba despierto. A veces, le parecía que se encontraba en la gran sala de Macelo. La vieja Labda le bendecía para que pasara bien la noche, y se oían los ronquidos de Mardonio.

Experimentaba una gran alegría al verse otra vez niño, desconocido de todos, alejado del mundo, perdido en las montañas de Capadocia.

Otra veces sentía el fino y fresco perfume de los jacintos, tiernamente besados por el sol de Marzo en el jardín del sacrificador Olimpiador; oía la argentina risa de Amarilis y el murmurio de la fuente, el ruido metálico del juego de Kottavos y el llamamiento de Diófana: "¡Hijos míos, las galletas de jengibre están cocidas„.

Después desapareció todo...

.....

.....

Súbitamente despertado, se acordó de que estaba en el corazón de Persia, de que era emperador romano y que era responsable de sesenta mil legionarios; que ya no había dioses y que había derribado el altar de los sacrificios. Se estremeció. Un frío glacial sacudió su cuerpo. Le pareció que caía en el vacío y que no tenía nada donde agarrarse.

No podría decir si había pasado una hora ó un día en aquella somnolencia.

No ya en sueños, sino realmente, oyó que su fiel esclavo le decía asomándose á la tienda:

—César: temo incomodarte, pero no me atrevo á desobedecerte. Ordenaste que te previniesen sin retraso... El jefe Arifé acaba de llegar al campamento.

—¡Arifé!—exclamó Juliano incorporándose.—¡Que venga inmediatamente!

Arifé era uno de los más valerosos jefes, enviado con un destacamento para enterarse de si el ejército de socorro, compuesto de treinta mil hombres y mandado por los comicios Procopio y Sebastián, llegaba, como se le había ordenado, con las tropas del aliado Arzacio. Juliano esperaba desde hacía tiempo aquel socorro, del que dependía la suerte del ejército principal.

—Que venga... en seguida; ó si no, iré yo mismo...

Pero su debilidad no se había disipado aún, á pesar de su excitación. La cabeza le dió vueltas, cerró los ojos y tuvo que apoyarse en la pared de tela de la tienda para no caer al suelo.

—Dame vino, del fuerte, con agua fría.

El esclavo ejecutó rápidamente la orden y tendió la copa al emperador, que bebió lentamente y salió de la tienda. Era noche cerrada. A lo lejos, al otro lado del Eufrates, había estallado una tormenta y el viento aportaba la frescura y el olor de la lluvia. Por

medio de las nubes pasaban algunas estrellas, que temblaban como vacilantes luces. Del desierto llegaban los ladridos de los chacales.

Juliano descubrió su pecho, tendió su frente y se entregó á la caricia de la tempestad pasada.

Sonrió pensando en su momento de desfallecimiento. La debilidad había desaparecido; le volvían las fuerzas, tenía en tensión los nervios. Hubiera querido mandar, obrar, no dormir por la noche, combatir, jugar con la vida y con la muerte, vencer el peligro. De cuando en cuando, solamente sentía recorrerle el cuerpo un estremecimiento.

Se presentó Arifé.

Las noticias eran lamentables. Toda esperanza en la ayuda de Procopio y Sebastián estaba perdida. El emperador veíase abandonado en el centro de Asia. Hablábase de la traición de Arzacio.

En aquel momento anunciaron al emperador que un tránsfuga del campo de Sapor deseaba hablarle.

Llegó el persa, se prosternó ante Juliano y besó el suelo.

Era un monstruo. Su cabeza afeitada, desfigurada por las torturas asiáticas, con las orejas cortadas, arrancadas las narices, parecía una calavera. Pero sus ojos brillaban, inteligentes y resueltos.

Vestía una rica túnica de seda de color escarlata y hablaba mal el griego. Le acompañaban dos esclavos.

El persa dijo que se llamaba Artabán, que era un sátrapa calumniado, desfigurado por las torturas y que venía á buscar á los romanos para vengarse del rey.

—¿Y qué esperas de mí?—le preguntó Juliano.

—¡La venganza! Ven conmigo.

—¿Adónde?

—Al Norte, á través del desierto—trescientos veinticinco parasanges,—después á través de las montañas, al Este, directamente sobre Susa y Ecbatana...

El persa señaló el horizonte.

—¡Allí, allí!—repitió sin dejar de mirar á Juliano.

—César—murmuró Hormizda al oído del emperador,—¡ten cuidado!... Es hombre de mirada atravesada... Es un brujo... un bandido ó tal vez peor... A veces se cometen por la noche en estos parajes perversas acciones. Échale... No le escuches.

El emperador no dió oídos á las palabras de su consejero.

Experimentaba la extraña fascinación de los ojos suplicantes del persa.

—¿Conoces exactamente el camino que conduce á Ecbatana?

—¡Oh, sí, sí!—exclamó el persa con risa de satisfacción.—¿Cómo podría no conocerle?... Cada grano de arena en el desierto... cada pozo... Artabán sabe lo que cantan los pájaros, oye correr los manantiales subterráneos... Iré delante de tu ejército, olfateando el rastro, mostrando el camino... Créeme: dentro de veinte días toda la Persia te pertenecerá, hasta la India, hasta el Océano.

El corazón del emperador latía apresuradamente.

"¿Será éste el milagro que yo esperaba?—pensó.—¡Pertenecerme Persia dentro de veinte días!„

Palpitaba de emoción.

—¡No me eches!—murmuraba el monstruo.—Me quedaré como un perro acostado á tus pies. En cuanto te he visto te he querido, señor universal, más que á mi alma, porque eres soberbio... Quiero que me golpees, que me pisotees, y lameré cantando el polvo de tus pies. ¡Gloria, gloria al hijo del Sol, al rey de Oriente y de Occidente, gloria á Juliano!

Besaba los pies del emperador, y los dos esclavos, prosternados también, repetían igualmente:

—¡Gloria, gloria, gloria!

—¿Qué hacer entonces de las naves?—pensó Juliano en alta voz. —¿Dejarlas desarmadas en manos del enemigo, ó conservarlas?

—¡Quemarlas!—murmuró el persa.

Juliano se estremeció y miró de un modo extraño al persa.

—¿Quemarlas? ¿Qué estás diciendo?

Artabán irguió la cabeza y miró de un modo intenso al emperador.

—¿Tienes miedo? ¡tú!... No, no; solamente los hombres tienen miedo, pero no los dioses. Quema las naves y quedarás libre como el viento; tus naves no caerán en poder del enemigo, y tu ejército se aumentará con los soldados tomados de la flota. ¡Sé grande y atrevido hasta el fin! Quémalas, y dentro de diez días te encontrarás bajo los muros de Ecbatana. Dentro de veinte días te pertenecerá Persia. Serás más grande que el hijo de Filipo, el vencedor de Darío... Pero... quema tus naves y sígueme... ¿No te atreves?

—¿Y si todo lo que dices no es más que mentira? ¿Y si leo en tu corazón que mientes?—exclamó el emperador cogiendo al persa con una mano por la garganta y amenazándole con la otra con el puñal.

Hormizda dió un suspiro de alivio.

Durante algunos instantes se miraron sin hablar. Artabán sostuvo la mirada del emperador, y Juliano experimentó de nuevo la fascinación de aquellos ojos inteligentes, audaces y serviles.

—¡Mátame con tu mano si no me crees!—dijo el persa.

Juliano le soltó y volvió el puñal á la vaina.

—Es terrible y dulce mirar á tus ojos—añadió el persa, sin apartar los suyos del emperador.—Tu rostro es el de un dios. Nadie lo sabe todavía; solamente yo sé quién eres... ¡No rechaces á tu esclavo, señor!

—Ya veremos—murmuró Juliano pensativo.—Hacía mucho tiempo que deseaba combatir con tu rey, en el desierto... pero las naves...

—¡Oh, sí, las naves!—murmuró Artabán.—Es preciso marchar lo antes posible... esta noche... para que los habitantes de Ktesifonte no puedan vernos... ¡Las quemarás!

Juliano no respondió.

—Llevadlos—dijo á los legionarios y señalando á los tránsfugas.—Vigiladlos estrechamente.

Al volver á su tienda Juliano se detuvo y alzó los ojos.

—¿Pero es de veras?—murmuró.—¿De un modo tan completo y tan pronto? Siento que mi voluntad es como la voluntad de los dioses. Apenas he pensado en ello, se realiza.

La alegría de su alma aumentaba; sonriendo, apoyó la mano en su corazón para contener sus violentos latidos. Sentía aún estremecimientos y tenía la cabeza pesada como si hubiese estado todo el día al sol.

Mandó llamar á su tienda al jefe Víctor, anciano que le era ciegamente adicto, y le confió el anillo de oro que llevaba el sello imperial.

—Vete á ver á los comandantes de la flota, los comicios Constantino y Luciliano—dijo lacónicamente el emperador.—Antes de amanecer deben quemar las naves, excepto las cinco mayores, cargadas de pan, y las doce pequeñas, que nos servirán de puentes volantes. Que se quemen todas las otras. El que se oponga á la orden responderá con su cabeza. Que se guarde el más absoluto secreto. Anda.

Le dió un pedazo de papiro, en el que escribió la orden lacónica á los comandantes de la flota.

Víctor, según su costumbre, no asombrándose de nada, besó el borde de la púrpura imperial y salió.

Juliano, á pesar de lo avanzado de la hora, convocó un consejo de guerra. Los jefes se reunieron en la tienda, sombríos, secretamente irritados y recelosos.

En pocas palabras Juliano les expuso su plan de ir al Norte, al

centro de Persia, hacia Susa y Ecbatana, para apoderarse de improviso del rey.

Todos protestaron, hablando á la vez, sin disimular que el proyecto de Juliano les parecía una verdadera locura. En los rostros austeros de los veteranos y prudentes guerreros se leían el cansancio, la falta de confianza y el despecho.

Varios replicaron con sequedad.

—¿Adónde vamos? ¿Qué más se necesita?—decía Salustio Segundo.—Reflexiona un poco, César: hemos conquistado la mitad de Persia. Sapor te ofrece condiciones de paz, como jamás las ofreciera un monarca de Asia á ningún conquistador romano: ni al gran Pompeyo, ni á Septimio Severo, ni á Trajano. Firmemos, pues, la paz, mientras que no sea demasiado tarde, y volvamos á nuestra patria.

—Los soldados murmuran—observó Dalagaif.—No los impulses á la desesperación. Están fatigados. Muchos se encuentran heridos ó enfermos. Si los llevas más lejos, á un desierto desconocido, no se puede responder de nada. ¡Ten compasión de ellos!... Y tú mismo, ¿no aspiras al reposo? Debes de estar fatigado más que todos nosotros...

—¡Volvámonos!—exclamaron los jefes.—Ir más lejos sería una locura.

En aquel momento repercutió al exterior un ruido sordo y amenazador, semejante al estrépito de la mar desencadenada.

Juliano prestó oído y comprendió en seguida: era la rebelión.

—Ya conocéis mi voluntad—dijo fríamente á los jefes, indicándoles la salida.—Es inquebrantable. Dentro de dos horas nos pondremos en marcha. Cuidad de que todo esté dispuesto.

—Muy amado Augusto—respondió Salustio con una calma llena de respeto,—no saldré sin decirte lo que debo. Has hablado con nosotros, los iguales, no en poder, pero sí en bravura, de una manera indigna de un romano discípulo de Sócrates y de Platón; nosotros no podemos perdonar tus palabras sino atribuyéndolas al enervamiento momentáneo que obscurece tu imperial cerebro.

—Pues bien—exclamó Juliano sarcástico y palideciendo de cólera,—tanto peor para vosotros, amigos míos. En tal caso os encontráis en manos de un loco. Acabo de dar la orden de quemar las naves, y mis órdenes se ejecutan en este instante. Preveía vuestra cordura y os he cortado el camino de la retirada. Ahora, vuestra vida está en mis manos y os forzaré á creer en el milagro.

Todos quedaron sobrecogidos; solamente Salustio se lanzó hacia Juliano y, cogiéndole las manos, dijo:

—¡Es imposible, César!... no has podido... verdaderamente...

No acabó la frase y soltó las manos del emperador.

Todos pusiéronse á escuchar.

Los gritos de los legionarios redoblaban; el ruido de la rebelión se acercaba como una tempestad que volase por encima de los árboles de un enorme bosque.

—¿Qué gritan?—exclamó Juliano muy tranquilo.—¡Pobres criaturas? ¿Adónde quieren ir sin mí? He aquí por qué he quemado las naves, última esperanza de los cobardes y de los débiles. No hay regreso posible, á menos de un milagro. Ahora, vuestra suerte está ligada á la mía en vida y muerte. Dentro de veinte días el Asia será nuestra... os he rodeado de terror para que vencieseis todo y fueseis semejantes á mí... ¡Alegraos! os llevaré, como Dionisio, al través del mundo, y seréis los amos de los hombres y de los dioses... Seréis dioses vosotros mismos.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, resonó en todo el ejército un grito de infinita desesperación:

—¡Están ardiendo... están ardiendo!

Los jefes se precipitaron fuera de la tienda, seguidos de Juliano.

Vieron el resplandor del incendio. Víctor había transmitido textualmente las órdenes del emperador. La flota estaba rodeada de llamas, y el emperador contemplaba el espectáculo con muda y extraña sonrisa.

—¡César!... ¡que los dioses nos protejan!... ¡Se ha fugado!...

Diciendo estas palabras, un centurión cayó á los pies de Juliano, pálido y temblando.

—¿Qué? ¿qué dices?

—¡Artabán... Artabán!... ¡Desgraciados de nosotros!... ¡Te ha engañado, César!

—¡Es imposible!... ¿Y los esclavos?—balbuceó aterrado el emperador.

—Acaban de confesar entre torturas que Artabán no era un sátrapa, sino un recaudador de contribuciones en Ktesifonte. Inventó la astucia para salvar la ciudad y arrastrarte al desierto para entregarte á los persas. Sabía que quemarías las naves. Han dicho también que Sapor avanza á la cabeza de un formidable ejército.

El emperador corrió á la orilla, al encuentro de Víctor.

—¡Apagad... apagad pronto el fuego!

Pero su voz desfalleció. Al mirar la flota ardiendo, comprendió Juliano que ninguna fuerza humana podría dominar las llamas, avivadas por un viento violentísimo.

Se cogió la cabeza con las manos y, aunque ya no tuviese fe ni oraciones en su corazón, alzó los ojos al cielo como en demanda de socorro.

Las estrellas brillaban débilmente en la altura.

—¡Los persas han incendiado las naves!—gemían unos, tendiendo los brazos hacia su última esperanza.

—¡No!; han sido los jefes, para llevarnos al desierto y abandonarnos—divagaban otros.

—¡Matad á los sacrificadores!—rugían algunos.—Los sacrificadores han envenenado al César y le han arrebatado la razón.

—¡Gloria á Augusto Juliano vencedor!—exclamaban los fieles galos y celtas.—¡Callaos, traidores! Mientras César viva no tenemos nada que temer.

Los cobardes lloraban.

—¡La patria, la patria! No iremos más lejos. No daremos un paso más. ¡Matadnos antes!

—¡No volveremos á ver el país natal! Estamos perdidos. Los persas nos han cogido en un lazo.

—¿Pero no veis?—gritaban triunfantes los galileos.—Los demonios se han apoderado de él. El impío Juliano ha vendido su alma, y le arrastran al abismo. ¿Adónde puede conducirnos un loco poseído por los demonios?

Y, mientras tanto, Juliano, sin ver ni oir nada, como en un sueño, murmuraba con sonrisa impotente y distraída:

—¡Qué importa!... ¡Se realizará el milagro!... Si no es ahora, será más adelante... ¡Creo en el milagro!

XVI

Era la primera noche de la retirada. El ejército se había negado á ir más lejos. En vano el emperador formuló ruegos y amenazas. Los celtas, los romanos, los paganos, los cristianos, los bravos y los cobardes, todos le respondieron con un solo grito:

—¡Volvámonos á la patria!

Los jefes se felicitaban en secreto: los augures etruscos triunfaban abiertamente.

Tras el incendio de las naves todos se habían sublevado.

Ya no solamente los galileos, sino también los paganos estaban persuadidos de que pesaba una maldición sobre la cabeza del emperador, que las Euménides le perseguían.

Cuando atravesaba el campamento, las conversaciones cesaban, todos se apartaban de él medrosamente.

Los libros sibilinos y el Apocalipsis, los augures etruscos, las perspicacias cristianas, los dioses y los ángeles, todos se unían para perder al enemigo común.

Entonces el emperador declaró que los conduciría á la patria, á través de la provincia de Corduana y el fértil Heliocom.

Con arreglo á este plan de retirada, se conservaba la esperanza de reunirse con las tropas de Procopio y Sebastián. Juliano se consolaba pensando que no abandonaba Persia todavía, que aún podía encontrar al ejército de Sapor, presentarle la batalla y obtener una victoria que lo arreglase todo.

Los persas no se mostraban. Queriendo antes del ataque decisivo debilitar al ejército romano, habían incendiado los ricos campos cultivados, los depósitos y los graneros rurales.

Los soldados de Juliano marchaban por un desierto muerto, humeante aún á consecuencia del incendio. Comenzaba la escasez.

Para aumentar el desastre, los persas destruyeron los diques de los canales y anegaron los abrasados campos. Fueron ayudados en tal tarea por los arroyos y torrentes, que se salían de madre por la fusión de las nieves de los montes de Armenia.

El agua se secaba rápidamente bajo los ardientes rayos del sol de Junio. Sobre la tierra, caliente todavía, permanecían lugares fangosos. Por la noche, de los carbones mojados se desprendían asfixiantes vapores; el olor acre de los escombros podridos se impregnaba en todo, en el aire, en el agua, en los trajes y hasta en los alimentos de los soldados.

De las marismas putrefactas se elevaban miles de insectos, muchos de ellos venenosos. Formaban verdaderas nubes sobre las bestias de carga; se pegaban á la húmeda piel de los legionarios. Noche y día se escuchaba un zumbido adormecedor. Los caballos se encabritaban; los bueyes rompían el yugo, derribando las carretas.

Después de los pasos difíciles, los soldados no podían esperar descanso. Hasta bajo las tiendas no se encontraba refugio contra los insectos, que se introducían por las junturas. Era preciso envolverse la cabeza en una manta, que ahogaba, para lograr dormir.

Las mordeduras de ciertas moscas pequeñas, transparentes, de color de estiércol, producían hinchazones que picaban mucho al principio, enconándose después y convirtiéndose por último en horribles llagas purulentas.

Los últimos días no se mostró el sol. El cielo, bajo, denso, abru-

mador, parecía cubierto de un velo uniformemente blanco de nubes pesadas, cuya inmovilidad era aún más penosa para la vista que el sol.

Caminaban así, enflaquecidos, débiles, con paso vacilante, entre el implacable cielo y la tierra negra, abrasada.

El emperador ordenó que se distribuyeran entre los soldados hambrientos las últimas provisiones que guardaba para él y sus allegados. Merced á una extrema continencia, sentía continuamente una excitación inquieta y, al mismo tiempo, una ligereza de cuerpo como si tuviese alas.

Aquella noche los soldados descansaban: el viento del Norte había echado á los insectos. El aceite, la harina, el vino, últimas provisiones del emperador, habían calmado el hambre. Renacía la esperanza del regreso. El campamento quedó en silencio. Juliano entró en su tienda.

Por entonces ya no dormía, ó dormía muy poco, y solamente hacia el amanecer. Si por casualidad se dormía profundamente, despertaba aterrado; gotas de sudor frío le corrían por la frente. Tenía necesidad de sentirse en posesión de todo su conocimiento para ahogar el enojo que roía su alma.

Al entrar en su tienda encendió luz y se dispuso á seguir escribiendo su obra favorita: *Contra los cristianos*. De repente oyó un ligero ruido. Se volvió y se puso en pie. Le pareció ver un fantasma; en el umbral estaba un adolescente vestido con una pobre túnica de piel de camello.

El emperador le miraba sobrecogido.

—¿Te acuerdas, Juliano—le dijo una voz conocida,—te acuerdas de que viniste una vez á verme al monasterio? Te rechacé entonces; pero no he podido olvidarte, porque ambos somos singularmente parecidos...

El adolescente se quitó la negra capucha de su túnica; Juliano vió unos cabellos dorados, y reconoció á Arsinoe.

—¿De dónde vienes? ¿Por qué has venido? ¿Por qué estás vestida así?

Seguía temiendo que fuese un fantasma y desapareciese tan inopinadamente como se había presentado. Arsinoe, en pocas palabras, le contó lo que había sido de ella desde su separación.

Habiendo dejado á su tutor Hortensio y dado la mayor parte de su fortuna á los pobres, vivió mucho tiempo con los anacoretas, al Sur del lago Marcótida, entre las montañas estériles del Líbano, en los terribles desiertos de Netris y de Sketis. La acompañó el joven

Juventino, discípulo del anciano Didimo. Frecuentaron el trato de los ascetas.

—¿Y has encontrado en ellos lo que buscabas?—pregunto Juliano.

Ella movió la cabeza, y dijo tristemente:

—No. Rastros de luz, alucinaciones, presagios, lo que en otras partes.

—Dilo, dilo todo—exclamó el emperador, cuyos ojos brillaban de esperanza y de reconocimiento.

—Mira, amigo mío—replicó ella.—Yo buscaba la libertad del alma; pero el alma no existe en esos lugares.

—¿Verdad que no?—exclamó triunfante Juliano.—Ya te lo dije, Arsinoe. Dime por qué has dejado á esos desdichados.

—Porque tuve una tentación. Una vez, en el desierto, entre las piedras, encontré un trozo de brillante mármol. Lo recogí, admiré su brillo durante un gran rato, y de repente me acordé de Atenas, de mi juventud, de mi arte, de ti. Desperté, y decidí volver al mundo, á seguir siendo lo que Dios me creó: artista. Por entonces el anciano Didimo tuvo un sueño, en el que yo te reconciliaba con el Galileo...

—¡Con el Galileo!...

—Sí. La curiosidad me impulsó hacia ti. Quise saber si habías alcanzado la verdad en tu camino y adónde habías llegado. Me puse el hábito de fraile. Juventino y yo descendimos el Nilo hasta Alejandría; después un barco nos condujo á Antioquía. Tras mil peligros hemos atravesado los desiertos de la Mesopotamia, abandonada por los persas. Y ahora aquí me tienes... ¿Y tú, Juliano?

—Y ahora, ¿le detestas tú también?—preguntó á su vez el emperador.

—No; ¿por qué?—respondió ella sencillamente.—¿Por qué detestarle? ¿No se parece lo que decían los sabios de la Hélada á lo que predicaba el Galileo? Los que, en el desierto, martirizan su cuerpo y su alma, están lejos del humilde hijo de María. Él amaba á los niños, gustaba de la libertad, de la alegría y de los soberbios lirios blancos. Amaba la belleza, Juliano... Nos hemos alejado de Él y nos hemos embrollado y ensombrecido. Todos te llaman el Renegado... pero ellos también son renegados...

—No hables así—dijo el emperador.—Deja lo que ha sido... No seas de nuevo mi enemiga.

—No; debo decirlo todo—replicó Arsinoe.—Escucha... Yo sé que tú le amas... Cállate; así es, y esa es tu maldición. ¿Contra quién te has rebelado? ¿Qué enemigo eres tú para Él? Cuando tus labios mal-

dicen al Crucificado, tu corazón suspira por Él. Cuando luchas contra su nombre, te hallas más cerca de Él, más cerca de su espíritu, que los que repiten con labios muertos: ¡Señor, Señor!... Estos son tus enemigos, y no Él. ¿Por qué te torturas más que los frailes galileos?

El emperador se irguió pálido como un muerto. Su rostro se descompuso, y en sus ojos brilló el antiguo odio. Exclamó con ironía dolorosa:

—¡Vete!... ¡Lejos de mí!... Conozco las astucias galileas.

Arsinoe le miraba con espanto y desesperación, como un loco.

—¡Juliano! ¿qué tienes? ¿Es posible que un nombre...?

Pero él se había ya dominado.

El brillo de sus ojos se extinguió; el rostro se tornó indiferente, casi despectivo. El emperador romano hablaba á una galilea.

—Marcha, Arsinoe. Olvida cuanto te he dicho. Era un minuto de debilidad, que ha pasado. Estoy tranquilo. Ya ves que continuamos siendo dos extraños. La sombra del Crucificado está siempre entre nosotros. Tú no le has renegado. Quien no es su enemigo, no puede ser mi amigo...

Ella cayó de rodillas ante él.

—¿Por qué, por qué? ¿Qué hacer? Ten piedad de ti antes de que sea tarde. Es una locura. Vuelve en ti, ó...

—O pereceré; ¿es eso lo que quieres decir, Arsinoe? Sea. Seguiré mi camino hasta el fin, adonde me conduzca...

La joven seguía tendiendo hacia él sus manos, como un amigo hacia su amigo muerto. Pero entre ellos había un abismo que los vivos no franquean.

....

.....

Hacia el 20 de Julio, el ejército romano, tras un largo trayecto al través de las abrasadas llanuras, encontró en el profundo valle del río Dierus un poco de hierba escapada al incendio.

Al lado se encontraba un campo de trigo maduro. Los guerreros recogieron pan. Descansaron tres días en aquel valle.

Los legionarios, indeciblemente contentos, se tumbaban, respirando la humedad perfumada de la tierra y apretando los frescos tallos de las altas hierbas contra sus rostros polvorientos.

En la mañana del cuarto día, los centinelas colocados en las colinas circundantes observaron una nube de humo ó de polvo.

El emperador mandó tocar llamada. El ejército se preparó á la defensiva. La nube de humo ó de polvo permaneció en el horizonte

hasta la noche, sin que nadie hubiese podido adivinar lo que tras ella se ocultaba.

La noche era obscura y serena.

Los romanos no dormían. Mantenían alerta, y esperaban con muda inquietud el amanecer.

XVII

Al amanecer vieron á los persas. El enemigo avanzaba lentamente. Los guerreros experimentados calculaban su número en cerca de doscientos mil. Los romanos, silenciosos, se dispusieron en orden de batalla. Los rostros expresaban seriedad, pero no tristeza.

El peligro acallaba el odio: todas las miradas estaban fijas en el emperador. Galileos y paganos trataban de adivinar en el rostro de aquél si podían tener esperanza.

En aquel instante Juliano irradiaba de alegría. Esperaba el encuentro con los persas como un milagro, sabiendo que la victoria le daría una tal fama y una tal fuerza que los galileos no podrían resistirle.

Estaba arrogante como un antiguo héroe de la Hélada. El peligro le inmaterializaba; en sus ojos brillaba un fuego terrible y alegre.

La mañana caliginosa del 22 de Julio anunciaba un día tórrido.

El emperador no quiso endosarse la coraza y permaneció vestido con una ligera túnica de seda. El jefe Víctor se acercó á él, con una cota de malla, y le dijo:

—César, he tenido un mal sueño. No tientes á la suerte. Ponte la armadura.

Juliano, silencioso, le rechazó con la mano.

El viejo cayó de rodillas.

—¡Póntela!... Ten compasión de tu esclavo... La batalla será peligrosa.

Juliano empuñó las armas, se echó sobre los hombros la púrpura flotante de su clámide, y montando á caballo, dijo:

—Déjame. No tengo necesidad de nada.

Partió: su casco beocio con cimera de oro resplandecía al sol, mientras que Víctor, inquieto, le seguía tristemente con los ojos.

Los persas se acercaban. Había que darse prisa.

Juliano dispuso al ejército en forma de media luna. El enorme

semicírculo debía hundir sus dos puntas en la masa persa y encerrarla por dos lados. El ala derecha estaba mandada por Dalagaif; la izquierda, por Hormizda; Juliano y Víctor ocupaban el centro. Las trompas sonaron.

La caballería romana no soportó el primer choque de los elefantes persas. Estos se precipitaban sobre las filas, y con sus colmillos abrían los vientres de los caballos, y con sus trompas enlazaban á los jinetes y los estrellaban contra el suelo.

Una cohorte había emprendido ya la fuga; estaba formada de cristianos. Juliano se lanzó en su persecución; abofeteó al primer decurión y gritó furioso:

—¡Cobardes! ¿No sabéis más que rezar?

Los ligeros arqueros de Tracia y los honderos paflagonios avanzaron contra los elefantes. Tras ellos marchaban los hábiles ilirios, lanzadores de dardos, los marciobárbulos. Juliano dió la orden de dirigir á las piernas de los elefantes las flechas, las piedras y los dardos.

Produjose una gran confusión entre los paquidermos. Heridos en las piernas, caían, y pronto no hubo más que una montaña de masas grises. Por último, los elefantes comenzaron á huir, arrojándose sobre los persas y aplastándoles. Este peligro estaba ya previsto en la táctica de los bárbaros; pues en seguida los conductores de los elefantes empezaron á herir á los monstruos entre las dos vértebras de la espina dorsal más próximas al cráneo. Bastaba un solo golpe para dejar seco al mayor y más fuerte de los paquidermos. Las cohortes de los marciobárbulos se precipitaron hacia adelante, pasando sobre los heridos, persiguiendo á los fugitivos.

En aquel momento, Juliano corría en socorro del ala izquierda. Por aquel lado avanzaban los klibanarios persas, destacamento de afamados jinetes, unidos entre sí por una fuerte cadena, cubiertos de la cabeza á los pies por escamas metálicas, invulnerables, casi inmortales en el combate, semejantes á estatuas de bronce. No se podía herirlos sino á través de las estrechas aberturas dejadas para la boca y los ojos.

Contra los klibanarios dirigió Juliano las cohortes de sus antiguos y fieles amigos los batavios y los celtas. Morían por una sonrisa de César, mirándole con ojos infantiles y entusiastas.

El ala derecha de los romanos era la más castigada. Al fin de la jornada, los klibanarios flaquearon; las armaduras, caldeadas, les quemaban. Juliano dirigió contra ellos todas sus fuerzas: la confusión entró en sus filas. De los labios del emperador se escapó un

grito de triunfo. Se lanzó adelante persiguiendo á los que huían, sin percatarse de lo distanciado que estaba del ejército. Algunos guerreros acompañaban á César, entre los que figuraba el veterano jefe Víctor. Éste, herido en una mano, no lo sentía; no abandonaba un instante al emperador, y le preservaba de los golpes mortales protegiéndole con su escudo. Sabía que es tan peligroso acercarse á un ejército que huye, como á un edificio que amenace ruina.

—¿Qué haces, César?—gritaba.—¡Ten cuidado! Ponte una cota de mallas.

Juliano, sin escucharle, seguía avanzando, con el pecho descubierto, como si, solo, sin ejército, con su rostro y su gesto terribles, pusiera en fuga á sus innumerables enemigos. Una alegre sonrisa se dibujaba en sus labios; á través de una nube de polvo levantada por el galope furioso del caballo, brillaba el casco beocio, y los pliegues de la clámide, flotando á merced del viento, parecían dos gigantescas alas de púrpura, que llevaban al emperador adelante, siempre adelante.

Ante él huía un destacamento de sarracenos. Uno de los jinetes se volvió, reconoció á Juliano por sus vestiduras y le señaló á sus compañeros, lanzando un grito gutural semejante al de un águila.

—¡Malek, malek!... ¡El rey, el rey!...

Todos se volvieron, y sin detener sus corceles saltaron sobre sus sillas, levantando las lanzas.

El emperador vió un rostro bronceado de bandido. Era casi un niño. Corría hacia él sobre un dromedario de Bactriana. Víctor paró dos lanzas sarracenas dirigidas contra el emperador.

Entonces el adolescente desde su camello apuntó, y su mirada rapaz brilló, mientras que mostrando sus blancos dientes gritaba alegremente:

—¡Malek... malek!

—¡Qué feliz es!—pensó Juliano.—Y yo todavía...

No tuvo tiempo de acabar su pensamiento: la lanza silbó, alcanzó su mano derecha, de la que levantó la epidermis, se deslizó á lo largo de sus costillas y fué á clavarse por debajo del hígado. Juliano creyó la herida ligera; cogió la punta de doble filo para arrancarla, y se cortó los dedos. Brotó la sangre. Juliano lanzó un grito, echó la cabeza hacia atrás, fijó sus ojos muy abiertos en el azul del firmamento, y cayó del caballo en brazos de sus acompañantes.

Víctor le sostenía con tierna veneración; sus labios temblaban; contemplaba con dolorosa mirada los ojos cerrados del soberano.

XVIII

El emperador fué transportado á su tienda y acostado en su cama de campaña. No recobraba el conocimiento, y se quejaba de cuando en cuando. El doctor Oribazy retiró el hierro de la lanza de la profunda herida, que lavó y curó. Víctor, con una mirada, le preguntó si quedaba alguna esperanza; Oribazy meneó tristemente la cabeza. Terminada la cura, Juliano suspiró y abrió los ojos.

—¿En dónde estoy? — preguntó sorprendido y mirando á su alrededor.

Después oyó el ruido lejano de la batalla; se acordó de todo, y haciendo un esfuerzo se incorporó en el lecho.

—¿Por qué me han traído aquí? ¿En dónde está mi caballo? ¡Pronto, Víctor!

Súbitamente, su rostro se descompuso por el dolor. Todos se precipitaron para sostenerle. Rechazó á Víctor y Oribazy.

—Dejadme... Mi puesto está entre ellos hasta el fin.

Su alma luchaba con la muerte. Lentamente se levantó; una pálida sonrisa vagaba por sus labios, y sus ojos ardían.

—Ya veis... Todavía puedo... ¡Pronto!... mi espada, mi escudo, mi caballo...

Víctor le tendió el escudo y la espada. Juliano los tomó, y vacilando como un niño que no sabe todavía andar, dió algunos pasos.

La herida volvió á abrirse; dejó caer las armas, y cayó en brazos de Oribazy y de Víctor; alzando los ojos, exclamó con tranquilo desprecio:

—¡Todo ha terminado!... ¡Venciste, Galileo!

Y, sin resistir más, se entregó á los que le atendían. Volvieron á acostarle.

—Sí, amigos míos—repitió dulcemente.—Me muero.

Oribazy se inclinó hacia él, consolándole, asegurándole que curaría de la herida.

—No me engañes — replicó Juliano. — ¿Para qué? No tengo miedo...

Después añadió solemnemente:

—Moriré con la muerte de los grandes.

Por la tarde perdió el conocimiento.

Las horas se sucedían á las horas.

Se puso el sol. Terminó el combate. Se encendió una lámpara en la tienda. La noche descendía lentamente.

Juliano no volvía en sí; la respiración se debilitó: se creyó que agonizaba. Por fin, sus ojos se abrieron poco á poco, y su mirada inmóvil se fijó en un ángulo de la tienda. De sus labios se escapaba un rápido murmullo. Deliraba:

—¿Tú aquí? ¿Para qué?... ¡Qué importa! todo ha concluído. ¿No lo ves?... ¡Vete! Detestaba la risa. He aquí lo que no te perdonamos.

Después recobró el sentido, y preguntó á Oribazy:

—¿Qué hora es? ¿Volveré á ver el sol?

Y, pensativo, añadió:

—¿Es posible, Oribazy, que la razón sea tan impotente? Sé que esto es una debilidad del cuerpo... La sangre, llenando el cerebro, crea visiones... Hay que vencer... Es preciso que la razón...

Las ideas se embrollaban de nuevo, la mirada recobraba su inmovilidad.

—¡No quiero! ¿Lo oyes?... Vete, tentador... No creo... Sócrates murió como un dios... Es preciso que la razón... ¡Víctor!... ¿Qué esperas de mí, implacable?... Tu amor es más terrible que la muerte... Tu carga es la carga más pesada... ¿Por qué miras así? ¡Cuánto te amé, Buen Pastor!... ¡A ti solo! ¡No, no! Los pies traspasados... ¡La sangre!... La muerte de la Hélada... la obscuridad... Yo quiero el sol, el sol dorado... sobre el mármol del Partenón... ¿Por qué habías tú de velar el sol?...

Era la una de la mañana.

Las legiones habían vuelto al campamento: la victoria no las alegraba. A pesar del cansancio, casi nadie dormía. Se esperaban noticias de la tienda imperial. Muchos, en pie, al lado de las hogueras medio apagadas, dormitaban apoyados en sus lanzas.

A la entrada de la tienda de Juliano se agolpaban los familiares, los jefes, los amigos. Parecían fantasmas en los medios tintes del crepúsculo.

Mayor silencio reinaba aún en la tienda. El doctor Oribazy pulverizaba en un mortero unas plantas medicinales hara hacer una bebida refrescante. El enfermo estaba tranquilo; el delirio había desaparecido. Al amanecer recobró el sentido, y preguntó con impaciencia:

—¿Ha salido ya el sol? —

—Dentro de una hora—contestó Oribazy, consultando el clepsidro.

—Llamad á los jefes—ordenó Juliano.—Debo hablar...

—Muy amado César—observó el sabio,—tal vez eso te perjudicaría...

—¡Qué importa! No moriré antes de que salga el sol. Víctor, abre la tienda.

Le contaron la victoria alcanzada sobre los persas, la fuga del jefe de la caballería enemiga y de los dos hijos del rey Sapor, la muerte de cincuenta sátrapas.

Juliano ni se asombró ni se alegró. Permaneció indiferente.

Dalagaif, Hormizda, Arifé, Luciliano y Salustio entraron, precedidos por el comicio Joviano. Muchos, haciendo cálculos para el porvenir, expresaban el deseo de ver en el trono á aquel joven débil y temeroso. Esperaban descansar bajo su reinado de las zozobras del tumultuoso reinado de Juliano. Joviano poseía el arte de agradar á todo el mundo.

Entre los familiares se encontraba también el joven centurión de las caballerizas imperiales, el futuro célebre historiador Amiano Marcelino. Todos sabían que escribía las memorias de la campaña y amontonaba documentos para una gran obra histórica.

La claridad del día penetró en la tienda.

Todo el mundo permanecía silencioso.

—Escuchad, amigos míos—comenzó á decir Juliano.

Hablaba en voz baja, pero con claridad. Todo su sér respiraba el triunfo de la razón; en sus ojos brillaba una invencible voluntad.

—Escuchad: mi hora ha llegado, tal vez demasiado pronto; pero ya veis, me alegro, como un fiel deudor, al devolver mi vida á la naturaleza, y no hay en mi alma ni pena ni espanto: no hay en ella más que una tranquila alegría, el presentimiento del eterno reposo... He cumplido con mi deber, y al recordar el pasado no me acuerdo de nada. Si no he realizado todo lo que deseaba, no olvidéis que las cosas terrestres se encuentran todas bajo la dependencia del destino. Ahora doy gracias al Eterno por haberme permitido morir, no de una larga enfermedad ni á manos del verdugo, sino en el campo de batalla, en plena juventud, en medio de empresas no terminadas... Contad á mis amigos y á mis enemigos cómo mueren los helenos: sostenidos por la divina sabiduría...

Calló. Todos se pusieron de rodillas. Muchos lloraban.

—¿Qué tenéis, mis pobres amigos?—preguntó Juliano, sonriendo. —No está bien el que lloren los que regresan á su patria. Consuélate, Víctor.

El veterano quiso responder, y no pudo: ocultándose el rostro entre las manos, sollozó con mayor fuerza.

Lució el primer rayo de sol. El moribundo volvió hacia él su rostro.

Entonces Salustio se acercó á Juliano, y besándole la mano, dijo:

—Muy amado Augusto, ¿á quién designas para sucederte?

—¡Qué importa! La suerte decidirá. Que los galileos triunfen. Nosotros venceremos más adelante. Se establecerá en la tierra el reinado de los iguales de los dioses, riendo eternamente como el sol...

Un débil estremecimiento sacudió su cuerpo. Juliano tendió los brazos, como si hubiera querido lanzarse al encuentro del sol levante. Una sangre negra brotó de su herida. Las venas de las sienes y del cuello se hincharon.

—¡Agua..., agua!—murmuró con voz apagada.

Víctor le acercó á los labios una copa de oro llena hasta los bordes de agua azucarada. Juliano miraba el sol y bebía con avidez el agua transparente y fría como el hielo.

Después inclinó la cabeza; de los labios entreabiertos brotó el último suspiro, el último murmullo:

—¡Alegraos!... La muerte... es el sol... ¡Oh Helios!... recíbeme... Soy como tú...

La mirada se apagó; Víctor cerró los ojos de Juliano. El rostro del emperador, entre los rayos del sol, parecía el de un dios olímpico dormido.

.....

.....

XIX

Tres meses habían transcurrido desde el vergonzoso tratado de paz, firmado por Joviano, con los persas.

Á principios de Octubre, el ejército romano, agotado por el hambre y las marchas forzadas, llegó por fin á Antioquía.

Durante aquel triste regreso, el centurión de las caballerizas imperiales, Anatolio, trabó amistad con el joven historiador Amiano Marcelino. Los dos amigos habían decidido ir á Italia, á una casa solitaria de Bay, á la que les invitaba Arsinoe, para descansar de las fatigas de la campaña y curar de sus heridas en las aguas sulfurosas.

De paso se habían detenido algunos días en Antioquía, en donde se preparaban soberbias fiestas en honor del advenimiento al trono de Joviano, y del regreso del ejército. La paz estipulada con el rey Sapor era deshonrosa para el Imperio: cinco ricas provincias roma-

nas de á orillas del Tigris, entre otras la Carduana y la Regimenes; quince fortalezas fronterizas, la ciudad de Singar, Castra Manrorum y la invencible Nazib; todo esto pasaba á manos de Sapor.

Pero los galileos pensaban poco en la derrota de Roma. Cuando llegó á Antioquía la noticia de la muerte de Juliano, los ciudadanos, temerosos, creyeron al principio que se trataba de una nueva astucia satánica, una nueva red echada para capturar á los justos. Pero cuando se confirmó la noticia, su alegría rayó en delirio.

Desde por la mañana temprano, el rumor de la fiesta, los gritos del pueblo, penetraron en el cuarto de Anatolio. Había decidido no salir en todo el día de casa. La alegría del populacho le repugnaba. Trató de dormir; pero no pudo, presa de una extraña curiosidad. Sin decir nada á Amiano, se vistió de prisa y salió á la calle. Era una fresca mañana de primavera.

Grandes nubes redondas se destacaban sobre el fondo del cielo, de un azul intenso; se fundían con los innumerables pórticos y columnatas de mármol de Antioquía. En el foro y en los mercados manaban fuentes. En la perspectiva soleada y polvorienta de las calles se veían las anchas corrientes de agua, de las canalizaciones de la ciudad, entrecruzarse como hilos de cristal.

Las palomas picoteaban granos de cebada.

De las puertas de las iglesias, abiertas de par en par, salían perfumes de flores y de incienso. Algunas jóvenes rociaban con el agua de las fuentes rosas pálidas de Octubre, y, cantando alegres salmos, enguirnaldaban las columnas de las basílicas cristianas.

Una multitud alegre llenaba las calles; carros y literas avanzaban lentamente por medio de la calzada. Á cada momento repercutían los gritos de:

—¡Gloria á Joviano Augusto! ¡El grande, el bienaventurado!

Algunos añadían "el vencedor„; pero sin gran convicción, pues la palabra *vencedor* se acercaba mucho á la ironía.

El mismo mozuelo que en una ocasión dibujaba en las fachadas la caricatura de Juliano, aplaudía ahora, silbaba, se revolcaba por el polvo y gritaba:

—¡Ha perecido! Ha perecido el jabalí salvaje, el devastador del jardín celeste.

Repetía estas palabras que había oído, y le parecían tanto más ofensivas cuanto que no comprendía su significación.

Una vieja decrépita, harapienta, que estaba en un rincón sucio y húmedo, tomaba parte en la fiesta. Blandía un palo y vociferaba con voz cascada:

—¡Ha perecido Juliano! ¡Ha perecido el miserable!

Una infinita tristeza llenaba el corazón de Anatolio; pero continuaba andando, arrastrado por la curiosidad. Siguiendo el Serigon, se acercó á la catedral. Allí vió al dignatario Marco Avienio, que salía de la basílica.

—¿Qué es esto?—exclamó asombrado Anatolio.—¿Cómo se encuentra aquí este enemigo de los galileos?

Junio Mavrico, otro amigo de Anatolio, se acercó á Avienio.

—¿Cómo te encuentras?—le preguntó examinando con sorpresa burlona la nueva vestidura cristiana del dignatario.

Llevaba éste la clámide violeta bordada con cruces de oro.

—¿Por qué no te has quedado hasta el final de la fiesta?—añadió.

—Palpitaciones. Me ahogo. La falta de costumbre—replicó Avienio.—El nuevo predicador tiene un estilo extraordinario. Sus hipérboles sacuden demasiado mis nervios... Es un estilo como si se arañase el cristal con un hierro.

—Verdaderamente es curioso—exclamó alegremente Mavrico; y al ver bajar de una litera al grueso Garguilio, añadió:

—¡Milagro! ¡También Garguilio acude á la iglesia!

—Que Cristo te perdone, hijo mío—dijo el cuestor, imperturbable.

—Lo cierto es—replicó Mavrico—que no hay más que conversiones y transformaciones... Mirad... ¡Hekébolis! el gran sacrificador de Astartea! ¡El hierofante arrepentido también!... ¡Oh! todo esto es delicioso...

Anatolio, sin que le viesen sus amigos, entró en la iglesia. Quería oir al joven y célebre predicador Teodorito.

El sol temblaba sobre las nubes de incienso; uno de los rayos caía sobre la barba roja del predicador. Las enflaquecidas manos de éste eran transparentes como la cera; sus ojos brillaban con expresión de triunfo; su voz tronaba, sacudiendo á la multitud, llenando la iglesia, y se elevaba al cielo en un grito vengador.

—Yo quiero—decía—poner en la picota, para ejemplo de las generaciones futuras, la historia del miserable apóstata Juliano. Que todos los siglos y todos los pueblos lean mi inscripción y tiemblen ante la justicia del Señor... ¡Ven, ven aquí, verdugo, serpiente de sabiduría! Hoy te injuriamos; unidos todos, hermanos, regocijémonos, toquemos los tímpanos y cantemos el cántico de Miriam sobre la destrucción de los egipcios en el mar Rojo. Que el desierto se regocije, así como la Iglesia. ¡Mirad! Me embriago de alegría... ¿En dónde están tus víctimas, tus ceremonias, tus misterios, emperador? ¿En dónde están tus invocaciones y adivinaciones? ¿En dónde está la

gloria de Babilonia? ¿Y los medos y los persas? ¿En dónde están los dioses que te acompañaban, tus defensores, Juliano? ¡Todo ha desaparecido, todo te ha engañado, todo se ha desvanecido!...

—¡Ah, amiga mía! ¡qué barba!—hizo observar á su vecina una patricia de cierta edad, y pintada, que estaba al lado de Anatolio.—¡Parece oro, oro bruñido!

—¿Y los dientes?—replicó la amiga.

Teodorito continuaba:

—Juliano desarrolló con él la desgracia, como ciertos animales dañinos crean el veneno. Dios esperaba que apareciese toda la crueldad de Juliano para herirle...

—No hay que faltar al circo—murmuraba otro vecino de Anatolio, un obrero, al oído de su compañero.—Habrá osas de Bretaña.

—¿De veras?

—Sí. Una se llama Mica Aurea; la otra, Inocencia. Las alimentan con carne humana. Y además habrá también gladiadores.

—No hay que faltar entonces. No esperemos á que esto acabe. Vámonos pronto, ó nos encontraremos sin sitio.

Teodorito comenzó á alabar al antecesor de Juliano, á Constancio, por su beneficencia cristiana, su vida pura, su amor hacia todos los suyos.

Anatolio se ahogaba entre toda aquella muchedumbre. Salió de la iglesia y respiró con alegría el aire fresco, sin percibir ya el olor del incienso y del aceite quemado de las lámparas, y miró el cielo azul no oculto por ninguna cúpula.

En la calle hablaban en alta voz, sin necesidad de guardar recogimiento. Una grave noticia circulaba por la multitud: iban á pasar por las calles en aquellos momentos las dos osas destinadas al anfiteatro. Los que se enteraban de esta noticia salían de la iglesia sin esperar el fin del sermón, y se preguntaban preocupados:

—¿Llegaremos tarde? ¿Está enferma Mica Aurea?

—Inocencia es la que tuvo una indigestión esta noche pasada. Pero ya todo va bien.

—Gracias á Dios.

El sermón de Teodorito no llegaba á vencer la seducción de los gladiadores y de las osas. La iglesia se vaciaba.

Anatolio vió correr en dirección del circo gentes sofocadas. Se empujaban, se injuriaban, derribaban niños y mujeres, perdían las sandalias, y á pesar de todo no se detenían en la carrera. En todos los rostros se leía un tal apresuramiento por llegar, que se hubiera

creído que se trataba de salvar la existencia. Y dos nombres llenos de promesas sanguinarias estaban en todos los labios:

—¡Mica Aurea!... ¡Inocencia!...

Anatolio siguió á la multitud al anfiteatro.

Según la costumbre romana, el velario rociado de perfumes protegía al pueblo de los rayos del sol y esparcía una dulce frescura. La multitud de mil cabezas se agitaba ya.

Antes de empezar los juegos, los principales dignatarios de Antioquía llevaron al palco imperial la estatua en bronce de Joviano, para que el pueblo pudiese deleitarse á la vista del nuevo soberano. En su mano derecha tenía un globo rematado por una cruz. Un deslumbrante rayo de sol fué á caer sobre la frente del emperador, y la multitud vió en el rostro de bronce una sonrisa de satisfacción. Los dignatarios besaban los pies de la estatua. El populacho gritaba alegremente:

—¡Gloria al salvador de la patria, Augusto Joviano! ¡Gloria al sucesor del salvaje Juliano, destruído por la mano de Dios!

Innumerables manos agitaban pañuelos y cinturones de colores. El populacho aclamaba en Joviano á su alma, á su imagen, reinando en el mundo.

Al escarnecer al emperador muerto, la multitud se dirigía á él como si se encontrase en el anfiteatro y pudiese oir.

—¿Qué tal, filósofo? La sabiduría de Platón y de Quirsipo no te ha servido para gran cosa. Júpiter y Febo no te han protegido. Ahora estás entre las garras de los diablos, que te destrozan. ¡Impío!... Cristo ha vencido, hemos vencido nosotros, los humildes.

Todos estaban convencidos de que Juliano había sido muerto por un galileo, y daban gracias á Dios por aquel golpe salvador, alabando el regicidio. Pero el enardecimiento de la multitud llegó al colmo cuando vió al gladiador bajo las garras de Mica Aurea. Miraban intensamente para hartarse de sangre; al rugido de la fiera el pueblo respondió con un rugido humano más salvaje todavía. Cantaban la gloria de Dios, como si vieran, solamente entonces, el triunfo de sus creencias.

—¡Gloria al emperador Joviano, el muy piadoso! ¡Cristo ha vencido, Cristo ha vencido!

Anatolio percibía con repugnancia el aliento del populacho, el olor del rebaño humano. Cerrando los ojos, procurando no respirar, salió más que de prisa á la calle, volvió á su casa, cerró puertas y ventanas, se echó en la cama y permaneció así hasta la noche. Pero era imposible huir del populacho.

Apenas se hizo noche, Antioquía apareció profusamente iluminada. En los ángulos de las basílicas y de los monumentos imperiales humeaban enormes antorchas; en las calles lucían farolillos, y en el cuarto de Anatolio penetraba el resplandor de las iluminaciones. De las tabernas próximas llegaban las canciones de los legionarios, las risas de las prostitutas, y, dominándolo todo, se alzaban las alabanzas á Joviano y los anatemas á Juliano el Apóstata.

Anatolio, con amarga sonrisa, alzó los brazos al cielo y exclamó:

—¡En verdad venciste, Galileo!

.....

.....

XX

Era una gran trirreme mercante, cargada de mullidas alfombras de Asia y de ánforas de aceite de olivas, que hacía el trayecto entre Seleucia de Antioquía á Italia.

Bogando entre las islas del Archipiélago se dirigía hacia la isla de Creta, en donde debía recibir un cargamento de lana y desembarcar algunos frailes en un monasterio.

Los ancianos, sentados en la proa, pasaban los días en pláticas piadosas, en rezos y en el trabajo monástico, que consistía en tejer cestos con ramas de palmera.

En la popa, bajo un ligero velo de tela violeta, estaban instalados los otros pasajeros, con los cuales los frailes no querían relaciones, considerándolos como paganos. Eran Anatolio, Amiano Marcelino y Arsinoe.

La tarde era tranquila. Los remeros—esclavos de Alejandría—bogaban cantando una triste melopea. El sol se ponía tras las nubes. Anatolio miraba las olas pensando en la frase del poeta: *La mar riente hasta el infinito.*

Calipso, Amorgos, Astifeles, Tera, surgían como visiones elevándose unas veces, desapareciendo otras, como si en torno del horizonte las oceánidas bailasen su eterna danza. Le parecía á Anatolio que los tiempos de la *Odisea* reinaban todavía allí.

Sus compañeros no turbaban sus meditaciones. Cada cual estaba absorbido por su obra. Amiano Marcelino ponía en orden sus notas sobre la campaña de Persia y la vida del emperador Juliano.

Arsinoe modelaba modelos de cera para una gran estatua en mármol.

Era el cuerpo de un dios olímpico, cuya cabeza tenía una expresión de tristeza sobrenatural. Anatolio quería, y no se decidía, á preguntarle lo que representaba: Dionisio ó Cristo.

La artista se había despojado hacía tiempo de sus hábitos de religiosa. Las gentes piadosas se apartaban de ella con horror, y la llamaban la Apóstata. Pero su nombre y el recuerdo de las donaciones generosas hechas en otro tiempo la libraban de las persecuciones. Arsinoe, Anatolio y Marcelino iban á descansar de su agitada vida en Bay, como habían convenido.

Aquella tarde la nave costeaba una islilla cuyo nombre no conocía nadie. Anatolio observó, sentados al pie de un árbol, un adolescente y una jovencilla, probablemente hijos de algunos pobres pastores; detrás de ellos blanqueaba una estatua de mármol del dios Pan. Anatolio se volvió á Arsinoe para mostrarle aquel apacible rincón de la Hélada; pero las palabras expiraron en sus labios. La artista, con extraña sonrisa, contemplaba su creación, la estatua de cera, figura de equívoca seducción, con soberbio cuerpo olímpico y rostro tristemente superhumano.

Anatolio la interpeló:

—¿Por qué haces eso? ¿Qué representas? ¿Crees que te comprenderá la gente?

Lentamente alzó ella los ojos y replicó:

—¡Qué importa, amigo mío!

Y después añadió en voz baja, como hablándose á sí misma:

—Tenderá sus brazos al mundo. Debe ser inexorable y terrible como Mitra Dionisío, en toda su belleza y toda su fuerza, misericordioso y terrible.

—¿Qué estás diciendo? ¡Qué contradicción! ¿Es eso posible?

—¿Quién sabe? Para nosotros, no. Pero en lo futuro...

El sol continuaba lentamente su descenso.

—¿Crees tú, Arsinoe—continuó diciendo Anatolio,—crees que unos hermanos desconocidos recogerán el hilo caído de nuestra existencia y, siguiéndole, avanzarán más todavía? ¿No crees que perecerá todo en esta sombra bárbara que desciende sobre Roma y la Hélada? ¡oh! si fuera de otro modo... Si se pudiera saber que en el porvenir...

—Sí—replicó Arsinoe; y un fuego profético brillaba en sus ojos obscuros.—El porvenir está en nosotros, en nuestra loca angustia. Juliano tenía razón. Sin gloria, en silencio, ajenos á todos y solitarios, debemos trabajar hasta el fin. Debemos ocultar en la ceniza de los altares la última chispa, para que las tribus y las naciones futu-

ras encuentren con qué encender las nuevas antorchas. Comenzarán por donde nosotros concluímos. Que la Hélada muera: vendrán hombres que desenterrarán sus santos huesos, los trozos de su mármol divino, y de nuevo llorarán y rogarán sobre ellos; descubrirán, en nuestras tumbas mudas, las amarillentas hojas de nuestros libros, y de nuevo se dedicarán al conocimiento de Homero y de Platón. Entonces resucitará la Hélada y nosotros con ella.

—¡Y, con nosotros, nuestra maldición!—exclamó Anatolio.—Se reanudará la lucha entre el Olimpo y el Gólgota. ¿Por qué? ¿Quién vencerá? ¿Cuándo concluirá todo esto? Responde, si puedes, sibila.

Arsinoe, después de callar un rato, miró á Amiano y contestó á Anatolio:

—Ese te responderá mejor que yo. Su corazón está igualmente como el nuestro, dividido entre Cristo y el Olimpo, y sin embargo no ha perdido la lucidez de su alma. Mira cómo escucha con calma nuestra conversación.

—En efecto—dijo el epicúreo:—hace más de cuatro meses que somos amigos, y sin embargo, hasta ahora no sé si es cristiano ó helenista.

—Yo mismo lo ignoro—respondió sinceramente Amiano ruborizándose.

—¿Y no te han perturbado nunca las dudas? ¿No has sufrido con las contradicciones de la sabiduría helénica y de la sabiduría cristiana?

—No; pienso que esas dos enseñanzas se encuentran en muchos puntos.

—¿Pero cómo te propones escribir la historia del imperio romano? En la balanza vencerá uno de los dos platillos.

—Mi fin es ser justo con los unos y con los otros. Quería al emperador Juliano; pero hasta con él seré imparcial. Que nadie en lo futuro sepa por mi obra lo que yo era, como tampoco lo sé yo.

—Verdaderamente has nacido para historiador—dijo Arsinoe.—Juez imparcial en un nuestro siglo apasionado, reconciliarás las dos sabidurías enemigas.

—No seré el primero—replicó Amiano.

Se levantó, inspirado, y mostrando la obra del gran maestro cristiano, Clemente de Alejandría, que tenía en la mano, añadió:

—Aquí está expresado todo eso, y mucho mejor de lo que yo sabría hacerlo. Pruébase en este libro que la grandeza de Roma, la sabiduría de la Hélada, preparan la enseñanza de Cristo. Los presagios, los presentimientos, las alucinaciones, son amplias gradas

que conducen al reino de Dios. Platón es el precursor de Jesús Nazareno.

Estas últimas palabras, dichas con gran sencillez, impresionaron profundamente á Anatolio. Le pareció acordarse de que todo aquello había existido ya: la isla luminosa en el sol poniente, el olor resinoso de la nave, las palabras de Amiano... y se imaginaba ver una amplia escalinata de mármol llena de sol, unas columnas como los Propíleos de Atenas, que conducía directamente al cielo azul.

Mientras tanto, la trirreme daba vuelta al cabo. Anatolio dirigió una postrer mirada al adolescente que estaba con la jovencilla ante la estatua de Pan.

La niña derramaba en el altar la ofrenda de la tarde, - leche de cabra mezclada con miel. El muchacho se disponía á tocar el caramillo.

Entonces, en el majestuoso silencio, resonó un canto grave de iglesia: los frailes en la proa entonaban al unísono la oración de la tarde.

Pero sobre la mar inmóvil estallaron otros rumores.

El pastorcillo tocaba el himno nocturno al dios Pan, el antiguo dios de la alegría, del amor y de la libertad.

Anatolio escuchaba sorprendido.

—Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo—decían los frailes.

Y á lo alto, bajo el mismo cielo, se elevaban los sones puros de la flauta del pastor, fundiéndose con las palabras de la oración cristiana.

El último rayo se extinguió sobre las rocas de la isla. Los dos himnos cesaron.

El viento silbó en la arboladura; se alzaron olas. La galera gimió lastimeramente. Se levantaron una sombras por el Sur, y la mar se sumió en ellas. Las nubes se amontonaban en el horizonte y estallaron los primeros truenos.

La noche y la tempestad venían aparejadas.

DMITRY DE MEREJKOWSKY

FIN

LECTURAS AMERICANAS

Revistas. — *La Quincena* (San Salvador). — Nacimientos ilegítimos en América.—Cómo vivía un ministro español en 1869.—La extensión actual del castellano.=*Revista Positiva* (Méjico).—Spencer.—Los límites de la tolerancia.—La escuela primaria en Méjico.—El sentido educativo.—El fin moral de la Aritmética.—El Mensaje del presidente Roosevelt, y el canal del Istmo.=*Boletín Mercantil de Puerto Rico.*—Un discurso de Fernández Juncos.—Hostos como educador.=*España.*—Sociología naturalista.—El Hospital Español de Buenos Aires.

La cuestión de la natalidad de hijos ilegítimos preocupa mucho á los moralistas modernos. Aun para los que tengan en este punto un criterio de gran benevolencia ó de gran amplitud, la cuestión es interesante desde el punto de vista sociológico. Con relación á Centro-América, la trata, en *La Quincena* de 15 de Marzo, el escritor salvadoreño Sr. Barberena. El número de nacimientos de aquel carácter es, en los mencionados países, enorme. El autor cree que la raíz de este hecho se halla en las costumbres inmorales de los primeros colonizadores.

Ya en 1533 el emperador Carlos V decía, en cédula de 3 de Octubre: «He sido informado que en toda esa tierra ay mucha cantidad de hijos de españoles que an avido de yndias, los quales andan perdidos entre los yndios e muchos dellos por mal recaudo se mueren, etc., etc.»

El P. Tomás Gage, que visitó Méjico y Centro-América en el primer tercio del siglo XVII, se quedó escandalizado de la corrupción de las costumbres en esas colonias.

De los datos reunidos por el Sr. Barberena, resulta que, en el quinquenio de 1899 á 1903 (inclusive), han nacido en la República del Salvador 5.071 hijos ilegítimos por cada 10.000 nacimientos. En las principales naciones de Europa, la proporción fué, en 1902, como sigue, según el *Statistisk Aarbog for Kongeriget Norge* (Cristiania):

Alemania	908	Hungría	899
Austria	1.427	Italia	760
Dinamarca	969	Portugal	1.252
España	467	Rumania	732
Finlandia	678	Rusia	274
Francia	884	Servia	112
Inglaterra é Irlanda	426	Suecia	1.134
Holanda	293	Suiza	464

Debe notarse que la proporción en El Salvador ha ido aumentando sin cesar desde 1877. En este año hubo 3.320 ilegítimos por 10.000 nacimientos; y en 1903, 5.190 por 10.000. En Europa, por el contrario, la tendencia es á disminuir esta clase de nacimientos.

En otras Repúblicas americanas, la natalidad ilegítima es también muy grande; v. gr., en Méjico (1901), la cifra es de 3.900 por 10.000; en Cuba (mismo año), 3.732 por 10.000; en Uruguay, 2.686 por 10.000. ¿En qué está la causa principal de este hecho? Las opiniones de los autores discrepan mucho en este punto. Para unos «tiene capital influjo la circunstancia de investigarse ó no la paternidad de los hijos ilegítimos, y para otros existe una relación constante entre la nupcialidad y la frecuencia de los nacimientos ilegítimos.

»M. Bertillon ha discutido esas dos hipótesis, con presencia de los magníficos cuadros estadísticos que ha publicado M. L. Bodio, con el título de *Confronti internazionali*, y resulta que no hay indicios que las justifiquen.

»Más plausible parece la teoría según la cual los países en que predomina la precocidad matrimonial, como sucede en Rusia, Rumania y Croacia, producen pocos hijos ilegítimos, y

aquellos en que los matrimonios son tardíos, como Baviera, Wurtemberg y Austria, producen más».

Las ideas religiosas no parecen tener influencia sobre este hecho, como no la tienen, en general, sobre la mayoría de los hechos morales de cierto orden. Baste ver que la cifra mayor corresponde á la archicatólica Austria, siguiendo luego Portugal (católico) y Suecia (protestante).

Juzgando la cuestión desde el punto de vista sociológico, y con criterio que se impone á todos los hombres — aun á los más autoritarios, — el crecimiento de la natalidad ilegítima debe alarmar. En primer término, la estadística demuestra que la mortalidad de los ilegítimos es mayor que la de los legítimos; y esta observación ya es antigua, pues en las *Noticias secretas de América,* por D. Jorge Juan y D. Antonio de Ulloa, escritas en 1740, se lee: «Que la población, por esta causa (frecuencia de nacimientos ilegítimos), no se aumenta á proporción de lo que debiera, lo da á entender la experiencia, y es el sentir de los más célebres naturalistas que han especulado el asunto de la aumentación de los pueblos».

Citan también una Memoria presentada por el Dr. Arbuthsot á la Real Sociedad de Londres, en la cual demuestra esa misma tesis.

Por otra parte, las uniones legítimas son más fecundas que las ilegítimas en general, y particularmente en varones; y sabido es que la mortalidad de niños varones es siempre mayor que la de hembras, por lo cual interesa que no disminuya el nacimiento de aquéllos. Teniendo en cuenta estos datos, el señor Barberena concluye diciendo:

«Si la descendencia legítima cuenta, por regla general, con medios más eficaces que la ilegítima para prepararse convenientemente para la lucha por la existencia; si la experiencia demuestra que las relaciones sexuales legítimamente constituídas son más fecundas que las ilícitas, en las cuales casi siempre ambas partes procuran evitar las consecuencias, y si la estadística ha descubierto que entre la prole legítima son

más numerosos los varones que entre los frutos de vedado ayuntamiento, es indiscutible que, por razón de Estado, conviene poner coto á la natalidad ilegítima.

»Y es de advertir que los medios suasorios y los estímulos ideales son insuficientes para contenerla.

»Es necesario que la ley conceda prudenciales exenciones, y algunos privilegios á los hombres casados».

La misma Revista, en su número de 1.° de Mayo, publica una curiosísima nota de Valero Pujol, sobre la manera de vivir un ministro español en 1869. Valero Pujol era por entonces redactor de *El Pueblo*, y tuvo una entrevista particular con uno de los ministros, el cual, contestando á un artículo de aquel periódico, en que se preguntaba «qué hacían los ministros, de no ocuparse permanentemente en retocar y perfeccionar la máquina administrativa, en extirpar abusos y en promover intereses», dijo:

—«Voy á contárselo. Ahora me aguardan treinta ó cuarenta esquelas venidas por la noche—el ministro recibió al periodista acabado de levantarse de la cama.—Hay que leerlas todas, porque alguna será indesatendible. En seguida llegará el correo de provincias con doscientas ó trescientas cartas particulares de gobernadores, alcaldes, caciques electorales, amigos y enemigos, además de la correspondencia oficial, que también embarga tiempo. A las diez comenzarán á venir senadores, diputados, íntimos y oficiosos, y cada uno trae un fardo de peticiones de mil géneros. Los telegramas de cada mañana traen noticias de los motines de ayer, disidencias y conflictos de autoridades, renuncias y quejas. A la hora del almuerzo, la cabeza está hinchada, como un edredón caliente. Al despacho: allí se complica todo; una comisión proteccionista y otra librecambista; nombramientos, intrigas, entrevistas, consejos: se acerca la sesión del Congreso: centenares de preguntas, una interpelación y luego los debates; de cada lado de la Cámara, un interés y una táctica de lucha; á las seis de la tarde ya no queda voz, ni memoria, ni voluntad; y no va sino la par-

te dulce. Resérvase para después de la comida lo confidencial y lo grave: choques de capitanes generales y gobernadores, de ayuntamientos y diputaciones; cuestión de destinos, influencias encontradas; en Filipinas tenemos un purgatorio, en Cuba un infierno; la guerra carlista, las amenazas de los republicanos, los cabildeos de los alfonsistas; los presupuestos; todos los que pagan piden economías, prodigalidades todos los que cobran; los optimistas piden la reducción del Ejército; los suspicaces, que armemos hasta las mujeres y los niños. Cada ministro que se enfada, desquebraja la situación, y para reemplazarle se necesitan más combinaciones que para descubrir la dirección de los globos. Cada oficio y cada profesión reclaman un Estado para ellos; el Ministerio carga con la responsabilidad de las sequías, de las inundaciones, de la falta de cosechas y del diluvio universal. Esperan las cosas de trascendencia: canales, caminos, plaza de fomento, de industria, arreglo de la deuda, reformas municipales; esperan, y esperarán eternamente, mientras no cambiemos de costumbres y de métodos: si el día tuviera sesenta horas, nada adelantaríamos. Las cuestiones de orden público no dejan espacio para trabajo reposado, y la incertidumbre de cada momento aleja la posibilidad de proyectos complejos y de tarda realización. Un ministro aquí—añadía —no es una entidad, es una víctima. La prensa nos pone azules, y el Parlamento verdes, y el teatro en caricaturas, y los organillos callejeros en solfa; pero esto no importa. Lo esencial es que no puede hacerse lo que se debiera, por que hemos connaturalizado el hábito detestable de que un ministro sea el agente de dos millones de correligionarios, que embarazan todas las avenidas y ocupan todos los instantes».

Creo que, en gran parte, la pintura puede servir para caracterizar la vida de un ministro español de 1904.

El ya citado Sr. Barberena, en el número de 1.° de Agosto de la misma Revista, trata de la extensión actual del idioma castellano.

Comienza censurando duramente á la juventud, que aparenta despreciar el idioma castellano.

«Causa grima la despectiva *nonchalance* con que se expresan, respecto á nuestra lengua vernácula, ciertos mequetrefes (Petronios peinados en *bandeau* y con violetas en el ojal del *chaqué*), de esos que han medio aprendido á mascullar el gabacho y devorado un centenar de *romans* pornográficos y unas cuantas *causeries* seudoliterarias, con lo cual se creen dignos de figurar entre los héroes de Carlyle y entre los superhombres nietzschianos».

Después de enumerar las excelencias de nuestro idioma, consigna el dato ya conocido de que es hablado hoy por más de setenta millones de seres humanos, distribuídos en unas veinte nacionalidades. Según las estadísticas más recientes, he aquí el número de habitantes de cada uno de los países en que el castellano es usual ó corriente:

España y colonias	19.000.000
Cuba	1.500.000
Puerto Rico	1.000.000
México	13.600.000
Centro-América	3.700.000
Colombia	4.500.000
Venezuela	2.500.000
Ecuador	1.300.000
Perú	5.000.000
Chile	3.500.000
Bolivia	1.800.000
Paraguay	650.000
Uruguay	1.000.000
Argentina	5.000.000
Filipinas	7.000.000
Carolinas, Palaos, Marianas	60.000
Suma	71.110.000

A estas cifras hay que añadir las de los judíos que conservan el idioma castellano, aunque en forma arcaica, y que, como

es sabido, hállanse esparcidos por todo el mundo, aunque su número mayor está en Europa. El Sr. Barberena utiliza para esta parte de su artículo el reciente libro del Sr. Pulido, que, con un artículo hace años publicado en el *Boletín de la Institución libre de Enseñanza*, y otro, también de fecha atrasada, del Sr. Fernández y González (D. Francisco), constituyen toda la literatura que acerca de este curioso fenómeno poseemos. También aprovecha el Sr. Barberena otras fuentes, entre las cuales citaré el artículo de D. Vicente Vera, que La España Moderna publicó en 1901.

Los últimos números de la *Revista Positiva* ofrecen abundante cosecha de artículos interesantes. En el de 22 de Abril, el Sr Aragón, director de la *Revista*, da á conocer un estudio suyo sobre Spencer. Aunque es tan considerable lo que se ha escrito en todo el mundo acerca de la personalidad y la filosofía del gran pensador inglés, las observaciones del Sr. Aragón ofrecen todavía novedad é interés, que hacen recomendable su lectura. El Sr. Aragón muestra una laudable independencia al juzgar la obra de Spencer. Bien es verdad que el distinguido profesor mejicano es positivista: lo es á la manera ortodoxa, como fiel discípulo de Comte, cuya doctrina y significación cuida bien de distinguir de la de Spencer.

«Muchos escritores (dice) han dado en llamar *positivista* á Herbert Spencer y en presentarlo como discípulo de Augusto Comte. Grande fué el desagrado de Spencer de que se le considerase así, y particular su empeño en combatir la afirmación. Quizás mayor habría sido para Comte el disgusto, si hubiese vivido lo bastante para saber tal desatino. Con efecto: si social y moralmente son numerosos los puntos de contacto de ambos filósofos en su obra y en su vida, son también numerosos y de muchísima importancia los puntos de divergencia. El propósito de Comte fué más definido, más posible, más útil á los hombres y más humilde que el de Spencer: quiso facilitar al hombre el conocimiento del mundo y de sí mismo, para que guíe su propia vida con esos elementos, y á nuestro parecer

lo logró ampliamente. De aquí que considere la vida social y moral del hombre como el objeto incesante de nuestros esfuerzos intelectuales, y que haya ordenado cada una de las ciencias en relación á ese fin. Su concepción preeminente es armonizar todos los aspectos de la vida; su síntesis no es, pues, *cósmica ú objetiva,* sino *subjetiva.* No reduce Comte las verdades á un solo principio, sino á quince principios que comprenden las *leyes universales* del mundo y la *teoría general del entendimiento humano.* Admirablemente desarrollados están dichos quince principios en la obra magistral de su gran discípulo Pierre Laffitte: *Cours de Philosophie première».*

Declaramos estar conformes con muchas de las críticas que el Sr. Aragón hace de las teorías spencerianas: verbigracia, en lo que se refiere á lo incognoscible; y todavía conformamos con él más en estimar como lo más grande, más duradero y de más positivo influjo de la obra de Spencer, aquella lucha constante suya «por todo lo que es noble, por lo que inspira actos buenos, por lo profundo y lo grande», que le llevó á censurar duramente los crímenes de la pasión nacionalista, los del afán colonizador, los del imperialismo y los de toda forma de los sentimientos egoístas en el hombre.

En el número de 17 de Junio, el Sr. Ferrer diserta sobre *Los límites de la tolerancia.*

Encuentra este autor que hemos llegado en los tiempos actuales al extremo contrario que en los antiguos. Antes, el defecto era la intolerancia. La tolerancia hoy es tan excesiva, que produce funestas consecuencias.

«Abundan tres tipos de tolerantes perniciosos para la humanidad y que creen observar buena conducta, y aun suelen pretender pasar como verdaderos modelos. Unos hablan muy mal, en abstracto, de los hechos inmorales, y aun reprochan los de algunas personas en su ausencia; pero en presencia de algún hombre inmoral se cuidan de manifestarle de algún modo su reprobación, lo aplauden lo mismo que al de buena conducta, y aun más al primero, sencillamente porque le te-

men más; otros llevan su prudencia al punto de no reprobar nada ni á nadie: para ellos, ni en presencia ni en ausencia deben establecerse distinciones entre el que obra bien y el que obra mal; y por último, hay otros que no sólo son incapaces de pretender poner dique al mal, sino que reprochan al que lo pone: en nombre de la tolerancia, disculpan siempre al pobrecito delincuente y se lamentan de los actos del juez.

»Algunos de estos curiosos tolerantes lo son porque aplican el precepto de no hacer á otro lo que no quieras que te hagan á ti, y, considerando que al fijarse en su conducta real se les colocaría entre los reprobados, se anticipan á conquistar la indulgencia, y aun el inmerecido aplauso, esforzándose en torcer el criterio del público. Por eso se explican hechos que de otra manera ni se concebirían, como, por ejemplo, que haya en las escuelas profesores que tomen á mal el que á alguno se le llame al orden para que cumpla con su deber.

»Falta de buenos sentimientos más que escasez de inteligencia explica perfectamente que se tolere al que perjudica, y aun se repruebe al que, buscando el bien de la colectividad, busca el de cada individuo y, por consiguiente, el propio.

»La tolerancia ilimitada es poderoso estímulo para la mala conducta: ¿para qué obrar bien, si esto ha de acarrear el odio de los malos y la indiferencia, cuando no el reproche, de los que se llaman buenos? ¿Por qué no obrar mal, si esto procura utilidades no amargadas por la maldición de la sociedad?

»Urge hacer desaparecer esto. Es indispensable convencerse (y obrar de acuerdo con la convicción) de que, si es forzosa la tolerancia cuando se trata de hechos que no perjudican á tercero, y permitida cuando el perjuicio se limita al que tolera ó es mínimo, se debe reprochar dicha tolerancia en el caso contrario: el que tolera ó aplaude al inmoral se convierte en su cómplice».

La teoría nos parece excelente respecto de cierto número

de hechos en cuya calificación moral están conformes, poco más ó menos, todas las gentes civilizadas; pero hay otros en que reina enorme disconformidad, y, siendo así, ¿con qué derecho seríamos intolerantes, ni podríamos permitir que lo fuera coactivamente (tal es la consecuencia peligrosa) el Estado? Adviértase que los intolerantes en materia de religión comienzan por calificar de cosa nefanda y de graves perjuicios para todos, la existencia de personas que tengan ideas *heterodoxas* ó religión distinta de la que ellos creen verdadera. El terreno es resbaladizo si no se hacen distinciones.

En el número de 15 de Julio, el ya citado Sr. Aragón habla de *La escuela primaria en Méjico*, comparando su estado actual con el pasado y con el ideal pedagógico, mirado, principalmente, desde el punto de vista comtista.

Respecto de lo último, advierte ante todo un gran aumento en el personal del magisterio femenino.

«El aumento de proporción de la mujer al hombre en el personal de nuestras escuelas primarias, es motivo de regocijo para los que vemos en el otro sexo el educador por excelencia de la niñez, y signo inequívoco de que vamos avanzando hacia el ideal. El personal femenino se ha multiplicado en las escuelas primarias de toda la República, y esperamos aumente más todavía para beneficio de las mismas. Esta esperanza, satisfacción de un deseo, la funda el estado económico actual de la sociedad mejicana. Para el hombre se halla fácilmente en estos tiempos ocupación muy remunerativa; no sucede lo propio si se trata de la mujer, y ésta resuelve con todo decoro y general aplauso el problema de su vida, dedicando su saber y su ternura á las almas de los niños».

En cuanto á los procedimientos de enseñanza, consigna con pena que «en las escuelas primarias elementales todavía desempeña un gran papel en los estudios el libro de texto. Este auxiliar es prematuro y contrario al método que domina en la enseñanza. Bien está que lean el maestro y los niños, pero que lean para que la facultad de observar de éstos se ejercite, y

para que después de leer ejecuten con la mano lo descrito, dentro de lo posible.

»El canto y el dibujo en nuestras escuelas primarias están atendidos bastantemente y son de mucha importancia como elementos estéticos y de mera instrucción. Prestan ayuda á la labor intelectual, cultivan la parte afectiva del sér humano y concurren á la armonía de todas las funciones cerebrales. Son también concurrentes á este fin supremo las excursiones escolares, de las que pueden obtenerse grandes frutos en lo intelectual, en lo moral y en lo físico ó relativo al cuerpo».

También se incluyen en los programas primarios, más ó menos felizmente y en grado mayor ó menor, el trabajo manual y las lecciones de mecánica, física y química, con ejemplos de aplicación á las industrias más comunes y á los actos de la vida diaria.

En cuanto á la relación de la escuela de hoy con la de los tiempos inmediatamente anteriores—relación de progreso,—el Sr. Aragón la cree halagüeña. Cierto es que aún queda mucho por realizar; que la *escuela laica*, «nacida ayer, aún no encuentra su estado de equilibrio estable»; que los padres desatienden por completo la educación moral de sus hijos, haciendo que luego se imputen las faltas á la enseñanza del Estado, á que no cooperan; pero, así y todo, la escuela ha progresado.

Con gran sentido, el autor insiste en la necesidad primordial de atender á la educación de la voluntad y de los sentimientos, de que ha de proceder la regularización de la conducta, y muestra cómo para esto pueden aprovecharse todos los estudios, aun los que aparecen más lejanos de aquel orden de cuestiones.

El ilustre pedagogo mejicano D. Gabino Barreda decía á este propósito que, con motivo de una fruta perfeccionada por el injerto, «se podrá demostrar, de un modo tan sencillo como eficaz, de qué manera la Humanidad se ha erigido en la tierra, á fuerza de estudio y de observación, en Providencia efectiva,

que mejorando sin cesar, en los límites de su poder, las condiciones del planeta, se hace acreedora á nuestra creciente gratitud; con tanta más razón, cuanto que, careciendo de omnipotencia, no puede ser moralmente responsable de las imperfecciones que no ha podido aún remediar. De esta suerte, los servicios prestados, y que no es posible desconocer, suministrarán, sin esfuerzo y sin ficción, una ocasión favorable para el cultivo de nuestros más nobles instintos, permitiendo y suscitando á cada paso una sincera y pura efusión de gratitud sin mezcla posible de reproche.

»Paralelamente, como se advierte, se puede enseñar la ciencia y se pueden educar los buenos sentimientos, pues no hay tema de estudio que, considerado en el punto de vista social, no presente campo fértil y espacioso para despertar los móviles altruístas del hombre».

Las mismas matemáticas se prestan á la enseñanza moral; y, en confirmación de esto, cita el autor los siguientes párrafos del profesor peruano Whilar (en su *Metodología de las Matemáticas*, que viene publicando la *Revista de Ciencias*, de Lima):

«*La Aritmética* tiene también *un fin moral.*

»Por ella se hace amar la verdad, porque, conforme á sus principios y reglas, nada puede ejecutarse sin que sea verdadero ó que no se derive de un hecho cierto. Enseña á ser constante y paciente, habituando el entendimiento á dedicarse al estudio de los problemas más complicados, hasta resolverlos; y consagrando á ello largas horas, cuando está amenazada la propia hacienda ó se tiene en mira un gran resultado, hace amar la economía y el ahorro, dando á conocer con exactitud las necesidades de un hogar, lo que es indispensable comprar y aquello de que conviene abstenerse, poniendo á salvo el monto de un haber cualquiera que pudiera invertirse sin estricta necesidad; previene del engaño, de las equivocaciones y errores perjudiciales.

»Existen refranes, máximas, preceptos morales, que fácil-

mente pueden demostrarse por medio de problemas y ser verificados por el cálculo.

»*Muchos pocos hacen un mucho.* (Comprar por pequeñas cantidades.)

»*Los arroyuelos forman los ríos.*

»*Poco á poco hila la vieja el copo.* (Economías y gastillos, pero á menudo repetidos: tabaco, licores, fruslerías, hábitos de vanidad.)

»*La unión constituye la fuerza.* (Trabajo en comunidad, unión de todos los miembros de una familia: asociación, cooperación.)

»*Si hay gastos improductivos, también existen economías ruinosas.* (Ejemplo: agricultores que prodigan sin tasa el abono ó que se lo niegan en absoluto al suelo.)

»Se ve, pues, que disponemos de muchos problemas de esta casta.»

En el mismo número de la *Revista Positiva,* se ofrece la traducción de un artículo sobre *El Mensaje del presidente Roosevelt, y el canal del istmo*, publicado en la *North American Review* (Enero). El autor del artículo es seguramente un hispanoamericano—Francisco Escobar,—y de aquí el interés que tienen sus apreciaciones acerca del asunto.

Empieza el Sr. Escobar por puntualizar las inexactitudes del Mensaje. El decreto Spooner, al que se refiere, autorizaba al presidente para firmar un tratado con la República de Colombia, calificando á ésta—como era natural—del «poder que es la *autoridad actual* en el istmo de Panamá». Pero ha nacido una nueva república, la de Panamá, y el presidente dice que con esto cesa la propiedad de Colombia sobre el istmo, afirmando á la vez que «Panamá fué en su tiempo un Estado *soberano*, y en otra ocasión un simple departamento de las confederaciones sucesivas conocidas con los nombres de Nueva Granada y Colombia...» El Sr. Escobar replica que esta afirmación es totalmente inexacta.

«Panamá fué, hasta 1886, un Estado soberano de Colombia,

pero soberano en el mismo sentido que es soberano Nueva York, Virginia ó cualquier otro Estado de la Unión Americana. Tal soberanía no implica el derecho de separación, si deben ser tomados en su valor los argumentos del Norte en 1860. Si el presidente hubiera sido más consecuente con las ideas del Norte acerca de la soberanía, Colombia no hubiera «cesado de tener ningún derecho sobre el istmo». Pero, según el modo como se expresa el presidente, algunas personas pudieran estar inclinadas á creer que Panamá ha sido anteriormente una nación soberana, lo que está lejos de ser cierto. Panamá ha formado parte de Colombia desde la época en que, con ayuda de ésta, adquirió su independencia de España. Panamá ha hecho algunos intentos para llegar á ser un Estado independiente; pero Colombia ha logrado siempre suprimir las revoluciones. Y lo mismo hubiera sucedido esta vez, si el presidente Roosevelt no hubiera intervenido.»

Para justificar la conducta de los Estados Unidos, Roosevelt alega varias razones: 1.ª Que aquéllos han cumplido fielmente, durante más de medio siglo, con las obligaciones que les impuso el tratado de 1846; como si el cumplir con una obligación contractual fuese algo más que un deber en un Estado. 2.ª Que cuando, por la primera vez, fué posible para Colombia hacer algo en cambio de los servicios prestados á ella así tan repetidamente, por cincuenta años, por los Estados Unidos, el Gobierno colombiano, de una manera perentoria y ofensiva, rehusó hacer lo que le correspondía, aunque el haberlo hecho le hubiera sido ventajoso, y sobre todo más ventajoso para el Estado de Panamá, por entonces bajo su jurisdicción. Replica el Sr. Escobar que no fué el Gobierno colombiano quien rechazó el tratado, sino el Senado, y por razones que explica luego. 3.ª Que en Colombia han ocurrido muchas revoluciones que el Gobierno central no pudo á veces dominar. Roosevelt, con error, intencional ó no, exagera la nota y aumenta enormemente el número de las revoluciones, hasta el punto de hacer de una sola (la de 1899, que duró tres años y

terminó por un tratado), nada menos que *siete*. 4.ª Que la autoridad de Colombia sobre el istmo no podía ser sostenida sin la intervención armada y la ayuda de los Estados Unidos. El presidente confunde las cosas. En cincuenta años Colombia pidió *cuatro* veces, ó sea en cuatro ocasiones, ayuda «para conservar el tráfico, no para proteger el istmo», y la autoridad de Colombia ha persistido hasta que los Estados Unidos intervinieron ayudando á los revolucionarios de Panamá.

«No debe olvidarse—añade el autor—que varias veces Colombia fué incapaz de dominar motines y revoluciones en Panamá y Colón, porque de una manera irregular asumieron una autoridad ilegal los agentes del ferrocarril de Panamá—una Compañía de los Estados Unidos,—siempre por alguna razón hostil é inexplicable hacia el Gobierno constituído.»

El Sr. Escobar hace constar que «la protección de los Estados Unidos, ó mejor dicho, su ayuda al Gobierno de Colombia para conservar abierto el tráfico y sin obstáculos, no le costó nunca una sola vida; y que si los Estados Unidos se vieron urgidos á cooperar, fué siempre para beneficio suyo, como resulta de los artículos 4.°, 5.° y 6.° del tratado de 1846».

Sigue el autor examinando otras afirmaciones del Mensaje. En punto á que el Gobierno colombiano rechazase el tratado Hay-Herrán y esto constituya una ofensa para los Estados Unidos, alega que no fué el Gobierno (como ya se consignó antes), sino el Senado, en uso perfecto de su derecho, quien se negó á ratificarlo, como muchas veces ha hecho el Senado yanqui con otros tratados, incluso el Hay-Pauncefote, sin que la otra parte contratante se creyera ofendida y autorizada á obrar de alguna manera perjudicial para los Estados Unidos. Largamente expone las razones de conveniencia que el Senado colombiano tuvo para negar su asentimiento.

Después de esto, el apoyo prestado por los Estados Unidos á la revolución de Panamá es un caso de intervención que ningún principio internacional autoriza.

«La pérdida de Panamá para Colombia se debe á la inter-

vención de los Estados Unidos, pura y sencillamente. Estando en pleno vigor el tratado de 1846, y no habiendo existido declaración previa de guerra entre Colombia y Estados Unidos, esta última nación es responsable de los perjuicios y debe, por honra propia, reparar éstos».

El autor termina su artículo del contundente modo que copio á continuación:

«Colombia pretende volver al *statu quo;* pero si esto sería imposible, tal vez Colombia, creo que con gusto, sometería sus agravios al Tribunal de La Haya. Si todas las naciones son iguales ante la ley internacional, no será deshonroso para los Estados Unidos aceptar el arbitraje, sobre todo cuando el mismo presidente Roosevelt ha abogado vigorosamente por él y ha aplaudido recientemente el procedimiento del arbitraje entre otras naciones.

»El honor del pueblo de los Estados Unidos está en juego. Colombia ha apelado á ellos, y espera su decisión tranquila y digna. Por esta conducta ha dado ejemplo digno de ser imitado aun por aquellas naciones que reclaman superioridad de raza y civilización.

»Pero Colombia puede permitirse esperar tranquilamente el veredicto nacional, pues sabe que el derecho y la justicia están de su parte, mientras que el poder y el interés personal están del lado del agresor».

En un número anterior he hablado del *Almanaque del Boletín Mercantil de Puerto Rico.* Hoy tengo ocasión de referirme al mismo *Boletín*, que, en sus números de 13 y 15 de Agosto, publica el discurso que acerca de *Hostos educador* leyó en el Ateneo portorriqueño el Sr. Fernández Juncos.

En el Ateneo de Madrid figuró Hostos entre la juventud entusiasta de 1868 y 69, y allí pronunció un discurso en favor de una federación antillana, que le hizo sospechoso.

«Los mismos portorriqueños, que por entonces trabajaban en el seno de los partidos nacionales para mejorar las condiciones políticas de este país, se lamentaban de las impetuosi-

dades peligrosas de Hostos. Manuel Corchado, otro portorriqueño de gran valer, me escribía desde Madrid á principios del año 1869: «No hay—decía—bastante unidad de acción y de pensamiento entre mis paisanos aquí. Hostos, que tiene inteligencia y brío, *se sale de la línea* por demasiado vehemente. Escoriaza, que vale mucho también, milita en un partido nacional poco flexible, y la disciplina limita su acción. Con los conservadores no hay que contar».

»Se ve, pues, que Hostos, más que un hombre político ajustado al patrón de aquel tiempo y á las circunstancias que le rodeaban, era ya un educador. Habló desde la cátedra del Ateneo como lo hubiera hecho desde la cátedra de la Universidad. Fué claro, fué sincero; dejó subir á sus labios la abundancia del corazón, y su discurso provocó temores y desconfianzas».

Este intelectualismo sincero de Hostos le hacía impropio para la política. Era poco flexible, y por eso «se inutilizó involuntariamente para el ejercicio de la enseñanza en el país donde nació. En cambio, enseñó con su palabra, con su pluma y con su ejemplo, en casi toda la América del Sur y en alguna de las Antillas. ¿Debe ser por eso menos meritoria su fecunda labor educativa á los ojos de sus paisanos? Seguramente que no».

Sabido es que Hostos—cuyas obras son muy conocidas en España—era portorriqueño de nacimiento. Hombre de vasta cultura, la lució en numerosos escritos referentes á todos los ramos del saber y de las Bellas Letras.

«Sobresalió en algunos de estos géneros más que en otros, bien que en todos dejó la huella de un estilo nervioso y espontáneo, el sello de su complexión física y moral. Fué un hombre de estudio y de pensamiento; si soñó, soñó cosas altas, y el conjunto y la calidad de sus obras nos están diciendo que fueron muchas y bien aprovechadas sus horas de vigilia».

El Sr. Fernández Juncos dedica su discurso, como ya dijimos, especialmente á la obra educativa de Hostos. Fué éste

alumno del Instituto de Bilbao, y al terminar los estudios de segunda enseñanza pensó en ser artillero. Su padre le disuadió, encaminándole á la abogacía.

«Obediente á la voluntad paterna, entró á estudiar Derecho en la Universidad Central de Madrid, y aquellas famosas aulas, tal como estaban entonces constituídas, fueron para él una revelación. Después de haber oído la elocuencia prodigiosa de Castelar; después de haber escuchado la palabra austera, sabia y conceptuosa de Salmerón, y aquellas explicaciones magistrales de Giner, en cuyos labios parece que se iluminan las palabras y se esclarecen y simplifican las cuestiones más complicadas y abstrusas; después de haber entrado en comunión de ideas con aquellos colosos de la palabra y del pensamiento, ya no le parecían á Hostos tan agradables los estampidos del cañón con que había soñado en los primeros días de su juventud».

«Probablemente—sigue diciendo el Sr. Fernández Juncos—no entraba en los primeros planes de Hostos el ejercer desde luego la enseñanza al llegar á América. Tampoco la ejerció por necesidad, porque un polígrafo como él hubiera obtenido medios de subsistencia en el foro, en el libro, en el periódico, más fácil y abundantemente que en la cátedra; pero pudo más en él la fuerza de la vocación que la esperanza del lucro y los éxitos ruidosos de la política.

»Un educador de raza enseña dondequiera que se halle, y al llegar Hostos lleno de ciencia al Nuevo Mundo y hallarse con una generación creciente y ávida de saber, no pudo resistir el deseo de compartir con ella su alimento intelectual, y repitió aquellas dulces palabras del Maestro de los maestros: «Dejad á los niños que vengan á mí».

»Y hacia él fueron los niños dominicanos, y más tarde los chilenos, y hoy muchos de aquellos niños, que son ya educadores en su patria y tal vez hombres de Estado, proclaman hondamente que cuanto son y cuanto valen lo deben á un portorriqueño».

Cree el Sr. Fernández Juncos que este carácter de educador lo mantuvo Hostos aun en sus trabajos de otra índole. «La parte que tenía de revolucionario estaba subordinada á la de educador, ó quizá no era sino un aspecto militante de ella. No abandonó nunca su propósito de independizar á las Antillas y de unirlas luego en una federación, pero sus trabajos en este sentido eran más bien teóricos que prácticos; había en ellos más platonismo que fiereza revolucionaria; eran más bien la obra de un maestro propagandista que la de un hombre de acción.

»Por eso Betances, desconociendo quizá la verdadera índole del talento y de las aptitudes de Hostos, les escribía en cierta ocasión, desde París, que «no era posible hacer una tortilla sin romper antes los huevos».

»No sé hasta qué punto estaría ligado Hostos á un movimiento revolucionario de esos que necesitan *romper huevo;* pero es evidente que la cátedra le atraía con mucho más imperio que la tortilla. Una reciente prueba de ello hemos tenido aquí mismo. Después de cedida esta isla á los Estados Unidos, y cuando hubiera podido recoger Hostos en su misma patria el premio de sus trabajos revolucionarios, pasó rápidamente por esta ciudad, en donde residía el Gobierno, se detuvo en Mayagüez nada más que el tiempo necesario para organizar un instituto educativo según su método de enseñanza, y se volvió á Santo Domingo para continuar sus interrumpidas lecciones en la Escuela Normal».

El discurso termina con algunos párrafos de una elocuencia honda y noble, referentes á las cualidades é importancia de los pedagogos, y su influencia en el porvenir de los pueblos.

La revista de la Asociación Patriótica Española de Buenos Aires, titulada *España*, se ha procurado la colaboración permanente de varios escritores españoles. Entre ellos figura Alfredo Calderón, que en el número de 23 de Julio publica un artículo titulado *Sociología naturalista*. Para el naturalismo moderno — tan distante del que inspiró á Rousseau, Kant y á

tantos grandes hombres del siglo XVIII,—«la humanidad es un fenómeno más en la naturaleza; la Sociología, un capítulo de la Biología general». De esta identificación entre lo humano y lo no humano nacen, á juicio del autor, contradicciones profundas con otras direcciones del pensamiento moderno. No discute Calderón el *fundamento* de aquella doctrina. Dice tan sólo que, «con ser ese fundamento real, puede no serlo la dirección que se le ha dado».

Una de las aludidas contradicciones la expone así: «Todo movimiento, toda actitud en el mundo—dice el naturalismo—resulta de un desequilibrio, de un desnivel... Ahora bien, niveladores: vosotros vais contra la ley de la naturaleza que quiere que á mayor desequilibrio corresponda más grande actividad. Vuestra igualdad es la igualdad en la nada. Trabajáis contra la vida. Alcanzado vuestro ideal, la sociedad estará nivelada como una laguna, pero también como ella inmóvil, estática y muerta. Repartid uniformemente el calor entre los cuerpos, y todo fenómeno habrá cesado en el mundo; repartid entre los hombres por igual los bienes de la vida, y habréis dado fin á la historia.

»Consecuencias: nada hay tan deseable como los grandes desequilibrios de fortuna. Es indispensable llevar á su último grado los extremos de la opulencia y de la miseria.

»Una sociedad será tanto más rica, tanto más próspera, tanto más feliz, cuanto mayor sea la distancia que en ella separe la extrema riqueza de la indigencia extrema. ¿Y por qué limitarnos al orden de los bienes materiales? ¿Por qué ceñirnos á dejar obrar á la naturaleza? Secundémosla. Así como procuramos aumentar artificialmente la altura de la cascada ó la potencia de la pila eléctrica, aumentemos también, cuando esté en nuestra mano, las desigualdades sociales. Haya grandes y pequeños, privilegiados y desheredados, libres y siervos. Con sólo que las alturas sean accesibles á los de abajo, está cumplida la condición que demanda el estímulo. A mayor desigualdad, mayor trabajo».

Otra contradicción se halla en el espectáculo de la lucha natural por la existencia. Luchan todos los seres, unos contra otros, por vivir mejor. «¡Y pretendéis que el hombre sea una excepción en el mundo! ¡Y queréis que la paz sea la ley de las sociedades! ¡Y abomináis de la lucha dura, pero fecunda, en que los intereses individuales puestos en conflicto impulsan el progreso y cumplen los decretos del destino! ¡Y pugnáis por sustituir vuestros menguados convencionalismos jurídicos á la norma perdurable de la naturaleza y á la ley misma de la vida!

»Consecuencia: la paz es un mal; no hay otro bien que la discordia. Sea el hombre un lobo para el hombre. Que también en el seno de las humanas sociedades el pez grande devore al chico. Sirva el egoísmo de móvil del obrar, la fuerza de razón, la impotencia del único freno. No haya entre los hombres otra solidaridad sino aquella que conduzca á aumentar sus energías devoradoras. No haya entre las naciones otra paz sino aquella que les convenga. Haga cada cual de su propio interés la medida de lo justo y de lo injusto. Borremos las leyes, quememos los Códigos. Desterremos de nuestras almas todo sentimiento de justicia y de humanidad. Pues la ley de la naturaleza es la lucha, luchemos. En los males particulares se engendra el bien general, y de la recíproca destrucción de las partes dimana la subsistencia del todo».

Pero Calderón está muy lejos de pensar que sean falsas las leyes de la Biología ó de la Física. Lo único que se hace preciso es distinguir la condición diferente de la llamada naturaleza y del hombre. Por muchos puntos comunes que tengan, son más los disconformes. La obra de la civilización empieza por ser, casi toda, una obra contra la naturaleza, que el hombre va dominando, modificando, convirtiendo en sierva suya.

«¡Y la organización misma de la sociedad humana sería una excepción de esta regla! ¿Tomaremos, para regular nuestras relaciones, ejemplo en los seres inanimados y lecciones de las bestias? ¿Trocaremos la ley de la justicia por la ley del desnivel, y el ideal de la paz por la mutua destrucción de los seres?

¿Iremos á buscar la norma de nuestra conducta en el desequilibrio de las temperaturas y no en los dictados de la conciencia y del derecho?

»Volvamos á la naturaleza, en buen hora—termina diciendo el autor;—pero sea á la naturaleza del hombre, no á la de las cosas. No imitemos á la naturaleza en su inflexibilidad, en su dureza, en su carencia absoluta de toda norma de equidad, en su ciega y brutal indiferencia respecto del bien y del mal. No renunciemos, á pretexto de que somos seres naturales, á todo sentimiento altruísta, á todo instinto de justicia, á todo espíritu de abnegación, á toda noción de deber, para calcar la organización de la vida civil sobre el modelo de las leyes que rigen á la materia inerte ó de los impulsos que mueven la inconsciente actividad del bruto.»

En el mismo número, el Sr. Barrada describe sus impresiones en la visita hecha al Hospital Español de Buenos Aires. Comienza diciendo una cosa que nunca debería olvidarse entre nosotros: «Fáltales aún, á los maestros del idioma que allá en la tierra han escrito sobre psicologías regionales, contemplar y discurrir un poco sobre esta alma heterogénea de las colectividades españolas que se desarrollan fuera de la patria, para enderezar y acomodar cuerdamente algún que otro concepto desviado que por ahí anda, y muy principalmente para aquilatar en toda su pureza la pujanza indomable de este titán soñoliento que se llama alma española. Hay que ver los bríos, la tenacidad, el vigor que el pueblo español desenvuelve fuera de la Península, para formarse idea cabal de los grandes recursos almacenados que atesora». (Nótese que aun los españoles más pesimistas, v. gr., Costa, creen esto mismo; Costa, que tiene por muy probable que España desaparezca, afirma que se salvará *el español*.)

La Sociedad de Beneficencia Española se fundó oficialmente en 1856. En 1872 colocó la primera piedra del Asilo, en un terreno que valía 245.000 pesos $^{m}/_{c}$, y en 1878 estaba terminado por completo.

«Y así, de etapa en etapa, desde el primer cuadro demostrativo clínico presentado en 1879, que comprende desde Diciembre de 1877 á igual mes de 1878, con 378 enfermos, hasta la última Memoria de Febrero de este año, en que aparece un movimiento estadístico correspondiente á 68.718 hospitalidades, la Institución ha ido de progreso en progreso aumentando sus medios de acción, ya con arreglo á las múltiples exigencias del servicio, ya á las nuevas adquisiciones de la ciencia.

»Allí hemos admirado un soberbio departamento hidroterápico, un excelente gabinete de electroterapia y radiología, una completa sala de operaciones, y todo esto cuidadosamente atendido por reputaciones de la talla de Carlé, Solá, Cobos, Real, Lizarralde y González Pellicer, cuyos nombres son suficiente prueba del cuidado con que la Sociedad vela por sus enfermos.

»Por todas estas causas, sin duda alguna, hemos visto desaparecer de nuestro hospital la nota triste, que suele ahuyentar de las casas de salud toda idea animadora.»

El hospital es, en efecto, no sólo un edificio suntuoso y de admirables condiciones higiénicas, sino un edificio alegre, donde se procura contrarrestar la depresión moral que el dolor físico imprime en los enfermos.

HISPANUS

LIBROS RECIENTES.—Querido Moheno, J. R., *Cuestiones trascendentales*. Méjico, 1904.—Dr. Carlos O. Bunge, *Educación de la mujer*. Buenos Aires, 1904.—Ch. H. Huberich, *The Trans-Isthmian Canal: a study in American Diplomatic history* (1825-1904). Austin, Texas, 1904.—Un Español, *Cartas á un bizkaitarrista furibundo*. Méjico, 1904.—Jesús Urueta, *Alma poesía*. Méjico, 1904.

CRÓNICA LITERARIA

Discurso leído en la inauguración del curso académico en la Universidad Central por el Dr. Brieva y Salvatierra.—*Bosquejo del reinado de los Reyes Católicos.*

El discurso leído por el Dr. D. Fernando Segundo Brieva y Salvatierra en la apertura del presente curso en la Universidad Central, es un escrito interesante desde los puntos de vista literario é histórico. Es un estudio ó, mejor que estudio, apología de los Reyes Católicos y su época, tema, de cierto, muy tratado, y al que es difícil dar color de novedad cuando no se persigue la investigación de pormenores, inagotable en cualquier época, sino el juicio general de personas y sucesos, por estar este juicio en todo lo principal asentado ya con autoridad de cosa juzgada y ser improbable que en algún punto capital se modifique.

No sé que el estudio del Sr. Brieva haya sido hasta ahora objeto de examen algo detenido, por más que haya alcanzado mayor notoriedad de la que suelen tener discursos tales fuera de los Paraninfos universitarios, gracias á la censura que han hecho varios periódicos de las ideas histórico-políticas que el Sr. Brieva sostiene en punto al establecimiento de la Inquisición y á la expulsión de los judíos.

Suele haber en todo escrito que no sea de una radical y completa insignificancia, algún rasgo que es como su clave, por expresar mejor que otro alguno, sin propósito deliberado del autor, el pensamiento y el sentir á que obedece la obra. No

hay que cavilar ni que molestarse mucho para descubrir ese rasgo en el discurso del Sr. Brieva. Está bien á la vista, en la superficie; es el estilo, y aun, puntualizando más, pudiera decirse que el lenguaje. Se ha dicho que el estilo es el hombre, y pocas veces podrá verse comprobada con mayor exactitud tal inducción que en este caso. Lo cual digo sólo por lo que toca al pensador; que en lo demás, yo no conozco al Sr. Brieva ni sé si su carácter y modo de ser estará en armonía con su estilo literario.

Pues esto que del estilo se ha dicho y repetido tanto, que todos lo saben de memoria, se ha de decir también del lenguaje, parte del estilo. Mucho se engañaba Talleyrand al decir con maligna agudeza (si él fué quien primero lo dijo, que frase es ella de las que tienen muchos padres y todos inciertos) que la palabra había sido dada al hombre para mejor disfrazar su pensamiento. Al hablar así, no cayó en la cuenta de que se delataba y hacía el más fiel retrato de su natural, desmintiendo su dicho, que la verdad quiere salir á la superficie y se le escapa al hombre por mucho que la tape, por ser ella lo conforme al orden de la Naturaleza, y como la luz, que por cualquier rendija se filtra.

Ese testimonio que da el lenguaje con sus formas, tanto ó más que con lo que dice, es fehaciente y claro en el discurso del Sr. Brieva. El lenguaje y el pensamiento forman aquí un matrimonio tan bien avenido como el de D.ª Isabel y D. Fernando, y muy más semejante que lo fueron entre sí aquellos grandes reyes, los cuales, puesto que tan bien se entendiesen y se completasen, no en todo fueron parecidos.

La primera impresión que produce leído este discurso, y la produce tan pronto que no es menester pasar del exordio para sentirla, es que nos hallamos en presencia de un escritor del siglo XVI, no de un escritor contemporáneo. El léxico, en parte, pero mucho más el corte de la frase y la construcción, acercan este texto literario al tipo de habla del siglo de oro, y le separan de los estilos dominantes hoy entre escritores. Y

no se trata de una reconstrucción erudita y paciente del pulido lenguaje de nuestros clásicos, empeño que ya sería difícil en un discurso de 117 páginas en 4.° mayor. Patente está en la soltura de la frase que el Sr. Brieva no tiene que esforzarse para escribir así, sino que aquélla es la forma de expresión con que se viste naturalmente su pensamiento. Indicación preciosa para explicar por ahí las ideas que en el discurso se mantienen. El docto catedrático de la Central es literaria y filológicamente contemporáneo de nuestros escritores del siglo de oro. No nos asombremos de que en el pensar sea también contemporáneo de ellos.

Por lo pronto, es un mérito del discurso ese estilo. Cierto que las lenguas no se petrifican, y van pasando por sucesivas formas del decir, siendo empeño vano querer que retroceda ó se pare esta corriente. Pero en esas distintas formas y etapas históricas del lenguaje hay alguna que supera intrínsecamente á las demás por la mayor belleza y elocuencia del habla. En España, hasta ahora y en lo tocante al castellano, ese período de mayor perfección del lenguaje es el del llamado siglo de oro. Por eso nos cautivan los escritos de aquella época, y siguen siendo modelos del buen decir, á pesar de las variaciones naturales del idioma; modelos relativos que no hay que copiar á la letra. Así, en la admiración ó el agrado con que se leen los textos literarios de entonces, no es todo, ni acaso lo más, aunque sea parte, la afición arqueológica, el interés que despiertan las cosas pasadas á que prestó el tiempo su pátina, sino reconocimiento tácito de excelencias intrínsecas. Debiéronse éstas al estudio de las humanidades, principal en aquella sazón y casi único; al dominio de la lengua latina y asiduo trato con sus buenos autores, y en parte también al ingenio de los muchos escritores de gran mérito que llevaron entonces la dirección del gusto, y aun se podría añadir que á la edad en que la lengua se hallaba, en plena virilidad juvenil y lozana, reciente aún su formación, pero definitivamente constituída y pasadas las fases preliminares de su desarrollo.

Tiene el discurso del Sr. Brieva la grave y elegante elocuencia de los antiguos historiadores castellanos, que tomaron por modelos del escribir y componer la historia á Tácito, Salustio y Cornelio Nepote. Algunas de sus páginas recuerdan las de D. Diego Hurtado de Mendoza, en su *Guerra de Granada,* que semejan elocuencia latina escrita en castellano.

Me parece dato muy expresivo para juzgar del espíritu del discurso, el estilo, por la comunión espiritual que revela con sus modelos. Ese dominio de un estilo que ya no es corriente sólo puede haberse adquirido mediante un asiduo trato, casi exclusivo, con los antiguos escritores castellanos, del cual trato ha nacido ó se ha fortalecido, si por ventura existía, una completa compenetración de ideas con ellos.

*
* *

Más que un juicio del reinado de los Reyes Católicos, de lo que fueron y lo que hicieron aquellos insignes monarcas, el discurso del Sr. Brieva es una apología, y hay que reconocer que grandemente se prestan á ello los personajes y la época, que es como la aurora y la juventud de la grandeza española.

Lo primero que quiere mostrar el Sr. Brieva es que se completaron de tal suerte las cualidades de Fernando é Isabel, que el uno no hubiera podido llevar á cabo, sin el otro, la grande empresa que de consuno realizaron, con lo cual contesta á los apasionados de uno ú otro de aquellos Reyes, que al ensalzar al preferido rebajan al otro y le tienen en menos, tesis histórica cierta, aunque las cualidades morales de la Reina Católica sean más propias para inspirar admiración que las de su esposo el príncipe aragonés, uniéndose á esto el mayor mérito que tiene el que una mujer se elevase á tales alturas en la gobernación de pueblos.

El cambio de costumbres que se opera en Castilla desde los tiempos enriqueños á los de la Reina Católica, inspira páginas elocuentes del discurso. Tras esta verdadera revolución

desde arriba, va examinando el disertante las empresas grandes del reinado, la toma de Granada, remate de la reconquista, el descubrimiento del Nuevo Mundo, y, á par de ellas, los cambios operados en la constitución política interna por obras tales como el sometimiento de la nobleza inquieta y desmandada, consumado con la incorporación á la Corona de los maestrazgos de aquellas Ordenes militares que eran—dice el Sr. Brieva—reinos dentro del reino, torre del homenaje de las rebeldías.

Abundan en el discurso los retratos históricos. Antecesores, contemporáneos y sucesores de los Reyes Católicos, son evocados por el historiador. De San Fernando, del rey Don Pedro de Castilla, de los dos grandes Austrias, Carlos y Felipe, y también de los personajes principales que figuraron en la corte de Isabel y Fernando ó vivieron en su intimidad: el cardenal Mendoza, Cisneros, Fray Hernando de Talavera, el Gran Capitán, D.ª Beatriz Galindo, D. Gutiérrez de Cárdenas y su mujer doña Teresa Enríquez, se hacen referencias que, á veces, contienen en palabras breves semblanzas acabadas, adorno que cae bien al estilo de este discurso, conciso en cada frase, sobrio de artículos y adjetivos, propio en los tiempos de los verbos, pero en conjunto florido y abundante en digresiones retóricas, como solían ser los de aquellos autores pasados, en cuya lectura formó sin duda su gusto el Sr. Brieva, y que combinaron la sobriedad y concisión de las expresiones parciales con la exuberancia y aun ampulosidad del conjunto.

Imparciales me parecen á mí los más juicios que de estos personajes y de los sucesos del tiempo estampa el autor del discurso, juicios que, con ser á veces demasiado blandos y benignos (v. gr., el del rey Don Pedro), no suelen ocultar los defectos que afearon á algunas de las personas de esta historia. Aun siendo, como es el Sr. Brieva, apologista de los Reyes, no deja de reparar ciertas flaquezas de D. Fernando, ni de ver en las costumbres del gran cardenal de España, ó séase de Mendoza, puesto que á él se aplicó el título que mejor cua-

drara á Cisneros, dejos del siglo xv, efectos del Renacimiento que rigió para todos, clérigos y seglares.

***

No podía faltar en un discurso semejante el examen y juicio de dos hechos de tanto bulto como el establecimiento de la Inquisición y la expulsión de los judíos, sobre los cuales ha dictado la posteridad sentencia muy distinta del general sentir de los contemporáneos. Y no hay que maravillarse de que el Sr. Brieva, que piensa muy á la española antigua, y siente más como hombre del siglo xvi que como de los tiempos actuales, ponga decidido empeño en justificarlos, no sólo con aquella racional explicación que suelen dar de los sucesos históricos las circunstancias de los tiempos en que acaecieron, sino con el empeño y la pasión del hombre de escuela, alabador de un pasado grato á sus sentimientos y creencias.

Esta parte es la más discutible del discurso y la que han discutido, ó, si se quiere, criticado de pasada algunos periódicos, no ciertamente por razones de crítica histórica, sino políticas, pues todavía, por efecto de nuestras luchas civiles y de nuestra propensión á la intolerancia, no se puede discutir con frialdad la Inquisición, examinándola como un hecho que pasó, como un fenómeno, con los ojos serenos y desapasionados del historiador, sino que tras un siglo de suprimido el Santo Oficio aún siguen sus despojos en el campo de batalla, sin que hayamos conseguido encerrarlos definitivamente en la huesa de la historia.

Hay que reivindicar la independencia del historiador frente al juicio apasionado de reaccionarios y de librepensadores, de esos que sólo dan licencia para pensar según el patrón de sus opiniones. La historia debe estar consagrada á la verdad, no curarse de otra cosa alguna, ni más que á la verdad guardar respetos. Y en este punto que ahora tratamos, tan absurdo y violento es sostener que la Inquisición fué una institución impuesta á España contra el sentir general de las gentes

por el fanatismo de unos reyes y que la masa general de la nación española pensaba de ella en los tiempos de su florecimiento lo que piensan hoy los librepensadores, como dar á la Inquisición por espejo de las instituciones humanas, doliéndose tal vez de que la perversión de los tiempos no consienta su restablecimiento, y juzgando cuanto malo de ella se ha dicho impostura de herejes extranjeros, á que ningún buen español debe prestar oídos. El patriotismo nada tiene que ver en los juicios de la historia, la cual se debe entera á la verdad, ciudadana de todo el mundo, y no ha de regirse por sentimientos ni respetos humanos. De estos dos extremos quizás, moralmente es más disculpable el primero, debido por lo común á ignorancia y falta de sentido histórico, mientras que el segundo suele ser, si más estudiado, menos sincero. A buen seguro que los más de los panegiristas de la Inquisición no querrían entendérselas con los Tribunales de la Fe, ni tendrían por qué felicitarse de su resurrección si ella fuere posible.

A mi parecer, el discurso del Sr. Brieva no cae en el segundo de esos extremos, aunque no todos sus razonamientos me parezcan imparciales ni ajustados á la realidad de los hechos. De la explicación y aun justificación histórica que da de la Inquisición, mucho hay que admitir. Cuando dice: «No hay poder de hombre que instituciones como el Santo Oficio pueda imponerlas contra el común sentir», ó advierte que hay que ver las cosas en su tiempo y lugar, no se puede menos de suscribir las palabras del Sr. Brieva. Que la Inquisición fué expresión exacta del sentir de los españoles en materia de intransigencia religiosa, es cosa que apenas puede dudarse abiertos los libros de la historia, y hasta indirectamente vienen á confirmarlo los que sostienen la tesis contraria, como Llorente en su discurso, por lo rebuscado y excepcional de los testimonios que aducen. Pero que la Inquisición y la intolerancia fueron buenas en sí, es ya otro cantar. No lo fueron, como no lo fué la esclavitud ni tantas otras cosas que tuvieron, sin embargo, su razón de ser y obedecieron á una necesidad histórica.

Cierto es también que la Inquisición adoptó los medios procesales usados en su tiempo. No inventó el tormento. Puede discutirse si, como dice con referencia á Schack el Sr. Valera en su discurso de contestación al Sr. Núñez de Arce, tantas veces invocado por los apologistas ó defensores del Santo Oficio, hubo más brujas quemadas en Alemania durante sólo el siglo XVII que herejes, judaizantes y moriscos castigados por el Santo Oficio durante todo el tiempo de su existencia. Desde luego el hecho de que para los delitos religiosos se creara aquí una jurisdicción especial y privilegiada, que llegó á ser la más fuerte y temida de todas y alcanzó duración secular, acusa que hubo en España mayor intolerancia. En extremo verosímil parece el dicho del mismo Sr. Valera de que «la parte más ilustrada del clero, los mismos inquisidores, los mismos reyes, más bien que impeler tuvieron que refrenar la corriente de la intolerancia». A la esfera de lo opinable pertenece también si la Inquisición evitó que hubiera en España guerras religiosas como las de Francia y Alemania. Tal vez aquí pudo sostenerse y arraigar el Santo Oficio por existir una abrumadora mayoría ortodoxa, que hubiera hecho imposible tales contiendas civiles, aparte de faltarles el apoyo eficaz y casi decisivo que en Alemania pudieron prestar y prestaron á la religión reformada príncipes del Imperio. Decir que el pueblo español, por lo mismo que era tan vigoroso y sano, podía ofrecer mayor alimento á la herejía, como las personas de complexión robusta á ciertas enfermedades, es una comparación que nada demuestra.

Mucho más aventurado é incierto todavía parece el argumento á que se acoge el Sr. Brieva, de que siendo tan diferentes y amigos de su independencia los reinos que reunieron Isabel y Fernando, hubieran perdido la soldadura á no mantenerlos juntos la fe, que era lo común en ellos, sirviendo á tal obra de instrumento la Inquisición. La fe por sí sola no basta para conservar unidos pueblos diferentes. Católicos eran los más de los franceses, puesto que los hugonotes fueron siem-

pre minoría, y ni en los tiempos triunfantes de la Liga quisieron ser por españoles gobernados. Ni era la fe lo único común entre los reinos españoles, si diferentes en leyes, unos por la historia, la raza y los rasgos esenciales de su civilización y costumbres.

Aún yerra más, á mi parecer, el Sr. Brieva, al sacar consecuencias universales de estos hechos y pretender, como quien no dice nada, que la Inquisición salvó á la cultura europea, pues faltando aquélla se hubieran señoreado de Europa y del mundo las dos que él llama barbaries, la barbarie turca y la barbarie protestante, y fuera otra vez, si no España, Andalucía, berberisca, ó acaso turca, deshaciéndose la obra de los Reyes Católicos y volviendo los tiempos en que un Carlos Martel tenía que detener la invasión muslímica en los campos de Poitiers.

La Historia lo desmiente. Aun antes que España alcanzara el poder que consiguió en el reinado de los Reyes Católicos y engrandeció luego bajo los Austrias, las últimas invasiones africanas de almoravides y almohades no pudieron ya contrarrestar el triunfal empuje de los reinos cristianos, y fueron efímeros sus adelantos y victorias. El estado de Europa, con poderosos reinos sólidamente constituídos, hacía imposible la conquista turca, aunque el Imperio de los osmanlíes no hubiera llevado dentro de sí causas de disolución y ruina que marcaban un límite fatal á su desarrollo y preponderancia. La decadencia turca no se explica sólo por un combate naval desgraciado para las armadas del Gran Señor, pronto repuestas de la rota de Lepanto, ni ya en el siglo XVI una batalla perdida podía acabar con un Imperio, aparte de que no está demostrado que gracias á la Inquisición vencieran al turco las galeras de España, del Papa y de Venecia. Toda esta parte del discurso hay que tomarla como un mero recurso oratorio, y hay que reprender en ella además lo de la barbarie protestante. Herejía no es sinónimo de barbarie, ni causa necesaria de ella, y es visto que no estorbó la Reforma el desarrollo y

progreso de la civilización en los pueblos que la abrazaron. Decir lo contrario es achaque de pasión semejante al de los que explican la decadencia de los pueblos latinos por haber permanecido en la obediencia de la Iglesia de Roma.

Tampoco el florecimiento de las Letras y las Artes en los reinados de los primeros Austrias permite atribuir á la Inquisición influencia bienhechora en aquel buen suceso. La mera coexistencia de instituciones y estados sociales no prueba entre ellos relación de causa á efecto, error más palmario todavía que el *post hoc ergo propter hoc*. Podrá pensarse, en todo caso, que la Inquisición no estorbó aquel florecimiento, como dice D. Juan Valera en su citado discurso, tan sobado y traído por los tradicionalistas, que parece como si no tuviesen otro testimonio moderno y liberal de que echar mano. Pero de esto á pensar que la Inquisición fuese parte para el progreso literario y científico hay muchas leguas de distancia, mal camino para la lógica.

Empero no se contenta el Sr. Brieva con la justificación histórica del Santo Oficio: pretende aportar también una justificación filosófica, y expone una teoría de la tolerancia, mejor doctrina y defensa de la intolerancia. La tolerancia sólo puede existir unida á la indiferencia ó al escepticismo, ó bien en cosas opinables. Todo hombre es por naturaleza intolerante en algo. El hombre quiere invenciblemente lo que su entendimiento afirma y su voluntad ama. No cabe, pues, la libertad del error, de que habló el Sr. Silvela. El docto catedrático autor del discurso confunde la tolerancia interior con la exterior, que es la verdadera tolerancia. No cederá el que esté plenamente convencido de una cosa al parecer contrario; mas de ahí no se sigue que tenga derecho á imponer el suyo. Aunque no mereciera estima la consideración de la relatividad y la falibilidad del conocimiento humano, siempre triunfaría la razón, demostrada por la Historia, de que los males del error son menores de los que trae la imposición de opiniones por vía de autoridad, fatal obstáculo para todo progreso, y empre-

sa, por añadidura, inútil, porque jamás acabó la persecución con ideas vivideras.

Con los mismos argumentos trata el Sr. Brieva de la expulsión de los judíos, citando, muy á propósito, el antisemitismo moderno, para mostrar el aspecto social que siempre ha tenido la cuestión judaica, en que, á la verdad, pesaron y pesan gravemente las riquezas y las artes usurarias de Israel. Y aquí sí que hay que convenir en que el acto de los reyes obedeció á un movimiento de opinión, de antiguo manifestado, á veces en bárbaras matanzas y saqueos de juderías.

Defensores tuvieron, sin duda, los judíos, más en las altas clases que en la popular; pero la generalidad de la nación vió con buenos ojos su extrañamiento, cuidándose poco de las consecuencias económicas que resultaren en lo porvenir, cálculo á que suelen ser ajenos los movimientos del vulgo, inspirados casi siempre en motivos de lo presente ó lo pasado: nunca, ó rara vez, en previsiones para los tiempos que han de venir. Aquel acto político fué en su tiempo una medida popular, democrática, en que el poder más pareció seguir al espíritu público que guiarle, caso frecuente en las Monarquías antiguas, en que el sentir de los súbditos pesó mucho más de lo que nos figuramos al mirarlas de lejos y ver antes que nada su aparato exterior de autoridad é imperio del príncipe.

No puede menos de reconocerse que, aun en aquellos puntos en que más se aparta del pensamiento moderno y, lo que es peor, de la imparcialidad histórica, argumenta el Sr. Brieva con habilidad dialéctica, usando en servicio de sus opiniones ó creencias de las armas que pueden ofrecer una cultura histórica sólida y extensa y un entendimiento claro; pero el mérito mayor del discurso es el que al principio decía: la elocuencia de su estilo, aquella limpia y elegante prosa castellana que parece escrita en el siglo XVI.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Enciclopedia: Lord Spleen en Cornualles.=Bellas artes: Watteau y la tisis.=Costumbres: La *snobinette*.—La tarjeta ilustrada en Alemania.=Cuestiones sociales: La policía de costumbres y la moral sexual.—La competencia japonesa.=Literatura: La lengua literaria contemporánea.=De re militari: La táctica japonesa.=Impresiones y notas: El *Amor*, de Michelet.—Las *Memorias* de Elena Keller.—Ferrocarriles y tranvías.—Correo eléctrico.

ENCICLOPEDIA

Lord Spleen en Cornualles.—Con este título publica A. Suárez en *La Renaissance Latine* una serie de notas é impresiones de todo género, dignas algunas de ellas, por su originalidad de fondo ó de forma, de ser recogidas. He aquí las más interesantes:

Nada tan triste como la nieve en los países en que el cielo no es claro: es la tristeza de la ceniza helada; bajo el espacio obtuso, rebajado, lleno de pliegues, la comarca aparece pálida, con lívida blancura; todo lo que no es nieve tiene la arista sombría y dura del hierro, y el campo toma el aspecto de un inmenso y eterno cementerio; negro sobre blanco, blanco sobre negro: los árboles, cruces negras; las casas, sepulcros; y la tierra nevada, la losa de mármol que cubre al país. Semejante á la nieve de esos países es el pensamiento de envejecer en los corazones consumidos por la pasión de vivir.

La ciencia es un perro rabioso que muerde al yo, su amo; mordidos y condenados, sepamos al menos que lo somos. La ciencia es un perro, dice ese yo desesperado; no puedo aho-

garlo; es un cerbero inmortal con cabezas de hidra; pero no lo quiero; no adoraré á mi perro. Hay una escuela que adora toda clase de perros domesticados de bronce, de orejas de oro, como Anubis; se invoca á esos perros bajo muchos nombres ilustres: la libertad, el derecho de las mujeres, el derecho de vivir y otros semejantes. Donde ya no hay un solo Dios, ¡cuántos ídolos!

Una sociedad de librepensadores es lo más ridículo que hay: se asocian para pensar libremente tres ó cuatro intrigantes, dos ó tres profesores y un antiguo cura renegado; y ese es el colegio de los nuevos sacerdotes. Pondrán algún médico ó algún químico á su cabeza, para ejercer de gran pontífice; no carecerán de Pitia ni de mujeres de pelo corto. ¿Dónde se vió mostrar mejor que se ignora lo que es pensar y lo que es ser libre? Enhorabuena que se asocie uno para no pensar; la multitud es una magnífica asociación para no pensar. Pero ¡una sociedad de librepensadores! ¿Qué bufonería hay que iguale á ésta? Sólo han olvidado un punto: que se debe ser solo y estar solo para pensar libremente, y hasta para pensar. Sin embargo, los intrigantes se servirán del químico; la sociedad de librepensadores hará el negocio de dos ó tres candidatos, y el librepensamiento acabará quizá por parir un ministro.

Los librepensadores, si obran, mienten; no se obra en virtud de la razón; el conocimiento es lo contrario de la acción; fe contra fe es siempre la acción. Todas las Iglesias mienten unas sobre otras: por eso los librepensadores mienten sobre todas las Iglesias; y no es que la calumnia sea un dogma: es que para ser de una Iglesia no hay que hacer justicia á las demás; los librepensadores hacen una religión contra las religiones, y en la suya todo el mundo es del Santo Oficio. La ciudad de los librepensadores es un presidio en la isla de la moral.

Como su sexo está oculto, la mujer se oculta del hombre; llena de pudor con el hombre, la mujer carece de pudor con las demás mujeres. El pudor del hombre es, por el contrario,

con el hombre mismo; y el hombre más delicado ó más fuerte en sus voluptuosidades, deja caer junto á la mujer un pudor que reaparece siempre en la sociedad de los hombres; más que á la mujer, el hombre oculta su desnudez al hombre.

Más que todo, el amor es lo desconocido; no se ama más que el misterio; en lo que más se ama, se quiere lo que se busca, lo que no se ha descubierto, y, frecuentemente, lo que se teme conocer; la carne tiene también sus curiosidades, y se cesa de amar en cuanto uno se persuade de que ya no tiene nada que aprender de lo que se ama. En el amor más puro que haya en el mundo, el de padre á hijo, á despecho de la vida común, el misterio es extraño, y la ternura se recrudece á medida que el enigma se renueva. Toda mujer reina sobre el deseo que excita; es reina el día en que es deseada, y la última de las mujeres tiene este imperio: de ahí su importancia. Las mujeres nuevas que se han cortado el pelo para hacer brotar sus ideas, desprecian el amor y no se cuidan de la belleza. ¿Quién sabe, sin embargo, si vivir de su cuerpo no vale más que vivir de su cerebro?

Exceptuados el arte y el amor, el más hermoso pasatiempo es la ambición... No debe echarse en cara al ambicioso más que una bajeza: el crédito que concede á los demás hombres; de ahí todas sus debilidades: la bajeza, la elocuencia, la mascarada y la consagración en Nuestra Señora. Baja del caballo para vestirse de histrión; llega hasta á mostrar sus piernas, esperando quizá una lisonja para su pantorrilla. Se da en espectáculo y lleva la librea del pueblo en lugar de hacer que el pueblo lleve la suya. El poder nos hace creer en nosotros mismos; jugamos entonces á la divinidad, que es la que juega realmente con nosotros. La pasión del poder es la más legítima de todas: de ahí lo ridículo del ambicioso sin fuerza.

Diez años de injurias y de insultos públicos economizan una revolución; la sangre de los ambiciosos se vuelve saliva, y la de los envidiosos baba; se caen los dientes, se gastan las garras y se vacía el corazón; en lugar de tirar al ene-

migo con bala, se le tira con adjetivos. El hombre de genio detesta su escuela, y el héroe desprecia su partido; no es uno de un partido sino para obrar; pero en todo lo demás se está contra él; no hay más que un medio, para el héroe, de entenderse con su partido, y es metérselo en el bolsillo; en caso necesario se tiene el bolsillo lleno de azúcar, y mientras lo chupan, la mano les oprime la garganta. Era el método de Bismarck.

Lo mismo que rubio ó moreno, un sabio puede ser demócrata; pero la ciencia no lo es. La ciencia es aristócrata. La ciencia no es amiga del pueblo; se burla de él y de los que para serlo se fundan en ella. El genio de la ciencia es el de la fuerza: nada de piedad para el error, nada de piedad para la debilidad; los débiles y los ignorantes deben desaparecer. En su sentido recto, la ciencia es el infierno de los débiles y la maldición de los humildes hasta la milésima generación. En la verdadera ciencia no hay sitio ni aun para la sombra de un sentimiento. El Jano del talento vulgar tiene dos caras, una de profesor y otra de autor. Los profesores son idealistas, porque viven en los libros, y los autores aparentan serlo porque buscan libros en la vida; los profesores fingen ser realistas para que se les tome en serio; y los autores lo son, á pesar suyo, para aprovecharse de ello. Unos y otros se desprecian mutuamente; y sin embargo, el profesor no es frecuentemente más que un autor para todo, y el autor un doble profesor; el profesor quiere ser lo que es el autor, y el autor hubiera podido ser lo que es el profesor. En general, los autores no profesan menos que los profesores, pero no tienen título; se vanaglorían de ello porque lo han pretendido al principio, y vale más despreciar lo que no se ha logrado que dejar creer que se hubiera podido obtener. Autores, profesores y sabios, ¡grandes reinos de hormigas! Mi nodriza y mi perra han hecho más por mi vida que todos esos hormigueros.

BELLAS ARTES

Watteau y la tisis.—Así resume Camilo Mauclair en la *Revue Bleue* la vida de Watteau: «Veinticinco años de labor pobre, de investigaciones de sí mismo; once años de florecimiento de su genio, de los que sólo seis fueron vividos después de la muerte de Luis XIV; luego la desaparición á los treinta y siete años: he ahí la existencia de Watteau». Guillot le aconsejó sus temas; Ticiano, Veronés, Rubens y los holandeses formaron su técnica; pero ¿y su alma, de dónde ha venido?

Esa alma no tiene nada del siglo xviii, ni la serenidad, ni el énfasis alegórico, ni el fastidio decorativo. Hasta entre la de Fragonard y ella había una inmensa distancia moral: casi tanta gracia en la maestría, pero no se sabe qué sustitución de la sensualidad al amor, de la provocación á la coquetería, del enervamiento á la morbidez, del sentimentalismo al sueño, del placer al goce, de la sombra que cubre á la sombra que vela, del sobrentendido al misterio, de lo lindo á lo exquisito, un grado disminuído de la belleza interior.

¿Qué hay en Watteau que no se encuentra en ningún otro? Su tristeza, procedente de su tisis, que le mató á los treinta y siete años. Todo lo que de él nos enseñan Julienne, que salvó sus dibujos, y Gersaint, su fiel *marchante*, es la psicología general del tísico: tristeza febril, seguida de grandes esperanzas y proyectos; violenta hipocondría, alternando con sinceros enternecimientos, deseo de agotarse por la sensualidad cerebral, desdén de los provechos materiales, nerviosidad, idealismo exacerbado por el mal, disposición nativa á la intuición de toda poesía: ése es Watteau y así son los tísicos. El paisaje del *Embarque para Citerea*, ese prodigio en que el azul del cielo se hace la expresión misma del sueño voluptuoso acabado en lo desconocido, no es el «paisaje escogido» del pintor Watteau; es el país mismo del sueño eterno de los tísicos.

El poema interior de Watteau excluye toda sensualidad; se ha hablado de su libertinaje, que no era más que de cabeza y que no le impidió «morir como buen cristiano», y este juicio prueba la incomprensión del genio de Watteau por su siglo. ¡El libertinaje, la galantería de Watteau! Todo en él expresa la insaciedad. La tisis desarrolla la sensualidad calenturienta; el enfermo quiere lo que le mata. El exceso genésico, sobrexcitando sus nervios, le da la fatal ilusión de su energía vital, y el presentimiento de la muerte le invita á apresurarse á olvidar en la voluptuosidad el acecho de la nada. La tisis puede también desviar esta fiebre en la imaginación. Ciertos tísicos pueden tener fuerza bastante para privarse del acto mortal, dejando vagar su imaginación entre deseos monstruosos y perversiones sensuales cuya irrealización exacerba su salvaje ardor. Pero los hay que viven entre espejismos, cambiando todo deseo en sueño, y gustando la voluptuosidad dolorosa de la pureza, testigos melancólicos de los placeres de una vida que les está prohibido disfrutar; Watteau es de éstos. Sus personajes bosquejan el sueño del amor físico, y no lo materializan jamás. La mujer de Watteau deja ver su garganta, pero el misterio de su cuerpo bajo las telas no será ofendido jamás.

Watteau es un precursor del impresionismo. La vibración cromática que asedia al siglo XVIII y será la floración impresionista del XIX, él es quien primero la ha tenido, siendo el primer músico de la luz en movimiento. Pero también es un precursor de la ternura fatigada, de la neurosis casta, de la introducción del deseo de lo imposible en la voluptuosidad momentánea, nociones modernas todas que pueden resumirse en la fórmula de «la enfermedad de lo infinito», enfermedad que se encuentra en Novalis, muerto á los veintinueve años; en Chopín, muerto á los treinta y nueve; en Julio Laforgue, muerto á los veintisiete; en Alberto Samain, que murió á los cuarenta; como se encuentra en Mozart, en Edgardo Poe, en Heine y en Verlaine, aunque estos tres últimos no hayan muerto del pecho.

No se entienda, sin embargo, que esa enfermedad de lo infinito dé nada enfermizo á las obras de Watteau: dibujo, color, expresión, todo en ellas es magníficamente sabio, original y de mano maestra. El hecho fisiológico de la tisis no indica aquí sino una disposición especial á un idealismo que puede definirse: «la facultad de vivir desde esta vida en la que nos espera, en la realidad segunda». La enfermedad pulmonar es la única que afirma hasta este grado la delicadeza de las intuiciones, siendo una colaboradora del alma en el estado místico.

Todo tísico es un suicida corriente; le gusta gastarse, aligerarse. No puede vivir sino condenándose á no vivir, adoptando precauciones, sin emociones alegres ni penosas, cuando precisamente su enfermedad le predispone al amor de los grandes proyectos, de las grandes esperanzas y de los profundos sondeos de sí mismo. Esta enfermedad del cuerpo crea una exaltación mística del alma, cuyos productos no tienen nada de débil ni de decadente, sino que condensan por el contrario una fuerza extrema y una violenta emoción natural. No nos engañemos, pues, por la vivacidad, el lujo y la gracia de Watteau. Watteau es uno de los mayores maestros que hayan existido. Amémosle en su dolor, y sólo así le comprenderemos; como el canto del ruiseñor, la luna primaveral nos invita á llorar sobre nosotros mismos, aunque exprese la alegría de un sér extasiado.

COSTUMBRES

La «snobinette».—¿No sabéis lo que es una *snobinette?* Jorge Leconte nos lo dice en la *Revue Bleue,* en un artículo que el mismo La Bruyere no se desdeñaría de firmar para agregarlo á su colección de *caracteres.* Ved aquí lo que es la *snobinette:*

Habla de todo lo que tiene en efervescencia á las chismosas de moda, ó, mejor dicho, de lo que las tendrá mañana. Vibra con el entusiasmo que es *chic* compartir aquella noche, y se crispa por la última indignación de que es elegante estre-

mecerse. Tiene la opinión, el tocado, el estilo, la escritura, el caló mundano, y hasta las enfermedades cuya boga empieza. Es apasionada de los juegos, del lujo, de las chucherías, de los libros que avisados proveedores la sugieren y que ella cree descubrir. Se ajusta á la actitud, á la línea, á los gestos que su costurero le impone y que ella se imagina haber lanzado. Repite el tic y la mueca que la horizontal de moda ha puesto en circulación, y está dondequiera que hay que ser visto y citado en todas las fiestas de las que pueda decirse que «era de ellas».

Su disparatado revoloteo, que en un solo día la había hecho asistir á un gran entierro, procesionear en una boda, madrinear en un bautizo, afligirse en la agonía de un poeta ilustre y lucir su traje claro en el barnizado de un pintor mundano, retrasaban su aparición en una comida donde se la esperaba, y el rostro ceñudo de los anfitriones empezaba á descubrir su disgusto por aquella despreocupada tardanza. Pero ¡qué entrada la suya! En seguida las caras aburridas de los convidados hambrientos irradiaron, las de los amos de casa se plegaron con indulgente sonrisa, y en torno de la locuaz retrasada el hielo de la antecomida se fundió. Su tocado era como un murmullo de chismes: se adivinaba que lo sabía todo, que lo había visto todo, que por su boca iban á resonar todos los rumores de París. Y como los ojos de los niños esperando el espectáculo, así la sonreían las miradas de todos los presentes.

—¡Pobre gran Fleurville!—charla ella.—¡Qué tristes eran sus manos juntas, que no cincelarán ya la joyería de las palabras! ¡Y qué pequeña parecía su cabeza calva! ¡Una verdadera bola de rampa de escalera! ¡Qué lástima! ¡Otro brillante foco de arte que se apaga! ¡Qué desfile de glorias! Al meterlo en el féretro, una alteza imperial, dos académicos, una duquesa y el nuncio rezaban las oraciones de difuntos; en la antecámara una nube de reporters acechaban un detalle y un nombre, y en el salón una fila de jóvenes poetas hacían cola para obte-

ner el honor de velar el catafalco. ¡Dios mío! ¡Con tal de que esos reporters no embarullen los informes que yo he tenido la debilidad de no negarles! ¡Con qué impaciencia espero los periódicos de mañana! ¡Qué fastidio el ver siempre su nombre en los periódicos!... ¡El nuncio! Lo volveré á encontrar en el bautismo de mi primito; he aprovechado un segundo de reposo entre dos de sus oraciones para noticiarle al oído el feliz nacimiento del bebé, y ha parecido encantado; Rotschild será el padrino, y una descendiente del almirante Coligny la madrina... En el momento en que yo salía, Coquelin, el almirantísimo y la princesa de Gennevilliers acababan de preguntar por la puérpera. Yo tenía prisa de escapar al barnizado de nuestro admirable Mortora. ¡Qué arte tan francés bajo este apellido levantino! ¡Nada más que retratos de mujeres de moda y de gentes conocidas! ¡Desde la entrada era aquello un perfume de elegancia y un rumor de éxito! Una verdadera embriaguez, se sentía una vivir. Yo no podía faltar habiéndoselo prometido á Mortora, á quien había encontrado en la boda de Josse y en el entierro de Salivas, ceremonias contradictorias á media hora de distancia. Imposible faltar á una en provecho de la otra... lo habrían notado; muy difícil á causa de los trajes; yo tomé un color intermedio, y al salir de la misa de Himeneo cambié en el coche de guantes, de velo y de cara, y me salió perfectamente y pude volver al *lunch* de la boda. ¡Oh, qué elegancia! ¡El Gotha de la raza y de la gloria! Pero... ¡Dios mío! ¿No se entretenían en un grupo de jóvenes, amigas de la novia, en apuntar los amantes posibles de la recién casada? Señalaban hasta tres, de los cuales uno hasta pasa por haber sido hace dos años el tierno amante de la madre... muy bien conservada por cierto, aunque muy solemne hoy, y tomando en serio su papel de madre... como que era Su Eminencia el arzobispo de París quien daba la bendición.

Contando todo esto gozaba del efecto producido con gestos de gata que se relame, hallando tiempo para espiar las fisonomías, retener los nombres y las frases de las personas que figu-

raban en la mesa para poderlas citar y engalanarse con su prestigio en los dos salones donde tenía todavía que desahogar su charlatanería inagotable sobre los acontecimientos del día. Su cosecha, sin embargo, era allí escasa, pues los convidados famosos tiempo hacía tenían un renombre sin escándalo y sin la pimienta de la novedad; y lo que nuestra *snobinette* apetecía eran las reputaciones recientes, que ella se imagina haber descubierto y hecho resplandecer; las opiniones raras y las chucherías que nadie conoce, y que la hacen distinguir del común de los mortales; caprichos, fervores y desprecios que de ordinario no tiene ella espontáneamente, sino que recoge con fidelidad de algún majadero flemático y solemne, de alguna persona petulante amiga de distinguirse por la extravagancia de sus opiniones.

Avergonzada de su artesanismo un tanto timorato de antaño, es la apasionada de toda novedad; y aun sin esperar á que brote, espía su florecimiento y lo apresura cuando puede. De ahí que sea presa segura y consentida de todos los charlatanes, cimbalistas y trompeteros, víctima de todos los clowns de las letras y de las artes, con quienes no sólo simpatiza en el frenesí por las vegetaciones barrocas, sino en el desprecio de la armoniosa y augusta belleza. Porque si está muy al corriente de la más pequeña mata que acaba de surgir, es completamente ignorante de las flores eternas. Su espanto de ser una atrasada concierta á maravilla con su falta de verdadera cultura: niega, desdeña, y se compadece de las obras simplemente ricas en belleza sin estrépito ni escándalo.

Perpetua danza de San Vito, que exige invención y flexibilidad, que no deja descanso ni respiro, y en la que nuestra *snobinette* se esfuerza sin profundo placer, pues sólo goza de su aturdimiento, y sin verdadero provecho, pues el día en que al fin se detiene, extenuada, no es más que un farolillo apergaminado y ridículo, que de todos los potentes ruidos y grandes hálitos del mundo sólo ha percibido el rumor de las ante-

nas, de las alas y de las patas de los moscardones, sus semejantes, en cuya trepidación trepidó ella misma.

*
* *

La tarjeta ilustrada en Alemania.—La última en orden cronológico de esas soberanas de un día impuestas por la moda—bicicleta, fonógrafo, automóvil, etc.—es la tarjeta postal ilustrada, y su culto no ha llegado en ningún país al desarrollo que en Alemania: si no se viera no se podrían creer las estadísticas con sus cálculos inverosímiles; pero quienquiera que haya pasado unos días en cualquier ciudad alemana no vacila en aceptar las cifras más fantásticas de la circulación de las tarjetas postales.

No hay rincón en Alemania que no haya sido escudriñado para hacer de él una tarjeta postal, que es además la crónica ilustrada de todo suceso, y que hasta representa su papel en la vida íntima y diaria de la familia. Por su función política ó social, por su carácter popular y gracioso y por el tiempo que ahorra obligando al empleo del estilo lacónico, la tarjeta postal se ha creado un poder más sólido que el de muchas monarquías hereditarias. Nada la es extraño, y en la vida pública y privada la postal ejerce su imperio con su gráfica nota pintoresca.

En política internacional, la postal no deja pasar ningún suceso sin fijarlo. Así la Triple Alianza produjo multitud de tarjetas postales, como la que representa á los tres monarcas cogidos por la mano sobre un globo que representa el mundo, y cuya imagen indica que ellos sostienen su estabilidad; así la alianza franco-rusa produjo otra, que representa una balanza en cuyos platillos figuran los medallones de los tres monarcas en uno, y los del emperador y el presidente de la República francesa en otro, estando inclinado, como es natural, el primero, que arrastra al segundo por su mayor peso. La entrada de los alemanes en Hian-Tchen, obscuro suceso en los fastos de la historia, quedó representado por un marino prusiano en

traje de campaña fumando su larga pipa, mientras que con sus dos pesadas botas aplastaba la trenza de dos infortunados chinos.

La fiebre de actualidad es extremada; dos meses antes del jubileo del rey de Sajonia, todas las tiendas y escaparates estaban inundados de tarjetas de todos tamaños y colores con el retrato del rey y las escenas más importantes de su vida, y ocho días antes en Dresde era un delirio. Como en Alemania las fiestas y conmemoraciones se suceden sin interrupción, y todas con el mismo éxito, porque aquel pueblo no se cansa de tales espectáculos, no hay que decir la materia que constantemente ofrecen á la tarjeta ilustrada; pero cuando la furia llegó al colmo fué en aquel medio año en que se juntaron con los sucesos ordinarios la muerte de Bismarck y el viaje de Guillermo II á Oriente. El papel popular de la tarjeta ilustrada se marca perfectamente en tales ocasiones, y puede compararse con el que tienen en París la canción de actualidad y el juguete del día, artículo puramente parisién.

Cada ciudad, cada villa y cada pueblo se apresura á hacerse presente á la memoria frágil de la posteridad, y confía á la tarjeta el patrimonio de su gloria ó de sus bellezas; si con esto sale de la sombra alguna medianía, no hay que lamentarlo, pues así por lo menos no son ignorados del vulgo los verdaderos grandes hombres, cuya popularidad se extiende por medio de la tarjeta. Si se recogen clasificándolas en orden cierto número de tarjetas, se puede tener una especie de historia popular ilustrada de un poeta, de una ciudad ó de una época, pues todos los recuerdos están recogidos piadosamente y evocados en la tarjeta, realzados á veces por una divisa ó leyenda que los explica ó los exalta, y que suele estar tomada con raro acierto de las obras mismas del autor á quien se refiere la tarjeta. Así por ejemplo, la vida de Gœthe puede seguirse paso á paso en las tarjetas postales desde Francfort, donde nació, hasta Weimar, donde murió, pasando por Leipzig, donde estudió; allí está su casa, allí su lecho de muerte,

allí el café donde entraba, ó la mesa en que escribía ó el jardín en que paseaba, todo, sin omitir el menor detalle. Estas tarjetas, además de documentos históricos curiosos, son modestos pero útiles y eficaces auxiliares de la enseñanza.

En el mismo orden figuran las tarjetas de ciudades con sus divisas antiguas que difunden su gloria y su fama por el universo entero; estas divisas suelen ser ditirámbicas, aunque las hay merecidas. Así, la de Heidelberg dice: «¡Oh Heidelberg, notabilísima ciudad! ¡Sobre el Neckar y el Rhin ninguna otra ciudad podría compararse contigo!» La de Tubinga es el canto de marcha de un estudiante. «¡Oh Tubinga, ciudad fiel, de tu saber estoy lleno y saturado! ¡Adiós, venerables murallas, se acabó el trabajo aburrido; pero también se acabaron los hermosos ducados contantes y sonantes! ¡Vamos al valle! ¡Vamos al valle!» Bonn se intitula *Ciudad de las Musas*, y Maguncia *Perla del Rhin*. Así, la carta postal celebra las localidades y exalta el regionalismo, pero sin olvidar jamás la «gran patria alemana», cantada siempre y dondequiera en primer término.

Al lado de estas tarjetas que revelan el aspecto sentimental y patriótico de los alemanes, están las que atienden á la realidad de la vida práctica. El alemán es viajero que sabe viajar, y gusta de trenes rápidos, cómodos y baratos y tarjetas postales de informes. Nada mejor para eso que la tarjeta *ómnibus*, que se puede obtener en toda estación, donde por diez céntimos suelen dar los automáticos dos vistas diferentes de la comarca; en esas tarjetas está impreso un formulario que no hay más que llenar, y que comprende los datos relativos á la salud, al tiempo, á los vecinos del vagón, á la llegada, á las contrariedades, al estado del portamonedas y á la calidad de la cerveza, del vino y de la comida; llenáis el cuestionario con lápiz, echáis la tarjeta en la caja de la estación, y la tarjeta va á contar á vuestra familia lo más interesante de vuestro viaje. ¿Qué más práctico? La familia puede estar así al corriente del viaje, y el viajero apenas tiene que molestarse, pues

unos momentos le bastan para llenar la tarjeta y enviarla; terminada la expedición, se reúnen todas las tarjetas y se tiene una colección tan amena como interesante, que puede conservarse con verdadero gusto. Allí todo está previsto, y hasta en los sitios menos frecuentados se encuentra, no sólo la serie de tarjetas locales, sino una caja de cartero destinada á recibirlas después que en ellas ha estampado cada cual su impresión del momento para transmitirla á los suyos; ni siquiera hace falta ir provisto de sellos, pues ó las tarjetas están timbradas ó sus vendedores tienen sellos para ellas, y esto no sólo en los sitios accesibles, sino en la montaña ó en los lagos, dondequiera que pueda preverse que hay excursionistas. Así, en el Saubergersee, lago famoso por el palacio de Luis II de Baviera y por la muerte del príncipe que en él se ahogó en un momento de locura, se venden en el barco de recreo que lo recorre las tarjetas que reproducen aquellos pintorescos é históricos sitios, y las misivas allí escritas y echadas en la caja *ad hoc* del barco llevan el timbre de á bordo, que las hace doblemente interesantes.

Otro tipo de tarjeta es la comercial, tan pobre de invención como rica en formas. La única tarjeta de esta interminable serie de anuncios-reclamos digna de mención es la tarjeta prospecto de un restaurant de Jena. Sobre un fondo de campo y en un jardín con mesas, sillas y demás elementos de la profesión, se destaca majestuoso y jovial el patrón del establecimiento, antiguo estudiante fracasado, que reprobado en los exámenes, ha probado fortuna metiéndose á cervecero; debajo del retrato aparece su divisa en latín: «Estoy abrasado por el amor á la Universidad».

Celebre el encanto de un sitio ó la excelencia de un producto, narre un episodio ó popularice la divisa de una villa ó de una Universidad, la tarjeta postal desempeña su papel vulgarizador. Por eso ocupa importante puesto en todos los hechos de la vida alemana, públicos y privados, consagrando un aniversario, perpetuando la memoria sagrada de un sabio ó de

un poeta, poetizando mil recuerdos, consolando de la ausencia y filtrándose en todos los actos de la vida. Por eso también merece que la dediquemos estas líneas.

CUESTIONES SOCIALES

La policía de costumbres y la moral sexual.—M. Aguilera, en la *Grande Revue* de París, entiende que la cuestión de la moral sexual, ya que no resuelta, está perfectamente planteada después del informe de la comisión nombrada para el estudio del régimen de las costumbres sexuales, que ha formulado, entre otras conclusiones, la necesidad de instruir á la juventud y al pueblo en la materia, acabando con las tradiciones de pudibundería conventual, que alimentan la ignorancia acrecentando el peligro; la imposibilidad de establecer el delito de prostitución, suprimiendo, en consecuencia, las penas administrativas dictadas contra las mujeres públicas; y la conveniencia de distinguir el aspecto higiénico de las consideraciones morales que complican la cuestión. Al lado de estos pocos puntos claros, ¡cuánta obscuridad!

La prostitución misma, que es el hecho social de que se trata, ¿qué es y cómo definirla? Turot acepta la definición de Richard, estimando como elementos constitutivos la venalidad y la falta de elección. Pero ¿quién no comprende que esta definición sólo es aplicable á las prostitutas pobres? ¿Por qué establecer una desigualdad que, desde el punto de vista de la higiene, sería un verdadero fracaso? Y si las medidas que se dicten han de aplicarse á *todas* las personas, como sostuvo el Dr. Neisser en el Congreso de Bruselas de 1902, ¿quién se atrevería á tanto sin caer en la más espantosa tiranía? ¿Cómo conciliar el principio de la reglamentación con el de la libertad individual?

Todas estas dificultades y contradicciones son consecuencia de la falta de principios establecidos y aprobados por la conciencia pública. En materia de sexos, la opinión corriente

vive de prejuicios y de errores manifiestos entre la moral del gozador, para quien toda mujer es una presa, y la moral ascética, que estima degradante todo impulso de la carne. En cuanto á la ciencia, vacila todavía en puntos esenciales para que pueda edificarse la moral sexual sobre sus conclusiones. Tratar la cuestión metafísicamente es extraviarse, como lo hizo Schopenhauer, en fórmulas abstrusas sin realidad práctica. Tomar, por otra parte, los datos de la biología y de la fisiología por reglas para la solución apetecida del problema, es sacrificar sus elementos más interesantes, so pretexto de simplificarlo, confundiendo la biología con la sociología. El método más seguro consiste en tomar de la ciencia sociológica los datos más ciertos, mostrando cuál es el sentido de la evolución en las relaciones sexuales.

Las diferencias existentes entre las varias sociedades provienen ó del régimen económico dominante ó de la influencia religiosa. A través de todas estas diferencias, es de notar que desde la aurora de la civilización se ha sentido la necesidad de reglamentar y disciplinar el instinto sexual. Esta fuerza disciplinaria fué motivada y sostenida por las creencias religiosas. Limitándonos al cristianismo, baste recordar que éste dió nuevo impulso á la formación de la moral sexual orientando al individuo hacia una vida superior que, por lo mismo, no podía convenir sino á una especie de aristocracia intelectual. La Edad Media exageró la tendencia y cayó en pleno ascetismo, considerando el acto genésico como una caída moral y el matrimonio como inferior al celibato, si no llegaba á ver en él una especie de prostitución, como el teólogo Alejandro de Oettingen.

Lutero reaccionó contra aquel ascetismo declarando que el matrimonio era cosa tan natural como el comer y el beber, siendo un preservativo de la corrupción; exigió á los padres que casaran á sus hijas á los diez y ocho años y á sus hijos á los veinte para evitar que fuesen «del diablo», lo que dió por resultado fortificar la tendencia á la hipocresía, que en mate-

ria de relaciones sexuales domina en los países protestantes. El dualismo religioso ha abierto un abismo entre la satisfacción del instinto y el amor, separando del amor la voluptuosidad y dividiendo las mujeres en dos castas: las destinadas á inspirarnos amor, y las destinadas á saciar la brutalidad de nuestros instintos.

Las relaciones sexuales han evolucionado comenzando por la poligamia, y pasando á la monogamia por la compra de la mujer, estimando primero el matrimonio como asunto social de tribu ó de Estado, luego como asunto personal, y recorriendo así los móviles determinantes de la unión sexual el camino de la obligación religioso, del instinto de conservación de la especie, del interés económico y del atractivo personal. El desarrollo del capitalismo y del maquinismo ha despojado á la mujer de su papel de guardiana del hogar, favoreciendo el desarrollo de la prostitución. El matrimonio, tal como lo conciben nuestros códigos, es hoy, ante todo, el matrimonio burgués, que implica un estado económico que sólo puede ser lote de una minoría.

Con el declinar de la fe religiosa se abría paso un nuevo concepto de las relaciones sexuales, regidas por la moral racional, que halló su expresión en el sistema de Kant, creyendo con Rousseau que la Naturaleza ha grabado en nuestras conciencias la forma normal de nuestros sentimientos. La experiencia nos hace hoy creer que no hay tal ley natural, sino que el origen de la moral sexual es biológico. En la Edad Media, el Cristianismo y la Caballería transformaron en amor el instinto sexual. El amor es una creación de la vida psíquica del hombre. La literatura contemporánea, y sobre todo la prensa con sus folletines y artículos cargados de especias, ha deformado las costumbres y bastardeado los sentimientos, cometiendo un crimen de lesa patria y de lesa humanidad. Bajo pretexto de desembarazar el amor de su cortejo sentimental y de lo que se llama sus mentiras, la imaginación no pasea ya sus fantasías á través del cielo y de la tierra, pero se ha hecho

la esclava complaciente de los sentidos. Así se ha reducido el amor al espasmo sensual, á la trepidación de los nervios; Aspasia y la Ninon no serían comprendidas por esta generación. Por eso es preciso provocar un movimiento de opinión para rehabilitar los matrimonios de amor, y no cansarnos de repetir que la transformación del apetito sensual en amor es, quizá, la más bella conquista de la civilización.

El socialismo supone que la reforma económica radical cambiaría el actual estado de cosas, poniendo á raya la prostitución. También se preconiza con el mismo objeto la unión libre, de la que Novicow se ha hecho apóstol. Esta unión libre no es necesariamente la poligamia ó la poliandria, sino «la unión del hombre y de la mujer mientras dure su amor recíproco». Concediendo á Novicow que esa unión no sea una licencia desenfrenada, ¿puede creerse que tenga razón cuando afirma que no es natural que el corazón hable cada mañana? La unión libre nos volvería al hetairismo antiguo. Conformes con que es un error de Schopenhauer creer que la unión sexual responde exclusivamente al propósito de la conservación de la especie, pues en ese caso mejor que el matrimonio sería establecer remontas para el ganado humano. La unión sexual es de importancia capital para el desarrollo moral del individuo, siendo el principal factor del altruísmo en la sociedad, por los deberes que impone á los padres el nacimiento y desarrollo de los hijos.

Toda la cuestión se reduce á esto: ¿debe la unión ser permanente ó efímera? Atendiendo al interés de la prole, la respuesta no es dudosa; y la monogamia, transformada de modo que asegure el desarrollo completo y armónico de ambos esposos, es la única solución que asegura el progreso social.

Las conclusiones que además se imponen son éstas: en el orden sexual, la intervención de la sociedad no puede tener más que una sola misión: garantizar los derechos de los individuos, impidiendo y reprimiendo todo ataque á su libertad y á su dignidad. La prostitución no es un hecho individual, sino

un fenómeno social que no constituye un delito, ni debe castigarse como tal. En cuanto á la reglamentación, sus partidarios no se atreven ya á invocar en su favor sino el interés de la salubridad y de la higiene públicas; pero aun desde este punto de vista, que hace perder al problema todo su interés moral, es de desear la desaparición de ese ruinoso edificio de profilaxis sanitaria, basado en la violencia de la libertad y de la dignidad humanas, y que sólo afecta á las más desgraciadas y miserables criaturas, sustituyéndolo por un régimen de derecho común, con una legislación severa que estableciera los casos de responsabilidad civil y penal de la contaminación.

***

La competencia japonesa.—Dejando por ahora á un lado la China, y limitando el *peligro amarillo* al Japón, veamos si la industrialización japonesa amenaza seriamente la producción europea. Los pesimistas así lo afirman, declarando que Europa, que se ha complacido en crear el peligro eslavo y el peligro americano por la difusión de su cultura, ha abierto su tumba, creando el peligro amarillo, al instruir al Japón, suministrándole profesores militares é ingenieros.

Esto es lo que el doctor Max Nitzsche trata de rebatir en los *Preussische Jahrbucher*, estudiando ante todo los salarios, que en los últimos catorce años han subido un 135 por 100. Limitándonos á los ocho últimos años, he aquí el salario de los obreros por día, expresado en *yens*, unidad equivalente á dos céntimos y seis centésimas de franco:

OFICIOS	1894	1896	1898	1900
Carpinteros	30	38	47	54
Albañiles	31	38	46	54
Ebanistas	29	33	43	50
Zapateros	30	33	42	47
Sastres (á la europea)	38	43	49	56
— (á la japonesa)	25	30	34	39
Metalúrgicos	30	33	43	47
Papeleros	18	22	31	32
Tipógrafos	22	26	31	35
Impresores	23	27	30	34
Hilanderos	13	15	20	20
Tejedores (hombres)	17	19	30	33
— (mujeres)	11	13	19	20
Coolis	21	26	33	37
Agricultores (hombres)	17	21	28	30
— (mujeres)	11	13	18	19

Como se ve, el salario del obrero japonés es dos y media á tres veces inferior al del alemán, pero ya ha subido lo bastante para que los japoneses teman y restrinjan la inmigración china. Las mujeres cobran menos, y los niños, muy buscados, se contentan con 8 ó 10 yens, y entran de aprendices á los siete años. En 1903, de 75.000 obreros empleados en las filaturas, 55.000 eran mujeres y niños. La jornada de trabajo es por lo menos de doce horas, llegando con frecuencia y hasta pasando de diez y seis, con un descanso de media hora á una. No hay restricción para el trabajo de noche, y los obreros sólo tienen cuatro días de vacación al mes, pudiendo tener otros dos días más cuando se los conceden. Las consecuencias de este recargo son deplorables para la salud: la tuberculosis hace terribles progresos y la degeneración es evidente.

Por lo demás, ¿qué valen realmente esos salarios ínfimos? Lo que cuestan: para el mismo trabajo necesita tres veces más obreros el Japón que Inglaterra, por ejemplo. En una filatura inglesa, un obrero basta para vigilar dos cuadros de 800 bobinas ó un selfactor de 3.000; el japonés, que pierde cuatro veces más tiempo en atar los hilos rotos, no puede dirigir más que 200 á 300 bobinas; en Massachusetts una joven sirve me-

dia docena de telares; en el Lancashire, cuatro; en el Japón, uno solo.

En general, el japonés detesta el trabajo intenso y continuo; á cada instante hace pausas, canta, fuma, charla ó toma su té. Aborrece la maquinaria, y sólo trabaja bajo la presión del hambre y para asegurarse un techo. Su alimento es pobre, y comiendo cereales y legumbres no se puede rivalizar con los que se asimilan más grasa y albúmina. Personal tan descuidado y pueril, tan falto de iniciativa como del sentimiento de la responsabilidad, estropea máquinas y materiales. Aficionados á la mudanza, los obreros dejan las fábricas sin avisar, y se calcula en un 10 por 100 el número de los que se marchan: de modo que al cabo de diez meses se renueva todo el personal, á pesar de todos los esfuerzos de los patronos: cajas de ahorro, primas, retiros, etc.

En un país en que la mano de obra cuesta poco y las máquinas mucho, se economiza en éstas, y los métodos de trabajo progresan poco. Por eso el Japón es un obstáculo á la mejora técnica de las fábricas. Débil intensidad de trabajo y técnica atrasada, ¿es eso un peligro para Europa? No hay que olvidar, sin embargo, que sólo hace treinta años que ese país se ha abierto á la vida moderna. Pero aun así y todo, si la exportación aumenta, la importación crece no poco, y el Japón se va haciendo cada día mejor cliente nuestro; y como el desarrollo mismo de la industria exige cada vez más obreros, no hay que pensar en el peligro de una inmigración de obreros japoneses en Europa que pudieran hacer bajar los salarios de nuestros obreros. Al contrario, la condición del obrero japonés tiende á aproximarse cada vez más á la de los obreros de los grandes países industriales.

Es verdad que, como Alemania, el Japón está obligado á exportar hombres ó mercancías, y exporta sobre todo mercancías: carbón, cobre, seda, té, arroz, algodón, sederías, cerillas, esteras y cerámica; la exportación ha subido, desde 11 francos por habitante en 1889, á 50 francos en 1903; pero la im-

portación de primeras materias y de productos alimenticios aumenta en proporción, y la fabricación del hierro no pasa de 25.000 toneladas.

El Japón, por otra parte, sufre muy sensible insuficiencia de capitales. Los Bancos dan un interés de 4 á 7,50 por 100 por los depósitos; los empréstitos se hacen de un 9 á un 14 por 100, y el porvenir no parece deber aclararse. Hay excesivo número de Bancos, que trabajan á veces con un capital ridículo. De 1.316 Bancos que había en 1901, sólo había 78 que dispusieran de más de un millón de yens, y en cambio había 377 con un capital que no llegaba á 30.000 yens. Estas condiciones defectuosas de dinero y de crédito, juntas con las antes apuntadas, alejan por ahora todo peligro amarillo en sentido económico (1). No hay, pues, que ser pesimistas ni timoratos, ni perder la confianza en nosotros mismos.

LITERATURA

La lengua literaria contemporánea.—La escuela realista ó naturalista—dice Jorge Pellissier en *La Revue*—tiene por objeto reproducir la realidad, la naturaleza, y, por consiguiente, impone al escritor rigurosa impersonalidad. Mostrar las cosas como son, con entera objetividad, ese es el principio de Flaubert; y aunque no podemos ver la realidad sino á través de nuestro yo, Flaubert se emancipa de él en lo posible. Recomendaba á Guy de Maupassant que mirase las cosas mucho

(1) Pero ¿hay alguien que pueda creer en un peligro amarillo procedente solamente del Japón? El peligro no está en el Japón, sino en la China, dirigida, amaestrada y sugestionada por el Japón. Si el Japón triunfara en la guerra con Rusia, ó si, aun no triunfando, quedara en condiciones de influir seriamente en China, y ese país de 400 millones despertara de su letargo como ha despertado el Japón, ¿qué duda puede haber de la existencia de un peligro económico amarillo, gravísimo para la producción europea y en parte para la americana?

tiempo y con gran atención para descubrir en ellas un aspecto que no hubiera sido visto ni dicho por nadie; pero no hay que confundir: ver mejor que los demás no es ver de distinto modo que los demás.

Flaubert, por otra parte, se dedica á reproducir los aspectos y formas permanentes y constantes de la realidad. Si escribió *Salammbó*, novela cartaginesa, es porque en él había un romántico oprimido que se dejó seducir por el exotismo; pero aun esa novela cartaginesa es ante todo una novela humana. Por ser su arte una representación de la naturaleza, tenía que haber en él pocas innovaciones de lenguaje. No hay, desde luego, casi ninguna en materia de sintaxis, aunque haya llegado dos ó tres veces á hacer su frase más expresiva por medio de una incorrección. En cuanto al vocabulario, sus neologismos son extremadamente raros, citándose *écaillure* y *assouvissance*. La influencia de Flaubert en la lengua se ejerció, según la estética naturalista, no por innovaciones, sino por el empleo exacto de las voces existentes. En Flaubert, el término es siempre el que corresponde á los personajes y á las circunstancias: la señora Bovary no habla como Carlos, ni León como Rodolfo, ni el cura como el boticario. Por cuidarse de la exactitud es por lo que emplea ciertos términos exóticos, sacrificando á los escrúpulos realistas su aversión de artista á cuanto pueda corromper la pureza de la lengua.

Zola tampoco es un innovador en la lengua. «Se escribe bien—dice—cuando se expresa una idea ó una sensación por la palabra exacta». Convencido de que se debe hablar el lenguaje de su tiempo, usa naturalmente los neologismos corrientes, pero inventa muy pocos, y su influencia se distingue por la introducción de la palabra científica, la popular, la cruda. La científica había sido ya empleada por Flaubert, pero Zola las emplea mucho más; las populares eran indispensables á su realismo, y las crudas no lo eran menos. Guy de Maupassant, por su parte, sin preocupaciones de escuela ni de teorías filosóficas ni artísticas, se deja llevar de su talento genial, y

resulta el más naturalista de todos, sin inventar giros ni vocablos, sino empleando con acierto los vocablos y giros comunes.

El impresionismo es esencialmente innovador é individualista, por reproducir la naturaleza á través de la visión personal del momento. Michelet es el primer impresionista: imaginación siempre en movimiento, no se contenta con emplear toda clase de términos, altos y bajos, sino que inventa libremente los que le faltan, multiplicando además las inversiones, elipsis y anacolutos, quebrantando la frase y expresando siempre su yo apasionado, expansivo é incoercible.

Los Goncourt son, entre los impresionistas, los que mayor influencia han ejercido en la lengua, y están caracterizados por dos rasgos: la nerviosidad y el modernismo. Se llaman á sí mismos unos «desollados morales y sensitivos, en carne viva», y alimentan cuidadosamente la excitación de sus nervios, estimando la literatura como «un estado violento donde no es posible sostenerse sino por medios excesivos»; por otra parte, estiman que lo que distingue la literatura presente de la antigua es «la sustitución de lo general por lo particular», y, en consecuencia, se dedican á pintar la actualidad pasajera, la de los cinematógrafos, consistiendo su arte en fijar los aspectos desvanecidos de lo que pasa. Este neurosismo y este modernismo tenían forzosamente que influir en la lengua de los Goncourt; el neurosismo les hace aborrecer lo sano, lo bello y tranquilo; y el modernismo les obliga á buscar la expresión nueva, la expresión curiosa más adecuada á la objetividad; consideran la lengua como si estuviera todavía por hacer, y no menos estilistas que Flaubert, lo son de otro modo; no les importa una repetición de palabras ó un hiato; su único cuidado es igualar la vivacidad de la expresión con la de la impresión, aunque tengan que echar á rodar el vocabulario y maltratar la sintaxis.

No es posible enumerar todos los procedimientos empleados por los Goncourt. Cambian *melancólico* en *melancolioso*

por parecerles más expresivo, y crean *niebloso* para distinguirlo de *nebuloso* y *brumoso*; emplean adjetivos sustantivados, como «vencer *lo duro* de las almas del Norte»; términos abstractos, como «había *adoraciones* de hombres y mujeres á cuatro patas»; cambian los pretéritos definidos en imperfectos, multiplican las elipsis y hacen gasto extraordinario de inversiones y anacolutos, choques y quebraduras continuas, modelando su frase por la vibración de sus nervios. Daudet es de la misma escuela; pero, clásico por cultura, usa de estos procedimientos con mayor moderación.

La escuela simbolista se dedicó preferentemente á la poesía; representando una reacción contra el parnasismo, que pretendía fijar las sensaciones y los sentimientos en notas exactas y precisas, el simbolismo, encontrando en la poesía mayor relación con la música que con la pintura, quería hacer de ella una evocación y una sugestión. De ahí que debiera necesariamente tender á modificar la métrica y el lenguaje. En la métrica, aparte del verso libre, empleó los metros impares y se esforzó en debilitar la rima; en la lengua alteran la gramática, subordinando las reglas á la traducción de su yo, y expresando, en lugar de ideas lógicamente enlazadas, sentimientos vagos y difusos; mucho más músicos que pintores, se preocupan más del sonido de las palabras que de su forma exterior, llegando hasta hacerlo prevalecer sobre el sentido mismo, y de ahí su obscuridad. En cuanto al vocabulario, crean ó transforman palabras cuando la eufonía lo requiere, como *luisance* y *luisure* por *lueur;* aplican á las cosas inanimadas palabras que les prestan cierto sentimiento, hacen trasposiciones, emplean aliteraciones y asonancias, y, en general, sustituyen el término exacto y preciso por el término vago, dando así á la lengua cierto sutil y musical encanto de imprecisión.

De las modificaciones introducidas por las diversas escuelas literarias modernas en el vocabulario, en la sintaxis y en la métrica, sólo un pequeño número subsistirá probablemente. En todo caso, la lengua ha variado más en estos últimos trein-

ta años que en los dos siglos del período clásico. ¿Deberemos sentirlo? Sin negar á la tradición lo que es suyo, ni desconocer las ventajas de la disciplina y de la unidad, sabido es el peligro que corre una lengua que pretende conservar inalterables sus formas tradicionales: se fija, se cristaliza y, como el latín clásico, acaba por desaparecer. No conviene, sin embargo, violentar las cosas; y confesando que la lengua ha ganado mucho en su última evolución, debe desearse cierta estabilidad, siendo de esperar que la lengua, fiel á su genio, rechace cuanto pueda corromperla, no conservando sino lo que se armoniza con los rasgos esenciales del temperamento nacional, apasionado ante todo, á pesar de pasajeras efervescencias, por la claridad, el orden y la derechura.

DE RE MILITARI

La táctica japonesa.—Son interesantes las observaciones recogidas por un oficial ruso, y publicadas en la *Novoie Wremia*, sobre los rasgos distintivos de la táctica japonesa.

Marchas.—Los japoneses evitan en principio atravesar valles y gargantas; siguen con preferencia los senderos de montaña, para no tener que franquear tantos ríos como los rusos, y marchan muy lentamente á fin de no fatigar á sus hombres, poco acostumbrados al calzado, cubriéndose cuidadosamente para no ser sorprendidos. Se hacen preceder de chinos, que rebuscan hasta en los menores matorrales, sabiendo que el menor descuido les cuesta la vida, y tras ellos avanzan patrullas mixtas de cuatro ó cinco infantes y tres ó cuatro jinetes; luego vienen las cabezas de columnas, y por último el resto de las tropas, fraccionado á grandes intervalos. La caballería, en lugar de preceder á la infantería, la sigue, sirviendo de sostén á la artillería. Los trenes se quedan muy atrás, hasta el punto de que los rusos no los han visto nunca. Los bagajes son transportados por mulas guiadas por *coolies* coreos ó chi-

nos. El soldado sólo lleva fusil, cartuchos, un frasco con agua y arroz comprimido. Los altos son frecuentes, evitándose en lo posible las marchas con lluvia ó con calor y las marchas de noche.

Paradas. — Los japoneses prefieren vivaquear lejos de las carreteras, en puntos no visibles, quedándose en los caminos únicamente para guardar los desfiladeros. Los vivacs están muy bien equipados, con esteras, sillas, camas de campo, alfombras, y hasta casas para los grandes jefes. El ejército está acompañado por multitud de mujeres encargadas de la cocina y de los enfermos. Antes que encender fuego, prefieren pasar la noche á obscuras si hay peligro. Los vivacs están muy bien cubiertos por centinelas á pie y á caballo, colocados en tablero de ajedrez. Los días de descanso son lo más frecuentes posible. Los chinos están obligados á suministrar paja, trigo, avena, etc.; los japoneses pagan mal, y frecuentemente dan bonos sobre la contribución de guerra que esperan imponer á los rusos. Respecto de los chinos, ordenan se respeten sus personas y propiedades; pero si alguno se niega ó se descuida, se le fusila inmediatamente.

Reconocimientos. — Todas las descubiertas se apoyan en el espionaje. Cada patrulla va siempre precedida de tres chinos, por lo menos. Cuando se acerca el enemigo, nubes de chinos bien retribuídos se adelantan de frente para extenderse luego por las alas, sin dejar de observar á los rusos.

Ocupación de posiciones. — Antes de ocupar una posición, envían indígenas á reconocer el terreno; si no hay rusos á la vista, destacan líneas de tiradores que ocupan á escape la posición, barrida antes por la artillería si todavía parece sospechosa. Cuando ya no queda ninguna duda se acercan las fuerzas principales, y en seguida se hacen trincheras midiendo las distancias de los objetos visibles al frente y á los lados; la zona defendible se reparte en cuadros con números que indican el alza, y que se explican á los soldados para que aunque caigan todos los jefes sepan tomar el alza exacta. Entretanto los za-

padores establecen por detrás vías de comunicación, arreglan los caminos y puentes é instalan el teléfono; el servicio de señales comprende el heliógrafo, fuegos, humos, linternas y pabellones. En los caminos amenazados se preparan emboscadas; el *thoorps* se compone sólo de unos cuantos hombres ocultos, que dejan pasar las patrullas enemigas; el cuerpo principal las acoge con fuego violento, y cuando quieren replegarse caen bajo el fuego del *thoorps*, que las desconcierta.

La batalla.—Los japoneses no atacan si no están seguros de su superioridad. Primero aparecen los espías chinos en todas las alturas; los habitantes huyen, y los espías instalan estaciones de señales; con ellas los japoneses arreglan sus tiros y empiezan sus salvas, primero contra la artillería, y luego contra la infantería rusa. Su fuego suele ser violento, y para adquirir la superioridad no vacilan en consumir gran cantidad de municiones; tiran muy de prisa y suelen quedarse pronto sin municiones, no estando en proporción el efecto conseguido con el gasto hecho; frecuentemente tira toda una batería contra un solo jinete, y un solo grupo de jinetes puede atraer sobre sí los fuegos de toda la línea. Los japoneses tratan de acercarse lo más que pueden á las baterías rusas, pues su cañón de montaña alcanza menos que los rusos de tiro rápido, como se ha visto, por ejemplo, en Wafangú y en Aiyanyanusí. Nunca atacan sin envolver los flancos. Después de la batalla, su persecución carece de energía y sus hombres están extenuados. Un rasgo característico de su táctica es su circunspección; hubieran alcanzado ya mayores éxitos si sus jefes inferiores supiesen utilizar por iniciativa propia las circunstancias favorables. Todavía no han hecho uso nunca de su caballería, siendo este arma inferior en número á la rusa. Lo que utilizan maravillosamente es el terreno, pues no sólo permanecen invisibles sus reservas durante la batalla, sino que apenas pueden distinguirse los brincos de sus líneas de tiradores, que se mueven diez ó veinte kilómetros sin que se los vea. Cubren cuidadosamente sus flancos para no ser envueltos, y colocan sus re-

servas en las alas, lo que les permite á veces envolver al adversario; les gusta poco acercar las reservas á la línea de batalla, y saben desfilar tan bien, que el sistema del barrido por la artillería apenas les daña. Una vez en línea las reservas sólo tiran por salvas, tanto para animar á los suyos como para engañar á los rusos sobre su verdadera fuerza. Evitan el combate á la bayoneta, en que sobresalen los rusos, y cuando se les acomete á la bayoneta se dispersan y las reservas reciben el ataque con fuegos de salvas.

IMPRESIONES Y NOTAS

El «Amor», de Michelet.—En su juventud pensó Michelet dedicar un libro al amor; en 1849 se fijó más su pensamiento en este propósito, trazando el primer bosquejo del 14 al 31 de Marzo; interrumpido para escribir *La Liga*, á la que dedicó Abril, Mayo y Junio, dedicó Julio, Agosto y Septiembre á recorrer la Suiza, y entonces acabó de trazar su plan del *Amor*, que al fin se decidió á escribir en 1856, apareciendo en 1858.

Desde el 15 de Marzo de 1849, el plan general del libro estaba concebido en esta forma:

El amor y la monogamia.—Introducción. . . . . { lo que fué / lo que es / lo que será } el amor.

El amor hace el *progreso* { de la historia natural. / de la historia humana.

El amor { halla y crea la *belleza* (atracción). / acumula la *fuerza*, la proyecta, la individualiza.

El amor hace la vida misteriosa { de las sociedades. / de las religiones.

El amor monógamo exclusivo rehará el mundo entero.

Sólo él profundiza—alcanza las raíces comunes—por donde se funden los dos seres—y por donde su vitalidad mezclada—llegará á ser el amor y el progreso general—la universal iniciación.

La fórmula fisiológica—es UNIFICAR *el esfuerzo—para que sea profundo.*—«Pero, si es tal, ¿no será egoísta y limitado?»—No, de *fecundidad infinita.*

***

LAS «MEMORIAS» DE ELENA KELLER.—Elena Keller es una joven americana, ciega y sorda, que ha publicado su propia historia, narrando el maravilloso proceso de su educación. Pocos libros merecen tanto como éste los honores de la publicidad; su valor ético es excepcional y no inferior al de *Self Kelp*, de Smiles; Marco Twain ha llegado á decir que los dos personajes más interesantes del siglo XIX son Napoleón y Elena Keller, y en esta paradoja no deja de haber algo de verdad, por ser realmente Elena Keller una gran maestra de energía, como dice con razón Nemi.

A los siete años Elena empezó á estudiar bajo la dirección de miss Sullivan, institutriz que también había sido ciega y había estado en la institución Perkins para ciegos, de Boston. Elena no sabía nada de nada, y había vivido hasta entonces en el silencio y en la obscuridad, siendo una tarea nada fácil despertar aquel espíritu. Cuando la niña pudo darse cuenta de que los hombres tenían la palabra para comunicarse, surgió en su alma un deseo imperioso de aprender, una voluntad decidida de saberlo todo. Y así aprendió no sólo el inglés, sino el alemán, el francés, el latín y el griego, recorriendo todas las esferas del saber, matemáticas, astronomía, literatura, etc., sufriendo con brillante éxito á los veinte años, en 1900, el examen de admisión en el colegio Radcliffe, no sin antes tener que gestionar se la admitiera, y escribiendo al efecto al presidente del Consejo académico del colegio lo siguiente: «Las condiciones especiales del trabajo á que estoy obligada exigen para mí la presencia de miss Sullivan, que es desde hace trece años mi profesora y compañera; ella me sirve de intérprete, me traduce los discursos y me lee las composiciones de examen. En el colegio será necesario que ella, ó en cier-

tos casos cualquiera otra persona, me asista en la sala de lectura y en las recitaciones; yo haré todos mis deberes escritos á máquina, y si el profesor no lograra comprenderme cuando hablo, podré escribir mis respuestas á sus preguntas y dárselas. ¿Puedo esperar que el Consejo se adaptará á estas condiciones sin precedentes, poniéndome así en la posibilidad de continuar mis estudios? No me disimulo que los obstáculos son grandes; á otros podrán parecer insuperables; pero, querido señor, un verdadero soldado no se reconoce vencido sin combatir».

En el primer año de su vida en el colegio es cuando Elena empezó á escribir sus *Memorias*. Para ello se ha servido de una máquina ordinaria; pero como así no puede volver á leer lo que ha escrito, terminado en Julio de 1902 el último capítulo de su libro, un amigo se lo copió en escritura Braille, de relieve, para ciegos, á fin de que pudiera hacer correcciones. Entonces fué haciendo correcciones, cortes y adiciones en hojas volantes de sistema Braille, y leído así de nuevo el trabajo, lo dió á la imprenta. Durante la revisión, Elena discutía con los amigos sobre el fondo ó la forma de su libro; sus dedos corrían sobre las hojas en relieve, deteniéndose en los párrafos ó en la palabra discutida y leyendo en alta voz para facilitar la comprobación. Leyendo ese libro, verdaderamente original, se forma uno idea clara de las sensaciones é impresiones de esa ciega genial, que ha revelado con su trabajo hasta dónde puede llegar el esfuerzo de la voluntad.

*
* *

Ferrocarriles y tranvías.—Con la laudable costumbre que tienen los ingleses de vivir, los que pueden hacerlo, en el campo, á distancias á veces considerables de los grandes centros de población, es natural que todos los ferrocarriles que parten de las grandes ciudades tengan en los primeros 30 ó 40 kilómetros extraordinario movimiento de viajeros que van y vienen diariamente de sus casas á sus negocios, oficinas y ta-

lleres. La competencia que los ómnibus, tranvías y demás vehículos de tracción animal hacían á los ferrocarriles, claro es que no podía sostenerse ni era temible, dada la diferencia de velocidad y de tiempo empleados por unos y otros medios de locomoción.

Pero descubierta la tracción eléctrica, y aplicada al servicio de esas zonas de población dispersa en torno de las grandes ciudades, los ferrocarriles que tienen líneas paralelas á las de los tranvías eléctricos han comenzado á resentirse de una competencia verdaderamente temible en tales condiciones, dada la rapidez igual ó mayor de los tranvías eléctricos, y la frecuencia de sus viajes, que permite al viajero hacer toda clase de combinaciones para el empleo de su tiempo. Para hacer frente á la dificultad, las Compañías de ferrocarriles han discurrido el medio de emplear en sus líneas suburbanas automóviles de petróleo, de 40 á 60 caballos, que pueden llevar 80 personas, y cuyos viajes pueden multiplicarse cuanto se quiera.

Lo ocurrido en Inglaterra—que en mayor ó menor escala se repite en todos los países—debiera servir de aviso á los Gobiernos y á las Compañías constructoras y explotadoras de ferrocarriles, como dicen con razón la *Revista de Obras Públicas* y la *Revista Minera*, para abandonar por completo en toda nueva línea el empleo del vapor, construyendo exclusivamente líneas eléctricas; pues si se explica que se continúe utilizando el vapor en las líneas ya construídas, por los enormes desembolsos que habría que hacer para cambiar el sistema, no tiene explicación, como no sea por el culto á la rutina, que se pida ni se conceda ninguna nueva línea que no se sirva de la tracción eléctrica.

* * *

Correo eléctrico.— Así se titula, según *La Naturaleza*, el nuevo invento del ingeniero italiano Pispicelli Taegi, invención que se reduce á una aplicación más de las fuerzas del

hada Electricidad, que tan maravillosas transformaciones está produciendo todos los días en las condiciones de la vida moderna.

El correo eléctrico es un servicio de correos por medio de la electricidad que ha de circular por un ferrocarril aéreo, constituído por uno ó varios hilos de acero enlazados y sostenidos por postes de 15 metros de altura. Los hilos de acero hacen de rieles, y por ellos circularán unas cajitas de aluminio, conteniendo la correspondencia, con una velocidad de 400 kilómetros por hora, sin que haya peligro de choque, gracias á unos aisladores que obligarán á las cajitas viajeras á mantenerse á una distancia entre sí de cinco metros. De la línea principal las cajas derivan á las secundarias, y así queda asegurado todo el servicio con perfecta regularidad y funcionando automáticamente.

Según el proyecto del autor, en Roma, donde quiere establecer su sistema, habrá una estación principal y ocho ó diez sucursales. La principal será la que haga la distribución de la correspondencia por las líneas, y las sucursales servirán únicamente de buzones para la recogida de la correspondencia, á cuyo efecto tendrá cada una un torreón de 25 metros de altura, en cuya base, á un metro del suelo, habrá un buzón provisto de un mecanismo que al recibir la carta inutilizará su sello y la timbrará automáticamente con la fecha del año, mes, día, hora y minutos en que ha sido depositada; un ascensor llevará la carta á lo alto del torreón, y allí el empleado de servicio la enviará á la estación central para su distribución. Los gastos de instalación del nuevo sistema se calculan en unas 3.000 liras por kilómetro.

El correo eléctrico, como se ve, llegará á ser un adelanto más, que simplificará no poco el servicio postal, y con el que podrá lograrse, una vez perfeccionado, una rapidez en las comunicaciones verdaderamente ideal.

Fernando Araujo

INDICE

Págs.

Estudios de sinonimia inversa, por J. de Elola..... 5

El discurso de apertura de los Tribunales y la Memoria del Fiscal del Supremo, por P. Dorado..... 24

Amigos y enemigos del libro, por El Conde de las Navas..... 40

Relaciones hispanoamericanas, por Jerónimo Bécker..... 54

Recuerdos, por José Echegaray..... 73

Estudio aislado de las palabras, por Eduardo Benot..... 88

La muerte de los dioses (La novela de Juliano el Apóstata) (conclusión), por Dmitry de Merejkowsky 100

Lecturas americanas, por Hispanus..... 135

Crónica literaria (Bosquejo del reinado de los Reyes Católicos: discurso leído en la inauguración del curso académico en la Universidad Central por el Dr. Brieva y Salvatierra), por E. Gómez de Baquero 158

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 169

CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Calle de Fomento, número 7, bajo, Madrid.

ANTROPOLOGÍA

Ferri. — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.

Lombroso. — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas. — El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.— El ideal en el Arte, 3 pesetas. — El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

Araujo.—Goya, 3 pesetas.

Asensio.—Pinzón, 3 pesetas.— Fernán Caballero, 1 peseta.

Barbey. — El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.

Becerro de Bengoa. — Trueba, 1 peseta.

Bergeret.—Mouton (Merinos), 1 peseta.

Boissier. — Cicerón y sus amigos, Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.

Bourget.—Taine, 0,50 pesetas.

Campoamor.—Cánovas, 1 peseta.

Dorado.—Concepción Arenal, 1 peseta.

Fernández Guerra. — Hartzenbusch, 1 peseta.

Fernán-Flor. — Zorrilla, 1 peseta.— Tamayo, 1 peseta.

Gautier.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas. — Heine, 1 pta.

Goncourt.—María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas. —La Du-Barry, 4 pesetas.

Gladstonne. — Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.

Goethe.—Memorias, 5 pesetas.

Haussonville. — La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.

Heine.—Memorias, 3 pesetas.

Lange.—Luis Viver, 2,50 pesetas.

Macaulay.—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas. — La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.

Maupassant.—Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.

Meneval.—María Stuardo, 6 ptas.

Molins.—Bretón de los Herreros, 1 peseta.

Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.

Passarge.—Ibsen, 1 peseta.

Picón.—Ayala, 1 peseta.

Renán.—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.

Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.

Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.

Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.

Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta. Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Mousset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.

Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.ª parte de La Génesis), 4 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.

Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.

Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.

Gabba.—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.ª parte de La criminología), 4 pesetas.

Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.

González.—Derecho usual, 5 ptas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Gross.—Manual del Juez, 12 ptas.

Gumplowicz. — Derecho político filosófico, 10 pesetas.

Hunter. — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.

Ihering. — Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.

Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.

Lombroso, Ferry, y Garofalo, Fioretti.—La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.

Macaulay. — Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.

Manduca.—El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.

Martens. — Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.

Meyer.—La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria.—Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 ptas.

Miraglia.—Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.

Mommsen.—Derecho público romano, 12 pesetas.

Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.

Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 ptas.

Ricci.—Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.

Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.

Sighele.—El delito de dos, 4 pesetas.—La muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.

Sohm.—Historia é Instituciones del Derecho Privado Romano, un gran volumen, 14 pesetas.

Spencer.—La Justicia, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Sumner-Maine.—El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.

Tarde.—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El duelo y el delito político, 3 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 ptas.

Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 8 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida).—La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.

Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera).—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

Vivante. — Derecho mercantil, 10 pesetas.

ECONOMÍA

Antoine.—Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.

Buylla, Neumann, Kleinwhac-

ter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.

Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.

Kropotkin. — Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.

Leroy-Beaulieu. — Economía política, 8 pesetas.

Rogers.— Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

Virgilii.—Manual de Estadística, 4 pesetas.

FILOSOFÍA

Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.

Caro. – El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littre y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.

Emerson.—La ley de la vida, 5 pts. —Hombres simbólicos, 4 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Guyau.—La moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Lubbock.—El empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 ptas.

Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas. — Genealogía de la moral, 3 pesetas.

Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas. — Estudios escogidos, 3 pesetas.

Spencer.—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas. — Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 ptas. Las Instituciones profesionales é industriales (en prensa).

—Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 ptas. —Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

HIGIENE

Hirsch, Stokvis, Kochs, Würzburg. — *Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Koch, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones. Causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

HISTORIA

Boissier.—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo del César, 8 pesetas.

Campe. — Historia de América, 2 tomos, 6 pesetas.

Carlyle.—La Revolución francesa, 8 pesetas.

Dowden.—Historia de la Literatura francesa, 9 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Fournier.—El Ingenio en la Historia, 3 pesetas.

Garnet.—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.

Goncourt.—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 pesetas.—Las favoritas de Luis XV, 6 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Murray.—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.

Renán.—Estudio de Historia religiosa, 6 pesetas.—Las Vidas de los santos, 6 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Historia de la Literatura Inglesa: Los contemporáneos, 7 pesetas. — Los Orígenes, 7 pesetas.—El Renacimiento, 7 pesetas. —La Edad Clásica, 6 pesetas.— —Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

Tolstoy. —El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.

Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.

Waliszewsky. — Historia de la Literatura Rusa, 9 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

Wolf.—Historia de las Literaturas Castellana y portuguesa, con notas de M. Menéndez y Pelayo, 2 volúmenes, 15 pesetas.

MISCELÁNEA

Alcofurado.—Cartas amatorias de la Monja Mariana Alcofurado, 3 pesetas.

Baudelaire.—Los paraísos artificiales, 3 pesetas.

Castro.—El libro de los galicismos, 3 pesetas.

Gautier.—Bajo las bombas prusianas, 3 pesetas.

Gay.—Salones célebres, 3 pesetas.

Hamilton.—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.

Lemonnier. — La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

Stead.—El Gobierno de New-York, 3 pesetas.

Stendhal.—El Amor, 3 pesetas.—Curiosidades amatorias, 3 pesetas.

Tolstoy.—Fisiología de la guerra, 3 pesetas.—Placeres viciosos, 3 ptas.

Varios autores.—(Thebussem, Manuel del Palacio, Picón, Campoamor, Pardo Bazán, Zorrilla, Palacio Valdés, Ferrari, Oller, Sellés, Valbuena, etc.)—Novelas y caprichos, 3 pesetas.

NOVELA

Balzac.—Eugenio Graudet, 3 pesetas.—Papá Goriot, 3 pesetas.—Ursula Mironet, 3 pesetas. — César Birotteau, 3 pesetas.—La quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.

Barbey d'Aurevilly.—El Cabecilla, 3 pesetas.—Venganza de una mujer, 3 pesetas.—Las Diabólicas, 3 pesetas.—Una historia sin nombre, 3 pesetas.—La Hechizada, 3 pesetas.

Cherbuliez.—Miss Rovel, 3 pesetas. La tema de Juan Tozudo, 3 pese-

tas.—Amores frágiles, 3 pesetas. Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Holdenis, 3 pesetas.

Coppée.—Un idilio, 3 pesetas.

Daudet.—Jack, 2 tomos, 6 pesetas. —La Evangelista, 3 pesetas.—El sitio de París, 3 pesetas.—Novelas del lunes, 3 pesetas.—Cartas de mi molino, 3 pesetas.—Tartarín en los Alpes, 3 pesetas.—Cuentos y fantasías, 3 pesetas.

Dostoyuski.—La Casa de los muertos, 3 pesetas.—La novela del presidio, 3 pesetas.

Ferrán.—Obras completas, 3 pesetas.

Flaubert.—Un corazón sencillo, 3 pesetas.

Goncourt.—Querida, 3 pesetas.—Renata Mauperin, 3 pesetas.—Germinia Lacerteux, 3 pesetas.—La Elisa, 3 pesetas.—La Faustin, 3 pesetas.—La señora Gervaisais, 3 pesetas.

Heiberg.—Novelas danesas, 3 ptas.

Korolenko.—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

Merimée.—Colomba, 3 pesetas.—Mis perlas, 3 pesetas.

Neera.—Teresa, 3 pesetas.

Rod.—El Silencio, 3 pesetas.

Sardou.—La Perla Negra, 3 pesetas.

Sudermann.—El Deseo, 3,50 ptas.

Tolstoy.—La sonata á Kreutzer, 3 pesetas.—Marido y mujer, 3 pesetas.—Dos generaciones, 3 pesetas. El Ahorcado, 3 pesetas.—El príncipe Nekhli, 3 pesetas.—En el Cáucaso, 3 pesetas.—La Muerte, 3 pesetas.—El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.—Los Cosacos, 3 pesetas. —Ivan el Imbécil, 3 pesetas.—El canto del cisne, 3 pesetas.—El camino de la vida, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.

Turguenef.—Humo, 3 pesetas.—Nido de hidalgos, 3 pesetas.—El Judío, 3 pesetas.—El rey Lear de la Estepa, 3 pesetas.—Un desesperado, 3 pesetas.—Primer amor, 3 pesetas.—Aguas primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas. El Reloj, 3 pesetas.—Padres é hijos, 3 pesetas.—La Guillotina, 3 pesetas.—Tierras vírgenes, 5 pesetas.

Varios autores.—Ramillete de cuentos, 3 pesetas.—Tesoro de cuentos, 3 pesetas.—Cuentos escogidos, 3 pesetas.

Zola.—Las veladas de Medan, 3 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 ptas.—El Doctor Pascual, 2 tomos, 6 pesetas.—Los hombros de la Marquesa, 3 pesetas.

PEDAGOGÍA

Buisson.—La educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pts.

Huxley.—La educación y la herencia, 8 pesetas.

Guyau.—La educación y la herencia, 8 pesetas.

Macaulay.—La educación, 7 ptas.

Tolstoy.—La escuela de Yasnaya Poliana, 3 pesetas.

POESÍAS

Campoamor.—Ternezas y flores, Ayes del alma, Fábulas; todo en un tomo, 3 pesetas.—Doloras, Cantares, Humoradas; todo en un tomo, 3 pesetas.

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 16. NUM. 192.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

DICIEMBRE 1904

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle del Tutor, núm. 22.—Teléfono 2.000. 10.185

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

RECUERDOS

Pasé, como decía en el artículo anterior, el Canal de la Mancha, y lo pasé por la parte más ancha del Estrecho, que fué una mala idea, fundada en una mal entendida economía, porque una hora más de mareo compensa con exceso la economía de unos cuantos francos.

Muchas veces he cruzado el Canal de la Mancha, ninguna con tanta molestia como la primera; porque de la segunda en adelante siempre pasé el Estrecho por lo más estrecho, es decir, por la línea Calais-Dover.

Pero la vez primera que hice este viaje pagué la novatada.

Siempre se paga la novatada, y quién sabe si en esta existencia lo pasamos tan mal, con tantas penas, angustias y desazones, porque estamos pagando la novatada del existir.

¡La novatada del existir! Me parece que he hecho una frase muy profunda. Un filósofo alemán tendría con ella bastante, desarrollándola convenientemente, para publicar una obra en dos ó tres tomos.

Pero volvamos al viaje por el Estrecho. Desde París vinimos en compañía de una familia americana, con quien trabamos amistad por el solo motivo de hablar todos español.

Acompañaba á la familia, ó como amigo ó como deudo, un joven elegante, refinado y de buena presencia, á quien debo mencionar especialmente, porque al llegar á Londres fué el protagonista de una escena cómica, digna de figurar en un *vaudeville* disparatado.

El joven se llamaba Luis, y por las bromas que le daban sus compañeros y compañeras de viaje, claramente se deducía que era todo un Tenorio á la americana.

En la travesía, á pesar de sus bríos amorosos, de su elegancia y de su juventud, se mareó de una manera horrible y grotesca.

Se le arrugó el traje, se le desató el nudo de la corbata, cayéronsele lacios los bigotes con prosaicas salpicaduras del mareo, se le descompuso el artístico peinado, se le enturbiaron los ardientes ojos, y resultó todo él el Tenorio más averiado que ha podido imaginar el más realista de los escritores.

No dejaban de burlarse de Luis sus compañeros de expedición, preguntándole á cuántas inglesas proyectaba enamorar; pero no estaba el pobre chico para empresas amorosas.

De mi mareo nada diré, pues fué la segunda edición, notablemente aumentada, aunque no corregida, de aquel otro mareo del golfo de Lyón.

Al fin llegamos á tierra firme, y en cuanto tomé tierra desapareció el mareo; pero el joven Luis siguió tan mareado como en el Estrecho, y con fuertes dolores de estómago, que fué una complicación más, como demostraron los acontecimientos.

La familia americana, sabiendo que era la primera vez que íbamos á Londres, nos recomendó una casa española, que no era propiamente una fonda, y en que había algo de las costumbres de la familia inglesa y de su recogimiento y severidad.

Aceptamos la recomendación, y todos nosotros fuimos á parar á la casa en cuestión.

Era, en efecto, severa y confortable: las habitaciones buenas, el servicio correcto, la señora que estaba al frente, y que era la propietaria, hablaba español como una española; era verdaderamente hermosa, y de unos treinta años cuando más; vestía con buen gusto y elegancia, y se mostraba amabilísima con toda su familia: advirtiendo que su familia éramos nos-

otros, es decir, los huéspedes, ó, de otro modo, los que pagábamos.

No sé si aquella señora era soltera, viuda ó casada: sólo sé que ella mandaba en jefe, que á todo acudía con gran solicitud, que para todos tenía una sonrisa bondadosa, y que su aspecto era señoril.

Lo único malo era la comida, y por eso nunca me fué simpática aquella buena señora, á pesar de su elegancia, sus maneras y su solicitud; una comida detestable, sin jugo, ni gracia, ni substancia.

Sopas muy cargadas de mostaza y muy claruchas, rosbif por activa y rosbif por pasiva; ningún plato de huevo, que es una de las grandes creaciones de la creación, y poquísimo pan.

Eso sí, la mesa puesta con elegancia, y ella presidiéndola dignamente, y yo muriéndome de hambre, y á cada nuevo plato de rosbif acariciando con ojos feroces la cadena de oro que la patrona, porque para mí ya no era más que una patrona, llevaba al cuello, y pensando que aquel cuello tan blanco y tan esbelto bien podría apretarse con la elegante cadena, con lo cual se daría punto final á la fila de platos de rosbif y de dulces agrios, y de copitas de Jerez falsificado.

Entro en estos pormenores, porque para mí la cocina es una de las cosas más esenciales que existen en el universo mundo. Y yo, que no soy rencoroso por carácter, ni olvido nunca una buena comida ni perdono una comida mala.

Y vamos á parar á la aventura del elegante D. Luis, que por lo enamorado podría llamarse D. Luis Mejía y por el estado en que llegó á Londres *el rigor de las desdichas*.

Desde que entró en la casa y observó á la dueña empezó á lanzarla miradas de carnero moribundo, y todos sus compañeros y compañeras de viaje empezaron á darle bromas.

—Conténte, Luis.

—Mira que no estás para empresas amorosas.

—Espera á que se te pase el mareo.

—Rízate otra vez el bigote y ponte camisa limpia.

—¡Prudencia, Luis, prudencia! Que en Inglaterra es muy peligroso hacer el Tenorio.

Y en efecto, Luis nada contestaba, porque le seguían los mareos, el dolor de cabeza, las náuseas y el malestar del estómago, que, según decía, íbase acentuando cada vez más.

Lo que pasó después, se supo y se comentó y se celebró con grandes carcajadas.

La escena fué como sigue:

Luis, saliendo de su cuarto todo desencajado y oprimiéndose el vientre, se dió á vagar por los salones y por los pasillos de la casa.

Se encontró á un criado, y en español, y muy bajito, le hizo una pregunta; el criado no le comprendió, porque los criados y las doncellas de aquella casa española no hablaban más que inglés.

Le saludó respetuosamente, y le volvió la espalda.

Siguió el pobre Luis su peregrinación, y repitió la misma pregunta, con mayor angustia, á una criadita inglesa, que tampoco le comprendió una palabra y que, pronunciando con suma dulzura algunas palabras en inglés, se retiró, dejándole al pobre en la misma desesperada situación.

Continuó cruzando corredores, entreabrió una puerta que creyó ver teñida del color de sus esperanzas; pero la voz cascada de una vieja le hizo retroceder.

Hasta que al fin vino á su encuentro la dueña de la casa y plantó ante el atribulado mancebo su hermosa figura, diciéndole en perfecto castellano «que los criados le habían manifestado que un caballero de los que acababan de llegar, les decía algo que ellos no comprendían, y que dispensase, porque el único criado que hablaba español había salido».

Aquí de los apuros del pobre Luis.

¿Cómo explicarle á aquella señora tan hermosa y tan elegante, cuál era su miserable situación y cuáles sus prosaicos deseos y sus angustiosas necesidades?

Cruzar por primera vez la palabra con una dama bellísima para revelarle las tristes consecuencias del mareo, oponiendo á tanta poesía tanta prosa, unir á lo ideal lo grotesco, era humillación y vergüenza, y era comprometer todo un porvenir de ilusiones.

Pero la necesidad carece de ley, como dice el adagio latino *necesitas caret legis*, ó, como otros traducen, la necesidad tiene cara de hereje.

Y así, el pobre joven, cediendo á la urgencia del caso, bajando los ojos y sonriendo tristemente, hizo como pudo su confesión.

La señora acentuó la sonrisa, le guió en la peregrinación vergonzosa, y, señalándole una puerta que ostentaba una W colosal, se retiró siempre sonriente y como nunca discreta.

La historia se supo aquel mismo día, y era de oir cómo todos embromaban al pobre Luis, repitiendo en formas diversas esta misma idea:

«Pero Luis, es usted un Tenorio incorregible: apenas llegó usted, y ya hizo usted su declaración á la dueña de la casa.»

Y fué regocijado tema de todas las conversaciones la declaración de Luis.

* * *

Tuve suerte al llegar á Londres, porque el tiempo era malísimo: el cielo oscuro, una niebla espesa envolviendo la ciudad, las calles enlodazadas.

Y digo que tuve suerte, porque ésta es la nota característica de la gran ciudad del Támesis, y por eso produjo en mí Londres una impresión extraordinaria, quizá más impresión que París. Conocer Londres de otro modo, no es conocerlo.

París es espléndido, alegre, lleno de vida, y de luz en el verano, mas era una ciudad á la manera de otras que yo había visto: muy grande, muy hermosa, lujosísima, resplandeciente, la primera ciudad del mundo, y con todo ello parecida á otras muchas.

Algo en mayor escala, pero respondiendo al mismo tipo.

Yo, de antemano, me figuré cómo sería París, y la realidad resultó en consonancia con la imaginación.

Londres era otra cosa distinta.

Calles que no concluían nunca y en que alternaban grandes edificios de piedra, ya un frontón griego, ya una columnata, con casas de ladrillo obscuro, ennegrecido por el humo, y con otras casuchas miserables, adornadas de innumerables muestras y anuncios de colores chillones; y de pronto la prolongada verja de un parque.

Algunas calles animadísimas, tanto como las de París; otras solitarias á las doce del día, como calles de una ciudad muerta.

Por ejemplo, la calle en que yo vivía ¡qué extraña resultaba! No era muy ancha, y no se veía ni el principio ni el fin, porque en ambas extremidades se condensaba la niebla.

Entre sus velos, y á lo lejos, se divisaba un pórtico coronado por un frontón, y la piedra, manchada á trechos con ráfagas negras, parecía algo así como una colosal fotografía. El resto de la calle se componía, en sus dos aceras, de casas de ladrillo obscuro, formando dos largas fachadas, en que se abrían ventanas cerradas por cristales, todos del sistema llamado de guillotina.

Tras los cristales se adivinaban gabinetes de la burguesía acomodada, limpios y correctos.

Pero lo que más extrañeza me causaba era ver que en una y otra acera se abría delante de las casas algo así como un prolongado foso, en cuyo borde corría una barandilla de hierro, cuya forma cambiaba de una casa á otra.

Aquello me parecía simbólico. La casa inglesa es como una fortaleza: el foso la defendía.

El inglés se encastillaba *at home*, en su casa, y para entrar en ella había que salvar el foso como se salva el de un castillo: echando el puente levadizo.

Los tejados aún eran más extraños: estaban llenos de in-

numerables tubos de chimenea, cubiertos en la parte superior con caperuzas de arcilla de color muy rojo.

Y como todo esto estaba envuelto por la niebla, el foso y el tejado tomaban formas fantásticas, y me figuraba que en los tejados danzaba un enjambre de monos con gorras coloradas.

Serían los defensores de la fortaleza, que desde arriba se asomaban á ver si alguien era osado á traspasar el foso.

En lo que de la calle se alcanzaba había varios pasos ó *crossing*, y en ellos se habían establecido pordioseros con andrajosos trajes de caballeros y señoras; ellos con levitas raídas, ellas con sombreros de paja desteñida y casi deshecha, y unos y otros sin pedir limosna, marchaban delante del que cruzaba el paso, barriendo el barro ó haciendo que lo barría.

Todo este cuadro, que está tomado fielmente de la realidad, lo veo ante mí como hace cuarenta y cuatro años: es de las cosas que se han quedado grabadas en mi imaginación con mayor fijeza.

Durante mi estancia en Londres le escribí una carta á uno de mis amigos, no sé si á Broockman ó á Caunedo, y estoy seguro que la descripción que hoy hago es idéntica en el fondo á la que entonces hice.

***

Los pocos días que pasé en Londres bien los aproveché; vi cuanto pude: desde la Torre de Londres hasta los Parlamentos, desde el Palacio de Cristal hasta la abadía de Westminster, desde el Jardín Zoológico hasta las figuras de cera: todo cuanto traen las guías, todo cuanto yo conocía por las novelas inglesas, incluyendo las orillas del Támesis y los parques y palacios reales.

Era un no cesar de visitar cosas nuevas, es decir, nuevas para mí, que en Londres ya eran viejas, y para muchas de ellas éste era su único mérito.

¡Qué caprichos tan raros tiene la memoria!

Uno de mis mayores anhelos era ver la tumba de Newton, con el célebre binomio grabado en la losa sepulcral.

Y debí ver la tumba y el binomio, y sin embargo, este recuerdo se ha borrado por completo de mi memoria; ni siquiera recuerdo haber visto el sepulcro del inmortal autor del cálculo de las fluxiones y del creador de la teoría de la atracción de los astros.

Debí verlo, indudablemente lo vi; pero no recuerdo haberlo visto.

Y en cambio, estoy viendo ahora mismo los dos fosos que corrían delante de las casas de la calle en que yo vivía, y las chimeneas, imitando monos de gorra encarnada, en los tejados.

¡Sea usted inmortal para esto, y descubra usted el binomio de Newton, para que borren su divino recuerdo unos tubos de arcilla y unas caperuzas rojas!

Y nada más puedo decir de Londres en este viaje. El Palacio de Cristal, que con ser hermosísimo me pareció menos grandioso de lo que yo me había imaginado; los teatros, que me causaron gran extrañeza; los clowns ingleses, que no tienen rival en el mundo, y el idioma inglés, que en labios de una *lady* es más dulce que el italiano, porque al hablar dijérase que anhelan y suspiran.

Muchas de ellas parecen tísicas poéticas. La pronunciación de este idioma, áspero de suyo, en los labios de las señoritas inglesas es de lo más poético que puede imaginarse.

Y se acabó la expedición á Londres, afortunadamente sin que volviera el buen tiempo, sin ver el sol en los tres ó cuatro días que allí estuve, adivinándolo tan sólo á la caída de la tarde, por una mancha rojiza y sin contornos que se difuminaba en la niebla.

Vuelta al Estrecho, vuelta al mareo y vuelta á París.

Del poco tiempo que en esta capital estuve por vez segunda, nada recuerdo importante.

Sí: de mi salida para Strasburgo tengo un recuerdo, y poco agradable, en verdad. Que perdí en la estación unos botones de brillantes de bastante valor.

Yo no sé si este hecho tendrá importancia para la Historia; pero ¡cuántos hechos históricos hay que no valen mucho más!

Tal vez algún lector de mal carácter la ejerza de crítico implacable con estos artículos, pretendiendo que mis recuerdos ni tienen valor por sí, ni tienen mérito literario, por la forma desaliñada y vulgar en que los voy exponiendo, ni semejantes pequeñeces tienen interés para nadie.

Pero vamos despacio.

Si bien se mira, la vida de todos los seres, todos los fenómenos de la Naturaleza y todas las masas planetarias, están compuestas de pequeñeces también.

Cójase un granillo de arena, y nada más pequeño, más insignificante, más insustancial; y, sin embargo, de granillos insignificantes se componen las soberbias montañas.

Si por insignificante se suprime cada uno de ellos, la montaña desaparece y al ras queda de cualquier arenal.

No es gigantesca, ciertamente, una gota de agua, pero de gotas de agua se componen los océanos; y si porque cada una de ellas nada vale se suprime una, y otra después, y después otra, y así sucesivamente, los abismos del mar se quedan en seco.

Una integral, diría cualquier matemático, es la suma de diferenciales; pero si todas las diferenciales se anulan, se anula con ellas la integral.

Si porque cada hecho de los que constituyen la trama de la vida es un hecho vulgar se desprecia, la vida, lo más admirable, lo más profundo y lo más inexplicable, se desvanece en la nada.

De modo que hay que andar con mucho cuidado en desdeñar lo infinitamente pequeño y en pretender anularlo.

¿Por qué cada una de estas pequeñeces, el grano de arena, la gota de agua, un hecho vulgar de la vida humana, con ser

cosas tan mínimas, no han de ser otros tantos centros del Universo?

Yo creo que el Universo es un sistema de infinitos centros, algo así como la sinusoide trigonométrica, en que es un centro cada punto de inflexión, y que tiene centros en número infinito; y apuesto cualquier cosa á que el lector criticón, que encuentre mal mis artículos, no entiende esta última imagen geométrica, lo cual probará evidentemente su ignorancia; y, sin embargo, él mismo será un centro más de la máquina mondiana, y quién sabe si la máquina se desquiciaría suprimiendo este centro ú otro cualquiera.

***

Quedamos en que tomé el tren para transportarme á Turín; y de este viaje sólo conservo en los cuadros fotográficos de mi memoria tres ó cuatro puntos brillantes: todo lo demás queda envuelto en las nieblas del olvido.

El primer punto brillante, que por desdicha se convirtió en punto obscuro, es el de cualquiera de los tres brillantes que perdí á mi salida.

El segundo es el recuerdo de mi paso por Strasburgo.

Es una ciudad muy triste: verdad es que llegué de noche y que me marché á las nueve de la mañana.

Sólo recuerdo que me levanté muy temprano y que me fuí á ver la catedral.

Pasar por Strasburgo y no ver la catedral hubiera sido pecado imperdonable.

Pero casi no la vi.

Vi con las luces de la mañana una masa enorme: entré en ella, y vi naves envueltas en sombra; por las cristalerías entraban las luces del alba, y nada más; pero todo ello grandioso: la nota sublime vibrando en las piedras obscuras y perdiendo sus ondas en las nieblas de la mañana.

Ni vi más, ni tuve tiempo para más.

Recibí una sensación, una sensación vaga de sombras, nieblas, luces del amanecer, bóvedas ojivales y torres muy altas, algo así como gigantes de piedra escalando el caos.

Y de la catedral me marché al tren, que fué dejar á mi espalda un mundo, el de la fe religiosa, las grandes catedrales, las almas que se escapan por las puntas de las ojivas, una civilización que fué; y ante mí la estación del ferrocarril, las barras de la vía, dos líneas paralelas que también hablan de lo infinito, porque en lo infinito dicen los matemáticos que se encuentran, y esta fórmula, siquiera sea simbólica, tiene también su grandeza.

La crítica moderna niega lo infinito, y, sin embargo, lo infinito se encuentra en todas partes: en los vértices de las ojivas, que pugnan por subir y buscan lo infinito en la altura; en las barras paralelas de las vías de hierro, que buscan lo infinito en el horizonte, á ras de tierra.

Lo infinito, al pasar de una á otra civilización, ha descrito un cuadrante.

Y sobre estas barras, la locomotora, monstruo de hierro que corre llevando fuego dentro.

Todas estas reflexiones no las hice entonces; de modo que no son recuerdos.

Entonces lo único que me apuraba era el temor de perder el tren.

Me encontraba como aquella familia inglesa que visitó á Víctor Hugo, y de que hablé en una de mis crónicas anteriores. A las seis de la mañana, á la catedral; á las ocho de la mañana, á la estación del ferrocarril.

Y no lo perdí, ciertamente; que yo nunca he perdido ningún tren: verdad es que tomo la precaución de llegar dos horas antes de la salida.

Del tren sólo recuerdo que los coches eran muy cómodos y muy elegantes.

A medida que recorro mi vida, voy cayendo en la cuenta que soy un sibarita. Me gusta comer bien, me gusta viajar con

comodidad; pero no creo que ni uno ni otro gusto puedan clasificarse entre los pecados capitales.

Y así hasta que llegué á Basilea: no quisiera equivocarme, pero creo que fué Basilea, y por si hay error téngase en cuenta que hablo de memoria, y es posible que cometa errores cronológicos ó geográficos enormes ó disparatados.

Quedamos para otro artículo en que llegué á Basilea.

José Echegaray

SOBRE LA SOBERBIA

Sólo odiamos, lo mismo que sólo amamos, lo que en algo, y de una ó de otra manera, se nos parece; lo absolutamente contrario ó en absoluto diferente de nosotros no nos merece ni amor ni odio, sino indiferencia. Y es que de ordinario lo que aborrezco en otros aborrézcolo por sentirlo en mí mismo; y si me hiere aquella púa del prójimo, es porque esa misma púa me está hiriendo en mi interior. Es mi envidia, mi soberbia, mi petulancia, mi codicia, las que me hacen aborrecer la soberbia, la envidia, la petulancia, la codicia ajenas. Y así sucede que lo mismo que une el amor al amante y al amado, une también el odio al odiador y al odiado, y no los une ni menos fuerte ni menos duraderamente que aquél.

Hay con frecuencia, ó un sostén ó un sedimento de amor en el fondo de no pocos odios; muchas personas se aborrecen, ó creen más bien aborrecerse, porque se respetan, se estiman, y hasta se quieren mutuamente. Y para no quedar solo en esta que parecerá á muchos forzada paradoja, quiero aquí aducir dos sentencias del originalísimo asceta y pensador yanqui Enrique David Thoreau, quien dice en una, en prosa, que «á nadie tenemos más derecho para odiar que á nuestro amigo»; y en la otra, en verso, que «sería traición á nuestro amor y un pecado contra el Dios del cielo borrar una sola jota de un odio puro é imparcial».

A menudo ocurre que se pasa uno la vida combatiendo la intolerancia de los demás, y si lográis arrimaros á su espíritu

y registrarlo con vuestra mirada, veréis que está combatiendo su propia intolerancia.

Los absolutamente humildes no se escandalizan ni apenas se conduelen de la soberbia ajena, como los verdaderamente pródigos no se indignan de la avaricia de los demás. ¿Qué espíritu ha combatido al espíritu de la soberbia siempre? El espíritu de la soberbia misma. No tenéis sino ver las prevenciones que los humildes de profesión han tomado siempre para que su humildad no se convierta en soberbia; no tenéis sino ver con cuánta frecuencia los maestros de la vida espiritual, al comentar aquello de que quien se humille será ensalzado, nos advierten que el humillarse en vista de ello, para ser ensalzado por haberse humillado, es la más refinada soberbia.

Podría acudir á muchos y doctos maestros; pero me es más cómodo y más manual tomar á uno nuestro, á uno español, que resumió á todos los que hasta su tiempo habían adoctrinado á los espirituales. Me refiero al B. V. Padre Alonso Rodríguez, de la Compañía de Jesús, muerto á los noventa años de su edad y setenta de religioso, en 1616. Este docto varón nos dejó un libro, de apacible y tersísimo discurso, aunque algo prolijo, y es el *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas*. Divídese en tres partes, y en la segunda de ellas dedica el tratado tercero á la virtud de la humildad.

En este tratado discurre de la falsa humildad, como es la de aquellos que fingen pobreza, á cuyo propósito hace notar que «es menester que la pobreza ande siempre muy acompañada de humildad, porque la una sin la otra es cosa peligrosa; fácilmente se suele criar un espíritu de vanagloria y soberbia del vestido pobre y vil, y de allí suele nacer un menosprecio de los otros; y por esto San Agustín huía de muy viles vestiduras, y quería que sus religiosos trajesen vestidos honestos y decentes para huir de este inconveniente» (cap. III). Y más adelante (cap. V) dice que la humildad no consiste en traer vestidos viles y despreciados ó en andar en oficios bajos y humildes; «no consiste en eso, porque ahí puede haber también

mucha soberbia y desear uno ser tenido y estimado por eso, y tenerse por mejor y más humilde que otros, que es la fina soberbia». Retened esto de que la fina soberbia es desear uno ser tenido y estimado por más humilde que otros; y vamos adelante con el tratado.

El cual, en su capítulo XIII, en que se discurre del segundo grado de humildad y se declara en qué consista este grado, dice esto: «¡Ay! dice San Gregorio, que muchas veces eso es lo que pretendemos con nuestras hipocresías y humildades fingidas, y lo que parece humildad es soberbia grande. Porque muchas veces nos humillamos por ser alabados de los hombres y por ser tenidos por buenos y humildes. Si no, pregunto yo: ¿para qué decís de vos lo que no queréis que crean los otros? Si lo decís de corazón, y andáis con verdad, habéis de querer que los otros os crean y os tengan por tal; y si esto no queréis, manifiestamente mostráis que en eso no pretendéis ser humillado, sino ser tenido y estimado. Esto es lo que dice el sabio: *Hay algunos que se humillan fingidamente, y allá en lo interior su corazón está lleno de soberbia y engaño.* Porque ¿qué mayor engaño que buscar ser honrado y estimado de los hombres? Y ¿qué mayor soberbia que pretender ser tenido por humilde? Pretender alabanzas de la humildad, dice San Bernardo, no es virtud de humildad, sino perversión y destrucción de ella. ¿Qué mayor perversión puede ser que esa? ¿Qué cosa puede ser más fuera de razón que querer parecer mejor, de donde parecéis mejor? Del mal que decís de vos queréis parecer bueno y ser tenido por tal; ¿qué cosa más indigna y más fuera de razón? San Ambrosio, reprendiendo esto, dice: Muchos tienen apariencia de humildad, pero no tienen la virtud de la humildad; muchos que parece que exteriormente la buscan, interiormente la contradicen».

Ya estoy oyendo, al llegar aquí, que más de un lector tuerce el gesto y exclama: ¡Sutilezas de claustro! Y no seré yo quien le contradiga, sino que, poniéndome de acuerdo con él, exclamaré también: ¡Sutilezas de claustro! Sutilezas de claus-

tro, sí, en que el recogido tiembla ante aquello mismo de que huyó y que dentro de sí mismo lo lleva. Porque siempre he creído que los que huyen del mundo se llevan al mundo dentro dentro de sí, y que hay, por el contrario, muchos que, viviendo en el mundo, le tienen cerradas las puertas de su corazón.

Ya dijo, entre otros, Emerson, que «es fácil vivir en el mundo según la opinión del mundo, y fácil vivir en la soledad según la nuestra; pero el hombre grande es el que en medio de la muchedumbre mantiene con perfecta mansedumbre la independencia de la soledad».

A los mundanos, á los que viven en el mundo y del mundo, encenagados en él, según esos espirituales de la huída, les sorprenden de ordinario las pinturas que de los vicios mundanales suelen hacer los que viven retirados en el claustro, pinturas en que, pretendiendo afearlos, en realidad los embellecen.

Un hombre que no había negado nunca á su carne ninguno de los apetitos de ésta, y que había gustado siempre, hasta con exceso, de las mujeres, me decía en cierta ocasión, después de haber leído la descripción que de la lujuria hacía un fraile: «esto es pura mentira y pintar como querer: la lujuria es sencillamente tonta, y no hay en ella nada de estos deleites y estos ardores que el buen fraile ha soñado. La falta de sencillez lo estropea todo».

Y así es la verdad: la falta de sencillez, la falta de sinceridad, lo echa á perder todo. Y de pocas cosas hablan los claustrados con menos sinceridad que de la pasión de la soberbia. En puro temerla, van á caer en ella; y sería mucho mejor, á no dudarlo, no preocuparse de tal cosa, dejarse ser tal como se sea y decir de sí mismo lo que uno de sí mismo crea, resulte ó no soberbio para los demás.

Sospecho que lo que voy á decir escandalizará á lectores timoratos, si es que los tuviere; pero hay que decirlo: y es que no pocas veces la comisión de un acto pecaminoso nos purifi-

ca del terrible deseo de él, que nos estaba carcomiendo el corazón.

La doctrina podrá ser terrible, pero no me cabe duda alguna de que más de un matador habrá empezado á sentir compasión y hasta amor á su víctima una vez que matándola desahogó su odio en ella.

Desde un punto de vista mezquino y estrecho podrá parecer lo más malo el haber matado á uno; pero, visto desde las honduras del espíritu, lo peor es nutrir los sentidos con odio y vivir corroídos por malos deseos. No me parece monstruoso lo de aquel padre que decía á su hijo: «Anda, vé, hijo mío; rómpele las narices de un puñetazo, y luego dale un abrazo: es mejor esto que no el que evites encontrarle y sigas odiándole».

Los malos sentimientos contenidos pueden llegar á emponzoñarnos la sangre del espíritu, y éste enferma y se hace malo, y es, á las veces, mejor mil veces dejar que estallen los malos humores hacia fuera. Porque una cosa es hacer el bien y otra ser bueno, aunque se conozca al árbol por sus frutos, y las buenas acciones broten de las almas buenas.

Sí, una cosa es hacer el mal y otra muy distinta ser malo, distinción que con muy sano instinto columbra casi siempre la gente sencilla é inculta, que se enamora de sujetos tenidos por grandes pícaros, y mira con ojeriza á otros que pasan por irreprochables. Cuando oía yo decir aquello tan repetido de «en el fondo es bueno», refiriéndose á algún sujeto de fechorías y daños al prójimo, solía añadir por mi cuenta: «tan en el fondo, que es como si no lo fuera; en el fondo todos somos buenos». Pero hoy he modificado no poco mi sentimiento á este respecto, y entiendo de muy otra manera que entendía antes eso de que en el fondo todos somos buenos.

Crece de día en día mi persuasión de que hay hombres que se mueren sin haber cometido una mala acción de bulto y de alcance, y sin haber abrigado, no obstante, un solo buen deseo, alegrándose íntimamente del mal que no eran capaces de

hacer; mientras hay otros que molestando de continuo al prójimo, y aun dañándole, se mueren sin haber abrigado rencor contra nadie, sino habiendo estado llenos siempre de buen deseo.

Es mucho más frecuente de lo que podría creerse aquello de San Pablo de que «no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero hago», sentencia que antes expresó Ovidio con lo de *video meliora proboque, deteriora sequor.*

¿Quién en las luchas de la vida no ha sentido mil veces, al encontrarse con su corazón á solas, que se lo henchía honda querencia al adversario, querencia nacida de la lucha misma? Combatiendo se aprende á amar; de la común miseria surge la compasión mutua, y de la compasión el amor. Siempre he creído que la guerra es la gran purificadora de los rencores, y que no hay abrazo más efusivo ni más apretado que el que se dan los combatientes al deponer las armas. Desconfío del que no lucha, y veo siempre un mayor enemigo en el que se me somete que en el que me resiste.

La diferencia que he visto siempre entre la moral y la religión es la de que aquélla nos enseña á hacer el bien, y ésta á ser buenos; y pocos pasajes del Evangelio me levantan más el corazón que aquel de la oración en la cruz del buen bandido y la promesa que el Cristo le hizo de la vida eterna.

Creo que, por lo general, somos mejores de lo que se deduce por nuestros actos, y que de muchos puede decirse lo contrario de lo que del poeta dijo el poeta Zorrilla, y es que

> hay hombre que en su misión
> sobre la tierra que habita
> es una planta bendita
> con frutos de maldición.

El citado Thoreau decía: «Si *hice* alguna vez algún bien al prójimo, en su sentido, era sin duda algo de excepcional é insignificante, comparado con el bien ó el mal que estoy haciendo constantemente con ser lo que soy».

Y ved cuán frecuente es que se distingan por su constancia en los rencores los que con más cuidado evitan las violencias externas, muchos que aspiran á la espiritualidad en religión, muchos que van de tiempo en tiempo á deponer á los pies del confesor sus malas acciones, pero no sus malos sentimientos. Se ha hecho ya proverbial el *odium theologicum*, y es sabido cómo las disputas religiosas se señalan por la acritud y por la virulencia. Son muchos los que creen que es buen camino para llegar al cielo romperle á un hereje la cabeza de un cristazo, esgrimiendo á guisa de maza un crucifijo.

En la fe misma en el infierno, ¿no veis algo de demoníaco? Deséanlo muchos para el prójimo, y recuerdo aquel apóstrofe del profesor que, combatiendo á los materialistas, exclamaba encendido en demoníaco celo: «¡Almas de carbono, así arderéis mejor en los infiernos!» Y es, por otra parte, que temen que la gloria sea chica para albergarnos á todos, y que cuantos más allí entremos, á menos de ella nos ha de tocar á cada uno. Se les amargaría la dicha si la compartiera con ellos uno de esos herejazos á quienes en vida combatieron á sangre y fuego y á cristazos.

Y ese especial y característico *odium theologicum* es hijo de otra característica y muy especial *superbia theologica*, ó, si se quiere mejor, de la soberbia espiritual. Malo es que un hombre se ande preocupando de si es ó no es soberbio y de ahogar la soberbia en sí, y dé luego en cavilar y revolver en su cabeza si no es por soberbia por lo que trata de combatirla, y si la humildad á que aspira no es la más fina soberbia, y otras sutilezas por el estilo. Mejor es dejarlo y dejarse ser como es, á la buena de Dios, desnudando el alma y abandonándose al primer impulso. Todos esos tiquis miquis espirituales no hacen sino enconar la herida y envenenar la sangre del alma; dejarlo estar es lo seguro.

Y aquí viene como anillo al dedo lo que el Apóstol dice de la ley y de cómo la ley hace el pecado, pues no se conoce el pecado sino por la ley, porque no se conocería la codicia si la

ley no dijera: «No codiciarás». Y el pecado, tomando ocasión de la ley, obra en nosotros codicia, ya que sin la ley estaba el pecado muerto; mas en cuanto viene el mandamiento, revive (Rom. VII, 7-9). Siempre, al leer las epístolas de Pablo de Tarso, me he detenido en este pasaje y en aquello de los que, sin tener ley, hacen naturalmente lo que es de la ley, y son ley para sí mismos, pues la llevan escrita en sus corazones (Rom. II, 14-15), y me he dicho: ¿Para qué acongojar al ánimo restregándole la ley escrita, que es muerte, y no dejarle que descubra su ley viva, la que en sus entresijos yace? Y esta ley viva es la ley de la sinceridad; es que correspondan á nuestras entrañas nuestras *extrañas*, que sea nuestro proceder hijo de nuestro sentir y nuestras palabras revelación de nuestros pensamientos.

Este debe ser nuestro hito: ¡sé sincero! Y si por dentro te tienes en algo, no lo ocultes por estudiada humildad, que cuando es de estudio la humildad deja de serlo.

Humildad rebuscada no es humilde, y lo más verdaderamente humilde en quien se crea superior á otros es confesarlo, y si por ello le motejan de soberbio, sobrellevarlo tranquilamente. Dice el susodicho P. Rodríguez en el cap. V del tratado que cité que, según San Bernardo, «el verdadero humilde desea ser tenido de los otros en poco, no por humilde, sino por vil, y gózase en eso». Y ¿no será fina humildad soportar, ya que no desear, ser tenido por soberbio? Aunque yo entiendo que la más fina, la más sencilla humildad es no cuidarse en ser tenido por nada, ni por humilde ni por soberbio, y seguir cada uno su camino, dejando que ladren los perros que al paso nos salgan, y mostrándose tal cual es sin recelo de habladurías.

Dicen muy piadosos varones que las virtudes de los paganos no eran sino falsas virtudes, pues se fundaban en vanagloria. Y las de esos cristianos de cabeza que buscan ser virtuosos por estas ó aquellas razones, y acaso en esperanza de la gloria, ¿son virtudes finas y espontáneas? Todo lo rebuscado

es falso, y humildad que vaya á aprenderse de libros ascéticos es casi siempre falsa humildad. Y conoceréis su falsedad en una cosa, y es que los falsamente humildes se escandalizan de los soberbios.

Todo lo rebuscado es malo, y eslo, por lo tanto, la soberbia rebuscada, la falsa soberbia, que es una de las más frecuentes. El fingimiento de soberbia es de lo que más á menudo he topado en mi vida, y cuidado que ésta no es aún larga.

Hablábame en cierta ocasión un amigo de un sujeto, conocido mío, y me decía: «No lo puedo soportar: tiene una soberbia que apesta; no acierto á comprender cómo se tiene en tan alto aprecio á sí mismo». Y hube de contestarle: «Estás equivocado: ni es soberbio, ni se tiene en tal aprecio». Y le expliqué cómo era eso una astucia que usaba el hombre para defenderse de los que le tenían por majadero, fingiendo tenerse él por un genio ó poco menos, pues es la cuenta que se echaría: «tal vez á fuerza de dar yo á entender que soy un genio, llegue alguno á creérmelo». Y es que nunca he tomado tan á pechos lo de «conócete á ti mismo», que haya llegado á creer que es lo más difícil conocerse y que haya pocos que se conozcan. Creo, por el contrario, que los más de los hombres se conocen bastante bien, y que si les hiere el que se les eche en cara sus defectos, es porque ellos mismos se los han echado antes.

Abrigo la cada vez en mí más arraigada convicción de que cuando el hombre se encuentra á solas, cara á cara consigo mismo, suele juzgarse con severidad reconociendo sus propias faltas, aunque luego se arredre de reconocerlas ante los demás, y se ponga á disculparse y justificarse á sí mismo. Y aún hay más, y es que este abrumamiento de la conciencia sobre sí misma es la pesadumbre mayor de la vida, y del que necesitamos se nos aligere para poder marchar desembarazados y escoteros por el camino de ella. Así le ocurre al que, encarándose á solas consigo mismo, da en cavilar en su soberbia, y en si molesta ó no á los otros con sus aires de superioridad é indife-

rencia. Dejémonos de ello y obremos, que la soberbia que obra está ya salvada y no emponzoña.

Tomás Carlyle, en el capítulo XI, *Trabajo*, del libro tercero de su «Pasado y Presente» *(Past and Present)*, dice: «El último Evangelio en este mundo es: conoce tu obra y llévala á cabo. «¡Conócete á ti mismo!» Largo tiempo te ha atormentado ese tú mismo; jamás llegarás á conocerlo, estoy seguro. No es tu tarea la de conocerte á ti mismo; eres un individuo inconocible; conoce lo que puedes obrar, y óbralo como un Hércules!» Tales son las palabras de Carlyle, de quien algunas veces he tomado sentencias, pero siempre citándole en tales casos, para que lo sepan los badulaques que hablan de él y de mí sin haberlo leído.

La mala es, en efecto, la soberbia ociosa, la que se limita á la propia contemplación y á repetir el «¡si yo quisiera!...» Mas desde el momento en que, persuadido uno de su superioridad, se lanza á obrar y desea que esa superioridad se manifieste en obras, cuando su soberbia pasa de contemplativa á activa, entonces pierde su ponzoña, y hasta puede llegar á ser, y de hecho llega á ser muchas veces, una verdadera virtud, y virtud en el sentido más primitivo, en el etimológico de la palabra *virtus*, valor. Soberbia cuyos fundamentos se ponen al toque de ensayo y comprobación de los demás, deja de ser algo malo. La soberbia contemplativa es la que envenena el alma y la paraliza; la activa, no. La mala es la soberbia del que por no ver discutida, ó aun negada, su superioridad, no la pone á prueba. La lucha purifica toda pasión.

Buscad la soberbia, antes que en aquellos que se echan á la calle y se muestran á las miradas de todos y al juicio de todos exponen sus palabras y sus actos, en los que no salen de casa ni rompen el coto de su vida privada, en los que dicen que los tiempos están muy malos, y no les queda á los buenos sino lamentarlo y aislarse del contagio del mal y pedir á Dios misericordia.

Estos tales son los soberbios de verdad, los que se enfure-

cen de que se ponga en duda su virtud, los que se amedrentan ante la censura pública. Sólo se decidirían á obrar si se les garantiese el buen éxito.

El acto de más grande humildad, de verdadera humildad, es obrar. Los místicos y ascéticos cristianos han comentado mil veces el supremo acto de humildad que significa la encarnación del Hijo de Dios y su muerte por redimir á los hombres; pero no sé de ninguno de ellos que haya visto en el acto mismo de la creación, tal cual la ortodoxia lo enseña, un acto de suprema humildad. Dicen los teólogos que Dios llenaba la eternidad contemplándose á sí mismo, y de lo que de activo hay en toda contemplación, que exige, cuando menos, contemplador y cosa contemplada, é implica en el sujeto que se contempla á sí mismo cierto desdoblamiento de la personalidad, de esa actividad contemplativa sacan el misterio de la Trinidad; pero no sé que se les haya ocurrido decir que el crear el mundo, no siendo necesario sino voluntario en Dios, implica la más grande humildad, la soberana lección de humildad, pues hace un mundo y luego hace hombres que lo juzguen y lo censuren, y expone así su obra á los juicios de sus criaturas. Y de aquí podrían deducir que nuestra existencia misma arranca de un acto de divina humildad. Todo lo cual son reflexiones que me sugiere la doctrina tradicional ortodoxa de la creación del mundo y de la esencia de Dios, sin que me meta á juzgar ahora de esta doctrina, ni á rechazarla ni á adoptarla. Mas una vez supuesta ella, se me ocurre ver en esa actividad *ad extra* la divinidad de la humildad. Obrar es ser humilde, y abstenerse de obrar suele, con harta frecuencia, ser soberbia.

Observad que las pinturas más sombrías de los males de la soberbia proceden de los abstinentes, de los que se abstienen de obrar, de los más puramente contemplativos. Es que la sienten en vivo. Las más acabadas pinturas de los estragos de la soberbia vienen de los profesionales de la humildad, de los que toman la humildad por oficio, presos de la soberbia con-

templativa, como las más vivas pinturas de la lujuria vienen de los que han hecho voto de castidad. Mala cosa es siempre violentar á la naturaleza, en vez de dejarla á que se purifique en la acción. Esa contemplación abstinente forma los espíritus rumiantes.

Llamo rumiantes á los hombres que se pasan la vida rumiando la miseria humana, preocupados de no caer en tal ó cuál abismo. Llega á ser enfermedad terrible, y enfermedad que produce verdaderas úlceras en el estómago espiritual. Y una úlcera en el estómago es cosa grave, porque roto el epitelio, que resiste á los jugos mismos que segrega el estómago, y con los que disolvemos los manjares; roto ese epitelio protector, empieza el estómago á digerirse á sí mismo, y se destruye y se daña. Y así esas almas de rumiantes contemplativos suelen acabar por digerirse á sí mismas, por disolverse en el jugo de sus propios escrúpulos, recelos y cavilaciones. Es lo que les pasa á muchos que huyen del mundo para encontrarse consigo mismos, sus peores enemigos. Dicen que los enemigos del alma son tres: el mundo, el demonio y la carne; pero hay que añadir un cuarto y peor enemigo: el alma misma. A no ser que este enemigo, al que otros llaman el satánico yo, no esté incluído en el demonio.

El satánico yo es dañino mientras lo tenemos encerrado, contemplándose á sí mismo y recreándose en esa contemplación; mas así que lo echamos afuera y lo esparcimos en la acción, hasta su soberbia puede producir frutos de bendición. La inocencia de un niño, flor de la vida, suele ser la redención de los más impuros hartazgos de la carne de sus padres; por criminal que una pasión sea—hablo aquí el lenguaje corriente,—el fruto humano de ella es bendito. Un bastardo que llegue á héroe, ¿quién duda que es más para la humanidad que un legítimo que se quede en cobarde retiro?

Recuerdo ahora un soberbio, un hombre á quien tenían muchos por la encarnación de la soberbia. Y ese hombre, hombre animoso y fuerte, henchido de vida, se lanzó á obrar y á

luchar, y caminó de fracaso en fracaso, de tropiezo en tropiezo, entre las rechiflas de las gentes. Y continuó obrando, y cuanto más se burlaban de él, más intensa era su actividad; y vinieron los días de la indiferencia y del silencio en torno de él, y continuó obrando. Y decían las gentes: «¡pobre hombre, está loco! los fracasos le acrecientan la soberbia; cuanto en menos le tienen los demás, en más se tiene él á sí mismo». Y murió, y luego de haber muerto, venció. Y venció porque no fué nunca soberbio, realmente soberbio, con la soberbia contemplativa del retraído, del que se recoge en sí á los primeros golpes ó al sentir los primeros fríos del desdén ambiente; porque fué un hombre realmente humilde, con la verdadera humildad, con la humildad del que se entrega y se reparte y no se reserva. Tenía fe en sí mismo.

Tenía fe en sí mismo, fe de que carecen los soberbios contemplativos; para creer en sí no necesitaba que los demás creyesen en él. Tenía fe en sí mismo, y esta fe brotaba de su plenitud de vida. Tenía que obrar, para él no había otro remedio sino obrar; tenía que engendrar y gestar y parir pensamientos vivos, porque, como Raquel, sentía que habría de morirse de no tener hijos. Y esos pensamientos los echaba al mundo, á morir ó á vivir entre las gentes, al aire libre y á la luz de todos, llevando en su palabra la gloria ó la infamia de su padre: eran sus hijos, eran sus hijos, que hoy mantienen vivo su espíritu entre nosotros.

¿Qué es la soberbia colectiva, uno de los pecados que á peor traer nos traen en España? Secularicémosla, porque es una soberbia claustral, contemplativa, una soberbia que no se vierte en obras por temor al fracaso. Es soberbia marroquí, fundada, más que en su propio conocimiento, en ignorancia de lo ajeno; es soberbia faquiresca ó soberbia de yogui que se aduerme contemplándose el ombligo.

Desclaustrémosla, secularizándola; echémosla de la contemplación á la acción, y dejará de ser soberbia.

Muchas veces se ha fustigado, aunque nunca tanto como

se merecen, á nuestras clases neutras, á los que se están en sus casas, so pretexto de que corremos malos tiempos para que los hombres honrados se den á la vida pública; pero no sé si al fustigarlos se ha visto que es soberbia lo que principalmente les retiene en sus casas.

MIGUEL DE UNAMUNO

EL CÓDIGO DE HAMMURABI [1]

En la serie de notables descubrimientos que desde mediados del siglo XIX vienen dilatando el horizonte de la historia del Derecho, ocupa acaso el primer lugar, así por su antigüedad como por su importancia, el extenso Código promulgado en el siglo XXIII antes de la Era Cristiana por Hammurabi, rey de Babilonia.

El reinado de este monarca, que gobernaba á Babilonia hacia el año 2225 antes de Jesucristo, forma época en la historia de este país. En su tiempo se llevaron á cabo construcciones monumentales en las ciudades más importantes de Caldea y se realizaron obras hidráulicas de colosal trascendencia, merced á las cuales alcanzó la agricultura un alto grado de prosperidad; pero más que estos trabajos, conmemorados en numerosas inscripciones descubiertas en los últimos tiempos, se hizo acreedor á memoria imperecedera por la promulgación de un extenso Código, el más antiguo conocido hasta ahora y el más comprensivo que nos ha legado la antigüedad. Hízolo grabar sobre un prisma de diorita de 2,25 metros de altura y 190 de circunferencia en la base y 165 en la cúspide,

(1) He utilizado la traducción francesa de Scheil (París, 1904), la alemana de Winckler (Leipzig, 1902) y las exposiciones y comentarios siguientes: Dareste, *Nouvelle Revue historique de droit* de 1903; Martin, *La Quinzaine* de 1903; Cohn, *Die Gesetze Hammurabis*, (Zürich, 1903); y Kohler-Peiser, *Hammurabi's Gesetz*, I (Leipzig, 1904). Esta última obra contiene una nueva traducción del texto por Peiser, y un importantísimo comentario por Kohler.

colocado en el templo del dios Marduk de Babilonia, de donde, en época desconocida, fué trasladado, acaso como trofeo de guerra, á Susa, en cuya Acrópolis fué descubierto, partido en tres pedazos, por el explorador francés Morgan, en Diciembre de 1901 y Enero de 1902. Consérvase actualmente en el departamento de antigüedades asirias del Museo del Louvre. Transcribió y publicó el texto y la traducción por vez primera el dominico francés P. Scheil.

La inscripción es de una corrección admirable, y se extiende por todo el prisma en 44 columnas de 70 á 100 renglones. No se echan de menos en el texto más que cinco columnas, borradas intencionalmente y que, según una conjetura plausible, se refieren al contrato de inquilinato.

En la superficie anterior del prisma, sobre la inscripción, hay un bajorrelieve que figura á la deidad sideral Chamach en su trono, cubierta la cabeza con una tiara formada de cuatro hileras de cuernos, llevando en la mano derecha un bastón con un brazalete, símbolo de mando entre los asirios. Señala con la mano á Hammurabi, que de pie ante el dios parece escucharle con atención.

Conocíanse ya pequeños fragmentos de una transcripción del Código de Hammurabi mandada hacer diez y seis siglos después por Asurbanipal. Consta el Código de 282 artículos, y no sólo abarca el derecho político y administrativo, el penal y el procesal, sino que contiene disposiciones relativas á la agricultura y la industria. Como observa Dareste, «ninguna otra ley antigua proporciona sobre estas materias noticias tan completas ni tan precisas».

Precede al Código un breve preámbulo destinado á reseñar la piedad y las glorias de Hammurabi, manifestadas en los grandes beneficios que había dispensado á sus súbditos. Jáctase en él de haber inaugurado en Babilonia el imperio de la justicia y del derecho.

Al final del Código declara Hammurabi que se considera como encargado por los dioses de amparar al débil contra el

fuerte y proteger al huérfano y á la viuda, y exhorta á los que tengan algún pleito á que acudan á su Código para que se les haga justicia y se conozca la ley aplicable al caso para que, ensanchándoseles el corazón, exclamen: «el rey Hammurabi es como un padre para sus súbditos». Pondera, por último, las excelencias de su obra, intima á los que le sucedan en el trono que se atengan á ella estrictamente para procurar el bien de sus súbditos, atraerse la protección del cielo y no incurrir en los castigos con que conmina á los que infrinjan sus preceptos ó borren del Código el nombre de su autor.

Distínguese el Código por el carácter eminentemente casuístico y por la falta de orden de materias, si bien están de ordinario seguidas las que se refieren al mismo asunto.

I

La monarquía, según el Código de Hammurabi, es absoluta y muestra carácter teocrático, pues que su representante se considera como delegado de los dioses en la tierra. En el soberano radica la plenitud de los poderes. Legisla por sí solo; los funcionarios públicos son nombrados, pagados y destituídos por él.

Así como la provisión de los cargos públicos correspondía al soberano, ante él debían responder de su desempeño. Como emolumentos, recibían los funcionarios en usufructo tierras laborables con los animales de labor para cultivarlas, las cuales tenían carácter inalienable y no podían tampoco ser embargadas por deudas del usufructuario.

Cuando éste se ausentaba, por orden del rey, del lugar en que residía de ordinario, quedaban las tierras á cargo de su hijo; y si no lo tenía ó era menor de edad, al de la esposa, si bien ésta no debía gastar más que el tercio de la renta, reservando el resto para la vuelta del marido. En los casos en que el rey le confiaba provisionalmente otro cargo, percibía

además un estipendio en dinero. Estaba obligado á cultivar bien la tierra que usufructuaba; y si faltaba durante tres años á este deber, la perdía. Si el gobernador de un territorio desposeía á un funcionario de su tierra ó le privaba del sueldo, incurría en la pena de muerte. Tampoco podía, bajo la misma pena, privar del cargo á los recaudadores oficiales, ni reemplazarlos con otros. Incurría en pena de la vida y pérdida de la hacienda el funcionario que no cumplía los mandatos del soberano.

Los ministerios del culto estaban á cargo de un numeroso personal de sacerdotes y de doncellas, dedicados de por vida al servicio del templo. Los gastos del culto y la sustentación de las personas consagradas á él se sufragaban con el producto de las tierras afectas á este servicio.

Los habitantes del imperio babilonio se dividían en libres, libertos y esclavos; diferencias que trascienden al derecho civil y al penal.

II

En Caldea, según revela el estudio atento de los centenares de documentos que se nos han conservado desde más de dos mil años antes de Jesucristo, vemos contratos de venta, de cambios, de división, de sociedades comerciales, etc., tan bien concebidos y redactados, y revelando nociones jurídicas tan adelantadas, como las que nos han legado los romanos en sus mejores tiempos.

Los contratos, en especial los de matrimonio y depósito, para los cuales era de rigor la forma escrita, so pena de nulidad, se consignaban en escritura pública, grabándose en ladrillos con aposición del sello.

«En Caldea, las ideas religiosas lo dominaban todo... Recorriendo todas las inscripciones oficiales en que los soberanos de los grandes imperios de Caldea y de Babilonia se jactaban de ser instrumentos y vicarios de los dioses; abordando, en

una palabra, toda su literatura, de un extremo á otro, asombra la intensidad del sentimiento de la fe de estos pueblos. No puede, por tanto, causar admiración ver invocado el nombre de los dioses para reforzar los contratos, como es regla en los documentos procedentes de Warka, la antigua capital de Caldea, y fechados en el reinado de la familia Hammurabi, esto es, más de dos mil años antes de Jesucristo... En los documentos de Warka, todos los procesos terminaban con juramentos pronunciados en los templos.»

Las prescripciones concernientes á los contratos agrarios, al jornal de los trabajadores del campo y de los artesanos, al alquiler de los carros y de los animales de labor y al flete de los barcos, son en extremo minuciosas é interesantes.

La duración normal de los contratos agrarios era uno ó tres años, y la renta consistía de ordinario en la mitad ó tercera parte de la cosecha; á veces se pagaba en dinero. El arrendatario estaba facultado para subarrendar. Debía dar las labores necesarias, y al término del arrendamiento entregar la finca sembrada. Cuando se había perdido la cosecha por su culpa, tenía que pagar la renta al propietario, sirviendo de tipo la cosecha del propietario ó colono colindante. Cuando se perdía por fuerza mayor, si había cobrado el arrendador, la pérdida gravaba sobre el arrendatario; si no, se distribuía entre ambos por partes proporcionales de la renta convenida. Esto en el caso de que por contrato no estipularan otra cosa. El Código sólo tenía en este punto carácter supletorio.

El arrendatario podía tomar dinero á préstamo sobre la cosecha futura; pero si ésta se perdía por caso fortuito, quedaba dispensado del pago de los intereses.

Cuando una tierra destinada á cereales se dedicaba á huerta, el arrendamiento duraba cinco años; durante los cuatro primeros, no pagaba renta el colono, pero desde el quinto debía dar al propietario la mitad del fruto recogido de los árboles que hubiera plantado; y según parece (como en el *complant* de la Edad Media), se dividía la tierra también por par-

tes iguales, eligiendo el dueño de ella lo que quisiera, y adjudicándosele además la que no hubiera plantado el arrendatario.

El que por negligencia en la conservación y reparación de las empalizadas ó diques de los canales de riego, ó por descuido en cerrar las compuertas, etc., causaba daños á los dueños ó colonos de otros predios, tenía que indemnizarlos, respondiendo con todos sus bienes. La misma indemnización debía el que apacentase rebaños en prado ajeno; y si era en tiempo prohibido, el pastor aprovechaba los pastos, pero pagando tres veces su valor. Asimismo se pagaban los daños causados en los huertos y arboledas.

Son asimismo interesantes las normas que regulaban los contratos entre los grandes capitalistas y los comerciantes al *detall* que recibían de aquéllos dinero ó especies para negociarlos. Cuando, con este motivo, surgían diferencias ó litigios entre unos y otros, si era vencido en juicio el comerciante, se le condenaba al pago del triplo de la suma que le hubiera entregado el capitalista; si éste perdía el pleito, era sentenciado á pagar el séxtuplo al comerciante. El que distraía dineros ú objetos que se le hubieran entregado para llevarlos de un punto á otro, debía pagar al dueño el quíntuplo de su valor. El contrato de depósito había de verificarse ante testigos y consignarse por escrito, para que el propietario del dinero ú objetos depositados pudiese reclamarlos judicialmente. El que recibía la cosa en depósito respondía de ella, aun en el caso de que le fuera sustraída. Esta misma regla se aplicaba al que recibía trigo para custodiarlo en sus almacenes.

La gran importancia de la navegación fluvial como vehículo del inmenso tráfico que existía en las regiones del Eufrates y del Tigris, explica el número é importancia de las disposiciones concernientes á los barcos y á los marineros.

Si dentro del año siguiente al en que se había calafateado un barco, éste se resentía de algún deterioro, el calafateador tenía que recomponerlo gratuitamente. El marinero que por su culpa perdía un barco alquilado debía indemnizar al dueño

de la embarcación con otra igual y al del cargamento con el importe de las mercancías. Si lo ponía á flote, no tenía que indemnizar sino de la mitad del valor de la embarcación. El marinero que abordaba á otro barco era sentenciado, mediante juramento del demandante, á indemnizar lo que valiesen la embarcación y el cargamento.

III

Los artículos del Código más notables por su prolijidad y extensión, y más interesantes y dignos de estudio, son los relativos al derecho de familia.

La forma del matrimonio usual entre los babilonios, según el Código y los numerosos contratos de esta índole que se han conservado, era la compra. El futuro marido concertaba con el padre de la mujer el precio que debía pagarle por ésta, y una vez entregado, se consignaba el contrato por escrito. La mujer aportaba al matrimonio su ajuar, consistente en ropas, alhajas y muebles y cierta cantidad en metálico, ó sea una dote, que era, generalmente, superior al precio de compra. Era potestativo en el marido, pero se observaba frecuentemente, señalar á la mujer, para cuando él muriese, en usufructo vitalicio bienes muebles ó inmuebles, de los cuales podía ésta disponer únicamente en beneficio de uno de sus hijos. El régimen de bienes de la sociedad conyugal era el de gananciales. Los bienes aportados por marido y mujer constituían durante el matrimonio una sola masa, con cuyas rentas se atendía á los gastos de la sociedad. Las adquisiciones se dividían por mitad, y las deudas contraídas después del matrimonio gravaban sobre los bienes de ambos, á diferencia de las anteriores á su unión, de las cuales respondía cada cónyuge con sus bienes propios.

La mujer de un babilonio prisionero de guerra debía seguir morando en el domicilio conyugal, á menos que éste no

la hubiera dejado bienes con que mantenerse. Cuando lo abandonaba sin mediar esta circunstancia, era arrojada al agua. Si entre tanto contraía relaciones con otro y moraba en su compañía, aunque tuviera hijos de él, debía juntarse con el marido al volver éste del cautiverio. Caso de abandonar el marido á la mujer, perdía éste la facultad de obligarla más adelante á que viviera en su compañía.

Si la mujer legítima era estéril, podía el marido tomar una concubina para que le procurase descendencia, á no ser que aquélla prefiriese darle con este objeto una de sus siervas. Si el marido tenía hijos de la sierva, ésta no podía ser ya vendida, á menos de resultar estéril. Práctica idéntica á la que existía entre los hebreos, según resulta de la Historia bíblica.

Cuando el marido no señalaba viudedad á la mujer, los hijos habían de asignarle una parte de la herencia igual á la que á ellos les correspondía como legítima. La madre vivía con los hijos, mientras no incurriese en faltas que autorizasen para expulsarla del hogar según dictamen del juez. Abandonando voluntariamente el domicilio de los hijos, perdía el derecho á la viudedad.

Era lícito al marido divorciarse, aun sin causa, entregando á la mujer, si no tenía hijos de ella, el importe de la dote; y cuando no la había dotado, una mina de plata ó un tercio de mina, según que era libre ó liberto. Cuando había hijos debía dar á la mujer el ajuar que ésta había llevado y bienes en usufructo para atender á la alimentación y crianza de ellos. Terminada ésta, recibía la mujer repudiada una legítima igual á la correspondiente á cada hijo, y era libre para contraer nuevo matrimonio. Caso de incurrir la mujer en falta grave, se permitía al marido repudiarla pura y simplemente. En el caso de divorcio por enfermedad de la mujer, el marido podía casarse; pero tenía el deber de mantenerla mientras viviese. Esta podía también divorciarse mediando justa causa según el juez, recobrando los bienes que había aportado al matrimonio.

IV

Los honorarios y las responsabilidades de los médicos y arquitectos son asunto de varios artículos. Si se hundía una casa causando la muerte al propietario, el arquitecto que la había construído era condenado á muerte. Si en el hundimiento moría un hijo del propietario, se imponía la pena de muerte á un hijo del arquitecto. Si moría un esclavo, debía dar otro en su lugar. Caso de que el hundimiento sólo causara pérdidas materiales, como la destrucción del mobiliario, debía reponerlo á su costa y reconstruir el edificio ó la parte de él que se hubiera hundido.

Fíjase en diez siclos los honorarios del médico por la curación de la fractura de un miembro ó de una grave enfermedad de la vista, mediando operación, si el paciente era hombre libre; cinco siclos, si liberto; dos, si esclavo. Si el enfermo era hombre libre y moría por efecto de la operación ó perdía la vista, se cortaban las manos al médico; siendo esclavo, debía dar otro al dueño, caso de muerte, é indemnizarle de la mitad de su valor si perdía la vista. Análogas á éstas eran las disposiciones dictadas contra los veterinarios y los barberos que, en el ejercicio de sus profesiones, causaran daños por torpeza ó malicia.

V

El orden de prelación entre los medios de prueba era el siguiente: documentos, testigos y el juramento obligatorio ó potestativo del actor ó del demandado, según los cásos. Se juraba en nombre de la divinidad en general, no en el de una divinidad determinada.

Estaba facultado el acreedor para apoderarse de la persona del deudor y tenerle privado de libertad mientras no sol-

ventase la deuda; pero le estaba prohibido allanar con este objeto la casa del deudor. Cuando moría por efecto de los malos tratamientos del acreedor, un hijo de éste había de sufrir la pena de muerte á presencia del padre, si el deudor fuese un hombre libre. Si era esclavo, debía dar al dueño, como indemnización, un tercio de mina, además de perder el importe del crédito. Librábase el deudor de la servidumbre, dando en cambio á su mujer y sus hijos al acreedor para que sirvieran á éste por espacio de tres años. Podía también darle un esclavo, mas no reivindicar á éste si lo vendía el acreedor, salvo el caso de sierva de la cual tuviera descendencia. No siendo posible la prueba documental ni la testifical, se acudía al juramento. Como juicio de Dios, encontramos el del agua, que consistía en echar al río á los acusados de ciertos delitos: si se sumergían, se les consideraba culpables y se les confiscaban los bienes; si flotaban, el denunciador incurría en la pena de muerte, y se adjudicaba su hacienda al acusado.

Revélase el carácter humanitario del Código de Hammurabi en las garantías que concede á la mujer, así soltera como casada, muy superiores á las de otras legislaciones del mundo antiguo; en la solicitud que muestra respecto de los hijos menores de edad para preservarles del abandono por parte del padre natural ó adoptivo y de la madre viuda ó casada en segundas nupcias; en las disposiciones encaminadas á proteger á los comerciantes al por menor de la explotación de los capitalistas; á los litigantes, de la inmoralidad é injusticia de los funcionarios judiciales; á los enfermos, de la torpeza de los médicos; á los empleados inferiores, de las vejaciones de los de más elevada categoría. Lo mismo puede decirse de los preceptos relativos al deudor que era vendido por siervo, y á los hijos del matrimonio entre una mujer libre y un esclavo.

Las identidades y semejanzas que ofrece el Código de Ham-

murabi con la legislación hebraica de Moisés, posterior á aquél en cinco siglos, y contenida en el Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio, tiene su natural explicación en la comunidad de origen de ambos pueblos, así como las diferencias que entre ellos se observan son el resultado de su diverso grado de cultura.

EDUARDO DE HINOJOSA

EL NIÑO DE LA GUARDIA Y SU MARTIRIO

SEGÚN LOS DOCUMENTOS

Muchas veces, en el Claustro de la Iglesia Catedral Primada, que tantas cosas buenas atesora, me he detenido delante de los frescos con que Bayeu y Maella, por encargo de Grimaldi, le decoraron en el siglo XVIII. Siempre llamó uno de ellos mi atención, con preferencia á los demás, y fuerza sugestiva de que no pude librarme: es el pintado á espaldas de la *Puerta del Mollete*, que da desde la calle paso al Claustro referido, en el muro de la izquierda, según se bajan los escalones de la puerta memorada. Un niño, hermoso, rubio, sonrosado, de expresión angelical y conmovedora, enclavado en una cruz; despiadado sayón, en lo alto de la escalera que en la cruz apoya para llegar al niño, tiene entre los dientes un cuchillo ensangrentado, mientras introduce las manos en el costado izquierdo de la inocente criatura, por la herida que con este fin le ha hecho; otros contemplan y ayudan á la operación, y, por último, un grupo de ángeles entre nubes, baja del cielo la palma del martirio.

Quiso Bayeu, de quien es la pintura—una de las más celebradas y más destruídas en el Claustro,—conmemorar con ella el *Martirio del Santo Niño de la Guardia*, crimen nefando que conmovió á Toledo, y que cometieron los judíos y los conversos. Y acostumbrado como lo estoy á tropezar con tanto género de fantasías y de leyendas con los judíos relacionadas, confieso llanamente hube de mirar la noticia y conmemoración

del crimen como piadosa tradición nacida del odio que inspiraron los conversos ó cristianos lindos á los cristianos viejos en todas ocasiones; mas no como triste realidad histórica.

La famosa hendidura de los muros que yo propio vi en el coro bajo del *Convento del Corpus Christi*, antigua Sinagoga de Segovia, pocos años hace destruída por casual incendio; los Crucifijos que vertían sangre, ó producían resplandores extraños, y otras y otras innumerables tradiciones de que no me acuerdo, aunque de ellas se ha escrito mucho fatigando la musa popular al propio tiempo, y entre las que no es para olvidada la relativa al Santo Cristo de la Luz, en la misma Toledo,—me han hecho muy desconfiado en este particular, como en otros varios.

La tradición segoviana cuenta, con efecto, que «por los años de 1410 y mes de Setiembre, hallándose la Reina viuda Doña Catalina en» Segovia, «con el Rey menor de edad Don Juan el II, el sacristán de San Facundo, viéndose en necesidad, pidió dinero prestado á un judío, quien ofreció darle más que lo que necesitase si le daba en prenda *una Hostia consagrada*». «Decidióse el sacristán al horrible sacrilegio; entregó la sagrada Hostia, y recibió el dinero. La entrega se hizo en una calle que de la Trinidad pasa á la cuesta de San Bartolomé, cuya calle, de resultas de este hecho, se conoce por *calle del Mal Consejo*». «El judío reunió á sus correligionarios en la Sinagoga, y allí, decididos á ultrajar á N. S. J., *echaron la sagrada Hostia en una caldera de agua hirviendo;* pero en vez de caer en ella, quedóse elevada en el aire; tembló el edificio conmoviéndose, y se abrieron las paredes y bóvedas», mostrándose á vista de todos desde entonces, en la habitación ó departamento que fué coro de las monjas, «una considerable abertura, que no ha sido posible cerrar», aunque, según parece, hubo de intentarse (1).

(1) Losañez, reproduciendo lo que todos dicen, en *El Alcázar de Segovia* (Segovia, 1861), pág. 205 y siguientes.

Hasta nuestros días, la huella de aquel sobrenatural prodigio, que como llaga incurable y eterna aparecía en los muros, y como testimonio irrefutable de la maldad judaica y de la omnipotencia divina, era señalada á cuantos visitaban la antigua Sinagoga, permanecía inalterable, produciendo en el ánimo de todos los que la veían terrorífico efecto; pero el incendio que, cual he insinuado, ha destruído sin piedad aquel edificio, tan interesante en la relación histórica y en la artística, con sus lenguas de fuego devoradoras ha destruído también implacable la tradición, en cuanto se refiere á la «considerable abertura», que yo propio tengo vista. En pie, denegridos y grieteados, quedaron los muros, en los cuales existió, con apariencias de profundidad, la llaga; y aí ser pacientemente reconocidos por personas peritas en el arte de construir, no fué en la fábrica hallada señal alguna de conmoción ni de trastorno, conforme hubo de ser á la Real Academia de la Historia comunicado, y esta Corporación ilustre hizo público, insertando con loable imparcialidad en su *Boletín* la comunicación recibida. Y sin embargo: en Junio del año actual la *Asociación Nocturna* ha ido en peregrinación á Segovia para, según locución de los periódicos, «rendir pleito homenaje al Santísimo Sacramento, y *conmemorar el milagro del Corpus Christi* que tuvo efecto en la ciudad segoviana» (1).

Refiere el grave Herculano que, afligida Lisboa por el hambre y por la peste, la cual, desde el mes de Enero del año 1506, redoblaba en aquella ciudad su intensidad y sus horrores, hacíanse públicas rogativas implorando de Dios clemencia y misericordia. El día 15 de Abril «ordenou-se uma procissão de penitencia, que, saindo da igreja de S. Estevan, se recolheu na de S. Domingos, seguindo-se a celebração de preces solemnes». «Durante ellas o povo implorava com gritos a misericordia divina». «No altar da capella chamada de Jesus, havía na-

(1) *La Correspondencia de España*, número 16.919, correspondiente al sábado 4 de Junio de 1904.

quelle tempo um crucifixo, e no lado da imagem do Salvador um pequeno receptaculo, que servia de custodia a uma hostia consagrada». «No excesso da exaltação religiosa houve quem crêsse vêr ahi, e tal vez visse, uma luz estranha». «Espalhouse logo voz de milagre». «Ou que os dominicanos, aproveitando a illusão, realisassem artificialmente a supposta maravilha, ou que a credulidade, fortalecida pelos terrores da peste, predispusesse cada vez mais a imaginação do vulgo para vêr aquella singular clarão, é certo que ainda nos dias seguintes havia quem affirmasse divisa-lo perfeitamente». «Entretanto o voto mais commun era que essa maravilha não passava de uma fraude, e ainda muitos dos mais crentes suspeitavan que o facto existiria apenas nas imaginações escandecidas» (1).

«Durante quatro dias a crença no prodigio foi ganhando vigor. No domingo seguinte ao meio dia, celebrados os officios divinos, examinava o povo a supposta maravilha, contra cuja authenticidade rescresciam suspeitas no espirito de muitos dos espectadores. Achava-se entre estes um christão-novo, ao qual escaparam da boca manifestações imprudentes de incredulidade ácêrca do milagre. A indignação dos crentes, excitada provavelmente pelos auctores da burla (2) communicou-se á multidão. O miseravel blasphemo foi arrastrado para o adro, assassinado, e queimado o seu cadaver. O tumulto attrahira maior concurso do povo, cujo fanatismo um frade excitava

(1) «O qual (milagre) a parecer de todos era fingido»: Memorias Avulsas dos Reinados de D. Manuel é D. João III (Mss. contemporaneo), vol. 2 de Miscell. f. 120 v. na Bibliotheca de Ajuda. — «Ou a imaginação dos devotos se afigurou que lhe pareceo verem fogo é o lado do crucifixo»: Memor. Mss. da Ajuda f. 219. — Goes, Chronica de D. Manuel P., l. c., 102, diz confusamente o mesmo» (Nota de Herculano).

(2) «As Memorias Avulsas do Mss. contemporaneo dizem expressamente que neste dia o *mylagre foy mostrado per alguns frades*. As narrativas variam quanto ás expressões do incredulo. Segundo as Memorias Mss. da Ajuda elle perguntou: «*como havia um páu secco de fazer milagres?*» «Segundo Goes disse *que lhe parecia uma candea (véla) posta no lado da imagem*. Esta versão crêmo-la mais verosimil, porque, naturalmente, esse era o facto» (Nota de Herculano).

com violentas declamações. Dous outros frades (1), um com uma cruz, outro com um crucifixo arvorado, saíram então do mosteiro, brandando *heresia*, *heresia!*» Desde aquel momento el motín adquirió caracteres horribles: los conversos ó cristianos nuevos que discurrían por las calles, ignorantes de todo, eran asesinados, arrastrados y quemados, como también lo fueron algunos cristianos viejos, logrando parte de ellos salvarse con mostrar públicamente «diante dos assassinos que não eram circumcidados»; fueron asaltadas y saqueadas las casas de los conversos, pasados á cuchillo las mujeres y los ancianos, estrelladas las criaturas contra las paredes, y tal cúmulo de horrores fueron cometidos en aquel terrible tumulto, en el cual perecieron más de 1.500 personas, que causa espantó la lectura de lo que de él escribe Herculano (2).

De la tradición toledana da circunstanciada noticia en larguísimo letrero un lienzo, ya borroso y muy estropeado, que aún subsiste en la antigua Mezquita, *Ermita del Santo Cristo de la Luz;* y los autores, aun exceptuando que estas «narraciones» «no están suficientemente comprobadas ni consentidas», relatan «que allá á mediados del siglo VI, reinando el godo Atanagildo, existía» donde luego la Mezquita, una iglesia, sobre cuya puerta, según unos, y encima del altar, según otros, había un Crucifijo que era bastante venerado por los toledanos, y pasando por allí dos judíos de los muchos que había ya en esta ciudad, á quienes dan los nombres de *Sacao* y *Abisain*, prevalidos de que nadie los veía (pues aquel sitio estaba entonces extramuros, y muy solo en tales horas), les vino al pensamiento la sacrílega idea de ultrajar á la sagrada imagen, y lo ejecutaron, dándole un golpe en el costado con una pica que llevaban; apenas lo habían

(1) «Um destes frades, chamado Fr. Ivão Mocho, era português, e o outro, Fr. Bernarde, aragonês. Azenheiro, Chron. p. 333, e Memor. Mss. de Ajuda f. 219» (Nota de Herculano).

(2) Herculano: *Da origem e estabelecimento da Inquisição em Portugal*, t. I, págs. 143 á 149.

hecho, comenzó el Santo Cristo á derramar sangre en abundancia, y atemorizados los judíos quisieron destruir del todo la imagen; mas no pudiendo conseguirlo, la cogieron debajo de sus capas y se la llevaron á soterrarla en la cuadra de la casa de uno de ellos, que vivía donde ahora decimos la plazuela de Valdecaleros; pero como los cristianos que fueron luego á la iglesia echasen de menos el Crucifijo, comenzaron á buscarle, y por el rastro de sangre que desde el sitio del sacrilegio había ido goteando, siguieron de calle en calle hasta la puerta del judío, penetraron en la casa y descubrieron el escondite de la imagen, que el Rey mandó restituir á su sitio en procesión solemne, y los judíos fueron apedreados» (1).

Lorenzo de Sepúlveda, reformando algún tanto la tradición, incluyóla en sus *Romances nuevamente sacados de historias antiguas de la Crónica de España,* escribiendo:

«Atanagildo, rey godo,
De España el reinado había;
Hace bien por Jesucristo;
Gran creencia en él tenía.
Contaráse aquí un milagro
Que en su tiempo acontecía:
Un judío entró en un templo
Llamado Santa María;
En él está un crucifijo
Muy pequeño en demasía:
El judío lo firió
Con un dardo que traía,
Y á excusa de los cristianos,
So el vestido lo metía
Para quemarlo en su casa;
Mas cuando lo descubría,
Traía todos sus paños
Sangrientos de la ferida,
Que le dió al crucifijo:
¡Muy gran pavor le ponía!
No le osáva quemar,
Mas escondido lo había.

(1) Parro: *Toledo en la mano*, t. II, págs. 305 y 306.

Los cristianos no le hallan
Allí donde estar solía:
Hallaron rastros de sangre,
Y por el rastro se guían
Hasta dar en la posada
Donde el judío vivía:
Halláronlo por la sangre,
Que mucha estaba vertida.
Volviéronlo á la iglesia,
Y al judío lo prendían:
Vivo lo apedrearon
Por el delito que hacía» (1).

Otras versiones, pues no son las únicas las precedentes, dicen que no habiendo iglesia todavía en tal paraje, «estaba aquel Divino Señor en una esquina ó sitio público cerca de la puerta de la ciudad que llamaban *Agilana*»; que «la ermita la hizo luego construir Atanagildo, por la fama que dió á la imagen este ruidoso acontecimiento»; que no fueron dos, sino un judío, como en el romance de Sepúlveda, «el que cometió tan indigno desacato, y que, cual otro San Longinos, se convirtió á la fe de Cristo en vista del milagro de la sangre»; que «no hubo tal lanzada allí en su sitio, sino que robaron la efigie de Jesús y en la casa del judío hicieron la herida», y que «la veneración á esta antiquísima imagen se aumentó infinitamente después de tan singular suceso», de manera que «todo el mundo acudió á besar los pies del Crucifijo, y por eso los incorregibles hebreos, deseando vengar la muerte de sus dos correligionarios apedreados, aprovecharon otro descuido y untaron los pies del Cristo con un veneno muy activo, para que todo el que se acercase á besarlos le aspirase y muriera; sucedió, empero, que al aproximarse una mujer con tan piadoso objeto, la efigie retiró el pie para que no se lo besase, desclavándolo de la cruz tal como hoy en el día se conserva, cuyo prodigio

(1) Durán: *Romancero general*, t. X de la *Bib. de Aut. Esp.*, página 396, romance núm. 577.

llamó la atención como debía, y al explorar la causa que pudiera motivarle, se encontraron con el veneno» (1).

A la memoria acude, entre varias, otra curiosa tradición recogida por el asesor de la Inquisición de Zaragoza, Juan de Anchías, referente á la causa de la expulsión de los judíos en 1492. Insertóla al folio 75 del llamado *Libro Verde de Aragón*, que escribió en 1507, el cual manuscrito guarda la Biblioteca Colombina y dí yo á la estampa en la *Revista de España*: «E oydo dezir—expresaba—que lo que mouió á este Rey don Fernando á desterrar los judíos, fué lo siguiente:—Este Rey don Fernando tuuo un hijo, que se llamaua el infante don Joan; y el Rey tenía en su casa un judío por físico (médico), el qual llevaua al cuello una veta con un pomo de oro muy grande; y el príncipe, como era mochacho y se enamorase del pomo, pidióselo muchas vezes al judío, el qual reusaba de dárselo, y á la postre se lo dió; y el mochacho, quando lo tuvo en su poder, luego murió por ver lo que estaua dentro; y así, lo abrió: el qual abierto, hallóle en él un pergamino, *y en él pintado mi Señor Jesu Xpo en un crucifijo; y el perro del judío físico encima,* y *como que mi Señor Jesu Xpo lo estuuiese besando en el culo.*

»Fué tanto el sentimiento que el príncipe resçibió, aunque mochacho, que se yba consumiendo; y como el Rey don Fernando no tuuiese más hijo, y lo quisiese como padre, andábale preguntándole como padre lo que tenía, y dixéndole muchos regalos, y haziéndole muchas fiestas. El dicho príncipe de nada se agradaua, y assi el Rey tomó en muy secreto al dicho su hijo, al qual con promessas y ofertas que le hizo de qualquiera merced que pidiese, le contó y escubrió su enfermedad, y que no tendria salud ni contento, sino que en la misma hora mandase castigar fuertemente al judio, al qual el Rey mandó quemar vivo luego y en la mesma hora, y desterrar todos los otros judíos de España, ó que se hiziessen xpianos». «Este fué

(1) Parro: *Toledo en la mano,* t. II, págs. 305 á 307.

el motiuo y causa que los desterraron—escribe,—que verdaderamente trae razón». «Dios—concluye empleando una fórmula musulmana—sabe la verdad de todo» (1).

El docto D. Agustín Durán inserta con el número 1.324 de su *Romancero* (2) un largo romance del siglo XVII, anónimo y publicado en un pliego suelto de dos hojas, el cual lleva por título *El Judío de Toledo*. En él refiere el poeta que una señora de aquella ciudad, «hermosa, apacible y bella», pobre, pero de esclarecida nobleza, muy devota de la Virgen del Carmelo y de Jesús Nazareno, había contraído matrimonio con un joven, llamado don Juan, «tan virtuoso,

Tan inclinado á la iglesia,
Que hacía muchas limosnas
Casando muchas doncellas».

Tan felices eran, «que son dos cuerpos y un alma—según el afecto muestran»; pero toda aquella religiosidad del marido «es engaño visto». Y mientras la esposa, entregada á sus devociones no dejaba de rezar á la Virgen y á Jesús, él, esperando las tinieblas de la noche,

«Cuando en silencio estuviera
Su esposa y la vecindad,
Para usar más su vileza,
Se iba á un pajar que tenía,
Y de entre la paja mesma
Sacaba un Divino Cristo
En una cruz de madera:
Se encerraba en una sala,
Y con grande inobediencia
En aquel suelo lo echaba,
Pronunciando mil blasfemias,
Y con muy malas palabras,
Ofendida la pureza
De aquel Padre de la gracia,
Decía de esta manera:

(1) *Revista de España*, tomo CVI, págs. 567 y 568.
(2) Tomo XVI de la *Bib. de Act. Esp.*, pág. 355.

—Aquí, ¡engañador!, verás
Cuán poco valen tus fuerzas,
Y cómo te has de librar
De mi castigo y violencia.—
Nuestro Señor derramaba
Sangre tan divina y tersa,
Que los arroyos que corren
Ablandan las duras piedras,
Y con lastimera voz
Afablemente se queja
Aquel Rey de la verdad
Replicándole:—¿Qué ofensa
Contra ti he cometido,
Que con tu grande inclemencia
De esta suerte me maltratas?
¡Ay de ti, que te despeñas!»
.....

Cansado de injuriar al Crucifijo, volvía á esconderle en el pajar, y así prosiguió por espacio de tres años, observando «esta ley de infame secta»; pero tan ofendido quedó el Señor, que quiso al fin descubrir la maldad del don Juan, y una noche fué sorprendido por su esposa en aquella sacrílega tarea. Siguiéndole los pasos, le vió llegar al pajar, esconderse en la sala, y allí

«Oyó tan tremendos golpes,
Y que triste se lamenta,
Como un niño que lloraba
Y tiernamente se queja.
Con grandísimo cuidado
En el quicio de la puerta
Se puso á escuchar, y oyó
Todas las acciones mesmas;
Vió que la sangre corría,
Y que Cristo se lamenta».

Recogida al lecho, como si nada hubiera sabido ni presenciado, dejó que volviese don Juan; y así que le vió dormido, volvió al pajar, sacó la sagrada imagen, y procuró desagraviarla, tarea en que hubo de sorprenderla su esposo. Trabóse entre ambos porfiada querella, en la cual la esposa pretende

reducir al extraviado, quien lleno de cólera, y confesándose al fin judío, clavó seis veces la daga en el pecho de la dama, sacándole el corazón, y prorrumpiendo en blasfemias. Al ruido, acuden la vecindad y la justicia; delante de ellos se aparece la Virgen del Carmelo, vuelve á colocar el corazón en el cuerpo de la devota mujer, quien «se alzó ya sana y buena», mientras de las llagas del Crucifijo brota la sangre en abundancia. Reducido á prisión, en balde le exhortan á que se reconcilie con Dios, mostrándole el Crucifijo, que «imprudente desprecia», exclamando:

—Falso, engañador,
Me hacen fuerza que en ti crea,
Y yo no he de conocerte
Aunque condenado muera.
¿Es vuestro intento quemarme
En el fuego de una hoguera?
Así moriré yo mártir,
Pues usáis tanta inclemencia:
Allá tendré yo mis glorias,
Mis aplausos y mis fiestas;
Que quien muere de esta suerte
Es bien que premiado sea.

Murió con efecto en la hoguera el impenitente judío, y la esposa se retiró á un convento, siendo «monja descalza».

De otro milagro, contado y cantado en pliego también suelto, da noticia en su primera y segunda parte el romance titulado *Los Siete Judíos*, que lleva los números 1.325 y 1.326 de la colección de Durán. La acción se supone en Roma, y trátase del sacrílego escarnio hecho por siete judíos á una Hostia consagrada, el cual fué también castigado con la hoguera, siendo en realidad imposible, ni aquí lo pretendo, recoger todas las tradiciones referentes á actos de índole análoga ejecutados ya por los judíos, ya por los conversos, dando motivo ó á motines tan sangrientos como el de Lisboa en 1506, ó castigos tan terribles como el de la hoguera ó el de la lapidación, á que aluden algunas de las tradiciones citadas.

Suponiendo á la raza hebráica dotada por lo menos del

instinto de la propia conservación, y de buen sentido, no se me alcanzaba que estos escandalosos sacrilegios, cuya finalidad práctica se escapaba á mi juicio, fueran ejecutados por hombres que daban constantemente muestras indudables sobre todo de poseer gran sentido práctico, de utilidad y provecho para ellos. Desde luego, la tradición exageraba: el odio que inspiraban á los cristianos, ya por ser la raza judáica deicida, ya por los procedimientos de que se valía para allegar riquezas y tesoros, extremando la usura, tantas veces condenada por los cánones de la Iglesia y por las leyes civiles, ya por lo reservado y repulsivo de su carácter, ya también por la tiranía que ejercía por medio del dinero, por el monopolio acaso del comercio, y por la envidia que sus ocultas riquezas despertaba en el corazón de los que se decían cristianos, podía llevar y llevó en muchas ocasiones al extremo la imaginación de las otras razas, achacando á los israelitas dichos y hechos incomprensibles.

De cierto, que ante aquellas clases ilustradas y superiores, á las cuales pertenecían todos cuantos con su auxilio contribuyeron poderosamente al desarrollo de la cultura nacional en ciencias y en industrias, á nadie podía ocurrírsele satisfacer la pueril venganza insustancial de azotar un crucifijo en lugar apartado, herirle, maltratarle y llenarle de injurias, ni la de profanar una Hostia consagrada; pero si esto era así, y todo parece persuadir de ello, aunque menospreciados, robados á la continua, vilipendiados en todos sentidos, privados de sus hijos, como lo fueron en más de una ocasión, y forzados, por último, á confesar una ley en la cual no creían, no comprendía yo qué ganaban los judíos con todo aquello que piadosas leyendas cristianas, llenas de viva fe, les atribuían y siguen atribuyéndoles.

Por influjos pasionales de todo género, concibo la comisión y la perpetración de crímenes y de delitos, por abominables y sanguinarios que sean: los celos, la avaricia, el odio, el amor, el robo, la venganza, la bestialidad, han dado y darán siem-

pre contingente numeroso y crecido á la criminalidad, porque son humanos y porque de ellos reporta ó puede reportar el individuo utilidades, provechos ó satisfacciones momentáneos; pero, francamente, no concibo que por el gusto de ofender y de ultrajar las creencias de un pueblo, con actos ejecutados recónditamente y con el mayor misterio, donde nadie pueda verlos ni tener de ellos noticia, esto es, despojándoles de la publicidad, que es lo que pudiera servir de incentivo, halagar la vanidad y producir satisfacción, sean cometidos crímenes, algunos de los cuales aterrorizan. En este caso se hallan los sacrilegios atribuídos á los hebreos con las Sagradas Formas y con los Crucifijos.

Bien que la tenacidad, la avaricia, la avidez del oro, los prejuicios religiosos, la fe exagerada aun en las más extrañas tradiciones—lo cual constituye el fanatismo,—el espíritu de raza, la astucia y la doblez sean, según Lombroso, las características principales del pueblo israelita, no se ha de deducir que basten todas ellas á determinar en él acciones tan inexplicables, tanto más cuanto que gozan siempre de fama y reputación acreditadas respecto á condiciones intelectuales, de lo cual ofrece España en los tiempos medios ejemplos constantes. Si como protesta de su situación y de su estado político y social han de estimarse, presentábales ocasión de extremarla y hacerla pública la construcción de sus Sinagogas por lo menos, en las cuales, y contribuyendo á la decoración de las mismas, en frisos y arrabaês tallaban versículos de la Biblia; y sin embargo, mientras los artífices mudejares, mahometanos, á quienes la sociedad de los siglos XIII, XIV y XV confiaba la erección de templos y demás edificios para uso de los cristianos, protestaban de la dominación de éstos, tallando en frisos y arrabaês muchas veces versículos koránicos, cual lo atestiguan no pocos edificios toledanos de las épocas indicadas,—los hebreos, que en España no fueron constructores, y que pudieron en sus Sinagogas especialmente hacer escarnio de la ley de Cristo, jamás se permitieron libertad semejante.

Hay necesidad de reconocer que si en las clases superiores, que pudiéramos llamar privilegiadas, no tuvieron cabida ideas semejantes, á pesar del fanatismo común entonces á todos los individuos de la raza, ni ocurrió ni pudo ocurrir lo propio con las clases inferiores. De igual manera ha acontecido en todos los pueblos: la cultura y la ilustración, factores han sido poderosos para templar los apetitos y las pasiones, impidiendo degeneren en crímenes. Y si son registrados los archivos de la criminalidad, aun en la edad contemporánea, ha de advertirse que el contingente principal y más numeroso lo proporcionan las clases inferiores, faltas de educación y de cultura. La ignorancia ha determinado muchas veces la ejecución de crímenes que la razón condena, y aun el propio instinto repugna, y entre ellos no han de ser para olvidados los cometidos para proporcionarse ya las mantecas de seres humanos y hacer con ellas medicamentos que salvasen la vida de otros, ya la sangre de recién nacidos, y otras aberraciones de análoga naturaleza.

Caracteres de ferocidad ha revestido también la guerra: con espanto son leídas las páginas de la Historia que refieren las mutilaciones horrorosas de los cadáveres de los vencidos, lo mismo en la guerra de la Independencia que en las civiles de que ha sido víctima nuestra España en el pasado siglo XIX; y estos actos inhumanos, que acusan una barbarie inconcebible, que ningún provecho producían, no eran sino consecuencia del fanatismo y de la falta de educación en las clases inferiores, no siendo, por tanto, de extrañar que entre los judíos y los conversos de la Edad Media existieran desventurados que, careciendo de cultura, se entregasen á actos de igual ó parecida naturaleza, sin que esto impida ni dificulte que, en ocasiones, los crímenes achacados á los judíos tuvieran sólo realidad en el fanatismo de las clases inferiores cristianas, y, lo que es más triste, naciera la acusación del afán de apoderarse de las riquezas acumuladas, con buenas ó malas artes, por los israelitas.

Así, pues, si en mi ánimo la veracidad de los crímenes y

sacrilegios atribuídos á la raza hebraica en tradiciones, consejas y romances despertaba vehementes sospechas, recordando, como dice Murga, que «en uno de los Concilios de Toledo se prohibió que el Clero, las Comunidades ni ningún Cristiano pudiese dar en prenda á los Judíos imágenes ni objetos que sirviesen para el culto religioso» (1), lo cual no era menos sacrílego, y corriendo parejas con aquellos cuentos infantiles «sobre la cara que tienen los herejes y el rabo peculiar á los judíos», la lectura de uno de los procesos por la Inquisición seguidos á los perpetradores del crimen de La Guardia, concertado aquél en sus detalles con las tradiciones y con noticias de acontecimientos recientes y de índole igual ó parecida, me han persuadido de que en el fondo de cuanto se dijo hay un sedimento de verdad indudable, y de que se hizo injustamente responsable de estos crímenes á un pueblo, cuando sólo debían serlo, y lo eran, algunos de los individuos de él, por su falta de cultura evidente.

(1) *Algunas palabras sobre las razas que habitan en Marruecos*, página 131. Murga, con el gracejo que le es habitual, añade: «Hace ya muchos años, en tiempo que no pensaba viajar por Berbería, me ocupaba de Historia, y recuerdo haber leído algunas de las cantidades por las que fueron empeñados cálices, patenas y crucifijos en manos de los judíos de Toledo. Siento no recordarlas, para poder comparar el precio en que se estimaban algunas de las copias por los descendientes de los que dieron tan poco por el original. Judas recibió 30 *siclos* de plata en cambio de su traición. El *siclo*, según los concienzudos cálculos de M. Saigey en su obra *Problemes d'arithmètique et exercices de calcul*, equivalía á 3 francos y 31 céntimos, lo que da, para el equivalente de los 30 *siclos*, 99 francos y 30 céntimos ó, lo que es lo mismo, 377 Rvn. y 34 céntimos de nuestra moneda». Murga escribía antes de la reforma monetaria hecha por la Revolución, que es la que hoy rige; hoy, al cambio que alcanzan los francos, los 30 *siclos* equivaldrían á 127 pesetas, ó sea 508 reales vellón. «La efigie más mala de la más humilde iglesia de lugar—agrega—vale otro tanto, si es que no mucho más; y no pocas cabezas de bandidos y de conspiradores, tenidos por héroes entre las gentes de su partido, hemos visto pregonar en nuestros días á precios más elevados». Alfonso X, en la ley III, título XIII de la Partida V, declaraba: «Santas cosas et sagradas et religiosas, asi como la eglesia, et los monimentos et las otras cosas semejantes non las pueden los homes rescebir á peños nin se pueden obligar».

Hablando de los judíos, hace pocos años, un misionero apostólico, dice de ellos, no sin exageración, que en su «inmensa mayoría... no creen en nada y profesan el ateísmo más descarado, pero sin dejar por eso de predicar, cuando las circunstancias lo permiten, todas las supersticiones de su secta». «Dios es el dinero—se les oye decir,—y el diablo las miserias, y esta horrible blasfemia la profieren con frecuencia; de aquí nace—afirma—el que el judío, no creyendo nada, se avenga en lo exterior con todas las sectas, cuando de profesarlas pueden traerle algún beneficio; y viven como católicos en España, como protestantes en Francia, como griegos en Atenas y como musulmanes en Constantinopla, etc.; pero en el fondo el judío nada de eso cree, y sí abriga un odio mortal al catolicismo y profesa un desprecio profundo al mahometismo, conservando en sí las máximas del Talmud».

Entenebrece más aún esta pintura, de cuya exactitud en mucha parte recelo, cuanto añade el misionero á quien aludo, para quien «los israelitas son de un carácter reservado, y su vivir misterioso»: «la casa de un hebreo—escribe—está cerrada á las frecuentes visitas, y jamás manifiestan las misteriosas supersticiones en que son iniciados...; sus secretos los trasmiten de padres á hijos, de generación en generación, y apenas los hubiéramos descubierto á no ser por algunos israelitas convertidos». «Blasfemias horribles contra el Cristianismo, odio eterno contra todos los que no pertenezcan al pueblo judaico, maldiciones contra los que abandonan la creencia del Talmud, mil supersticiones practicadas en el hogar doméstico, juramentos de hacer todo el mal posible á todo el que no sea hebreo: tales son—asegura—los secretos de la secta israelítica».

«De esta manera—prosigue—los infelices aprenden á odiar á quienes no conocen, desde sus más tiernos años.» «De vez en cuando, no dejan de cometer la barbarie de extraer la sangre de algún niño cristiano para celebrar su Pascua; y aunque algunos de éstos lo tienen por fábula, y los hebreos se empeñan en negarlo, los ejemplos de Trento, Damasco, Antio-

quía, y en Alejandría este mismo año (el de 1880), confirman la creencia general de que los hebreos comercian con sangre de cristianos; yo, por mí mismo, vi y examiné al niño que mataron en Alejandría, y le habían abierto las venas de las muñecas y una bajo la barba para extraerle la sangre. La cosa fué tan notoria y pública que la ciudad se alzó en casi revolución por tres días contra los malvados hijos de Israel; pero éstos taparon la boca á la justicia con las libras esterlinas, compraron á la tropa que fué del Cairo, al patriarca griego-cismático, para que metiese la paz entre los de su nación, puesto que el niño muerto pertenecía á ellos; dícese que al patriarca esta mediación le valió 2.000 libras esterlinas, y el barón Minasci, el principal hebreo de Egipto, dicen que dió más de 5.000 libras para que se encubriese tan horrible acción. Yo sé de un cónsul que mandó, por orden de su Gobierno, sacar tres copias en fotografía del niño desangrado, y de ellas fueron mandadas: una al Gobierno de Rusia, otra al de Italia (bastante interesada en el asunto) y la tercera al de Alemania. El cliché se conserva... Este caso aislado no hace regla general, dirán los hebreos; yo en esto no entro: la Historia consigna los hechos, y ¡ojalá en este asunto no fuesen tan múltiples y claros!» (1).

De que entre la muchedumbre indocta de la que llamaba Gonzalo de Berceo, á principios del siglo XIII, «mesnada hebrea», fué acostumbrado cometer crímenes como el de Alejandría, testimonio ofrece de irrebatible fuerza en la centuria mencionada por medio de Alfonso X el Sabio, á quien no puede tildarse de enemistad hacia la grey judaica, la ley II, título XXIV de la partida VII, en la cual ingenuamente declaraba el regio cantor de la Virgen que «oyemos decir que en algunos logares los judios ficieron *et facen* el dia del viérnes santo remembranza de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, en

(1) P. Hugolino Masiá y Lucas, misionero apostólico, *Los ritos orientales* (Madrid, 1883), págs. 281 á 283.

manera de escarnio, *furtando los niños et poniéndolos en la cruz*», crimen horrible que la ley castigaba ordenando «matar muy aviltadamente» á cuantos en él intervinieran. No era, sin embargo, éste el único sacrilegio que en odio á la religión cristiana cometían los judíos, pues así Gonzalo de Berceo, ya mencionado, como el piadoso nieto de doña Berenguela, el primero en uno de los *Milagros de Nuestra Sennora*, y el segundo en el citado Código, que inmortaliza su memoria, guardan la de otros no menos reprobables y punibles.

Cuenta, con efecto, Berceo, en el Milagro XVIII, que estando celebrándose en la Catedral de Toledo la fiesta de la Virgen de Agosto, en que oficiaba el arzobispo, oyóse «una voz de grant tribulaçión», «dolient e querellosa», que venía del cielo y era de la propia Madre de Dios, «por ond fo perturbada toda la proçesion»; la voz decía, según el poeta:

«Oid..., christianos, una estranna cosa:
La *gent de iudaismo* sorda e çegaiosa,
Nunqua contra don Xpo non fo más porfiosa.
«Secundo que nos diçen las santas Escripturas,
Ficieron en don Xpo muy grandes travesuras:
.....
»Los que mala naçieron *falssos e traydores*,
Agora me renuevan los antigos dolores;
En grant priesa me tienen, é en malos sudores:
En cruz está mi fijo, luz de los peccadores.»

Cuando cesó la voz, el arzobispo, dirigiéndose á los fieles, asombrados, exclamaba:

«Sepades que iudios façien alguna cosa
En contra Jhu Xpo, fijo de la Gloriosa»;

é incitándoles á averiguarlo sin pérdida de tiempo, para castigar el sacrilegio, añadía:

«Vaiamos á las casas, esto non lo tardemos,
De los rabís maiores, ca algo hallaremos:
Desemos los iantares, ca bien los cobraremos;
Si non, de la Gloriosa mal rebtados seremos.»

«Moviéronse los pueblos, toda la cleresía;
Fueron á muy grant priesa para la iudería;
Guiólos Jhu Xpo e la Virgo María;
Fo luego escubierta la su alevosia.
»*Fallaron en na casa del rabí más onrado*
Un gran cuerpo de çera, commo omne formado,
Commo don Xpo sóvo, sedie cruçifigado
Con grandes clavos preso, grant plaga al costado.
»Quanta fonta fiçieron en el nuestro Sennor,
Allí la façien toda por nuestra desonor.»

La ley de Partida, luego de hablar de los hurtos de niños y de la crucifixión de éstos, recordaba no limitarse á ello solamente los judíos para escarnecer la Pasión de Jesucristo y la religión, pues también hacían «imágenes de cera», crucificándolas «quando los niños non pueden haber», ordenando la ley VI, título XXVIII, de la misma Partida, «á todos los judíos... de nuestro señorío, que ninguno de ellos non sea osado de *denostar á nuestro señor Jesucristo* en ninguna manera que seer pueda, *nin á santa María* su madre, *nin á ninguno de los otros sanctos*, nin de facer de fecho cosa ninguna contra ellos, así como *escopir contra la cruz, nin contra el altar nin contra alguna magestad* que esté en alguna eglesia ó á la puerta de ella, que sea pintada, ó entallada é semejanza de nuestro señor Jesucristo, ó de santa María, ó de alguno de los otros santos ó santas: nin sea osado de *ferir con mano*, *nin con pié nin con otra cosa ninguna* en alguna destas cosas sobredichas, nin de *apedrear las eglesias*, nin de facer nin de decir otra cosa semejante destas, paladinamente en desprecio nin en deshonra de la fé de los cristianos».

Claro es que cuando el legislador consignaba estos hechos, no en conjunto, sino en detalle, era porque habían acontecido, y prevenía para el porvenir los que ocurrir pudiesen; y bien que no determinaba la pena en la cual incurrían quienes de tal suerte procedieran, establecía con benévolo criterio que «qualquier que contra esto ficiere, *escarmentárgelo hemos en el cuerpo et en el haber*, según entendiéremos que lo meresce por

el yerro que ficiese». «Ca guisada cosa es et derecha, que los judíos..., á quien nos consentimos que vivan en nuestra tierra non creyendo en nuestra fé, que non finquen sin pena si denostaren ó ficieren alguna cosa de fecho paladinamente contra nuestro señor Jesucristo, ó contra santa María su madre, ó contra la nuestra fé católica, que es tan santa cosa, et tan buena et tan verdadera».

No es menos evidente, dado el carácter universal de la ley —la cual también se refería á los mudejares,—que si el legislador obligado estaba á prevenir los acontecimientos, el propio Alfonso X, dando acceso hasta su persona á los hebreos, utilizando su concurso en las empresas científicas por él realizadas, encomendándoles parte muy principal en ellas, y por este camino, atento como nadie al desarrollo de la nacional cultura, ni sospechaba ni podía sospechar de aquellos judíos que tan poderosamente contribuyeron á los fines perseguidos por tan celebrado monarca, y cuya ilustración y cuya ciencia les apartaba de los groseros procederes, de los errores y de las supersticiones á que tan dada era la indocta muchedumbre israelita.

Mas, sea como quiera, de la lectura y del examen de uno de los procesos, el único existente, seguidos á consecuencia del horrible crimen del Niño de la Guardia, á quien se ha dado con error el nombre de Cristóbal, así como de las noticias consignadas en otros documentos, cuya copia tengo á la vista, resulta que el lunes 7 de Mayo de 1487 la santa Inquisición de Toledo celebró un auto de fe «en que sacaron á quemar veintitrés personas, catorce hombres y nueve mujeres», entre quienes «yva *un canónigo de Toledo*, clérigo de missa, del qual se dixeron en su proçeso cosas abominables de heregías que avía fecho» (1); que, pregonado ocho días antes el auto, «fué ayun-

(1) De dicho canónigo, converso, dice el documento «que traya una cruz, fecha en la camisa, *en la derecha del posadero*; é confessó por el tormento que quando çelebrava, en lugar dezir las palabras de la consa-

tada mucha gente que vino de las comarcas» á presenciarlo, asistiendo á él, por aventura, el judío Mosé Franco, vecino del Quintanar, y el converso judaizante Juan Franco, en unión de otros judíos y conversos, vecinos de la villa de La Guardia, que era del arcedianato de Toledo, del Quintanar y de Tembleque, todos ellos gente de escasa ilustración, como dedicada á las faenas del campo, ó á oficios y menesteres de no mayor categoría social, por cierto.

Dolióles vivamente, en lo más hondo de su sér, el terrible espectáculo, el cual, con el ofrecido por otros autos de reconciliación verificados antes con multitud de conversos, y en uno de los cuales fué *sambenitado* y «sacado á la vergüenza» el vecino de La Guardia, Alonso Franco,—era amenazador anuncio de la época de intransigencia que de tal manera se inauguraba, y de la suerte que podían esperar cuantos pública ó privadamente practicaban la ley de Moisés en el reino. Sojuzgados, pues, por el terror; impelidos por el odio que abrigaban contra los cristianos, sus dominadores y sus verdugos; por la influencia malsana de las cábalas y las supersticiones que han señoreado y poseído siempre los espíritus incultos y persevera en la grey judáica, y exasperados y sobrexcitados por lo que habían llenos de espanto visto, parece ser que el judío y el converso, es decir, Mosé Franco y Juan Franco, hubieron de tratar secreta y misteriosamente «sobre esto muchas cosas», y en particular de los medios por los cuales se habían de librar de la ensañada persecución con que les afligían los inquisidores, ministros ardorosos de un Tribunal recientemente ins-

graçion, dezía *Sús, periquete, que os mira la gente...*» E despues vistieron al dicho canónigo commo para dezir missa, é allí un obispo desgraduóle; é despues de todas las vestiduras tiradas, le vistieron un sanbenito amarillo, é le pusieron una coroça en la cabeça, é le ataron de la forma que á los otros trayan», y por último, llevaron á todos á la Vega, «donde fueron quemados ellos é sus heregías con ellos». Verdaderamente que si el canónigo llevaba la cruz donde dice el documento, y en el acto de la consagración pronunciaba las palabras que se le atribuyen, bien merecida tuvo la hoguera, tanto por hereje como por tonto.

tituído, la cual arreciaba de modo que no perdonaba ya ni á los difuntos, cuyos huesos eran también quemados en la hoguera.

Y como no había en realidad, fuera de la fuga por muchos preferida, recurso humano bastante eficaz y poderoso para evitar las persecuciones, después, sobre todo, de la fracasada conjuración urdida por los conversos toledanos para solemnizar el día del *Corpus Christi* de 1485 con el asesinato de los inquisidores y de la clerecía (1),—fuéles preciso acudir á otros arbitrios sobrenaturales á fin de conseguir su intento, valiéndose de hechizos y conjuros, á que tan dados eran, y en los cuales fueron los judíos maestros. Así, pues, perfectamente poseído sin duda de la virtud incontrastable del recurso á que pretendía apelar, y cegado por la superstición, el hebreo Mosé Franco manifestaba convencido al converso que «pudiéndose haber un corazón de un muchacho cristiano, se podía todo remediar», conforme apetecían, y su seguridad imperiosamente reclamaba.

No eran perdidas por aquellos desalumbrados é ilusos, á quienes el miedo trastornaba, las palabras pronunciadas por el judío Mosé, las cuales constituían muy terrible amenaza por sí solas; y consultado seguramente el caso con Maestre Yuça Tazarte, «físico», celebraron con éste algunas y muy secretas entrevistas para el «concierto», en lugar apartado, lo cual hacían así para que no se enterasen sus mujeres, pues muchos de ellos, conversos, se habían con cristianas viejas casado, á fin de fingir mejor, y no se fiaban de ellas. Verificábanse dichas reuniones y conciliábulos «en unas cuevas questán entre Dos-Barrios y La Guardia, en el camino que va á Ocaña, apartado en cuesta de la horca», ó como en otra parte del proceso se dice, «en una cueva, que está entre La Guardia é Dos-Barrios,

(1) Parece que la conjuración debió ser general entre los conversos, pues en 15 de Septiembre de aquel año fué por ellos muerto en la Seo de Zaragoza el canónigo inquisidor Pedro de Arbués, venerado cual mártir en los altares.

que está apartada un poco del camino á la mano derecha yendo de La Guardia á Dos-Barrios», la cual era llamada de *Carreocaña,* y en ella, temerosos de la Inquisición los Francos, habían hecho antes de ser «sacado á la vergüenza» en Toledo Alonso Franco, ciertos «fechisos» con una hostia consagrada, «para que los inquisidores non extendiesen nin podiesen faser mal» á los Francos, «é si contra ellos procediese que moriesen».

Manifiesta la ineficacia del «fechiso» hecho con la hostia consagrada, pues Alonso Franco fué penitenciado en 1487, habían los dichos Francos acudido de nuevo á la sabiduría de Maestre Yuçá Tazarte, judío, «para que les fesiese otra cosa más fuerte, pues lo de la hostia non avia aprovechado»; y apremiado el Yuçá, que debía ser un embaucador ladino, díjoles entonces «que trabajasen por aver un niño christiano», concertando así las palabras de Tazarte con las de Mosé Franco, según se desprende de las declaraciones del proceso, si no son versiones distintas de un mismo hecho: que todo podría ser, dadas la vaguedad y la confusión intencionadas, producidas por los procesados. En aquel nefando «concierto», demás del dicho Yuçá Tazarte, entraban Ça (Isahak) Franco, Mosé (Moisés) Franco, Yucé (José) Franco, David de Perejón, judíos vecinos de Tembleque, y Alonso Franco, García Franco, Juan Franco, Lope Franco, Juan de Ocaña y Benito García, conversos y vecinos de La Guardia.

Confiada á Juan Franco la comisión de proporcionar la criatura que para el nuevo y más poderoso conjuro había Tazarte pedido,—hasta mediados del año 1489, según parece desprenderse de las declaraciones que en el proceso del judío Yucé Franco figuran, no le fué posible apoderarse de ningún niño cristiano. Era ya por «quaresma é antes de pascua florida», y en uno de sus viajes á Toledo, á la caída de la tarde, vendida la «carretada de trigo» que había llevado, Juan «se fué á un bodegón», y encontró en la calle un niño «que sería de hedad de tres ó quatro años poco más ó menos». Es-

taba la desventurada criatura á la puerta de una casa (1), y halagándole y regalándole (2), llevóle sin contratiempo consigo en su carreta, llegando ya de noche á La Guardia, no sin haber «ascondido al dicho niño... èn *la hos* de La Guardia», que era «una dehesa en la ribera de Algodor» (3), donde permaneció aquél «un día, fasta la noche que lo crucificaron».

A la noticia de haber logrado el converso Juan Franco apoderarse de la víctima, congregábanse judíos y cristianos

(1) «En el original se escribió primero *á puerta de su madre*, tachándose luego *de su madre*, é imponiéndose *un* entre *á* y *puerta*» (Nota del P. Fita). En la diligencia de careo verificada el 14 de Noviembre de 1491 entre don Ça Franco, Yucé Franco, Benito García, Juan de Ocaña y Juan Franco, se dice, sin embargo: «Iten, asimismo los dichos iohán franco é benito garçía se concertaron, y el uno conosció al otro, y el otro al otro, quel día quel dicho johán franco tomó al dicho niño en toledo, que dicho benito garçía se falló asimismo en toledo; y amos á dos concertaron que cada uno buscase al dicho niño por su parte, cómmo y dónde mejor podiese; é quel dicho benito garçía demandó al dicho johán franco en aquel mismo día un real, é non gelo dió, é dixo que non lo tenía». «Y ende se partieron á buscar al dicho niño cada por su parte; y el dicho iohán franco dixo que estonce *tomó el dicho niño de la puerta del perdón* (de la Catedral), commo dicho é confesado tiene en sus confesiones». Resulta, pues, que de los informes de los procesados no puede deducirse con entera claridad lo cierto, aunque esta última deposición no carece de visos de verosimilitud, para ser admitida. En otras declaraciones se había dicho que en aquel tiempo «sonó que en *lillo* se avia perdido uno (un niño), é otro en la guardia avia ido con un tío suyo á las viñas, é despues nunca avia parescido. É que los dichos francos ivan é venían á murcia, é que podría ser que de allá ó del camino podrían traer algund niño, é que ninguno lo supiese; por que ivan é venían con carretas é traían botas de sardinas, é algunas dellas vasías». El procesado Juan de Ocaña, en 20 de Octubre de 1491, preguntado «que de dónde ovieron el dicho niño que crucificaron», respondía «que mosé franco judío, defunto, le traxo al dicho niño del *quintanar* fasta tenbleque montado en un asno». «El qual niño *era fijo de Alonso martín del quintanar*, segund desía el dicho judío».

(2) El original dice «é le diera un *nuédago*».

(3) «La dehesa existe, con efecto, sobre la ribera izquierda del río Algodor, en el camino antiguo de Mora á Tembleque». «Hoy se llama *Casa de Cuartos* ó *Cuartos de la Hoz*, y tiene á su lado un molino y un puente» (Nota del P. Fita).

nuevos en la cueva de *Carreocaña*, ya cerrada la noche del día siguiente al del rapto. Antes de conducir allí al inocente, el físico Yuçá Tazarte exigía á los «concertados» «que todos fesiesen juramento que todo lo que allí se avia de faser é se faría, todos los susodichos é cada uno dellos lo toviesen se creto, é non lo podiesen revelar por cosa del mundo, fasta estar un año cumplido en presiones de inquisición, preso por ello; é si acaso fuese que en tormentos lo confesasen, que despues de salidos del dicho tormento non persisterían en tal confesión, antes lo negarían». Prestado el juramento conforme don Yuçá dejaba indicado, fué el pobre niño conducido á la cueva, la cual, por estar en ella «candelas de cera blanca ascendidas» para que la alumbrasen, tenía «atapada la puerta... con una capa» ó una manta, «porque la lus non saliese fuera».

Con dos toscos maderos que habían previamente llevado de Santa María de Pera, de los cuales un «era de un cabrío» y el otro «de una rabera de un exe de una carreta», tenían hecha ya aquelles malvados una cruz, asegurados los dichos maderos «con una soga desparto». Asiendo luego de la criatura, que debió contemplar sin darse cuenta de ello tales preparativos, desnudábanla por completo de sus míseras ropas, y extendiéndole «en cuero é la cabeça fazia arriba» sobre la cruz de tal suerte formada, «primeramente ataron los piés é las manos al dicho niño con la dicha soga», «é lo bofetearon, é mesaron, é açotaron», cosa ésta que hizo el converso Lope Franco con otras sogas de esparto, y le «escupieron é le pusieron unas aulagas espinosas en las espaldas é en las plantas de los piés», al mismo tiempo que otro converso, Benito García, con «unas yervas espinosas» que buscó fuera de la cueva, hizo «una guirnalda redonda, á manera de *chapereta*, é la puso en la cabeça del dicho niño».

Después «le enclavaron los piés y las manos con clavos»; y como el inocente, á quien «fesieron otros muchos vituperios», llorase á grandes y agudos gritos, que sobresaltaron á sus im-

placables verdugos, mientras el converso Alonso Franco (1) le abría «las venas de los brazos amos á dos... é le dexó estar así un buen rato, más de media hora, desangrándose», otros le ahogaban para sofocar sus lamentos, los cuales, si eran oídos fuera, podrían poner á todos en peligro. Recogía el dicho Alonso Franco «la sangre del un braço en un caldero de alanbre, é la sangre del otro braço... en una *altamía* (2) amarilla, de las que se fasen en Ocaña toscas», en tanto que los judíos don Ça Franco, «é Yuçe Franco é Mosé Franco», sus hijos, «é maestre Yuça Tazarte é don David de Perejón... le davan bofetadas é repelones», exclamando «especialmente... quando le açotavan: *A este traydor, engañador, que quando predicava, predicava mentiras contra la ley de Dios é contra la ley de Moysén: é agora pagarás aquí las cosas que dezías en aquel tienpo... que pensaste desfaser á nosotros é ensalçar á tí; que más mal has de aver aún questo; que pensaste destruir á nosotros é destroiremos á tí, commo á falso engañador*», palabras que repetían los conversos, «respondiendo á los dichos judíos».

«Estando así el dicho niño», el cristiano nuevo Juan Franco «le fincó un cochillo por el costado», el cual cuchillo era «de un palmo, destos *bohemios*» (3), y García Franco, también converso, le sacó el coraçón por debaxo de la ternilla, é le echó en el dicho coraçón un poco de sal». Muerta ya, desangrada, escarnecida y de todas suertes vilipendiada la criatura, con cuyo corazón proyectaban aquellos fanáticos y feroces secta-

(1) En otra declaración, la de Juan de Ocaña, se dice que el judío «Iucé Franco traía un *canivete* (cuchillo) chequito: é que se llegó al dicho niño estando crucificado, é le sacó sangre del braço con el dicho cochillo».

(2) «Taza ó escudilla en que cabe la porción de caldo ó potage que cada uno se come», según los glosarios; es voz arábiga formada de *ath-thaâmia* (v. el *Glosario* de Eguílaz Yanguas). Dozy entiende por ella «écuelle de erre vernissée», y con error deriva la palabra de la de *as-solthanía*, equivalente á la real.

(3) «*Gumia*, portugués *gomia*, catalán *bomio*, daga ó puñal corvo» (Nota del P. Fita).

rios hacer el «fechiso» ó conjuro que había de librarles de las persecuciones de la Inquisición, desataron y desclavaron el cuerpo del mártir, y cogiéndole Juan Franco por los brazos, y García Franco por los pies, sacáronlo de la cueva, dándole tierra en el valle de La Guardia que «viene por el arroio descorchón» (1), «cabe Santa María de Pera», según otro procesado; Lope Franco llevaba el azadón con que fué cavado el hoyo, y además la sangre, que parece hubo de ser vertida en la sepultura, quedando el corazón en poder de Alonso Franco.

Para asegurar más todavía la eficacia salvadora del conjuro que debía hacer el físico judío Tazarte con el corazón del niño, convinieron aquellos desalmados en aplazar el «fechiso» hasta disponer de una hostia consagrada, de la cual se hacía al fin Alonso Franco, tomándola en la iglesia del Romeral de la custodia, con lo que, quince días después de haber tan impíamente crucificado al niño, judíos y conversos se reunían de nuevo con el mayor sigilo en la propia cueva, trayendo «allí Alonso Franco el coraçón del dicho niño, é una hostia consagrada en una caxeta». Hizo de ambas cosas entrega á maestre Yuçá, «é se apartaron á un rincón de la cueva para faser cierto conjuro que faría el dicho maestre Yuçá», conjuro de cuya eficacia nada dicen los procesados; pero de la cual nada tampoco obtuvieron segura y naturalmente, en contra de lo que esperaban y se prometían.

Porque lo cierto era que en tales «fechisos» confiaban aquellos á quienes en rigor sólo puede darse el dictado de salvajes, para conseguir, por su virtud sobrenatural y misteriosa, «que todos los inquisidores é otras qualesquier justicias é personas que quesiesen faser mal» á los conversos judaizantes y á los judíos, «moriesen rabiando», y el Maestre Yuçá, como hombre de mayor entendimiento, aseguraba y les hacía creer que por aquel medio «avian de morir todos los christianos ravian-

(1) «Hoy se llama *Cedrón*; pero el nombre antiguo *Escorchón* perseveraa en el del camino contiguo» (Nota del cit. P. Fita).

do, ó se avían de tornar judíos, é que los judíos solos avían de quedar en el mundo; é que así avía de perescer la ley de Ihesu Christo é enxalçarse la ley de Moysen», con lo cual ellos serían libres y poderosos.

Tal y tan grande en los crueles verdugos del inocente niño toledano, que por de La Guardia es conocido, debía de ser la ansiedad por verse definitivamente libres de la amenaza constante que sobre ellos pesaba por parte de la Inquisición, como para que ante la ineficacia del conjuro hecho con el corazón de la criatura y la hostia consagrada de la iglesia del Romeral, tornaran impenitentes á instar al físico Tazarte procurase nuevo arbitrio y manera de conseguir sus propósitos. No hubo acaso de agradar al ladino hebreo la insistencia de los desalmados ilusos, quienes de su ciencia desconfiaban ya en vista de lo acontecido; y ó declarándose ante ellos impotente, ó deseoso de alejarlos, proponíales hacer nuevas experiencias, aunque no por él, siempre que al corazón del niño sacrificado agregasen otra hostia consagrada, pues la primera, facilitada por Alonso Franco, no servía.

A su cargo, sin vacilar, tomaba este converso—á quien personalmente escocía el haber sido por la Inquisición «sacado á la vergüenza», según queda dicho—la empresa de proporcionar como la otra vez la hostia requerida para el conjuro. Por aventura, sacristán era á la sazón en la iglesia de Santa María de la villa de La Guardia, un sobrino del Alonso, llamado Juan, hijo de Gómez de Alcázar, vecino de la dicha villa, y á él hubo de dirigirse desde luego por dos veces, rogándole del modo más afectuoso posible «le diese *dos hostias* consagradas», á cambio de las cuales no sólo le ofreció «un capús y dineros», sino que le hizo otras varias y halagadoras promesas, pues «le avía de faser muchos bienes».

No se mostró el sacristán todo lo propicio que su tío el Alonso Franco deseaba, la primera vez que le habló de esto en la plaza de la villa, hacia Noviembre de 1489. Instando segunda vez con nuevos y mayores prometimientos, cerca del

Hospital de la Cruz del lugar referido, y, á lo que parece, acompañado Alonso de Benito García el cardador, á quienes tenía por buenos cristianos, decíanle á los reparos que él ponía que, ciertamente, «era pecado dar la dicha hostia consagrada de aquella manera, mas que non era heregía, é que cualquier confesor podía absolver de aquel pecado»; y como les preguntase para qué querían la hostia, y qué iban á hacer con ella, el Benito García procuró tranquilizar la conciencia del simple sacristán, manifestándole «non curase de lo saber, que non se avia de faser con ella mal ninguno, salvo que les avía de venir mucho bien» por ello. Vencido al fin por los halagos y las promesas, prometía por su parte proporcionar el sacristán las dos hostias, las cuales habían de ser entregadas al Benito García, según le rogó Alonso Franco lo hiciese; y así concertados, buscó el Juan Gómez ocasión para satisfacerles.

Tenían los clérigos de Santa María la costumbre de dejar las llaves del Sagrario en un poyo de yeso que había cerca de él; y tomándolas de allí á hurto,—el sacristán, á hora conveniente y escogida de la noche, en presencia del citado judío converso Benito García, que le acompañaba, abría el Sagrario, donde no encontró sino dos hostias consagradas, por lo cual «tomó la una hostia y dexó la otra», sin duda temeroso de que si se apoderaba de las dos, podría ser más fácilmente advertido el sacrilegio. Dióla en seguida al Benito con otra no consagrada, haciéndole entrega además de las llaves del Sagrario, las cuales tuvo en su poder aquél «obra de un mes, poco más ó menos» (1), sin que por servicio semejante «nunca le dieran nada» de lo que prometido le tenían.

(1) En la declaración prestada en Ávila á 18 de Noviembre de 1491 por el sacristán, no está claro qué llaves fueron las que aquél entregó á Benito García. La pregunta y la respuesta dicen: «Preguntado este confesante si dió la dicha hostia consagrada al dicho benito al tienpo que le dió *las llaves de la iglesia* al dicho benito é si andovo con ellas tres dias, commo dicho tiene, ó si fué antes de aquel tiempo ó despues, dixo que dió la dicha hostia consagrada al dicho benito garcía, *después quel dicho benito garcía se fué con las llaves de la dicha iglesia*, commo dicho tiene,

En posesión ya de la hostia, reunidos judíos y conversos medio año después del martirio del Niño de La Guardia en un sitio llamado *Sorrostros*, entre Tembleque y La Guardia, acordaron de enviarla á Zamora, juntamente con el corazón del mencionado niño; con tal propósito, fué «enbuelta [la hostia] en un pergamino, é atada con un filo de seda colorada ó morada», y así dispuesta, la entregaron á Benito García... con una carta escripta en judiego», trasladada después en «romance, porque caresciese de suspeción» si se la hallaban. El García había de llevar la hostia á Zamora, y darla allí á un judío llamado Mosé Abenamias, amigo de Yuçá Tazarte, y en la carta donde «avía de desir» que le enviaban la hostia, decía que le enviaban una vara de paño. Abenamias, por su parte, debía entregar la hostia á «un sabio para faser los fechisos», el cual sabio y el físico Yuçá «avían estudiado juntamente en una escuela».

Partió el García con el encargo; pero habiendo ido á Santiago de Compostela antes, al tomar el camino para Zamora, se detuvo en lugar cerca de Astorga, «é estando en un mesón, estaban en él unos borrachos, é le tomaron é cataron el fardel, é ende le fallaron la hostia, é gela tomaron, é unas yervas, é otras cosas que traía en el fardel; é que dixeron: *Este, hereje es*». Por más que procuró sincerarse, no pudo conseguirlo, «é por aquello le prendieron, é... le atormentaron é le dieron más de dozientos azotes», conduciéndole á Astorga «con una soga á la garganta», y entregándole allí al doctor Villada, que era provisor del obispado, «é que ende le fesieron desir lo que sabía é más de lo que sabía, y con que le que-

obra de un mes, poco más ó menos». Yucé Franco, en la declaración prestada el 9 de Abril de 1491, decía: «que maestre yuçá tazarte, físico, defuncto, vesino de tembleque, le dixo... quel dicho judío físico avía rogado á benito garcía vesino de la guardia..., que le hoviesse una hostia consagrada de la iglesia; é *quel dicho benito garcia furtara las llaves de la iglesia de la guardia é las tudo dos dias ascondido en la ribera de tejo* (el Tajo); é quel dicho benito garcia le avia dado la dicha hostia al dicho judío físico».

masen», pues con efecto, «el perro del doctor le avía dado dosientos açotes... é un tormento de agua, é en otra noche dos garrotes, fasta que le fiziera conoscer con qué le quemen».

La prisión de Benito García, acaecida como cinco meses después de haberle entregado el sacristán de La Guardia la hostia consagrada, esto es, á mediados del año 1490, y las declaraciones ó confesiones que en el tormento hizo, causa fueron del descubrimiento del horrible crimen cometido con el Niño de La Guardia, por lo cual Fray Tomás de Torquemada, «prior del Monesterio de Santa Cruz de Segovia, de la horden de los predicadores, confesor del Rey é de la Reyna nuestros Señores ó del su Consejo, Inquisidor general de la herética apostasía é pravidad de los Reynos de Castilla é Aragón, é en todos los otros Reynos, tierras é señoríos de sus Altezas, dado é deputado por la Santa Sede Apostólica», habiendo tenido «cierta é legítima información», mandó fueran presos «las personas é cuerpos de Alonso Franco, é Lope Franco, é García Franco, é de Juan Franco, vezinos de La Guardia del arçobispado de Toledo, é las [personas y cuerpos] de Yucé Franco, judío vezino de Tembleque, é de Mosé Abenamias, judío abitante en la çibdad de Çamora, é de Juan de Ocaña, é Benito García, vezinos del dicho lugar de La Guardia, é secrestar (secuestrar) todos sus bienes por aver hereticado é apostatado, é aver cometido algunas cosas, crímines é delictos contra nuestra santa Fé Católica».

Conducidos primero á la cárcel de la Inquisición en Segovia, eran trasladados después á la de Avila, en cuyos inquisidores, «don Pedro de Villada, doctor en Decretos, abad de San Millán é de San Marcial en las iglesias de Búrgos é León, Juan Lópes de Cigales, licenciado en Santa Theologia, canónigo de Cuenca, é... frey Ferrando de Santo Domingo, presentado en Santa Theología, de la horden de los predicadores», delegaba su autoridad y su representación en estos procesos Torquemada. Perdidos por desdicha los demás, sólo se conserva el seguido contra Yucé Franco, judío, vecino de Tembleque, hijo

de don Ça Franco, y hermano de Mosé, ambos judíos, debiendo advertir que al comenzar las actuaciones en 17 de Diciembre de 1490, eran fallecidos ya el físico Yuzá Tazarte, autor interesado de los conjuros, pues por ellos cobraba, Mosé Franco y David Perejón, quienes habían tan directamente intervenido en todo.

En 22 del propio mes y año, Yucé nombraba para representarle en la causa al procurador Martín Vázquez, dirigido por el letrado bachiller Sanz, quien presentaba en seguida el oportuno escrito oponiéndose á la petición fiscal; y recusando por incompetencia á los inquisidores de Ávila, por ser el procesado vecino de Tembleque, lugar que era de la jurisdicción del arzobispado de Toledo, sincerábale del crimen de herejía ó apostasía que se le imputaba, y que no podía cometer á causa de ser judío declarado. Argumentando sobre esto, negaba toda participación é intervención de su patrocinado en la crucifixión del Niño de la Guardia—que luego confesó con variedad de formas el Yucé Franco,—como negaba hubiese inducido nunca ni *atrahido* á judaizar ningún cristiano, «siendo commo es—decía—*judio oficial* y *moço ignorante de su misma ley*», á quien sólo interesaba «ganar su vida» en el oficio de *çapatero*, alegando que si en alguna ocasión pudo decir algo á los cristianos (conversos), que lo hizo sin intención deliberada y como «judío simple», por lo cual «á simpleza debe ser juzgado y interpretado».

Probado el crimen, finalmente, el 16 de Noviembre de 1491, se dictó sentencia condenatoria y se verificó el auto de fe, en que fueron quemados los criminales. Los conversos Benito García de las Mesuras, Juan de Ocaña y Juan Franco, por haberse arrepentido y confesado á Dios, fueron, por conmiseración, ahogados en el palo antes de ser quemados; pero los demás fueron quemados vivos, y murieron «atenazados y buenos judíos, negando sus crueles errores, sin llamar á Dios ni á Santa María, ni hacer solamente un signo de la cruz», según en carta del 17 de Noviembre decía al Concejo, alcaldes, regi-

dores, caballeros y hombres buenos de la villa de La Guardia el notario de la ciudad de Ávila, Antón González, quien añadía, refiriéndose á los judíos impenitentes: «no rogueis á Dios por ellos, que sepultados están en el infierno».

Tales fueron el crimen horroroso y el martirio del inocente *Niño de La Guardia*, que Bayeu, con diestro pincel, representó en uno de los frescos del Claustro bajo de la Catedral toledana, y cuya contemplación me había vivamente impresionado en todas ocasiones. Si de la enemiga manifiesta de los cristianos para con los judíos podía sospecharse al relatar el martirio,—la existencia de los documentos convence, por desgracia, de la certidumbre de los hechos, tanto más, cuanto que mucho antes y mucho después de cometidos los sacrilegios á que en especial aludo, constaba ser costumbre en los descendientes de Israel la de ejecutarlos, guiados por la barbarie, hija de la ignorancia, madre de la superstición y del fanatismo, y causa y origen de tantos crímenes; y así he procurado advertirlo, con pruebas y testimonios que no juzgo rebatibles.

A la escrupulosa diligencia infatigable del ilustre académico de la Historia, R. P. Fita, tan docto en todas materias, y particularmente en lo que á la desventurada grey judáica se refiere, es debido el conocimiento del proceso seguido á Yucé Franco; poseíale el Jefe del Archivo Municipal de Madrid, D. Timoteo Domingo y Palacio, quien, habiéndolo adquirido en Guadalajara, facilitó copia de él á la insigne Corporación científica mencionada arriba, y fué publicado por el P. Fita, con notas y comentarios del mayor interés, en el tomo XI del *Boletín* de la citada Academia, correspondiente á 1887. El P. Fita, apurando la materia, inserta y combate á continuación la *Memoria del Santo Niño de La Guardia*, escrita por el Licenciado Damián de Vegas, y terminada en 18 de Marzo de 1544. Dicha *Memoria*, conteniendo errores de bulto, como el de llamar Cristóbal á la criatura, es la que ha servido hasta aquí para conocer el hecho criminoso; en ella se inspiró el P. Yepes en su *Historia del Santo Inocente*, como

los demás que le suceden en la exposición del *Martirio*, según advierte el P. Fita, quien hace notar que, del *Testimonio* facilitado por «los tres Secretarios de la Suprema», el cual «desmiente los errores de la *Memoria*» de Damián de Vegas, «sacó el P. Yepes la conclusión, aunque no exacta en todos sus ápices, de haberse llamado este niño Juan, quando le hurtaron, *hijo de Alonso de Passamontes y de Juana la Guindera, vezinos de Toledo*».

Rodrigo Amador de los Ríos

LA TRATA DE BLANCAS

Pobre mujer, para sufrir criada,
vil la marcó la sociedad impía,
viviendo en medio de ella condenada
á perpetua batalla y rebeldía;
hija del crimen, sola, abandonada
á su propia experiencia y energía...

ESPRONCEDA: *El diablo mundo.*

I

CONSIDERACIONES GENERALES

Asunto de actualidad palpitante es, á no dudar, el que constituye el objeto de este trabajo: no pasa día sin que en la prensa cuotidiana se le consagren líneas, y aun columnas, dando cuenta de medidas adoptadas para encauzar, ya que no para abolir, un hecho monstruoso, á todas luces incompatible con la civilización de que en los tiempos modernos se blasona. Irrisión parece que á boca llena afirmen unos y otros la existencia actual de omnímodas libertades: «Libres las conciencias desde Westfalia, proclamados los *derechos del hombre* por la Revolución Francesa, rescatados los negros en virtud de las las leyes abolicionistas (1), el sol de la libertad brilló al fin

(1) Meses ha, en estas mismas páginas, hube de ocuparme de *La trata de negros*, en un artículo del que puede considerarse complemento el presente trabajo, como lo será de entrambos el que acaso publique algún día referente al *Proletariado*, en sus dos manifestaciones de *manual* é *intelectual*.

sobre los humanos seres...» No parece sino que quienes tal afirman, para creer en el esclavo necesitan ver la cadena en su tobillo, la marca en la frente, el carcán al cuello... Las meretrices, ¿qué son sino esclavas, que arrastrando van su triste vida en la bochornosa servidumbre á que la administración y las costumbres las condenan? Hez de la escoria social, sobre quien caen de consuno las iras gubernativas y el desprecio de las gentes honradas, son el emblema de la mujer, en general, postergada siempre, constituída en condición de inferioridad respecto del hombre, el cual, con hipócrita egoísmo, aparenta concedérselo todo, y en realidad todo se lo niega.

Ningún sér, en verdad, ha merecido tántas diatribas y menosprecio tánto como la compañera del hombre, carne de su carne, según la tradición teológica afirma; tan sólo los poetas han dicho de ella lindezas sin cuento: «Toda mujer es una flor con alma», dijo nuestro inmortal Campoamor; «La mujer es, por naturaleza, más sensible, más impresionable, más amorosa que el hombre», afirmó Lamartine... A cambio de esto, ¡qué dicterios los de los filósofos! ¡Qué insultos los de los grandes pensadores contra ellas! Corre como artículo de fe el enaltecimiento de la mujer por el cristianismo; y sin embargo, las sagradas Escrituras y las obras de los Santos Padres, pletóricas están de frases despectivas é injuriosas aseveraciones contra las débiles hembras (1). Dijérase, leyendo tales improperios, que los cenobitas y anacoretas, sus autores, trataban de imponerse á sí mismos un odio á la mujer que acaso estu-

(1) Más vale un hombre que te haga mal, que una mujer que te haga bien (*Eclesiastés*, cap. VII, v. 26). La mujer es cabeza del crimen, arma del diablo (*San Antonio*). La mujer es un escorpión pronto siempre á picar (*San Buenaventura*). La mujer es el origen de todos los males (*San Jerónimo*). ¡Qué soberana peste es la mujer! (*San Juan Crisóstomo*). La mujer no tiene el sentido del bien (*San Gregorio el Grande*). Una mujer sin reproche es más rara que el fénix (*San Jerónimo*). La mujer es la savia del pecado (*San Agustín*). ¡Hombre de bien, huye de la mujer; si no, eres perdido! (*San Paulino*). *Et sic de cæteris.* Por respeto al bello sexo, no continúo una tan poco galante letanía.

vieran muy lejos de sentir; no puede por menos de recordarse, al ver un menosprecio tan marcado, cierta frase famosa de Deschanel: «Se dice tánto mal de las mujeres, porque se piensa de ellas demasiado bien, y se aparenta odiarlas, ante el temor de que se conozca que es imposible dejar de quererlas».

...Sea como fuere, el concepto cruel é insultante es el que ha prevalecido: los albores del siglo xx alumbran cierta tendencia contraria, ese movimiento que con el nombre de *feminismo* se conoce, que no es sino el bosquejo de la vindicación del sexo postergado, que, ávido de justicia, por sus fueros vuelve... Mucho ha de trabajarse antes de extirpar un concepto tan arraigado como odioso, el de la supuesta inferioridad de la mujer.

Pues en este concepto, inculcado en el espíritu de las mismas ofendidas, radica á mi ver el origen psíquico de la prostitución: eduquemos á la mujer de modo distinto al que hoy se emplea, hagámosle ver que es igual al hombre, démosle armas para exteriorizar en hechos esta afirmación, que de otro modo resultará gratuita y estéril, y la prostitución habrá sufrido un golpe terrible. Pero ésta es labor de muchos siglos, de numerosas generaciones, de férreas voluntades al mismo fin encauzadas.

Hoy, la mujer, desde el momento en que tiene uso de razón, adquiere el convencimiento de su propia insignificancia, fiando su porvenir en el hombre; y éste, poseído de su autocrático papel, trocándose de protector en tirano, de amable en odioso, persigue á la mujer, la acosa, la acorrala, dando contra ella formidables batidas; y cuando al cabo se ve victorioso, en vez de mostrar su magnanimidad, desdeña á la víctima, convirtiéndola en un sér abyecto, que en los más de los casos va á engrosar el número de las desdichadas inscritas en los Registros de la sección de Higiene.

Porque, indudablemente—las estadísticas así lo afirman,—una de las principales causas que ocasionan la prostitución es

el abandono del primer amante. Pero esto no quiere decir que sea la única. ¡Hay tántas! Otra, tan interesante como aquélla, tal vez más, es la miseria. El trabajo de la mujer, cada día más depreciado, sólo puede proporcionar los medios para matar el hambre á un número exiguo de las que solicitan ocupación; las demás, ¿qué han de hacer? La experiencia les ha enseñado que pisoteando la honra pueden comer, y la inmensa mayoría arroja como un fardo inútil, lastre con el cual zozobraría, lo que debiera ser para ella el bien más preciado. Las mismas que lograron trabajo no están por eso libres de caer: patronos hay, ó capataces, tan libidinosos como perversos, que les piden una caricia á cambio de su conservación en el taller; y ellas... ¿cómo han de resistir las pobres?

Muchas caen víctimas de su misma ignorancia: sólo ven las apariencias agradables de la vida de lupanar, las grandes ganancias, á poca costa obtenidas, el agasajo de los hombres, el aparente bienestar y chocarrero lujo de que pueden ó creen poder rodearse...

La libertad en que viven las gentes menesterosas facilita la perdición de las muchachas, expuestas á las seducciones del hombre y á los maquiavelismos de las proxenetas; mas á veces recorren los primeros pasos en la senda del vicio dentro de los mismos tugurios en que habitan con su familia, víctimas de la más repugnante de las transgresiones de la moral—el incesto, —cometido casi inconscientemente con sus hermanos, pues la miseria no entiende de separación de lechos.

La misma religión, ¿no puede ser origen de caídas femeniles? Si es verdad, como proclama Tenorio, que

> un punto de contrición
> da á un alma la salvación,

¡cuántas no habrán echado esto en saco roto, prometiéndose la enmienda para el día de mañana, cuando puedan repetir una vez más aquello de que «el diablo harto de carne se hizo monje»! Además, si las fuerzas naturales inducen muchas veces á la

mujer al olvido de sus deberes, fuerza es reconocer que en algunas ocasiones la inocencia de la virgen habrá caído marchita al pie del confesonario: baste recordar, para comprenderlo así, los monstruosos disparates contenidos en el célebre *Confesonario* del P. Claret (1).

Una vez en el lodo, la meretriz es despreciada por doquier: ¡hasta por el hombre, causa ocasional de su caída! Y entonces, arrepentida y avergonzada, pretende reivindicarse, salir de la abyección, retornar á ser lo que antes era; mas todo inútil: parodiando cierta frase de *Juan José*, bien puede afirmarse que, al entrar una mujer en la mancebía, emprende un viaje para el cual no hay billete de vuelta. Impídeselo, de un lado, el estigma que sobre ella indeleblemente pesa; el abandono de los suyos; la pérdida de los hábitos de trabajo, ajenos á toda mujer pública, cuya única ocupación es la ociosidad...

Impídelo además una institución peculiarísima: la *deuda*, férreo eslabón con que las explotadoras del vicio encadenan á las infelices con cuyo deshonor se lucran. La meretriz que en una mancebía ingresa no tiene nada suyo; y si lo tiene, conceptúalo perdido al entrar: el *ama*, pues, ha de proporcionárselo todo, desde vestidos con que abrigarse, hasta alimentos con que nutrirse: cama, habitación, objetos de oropel y de compostura, chucherías á que esa clase de hembras son tan aficionadas... Si es una mujer que produce beneficios al burdel, el *ama* nada escasea; pero lo proporciona todo á exorbitantes precios, aumentados á mansalva, fiándose en la escasa afición y nulas aptitudes de la meretriz para las prácticas burocráticas. Si la mujer trata de emanciparse, bien para buscar más lucrativo acomodo, bien para *trabajar* por su cuenta, ó por huir del vicio con propósitos de enmienda, tal vez sinceros, el *ama* no se opone; pero presenta la nota de débitos, que el interés

(1) *La llave de oro*, por el Ilmo. P. Claret, arzobispo *in pártibus* de Trajanópolis. De esta obra ha dicho justamente un escritor: «Más que un libro ascético, es el arte de enseñar á pecar á las niñas».

compuesto y la mala fe han hecho crecer considerablemente. «O pagas, ó no te vas»—dice á la aterrada mujer, que no había contado con aquello; y como, poco previsora, no cuenta con ahorros suficientes para saldar su cuenta, decide quedarse hasta cubrir el déficit con los ingresos que procure allegar... Claro está que, en estas condiciones, la cuenta no se salda nunca, y allí permanece la infeliz aherrojada como bestia en su establo, convertida en esclava de la arpía explotadora, que no suelta su presa hasta que el tiempo y los excesos la hacen perder los encantos, ó una enfermedad repugnante la obliga á buscar asilo en un hospital, del que sale aún más degradada y corrompida...

¡Triste vida, en verdad, la de tales mujeres! Ni aun tienen, en la mayoría de los casos, como compensación á sus desdichas, los puros goces que la maternidad proporciona; pues, según la hermosa frase de Letamendi, las meretrices son infecundas, porque en camino muy transitado no puede crecer la hierba...

***

Elevemos á la mujer: elevarla á ella es elevarnos á nosotros mismos; y haciéndolo así, es indudable que habrá mucho adelantado para extirpar hasta donde sea posible esa llaga social que *prostitución* se denomina. ¿Habremos de arrepentirnos de ese encumbramiento femenil? No es fácil averiguarlo; tal vez estuviera en lo cierto el severo Catón en una de sus sentenciosas frases; mas tiempo quedaba al hombre para recuperar el terreno perdido si las pesimistas predicciones tuviesen visos de cumplirse. Porque la frase de Catón, que parece escrita para atemperar los bríos de los actuales apóstoles del feminismo, es ésta: «Vosotros, los que queréis igualar á las mujeres con los hombres, ¿creéis que ellas tolerarían semejante igualdad? En el momento que principiasen á ser iguales, no lo dudéis, se harían superiores...»

II

EL CONCEPTO DEL HONOR COMO BASE DE ESTE ESTUDIO

> Los sentimientos de la castidad, el pudor, el amor, los celos y el honor no son innatos, sino adquiridos; flores delicadas de la civilización.
>
> M. SALES Y FERRÉ: *Sociología*.

¿Quién fué más inmoral: el hombre primitivo, mostrando su cuerpo en total desnudez, ó el que comenzó á hacer uso de la hoja de parra, vestido rudimentario que atribuyó malicia á lo que antes efectuábase como cosa lícita y normal? Para nosotros, los hombres de la actualidad, la disyuntiva es absurda: á cierra ojos motejamos al primero, y elevamos mentalmente, en nombre de la moral, un voto de gracias al segundo, empírico iniciador de las modisteriles artes; mas no pensarían, ciertamente, del mismo modo los hombres primitivos y los salvajes modernos, á ellos equiparables (1), entre los que hay algunos, como los uatuntas africanos (2), cuyas hembras, al igual de los varones en las Nuevas Hébridas, cubren sus carnes con un delantal que deja á la vista precisamente lo que más cuidado se tiene en ocultar entre las gentes cultas.

Y, avanzando en el mismo orden de consideraciones, ¿quién tendrá la razón: el que entienda el honor como nosotros lo en-

---

(1) Es cuestión debatida entre los sociólogos, y acerca de la cual no han llegado á un perfecto acuerdo, la relativa á si deben ó no equipararse las costumbres de los actuales salvajes á las de los pueblos primitivos, pues en tanto que unos afirman que el salvajismo es el origen de una civilización futura, otros sostienen que es la última etapa de civilizaciones pretéritas. Sea de ello lo que quiera, para el presente trabajo son utilizables los datos suministrados por unos y otros, por lo cual aquella polémica no tiene en el presente caso importancia alguna.

(2) Cameron: *Africa Ecuatorial*, 1870.

tendemos, ó el que tenga de él la concepción que delatan prácticas remotas y costumbres recientes de pueblos desprovistos de cultura? Cook (1) vió en Tahití á un indígena, ya adulto, poseer públicamente á una niña de once años, á la cual la misma reina tahitiana daba atinadas instrucciones y oportunos consejos á ese propósito; ni más ni menos de lo que acaecía, luengas centurias atrás, entre los habitantes del Cáucaso, los ausios del África y los indios (2), así como entre los tirrenos, que solían utilizar el acto copulativo para mejor amenizar sus inmundas bacanales (3). Las espartanas presentábanse desnudas por doquier, alternando en tal guisa con los hombres (4); los indios veneraban el *Lingam*, los siracusanos el *Mulloi*, los griegos y egipcios el *Falo*, que eran la representación de otras tantas repugnantes obscenidades, propias de cuantos practicaban el culto del vergonzoso Priapo.

Fuera interminable la enumeración que de costumbres y prácticas análogas pudiera hacerse: baste recordar que los honomas mudan con frecuencia de mujeres, las cuales están obligadas á entregarse á los parientes de sus esposos (5); que en algunas tribus de California, las mujeres pertenecen á todos los hombres de la tribu, constituyendo un grave delito el hecho de resistirse á uno de ellos (6); que entre los masagetas,

(1) *Primer viaje*, t. V.
(2) Herodoto, I, 305; III, 301.
(3) Ateneo Dipnosofista, XII, 255.
(4) Plutarco, en *Licurgo*.
(5) Hartmann. .
(6) Alguna vez existen entre los habitantes de estas tribus uniones temporales, sobre todo cuando la mujer queda en cinta, cesando la convivencia de la pareja con la lactancia del hijo. Es asimismo frecuente observar que estas improvisadas bodas renuévanse en épocas fijas del año, ni más ni menos que acaece con el *celo* de los animales. Bien es verdad que, después de todo, las fiestas lupercales en honor de la loba de Roma, y las floralias, en las que, como en aquéllas, se cometían todo linaje de excesos, no eran sino una paráfrasis del mismo *celo* animal; y de los modernos Carnavales, dignos descendientes de lupercalias y floralias, bien pudiera afirmarse otro tanto, bastando para corroborar este aserto una

aunque cada cual uníase á una sola mujer, luego usaban de ella todos en común... Licurgo autorizaba á los maridos para que prestasen sus mujeres á hombres más robustos; la comunidad de mujeres (promiscuidad, hetairismo) era institución frecuentísima entre los pueblos primitivos ; de aquí que los recién nacidos se considerasen como hijos de todos, y cuando entre algunos, como los ausios, quería fijarse la paternidad y filiación, al cumplir un niño la edad de tres meses, los hombres iban á verlo, reputándose que era hijo de aquel á quien más se pareciese (1).

Herodoto refiere (IV, 176) que las mujeres de los gindanos del África llevaban alrededor de las piernas tantos adornos de piel cuantos eran los hombres con quienes habían tenido comercio; Sexto Empirico hace análoga manifestación con respecto de las egipcias, siendo tanto más estimadas cuanto mayor fuese el número de tales ajorcas; y ya en tiempos más modernos, las muchachas del Tibet llevaban engarzados en un cordón formando sarta, que colocaban alrededor de su cuello, los anillos de sus amantes, otorgados á cambio de otros tantos favores; las bodas de las tibetanas eran más famosas cuanto mayor fuese el número de anillos de que constasen sus collares.

Fruto de todos los tiempos ha sido mirar con cierto desdén á las solteras que, careciendo de dote, no pueden aportar al acervo común del matrimonio los elementos para sobrellevar en parte las no ligeras cargas conyugales: ese menosprecio á la mujer pobre, aunque inicuo, subsiste hoy; lo que, afortunadamente, hase abolido, son los medios de eludirlo, que en épo-

---

sola, pero elocuentísima, circunstancia, cual es el influjo que pudiéramos denominar *fecundante* de los carnavalescos desórdenes, comprobado constantemente en las estadísticas de nacimientos. Las casas de maternidad aumentan de modo considerable el contingente de recogidas en los meses de Octubre y Noviembre, con la llegada de las que en tales centros denominan *carnavaleras*.

(1) Herodoto.

cas remotas poníanse en práctica; así, en la Roma primitiva, toda doncella *indotata* que quisiese reivindicar su honor *mancillado* por la pobreza, podía lícitamente hacerlo sin más que comerciar con sus encantos hasta proporcionarse la dote necesaria para poderse casar (1). Así se deduce del antiguo proverbio latino *Tusco more, tute tibi dotem quæris corpore.* Otro tanto acontecía entre los lidios (2), é igualmente en Chipre, donde las jóvenes se vendían á los forasteros á la orilla del mar, y el producto de la venta, recogido en una caja común, servía de dote á las sirenas chipriotas (3).

En la actualidad no puede considerarse todo esto sino como aberraciones monstruosas é inconcebibles; mas no eran otra cosa que consecuencias del concepto que de la castidad se tenía, considerándola como un mero objeto de propiedad del cual el dueño puede disponer á su antojo. De aquí que las infracciones del que pudiéramos llamar *derecho de castidad* (estupro, adulterio, rapto, etc.) se estimasen como hurtos, despojos, que en nada afectaban á la reputación de la mujer, sino tan sólo á las prerrogativas del propietario. Así lo entienden la mayoría de los negros africanos, entre muchos de los cuales hállase vigente el régimen de las multas como resarcimiento del delito de infidelidad (4). Por eso, entre los árabes de Hassaneych (Nilo Blanco), las mujeres sólo están obligadas á guardar la castidad en los días de la semana señalados en el contrato matrimonial, que son tantos como cabezas de ganado dió el marido en concepto de precio de su esposa, la cual, los demás días, puede disponer libremente de su cuerpo (5). Según afirma un autor digno de crédito (6), «en el Japón, la

(1) Giraud Teulon: *Origen de la Familia.*

(2) Herodoto.

(3) Dufour: *Historia de la Prostitución.*

(4) Cameron: *África Ecuatorial*, t. II, p. 70.

(5) Fr. von Helwald: *Die polygamischen Eheverhaltnisse Ausland*, Enero 1867, p. 114.

(6) G. Bousquet: *Le Japon de nos jours*, t. I, p. 87, París. Impresa esta obra en 1877, sus datos resultan por demás anticuados, refiriéndose

castidad representa la idea de un capital que conservar, más que una mancha que impedir: este capital pertenece primero al padre, después al marido; enajenarle sin su consentimiento es un robo; mas con su autorización, todo es lícito y laudable». El mismo autor dice: «La hija que se diese á un amante sin autorización paterna, sería castigada, según la ley, con sesenta latigazos, constituyendo inmoralidad tan grande, que el público no consentiría en el teatro el papel de una doncella enamorada» (1). La Historia está pletórica de casos análogos; entre las antiguas espartanas, por ejemplo, era corriente contestar á los que las solicitaban: «¿Traes licencia de mi marido?» (2).

Egeda, Parry, Meares, Porter, y tántos otros, citan multitud de casos análogos; este último (3) dice: «En Nukahiva, como en toda la Polinesia, las doncellas son de todos los que pueden comprar sus favores; de aquí que una joven hermosa sea considerada por sus padres como una especie de finca que les asegura por algún tiempo riqueza y abundancia». Claro es que al contraer matrimonio era el esposo usufructuario de la finca; en la Nueva Zelanda, el padre decía al marido al hacerle entrega de la esposa de éste: «Véndela, mátala, cómetela: eres el dueño de ella» (4).

Fundándose en este principio, consideróse el adulterio como un hurto, castigándose como tal, sin hacer mención alguna de

---

á un pueblo cuya europeización, según diariamente se comprueba, ha sido tan completa como rápida. Esto, suponiendo que tales afirmaciones fuesen en un todo exactas en la época en que se publicaron, pues sabido es que el Japón figura entre los pueblos acerca de los cuales la brillante imaginación francesa ha fantaseado por demás.

(1) Bousquet: *Le Theatre au Japon (Revue de Deux Mondes*, 1874). Este rigor debe subsistir actualmente, pues Sada Yacco, famosa actriz nipona contemporánea, sufre deportación por haber infringido las reglas expuestas.

(2) M. Sales y Ferré: *Historia Universal*, t. II, p. 157.

(3) *Histoire Universelle des Voyages*, t. XVI, p. 232.

(4) Moerenhat: *Viaje á las islas Marquesas*, t. II, p. 68.

la ofensa que implica, según el actual modo de juzgar la cuestión, dándose casos como el de los assinios, entre los cuales la mujer es libre y dueña de sí misma cuando soltera; pero si después de casada se entrega á un amante, éste tenía que pagar al marido una multa (1).

Las consecuencias que se desprenden del hecho de considerar la castidad como objeto apropiable, sobre el cual ejercía dictatorial dominio el padre ó el marido, fueron numerosas; una de ellas es la que algunos autores denominan *prostitución hospitalaria*. En efecto: si un hombre cambia á su mujer por una bagatela, ó la vende, con más razón la entregará para su goce á un huésped, al que quiera dar pruebas de consideración y halago; así, la oferta de la mujer al viajero hallábase establecida en Ceylán, en la Groenlandia, en las islas Canarias, en Tahití, etc., siendo una ofensa grave la no aceptación del ofrecimiento. Cuéntase que un cacique tahitiano decía á un misionero, á quien tan absurdas prácticas escandalizaban: «No puedo comprender cómo tu religión prohiba al huésped gustar un inocente placer, con el cual presta á la vez un servicio al país, enriqueciéndole con una nueva criatura» (2).

Otra consecuencia de lo mismo es la llamada *prostitución religiosa*. Siempre ha sido práctica usual las ofrendas, en dinero ó en especie, como holocausto á las divinidades, fomentadas por los sacerdotes de todas las religiones; por consiguiente, desde el momento en que se consideró la castidad como fuente de riqueza, hízose entrega de la misma á los templos para su explotación en determinadas circunstancias. En Babilonia había varios *colegios* de esta índole, en particular los de Ann, que tenían sus hieródulas de profesión, como igualmente sucedía en los santuarios de Zela y de Comana (Capadocia), en el de Akisilena, entre el Eufrates y el Tauro (Armenia), y en todos los dedicados á las diosas semejantes á

(1) *Revista Antropológica*, 1878.
(2) Radiquet.

Mylita ó Annaïs. Ejemplos de estas prostituciones hubo en casi todos los templos brahmánicos de la India, donde tributaban culto á las divinidades ciertas doncellas prostituídas, llamadas *devadachi*, que en beneficio de las pagodas vendían su cuerpo (1).

En Caldea toda mujer debía prostituirse una vez al año, en el templo de Venus Mylita, en brazos de un forastero, permaneciendo allí hasta que alguno solicitase su posesión, entregándola el dinero *sacro* (2). Excusado es decir que las feas tenían labor para mucho tiempo. Otro tanto sucedía en Armenia con la diosa Annaïs, y en Fenicia con Astarté. También en el Egipto imperaba esta costumbre, fruto de la cual fué la construcción de la pirámide de Cheops, erigida con el producto de la prostitución de las hijas de dicho monarca, las cuales después construyeron otra por su cuenta, haciendo que los amantes suministrasen una piedra como pago de cada acto carnal (3).

Como se comprende, el fanatismo religioso entraba por mucho en la práctica de estas formas de prostitución; pero ¿qué mucho que en tan lejanas épocas y con tan exóticas civilizaciones acaeciera, si en pleno siglo XIX, y en países como nuestra patria, ha ocurrido otro tanto, rindiendo culto al mismo exagerado sentimiento? Testigos presenciales aseguran que, al penetrar las tropas de Don Carlos en alguna de las poblaciones adeptas al pretendiente, era tal el entusiasmo que producía su presencia en el espíritu de los habitantes, obscurecido por la ignorancia y obsesionado por el fanatismo, que no vacilaban en entregar sus hijas y sus esposas á los campeones del presunto rey, juzgándose orgullosos al verlas regresar después de haber satisfecho los desenfrenados transportes de la soldadesca.

---

(1) Así lo afirma, además de los misioneros del siglo XVII, el viajero Sonnerat, en la *Histoire Universelle des Voyages*, t. XXXI, p. 351.

(2) Valerio Máximo.

(3) Herodoto, t. II, p. 126.

Pero éste es un hecho aislado, que sólo por excepción se produce; los que antaño verificábanse implicaban, indudablemente, un mezquino concepto de la mujer: bestia de carga, objeto de placer, instrumento de trabajo, no tenía otra significación la que por naturaleza debe considerarse como la compañera del hombre; de aquí que ni aun siquiera se pensase en la posibilidad de que éste se uniese á ella de una manera permanente y duradera. Y como, á pesar de menospreciarla tanto, el hecho de la maternidad, genuino de la hembra, concedía á ésta una importancia que al hombre no le era grato reconocer, creó, en su espíritu de superioridad y absolutismo, la institución de la *covada*, que hoy nos parece ridícula, pero que es emblema fiel de la orgullosa autocracia masculina (1).

Surge por fin el matrimonio: el hombre, convencido al cabo de la igualdad moral que con respecto á él tiene su hembra, mediante la institución matrimonial elévala hasta sí; mas los vestigios de las pretéritas aberraciones subsisten, conservándose algunos ritos que denotan la degradación femenina, manifestándose no ya en el escaso aprecio que de la honestidad de la mujer hacíase por aquel entonces, sino—por monstruoso que parezca — en la *precisión* de que aquélla, al contraer matrimonio, estuviese desflorada, *siempre que no fuera por obra del marido*. Así, entre los santhalas, las nupcias iban precedidas por seis días de promiscuidad; y en las Baleares, las casadas concedían su primera noche á todos los invitados presentes. La celebración del matrimonio entre los Naïrs (nobleza

(1) Sales y Ferré define la *covada* diciendo que es «la parodia del parto, á que se somete el padre con el objeto de establecer su parentesco con el recién nacido». Siendo la maternidad un hecho real, *tangible*, superior en tal concepto á la paternidad, que mucho tiene de abstracto, mal se avenía el hombre con aquella superioridad de la mujer, colocada en situación ventajosa con respecto á los hijos. De aquí la implantación de la *covada*, cuya realidad es indiscutible, comprobándose por el testimonio de numerosos autores antiguos y viajeros modernos (Strabon, Apollonio de Rhodas, Diodoro, etc.; Giraud-Teulon, Dalton, Brancroft, Du Tertre, Brett, Letourneau, Dobritzhoffer, D'Orbigny, etc.).

indígena de la India) era por demás curiosa. Al frisar las jóvenes en los diez ó doce años, sus madres organizaban la solemne fiesta del *Tali,* á la que concurría gran número de parientes y amigos, uno de los cuales se prestaba á casarse con la muchacha. Esta y su madre preséntanse ataviadas, mientras una orquesta llena de melodías el aire, que el perfume de artísticos pebeteros embalsama. Únese á los contrayentes por el cuello por medio de una cadena, y el novio cuelga en el pecho de la novia un cordón de seda, del que ensartada pende una hojuela de oro. Así celebrado el matrimonio, procédese á su consumación. Mas no se crea que aquel hombre, de quien la joven recibe por vez primera el beso de enamorado, queda constituído en su esposo permanente: aquella unión rómpese al siguiente día de celebrada, no habiendo tenido el supuesto novio más objeto que desflorar á la contrayente, la cual, desde aquel momento, queda en libertad de tener cuantos amantes quiera y pueda, siendo la propia madre de la joven la encargada de proporcionárselos, con la particularidad de que no debe serlo en ningún caso el que con ella cohabitó primero. Por eso ninguno de los que de veras la estiman y desean se aviene á desflorar á la virgen, dándose el caso de tener que alquilar con tal fin, pagándolo á buen precio, algún mozo de cuerda ó, mejor aún, extranjero vagabundo que no tenga inconveniente en abandonar el tálamo nupcial después de ocuparlo durante una noche (1).

En Cambodge, en 1300, ninguna recién casada yacía en el lecho conyugal sin haber pasado por los brazos del bonzo ó sacerdote, quien recibía una recompensa pecuniaria por su *sagrada fatiga (thing-thang)* (2). Entre los babilonios practicábase en la misma forma esta costumbre, denominada *expiación del matrimonio* (3), la cual pasa á la Edad Media con el nombre de *jus primæ noctis*, derecho de prelibación ó de pernada,

(1) Sales y Ferré: *Sociología.*
(2) Remusat: *Misceláneas asiáticas,* t. CXVIII.
(3) Herodoto, t. I, p. 199.

establecido á favor de los señores feudales sobre las mujeres de sus feudos que deseaban contraer matrimonio.

Más tarde, y como gran adelanto, establécese el rescate de esta inicua prerrogativa (1), con lo cual se acabó con la monstruosidad del hecho, mas no con la del principio que lo informaba, conservándose en ciertos países, como reminiscencia de la promiscuidad que antaño precedía al matrimonio, el hecho de rodear los parientes y amigos al novio cuando sale de la iglesia, diciéndole: «La mujer ó un tonel», demanda que el esposo satisface llevándolos á la taberna, convite que viene á ser el símbolo de aquella costumbre abolida.

*
* *

¿Qué habremos de pensar de todo lo expuesto? ¿Que el honor debe entenderse tal como se desprende de las exóticas costumbres expuestas, ó de las actuales, que proscriben aquéllas, considerándolas como inmundas reminiscencias de una bestialidad repugnante?

Preciso es convenir, ante todo, en que no hay nada en la vida que no sea consecuencia de la costumbre: si hoy viésemos caminar por esas calles á un individuo vestido con chupa, calzón corto y sombrero de medio queso, nos mofaríamos de él, sin hacernos cargo de que hoy lucimos levita y sombrero de copa, siendo indudable que las futuras generaciones no habrán de mofarse menos de los ridículos faldones y el antiestético tubo. Mas, á pesar de todo, y no por espíritu de época, sino rectamente pensando, debemos proclamar, no como el mejor, sino como el único, nuestro modo de sentir en la materia. ¿Cómo tolerar el apotegma de los Naïrs, según los cua-

(1) Héctor Boethius, en su *Historia de los Escoceses*, dice que el derecho de pernada á favor de los jefes de cantón existía en Escocia desde Evenus III, cuyo reinado coincidió con el del emperador Augusto, siendo abolido en el siglo XI por el rey Malcolm III Canmoir (1059 á 1093), quien, á instancias de su esposa Santa Margarita, sustituyó aquel derecho por un impuesto llamado *marquetta*, consistente en una moneda de oro que debería pagar al señor toda mujer que quisiera casarse.

les «la doncella que muere virgen no entra en el Paraíso»? ¿Cómo no escandalizarnos recordando que Jefté, al saber que tiene que matar á su hija, en cumplimiento de la promesa hecha al derrotar á los ammonitas, detiene su brazo el tiempo preciso para que la víctima vaya á llorar en las montañas *la desgracia de morir virgen?*

No; todo eso es absurdo, es monstruoso, es sencillamente repulsivo. Enaltezcamos el actual concepto del honor, *flor delicada de las civilizaciones modernas*, según la frase felicísima del insigne Sales y Ferré; de ese *patrimonio del alma*, que dijo Calderón en uno de sus dramas inmortales (1), único modo de que la prostitución y la trata de blancas aparezcan como lo que son: infamias sociales; proclamemos ese concepto como el verdadero, como el exclusivo, sin restricciones ni distingos; y, en consonancia con él, reconozcamos que la castidad, nimbo glorioso que rodea la frente de la virgen, sólo debe transgredirse por obra del esposo, cuando los representantes de ambos sexos se han unido, formando del hogar un templo, en que el marido es pontífice; la mujer, sacerdotisa; el hijo, catecúmeno; el matrimonio, sacramento...

III

BREVE RESEÑA DE LA PROSTITUCIÓN Á TRAVÉS DE LOS SIGLOS

> Suprimid las cortesanas, y la sociedad sufrirá profundo desquiciamiento. Los lupanares son semejantes á las cloacas que, construídas en los más espléndidos palacios, separan los miasmas infectos y purifican el aire.
>
> SAN AGUSTÍN

La prostitución ha existido siempre: en todos los tiempos y en los lugares todos, doquier hubiese hombres y mujeres,

(1) *El Alcalde de Zalamea*, Jornada primera, Escena XVIII.

aquéllos con sus insaciables apetitos, éstas con su debilidad—que tanto sirve de remisión como de disculpa,—hase rendido clandestino culto á la impúdica Afrodita. Desde la tradicional caída de la madre Eva hasta nuestros tiempos, constantemente ha venido padeciendo la humanidad esa llaga purulenta de las sociedades, contra la cual parece que no caben ungüentos represivos ni prevenciones profilácticas. Tan generales como su existencia han sido las lamentaciones de los sociólogos y los anatemas de los moralistas, sin que unos ni otros hayan logrado otra cosa sino convencernos de que no debiera existir lo que á despecho de todos existe, ni más ni menos que aquella *famosa* batalla de Lérida, que, aunque no se debió perder, quedó perdida. Sin embargo, entre ese universal clamoreo, algunas voces destácanse, reconociendo que el mal de la prostitución no está en ella misma, sino en su organización detestable, pues, aun suponiendo que se suprimiese—cosa imposible,—mayores serían los males que tal supresión reportaría que los que su existencia acarrea: que por algo autoridades tan poco recusables como la de San Agustín respiran en el sentido que indican las frases que encabezan este capítulo por vía de lema; y por algo también el poeta Filemón, expresando el general sentir de la República helena, dijo cuando el legislador griego estableció la gran mancebía que con el nombre de dicterión fué designada: «Solón, tú nos has favorecido con ese invento tan útil para la salud pública».

Parece cosa indudable, unánimemente reconocida por historiadores y sociólogos, que la organización primitiva de la especie humana fué el *hetairismo*, esto es, la promiscuidad, en cuya virtud las hembras pertenecían á todos, no pudiendo considerarse exclusivas de ninguno; las *hetairas*, disponiendo libremente de su voluntad y de su cuerpo, entregábanse á cuantos las solicitaban, produciéndose, como consecuencia de tal estado de cosas, la anulación total de la familia, pues todo era común en los grupos constituídos con sujeción al clan hetaírico: desde los maridos hasta los padres, desde los hijos has-

ta los bienes. Imperando tal régimen, la humanidad entera no podía considerarse sino como un lupanar inmenso; mas no era propiamente prostitución lo que con arreglo á aquél practicábase, sino tan sólo un absurdo sistema de vida, cuyo mismo uso debiera tender á su abolición.

Esta vino al fin, teniendo como causa el egoísta orgullo masculino, pues aviniéndose mal con aquel régimen de ginecocracia, que tenía que dar más importancia á la mujer que al hombre, establece el matrimonio por rapto, creando un derecho de propiedad sobre la mujer raptada, que viene á ser esclava de su raptor, por cuyo motivo quedó relegada á una consideración inferior á la de las demás mujeres de la tribu. Más tarde, cuando sin necesidad del rapto (1) se consintió el matrimonio individual, las mujeres que lo contraían perdían en consideración social, eran equiparadas á las raptadas, en tanto que las que preferían gozar de su libertad, quedando en el concepto de las modernas meretrices, recibían esmerada educación y gozaban del respeto de todos. De aquí el prestigio de las cortesanas que, juntamente con el menosprecio de las casadas, ha imperado en algunas épocas de la Historia.

Baste recordar á este respecto algo de lo indicado en el capítulo precedente, á lo cual conviene añadir que el ejemplo más interesante de la predilección que hacia las cortesanas experimentábase en los antiguos pueblos es el que ofrece Atenas. Eran las hetairas atenienses objeto de toda clase de distinciones: recibían educación esmeradísima; el dicterión era visitado por las grandes personalidades de la política, de la literatura y de las artes, consultando con aquéllas los asuntos

(1) El matrimonio por captura ó rapto ha dejado numerosas reminiscencias en las legislaciones, pues prescindiendo de Roma, donde se simulaba en las tres formas de matrimonio (*per confarreationem*, *per coemptium et per usum*), hallamos establecida la parodia del rapto modernamente en Circasia, en el país de Gales, en Livonia, Polonia, Lituania y Rusia, sin contar las uniones celebradas entre individuos de aduares gitanos.

de su competencia respectiva (1), en tanto que las casadas, recluídas en el fondo del gineceo, sin más cultura que la necesaria para amamantar á los hijos y manejar la rueca, eran consideradas como seres insignificantes, casi despreciables.

En Babilonia, Persia, Fenicia, Lidia y Armenia, teníase la profesión de ramera como muy honrosa y digna; otro tanto acontecía en la India, donde la mujer consideraba una ventura dedicarse á la prostitución, cosa lógica si se tiene en cuenta la triste condición que le aguardaba en el caso de contraer matrimonio (2).

De aquí el desarrollo de la prostitución en la India, principalmente en la forma que denominamos *religiosa* en el capítulo precedente, pues los sacerdotes de Brahma escogían entre las jóvenes más hermosas las que habían de formar la legión de *esposas de los dioses*, encerrándolas en los templos, que eran convertidos en mancebías; dicho se está que, cuando aquéllas envejecían é perdían sus encantos, eran arrojadas del sagrado lupanar, y entonces las *esposas de los dioses* tenían que contentarse con servir de distracción al último de los parias que solicitara su compañía.

España se vió libre de la prostitución como vicio, como ilícito comercio—no como hecho, claro está,—el tiempo que le duró su independencia: sometida al yugo de extranjeros pueblos, éstos, portadores de civilizaciones superiores á la ibérica, fuéronlo también de corrupciones, hasta entonces aquí desco-

(1) La célebre cortesana griega Lais solía decir: «Ignoro en qué libros van á estudiar los filósofos para distinguirse de los otros hombres; lo que sí puedo afirmar es que á mi puerta llaman ellos como los demás mortales».

(2) Prescindiendo de la triste situación que dentro del hogar tenía la mujer india, al quedarse viuda era arrojada en la pira donde consumíase el cadáver de su esposo, muriendo abrasada, según expresa disposición de los ritos sagrados del país. Tan monstruosa costumbre subsistió en la India hasta mediados del siglo XIX, á despecho de las autoridades inglesas, que no conseguían sino exacerbar en contra suya los ánimos de los fanáticos indígenas, los cuales consideraban una impiedad respetar la vida de la mujer después del fallecimiento del marido.

nocidas, pero que no tardaron en ser superadas con creces, llegando á ser nuestra patria, donde la hermosura de las mujeres es proverbial, uno de los centros de *producción*, por así decirlo, de la erótica mercancía, cotizándose á precios fabulosos en el mercado de la corrompida Roma las meretrices españolas, principalmente las de Gades y Malaca, que con sus voluptuosos bailes y cadenciosas cantinelas constituían uno de los principales alicientes de los festines con que los crapulosos patricios se solazaban.

Contribuyó en gran parte al desarrollo inusitado de la prostitución durante las Edades Antigua y Media la frecuencia de las guerras. Seguía á los ejércitos una verdadera muchedumbre de rameras, las cuales muchas veces eran empleadas como armas poderosas para enervar al enemigo y obtener sobre él indudables ventajas. ¿Quién duda que los fenicios y griegos no emplearon ese maquiavélico ardid para introducirse en nuestra Península? Y así en tantos otros casos: Roma, después de Cannas, impotente para vencer á Aníbal con sus derrotadas legiones, envía contra él las más bellas meretrices, para que, entre delicias, destruyeran en Capua los arrestos del hasta entonces invicto general cartaginés, ni más ni menos que en épocas remotas hicieran los filisteos valiéndose de las seducciones de Dalila para reducir á Sansón. Grecia misma, aherrojada por Roma, hubo de vengarse de ella, lenta pero seguramente, infiltrando en sus sobrias y morigeradas costumbres los refinamientos de la sensualista civilización helena, que dieron al traste, al fin y al cabo, con las ambiciones de la insaciable *civitas*... Los tercios de Flandes, dejando exhausta á España sin obtener victoria ninguna sobre los sublevados Países Bajos, ¿qué hicieron sino olvidar sus deberes militares en brazos de las ribaldas flamencas? Catalina de Médicis, empleando las bellas damas de su *escuadrón volante* para secundar sus arteros fines, nos da otra prueba irrecusable de lo que la prostitución ha influído en el engranaje de la mohosa máquina que se llama Historia.

Claro está que constantemente se ha combatido semejante enfermedad social, empleándose con tal fin medios que, las más de las veces, pudieran considerarse como contraproducentes y que, por lo menos, fueron inútiles. En el Bajo Imperio de tal modo llegó á perseguirse á las rameras, que eran azotadas públicamente, condenadas á trabajos forzados en las minas, y aun ahorcadas en caso de reincidencia; Carlomagno, en el año 800, ordenó también la pública flagelación de las rameras, siendo muchos los emperadores cristianos que adoptaron medidas análogas al mismo fin encaminadas. Mas con tales rigores nada se conseguía, como no fuera un mal mucho más grave que aquel cuya corrección se perseguía, cual era el desarrollo de la prostitución clandestina, con su obligada cohorte en enfermedades terribles, transmitidas sin obstáculo de ningún género: de aquí que se pensase en la reglamentación de las mancebías. Ya en Roma, donde la prostitución adquirió colosales proporciones (1), se organizó, aunque rudimentariamente, obligando á las meretrices á habitar en un barrio especial de las poblaciones, y disponiendo asimismo que todas ellas vistiesen, á modo de uniforme ó librea, una túnica amarilla. Este procedimiento de la uniformidad en la indumentaria fué puesto en práctica también durante los siglos XV y XVI, tanto en España, donde se dispuso que las mujeres públicas usaran como distintivo una sobrefalda de color pardo, formando grandes picos—de aquí la vulgar frase *irse de picos pardos*,—como en Francia, donde para diferenciarse las mujeres honradas de las que no lo eran—tánto abundaban estas últimas,—estableciόse que aquéllas llevasen un cinturón dorado (2).

(1) Una de las causas del aumento de rameras en Roma fué, aunque parezca absurdo, el cristianismo; pues sabido es que las vírgenes cristianas que no querían abjurar de su religión eran condenadas á ingresar en los lupanares.

(2) Esto dió origen á un refrán francés, equivalente al nuestro: «Cobra buena fama y échate á dormir», que dice: *Bon renomé, vaut mieux que centure doré.*

Mas tales distintivos fueron ineficaces, pues en su deseo de asimilarse á las mujeres honradas, las meretrices españolas suprimieron su parda y picuda sobrevesta, en tanto que las francesas encinturábanse con el dorado distintivo. En la actualidad—fuerza es confesarlo—sucede al revés: son las mujeres honradas las que—acaso con el loable fin de mejor agradar á sus maridos y adoradores—procuran imitar servilmente, no ya los trajes, sino hasta los ademanes descocados de las impúdicas hembras que comercian con su honra.

Luis IX de Francia, el ínclito varón que en los altares ocupa un lugar consagrado por la Iglesia católica, aunque en los primeros años de su reinado, poseído de loable celo, trató de extirpar la prostitución procediendo con severidad inusitada, hubo de convencerse de la inutilidad de tales esfuerzos, procediendo á la reglamentación del mal que aparecía como inextinguible, publicando atinadas ordenanzas. En España, la primera de que se tiene noticia es de 1539, y fué dada por Don Carlos y Doña Juana para la mancebía de Granada, conteniendo acertadas y curiosas disposiciones acerca del régimen interior de las casas de lenocinio.

Modernamente se ha adelantado bien poco en la materia: persuadido el legislador de la inutilidad de medidas encaminadas á la supresión de esta enfermedad social, imita á San Luis, reglamentando el vicio; de aquí que las mujeres públicas vivan hoy bajo la vigilancia inmediata de la administración, la cual vela por su salud, en bien de la de todos. Mas como no con esta reglamentación se evita la existencia de prostitutas clandestinas, éstas constituyen el mayor peligro de infecciones morbosas, por lo cual se las persigue, obligándolas á inscribirse en los registros *ad hoc*, proveyéndose del documento que se llama *cartilla*, acreditativo de su personalidad.

*
* *

Tal es la última palabra en la materia: abogar por la abolición de las mujeres públicas, sálese de los límites de la realidad para entrar en el terreno de la utopía; las Juntas de Damas é Instituciones Patronales, con el laudable fin establecidas de acabar con la prostitución, persiguen un ideal por demás hermoso, pero totalmente intangible: el fango tiene mucho de atrayente, y á él irán á parar millares de infelices mientras haya en el mundo amantes pérfidos que deshonran y olvidan; industriales tiránicos que utilizan á la obrera sin retribuir su trabajo; exigencias sociales que crean el deber de aparentar un boato casi siempre incompatible con la honradez, y mujeres estúpidamente ambiciosas que, con tal de adquirir preseas para el cuerpo, no tienen inconveniente en lanzar al arroyo el ornamento más preciado de su alma: la pureza.

IV

LA TRATA DE BLANCAS

> Días ha grandes que conozco en fin de esta vecindad una vieja barbuda que se dice Celestina, hechicera, astuta, sagaz en cuantas maldades hay... A las duras peñas promoverá y provocará á lujuria, si quiere.
>
> BACH. F. DE ROXAS
>
> (*Tragicomedia de Calixto y Melibea*. Acto primero.)

Llegado al punto culminante de este trabajo, he aquí que me encuentro perplejo: este capítulo, que debiera ser el más largo, el más prolijo, el más y mejor documentado, acaso sea el más breve, el más incorrecto, el de más efímera argumentación. Cúlpese de ello á la índole del asunto, por demás peligroso y escurridizo, y en el cual las dificultades son mayores en éste que en los anteriores capítulos, para ser desarrollado en una Revista como la que hospitalariamente abre sus pági-

nas á mis emborronadas cuartillas. Es, en efecto, muy agradable hablar de lo que hoy acontece, cuando esto es simpático, ameno, sonriente; pueden asimismo referirse negruras, hediondeces y miserias de añejos tiempos, en la seguridad de que lo que tienen de pretérito disculpará lo que haya en ellas de desagradable; mas ¿cómo señalar las podredumbres actuales sin advertir en el que las lea ó escuche un gesto de asco, una manifestación de repugnancia? Gustamos de que se nos recuerden enfermedades que antaño sufrimos, siempre que su evocación sirva para que nuestra salud actual resplandezca y resalte; mas siempre huirá el enfermo las ocasiones en que se ponga de manifiesto la purulenta llaga que padece; tanto más, si de aquéllas no ha de venir alivio alguno para su dolor, pues aunque sea el propio Galeno quien descubra la herida mortificante, volverá el paciente la cabeza evitando el espectáculo de su propio mal...

Fuerza será, por tanto, reducir este capítulo á límites harto más constreñidos de los que debieran ser los suyos, procurando apartar mi camino de cuanto incurrir pudiese en anatema de los moralizadores.

***

Sentado ya como apotegma que la prostitución, existiendo desde que hay humanidad, hasta que ésta se extinga ha de existir, y, partiendo de este hecho consumado, cuya conveniencia hasta los Padres de la Iglesia preconizan, establecida la necesidad de su reglamentación, claro está que entre esto y la consideración de la trata de blancas como algo admisible dentro de los principios de estricta justicia, media un insondable abismo. Reducir á la mujer á la condición de objeto apropiable para explotar su honor en beneficio de un tercero (que es, en resumidas cuentas, lo que constituye la *trata)* es un crimen monstruoso, totalmente opuesto á la equidad, al sentido moral y á la naturaleza; reprodúcense con ello las monstruosidades

reseñadas en otro lugar de este trabajo (1), cuando, considerándose la castidad femenina como objeto apropiable, eran las mujeres otras tantas fincas explotables, con las que no ellas, sino sus padres, hermanos ó esposos se lucraban.

La trata de blancas no es un mal moderno: prescindiendo de los precedentes que acerca de ella pudieran encontrarse en las remotas prácticas á que acabo de hacer referencia, ya en los siglos XII y XIII conocióse con idénticos caracteres á los que presenta hoy, dando lugar á que el monarca español Alfonso X, en su Código inmortal de *Las Partidas*, dedicase á la materia un Título especial (2), que no transcribo por estar tratada en él la cuestión con una *claridad* de lenguaje incompatible con nuestras costumbres. Asimismo, Enrique IV de Castilla promulgó en Ocaña una Pragmática, el año 1469, encaminada á encauzar los abusos cometidos por los explotadores de mujeres públicas; Carlos I y su madre Doña Juana, conjuntamente en 1552, así como el Emperador en la llamada *ley Carolina*, secundaron los mismos fines, prosiguiendo esta obra, si bien infructuosamente, Felipe II, Felipe III y Felipe IV, el cual, por absurdo que parezca, fué uno de los más implacables perseguidores de meretrices, á muchas de las cuales encumbró no obstante, como efecto de sus regios devaneos. Posteriormente se han dictado numerosas disposiciones, sin lograr con ellas mayores frutos; pues sobre lo arraigado del mal está el interés, que le sirve de incentivo.

...Todo por el hombre y para el hombre: podrán las costumbres haber proscrito en los países civilizados el régimen poligámico, que en algunas regiones aún impera; podrán la religión y la moral condenar de consuno los amancebamientos y barraganías; pero el hombre, pasando por todo, transgrediéndolo todo, hollándolo todo con sus groseras plantas, que á semejanza de los cascos del hipogrifo de Atila van asolando

(1) II, *Concepto del honor*..., etc.
(2) Título XXII de la Partida VII.

aquello en que se posan, logra, á despecho de la ley, conservar su eterno papel de sultán autocrático, procurándose clandestina y aun criminosamente un harén donde saciar sus apetitos... De aquí la *trata de blancas*, en cuya virtud infinito número de desventuradas mujeres sirven de carne de cañón para la lujuria de los unos, para las ambiciones de los otros. Porque claro está que, mercantilmente considerada aquélla, reviste todas las condiciones de un negocio por demás lucrativo, como las reviste el juego y, en general, todo cuanto reúne á la cualidad de *vicio* el aliciente de la prohibición. Por eso muchas personas—si así puede llamarse á quienes tengan tan ruin corazón como ancha conciencia—han conseguido, y consiguen, fabulosas ganancias con el oficio vil de mediadores. Y no se crea que éstos revisten en la actualidad el clásico tipo retratado de mano maestra por el bachiller Fernando de Rojas en su tragicomedia *La Celestina*, y transcrito en multitud de obras posteriores: el progreso y la civilización adviértense en todas las manifestaciones de la vida; así es que se ha comprobado la existencia de algunos centros de contratación de mujeres públicas, donde en grande escala practicábase tan repugnante comercio, recibiendo de todas las regiones del mundo *ejemplares* de la humana mercancía para colocarlos donde más aceptación pudieran tener. Claro es que no por eso han desaparecido las tradicionales *terceras* de arrugada faz y negras tocas, sino que ordinariamente el tráfico por ellas se realiza proveyendo á las casas de lenocinio, que, por regla general, regidas se hallan por arpías de su misma catadura, criadas en el vicio y envejecidas para el placer...

¿Para qué entrar en más detalles? Fuera peligroso hacerlo dentro del comedimiento en que debe encerrarse mi pluma, constreñida por las pudibundeces de las sociales exigencias, en virtud de las cuales debemos asustarnos, no del mal que padecemos, sino de su evocación. Además, profundizar más en la materia no es necesario: cuantos vivimos en grandes poblaciones estamos al corriente de lo que á la materia atañe, así

como de la inutilidad con que en contra de semejante llaga social han procurado loables cuanto estériles iniciativas. Eran precisas para atajar el mal muchas concausas, que debieran producir como resultante el alivio de aquél; cuando el hombre deje de ser egoísta y mire, más que por la propia conveniencia, por el bien social; cuando, libre de obsesiones sensualistas que, privándole de su elevado sér inmaterial, redúcenle á la mera animalidad (*bêtise humaine*), se aleje de abusos que, aunque por el momento le deleiten, no tardan en enervar su cuerpo creándole enfermedades que aceleran el fin de sus días y producen, como consecuencia lógica, pero tristísima, razas cada vez más degeneradas y enclenques; cuando la mujer, conservándose en el terreno que debe ser el suyo, se haga respetar por el hombre cumplidamente; cuando las exigencias materiales de la vida moderna, colocándose en su justo medio, hagan perder al hombre el terror al matrimonio, curándole de la terrible *nupciofobia* que hoy padece... Entonces, y sólo entonces, podrá darse un golpe de gracia á la prostitución, no para extinguirla, pues sabido es su arraigo en la humanidad, sino para impedir que la mujer deje de ser considerada por el hombre como un objeto de placer que con un puñado de oro puede comprarse, y aprenda en cambio á verla siempre como lo que por naturaleza es: la eterna compañera de su vida.

V

LA PROSTITUCIÓN FEMENINA COMO FUENTE DE PRODUCCIONES LITERARIAS

> La prostitución no es un crimen: es una desgracia.
>
> VÍCTOR HUGO

Siempre ha sido la prostitución de la mujer el arsenal más inagotable en que noveladores y dramaturgos hanse inspirado para urdir sus artísticas ficciones; mas con ser tántas las obras

que semejante asunto tienen por base, y tales los autores de las mismas que no quepa la idea de suponerlos plagiarios unos de otros, por doquier campea el pensamiento que sirve de lema á este capítulo, entresacado de la obra colosal de ese atleta de la literatura en el siglo XIX. Todos, unánimemente, se muestran compadecidos de la mujer que cae; todos disculpan su caída, juzgando que en ella es siempre la mujer víctima de la perversidad é incontinencia masculinas; alguno, yendo muy lejos, reconoce que, ya que no la causa, reside en la hembra, cuando menos, la ocasión del mal; la mayoría de los escritores proclama la rehabilitación de la mujer impura, sosteniendo que puede salir del lupanar dejando en él la mancha de su conducta, como transeunte torpe que cayó al arroyo y al levantarse sacude sus vestidos enlodados... No parece sino qué las enseñanzas de Cristo, harto olvidadas en otras cuestiones, consérvanse para ésta en toda su pureza, y el perdón generoso por aquél concedido á María de Magdala hase consuetudinariamente transmitido (si no en la realidad de la vida, sí en la teoría del arte) á todas las émulas de la hermosa cortesana absuelta de sus maldades *por haber amado mucho*...

La inmensidad de mujeres perdidas que en la Novela y el Teatro figuran como protagonistas de producciones más ó menos estimables (y claro es que sólo habré de referirme aquí á algunas de las que más justo renombre han conquistado) pudieran clasificarse en *tres grupos*: forman el primero las que abandonaron el camino recto impulsadas por el *vicio*, ora residiera éste en ellas mismas, ora en el medio ambiente en que su vida se desarrolló y sus sentidos despertaron; constituyen el segundo las que emprenden la tentadora senda en pos del *oropel*, bien se manifieste en la sed de riquezas, bien en el afán inmoderado de brillar y distinguirse; finalmente, en el tercer grupo pululan las que pueden y deben considerarse como verdaderas víctimas entre las que forman esa *clase* desdichada de podredumbre social: las que mancillaron su honor bajo el influjo de la *miseria*. Deliberadamente excluyo otra que también

pudiera considerarse causa de la prostitución, y en tal sentido formar con ella un *cuarto grupo*: me refiero al *amor* cuando es seguido del desengaño y, engendrando en el alma el despecho, conviértese en ocasión de la caída. El amor, á mi juicio, no degrada nunca: antes al contrario, engrandece; y así como es la sola luz que puede convertirse en aureola de gloria, y aun en nimbo de santidad, cuando irradia de una mujer caída, para ensalzarla, enaltecerla y redimirla, no debe considerarse como causa de la perdición femenina: acaso lo parezca alguna vez; pero es sólo remotamente, jamás de un modo directo.

El prototipo de las comprendidas en el *primer grupo* hállase en *La ramera Elisa*, producción de Edmond Goncourt, que tanto tiene de obra novelesca como de estudio psicólogo-sociológico: en él, la protagonista, criada en una mancebía, entre el tráfico inmundo realizado por su madre, proxeneta de oficio, nace sin inocencia, crece sin pudor, y, en fin, se entrega al primero que la solicita, sin que la ambición la impulse, ni las pasiones la espoleen, ni la necesidad justifique su acto: cae porque sí, llevando la aberración de su cínica infamia hasta el extremo de fingir perdida su virginidad ante el hombre que por primera vez la posee, por parecerle sin duda vergonzoso el hecho de ostentar sobre su frente el timbre de la pureza.

Sér tan monstruosamente abyecto debiera ser pintado con los más repugnantes colores de la paleta del artista; sin embargo, no es así. Goncourt justifica su abyección, considerándola efecto del deletéreo ambiente respirado por Elisa: ¿cómo extrañar que caiga al precipicio un ciego que camina sin lazarillo ni báculo? Y, en prueba de que hay en su corazón fibras sensibles, preséntala, en una de las etapas de su existencia, enamorada de un *parroquiano* por el solo hecho de haber recibido de él una efímera distinción: el regalo de un *bouquet* de diez céntimos... (1).

(1) Dentro de este *primer grupo* hállase también, por derecho propio, la protagonista de las *Memorias de una doncella*, de Octavio Mirbeau. A

A la cabeza de las que por el oropel se encenagan figura *Manon Lescaut*, la creación admirable del abate Prevost, ese P. Coloma del siglo XVIII: nada más repulsivo que aquel tipo de mujer, tan diabólica como bella, meretriz indisculpable, ávida de oro y preseas, á trueque de lo cual vende su cuerpo, alternando en su conducta depravada las eróticas versatilidades de su alma inconstante con los hurtos y estafas de que, por vía de pasatiempo, hace víctimas á sus amantes... Todo condena á Manón: nada hay que pueda justificar su infame conducta; mas... en medio de las arideces de su alma corrompida, ¿no es verdad que existe un oasis de ternura en sus estupendos amores con Des Grieux? ¿Qué importa que le encanalle y le pervierta, haciendo un rufián y un tahur del que pudo ser un hombre honrado? ¿Qué importa que el amor, que por su esencia altamente espiritual debe sublimarlo y enaltecerlo todo, al pasar por su corazón encenagado se convierta en ignominioso estigma, ni más ni menos que un chorro de agua limpísima que se ennegreciera al pasar por un cedazo cubierto de hollín? ¡Ama tánto Manón á Des Grieux! ¡Le hace tan feliz cuando, en medio de su inconstancia, vuelve á él después de una vergonzosa escapatoria! Cierto que, al verle exhausto de fondos, busca en ajenos brazos el medio de reponer su bolsa enflaquecida; mas no es menos exacto que le prefiere á otros en igualdad de circunstancias económicas. Toda la narración, en fin, respira piedad hacia la cortesana; y al surgir el desenlace, trágico, desgarrador, imprevisto, cuando en mitad de un camino apenas practicable de la exótica Nueva Orleáns, sucumbe Manón, rendida de cansancio en la fuga que emprende para salvar la existencia adorada de su amante, el abate Prevost parece rodear la impura frente de la muerta con

---

pesar de la importancia que ha logrado este escritor, contemporáneo nuestro, renuncio á colocar la heroína de dicha obra entre las demás que menciono. Tal fué el asco que me produjo la lectura de ese libro, en el cual el naturalismo truécase en la más repugnante de las obscenidades, haciéndose digno de figurar tan sólo en la biblioteca de una mancebía.

la refulgente aureola de los mártires; en tanto que Des Grieux, desolado, contempla aquel cadáver, sin advertir que en él está la causa de que renazcan su caballerosidad y su hidalguía, holladas por la planta de Manón y reivindicadas con su muerte.

El tercer grupo es el de las prostituídas por la miseria. ¿Quién duda que á él pertenece la infeliz *Fantina*, protagonista de uno de los episodios más conmovedores de *Los Miserables*, esa titánica obra, capaz de inmortalizar á un genio y más que suficiente para desmentir la afirmación desdeñosa, hecha por Zola, de que Víctor Hugo no es más que un gran poeta lírico?... ¿Quién no recuerda á Fantina, la triste madre de Cossette? ¿Quién, al evocar su imagen, no la ve, crédula, inocente, alegre en su trabajadora pobreza, entregarse por amor al primero que de amores la requiere? Pero esta caída—y aquí de mi afirmación precedente—no la deshonra: al ser madre, lejos de encenagarse, se ennoblece. Vienen luego las sociales conveniencias á hacer que por doquiera la denigren, y la consideren culpable, siendo víctima; y al verse acosada por todos, desposeída de los medios de vivir honradamente por aquellos mismos que, pretendiendo moralizar, la arrojaban á la sentina del vicio, vende su cuerpo, mancilla su honra, para procurarse el sustento que ella y su hija imprescindiblemente requieren...

Para un caso como éste, en que la piedad del literato esté justificada, ¡cuántos y cuántos hay en que las sensiblerías no son otra cosa que meros recursos declamatorios!

Recuérdese *La Dama de las Camelias*, portentosa creación de Dumas hijo, obra madre en la literatura contemporánea, fuente en que han bebido los autores de producciones múltiples que en aquélla se inspiran. Margarita Gauthier, que pertenece indiscutiblemente á las meretrices del segundo grupo de la clasificación citada, es el emblema de la Magdalena moderna, pecadora redimida por el solo influjo del amor; no del amor á un Dios, como aconteció con la arrepentida de Magdala, sino del cariño á un hombre. Pues bien: descortezando, por así decirlo, la comedia en cuestión, fácil es advertir, bajo

la cáscara sentimental que la recubre, una extraordinaria dosis de falsedad: si Margarita se aleja de Armando Duval, porque, amándole, no le quiere causar perjuicio con su viciosa compañía, ¡cuánto más lógicamente procediera retirándose á una humilde guardilla para vivir del módico producto de su honrada labor, que no vendiéndose á más alto precio que nunca, y concurriendo á los mismos salones á que Armando acude para que éste concluya por escupir al rostro de su antigua querida el infamador dicterio de amante mercenaria!

Nana, la inmortal heroína de Zola, impúdica meretriz nacida en el fango, elevada á las alturas por las prodigalidades de sus *amigos*, para la cual el mundo es un lupanar y la sociedad del segundo Imperio francés un pudridero en que ella y los suyos se revuelcan con espasmos de inmundo goce; Nana, lejos de ser retratada como un sér ponzoñoso *per se*, lo es como una víctima de ajenas maldades: ella nada hace por cometer infamia tras infamia; mancha inconscientemente, delinque sin ideas de depravación; es, en medio de todo, una buena chica. ¿Qué culpa tiene ella de haber venido al mundo entre las hediondeces de *L'Asommoir?* Y cuando llega el momento de poner á prueba las ternuras de su corazón, lo hace sacrificándose por el cínico Fontan, fauno repugnante, que la enamora con desvergüenzas y la explota descaradamente, dando como pago de sus desvelos golpes y patadas sobre aquellas carnes, cuya sola contemplación tienen que pagar los demás á peso de oro...

Alfonso Daudet, entre la pléyade de sus novelas hermosísimas, tiene dos tipos de mujer perdida dignos de estudio: en ambos, la misma idea consabida resplandece. Uno es el de Ida de Barancy, la madre del protagonista de esa admirable producción, gloria de la literatura francesa contemporánea, que se llama *Jack*: cabeza á pájaros, corazón hueco, alma de cántaro, encaprichada con el haraganazo D'Argenton, bohemio insustancial á quien su ceguedad cree un genio, no tiene inconveniente en postergar por él á su hijo, el hijo de sus ilícitos amores, privándole de su caudal para satisfacer los capri-

chos del ridículo poeta, arrojándole á las negruras de un oficio manual penoso en que su cuerpo enferma y sus sentidos se embrutecen y su inteligencia se atrofia. Es una madre desnaturalizada, criminal, impía; pero ¡ama tánto á D'Argenton! ¡La domina él de tan tiránica manera!...

El otro tipo de Daudet es *Safo,* Fanny Legrand, la modelo encumbrada por el vicio; encaprichada de un hombre cuya inexperiencia provinciana le impide rechazar la risueña tentación, conviértese en su rémora implacable, le persigue, le acosa, le conquista; constituye para él una lapa que de su lado ni un instante se aleja, manchándole con su contacto impuro; y cuando ha conseguido encenagar su juventud y ennegrecerle las risueñas esperanzas que en el porvenir tuviese puestas, lo abandona fríamente, cínicamente, como á limón estrujado, después de hacerle romper un pactado matrimonio con la mujer que era digna de figurar á su lado como eterna compañera de su vida... ¡Qué infame! ¿Verdad? Pues para Daudet es mucho más censurable todavía la necia mansedumbre de Juan Gaussín que el perverso proceder de Fanny...

Y lo mismo acontece con tántas y tántas más: unas, como Esther, protagonista de *La comedianta*, de Arsenio Houssaye, en la cual el pabellón del arte cubre la mercancía del vicio; otras, como la griseta *Mimi Pinsón*, de Alfredo de Musset, para quien la caída viene á ser como un oasis floreciente en medio de las arideces de su monótona existencia de griseta parisina; algunas, como la Peri en *Realidad*, la famosa obra de Galdós, y los tipos similares á aquélla creados por Picón y Palacio Valdés, en *La honrada* y en *La espuma*, respectivamente, entreabren los nubarrones de crápula en que viven, para dar paso á sendos rayos de luz en forma de rasgos loables de sus corazones bondadosos..

Nada digamos de las producciones literarias en que la ficción del Arte no hace sino rebozar la realidad de la Historia: ellas nos hacen admirar y nos enseñan á enaltecer á Marion Delorme, á Adriana Lecouvræur y Ninon de Lenclos; ¡hasta

en Sofía Arnould se encuentran rasgos adorables! Así, Diana de Poitiers, en lugar de encenagar la vida de Enrique II, la enalteció, otorgándole la posesión de su privilegiada hermosura; la bella doña María de Padilla, lejos de convertir á Don Pedro I en el más ruin de los hombres haciéndole olvidar los sagrados deberes de la familia y de la patria, trató de refrenar sus ímpetus y conducirle por derechos caminos; la señorita de La Vallière no fué una mancha del *rey-sol,* sino un florón más puesto á su diadema de victorias; é igualmente la Montespan, la Ferronière, la Maintenon, la Pompadour, la Dubarry y cien más que á la memoria vienen y por la pluma salen, sin orden cronológico, sin ilación histórica, amalgamadas en montón informe, como poseídas todas del mismo carácter que la posteridad, más piadosa sin duda que sus coetáneos, no vacila en concederles...

***

Hombres que tenéis esposas, madres que tenéis hijas: interponed vuestra autoridad para impedir que unas y otras empleen sus aficiones literarias dedicándose á la lectura de obras que no sólo disculpen, sino que justifiquen y aun aplaudan, los extravíos de la mujer: en imaginaciones impresionables, como lo son las femeniles, esas apologías del vicio son por demás peligrosas. Practíquese en buen hora, y llévese al libro como palenque de las ideas que es, aquella máxima piadosa, nunca bastantemente encomiada, que dice: «Odia el delito y compadece al delincuente»; mas no se extreme su moral, ni menos aún se la bastardee, hasta el extremo de hallar en el crimen un merecimiento y en el criminal un sér elogiable; porque entonces el castigo justo, ejemplar, afrentoso, elevaríase á la categoría de martirio; las pecadoras parecerían heroínas, y esa existencia, por ellas arrastrada como cadena de forzado, adquiriría el tentador aspecto de una florida senda bordeada de palmeras gentiles, laureles inmarchitables, olorosos mirtos...

Augusto Martínez Olmedilla

Madrid, 7 de Julio de 1904.

LIBROS DE CABALLERÍAS CATALANES

CURIAL Y GUELFA — TIRANTE EL BLANCO

Mucha importancia tienen dos libros de caballerías catalanes, que indisputablemente son del siglo XV: famoso el uno en la literatura novelesca, *Tirant lo Blanch*; casi ignorado el otro, *Curial y Guelfa*, hasta que recientemente le ha dado á luz en primorosa edición la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, con eruditas y oportunas observaciones de mi fraternal amigo y condiscípulo el profesor D. Antonio Rubió y Lluch (1).

---

(1) *Curial y Guelfa: Novela catalana del quinzèn segle, publicada á despeses y per encarrech de la «Real Academia de Buenas Letras» per Antoni Rubió y Lluch, soci numerari de dita corporació.* Barcelona, 1901.

Además de estos libros en prosa, se escribieron en catalán algunas narraciones en versos cortos pareados de nueve y de seis sílabas *(novas rimadas)*, que por su forma especial corresponden á la historia de la poesía lírica. A este género pertenece la *Faula* de Guillem de Torrella, publicada en parte por Milá (*Obras*, tomo III, págs. 364-378), composición agradable y llena de reminiscencias del ciclo de la Tabla Redonda, interviniendo en ella el propio rey Artus y el hada Morgana. Parece ser de la segunda mitad del siglo XIV. En cuanto al *Blandin de Cornouailles*, tanto Pablo Meyer como Milá y Fontanals opinan que su autor fué un catalán que quiso escribir en provenzal. También es más provenzal que catalana, y al parecer traducida del francés á fines del siglo XIV ó principios del XV, la *Storia del amat Frondino et de Brissona, on se contenen quatre libres d'amors ab alguns cansons en frances*, publicada por Meyer en la *Romania* (1891, tomo XX, págs. 599 y ss.). Es una novelita sentimental,

Más que libro de caballerías propiamente dicho, el *Curial* es una novela erótico-sentimental, influída por modelos italianos, y especialmente por la *Fiammeta* de Boccaccio. La colocamos, sin embargo, en este lugar porque conserva en mayor grado que las otras el espíritu caballeresco, principalmente en el libro segundo, que está lleno de descripciones de combates. Sobre la plena originalidad de esta obra pueden caber algunas dudas. Luis Vives; en un importante pasaje de su tratado sobre la educación de la mujer, enumera entre los libros de entretenimiento que corrían *en Flandes*, y cuya lectura reprueba, uno que llama *Curias et Floreta*. ¿Tendría que ver con el nuestro? Si hubiese sido español, estaría citado por Vives con los demás de nuestra literatura que menciona: es á saber, el *Amadís*, el *Florisando*, el *Tirante*, la *Celestina* y la *Cárcel de Amor*. Parece, pues, que se trataba de un texto francés. En el *Curial* ha notado su diligente editor inscripciones y divisas en lengua francesa, alusiones continuas á los libros de *Tristán* y *Lanzarote*, algunos que parecen galicismos, como *armurers, mestre dostal, renarts burells* y otros, y sobre todo un gran número de nombres y apellidos (históricos algunos) que son enteramente franceses.

Pero la influencia italiana es la que en el libro predomina, y se manifiesta de mil modos, ya en las frecuentes citas de Dante, de quien manejaba no sólo la *Commedia*, sino *Il Convito* y la *Vita nuova*, ya en el conocimiento que manifiesta de otras obras de aquella literatura, tan familiar entonces á los catalanes, dominadores de Sicilia y de Nápoles y émulos de las Repúblicas marítimas en el comercio de Levante. Así recuerda, como cosa que debía de estar presente en la memoria de todos sus lectores, la trágica historia de Guiscardo y Guismunda, que es la novela primera de la jornada IV del *Deca-*

---

mezclada de prosa y verso, y tiene de curioso el empleo de la forma epistolar. *Frondino* y *Brissona* están citados en el *Curial* (pág. 498), como famosos amantes, al lado de *Amadís* y *Oriana*.

meron. El fondo mismo del *Curial*, la sencilla historia de amor que le sirve de principal argumento, tiene su origen directo en una colección de cuentos italianos, *Il novellino* ó las *Cento Novelle Antiche* (núm. 61, «*d'una novelle ch'avenne in Provenza alla corte del Po*»). Esta narración, como tantas otras, había pasado de Provenza á Italia, y de Italia volvió á Cataluña, rota ya la hermandad entre provenzales y catalanes, y olvidada la antigua literatura occitánica que había sido común á ambos pueblos. Aun los rasgos que más localizan el cuento y dan testimonio de su origen, la mención del *Puig de Nostra Dona*, y el primer verso de la canción del trovador Barbassieu, «*Atressi cum l'olifans*» (que quizá fué el fundamento de toda la leyenda), están tomados del texto italiano. La anécdota es ingeniosa y del género de otras que se leen en las biografías de los trovadores. Una dama, gravemente ofendida por la indiscreción de su caballero, le previene que no volverá á admitirle en su gracia hasta que cien varones, cien caballeros, cien damas y cien doncellas griten todos, á una voz, *perdón*, sin saber á quién se lo piden. El ladino caballero, que era de gran saber en el arte de trovar, inventa las palabras y la melodía de una canción alegórica, y va á cantarla en el gran concurso poético del *Puis de Nostradame*. Apenas había terminado su canción, en que empezaba por compararse con el elefante caído, que no se puede levantar si no se le anima con gritos y voces, todos los circunstantes pidieron perdón por él, y la altanera dama consintió en perdonarle (1).

El teatro de los amores de Curial y Guelfa es la corte de Monferrato (otro indicio de italianismo); pero se da á entender, aunque no está claro del todo (2), que el padre del héroe

(1) Vide Milá y Fontanals, *De los trovadores en España*, 2.ª ed., pp. 109-110.

(2) El libro comienza de esta suerte: «*Fonch ja ha lonch temps, segons jo he llegit, en Cathalunya, un gentil hom...*», etc. Según se ponga coma antes ó después de Cataluña, resultará que el padre de *Curial* era catalán ó que el autor había leído la historia en Cataluña.

era catalán, y en los episodios de la novela intervienen, llevándose la prez en justas y torneos de Francia é Italia, varios caballeros catalanes y aragoneses de apellidos muy ilustres: Dalmau de Oluge, Pons d'Orcan, Aznar de Atrosillo, Galcerán de Mediona, Pere de Moncada, Ramón Folch de Cardona. El autor ha querido, con justo entusiasmo, que la acción de su novela coincidiese con el momento más glorioso y solemne de la historia de la corona de Aragón, es decir, con el reinado de Don Pedro III el Grande, que es su héroe predilecto, á quien llama «*lo millor cavallero del mon sens tota falla*», aludiendo repetidas veces á su bizarra aventura del palenque de Burdeos, y comentando aquel célebre verso que le dedicó Dante en el cap. VII del *Purgatorio:*

D'ogni valor portò cinta la corda.

Aun en esta glorificación del gran rey vencedor de los franceses se revela también el asiduo lector de los autores italianos, y no de Dante sólo, sino de Boccaccio, que hizo á Don Pedro héroe de una de sus más delicadas y gentiles narraciones.

Hay, pues, un elemento histórico é indígena en el *Curial*, pero el caso no es único en las novelas españolas del siglo xv. Aparte de *El Siervo Libre de Amor*, de Juan Rodríguez del Padrón, donde hay tantas reminiscencias geográficas ó históricas de Galicia, ahí está la *Crónica Sarracina* de Pedro del Corral, escrita antes de 1410, la cual, más que libro de caballerías, es una verdadera novela histórica, en que se amplifican y desarrollan todas las tradiciones y consejas relativas á la pérdida de España y á los Reyes Don Rodrigo y Don Pelayo.

La impresión que el *Curial* deja es la de una obra forastera, refundida por un catalán más bien que concebida originalmente en Cataluña. Acaso fuese en su origen una breve historia de amor, escrita en italiano, que al pasar á nuestra Península se enriqueció, no solamente con las alusiones históricas,

con los apellidos ya citados y con algunos nombres geográficos, como Barcelona, La Roca, Solsona, sino con gran número de aventuras y razonamientos intercalados con poco arte de composición. Todo lo que se refiere á las andanzas de Curial en Grecia y África tiene este carácter, y lo tiene muy especialmente el curiosísimo intermedio clásico del sueño de Curial en el Monte Parnaso, donde Apolo y las Musas le eligen por juez para sentenciar sobre la veracidad de Homero en cuanto á la guerra de Troya. Curial no desprecia al poeta griego; pero, como era de suponer, da la palma á Dictis y Dares: «Homero ha escrit libre que entre los homens de sciencia man que sia tengut en gran estima: Ditis e Dares scriuiren la veritat e axi ho pronuncie». Toda esta disputa es un pedantesco alarde del autor para mostrarse muy leído en la *Crónica* de Guido de Columna, á quien alega varias veces, como también la compilación llamada *Fiorita*, que Armannino, juez de Bolonia, compuso en 1325, donde se contiene una especie de *Eneida* anovelada al gusto de la Edad Media. Parece haber manejado también las *Metamorfoses* de Ovidio, que cita al principio del libro tercero.

Milá y Fantanals, primer crítico que se fijó en el *Curial*, aunque muy de paso, reconoció en él aquella singular mezcla de *gótico* y *renacimiento* que se encuentra en muchas obras artísticas y literarias del siglo xv y principios del xvi (1). Tanto por esta mezcla, que para el gusto ecléctico y curioso de ahora no es desagradable, como por el interés que ofrece cualquier texto de lengua catalana, ya que son relativamente pocos los que han logrado salvarse del naufragio, merece el *Curial*, á pesar de la afectación y mal gusto de muchos trozos y del poco interés de la narración, la solicitud con que ha sido impreso y las investigaciones que se hagan sobre sus fuentes.

Pero no puede establecerse paridad alguna entre esta com-

(1) *Obras completas del Dr. D. Manuel Milá y Fontanals. Tomo III. Estudios sobre historia, lengua y literatura de Cataluña* (pp. 485-492).

posición retórica y amanerada y la muy sabrosa, aunque demasiado larga y demasiado libre, historia valenciana de *Tirant lo Blanch*, que es uno de los mejores libros de caballerías que se han escrito en el mundo; para mí, el primero de todos después del *Amadís*, aunque en género muy diverso.

El elogio que hace de él Cervantes en el escrutinio de la librería de D. Quijote nunca me ha parecido irónico, sino sincero, aunque expresado en forma humorística: «¡Valame Dios, »dijo el cura dando una gran voz; que aqui está Tirante el »Blanco! Dadmele aca, compadre, que hago cuenta que he ha»llado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. »Aquí está D. Kirieleison de Montalban, valeroso caballero, y »su hermano Tomas de Montalban y el caballero Fonseca (1), »con la batalla que el valiente de Tirante (2) hizo con el alano, »y las agudezas de la doncella Placerdemivida y con los amo»res y embustes de la viuda Reposada, y la señora Empera»triz enamorada de Hipolito su escudero. Digovos, verdad, »señor compadre, que por su estilo es éste el mejor libro del »mundo: aqui comen los caballeros y duermen, y mueren en »sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con otras »cosas de que todos los demas libros deste genero carecen. Con »todo eso os digo que merecia el que lo compuso, pues no hizo »tantas necedades de industria, que le echaran a galeras por »todos los dias de su vida».

---

(1) Es singular, y prueba la portentosa memoria de Cervantes (que no siempre ha de ser la memoria cualidad de los tontos), el que se acordase de este insignificante personaje, que sólo una vez está mencionado en el enorme libro del *Tirante* (cap. CXXXII): «Toda la gent se arma e puja»ren a cavall per partir. Primerament ixque la bandera del Emperador »portada per un cavaller qui era nomenat *Fonsequa*, sobre un gran e ma»ravellos cavall tot blanch».

(2) *Detriante* dice la primera edición del *Quijote* y repitieron todas las sucesivas hasta la de Bowle, que escribió, como es debido, *de Tirante*. Pero el primero que propuso la enmienda fué el académico francés Fréret, autor del curioso prólogo que lleva la traducción de aquel libro de caballerías hecha por el Conde de Caylus.

Cervantes señaló entre burlas y veras el carácter realista del *Tirante*, fijándose en detalles tales como la lucha del héroe con un perro, que es, en efecto, de lo menos caballeresco que puede imaginarse, aunque tiene precedente en la del rey Artús con un monstruoso gato; no olvidó la sensual pintura de los amores de la vieja emperatriz y del escudero Hipólito, ni las intrigas por todo extremo livianas y celestinescas en que intervienen la doncella *Placer-de-mi-vida* y la viuda *Reposada*: felicísimos nombres uno y otro, que acreditan la inventiva y buen humor de quien los discurrió. No se le pasó por alto el grotesco nombre de D. Kirieleisón de Montalbán, digno del repertorio de Rabelais; y tan empapado se muestra en el libro de Martòrell, que ni siquiera omite la insignificante mención del caballero Fonseca, á quien se nombra una sola vez en toda la novela.

No puede negarse que el final del pasaje sea obscuro, y confieso que no me satisface ninguna de las explicaciones que de él se han dado. Si hay errata, como se sospecha, podrá consistir en la adición del *no*, pues suprimiéndole, la frase hace sentido y puede interpretarse de esta suerte: «Merecía el au»tor las galeras, porque siendo hombre de buen ingenio le dió »mal empleo, poniéndose *de industria*, es decir, de caso pen»sado, á escribir necedades». Por *necedades* entiende Cervantes las extravagancias caballerescas y eróticas del *Tirante;* que también hay necedad en los discretos. Muy duro parece el castigo de las galeras para tales pecados; pero la frase es humorística á todas luces. Y es lo cierto que las lozanías del *Tirante* pasan á veces de la raya y explican la chistosa frase de Cervantes, la cual es á un tiempo elogio del ingenioso autor del libro y vituperio de las escenas lúbricas en que solía complacerse (1).

(1) Es en extremo forzada la interpretación que da á este pasaje don Juan Calderón en su curioso y á veces atinado libro, *Cervantes vindicado en ciento y quince pasajes del texto del Ingenioso Hidalgo... que no han entendido, ó que han entendido mal, algunos de sus comentadores ó*

El *Libre del valeros e strenu caualler Tirant lo Blanch,* impreso por primera vez en Valencia, 1490 (1), tiene, á diferencia de otros muchos libros de caballerías, especialmente de los más antiguos, autor, ó por mejor decir, autores conocidos, puesto que en él mismo consta que las tres primeras partes fueron escritas por el magnífico y virtuoso caballero *Mossen Johanot Martorell*, y que después de la muerte de éste fué acabada la cuarta parte, á ruegos de la señora doña Isabel de Loris, por *Mossen Marti Johan de Galba*, que acaso fuera un notario, á juzgar por la forma curialesca en que redactó los testamentos de Tirante y la princesa Carmesina, á que alude Cervantes.

Sabemos, además, la fecha en que Martorell comenzó á es-

críticos (Madrid, 1854), pp. 19-27. Supone que la expresión *con todo eso* no tiene fuerza adversativa; que el verbo *merecía* está usado como neutro, y que la frase «que le echaran á galeras» es una oración incidente determinativa del sustantivo *necedades*, por lo cual debe omitirse la coma después de *industria*. Con todos estos desesperados recursos viene á resultar la siguiente frialdad indigna de Cervantes: «por todas estas razones os digo que el tal autor tenía mérito (merecía), puesto que de industria (esto es, sabiendo lo que traía entre manos) no hizo tantas necedades como otros, dignos de ir á galeras por toda su vida». Para atormentar así los textos, vale más confesar lisa y llanamente que no se entienden.

(1) Es libro rarísimo, del cual existe un ejemplar en la biblioteca de la Universidad de Valencia, y otro en el Museo Británico. D. José Salamanca poseyó otro procedente del colegio de la Sapiencia de Roma. Pero todavía es más rara la segunda edición de Barcelona, 1497, que puede verse descrita detalladamente en el tomo primero del *Ensayo* de Gallardo (número 1.218) con presencia del ejemplar que, procedente de la Biblioteca de Oporto, estuvo algún tiempo en poder del mismo Salamanca, y no sabemos dónde se encuentra hoy. No menos peregrina es la traducción castellana impresa en Valencia, 1511, por Diego Gumiel, de la cual he visto un solo ejemplar, que perteneció al marqués de Casa-Mena, y posee actualmente el bibliófilo barcelonés D. Isidro Bonsoms. Otro ejemplar falto de hojas se vendió en Londres en 1854, en la subasta de la librería de Lord Stuart de Rothsay, antiguo ministro de Inglaterra en Lisboa.

El texto original del *Tirante*, conforme á la edición príncipe de Valencia, fué reimpreso con mucha corrección y elegancia por D. Mariano Aguiló en cuatro tomos de su *Biblioteca catalana*, que, como casi todos los de la misma serie, carecen todavía de portadas y preliminares.

cribir su libro: 2 de Enero de 1460. Esta importante noticia consta al fin de la dedicatoria al infante D. Hernando de Portugal, una de las varias personas á quien se atribuyó sin fundamento el *Amadís de Gaula*. En su carta dice Martorell que «la historia y actos de Tirante estaban escritos en lengua in»glesa, y que el infante le había rogado que los trasladase al »portugués, entendiendo que por haber residido Martorell al»gún tiempo en la isla de Inglaterra había de serle más fami»liar aquella lengua que a otros. Por lo cual él, obedeciendo »a este ruego o más bien mandato del señor a cuyo servicio »estaba, se habia atrevido á traducir la obra no solamente de »lengua inglesa en portuguesa sino de portuguesa en vulgar »valenciana, para que la nacion de donde él era natural disfru»tase de aquel beneficio». Y finalmente disculpa los defectos que puedan hallarse, con la oscuridad de la lengua inglesa, cuyos vocablos es difícil entender bien algunas veces.

Generalmente se ha hecho poco aprecio de estas declaraciones de Martorell, y como ni en inglés ni en portugués se encuentra rastro de tal libro, se ha creído que todo el prólogo era ficción pura, según la costumbre de los autores de libros de caballerías, que procuraban darles autoridad y crédito suponiéndolos traducidos de otras lenguas. Pero obsérvese que los que tal hacían afectaban, por lo común, trasladar sus libros de lenguas sabias ó muy remotas y peregrinas, como el griego, el hebreo, el caldeo y el húngaro, más bien que de las vulgares, y no recuerdo que ninguno de ellos quisiese autorizar su obra suponiéndola traída de una lengua tan de casa y tan familiar á los nuestros como era el portugués. Además, ¿qué objeto había de tener esta superchería, si el mismo Martorell es quien se reconoce autor de la versión portuguesa y de la valenciana, y así lo declara en un prólogo dirigido al infante de Portugal, en cuyo servicio estaba y que le había encargado la traducción? Si todo esto es invención, ¿qué podía ganar el libro con ello?

Para mí está fuera de duda que Juan Martorell, valenciano

de nacimiento, pero residente en la corte de Portugal por los años de 1460, escribió primero en portugués y luego en su nativa lengua (que tratándose de aquel tiempo debe llamarse sin ambages catalana) el libro de *Tirante el Blanco,* y que Micer Juan de Galba tradujo del portugués la cuarta parte, que en tono y estilo no difiere de las demás ni es adición pegadiza, sino desenlace natural y complemento necesario de la fábula, por lo cual hay que desechar el pensamiento de que sea labor suya y no del mismo Martorell (1).

¿Pero será verdad lo que éste dice de un original *inglés?* Aquí la cuestión es mucho más problemática. No hay razón para negar el viaje de Martorell á Inglaterra, y leyendo atentamente su libro se notan indicios que nos persuaden que estuvo allí. En Inglaterra empieza la acción; las justas reales de aquel país y sus fiestas caballerescas están descritas con la minuciosidad de un testigo de vista; se cuenta muy á la larga el origen y estatutos de la Orden de la Jarretiera. Y prescindiendo, porque nada probarían, de las frecuentes imitaciones del ciclo bretón, y de la familiaridad que el autor muestra con los personajes más conocidos y vulgarizados de aquel ciclo, como el rey Artús, á quien hace intervenir en una aventura de que hablaré después, se encuentran en el *Tirante* otras narraciones que parecen tomadas de libros ingleses. La misma leyenda del dragón de Cos, más que aprendida en las playas del Mediterráneo, parece trasladada del libro fantástico de viajes de John de Mandeville (2). La historia del conde *Guillem de Varoychi,* con que la obra comienza, es ni más ni me-

(1) Si algo puso de su cosecha Juan de Galba, sería en lo que toca á las hazañas de Tirante en Túnez y Tremecen, episodio ciertamente muy largo y no indispensable para la acción. Pero los últimos capítulos, que comprenden la vuelta de Tirante á Constantinopla, su casamiento y su muerte, no es verosímil que nadie sino Martorell los escribiera, porque son esenciales en el plan y propósito del libro.

(2) Vide Dunlop-Liebrecht, *Geschichte der Prosadichtung,* p. 175, y G. París, *Histoire Littéraire de la France*, t. XXX, pp. 191-192.

nos que el antiguo poema de *Guy de Warwycke,* escrito al parecer por un trovero anglonormando en el siglo XII y traducido en verso inglés á principios del XIV. En él se narra cómo el conde, recién casado, se separó de su mujer para ir en peregrinación á Tierra Santa; cómo volvió, después de muchas aventuras, para arrojar de Inglaterra á los daneses, y cómo, finalmente, se hizo ermitaño (1).

Pero al lado de estas reminiscencias, cuyo número es ciertamente muy escaso, hay en el *Tirante* innumerables cosas que denuncian el origen catalán de su autor y que no han podido ser escritas más que por algún súbdito de la corona de Aragón. Gran parte del primer libro, es decir, el encuentro del joven Tirante con el caballero ermitaño, y las instrucciones que éste le da sobre el oficio y deberes de la caballería, está calcada, puede decirse que servilmente, sobre un tratado de Ramón Lull que conocemos ya, el *Libre del orde de Cavaleyria.* El tema principal de la novela, las empresas de Tirante en Grecia y Asia, sus triunfos sobre el Gran Turco y el Soldán de Egipto, su entrada triunfal en Constantinopla, sus amores y desposorio con la hija del Emperador griego, su elevación á la dignidad de César y heredero del Imperio, y hasta la muerte que le sorprende en medio de la alegría de sus bodas, si bien traída por causa natural y no por el hierro de la traición, dan al *Tirante* cierto sello de novela histórica, donde se reconoce, no muy desfigurada (dentro de los límites que separan siempre la verdad de la ficción), la heroica expedición de catalanes y aragoneses á Levante y el trágico destino de Roger de Flor. Ninguno de los personajes de la novela es español: á Tirante se le supone francés, ó por mejor decir bretón; pero antes de terminarse el libro primero, abandona por completo las regiones de centro y norte de Europa y se pone al servicio del rey de Sicilia, es decir, de un príncipe de la di-

(1) Véase el extenso análisis que de este poema hizo Littré en el tomo XXII de la *Histoire Littéraire de la France*, pp. 841-851.

nastía catalana. Los intereses políticos que le preocupan son los que en nuestro litoral mediterráneo tenían que ser primordiales: el socorro de Rodas, heroicamente defendida por los caballeros de San Juan, la competencia mercantil con los genoveses, la aspiración al dominio de la vecina costa africana, el peligro de Constantinopla, el creciente poderío de los turcos.

La materia episódica del *Tirante* puede estar, y en efecto está, tomada de fuentes muy diversas. Ya hemos mencionado la bellísima fábula de la doncella convertida en serpiente, que no sabemos si es bizantina ó bretona de origen, puesto que se la encuentra lo mismo en el poema francés de *Guinglain* y en el italiano de *Carduino* que en la tradición oral de las islas del Archipiélago griego. Tal como la cuentan Martorell y Juan de Mandeville, en quien probablemente se inspiró nuestro autor, tiene todos los caracteres de un mito greco-oriental. El dragón de la isla de Cos (Lango) era la hija del sabio Hipócrates, encantada en aquella forma y que no podía recobrar la suya propia hasta que un joven se dejase besar por ella. Espercio, uno de los personajes secundarios del *Tirante*, es el que lleva á cabo la aventura, haciéndose con ella dueño de la hermosura de la doncella y de los tesoros de la isla. Se ha conjeturado que en la aplicación de esta leyenda al famoso médico griego hay una reminiscencia del papel que representaba la serpiente en el culto de Esculapio.

Otras anécdotas hay en el *Tirante*, cuyo origen es fácil señalar: por ejemplo, la estratagema de Zopiro, tomada, no de Herodoto, desconocido en la Edad Media, sino de cualquier compilador. Las fabulosas biografías de Virgilio y de Esopo le han prestado los dichos que pone en boca del filósofo á quien la princesa de Sicilia llama á su corte. Y aunque no se me alcanza de dónde pudo tomar el chistoso cuento del príncipe tonto D. Felipe de Francia, cuyos desaciertos y necedades va remediando con tanta habilidad Tirante, para hacerle grato á los ojos de su prometida, bien se ve que esta historia

de burlas es una intercalación y que antes hubo de existir aislada. El que se fiara de la vieja traducción castellana ó de la francesa del Conde de Caylus, podría creer que Martorell, además de los libros bretones, conocía el *Amadís de Gaula*, puesto que en aquellos dos textos se encuentra el nombre de Urganda la desconocida, aplicado á una hermana del rey Artús. Pero en el texto catalán no hay semejante cosa: la hermana de Artús, que va en demanda suya á Constantinopla y le desencanta por medio de un rubí de mágica virtud, no es Urganda, sino el hada Morgana. La pasión de la Emperatriz por el escudero Hipólito tiene mucha semejanza con la de la Emperatriz Athenais y el joven Párides en un poema francés de la segunda mitad del siglo XII, el *Éracles*, de Gautier de Arras (1), aunque el trovero francés es mucho más casto que nuestro novelista, que agotó en esta ocasión todos los recursos de su pincel voluptuoso.

Leído el *Tirante* con la atención que merece, salta á la vista que Juan Martorell conocía muchos libros de pasatiempo, de los cuales se valió para enriquecer y amenizar el suyo, pero que la concepción general le pertenece, tanto ó más que al autor del *Amadís*. Pudo encontrar en Inglaterra uno ó varios poemas que le diesen la primera idea del suyo, y quizá el nombre del héroe; acaso al principio se limitó á traducir ó arreglar, y por eso el primer libro tiene un carácter más caballeresco, sin mezcla de pormenores vulgares ni escenas deshonestas; es también el único en que intervienen gigantes ó á lo menos personajes muy agigantados, como D. Kirieleisón de Montalbán y su hermano: el único en que las aventuras de Tirante se parecen algo á las de cualquier otro paladín. Pero en seguida cambió de rumbo, acaso por haberse trasladado desde las brumas de Inglaterra á las risueñas costas de Portugal: la musa del realismo peninsular le dominó por completo, y los

(1) Extensamente analizado en el tomo XXII de la *Histoire Littéraire de la France*, pp. 796-806

ejemplos venidos de Italia, especialmente el de Boccaccio, cuyos libros estaban entonces en su mayor auge, hicieron que este realismo no fuese siempre tan sano y comedido como debiera. De todos modos, el *Tirant lo Blanch,* escrito en una lengua mucho más próxima á la popular que el *Curial y Guelfa,* resultó uno de los libros más catalanes que existen, con cierta indefinible nota de gracia y ligereza valenciana que le da un puesto aparte entre los prosistas de aquella literatura, como á Jaime Roig entre los poetas.

No ha faltado algún excelente crítico (1) que considerase el *Tirante* como una parodia deliberada de los libros de caballerías, que en todo caso sería más parecida á la de Merlín Cocaio ó á la de Rabelais, que á la fina ironía del Ariosto ó á la grande y humana sátira de Cervantes. No faltan en aquella novela episodios que superficialmente considerados pudieran hacer verosímil esta opinión: desafíos tan ridículos como el de Tirante con el caballero francés Villermes, batiéndose los dos adversarios en paños menores con escudos de papel y guirnaldas de flores en la cabeza; bufonadas en que sacrílegamente se mezcla lo humano con lo divino (por ejemplo, el rezo de la Emperatriz en el capítulo CCXLV): un regocijo sensual bastante grosero y lo más contrario que puede haber al ideal caballeresco. Todo esto es verdad, y no obstante, considerado el *Tirante* en su integridad, no puede dudarse que fué escrito en serio, y que las empresas guerreras del héroe son las más serias que en ningún libro de esta clase pueden encontrarse. Lo son por su finalidad alta é histórica, y lo son por los medios muy racionales que el héroe emplea para llevar á cabo sus victorias y conquistas. No es un aventurero andante que consume su actividad en delirios y vanas quimeras, como la mayor parte de los paladines de Bretaña y sus imitadores, sino un hábil capitán, un príncipe prudente que pone su espada

(1) J. B. Warren, *A History of the Novel previous to the seventheenth century* (Nueva York, 1895), p. 175.

y su consejo al servicio de la cristiandad amenazada por los turcos. Las artes con que triunfa de ellos no deben nada al sobrenatural auxilio de magas y encantadores; vence, sí, y desbarata con fuerzas pequeñas innumerables ejércitos; pero esta hipérbole ha sido permitida siempre á los narradores épicos, y no podía menos de serlo cuando no se abstenían de ella los más graves historiadores.

No es el *Tirante* una parodia, sino un libro de caballerías de especie nueva, escrito por un hombre sensato, pero de espíritu burgués y algo prosaico, que no huye sistemáticamente del ideal, pero lo comprende á su manera. No sólo modifica el sentido del heroísmo, y en esto merece alabanza, sino que cambia radicalmente el concepto del amor, y aquí resbala de lleno en la más baja especie de sensualismo. También él ha querido hacer de Tirante y Carmesina una pareja modelo de leales enamorados, pero las situaciones en que los coloca no son más que un pretexto para cuadros lascivos. Mucho más honesta es Oriana, rindiéndose la primera vez que se encuentra á merced de su amador en el bosque, que la refinada princesa de Constantinopla, que se complace en excitar brutalmente sus sentidos en repetidas entrevistas, y no cede del todo hasta la última parte del libro. Hay en todo una especie de *molinosismo* erótico sobremanera repugnante. Nada diremos de la senil pasión de la Emperatriz, que tan caro paga al joven Hipólito su complacencia amorosa, ni de la consumada maestría que en las artes del lenocinio muestran las doncellas Estefanía y Placerdemivida, que más bien que en palacios imperiales parecen educadas en la zahurda de la madre Celestina. Adviértase que Martorell describe todas estas escenas sin correctivo alguno, antes bien con especial fruición, y las corona escandalosamente con el triunfo de Hipólito, elevado nada menos que al trono imperial de Constantinopla por el desaforado capricho de una vieja loca.

Si todo esto indica la depravación de la fantasía del autor (la cual contrasta por otra parte con el tono grave y doctrinal

de los razonamientos de que su libro está plagado), otras cosas de distinto género prueban en él la obsesión de la vida común, el amor al detalle concreto y preciso, el instinto que le llevaba á copiar la realidad, fuese ó no poética. Tirante, saltando por una ventana de la habitación de Carmesina, se rompe una pierna: accidente muy natural, pero que ningún otro autor de este género de historias hubiese atribuído á un héroe suyo, ni menos hubiese insistido tanto en los detalles de la curación. La enfermedad de que muere es una prosaica pulmonía, y, como ya notó Cervantes, hace en toda regla su testamento. Por lo demás, el final de la historia es tierno y patético. Tirante cayendo herido por la muerte cuando se ve á las puertas de la dicha mundana, y Carmesina expirando de dolor, abrazada al cadáver de su esposo, pertenecen á la esfera ideal del arte y recuerdan el sublime desenlace de los amores de Tristán é Iseo.

El *Tirante*, aunque tan ingenioso y tan cargado de picantes especias, no parece haber tenido muchos lectores en España. Casi nadie le cita, fuera de Cervantes, cuyo voto vale por todos. En su lengua original tuvo dos ediciones, ambas dentro del siglo XV; en castellano una sola, la de Valladolid de 1511. Las tres se cuentan entre los libros más raros del mundo. De la versión castellana proceden la italiana de Lelio di Manfredi, hecha por los años de 1514 á 1519, aunque no salió de las prensas de Venecia hasta 1538, y el galante *rifacimento* francés del conde de Caylus (1737?), que vale un poco más que el compendio del *Amadís* hecho por el conde de Tressan (1).

Pero el original catalán del *Tirante* había penetrado en Italia antes que estuviese traducido en ninguna lengua. Ya en 1500 lo leía Isabel de Este, marquesa de Mantua, y un año

(1) *Histoire du vaillant chevalier Tirant le Blanc, traduite de l'espagnol. A Londres.* Dos tomos en 8.°, sin año, que al parecer fueron impresos hacia 1737, y no en Londres, sino en París. Por lo licencioso del libro, se le puso este pie de imprenta falso. Fué reimpreso en París, 1775; tres tomitos en 12.°

después comenzaba á traducirlo, á instancia suya, Niccolo da Correggio (1). Extraño libro parece el desvergonzadísimo *Tirante* para entretener los ocios de una princesa honesta y sabia; pero las costumbres de las cortes italianas lo autorizaban todo, y después de Boccaccio, á quien todo el mundo respetaba como un clásico, no había que escandalizarse de nada. La novela valenciana fué conocida y utilizada también por los dos grandes poetas de la escuela de Ferrara. Mateo Boyardo parece haber tomado de allí la leyenda del dragón de Cos, atribuyéndola al paladín Brandimarte en los cantos 25 y 26 del *Orlando Innamorato* (refundición del Berni). En cuanto al Ariosto, ya apuntó Dunlop, y ha confirmado Rajna (2), que el núcleo del episodio de Ariodante y Ginebra (canto V del *Orlando Furioso*), tan importante en sí mismo, y además por haber sido el germen de una novela de Bandello, de la cual tomó Shakespeare el argumento de su comedia *Much ado about nothing*, está en los embustes de la viuda Reposada, que ardiendo en liviano amor por Tirante, y deseando alejarle de los brazos de la princesa Carmesina, urde contra ésta una monstruosa intriga, haciendo creer al caballero que su dama le era infiel con un negro feísimo, hortelano de palacio, con cuyas vestiduras y máscara hace disfrazar á una de las doncellas de la princesa. La mayor alteración que el Ariosto introdujo en el relato, sin duda por el espíritu de galantería, que rara vez le abandona, consistió en hacer recaer la parte odiosa de la estratagema, no en una mujer, sino en un hombre, Polinesso, el rival de Ariodante. Conjetura también Rajna que la industria de que se vale un marinero, en el *Tirante*, para abrasar la nave capitana de los genoveses que sitiaban á Rodas como auxiliares de los sarracenos, dió al poeta la idea del artificio de que Orlando se vale para arrastrar á la playa, por medio de una gruesa

(1) Vide *Giornale Storico della letteratura italiana*, t. XXII, pp. 70-73.

(2) *Le fonti dell'Orlando Furioso*, 2.ª ed., pp. 149-53. En Dunlop-Liebrecht, p. 172.

cuerda, el monstruoso cetáceo que guardaba á Olimpia (canto XI).

A pesar de haber tenido tales imitadores, *Tirante el Blanco* quedó *sporádico* y cayó muy pronto en olvido. Quizá su realismo, demasiado prematuro para un libro de caballerías, aunque ya hubiese penetrado en otros géneros, le hizo poco grato á los lectores habituales de esta clase de obras. Acaso también, su desenfrenada licencia en las pinturas eróticas fué obstáculo para que siguiera circulando, aunque la Inquisición no le puso nunca en sus índices. Pero antes de la mitad del siglo XVI, ya la imprenta española había ido moderando mucho el verdor y lozanía de sus abriles, y habían desaparecido del comercio vulgar las *Tebaidas*, las *Serafinas* y los *Cancioneros de burlas*. Aun la misma traducción de las *Cien novelas* de Boccaccio no se reimprimió después de 1543.

M. Menéndez y Pelayo

¿HAY SEMIVOCALES?

Algunos fonetistas llaman semivocales á la I y á la U.

¿Existe motivo para tal aseveración?

La cuestión es importantísima; porque, de ser cierta, comprometería la doctrina moderna de las vocales, fundada en los experimentos de HELMHOLZ y de KÖNIG.

I

En español reciben este nombre de *semivocales* solamente

la *i* y la *u*,

y no

la *a*, ni la *e* ni la *o*.

Pero precisamente se llaman semivocales en otras lenguas

la *a*, la *e* y la *o*.

Por manera que ya tenemos motivo para presumir que nada de esencia da lugar á la denominación de *semivocales*.

Mas ¿por qué se llaman semivocales

la *i* y la *u*?

Porque, en algunas ocasiones (tan pocas que pueden contarse por los dedos), la *i* se convierte en *y*, como sucede con

hierba, que muchos pronuncian *yerba*,

y la *u* va precedida de un sonido gutural, como en

huevo, que suena casi como *güevo*.

Pero observemos que á nadie se le ocurre llamar semivocales

ni á la *i* ni á la *u*

cuando, solas, siguen á una consonante ó están entre dos, ya tengan acento ó carezcan de él.

Con acento.	Sin acento.	Con acento.	Sin acento.
Dícta,	dictár,	Dúda,	dudár,
Fíno,	finúra,	Fúga,	fugáz,
Líno,	lináza,	Gúla,	gulusmeár,
Níño,	niñéra,	Lúna,	lunár,
Ríba.	ribázo, etc.	Núlo,	nulidád,
		Rúda.	rudéza, etc.

En ninguno de los casos anteriores, ni en la multitud de sus análogos, puede darse á la *i* el sonido de *y* ni á la *u* el sonido de *g* suave, ú otro gutural análogo.

El sonido de *y* y el sonido de *g* sólo pueden ocurrir cuando la *i* y la *u* están acompañadas de otra vocal.

Pero analicemos.

En una pareja de vocales la *i* y la *u* pueden ocupar unas veces el segundo lugar, y otras el primero. Si ocupan el segundo lugar, nunca se da el caso de que la *i* se convierta en *y*, ni la *u* vaya precedida de articulación gutural.

Digtongo.	Adiptongo.	Diptongo.	Adiptongo.
ai-re,	ca-í-da,	Au-ra,	a-ú-lla,
oi-dor,	o-í-do,	Sou-za,	bo-u,
pei-ne,	le-í-do,	eu-ro,	re-hu-sa,
cui-ta,	ru-í-na,	triun-fo,	di-ur-no,
nihi-lis-mo.	pi-í-si-mo.	Duunvir súum cuique (1).	

Aun cuando haya parada, ó cesación de sonido, á nadie se le ocurriría decir:

cayida,	agulla,
oyido,	bogu,
leyido,	regusa,
ruyina,	digurno,
piyísimo,	etc.

(1) Y ella se alzó y me dijo: *sú-um cuique.*

Ni, si se tratase de adiptongos entre dos vocablos, tales como

la ‖ íntima,	la ‖ última,
lo ‖ íntimo,	lo ‖ último,
le ‖ iba,	le ‖ usa,
su ‖ íntimo,	su ‖ último,
mi ‖ íntimo,	mi ‖ último,

tampoco diría nadie:

la yúltima,	la gúltima,
lo yíntimo, etc.	lo gúltimo, etc.

Resulta, pues, que ni á

la *i* ni á la *u*,

con acento ó sin él, colocadas después de otra vocal, puede aplicarse con fundamento la denominación de semivocales, porque, evidentemente, ninguna de las dos tiene, en ejemplos como los anteriores, carácter consonantal.

Pero la *i* y la *u* pueden ir antes de otra vocal, ocupando por consiguiente el primer lugar de la pareja, que es el caso de

hierba convertido en *yerba*

y de

huevo precedido de sonido gutural parecido á *güevo*.

Analicemos las variantes que pueden ocurrir, tanto cuando hay diptongo como cuando deja de haberlo.

II

Y empecemos con la *i*.

Diptongos.	Adiptongos.
hialino,	hiato, híadas,
iota,	
hiena,	hioides.
hiede (1).	

(1) Ni temeré que cunda y se derrame
contra mí la calumnia,
á quien nunca más blando el vulgo cede
que cuando á errores asquerosos ‖ hiede.

Cuando á la *i*, siendo inicial, sigue alguna de las dos vocales *a o*, la *i* no se convierte en *y*.

Antiguamente se decía y escribía

hiacinto

y la *i*, con el tiempo, se convirtió en J:

jacinto;

lo mismo que la palabra

iota

se convirtió en

jota.

Nos queda el caso de que á la *i*, siendo inicial, siga *e:*

yerba por hierba,
yeros por hieros,
yedra por hiedra...

Pero esta conversión ni ocurre siempre ni es lo normal. Nadie dice, si es persona instruída,

yena por hiena,
yelo por hielo,
yemal por hiemal,
yede por hiede...

Por otra parte, la *i* inicial se convierte en *j:*

jerarquía por *hierarquía*,
jeroglífico por *hieroglífico*,
jerosolimitano por *hierosolimitano*.

Otras veces no hay tal conversión:

hierofanta,
hierofante,
hieroscopia.

Por último, á veces, el uso es vario; ó bien por reminiscencias de origen, ó por la tendencia á seguir la pauta de otras formaciones análogas:

hierro, jierro, fierro,
hiebre, fiebre,
hieltro, fieltro...

Hiede, en los labios del vulgo, no se transforma en *y*, sino que toma *j* antes del diptongo:

jiede más que el mismo demonio.

Lo propio sucede con hierro:

quite usté jierro.

Así, la *i* inicial seguida de *e* no siempre hace de consonante, como sería necesario para decir que por naturaleza es semivocal. Y, cuando se convierte, es sustituída por varias consonantes, no precisamente por *y*.

III

Y vamos ahora á la *u*.

La *u* no se convierte jamás en otra letra. Siempre es *u*. Y, no habiendo conversión, no existe ni aun el motivo que se aduce con respecto á la *i* para la supuesta idea del carácter consonantal atribuído á la *u*.

Examinemos los casos que pueden ocurrir estando la *u* en primer lugar, que es el de

huevo.

La *u* se pronuncia claramente y sin ir precedida de sonido gutural cuando no va seguida de *e*:

huaca,
Huáscar,
huaco,
huelga,
huidizo,
Huidobro,
huída.

Nadie hace preceder de sonido gutural á la *u* seguida de *a*, ni de *o*, ni de *i*:

Las HUACAS eran sepulcros de los antiguos peruanos; y en ellas se encontraban á menudo ídolos de barro que se denominaban HUACOS.

El HUÁSCAR, acorazado peruano, fué destruído por los chilenos.

El campo abierto á su HUÍDA.

La liebre es animal HUIDIZO.

HUIDOBRO es muy buen estudiante.

Nadie, en estos ejemplos, se atrevería á pronunciar:

gHüidobro,
ghüidizo,
ghüída,
gHuáscar,
ghuaco,
ghuaca.

En italiano se dice *l'uomo*, el hombre, y no

guomo.

Queda el caso de las voces que empiezan por el diptongo

hue.

Efectivamente, hay quienes pronuncian

güevo,
güero,
güeso,
güesoso, güesudo...

Pero no se oye á nadie decir

GÜELVA por Huelva:
mañana salgo pa Huelva (y no Güelva),

ni

GÜELGA por huelga:

Ha terminado satisfactoriamente la HUELGA de los cocheros.

Las HUELGAS inmotivadas perjudican más á los trabajadores que á los patronos.

Las huestes agarenas.

Nadie dice

el viento güeste,

sino

el viento ueste:

Hacía un uestazo muy duro.
Soplaba un ventarrón del ueste.
El uessudueste sopla allí con suma frecuencia.

Ni tampoco va siempre la *u* inicial de un diptongo precedida de *g* suave. Muchas veces lleva por delante una *j*.

En el lenguaje del vulgo se oye:

estuvo toda la noche de juerga,
es un juerguista incansable,
á juir, que azotan;

otras una B:

dos buevos fritos,
quien se traga un bueso...

Así, pues, menos motivo hay para decir que la *u* tiene índole de consonante que para afirmar lo mismo de la *i*.

La *i* verdaderamente se transforma alguna que otra vez en *y*, en *j* y en *f*. Pero la *u* jamás experimenta transformación. Unas veces suena como vocal inicial de su diptongo, y otras se deja preceder de un sonido gutural como de *g* suave, ó bien, francamente, de *j;* ó bien de B, aunque menos frecuentemente.

IV

Tenemos, pues, ya lo suficiente para presumir que no ha de buscarse la razón de los fenómenos aducidos en la supuesta naturaleza consonantal de la *i* ó de la *u,* y que esa razón está en las pausas, no bien estudiadas, que son indispensables para la formación de las sílabas.

En una sílaba caben muchas vocales: tantas cuantas puedan enunciarse en un abrir y cerrar de los órganos de la fonación, pero no en un abrir, cerrar y volver á abrir la boca.

Cuando á una vocal sigue otra acentuada, no hay diptongo por sinalefa en la mayor parte de los casos.

Es lo ‖ último que me quedaba que o-ir,
se decidieron á ‖ ir al baile,
odian y ‖ aman,
odia y ‖ ama,
muerte ú ‖ honra.

Todos cuantos hablan una lengua (y con especialidad los ignorantes) tienden á la regularidad del idioma. Así, el niño dice:

yo cabo,

en vez de

yo quepo.

Yo satisfací,

en vez de

yo satisfice.
Me dijiste que andara y andé...

Sólo la gente de letras dice en Andalucía (y en otros puntos de España)

amaste, comiste, partiste,

pues la generalidad pronuncia

amastes, comistes, partistes,

conformando así las segundas personas del pretérito simple con las demás de los otros tiempos del indicativo y del subjuntivo, que TODAS acaban en *s*.

Hasta el gran Duque de Rivas (sabiendo lo que se hacía) terminaba alguna que otra vez en *s* la segunda persona del pretérito simple.

De esta tendencia á la regularidad han resultado dos clases de repugnancias.

En primer lugar: una repugnancia muy generalizada á terminar nuestras sílabas en consonante ó en consonantes.

Y de ahí el decirse:

SÉtimo por SÉPtimo,
SEtiembre por SEPtiembre,
DIno por DIGno,
MAdalena por MAGdalena,

ECEto por EXCEPto,
OSCuro por OBSCuro,
ESperiencia por EXperiencia,
traspirenaico por transpirenaico,
etcétera.

De ahí el que sujetos de cierta cultura y muy descuidada pronunciación suelan decir, en alabanza de otros, que son personas

mu dinas.

Y de ahí lo siguiente, ocurrido al que escribe estas líneas:

Un día aquí en Madrid, en la plaza de Santo Domingo, entró en un coche de punto, y dijo al cochero, en términos muy claros, que lo condujera á su casa, calle de Villamagna, número 6.

—Yo no sé dónde está esa calle, señorito. ¿Lo saben ustedes?, preguntó el auriga á otros cocheros que le rodeaban.

Repitió el viajero las señas de su domicilio, refiriéndose al Palacio de Anglada; y, al momento, todos los cocheros prorrumpieron á coro:

—¡Pero esa es la calle de Biyamana! ¡Y como le da usted otro nombre...!!

La mayor parte de nuestras sílabas empiezan por consonante y acaban por vocal:

la na tu ra le za,
yo te sa lu do,
mi ma má me mi ma,
el a te mo ri za do peregri no...

y los que pronuncian

SÉtimo,
autosia,
DIno,
BiyAMAna,
MAdalena,

no hacen más que acomodar esos vocablos al tipo común ó más conocido.

En segundo lugar: la otra repugnancia es la que tienen muchos españoles (los castellanos casi generalmente) á las pausas ó paradas necesarias para pronunciar los adiptongos.

Y de ahí el que los vendedores digan á voz en grito en las ferias:

á ral, á ral, á ral,

en vez de decir

á real, á real, á real.

Este horror á las paradas propias de la adiptongación trasciende á considerable número de nuestros versificadores antiguos y modernos.

Arriaza dice:

Cual nave *r'al* en triunfo empavesada.

Jovellanos escribió:

Ya no *m'a*ma Rogundo: *m'a*bandona.

Y Samaniego tuvo la frescura de escribir:

Un artífice pintó
una lucha en que, valiente,
un hombre tan solamente
á un horrible *l'on* venció.
Otro *l'on* que el cuadro vió,
sin preguntar por su autor,
en tono despreciador
dijo: Bien se deja ver
que es pintar como querer
y no fué *l'on* el pintor.

En esta décima (si por caridad así queremos llamarla), el buen Samaniego manifestó claramente su horror á las paradas propias de la adiptongación.

Solamente á los grandes versificadores deleitan los adiptongos. Bello, el Rector de la Universidad de Chile, se extasiaba con el endecasílabo

Diosa de juventud, púdica || Hebe.

Pero un versificador vulgar aplaudiría el que entre

PÚDICA y HEBE

hubiese una consonante; por ejemplo, un esperpento tal como si se dijese:

Diosa de juventud, púdica *Lebe*,

ó cosa por el estilo.

Este horror á las paradas de los adiptongos es lo que ha hecho y hace prescindir de la concordancia de género, cuando decimos:

el agua en vez de la || agua,
el águila — la || águila,
el ala — la || ala,
el alba — la || alba,
el alma — la || alma,
el ara — la || ara,
el arma — la || arma,
el arpa — la || arpa, etc.

Por eso el vulgo dice

cante jondo
en vez de
cante || hondo;

estoy || jarto
en vez de
estoy harto;

quite usté jierro
en vez de
quite usté || hierro;
esto jiede á demonios,
se junde el barco,
á juye, que te alcanzan...

La necesidad de empezar sílaba cuando la *i* ó la *u* están entre dos vocales, como en los citados ejemplos

odia y ama,
muerte ú honra,

y la repugnancia á los adiptongos, son las causas de que en algunos casos se diga

la *yerba* por la hierba,
la *yedra* por la hiedra;

no la imposibilidad de pronunciar el diptongo *ie*, ni la soñada cualidad de consonante atribuída á la *i*.

Y si las personas cultas dicen

hielo,
hiena,
hiede,

no es porque deje de oirse en los labios del vulgo

yelo,
yena,
jiede.

Puede decirse, según el Diccionario,

hierarquía y jerarquía,
hieroglífico y jeroglífico,
hierosolimitano y jerosolimitano.

Pero todos preferimos la dicción que empieza por *j*, y tanto que ya nadie dice

hiacinto, sino jacinto;

ni

hieltro, sino fieltro,
etc.

Lo mismo pasa con la *u:* nadie dice

güelga, sino huelga;
güidizo, sino huidizo;
Güidobro, sino Huidobro;

y si se oye

güevo,
güero,
güeso,

es por no hacer parada á la cual no siga consonante.

También hay quien pronuncia

buevo y
bueso,

con incorrección tan manifiesta como cuando se oye

güeno, golvió

ú otra corrupción análoga.

V

Resulta, pues, que ni la *i* ni la *u* tienen sonido propio de consonante:

1.° Cuando cada una de ellas está sola después de consonante ó entre dos consonantes:

mi, mis;
su, sus.

2.° Que tampoco lo tienen cuando en concurrencia con otras vocales ocupan el segundo lugar:

aire,
aura,
Teide,
Tauro.

3.° Que solamente se las denomina semivocales:

a) Cuando en ALGUNAS ocasiones ocupan el primer lugar de un diptongo ó de un adiptongo cuya segunda vocal es *e*:

yerba,
güevo.

b) Que, aun en este caso, no siempre la *i* se transforma en *y*, ni la *u* va precedida de sonido gutural:

hiede,
hierofanta,
hieroscopia,
Huelva,
viento || ueste.

c) Que, no siendo *e* la segunda letra del diptongo ó del

adiptongo, la *i* y la *u* se pronuncian sin dificultad ninguna, ya tengan acento, ya carezcan de él:

hialino,
hiato,
híadas,
iota,
hioides,
el Huáscar,
Huidobro,
huidizo,
huída...

4.° Que por los rarísimos casos de

yero,
güevo...

no hay motivo para considerar como semivocales á la *i* ni á la *u*.

5.° Y que la explicación de la conversión de la *i* en *y* y de la emisión de un sonido gutural antes de la *u* tiene su explicación en la costumbre de empezar nuestras sílabas por consonante, á continuación de la parada que naturalmente se hace después de la conclusión de sílaba anterior:

na tu ra le za,
mi ma má me mi ma,
etc.

E. Benot

EL NIÑO-ESTRELLA

Hace ya mucho tiempo, dos pobres leñadores volvían á su casa al través de un vasto pinar. Era en invierno, una noche de picante brisa. Una espesa capa de nieve cubría el suelo, y las ramas de los árboles estaban completamente blancas; el hielo no cesaba de romper las varitas de ambos lados del camino mientras ellos pasaban; y cuando llegaron al torrente de la montaña, se lo encontraron suspendido en el aire, inmóvil, porque el Rey de los hielos le había dado un beso.

Tanto frío hacía, que los animales y hasta los mismos pájaros no sabían yá qué hacerse.

—¡Hu!—gruñía el lobo, renqueando por las malezas con el rabo entre piernas,—¡qué espantosa temperatura! ¿Por qué no cuida el Gobierno de que haga mejor tiempo?

—¡Uit, uit, uit!—gorjeaban los pardillos,—la vieja tierra ha muerto, y la han tendido en su blanco sudario.

—La tierra va á casarse, y esa es su vestidura de bodas—arrullaban entre sí las tórtolas. Sus patitas rosadas estaban, por decirlo así, resquebrajadas por el hielo, pero juzgaban de su deber considerar las cosas desde un punto de vista novelesco.

—¡Qué tontería!—exclamó gruñendo el lobo,—os digo que todo esto es por culpa del Gobierno; y si no me creéis, os devoro.—El lobo lo veía todo desde el punto de vista práctico, y jamás le faltaban argumentos.

—Por mi parte—dijo interviniendo el pico, que era filósofo en el alma,—me importan poco las teorías atómicas. Cuando una cosa es, lo es: por el momento hace un frío terrible.

Y era verdad: hacía un frío terrible. Las ardillas, que vivían en el hueco del gran abeto, se frotaban incesantemente las narices entre sí, para conservar el calor, y los conejos formaban una bola en sus madrigueras, no atreviéndose ni á echar una ojeada al exterior. Las únicas criaturas á quienes aquel frío parecía regocijar eran los grandes buhos cornudos.

Sus plumas estaban rígidas, pero no les importaba; giraban sus amarillos ojazos, y se llamaban unos á otros por todo el bosque:

—¡Tu uit, tu u, tu uit, tu u! ¡qué tiempo tan exquisito tenemos!

Y los dos leñadores continuaban marchando hacia adelante, soplándose fuertemente los dedos y dando patadas sobre la nieve endurecida, con sus zapatones claveteados. Una vez cayeron en un espeso montón de nieve, y salieron de él blancos como molineros cuando las ruedas trituran el grano; otra vez resbalaron sobre el hielo duro y liso de una charca, sus haces rompieron sus ligaduras, y tuvieron que recoger toda la leña y volverla á atar; otra vez creyeron que habían perdido el camino, y se apoderó de ellos un gran terror, porque sabían que la nieve es cruel para los que se duermen en sus brazos.

Pero se encomendaron á la intercesión del buen San Martín, que vela por los caminantes, volvieron sobre sus huellas, marchando con precaución, y concluyeron por llegar al lindero del bosque; vieron desde allí, á lo lejos, en el valle, debajo de ellos, las luces del pueblo en donde tenían su casa.

Estaban tan contentos de verse al final de sus penalidades, que se pusieron á reir á carcajadas; la tierra se les aparecía como una flor de plata, y la luna como una flor de oro.

Sin embargo, tras aquel acceso de alegría vino la tristeza, porque se acordaron de su pobreza, y uno de ellos dijo al otro:

—¿Por qué entregarnos á la alegría cuando vemos que la felicidad de la vida es para los ricos y no para gentes como nosotros? Hubiera valido más morir de frío en el bosque, ó que

alguna fiera se hubiese precipitado sobre nosotros y nos hubiera devorado.

—En verdad—respondió su compañero,—que se ha dado á algunos una gran parte y á los otros una pequeña. La injusticia ha formado los lotes en este mundo, y nada ha sido repartido por igual, como no sea la tristeza.

Pero, mientras que se lamentaban de su miseria, ocurrió una cosa extraña: cayó del cielo una estrella brillantísima y bellísima. Se deslizó de un lado del cielo, pasando en su carrera al lado de otras estrellas, y mientras ellos la miraban maravillados, les pareció que caía tras un grupo de sauces, muy cerca de un pequeño aprisco, á un tiro de piedra del lugar en que se encontraban.

—¡Ah, he ahí un tesoro para quien le descubra!—exclamaron, y echaron á correr febrilmente hacia el sitio en que acababa de caer lo que creían ser oro.

Y uno de ellos, corriendo más de prisa que su compañero, le adelantó, se abrió paso al través de las ramas de los sauces, llegó al otro lado, y... verdaderamente había allí en el suelo algo que brillaba como el oro. Fué en aquella dirección, se inclinó, y palpó aquella cosa con ambas manos: y era un manto tejido de oro curiosamente ornado de estrellas y plegado en numerosos pliegues. Y gritó á su compañero que había encontrado el tesoro caído del cielo; y cuando llegó aquél, se sentaron en la nieve y desplegaron los pliegues del manto para poder efectuar el reparto de las monedas de oro. Pero ¡ay! allí no había ni oro, ni plata, ni tesoro alguno de ninguna clase: solamente un niñito que dormía.

Y uno de los leñadores dijo al otro:

—¡He aquí toda nuestra esperanza por tierra! No tenemos suerte, porque ¿de qué sirve un niño? Dejémosle; continuemos nuestro camino, puesto que somos pobres y tenemos hijos nuestros, para quienes debemos reservar todo el pan ganado.

Pero su compañero le respondió:

—No; estaría mal el dejar perecer á este niño en la nieve;

y aunque yo soy tan pobre como tú y tengo muchas bocas á que atender con poca cosa en el puchero, me lo llevaré, sin embargo, á mi casa, y mi mujer cuidará de él.

Con ternura levantó al niño, y habiéndole envuelto en el manto á fin de preservarle del frío agudo, continuó su camino descendiendo de la montaña hacia el pueblo, mientras que su compañero trataba de locura su bondad de alma.

Y cuando llegaron al pueblo, su compañero le dijo:

—Tú tienes el niño; dame el manto, porque debemos repartir el hallazgo.

Pero él respondió:

—De ninguna manera, porque el manto no es mío ni tuyo: es del niño—y despidiéndose de él, se dirigió á su casa y llamó á la puerta.

Y cuando su mujer abrió la puerta y vió que su marido volvía sano y salvo, le echó los brazos al cuello y le dió un beso; le desembarazó de su haz de leña, quitó la nieve de sus zapatos y le invitó á entrar. Pero él le dijo:

—He hecho un hallazgo en el bosque, y te lo he traído para que cuides de él — y diciendo esto, no se movía del umbral.

—¿Qué es, pues?—exclamó ella.—Enséñame lo que es, porque la casa está desnuda y tenemos necesidad de muchas cosas.

Y él abrió el manto y apareció el niño dormido.

—¡Pero, hombre! — murmuró ella. — ¿No tenemos ya en casa bastantes hijos nuestros, para que traigas el hijo de otro? ¡Y quién sabe si nos traerá la desgracia! ¿Y cómo vamos á poder cuidarle?

Y ella estaba irritada contra él.

—No; es un Niño-Estrella—respondió él, y contó el extraño incidente.

Pero ella no se calmó: se burló de él; pronunció frases de cólera, exclamando:

—¿Cuando nuestros hijos carecen de pan, vamos á sostener

el del prójimo? ¿Quién, pues, se ocupará aquí de nosotros? ¿Quién nos proporcionará el alimento?

—¿No cuida Dios de los pajarillos y no los alimenta?— respondió él.

—¿No se mueren los pájaros de hambre en el invierno?— preguntó ella.—¿Y no es invierno ahora?

Y el marido permanecía mudo, y no dejaba el umbral. Y una brisa más aguda llegó del bosque, por la puerta abierta, é hizo temblar á la mujer, y ella se estremeció y dijo:

—Si cerraras la puerta... Llega por ella un frío glacial á la casa, y estoy transida.

—¿No llega siempre un aire glacial á una casa en que hay un corazón duro?

Y la mujer no respondió nada, pero se acurrucó cerca del fuego.

Y después de algunos instantes se volvió hacia su marido, y sus ojos estaban llenos de lágrimas. Y él se apresuró á entrar, y le puso el niño en los brazos; ella le dió un beso y le colocó en la camita en donde dormía el menor de sus hijos. Y al día siguiente el leñador cogió el curioso manto de oro y le metió en un armario; y su mujer cogió también un collar de ámbar que rodeaba el cuello del niño y lo depositó igualmente en el armario.

***

De esta suerte el Niño-Estrella fué criado con los hijos del leñador, y se sentó á la misma mesa que ellos, y fué su compañero de juegos. Y de año en año se ponía más hermoso, hasta tal punto que todos los habitantes del pueblo estaban maravillados, porque ellos eran atezados y tenían cabellos negros, mientras que él tenía el cutis blanco y fino como el marfil, y sus bucles se parecían á guirnaldas de asfodelos. Sus labios también eran como pétalos de una flor roja; sus ojos, como violetas al borde de un claro arroyuelo; y su cuerpo, como el narciso de una virgen pradera.

Sin embargo, su belleza le hacía malo. Porque se hizo orgulloso, egoísta, cruel. A los hijos del leñador, y á los otros niños del pueblo, los despreciaba, diciendo que eran de nacimiento bajo, mientras que él era noble, puesto que descendía de una estrella; había adquirido sobre ellos completa autoridad, y los trataba como á servidores. No tenía ninguna piedad por los pobres, los ciegos, los lisiados, ó, en general, por los desgraciados; antes por el contrario, les arrojaba piedras, les echaba de la carretera y les decía que se fueran á mendigar el pan á otra parte; no se les vió volver nunca á pedir limosna al pueblo aquel. No parecía conmoverse más que por la Belleza, mofándose de los débiles y de los contrahechos y riéndose de su debilidad y de sus achaques; se amaba á sí mismo, y durante el verano, mientras que los vientos reposaban, se echaba al lado de la fuente en el jardín del cura, y se inclinaba para contemplar la maravilla de su propio rostro, riendo de gusto ante el espectáculo de su propia belleza.

A menudo el leñador y su mujer le regañaban: «Nosotros no te tratamos como tú tratas á los que están solos, y son desgraciados, y no tienen á nadie que les asista. ¿Por qué eres tan cruel para los que tienen necesidad de compasión?»

A menudo el anciano cura le hacía buscar, y trataba de inculcarle el amor á las criaturas vivientes, diciendo: —La mosca es hermana tuya. No la maltrates. Los pájaros que vuelan por el bosque deben ser libres. ¿Por qué los coges con lazos, con el único fin de divertirte? Dios creó al gusano y al topo; les asignó á cada uno su papel. ¿Por qué quieres llevar el sufrimiento al reino de Dios? Hasta el ganado de los campos alaba al Señor.

Pero el Niño-Estrella no hacía caso de tales palabras, y tomaba un aire de zumba, se ponía á silbar, después iba á reunirse con sus compañeros y reanudaba su papel de déspota. Y sus compañeros le seguían porque era guapo y decidido, sabía bailar, tocar la zampoña y componer música. Y á todo lugar adonde les llevara le seguían, y cualquier cosa que les

ordenase la hacían. Y cuando pinchaba con una ramilla puntiaguda los ojos turbios de un topo, se reían; y cuando tiraba piedras á un leproso, se reían también. Y en todo les dominaba, y se hicieron duros de corazón como lo era él.

*
* *

Sucedió que un día pasó por el pueblo una mendiga anciana. Iba cubierta de harapos, y sus pies sangraban por la larga caminata que había hecho sobre el duro suelo de las carreteras: se encontraba en malísimo estado. Y, como no podía más de cansancio, se sentó bajo un castaño para descansar.

Pero en cuanto la vió el Niño-Estrella, dijo á sus compañeros:

—¡Mirad allá abajo! Hay una horrible mendiga bajo el hermoso follaje de aquel castaño. Venid; vamos á hacer que se largue, porque es fea y de mal aspecto.

Se acercó, pues, y le tiró piedras, burlándose de ella; la mendiga le miraba con ojos espantados, que no se apartaban de él. Y cuando el leñador, que estaba ocupado en partir leños en un cobertizo próximo, vió lo que hacía el Niño-Estrella, corrió hacia él y le apartó, diciendo:

—En verdad que tienes el corazón duro y desconoces la piedad; ¿qué daño te ha hecho esa pobre mujer para que la trates de esa manera?

Y el Niño-Estrella se puso rojo de cólera, dió una patada y respondió:

—¿Quién sois para atreveros á interrogarme sobre lo que yo hago? No soy vuestro hijo, y no os debo obediencia.

—Tienes razón—replicó el leñador;—pero ¿no tuve yo piedad de ti cuando te encontré en el bosque?

Y cuando la mujer oyó estas palabras dió un gran grito y cayó con un síncope. Y el leñador la transportó á su casa, y su mujer la atendió; y cuando la mendiga hubo recobrado el

sentido, le ofrecieron de comer y de beber, diciéndole que cobrara ánimos y fuerzas.

Ella no quiso ni beber ni comer, y preguntó al leñador:

—¿No decías tú que el niño ha sido encontrado en el bosque? Y ¿no hará diez años de esto?

Y el leñador respondió:

—Sí; le encontré en el bosque y hace diez años.

—Y ¿no tenía nada característico sobre él? ¿No llevaba al cuello un collar de ámbar? ¿No estaba envuelto en un manto tejido de oro, bordado de estrellas?

—Exactamente; así es en verdad—respondió el leñador.

Y sacó del armario, en donde los había guardado, el manto y el collar de ámbar, y se los enseñó.

Y cuando ella los vió, se puso á llorar de alegría, diciendo:

—Es mi hijito, el que perdí en el bosque. Te lo ruego: hazle venir al instante, porque para encontrarle he viajado por el mundo entero.

El leñador y su mujer salieron y llamaron al Niño-Estrella:

—Ven á casa; encontrarás en ella á tu madre, que te espera.

Él se precipitó á la casa, lleno de asombro, loco de contento. Pero cuando vió á la que le esperaba, se echó á reir desdeñosamente y dijo:

—Y ¿qué? ¿dónde está mi madre? Yo no veo aquí más que á esa vil mendiga.

Y la mujer le respondió:

—¡Yo soy tu madre!

—Tú estás loca al hablarme así—exclamó el Niño-Estrella con tono irritado;—yo no soy tu hijo, porque tú eres una mendiga, eres fea y estás llena de harapos. Vete de aquí, para que no vuelva á ver tu ridícula figura.

—No; porque, en verdad, tú eres mi hijo, mi hijo el que llevé al bosque—exclamó ella, cayendo de rodillas y tendién-

dole los brazos.—Los ladrones te robaron y te abandonaron luego para dejarte morir—dijo ella á media voz;—pero te he reconocido en cuanto te vi, y lo característico que tú llevabas lo he reconocido también: el manto tejido de oro y el collar de ámbar. Por eso te ruego que vengas conmigo, porque he viajado por el mundo entero para encontrarte. Ven conmigo, hijo mío, porque tengo sed de tu amor.

Pero el Niño-Estrella no se movió; cerró las puertas de su corazón, para que ella no entrase en él; no se oía otro rumor que el llanto de la mujer, presa de la pena.

Y, por fin, él le dirigió la palabra, y su voz era dura y amarga.

—Si verdaderamente eres mi madre—dijo,—hubieras hecho mejor quedándote donde estabas que viniendo aquí á humillarme, á mí que pensaba ser hijo de una estrella, y no el de una mendiga, como tú lo afirmas; por esto, vete, y que no te vuelva á ver.

—¡Ay, hijo mío!—exclamó ella,—¿no quieres abrazarme antes de que me vaya?

—No—dijo el Niño-Estrella;—tienes una cara demasiado repugnante: preferiría dar un beso á una serpiente ó á un sapo.

Y la mujer se levantó y se fué al bosque, llorando amargamente; y cuando el Niño-Estrella vió que se había marchado, se alegró y volvió con sus compañeros para jugar de nuevo con ellos.

Pero cuando le vieron acercarse se burlaron de él, diciendo:—¡Miradle! es horrible como un sapo y repugnante como una víbora. ¡Vete de aquí, porque no sufriremos que juegues con nosotros!—Y le echaron afuera del jardín.

Y el Niño-Estrella, despechado, pensó para sí: ¿Qué es lo que me dicen? Voy á mirarme en la fuente; ella me hablará de mi belleza.

Y fué á la fuente y se miró en ella, pero... su cara era como la cara de un sapo, y su cuerpo tenía escamas como el

de la serpiente. Y se dejó caer en la hierba y lloró, diciéndose: Seguramente éste es el castigo de mi falta. Porque he renegado de mi madre, la he echado, he sido con ella altivo y cruel. Me voy á marchar, voy en su busca por el mundo entero, y no descansaré hasta haberla encontrado.

Y entonces llegó la hija pequeña del leñador; le puso una mano en el hombro, y dijo:

—¿Qué nos importa á nosotros que hayas perdido la hermosura? Quédate: yo no me burlaré nunca de ti.

Y él respondió:

—No; he sido cruel con mi madre, y como castigo la desgracia ha caído sobre mí. Por eso me voy de aquí y viajaré por el mundo entero hasta que la encuentre y me otorgue su perdón.

Y huyó al bosque, llamando á gritos á su madre; pero no se oía ninguna respuesta. Durante todo el día la llamó, y cuando el sol se puso se tendió en un lecho de hojas, y los pájaros y los animales se apartaban de él porque se acordaban de su crueldad; y se quedó solo, con el sapo que velaba sobre él y la perezosa víbora que se estiraba á su lado.

Y al día siguiente por la mañana se levantó, cogió de los árboles algunas bayas amargas, que comió, y después se puso de nuevo en camino por el bosque, llorando desconsoladamente. Y á cada encuentro preguntaba si por casualidad no habían visto á su madre.

Dijo al topo:—Tú puedes ir bajo tierra. ¿Está mi madre allí?

Y el topo respondió:—Me dejaste sin ojos. ¿Cómo he de poder ver?

Dijo al pardillo:—Tú puedes volar por encima de los árboles y ver el mundo entero. ¿Ves á mi madre?

Y el pardillo respondió:—Por juego me cortaste las alas. ¿Cómo he de poder volar?

Y á la ardilla, que vivía en el abeto y estaba completamente sola, preguntó:—¿Dónde está mi madre?

Y la ardilla respondió:—Mataste á los míos. ¿Tratas de matar también á los tuyos?

Y el Niño-Estrella, llorando, inclinó la cabeza y pidió perdón á las criaturas de Dios; prosiguió su camino al través del bosque, buscando siempre á la mendiga. Y, al tercer día, llegó á la linde del bosque y descendió al llano.

Y cuando pasaba por los pueblos, los niños se burlaban de él y le tiraban piedras; los campesinos no permitían que se acostase en sus granjas por miedo que comunicase la roña al trigo recogido: hasta tal punto causaba horror el verle; y los criados le echaban: no había nadie que le compadeciera. Y en ninguna parte podía adquirir noticias de la mendiga, que era su madre, á pesar de haber viajado durante tres años por el mundo; y hubiese creído verla á menudo ante él en su camino; la llamaba, corría de tal manera hacia ella, que los cantos ensangrentaban sus pies. Pero nunca había logrado alcanzarla; y las gentes que habitaban á lo largo de los caminos decían siempre que no la habían visto, ni á ninguna mujer que se le pareciese, y se reían de su dolor.

Durante el transcurso de tres años viajó por el mundo, y en el mundo no hubo para él ni palabra de amor, ni muestra de bondad, ni piedad, sino que el vasto mundo fué como había sido él en otro tiempo, en sus días de desenfrenado orgullo.

*
* *

Y una tarde llegó á la puerta de una ciudad fortificada que se alzaba cerca de un río, y fatigado, con los pies llenos de sangre, quiso pasar. Pero los soldados que estaban de guardia le cerraron el camino con sus alabardas, y le dijeron con voz ruda:

—¿Qué tienes que hacer en la ciudad?

—Voy en busca de mi madre—respondió él,—y os ruego que me dejéis pasar, porque puede que se encuentre en esta ciudad.

Pero ellos se burlaron de él; y uno que tenía una barba negra flotante dejó su escudo y exclamó:

—Es verdad que tu madre no se alegrará mucho al verte, porque eres más feo que el sapo de las charcas ó la serpiente que se arrastra en el fango. ¡Fuera de aquí! tu madre no habita en la ciudad.

Y otro, que tenía en la mano una bandera amarilla, le dijo:

—¿Quién es tu madre, y por qué viajas tú en su busca?

Y él respondió:

—Mi madre es una mendiga, como mendigo soy yo. La he tratado mal, y os ruego que me dejéis pasar á fin de que pueda concederme su perdón si, por casualidad, habita en esta ciudad.

Pero ellos no quisieron, y le pincharon con sus armas.

Y mientras daba media vuelta para irse, llorando, llegó uno cuya armadura estaba ornada de flores y sobre cuyo casco tenía un león alado, y preguntó á los guardias quién era el que había pedido entrar en la ciudad. Y ellos le respondieron:

—Es un mendigo, hijo de una mendiga; le hemos echado.

—Pues no habéis hecho bien—exclamó él riendo;—vamos á vender como esclavo á esa horrible criatura y con el precio nos pagaremos un jarro de vino azucarado.

Y un hombre de edad, de mirada torva, que pasaba por allí, les llamó y dijo:—Os lo compro por ese precio.—Y después de haber pagado, cogió al Niño-Estrella de la mano y le llevó á la ciudad.

Y después que hubieron recorrido un gran número de calles, llegaron ante una puertecilla de una pared, que estaba cubierta por un granado. Y el viejo tocó la puerta con un anillo de jaspe grabado, y se abrió: bajaron por cinco escalones de bronce á un jardín lleno de adormideras y de jarras verdes de tierra cocida. Y entonces el viejo sacó de su turbante una venda de seda con dibujos, tapó con ella los ojos al Niño-Estrella y le empujó hacia adelante. Y cuando le quitaron la

venda, el Niño-Estrella se encontró en un calabozo alumbrado por una linterna.

Y el viejo puso ante él un poco de pan enmohecido en una escudilla de madera y le dijo:—Come,—y un poco de agua salobre en una taza y le dijo:—Bebe.—Y cuando hubo acabado de comer y de beber, el viejo salió, echó el cerrojo á la puerta y la afianzó con una cadena de hierro.

***

Y al día siguiente, el viejo, que era en realidad uno de los más expertos magos de Libia y había aprendido su arte de uno de los que habitaban en las tumbas del Nilo, entró en el calabozo y de mal modo le dijo:

—En un bosque situado muy cerca de la puerta de esta ciudad hay tres monedas de oro. Una de ellas es de oro blanco, la otra de oro amarillo y la tercera es roja. Hoy me traerás la moneda de oro blanco; si no, recibirás de mi mano un centenar de golpes. Vete en seguida, y á la puesta del sol te esperaré en la puerta del jardín. Recuerda que has de traerme la moneda de oro blanco, ó te irá mal, porque eres mi esclavo, al que he comprado por un jarro de vino azucarado.

Y vendó los ojos del Niño-Estrella con la venda de seda con dibujos y le condujo por toda la casa, por el jardín de adormideras, por la escalera de peldaños de bronce. Y habiendo abierto la puertecilla por medio de su anillo, le empujó á la calle.

***

Y el Niño-Estrella salió por la puerta de la ciudad y llegó al bosque de que le había hablado el mago.

Y aquel bosque era muy bello visto desde fuera y parecía lleno de pájaros cantores y de flores de suaves perfumes, y el Niño-Estrella entró en él con el corazón alegre. Sin embargo, su belleza le fué de poco agrado, porque por todas partes le

salían al paso cardos y espinas que embarazaban su marcha y le pinchaban: sentía una profunda angustia. Y en ninguna parte podía descubrir la moneda de oro blanco de que le había hablado el mago, aunque buscó desde la mañana hasta la tarde y desde la tarde hasta ponerse el sol. Entonces volvió hacia la casa, llorando amargamente, porque sabía lo que le esperaba.

Pero cuando llegó á la linde del bosque, oyó que desde una maleza salía un grito como de alguien que se quejara. Y olvidando su propia pena, corrió hacia el lugar de donde salía el grito, y vió una liebre que estaba cogida en un lazo tendido por algún cazador.

Y el Niño-Estrella se compadeció del animal, le libertó y le dijo:

—Yo no soy más que un esclavo, y sin embargo te doy la libertad.

Y la liebre respondió:

—Sí, me has dado la libertad; ¿qué puedo hacer yo ahora en pago?

Y el Niño-Estrella le dijo:

—Estoy buscando una moneda de oro blanco y no puedo descubrirla en ninguna parte; sin embargo, es preciso que se la lleve á mi amo; si no, me pegará.

—Ven conmigo—dijo la liebre;—te conduciré á la moneda de oro, porque sé dónde está oculta y para lo que ha de servir.

Y el Niño-Estrella siguió á la liebre y... en el hueco de una encina vió la moneda de oro blanco que buscaba. Y se llenó de alegría y la cogió, diciendo á la liebre:

—El servicio que te he prestado me lo has devuelto con creces; y si yo fuí bueno contigo, tú acabas de serlo cien veces más conmigo.

—De ninguna manera—respondió la liebre;—me he portado contigo como tú conmigo;—y huyó rápidamente, mientras el Niño-Estrella se dirigía á la ciudad.

Y á la puerta de la ciudad estaba sentado alguien que te-

nía lepra. Sobre su rostro tenía echado un capuchón de tela gris, y por los pequeños agujeros se veían lucir sus ojos como carbones ardientes. Y cuando vió llegar al Niño-Estrella, golpeó en un escabel de madera, agitó su campanilla y le llamó, diciendo:

—Dame algo, porque me muero de hambre; me han echado de la ciudad, y nadie se compadece de mí.

—¡Ay!—exclamó el Niño-Estrella,—no tengo más que una moneda de oro, y si no se la llevo á mi amo me pegará, porque soy su esclavo.

Pero el leproso le rogó, le suplicó de tal manera, que el Niño-Estrella tuvo compasión de él y le dió la moneda de oro blanco.

Y cuando llegó á la casa del mago, el mago le abrió la puerta, le hizo entrar y le dijo:—¿Tienes la moneda de oro blanco?—Y el Niño-Estrella respondió:—No.—Entonces el mago se precipitó sobre él y le pegó. Después colocó ante él una escudilla vacía y le dijo:—Come,—y una copa vacía y le dijo:—Bebe.—Y violentamente le arrojó de nuevo al calabozo.

Y al día siguiente, el mago fué á buscarle y le dijo:

—Si hoy no me traes la moneda de oro amarillo, seguramente te retendré como esclavo y te daré trescientos golpes.

Y el Niño-Estrella fué al bosque, y durante todo el día buscó la moneda de oro amarillo sin poder descubrirla en ninguna parte. Y á la puesta del sol se sentó y se puso á llorar; y mientras lloraba, llegó á él la liebre que había libertado del lazo.

Y la liebre le dijo:

—¿Por qué te lamentas, y qué buscas en los bosques?

Y el Niño-Estrella respondió:

—Estoy en busca de una moneda de oro que está oculta aquí; y si no la encuentro, mi amo me pegará y me mantendrá en cautiverio.

—Sígueme—exclamó la liebre, y echó á correr por el bosque hasta que llegó á un manantial. Y en el fondo del manantial estaba la moneda de oro amarillo.

—¿Cómo darte gracias?—dijo el Niño-Estrella, —porque, ya ves, es la segunda vez que vienes en mi ayuda.

—¡Qué importa eso! Tú me socorriste la primera—replicó la liebre; y se marchó rápidamente.

Y el Niño-Estrella cogió la moneda de oro y echó á correr á la ciudad.

Pero el leproso le vió llegar, salió á su encuentro y cayó de rodillas ante él, gritando:

—Dame algo; si no, me voy á morir de hambre.

Y el Niño-Estrella le dijo:

—No tengo más que una moneda de oro amarillo, y si no la llevo á mi amo me pegará y me mantendrá en el cautiverio.

Pero el leproso imploró tan ardientemente, que el Niño-Estrella tuvo compasión y le dió la moneda de oro amarillo.

Y cuando llegó á la casa del mago, el mago le abrió la puerta y le dijo:

—¿Tienes la moneda de oro amarillo?—Y el Niño-Estrella respondió—No.—Entonces el mago se arrojó sobre él, le pegó, le llenó de cadenas y le encerró de nuevo en el calabozo.

Y al día siguiente, el mago fué á buscarle y le dijo:

—Si hoy me traes la moneda de oro rojo, te devolveré la libertad; pero si no me la traes, seguramente es la muerte para ti.

Y el Niño-Estrella fué al bosque, y durante todo el día buscó la moneda de oro rojo, sin poderla descubrir. Y cuando llegó la noche, se sentó llorando; y mientras lloraba, llegó la liebre.

Y la liebre le dijo:

—La moneda de oro rojo que buscas está en esa gruta detrás de ti. Así, no llores más, y pon una cara alegre.

—¿Cómo podré recompensarte nunca?—exclamó el Niño-Estrella;—porque, ya ves, es la tercera vez que vienes en mi ayuda.

—¡Qué importa eso! Tú fuiste el primero en socorrerme—dijo la liebre; y se alejó rápidamente.

Y el Niño-Estrella entró en la gruta, y en lo más recóndito encontró la moneda de oro rojo. La cogió y echó á correr á la ciudad. Y el leproso, al verle venir, se puso en medio del camino y exclamó:

—¡Dame la moneda de oro rojo; si no, me es preciso morir!

Y el Niño-Estrella tuvo compasión una vez más, y le dió la moneda de oro rojo, diciendo:

—Tu angustia es mayor que la mía;—y, sin embargo, sentíase acongojado porque sabía lo que le esperaba.

*
* *

Pero, ¡ved! Al pasar por la puerta de la ciudad, los guardias se inclinaron ante él y le rindieron pleitesía, diciendo: «¡Qué hermoso es nuestro amo!» Y una multitud de personas se puso á seguirle, gritando: «¡Seguramente, no hay en el mundo entero nadie que sea tan hermoso!» El Niño-Estrella lloraba. «Se burlan de mí, sin duda; tratan ligeramente mi miseria». Y la muchedumbre era tánta, que perdió el camino, y por fin se encontró en una vasta plaza cuadrada, en donde se alzaba el palacio de un rey.

Y la puerta del palacio se abrió, y los sacerdotes y los altos funcionarios de la ciudad salieron á su encuentro, se inclinaron ante él y le dijeron:

—Tú eres el amo que esperábamos y el hijo de nuestro rey.

Y el Niño-Estrella les respondió:

—No soy hijo de un rey, sino el hijo de una pobre mendiga. ¡Y cómo se puede decir que soy hermoso, cuando sé lo horrible que soy!

Entonces, aquel cuya armadura estaba ornada de flores y que tenía en el casco un león alado, tendió hacia él su escudo y exclamó:

—¿Cómo puede decir eso vuestra majestad?

Y el Niño-Estrella miró en el escudo y... su rostro era el

que tuvo antes: había vuelto su belleza, y en sus ojos percibió algo que no había percibido nunca.

Y los sacerdotes y los altos funcionarios se pusieron de rodillas, diciendo:

—Una antigua profecía anunciaba para este mismo día la llegada del que debía reinar sobre nosotros. Que vuestra majestad tome, pues, esta corona y este cetro, y sea para nosotros el señor de justicia y de misericordia.

Y él respondió:

—No soy digno, porque he renegado de la mujer que me llevó en su seno, y no quiero detenerme hasta que la haya encontrado y me haya concedido su perdón. Por esto, dejadme marchar; porque es preciso que me ponga en camino por el mundo, y no puedo quedarme aquí aunque me traigáis el cetro y la corona.

Y mientras que hablaba, volvió la cabeza y miró hacia la calle que conducía á la puerta de la ciudad, y... entre la multitud que se agolpaba en torno de los soldados, vió á la mendiga que era su madre, y, al lado de ella, al leproso que había encontrado en su camino.

Y un grito de alegría se escapó de sus labios; corrió á su madre, se arrodilló ante ella, besó las heridas de sus pies y las bañó con sus lágrimas. Se inclinó en el polvo, sollozando como aquel cuyo corazón está próximo á romperse, y le dijo:

—Madre, renegué de ti en mis días de orgullo. Acógeme en mi día de humildad... Madre, te dí el odio. Te lo ruego, dame el amor. Madre, te rechacé. Recibe ahora á tu hijo.

Pero la mendiga no pronunciaba una palabra.

Y él tendió los brazos y estrechó los pies blancos del leproso.

—Tres veces me he mostrado piadoso contigo. Di á mi madre que me responda, te lo suplico.

Pero el leproso no pronunciaba una palabra.

Y él volvió á sollozar y dijo:

—Madre, mi sufrimiento es tal, que no lo puedo resistir. Concédeme tu perdón y déjame volver al bosque.

Y la mendiga le puso una mano en la cabeza y le dijo:

—¡Levántate!

También el leproso le puso una mano en la cabeza y también le dijo:

—¡Levántate!

Y él se levantó y los miró... y había allí, ante él, un rey y una reina.

Y la reina le dijo:

—He aquí á tu padre, á quien socorriste.

Y el rey le dijo:

—He aquí á tu madre, cuyos pies has lavado con tu llanto.

Y se arrojaron á su cuello y le besaron. Le condujeron al interior del palacio, le vistieron ricamente, pusieron sobre su cabeza la corona y en su mano el cetro, y sobre la ciudad que está á orillas del río reinó como señor. Fué un rey de justicia y de misericordia: al perverso mago le desterró; al leñador y á su mujer envió muchos y magníficos presentes, y á sus hijos colocó en grandes puestos. No toleró jamás que se hiciera daño á los pájaros ó á los animales; enseñó el amor, la bondad de corazón y la caridad; dió pan á los pobres y vestidos á los que iban desnudos, y hubo en todo el país paz y prosperidad.

Sin embargo, no reinó mucho tiempo: fueron tan grandes sus sufrimientos, tan ardiente el fuego de sus pruebas, que murió á los tres años. Y su sucesor fué un malísimo rey.

Oscar Wilde

CRÓNICA LITERARIA

A propósito de una novela de Ohnet.—Cualidades de este novelista.—Causas que explican la aceptación de sus novelas.—La novela como suplemento de ilusión.—Por vía de ejemplo.

Se tomará tal vez á paradoja; pero es el caso que creo que, si de algo sirve la crítica, el examen de los libros que se leen mucho y de los autores que llegan á hacerse populares, aunque sean ellos y sus obras medianos y hasta vulgares, es más importante que el de los escritores raros, delicados y exquisitos y el de las obras gustadas sólo por una refinada minoría. Me parece más importante el examen de los primeros, porque ellos son los que ejercen verdadera influencia sobre el público, aunque esa influencia suela ser pasajera y superficial; y aun diré más: no sólo me parece de mayor importancia el examen de esos autores populares grandes y chicos, buenos y malos, inspirados y pedestres, que el de aquellos otros literatos que escriben para un reducido círculo de espíritus selectos ó simplemente excepcionales (la extravagancia puede ser también una excepción), sino que el primero de estos estudios me parece hasta más interesante. Desde luego es más útil, porque si la crítica puede ejercer alguna misión docente, alguna acción directora y correctiva sobre el gusto, es dirigiéndose á ese público medio que da la popularidad á los autores, y que no es bastante culto para elaborar por su cuenta doctrinas, declarándose independiente en absoluto de la crítica, ni tan iletrado que la ignore y séale ella inasequible. Y añado que es más

interesante, porque en todo literato ó en toda obra que goza del favor del gran público, del público que es enteramente público, hay que ver un fenómeno de psicología colectiva y de estado social; mientras que en las obras y en los autores que son para pocos, lo más que puede haber es un caso individual sugestivo y atrayente.

Además, no hay que darle vueltas: se escribe para un público. Escribir para los literatos, para el público menos público, y al mismo tiempo más reducido y más parcial, es una extravagancia, una aberración de una vanidad misantrópica que desnaturaliza las letras. La empresa viril del que tenga verdadera vocación literaria es la conquista de un público todo lo grande posible, presente y futuro, si se puede. Sólo que esa conquista puede hacerse con el talento verdadero, como lo han hecho Zola y, entre nosotros, Galdós, por ejemplo, y puede hacerse también con moneda falsa, con cualidades de las que cautivan los instintos de vulgaridad que entran en el gusto del gran público.

Se me ocurre esto con motivo de un libro de Ohnet. Entre las traducciones de libros extranjeros que he recibido en estos últimos meses figura la de una novela de Ohnet, *El camino de la gloria*. A mí me parece naturalísimo que se publiquen novelas de Ohnet, desde el momento en que hay mucha gente á quien le gustan, pues los libros se publican precisamente para eso, para que los lea la gente; pero no ignoro que Ohnet no es santo de la devoción de los intelectuales de la literatura, y también esto me parece natural, porque Ohnet es, en realidad, un novelista vulgar, una medianía triunfante.

Por todo esto, Ohnet es un caso literario interesante; caso muy lógico, aunque mirado por fuera parezca raro y contradictorio. Contradictorio, porque entre sus tiradas de 100.000 y más ejemplares, y el desdén con que le mira la crítica, hay una oposición evidente. Chocante, pues aunque se quiera decir que el ser malo un autor justifica precisamente el que tenga muchos lectores, eso no pasa de ser una *boutade*. No está de-

mostrado que el gran público se incline necesariamente á lo malo, ni que tuviese razón Lope en lo de que se debe hablar en necio al vulgo para darle gusto. Será ó no será necio el vulgo; pero tiene instinto artístico para apreciar lo bueno, como lo prueba el que rara vez dejan de alcanzar popularidad los grandes autores, como no sean sibilíticos y obscuros ó estén enteramente divorciados de las ideas de su tiempo. Y cuando alguna medianía conquista una gran popularidad que viene ancha á sus merecimientos, hay siempre alguna razón para ello.

Así ocurre con Ohnet. Hay que empezar advirtiendo que si exagerado es el favor que le ha dispensado el público, también lo es, en sentido contrario, el desprecio con que una parte de la crítica le trata. Tal vez la primera de estas exageraciones entra por mucho en la segunda. En pocas esferas de la actividad y del comercio humano es tan intenso como en la vida literaria el dolor del bien ajeno, que aquí hiere las fibras más delicadas de la vanidad. Para los que no le alcanzaron ó le obtuvieron menor del que juzgan merecer, el éxito ajeno es un gran pecado, que sólo puede hacerse perdonar á fuerza de talento. Calcúlese si será mortal ese pecado, cuando el pecador no es más que una medianía triunfante hábil y afortunada.

Por eso, por medianía y por triunfante (y más acaso por lo segundo), maltratan á Ohnet muchos críticos, y otros por espíritu de imitación les siguen.

Entre los novelistas de cierta nombradía, hay en Francia muchos tan medianos como Ohnet, pero que, por desdicha de ellos, no tienen que hacerse perdonar las tiradas de 100.000 ejemplares del autor de *Sergio Panine*, la insolencia del éxito inmerecido ó poco merecido.

En la vida literaria, como en cualquier otra esfera de la vida social, hay éxitos buenos ó malos, inmerecidos; pero no los hay sin causa. La casualidad ejerce influencia pasajera y rara en los sucesos humanos, y sus efectos nunca son constan-

tes. Obra un minuto, un día; pero no acompaña á nadie año tras año, ni se casa con hombre alguno.

¿Cuál es el secreto de la fortuna de Ohnet? Secreto no es en realidad, como veremos en seguida. ¿Qué representa Ohnet en la novela francesa de estos tiempos? Nos lo dirán sus biógrafos, y más claro los más elementales, los que están al alcance de todos, los que recogen la opinión corriente. Para esto sirven que ni pintadas las enciclopedias, por lo mismo que son archivo de lugares comunes, en lo opinable al menos, y se inclinan generalmente á la opinión media. Esa opinión media, y aun el mismo sentir vulgar, es lo que puede explicar mejor el buen éxito de los autores medianos.

Veamos lo que dice de Ohnet uno de los Diccionarios enciclopédicos más recientes, el *Nouveau Larousse illustré...:* «Empezó por el periodismo, cultivando algún tiempo, no sin alguna habilidad, el boletín político y la crónica parisiense. Pero le tiraban la novela y el teatro. Triunfó en ambos de un modo tan constante y con éxito tal cerca del gran público, que comparados los triunfos con el valor literario de sus obras, le acarrearon críticas apasionadas.

»...Se podría decir que es el historiógrafo de la burguesía contemporánea. No es un artista de la forma; carece de una manera suya y del dón del estilo; pero, en cambio, no se le puede negar claridad en la exposición, desenvolvimiento lógico y una positiva habilidad en la composición dramática». «Ha reflejado los sentimientos, los gustos y el espíritu de la burguesía», dice otro de los biógrafos de Ohnet.

Ahí está la clave de los triunfos de librería de Ohnet y del menosprecio en que la crítica le tiene. Ese historiógrafo de la burguesía, que piensa y siente como ella, y la habla de cosas que la interesan y la divierten, no tiene estilo, es un escritor mediocre, impersonal, que escribe como todo el mundo y á quien todo el mundo puede entender sin trabajo. Y al mismo tiempo es un inventor de fábulas novelescas; maneja bien sus personajes y combina con destreza sus escenas. Sabe adminis-

trar bien, en una palabra, el interés dramático de la novela. Le falta, pues, á Ohnet lo que menos les importa, por lo general, á los lectores de novelas: el estilo; y tiene en cambio lo que menos suelen apreciar los refinados en literatura: la inventiva fecunda y el arte de guiar una acción.

*
* *

¿Pero va descaminado el gràn público en sus preferencias por este y otros escritores vulgares, cuyos libros lee y compra? Quizás no. El estilo es cualidad del escritor; la inventiva, cualidad del novelista. Y el escritor y el novelista pueden fundirse en una sola persona, pero pueden también andar separados.

Figuraos un escritor primoroso. Su estilo es bello, expresivo, elocuente. La palabra ilumina cada concepto, abrillanta y matiza cada representación; la cadencia de la frase halaga al oído; la propiedad de las voces deleita el entendimiento; el lenguaje corre cristalino y limpio como un arroyo de aguas puras. Y ese escritor se pone á escribir una novela. Los personajes hablan como académicos de la lengua, de los que hablan bien; todo está dicho maravillosamente; el ingenio y la agudeza ponen sus sales en la frase. Pero, con todo eso, si el tal estilista no tiene la facultad creadora del novelador; si no es un inventor, que sepa hallar en el mundo de la realidad, ó traer del mundo de la fantasía, un drama y unos personajes con apariencia viviente; si no es al mismo tiempo un compositor que sepa combinar los elementos de la fábula, idear y dirigir una acción, hacer que nos interesemos por los seres imaginarios que nos presenta, no será nunca un novelista.

Representémonos ahora el caso contrario. Este otro escritor de novelas ignora los arcanos del estilo; tiene la gramática indispensable; escribe un poco mejor que su sastre y su zapatero; pero su imaginación es fecunda: concibe y pare personajes, vidas imaginarias, escenas tristes y alegres, cómicas y dramáticas. Por su fantasía pulula una multitud de homúncu-

los novelescos, que el empezar á correr la pluma sobre el papel acuden dócilmente á la evocación, y salen regocijados á la luz del sol. Este escritor que os digo no será un novelista completo, le faltará la forma; pero será al cabo un novelista, tendrá público, venderá sus novelas, alcanzará quizás, como Ohnet, tiradas de 100.000 ejemplares; y si es hombre discreto, se reirá de los que le mienten el estilo, aunque, como es condición humana estar cada uno descontento de su suerte, tal vez le acibare la vida el no escribir mejor y que se lo echen en cara.

El lector suele buscar en la novela un suplemento de ilusión. Felices ó infortunados, todos llegamos á cansarnos de nosotros mismos y de lo que nos rodea, y ansiamos salir alguna vez de nuestra propia vida, vivir otras vidas, conocer otras personas, que por lo mismo que son imaginarias han de ser poco molestas, puesto que podremos echarlas de nuestra intimidad cuando queramos. Los jóvenes por lo que ignoran de la vida, los hombres maduros por lo que saben de ella, se deleitan con estos simulacros de existencias humanas que el novelista les presenta. Los unos distraen con ellas la prosa de su propio vivir acompasado, monótono, sin incidentes; los otros ven acaso en este juego de posibles un reflejo vago de las posibilidades abortadas de su propia existencia. Lo que hay de romántico, de imaginativo y de curioso en el hombre se complace en estas historias fingidas. Las novelas nos hacen soñar despiertos; y como el ensueño nos traslada á un mundo quimérico revestido de vivas apariencias de realidad, nos hace olvidarnos de nosotros mismos y de lo que nos rodea; ser otros, sin dejar de ser lo mismo que somos en ideas y sentimientos. Se comprende que la lectura de novelas llegue á constituir un vicio, como el abuso de los narcóticos y de los estimulantes.

Y si la novela es un suplemento de ilusión, ¿qué han de pedirle los lectores sino aquellos elementos de ilusión que les faltan? Y lo que más falta en la vida ordinaria de las clases medias de los pueblos civilizados, entre las cuales se recluta el

mayor contingente de los lectores de novelas, es movimiento, variedad, accidentes. Una vida igual, monótona, lisa, reglada por ocupaciones que se repiten á las mismas horas, año tras año, por hábitos que hacen igual el día de hoy al de ayer y al de mañana y por convenciones sociales que conspiran contra lo original y lo espontáneo; esa vida que, bien mirado, puede que sea la más feliz y la más racional, no satisface á la loca de la casa, que hasta en los más cuerdos y en los menos imaginativos es loca, y la hace buscar en las páginas de una novela la animación y la variedad de sucesos que no encuentra en la propia experiencia. De ahí el favor que encuentran las novelas de aventuras, y en general toda novela de acción dramática y movida, en personas dentro de cuya vida el más liviano suceso es un acontecimiento.

La intriga tiene en la novela mucho más público que el análisis psíquico y que la descripción. El público suele ser objetivo y realista: no quiere fatigarse demasiado, ni se le ocurre mirar por dentro á los personajes; le basta ver lo que hacen, y le interesan más los actos externos que la trama confusa y delicada de los motivos interiores. Tampoco las descripciones suelen cautivarle demasiado. Para apreciarlas se necesita saber ver las cosas, y son muchos los que están ayunos de ese género de visión que detalla los objetos y recibe de ellos una imagen rica en matices. Además, tanto el análisis psíquico de los personajes, como la descripción artística de la realidad exterior, son para leídos despacio; y la atención del vulgo se pára poco en cada cosa, pues siendo superficial agota pronto cada imagen. Centenares hay de lectores que saltan páginas enteras de una novela para buscar el diálogo ó llegar más de prisa al desenlace de alguna aventura que les interesa.

Todo esto explica que sin estilo, sin grande penetración psicológica y sin maestría en las descripciones, pero con inventiva y soltura para concluir una acción, se pueda ser novelista gustado de muchos, como lo es Ohnet. Pero hay en los libros de éste algo más que ha ayudado también á sus éxitos

de librería. Historiógrafo de la burguesía—como dicen sus biógrafos,—expresa el sentir, las ideas y las preocupaciones de ésta. La tabla de valores mentales del novelista es la misma de esa burguesía que le lee. Son semejantes, y por serlo están llamados á entenderse.

*
* *

La novela de Ohnet citada al principio puede tomarse por ejemplo de esa disposición espiritual del autor que siente con el sentir vulgar y discurre con las ideas de todo el mundo. Ya el título general de la serie, *Las batallas de la vida*, y el especial de la novela, *El camino de la gloria*, tienen algo de folletinesco y retumbante que estampa en el umbral de la obra el sello de la vulgaridad. Pasemos adelante y veamos cuál es el asunto de la novela. El protagonista, Derstal, es un músico de talento que debe gran parte de sus triunfos á la hermosa cantante Eva Brillant, asociada á él por lazos de amor y de colaboración artística. Juntos han dado los primeros trabajosos pasos en la carrera del arte, juntos han ido venciendo las dificultades de la vida, juntos han llegado al cabo á la celebridad. Pero Derstal, menos constante que su amiga y menos enamorado de ella que Eva lo está de él, se rinde á los encantos y á los millones de una joven norteamericana, Susana Brandon, se casa con ella, y desde aquel momento su inspiración artística empieza á decaer. Pronto se cansa del nuevo círculo social á que le ha conducido su matrimonio: riñe con su cuñado y con sus suegros, logra que su mujer le siga y acaba por separarse de ella; con lo cual es de suponer, siguiendo el espíritu de la novela, que recobre del todo la inspiración perdida y avance nuevamente por el camino de la gloria. El asunto, como se ve, no tiene nada de particular. Es una de las variantes del tema del americanismo, presentado aquí en contraste con el refinamiento artístico que Derstal quiere representar.

El pensamiento capital de la obra es desde luego falso y

vulgar. No se comprende por qué ha de ser más favorable á la inspiración artística vivir amancebado con una cantante que casado con una mujer discreta y hermosa que comprende el talento de su marido. Con todo, un novelista de mayores dotes que Ohnet hubiera podido sacar de ahí una buena novela. En la ejecución es donde verdaderamente se ve la calidad del autor. Le ocurre á éste que, queriendo presentar tipos, traza caricaturas.

Eso son los norteamericanos, eso el crítico Laviron, que es el tío gruñón é irritable, áspero como un erizo, pero bueno en el fondo, de las antiguas novelas. Cada personaje es la representación convencional del concepto vulgar de una clase de personas. Derstal es el artista tal como lo entiende el vulgo, exagerando el alcance de las anomalías del genio; y los Brandon son la representación grotesca que tiene de los yanquis el vulgo francés y el vulgo de muchas partes, pero más todavía aquél, por lo mismo que le molesta grandemente, y ofende su vanidad nacional el que haya alguien que no rinda parias á las maravillas de su cultura y de su tierra.

Con todo eso, la novela es propia para agradar á muchísimos lectores. Es fácil en el desarrollo de la acción, no fatiga, tiene la claridad y la lógica aparente de lo superficial. Entretiene, sin impresionar. Está al alcance de cualquiera. Pide muy poco al entendimiento del lector.

*
* *

...Para la crítica, el caso de Ohnet envuelve una lección, un llamamiento á la humildad. La indica cuán limitada es su acción sobre el público, cuán escasa su influencia. El éxito es democrático. Y mientras el crítico, desde el trípode de su periódico ó su revista, define las normas del arte y diserta gravemente sobre ellas, el público se pára un momento á oirle, da luego media vuelta y se va en pos de quien le da la gana.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Enseñanza y educación: El cambio internacional de niños. —Las Universidades del Japón.=Historia: Nitchevo.=Psicología infantil: La imaginación creadora en el niño.=Cosmología: El hombre y el Universo.=Psicofísica: La mímica del pensamiento.=Política: El Parlamento español.=Psiquiatría: La neurastenia y su curación.= Impresiones y notas: La inteligencia de los pájaros.—Las recepciones de Roosevelt.—Anécdotas teatrales.—El valor de un ojo.

ENSEÑANZA Y EDUCACIÓN

El cambio internacional de niños.—Carlos Duffart da cuenta en *Le Phare*, de Nantes, de un experimento de expatriación familiar llevado á cabo en la persona de uno de sus hijos, bajo la dirección de la «Sociedad de cambio internacional de niños», con el objeto de perfeccionarle en el conocimiento del inglés, á cambio de que otro niño inglés se perfeccionara en francés, en su casa. El hijo de Duffart tenía trece años, y el niño inglés era de la misma edad aproximadamente. Las familias respectivas eran también de posición social semejante.

Una tarde de los primeros días de Agosto, Duffart fué á esperar al niño inglés á la estación del Norte, de París. No le conocía, pero no tardó en descubrirlo entre 500 viajeros de todas edades, por su andar desembarazado y resuelto, su actitud decidida y su flemática mirada investigadora. Un niño de trece años, que acaba de atravesar Inglaterra, de embarcarse en Tolkestone, de desembarcar en Bolonia y de llegar solo á París, sin esperanzas de encontrar con quién hablar, á su lle-

gada, en su lengua nativa, no puede parecerse á ningún otro niño de los que viven pegados á la falda de sus madres. Sin señas especiales, ni fotografía, ni datos de ninguna clase, Duffart adivinó quién era el niño esperado, y no se equivocó.

Como el inglesito sabía muy poco francés y Duffart ignoraba el inglés, los cumplidos fueron brevísimos; pero como todavía estaba en casa de Duffart su hijo, que debía salir al día siguiente, los dos muchachos pasaron juntos unas horas, teniendo el disgusto de comprobar prácticamente que el inglés que había aprendido el francés y el francés que había aprendido el inglés no les servía para nada, puesto que no se entendían uno á otro, convenciéndose así de la absoluta necesidad de completar su saber con el aprendizaje práctico del idioma en el extranjero.

El niño Duffart salió al día siguiente para Londres, vía Calais, llegando á la estación de Chasing Cross por la mañana, sin saber á punto fijo por dónde dirigirse ni en qué trenes, pues el servicio de informes en París deja no poco que desear, y las agencias sólo informan bien á sus clientes, pero no á los extraños. Duffart tenía que ir de la estación de Chasing Cross á la de Euston, dentro de Londres, y luego tenía que recorrer 300 kilómetros con varios cruces, teniendo que arreglárselas él solo para salir del paso. En una carta escrita á su llegada, dió cuenta á sus padres de sus apuros, de las equivocaciones cometidas, de las respuestas de los empleados de Londres, tan poco complacientes como los de París; y concluía afirmando que «la posesión práctica del inglés le apareció de tal modo indispensable en aquel momento crítico, que iba á dedicarse con empeño á aprovechar los dos meses de vacaciones para llegar á dominarla en lo posible».

Esa lección de vida, esa escuela de dificultades, tiene grandísimo alcance: aparte del estudio de la lengua extranjera, está ese aspecto de la educación expansiva, esa salida del nido maternal para aprender á vivir y á luchar, apreciando mejor lo que vale la nación propia y la familia á que se pertenece.

El joven á quien se mima sin necesidad y se tiene sujeto hasta los veinte años, del que se hace una señorita más que un hombre, se echa entonces á volar sin reconocimiento siquiera del cariño maternal en que ha vivido envuelto, atraído por otras preocupaciones y entregado sin defensa á los embates de la realidad, que desconoce. Las madres y los hijos que así se conducen son incapaces de utilidad social y de sano patriotismo: esas madres consideran la expatriación como lote de miserables y de desengañados; y sus hijos, hermosas nulidades, sólo son cazadores de dotes y aspirantes á empleos, incapaces de todo esfuerzo laborioso y de toda fecunda iniciativa.

El inglesito adoptado por la familia Duffart ha vuelto á su casa encantado de París, limpio de muchos prejuicios, conociendo perfectamente el francés y llevando en su libro de apuntes sus impresiones del Louvre, Luxemburgo, Carnavalet, Inválidos, Jardín de Plantas, Trocadero, teatros, monumentos, paseos, cosas y personas. El hijo de Duffart, á su vez, ha vuelto del país de Gales comprendiendo el inglés, encantado de las bellezas naturales de aquel país, de las partidas en bote, de las carreras en poney, de cien juegos físicos que le eran desconocidos. Ha vuelto lleno de amor á sus padres y á su patria, y de reconocimiento á la familia inglesa en cuyo seno ha vivido; y en esos dos meses en que uno y otro estudiante han estado en país extraño, su inteligencia se ha enriquecido y su voluntad se ha fortificado, ganando extraordinariamente su educación.

¡Ojalá estas líneas — decimos con Duffart — sirvan para abrir los ojos de muchos padres, convirtiendo á los egoístas, á los que crían á sus hijos para sí mismos, á las nuevas ideas educativas, persuadiéndoles de la necesidad de completar la instrucción y la educación de sus hijos por medio del sistema del cambio internacional, que tan excelentes resultados viene dando, especialmente para el perfeccionamiento de los estudios lingüísticos, hoy indispensables en todas las esferas de la vida!

*
* *

Las Universidades del Japón.—El profesor K. Miwa, de la Universidad de Kyoto, recoge en *La Revue*, de París, el cargo de orgullo que se ha dirigido á los estudiantes y profesores japoneses, diciendo que lo que se toma por orgullo es una reserva algo exagerada, unida á cierta seguridad debida al rápido desarrollo de las fuerzas vivas del Japón. Reconoce que lo deben todo á los occidentales, que han sido sus preceptores; y haciendo algunas indicaciones acerca de las aptitudes de los japoneses, acaba exponiendo sumariamente algunos datos relativos á la organización de los estudios en el Imperio.

En el Japón existen sólo dos Universidades: la de Tokío, fundada en 1876, y la de Kyoto, en 1897. El camino que hay que recorrer para llegar á ellas no es corto ni fácil. El japonés, á la edad de seis años, entra en una escuela primaria elemental, en la que pasa cuatro años; de allí va á la primaria superior, cuyos estudios duran otros cuatro años, aunque no necesita cursarlos todos para ser admitido en un Instituto, donde, previo el examen de ingreso, puede entrar con sólo dos ó tres años de la escuela primaria superior. En el Instituto — que es el organismo docente más extendido que hay en el Japón, contándose 150 Institutos en el Imperio — permanece cinco años, y allí es donde comienza el aprendizaje de una lengua viva, que, salvo uno ó dos Institutos en que se enseña alemán, es el inglés, por ser Inglaterra y los Estados Unidos las naciones que sostienen mayores relaciones con el Japón.

Terminados los cinco años del Instituto, el japonés pasa al Instituto superior, especie de escuela preparatoria para la Universidad, donde cada alumno elige la Facultad que quiere seguir; estos Institutos superiores comprenden tres secciones: 1.ª La de los aspirantes á ingreso en la Facultad de Derecho y en la de Letras. 2.ª La de los aspirantes de Ciencias, Ingenieros y Agronomía. 3.ª La de los aspirantes de Medicina. Los estudios duran tres años, empezándose por los de otra lengua viva, el alemán ó el francés; y la admisión es muy difícil,

pues sólo hay ocho de estos Institutos, que no pueden admitir más que 2.000 alumnos, y como los aspirantes á ingreso son 6.000 por término medio, el concurso de admisión ofrece serias dificultades, pensándose en dotar al país de mayor número de Institutos de esta clase.

Sólo al salir del Instituto superior, cuando el alumno cuenta por lo menos de veinte á veintidós años (6+4+2 á 4+5+3), es cuando puede ingresar en la Universidad, ya sin previo examen si los aspirantes no son muchos, ya mediante examen si las peticiones de ingreso son tan numerosas que obligan á una selección. La Universidad de Tokío comprende el Daigakwen, ó Universidad propiamente dicha, y seis Facultades: Derecho, Letras, Ciencias, Ingeniería, Medicina y Agronomía. La de Kyoto comprende, además del Daigakwen, tres Facultades solamente: las de Derecho, Medicina y Ciencias é Ingeniería. Cada Facultad tiene anejos varios Institutos ó secciones: la de Derecho (cuatro años en Tokío y tres en Kyoto), los de Derecho y Ciencias sociales; la de Medicina (cuatro años), los de Medicina y Farmacia; la de Ingenieros (tres años), los de Puentes y Caminos, Mecánica aplicada, Ingeniería marítima, Armas de fuego, Electricidad aplicada, Arquitectura, Química aplicada, Pólvoras y Minas y Metalurgia; la de Letras (tres años), los de Filosofía, Literatura japonesa, china, inglesa, francesa, alemana, Historia del Japón, Historia y Filología; la de Ciencias (tres años), los de Matemáticas, Astronomía, Física, Química, Zoología, Botánica y Mineralogía; y la de Agronomía (tres años), los de Agricultura, Química agrícola, Bosques y Veterinaria.

Al terminar sus estudios cada estudiante recibe el título de Licenciado ó *Gakushi,* y entonces puede ser admitido en el Daigakwen, ó Universidad propiamente dicha, en la cual no hay cursos fijos; los estudiantes prosiguen allí estudiando su especialidad más profundamente, y al cabo de cinco años presentan una tesis ó memoria, que si es aprobada les vale el título de Hakushi ó Doctor en la Facultad respectiva. Los tra-

bajos de los profesores y de los antiguos alumnos se publican en los *Boletines* de la Facultad, de los que van ya publicados en Tokío 33 tomos. El número de estudiantes que han terminado por completo todos sus estudios es el de 5.000, la mayor parte de los cuales ocupan hoy las más altas situaciones oficiales y particulares.

En cuanto á la organización de los estudios, varía en cada Universidad: en Tokío, el estudiante á quien se suspende en una asignatura de las que comprende el año escolar tiene que volver á estudiar y examinarse de nuevo de todas las asignaturas del año, mientras en Kyoto le basta con repetir el estudio y examen de la asignatura en que quedó suspenso. Por lo que hace á los sueldos del profesorado, el sistema es muy distinto del de España. Allí cada profesor tiene dos asignaciones: la de su posición, aunque no ejerza, que varía de 2.000 á 5.250 francos, y la de la cátedra, que varía de 1.500 á 3.000 francos; el profesor que menos recibe 3.000 francos, cantidad que, dada la baratura de la vida en el Japón, representa tanto como 6.000 francos en Europa, y equivaldría á 8.000 pesetas en España.

Son curiosos los datos estadísticos con que el profesor Miwa cierra su artículo, referentes á la edad media de los alumnos y al número de los mismos por años y Facultades.

Helos aquí:

Edad media de los estudiantes.

En la Facultad de Derecho.....	25	años	y	2	meses.
» » de Medicina.....	25	»	y	1	»
» » de Ingenieros.....	23	»	y	10	»
» » de Letras.....	24	»	y	9	»
» » de Ciencias.....	23	»	y	8	»
» » de Agronomía.....	24	»	y	3	»
En el Daigakwen (doctorado).....	28	»	y	3	»

Edad media de los estudiantes al terminar sus estudios de Licenciados, en años y meses.

FACULTADES	En 1901.	En 1902.	En 1903.	PROMEDIO
Derecho	26'1	27'10	27'11	26'10
Medicina	27'7	27'6	27'7	27'7
Ingenieros	26'1	25'6	25'10	25'10
Letras	26'3	26'7	26'4	26'3
Ciencias	25'4	25'3	26'00	25'6
Agronomía	25'8	26'2	26'11	26'4
Promedio de las seis Facultades.	26'2	26'7	27'00	26'07

Número de estudiantes salidos de la Universidad de Tokío de 1888 á 1902.

AÑOS	Derecho.	Medicina.	Ingenieros.	Letras.	Ciencias.	Agronomía.	TOTAL
1888.....	59	29	35	2	7	25	157
1889.....	39	43	20	6	10	7	125
1890.....	83	49	28	5	10	26	201
1891.....	43	40	19	8	4	12	126
1892.....	70	33	25	4	8	63	203
1893.....	78	27	32	15	8	1	161
1894.....	74	21	42	21	12	43	213
1895.....	87	25	50	26	18	26	232
1896.....	97	28	80	50	18	40	313
1897.....	67	25	78	62	26	16	274
1898.....	107	31	110	66	26	14	354
1899.....	155	27	110	75	34	14	415
1900.....	129	34	104	77	21	13	378
1901.....	106	40	94	71	19	15	345
1902.....	141	94	117	67	12	20	451
TOTAL.	1.335	546	944	555	233	335	3.948

HISTORIA

NITCHEVO.—La palabra más empleada en la lengua rusa, según el coronel Emerson afirma en *La Revue*, es esa: *Nitchevo*, que quiere decir «nada», y que lo mismo se emplea en equivalencia de «ninguna cosa», que de «no hay de qué», de

«no importa», que de «á mí qué». Es una palabra típica que caracteriza perfectamente el fatalismo ruso, como el *all right* expresa el temperamento activo del americano y el *mañana* la indolencia del español.

El coronel Emerson dice que es la primera palabra rusa que aprendió. Cuando le preguntaban si hablaba ruso, en seguida supo decir *¡Nitchevo!* Cuando los asquerosos mendigos chinos que pululan en las calles de Mukden se acercaban demasiado, se veía obligado á soltarles un *nitchevo* estentóreo para que le dejaran en paz; cuando un oficial pedía *pardon* en el más puro parisién por cerrarle el paso ó por haberle tocado con el sable sin querer, murmuraba un *nitchevo* de cumplido; cuando llega la noticia de una derrota ó la de la muerte de un oficial que ayer mismo había comido tranquilamente con sus compañeros, éstos se contentan con decir: «Sí, es verdad; hemos perdido unos cañones, una posición, una batalla... *¡Nitchevo!*»

Esa indolente, estúpidamente fatalista, aunque estoica divisa de los rusos, cuya influencia es tan perniciosa en la marcha de los negocios públicos como en la dirección de los asuntos privados, y que debe su origen á un temperamento semejante al del celta, que es la mayor plaga de la desgraciada Irlanda, tiene en gran parte la culpa de lo que está en Rusia sucediendo.

Una noche estaba el coronel Emerson en la estación de Mukden con un capitán de artillería ruso, cuya batería debía avanzar al día siguiente al amanecer contra el enemigo; el capitán se pasó gran parte de la noche bebiendo Vodka y Champagne con sus compañeros; á las cuatro, cuando el sargento se presentó diciendo que la batería estaba lista para marchar, el capitán dormía en tierra, y á todas las respetuosas súplicas del sargento contestaba *nitchevo* sobre *nitchevo:* los compañeros del oficial intervinieron entonces; pero después de varias tentativas infructuosas, pronunciaron también el sacramental *nitchevo* y dijeron al sargento que esperase; el capitán siguió

durmiendo hasta las diez, y si la batería llegó tarde á ocupar su puesto, ¿qué importaba eso? *¡Nitchevo!* La verdadera superioridad de la artillería japonesa está precisamente en su mayor movilidad y en la precisión de sus movimientos, precisión imposible con el *nitchevo* ruso.

Entre los conocidos de Emerson está un capitán de ingenieros, amable y generoso como nadie; le gusta mucho el juego, y un día en que Emerson, habiendo perdido más de lo razonable, estaba preocupado, el capitán le animaba diciéndole: «Eso no es nada, *¡nitchevo!*» Y, en efecto, al día siguiente vió al capitán perder sin pestañear más de tres mil rublos, el doble de su paga. «Bueno, ¿y qué? *¡Nitchevo!* Otra vez ganaría.» Entre los jugadores estaba el corresponsal del mayor periódico ruso; como no salía del Casino, Emerson le preguntó cómo se las arreglaba para escribir sus artículos.—Francamente—le respondió el periodista,—yo no escribo. ¿Para qué molestarse en escribir, si puedo ganar diez veces más de lo que me pagan, jugando?—¿Y qué dice el director del periódico?—¿Qué ha de decir? *¡Nitchevo!*

En el mismo Casino estaban jugando una noche, cuando entró sofocado un empleado del ferrocarril; habló con el capitán de ingenieros, y éste con los demás oficiales; entonces se levantó un teniente precipitadamente y salió á la calle. Emerson le siguió, olfateando algún acontecimiento.—¿Qué hay?—le preguntó.—*¡Nitchevo!* Un tren que acaba de llegar, y no había nadie en la estación para recibirle.—¿Cómo? Pues y los guardias?—Los guardias, sí; pero no había ningún oficial.—Cuando llegaron á la estación, el tren se había ido y un general se paseaba en el vestíbulo; en cuanto vió al teniente, su cólera estalló; pero tras breves explicaciones se disipó en seguida, y el general decía al teniente golpeándole amistosamente en el hombro: «*¡Nitchevo, nitchevo!* Vamos á tomar algo, ya que está todavía abierta la fonda».

Una tarde que estaba Emerson oyendo la música militar, se sentó á su lado un caballero de edad, que luego resultó ser

un príncipe que había llevado al virrey unas órdenes verbales del czar. Se expresaba categóricamente, acusando á la diplomacia que había precipitado la guerra, y reprobando la falta de juicio en la marcha de las operaciones. Aquel príncipe se servía muy poco de la palabra *nitchevo*; por eso en su boca tenía esta expresión singular valor, que verdaderamente impresionaba. Criticaba la estupidez de la guerra; hablaba con emoción del dolor del czar por tantas pérdidas, y añadía: «¿Qué será de esos pobres camaradas, esos buenos muchachos de la Escuela militar que encontramos en todas las fiestas de San Petersburgo y de Moscú? ¿Qué será de esos doscientos mil hombres que no volverán de esta miserable Manchuria? No esperamos volverles á ver. Y ese no es más que el primer sacrificio, *¡nitchevo!* Nunca renunciaremos á la Manchuria, ni á llevar nuestras fronteras hasta el Océano. Todo está descontado. Nuestro ejército caerá en ridículo como ha caído ahora; el imperio ruso hará bancarrota, pero nada de eso nos impedirá cumplir nuestro destino. ¿Qué son para Rusia cinco, diez, cien años? *¡Nitchevo!*

He ahí un *nitchevo* que puede rescatar la vaciedad de muchos otros.

PSICOLOGIA INFANTIL

La imaginación creadora en el niño.—Pueden distinguirse — según Queyrat dice en la *Revue Bleue* — cuatro estadios principales en el desarrollo de la imaginación infantil, el primero de los cuales consiste en la *percepción ilusoria de las cosas*.

La imaginación representa importante papel en nuestro conocimiento de los objetos exteriores: oímos un ruido ó percibimos un perfume, y en seguida nos representamos un coche, una violeta ó una rosa. De ahí luego la imaginación reproductora. Las formas vagas é indecisas de las llamas, de las nubes ó de las rocas ofrecen amplio campo á la imaginación

creadora; Juan Muller cuenta que en su infancia pasaba horas enteras en descubrir contornos y figuras en el revoque ennegrecido y hendido de la casa situada frente á la suya.

Las diversas ilusiones de los sentidos son un ejemplo sorprendente de la intervención de la imaginación en la percepción. Una zarza hace al miedoso el efecto de un bandido emboscado; una ligera bruma se toma por un fantasma; una rama, por una serpiente. A veces ciertos niños imaginativos llegan á realizar objetivamente, á tomar por verdaderas percepciones imágenes nacidas en su espíritu fuera de toda modificación de los órganos de los sentidos, de toda excitación exterior. La imagen entonces es alucinatoria, como las que Anatolio France dice que veía cuando le metían en la cuna en medio de la habitación, junto á las inmensas cortinas del lecho de su madre; apenas estaba acostado comenzaba en su torno el desfile de personajes extraños, unos con narices de pico de cigüeña, otros con bigotes erizados, vientres puntiagudos y piernas como patas de gallo, que pasaban de perfil con un ojo redondo en medio de las mejillas, llevando escobas, asadores, guitarras y jeringas.

Una variedad de ilusión que persiste largo tiempo en la vida infantil consiste en el aumento de los objetos: así, Anatolio France se representaba á su padre, á su madre y á su criada como gigantes muy buenos, testigos de los primeros días del mundo, inmutables, eternos, únicos en su especie. De ahí que el recuerdo de los lugares en que hemos pasado nuestra infancia concuerde tan poco con la realidad; todo nos parece después achicado: el niño tiene una charca por un lago, una cascada insignificante por un Niágara, un ligero pliegue del suelo por un precipicio, unos cuantos árboles por una alameda ó por un bosque. Jorge Sand necesitaba subir á una pequeña gruta que su madre le había hecho construir, para convencerse de que no era la caverna de una montaña, como le parecía cuando era niña.

Hasta aquí la imaginación se ha contentado con exagerar;

pero en el segundo estadio de su desarrollo *puebla la naturaleza de seres de todas clases*, admirables ó terribles. Quizá en este hecho se halle la clave del encanto mágico que ejerce en el niño el misterio de los retiros secretos, de los rincones y de los bosques sombríos. Y no se pára en esto, sino que anima y personifica las cosas mismas, dando cuerpo y alma al viento que silba y gime durante la noche. Las letras mismas se convierten casi en personas: un niño de veinte meses tenía tal pasión por la letra W, que siempre la llamaba «esta querida buena W»; otro, de cuatro años, escribiendo una L ,torció el trazo horizontal, y le resultó casi una V; en seguida le pareció un sér humano, y exclamó: «¡Toma, se ha sentado!»; hizo luego una F al revés, y luego trazó otra al derecho, y mirándolas exclamó muy satisfecho: «Están hablando». Miss Ingelow cuenta que los guijarros de la carretera le parecía que debían aburrirse de estar siempre quietos sin ver nada nuevo, y que por eso, cuando ella salía, cogía siempre uno ó dos, los echaba en su cestito, y al terminar el paseo los ponía en tierra, creyendo que estarían muy contentos del nuevo espectáculo que les proporcionaba. Así personifican las abstracciones; y cuando oyen hablar de la clausura de la caza, se imaginan que se han cerrado las grandes puertas de los campos.

El tercer estadio del desarrollo de la imaginación infantil es el del juego, que consiste esencialmente en una transformación de la realidad propia para dar forma concreta á una imagen, para poner en escena alguna idea.

En el cuarto y último estadio aparece la *invención novelesca,* que exige cultura más refinada, y se despierta hacia los tres ó cuatro años. Primeramente el niño *proyecta en el mundo real* y refiere á objetos definidos las imágenes suscitadas en su espíritu por los diversos cuentos ó historias que ha oído; después *realiza visualmente* las escenas que le han contado, y por último *inventa narraciones originales.* La lectura le divierte, pero prefiere la explicación ó el cuento; y una vez trazado el cuadro en su imaginación, no admite modificaciones ni omi-

siones. Una de nuestras amigas—dice Sully—contaba una vez *El gato embotado*, y por inadvertencia hizo sentar al héroe, para quitarse las botas, en una silla en vez de una caja; en seguida el auditorio infantil protestó con agudos *¡no, no!*, hasta que restableció el texto primitivo; otra vez, contando el cuento de *La bella y la bestia*, se le olvidó el detalle del suspiro de la bestia, con el que «los vasos temblaron en la mesa y las velas casi se apagaron»; el auditorio reclamó, y hubo que subsanar la omisión.

En la invención, los primeros ensayos son tímidos; pero poco á poco la imaginación se hace más atrevida, hasta llegar á forjar las más sorprendentes creaciones. Tales son los estadios que recorre la imaginación infantil, desde la más simple percepción y reproducción de la realidad objetiva, hasta la invención original.

COSMOLOGÍA

El hombre y el universo.—Cuando hace algunos meses publicó el Dr. Wallace en la *Fornightly Review* un artículo rehabilitando la antigua cosmogonía y devolviendo al hombre su puesto de rey del universo, se produjo en el mundo de los sabios un verdadero escándalo. El autor escuchó las críticas, descartó las diatribas, prometió tratar con toda amplitud el arduo problema, y, como resultado de sus nuevos estudios, ha publicado un libro, *Man's Place in the Univers*, que en la *Grande Revue* analiza H. Chateau.

La historia de la Astronomía podría dividirse en tres épocas. La primera comprende desde Anaximandro hasta Copérnico, Ticho Brahe, Kepler y Galileo: en ella la tierra ocupa el centro del mundo, y el mundo sólo existe para la tierra y el hombre. La segunda llega hasta 1860, en que se descubrió el análisis espectral: la tierra es uno de tantos planetas que giran en torno del sol; el sol es una de tantas estrellas, y la tierra y

el hombre no tienen ninguna superioridad, no habiendo razón para que los demás planetas no tengan sus habitantes, ni los demás soles sus planetas habitados; Kepler y Huygens creían en los habitantes de la luna, y Newton, el gran Newton, sostenía que el sol estaba habitado; cuando Fontenelle publicó sus *Entretiens sur la pluralité des mondes*, el entusiasmo fué general, y Herschell, Taylor y Arago admitieron la teoría de la habitabilidad de los planetas; hay que llegar á 1853 para tropezar con un sabio, Whewell, que se atreviera á combatir las ideas corrientes, sosteniendo que «la órbita de la tierra es la zona templada del sistema solar» y la única que reúne las condiciones necesarias para la vida animal; Marte, sin embargo, le parece habitable, aunque sólo por seres inferiores.

La tercera época de la Astronomía arranca del maravilloso descubrimiento de Kirchoff y Bunsen, el análisis espectral, con el que ha sido posible constituir la física y la química de las astros y de las nebulosas y la organización y temperatura de las estrellas, permitiendo comprobar la existencia de numerosas estrellas invisibles, determinando sus órbitas, sus velocidades y hasta cierto punto sus masas. Si á esto se agrega el perfeccionamiento á que se ha llegado en los instrumentos de observación y de fotografía celeste, se comprenderá la importancia de los resultados obtenidos en esta tercera época, llamada de la *Astronomía nueva*, y por algunos *Astrofísica*.

Trazada la historia de la Astronomía, el Dr. Wallace aborda los problemas más discutidos. ¿Es infinito el número de estrellas? No, responde Wallace con el profesor Newcomb, de Washington. Si el sistema estelar fuera infinito, los cielos estarían llenos de luz tan deslumbradora como la del sol; lejos de ser así, la luz total de las estrellas no es más que una seismillonésima parte de la del sol; admitido el infinito estelar, sólo podría haber dos causas que explicaran esa casi extinción de la luz de las estrellas: la pérdida de luz al atravesar el éter, ó la absorción de la luz por estrellas sombrías ó polvos meteóricos difusos; la primera causa no es aceptable, pues está pro-

bado que las estrellas más brillantes no son las más próximas; la segunda tampoco es admisible, pues en la parte más brillante de la Vía láctea la luz no llega á la centésima parte de la luna llena, cuando debería ser por lo menos igual, aun suponiendo que los cuerpos opacos fueran en número 150.000 veces mayor que las estrellas de la Galaxia. Por otra parte, el número de las estrellas hasta la sexta magnitud aumenta con regularidad tres veces y media de una categoría á otra, siendo 7.647 estrellas las comprendidas en las seis primeras magnitudes; desde la séptima la proporción cambia, pues si se mantuviera hasta la 17.ª magnitud, daría un total de 1.400 millones de estrellas, mientras que los cálculos de los astrónomos permiten afirmar que el total no pasa de 100 millones.

Ahora bien: considerado el sistema estelar limitado, este sistema tiene un *plan*, que no es otro que la Vía láctea, que forma en los cielos, con todas sus irregularidades, un gran círculo, según los astrónomos reconocen. Si la Vía láctea, vista desde la tierra, divide la esfera celeste en dos partes iguales, es evidente que el plano de ese círculo debe pasar por la tierra, lo que conviene con la opinión de ciertos astrónomos que tienden á considerar el mundo sideral como una esfera ó esferoide que tiene por ecuador la Vía láctea, dotada de un lento movimiento de rotación. La tierra, en este plano, ocupa evidentemente una posición central, pues de otro modo no podrían verse las cosas como se ven, y se descubriría en seguida nuestra posición excéntrica, viéndose la tierra, por ejemplo, á un cuarto de diámetro vialáctico de distancia, de un lado; y á tres cuartos de diámetro, de otro.

Todo esto, por lo que hace á la *posición* de la tierra. En cuanto á la habitabilidad de un planeta, depende de su distancia del sol, y sólo la tierra se halla en las condiciones requeridas para que la vida sea posible, pues en los demás planetas el calor y el frío son excesivos, y la vida no puede en ellos desenvolverse por sus condiciones de temperatura, de densidad, etcétera. Fuera del sistema solar tampoco hay astros habita-

bles: no lo son los de la Vía láctea, por su falta de estabilidad; no lo son las estrellas alejadas de la Vía láctea, como nuestro sol, porque unas, las más brillantes, son menos densas; porque muchas otras, la mayor parte, no son estrellas simples, sino grupos binarios impropios para la vida planetaria, y porque las dos ó tres estrellas que se hallan en condiciones semejantes á nuestro sol no se sabe que tengan planetas, y, aunque los tuvieran, se ignora si alguno de ellos ocuparía la posición privilegiada en su sistema que ocupa la tierra en el sistema solar.

Las conclusiones del libro son de dos clases: conclusiones formuladas por los astrónomos modernos y conclusiones personales del Dr. Wallace. Las primeras son las siguientes: 1.ª Aunque de extensión inmensa, el universo estelar forma un todo continuo y finito, y su extensión es determinable. 2.ª El sistema solar se halla situado en el plano de la Vía láctea y á poca distancia de su centro, hallándose, por consiguiente, la tierra cerca del centro del universo estelar. 3.ª El universo está constituído en todas partes por los mismos elementos materiales y sujeto á las mismas leyes físicas y químicas.—Las conclusiones del Dr. Wallace son las siguientes: 1.ª Ningún planeta del sistema solar, fuera de la tierra, está habitado ni es habitable. 2.ª Es infinitamente probable que ningún otro sol posea planetas habitados. 3.ª La posición casi central de nuestro sol es probablemente permanente, y ha sido especialmente favorable, quizá absolutamente esencial, al desarrollo de la vida en la tierra.

PSICOFÍSICA

La mímica del pensamiento.—Así se titula un sugestivo trabajo del profesor de la Universidad de Roma Sante de Sanctis, inserto en la *Nuova Antologia*. La tristeza y la alegría, la cólera y el amor, todo lo que emociona se refleja fa-

talmente en nuestro rostro. No hay pensamiento sin exteriorización, y lo mismo que existe una mímica emocional, existe una mímica del pensamiento, que comprende la *mímica atentiva* (atención sensorial) y la *intelectual* (interna, reflexiva).

El Dr. Duchenne de Bolonia dedujo de muchos experimentos que cada emoción tenía su expresión exacta en una modificación local única. Así, á la manera que el músculo piramidal de la nariz expresa la amenaza, el gran cigomático la risa, el pequeño cigomático el llanto, el triangular de los labios el desdén, y así sucesivamente, el músculo frontal sería el músculo expresivo de la atención, y la parte superior del orbicular el de la reflexión.

Taine decía de una señora: «Ha sonreído tánto, que á los veintiocho años tiene comienzos de arrugas en torno de los ojos y de los labios». Así se encuentran individuos cuya fisonomía expresa habitualmente el dolor con la elevación del ángulo medio superciliar, y el placer con los pliegues del labio inferior y con la acentuada tensión del músculo grande cigomático, y como hay hombres que ofrecen estereotipada en sus rostros la mímiça atentiva, revelando en los pliegues permanentes de ciertos músculos el hábito del pensar, tales como Leonardo Vinci, Beethoven, Müller, Nietzsche, Ibsen, Björnson y Lenbach en sus retratos más conocidos. Víctor Hugo y otros poetas han descrito las arrugas verticales de la frente en los hombres muy reflexivos y en los pensadores de genio, y Carlos Feré ha llamado la atención de los alienistas sobre las arrugas que á la larga se forman en torno de los ojos y junto al pabellón de la oreja en los que padecen alucinaciones de la vista ó del oído.

Pero ¿es cierto que entre uno y otro músculo exista la independencia de expresión señalada por Duchenne? No; en realidad casi todas las expresiones del rostro están determinadas por la contracción simultánea de varios músculos, lo que desde el punto de vista biológico explicó Darwin por la «asociación de los hábitos útiles» y que anatómicamente es

debido á la falta de una clara diferenciación entre los varios grupos celulares de que se compone el núcleo facial. El principio de Duchenne tiene sin embargo una base verdaderamente científica si se reduce la mímica atentiva á la sencillez de un schema. La atención y la reflexión vienen expresadas por la acción *preponderante* de los músculos frontales, orbiculares de las cejas y superciliares.

La atención, pues, considerada como ejercicio de la inteligencia propiamente dicha, tiene sus órganos mímicos como los tienen las emociones. También el pensamiento tiene su centro mímico (zona mímica ocular), siendo su forma expresiva las arrugas de la frente y del sobrecejo. El séptimo par de los nervios cerebrales, el *nervio facial,* puede llamarse el nervio mímico por excelencia, el nervio de la expresión. Es el que anima los músculos frontales, orbiculares, superciliares y todos los demás superficiales del rostro; lleva en sus más finas fibras el impulso motor que por vía refleja, por automatismo ó por un acto de voluntad arranca del cerebro. El llamado centro mímico del tálamo óptico toma también parte activa en la mímica del pensar.

Los animales poseen también su mímica del pensamiento. No es comparable á la del hombre, siendo imposible demostrar que tengan atención interna. Son capaces de atención sensorial externa y la expresan por medio de una mímica especial. Los simios expresan la atención de un modo semejante al hombre, apoyando la barba en la mano ó poniendo el índice en los labios. Las arrugas superciliares son difíciles de observar, pero las tienen, y lo que más se nota en ellos es la movilidad del músculo frontal con sus arrugas horizontales. La mímica del caballo es vivaz, pero se difunde por todo el cuerpo: al menor rumor, las puntas de las orejas se tienden adelante y casi se tocan; cuando las echa para atrás, es que teme un peligro ó quiere defenderse; todos conocen los gestos ansiosos del caballo que tiene miedo; puede decirse que el caballo expresa la atención con los músculos cérvico-auriculares.

Los perros poseen una mímica de atención muy característica, y en la caza sobre todo ofrecen al psicólogo el más espléndido ejemplo de mímica atenta, llegando verdaderamente al paroxismo de la atención. Por lo demás, hasta los pájaros muestran estados característicos de atención sensorial: inclinan la cabeza del lado de que viene el estímulo, y cuando el objeto les hace fuerte impresión, se quedan parados en una sola pata ó hacen movimientos exuberantes. El arte mismo de amaestrar á los animales ofrece ejemplos de singularísimo desarrollo de la mímica de atención, siquiera sea artificial. El arte representa también frecuentemente á los animales en postura de atención visiva, auditiva ú olfativa; pero la expresión no es siempre fisiológicamente verdadera, porque el artista, para conseguir su propósito, exagera el elemento emocional; los animales de Palizzi, caballos, bueyes, cabras, ciervos, asnos, perros, son los que con la postura de la cabeza y la expresión de los ojos y de la boca revelan mejor un estado de observación tranquila, casi de pensamiento.

En los niños la expresión de la atención, como la de la sorpresa y la curiosidad, es menos viva que en los adultos. A veces la expresión parece más enérgica, pero esto ocurre cuando el proceso atentivo es puramente pasivo y reflejo, como en los recién nacidos; á medida que la atención pierde su naturaleza refleja, su mímica parece hacerse más débil. La mímica atenta aparece en el niño como continuación de la mímica refleja, provocada por excitaciones ópticas, y las excitaciones acústicas intensas, y aun las táctiles, provocan una mímica semejante á la de las excitaciones ópticas. Las irradiaciones de atención son frecuentísimas en los niños, siendo difícil que la mímica se limite ni se concentre en la zona ocular, irradiando á la zona oral y á la musculatura del cuello, del tronco y de las articulaciones. En los viejos la mímica parece más acentuada que en los jóvenes, pero es por las arrugas permanentes y múltiples de la cara senil, y no hay que confundir la fisonomía, que es un carácter estático del rostro, con la

mímica, que es un carácter dinámico; en realidad la mímica de los viejos es generalmente menos vivaz que la de los jóvenes.

POLÍTICA

El Parlamento español.—Es curioso saber cómo nos estudian y juzgan en el extranjero, y por eso nos ha parecido interesante extractar lo que acerca del Parlamento español escribe en *La Revue* de París Eduardo de Bray.

España es un país que ha cambiado en un siglo diez veces de Constitución: 1.°, la Constitución de Bayona; 2.°, la de 1812; 3.°, la del Estatuto Real en 1834; 4.°, la de 1837; 5.°, la de 1845; 6.°, la de 1854; 7.°, la del Acta adicional de 1856; 8.°, la revolucionaria de 1869; 9.°, la republicana *non nata* de 1873; 10.°, la de la Restauración de 1876, vigente. Con estos cambios de Constitución corren parejas los cambios de Parlamento; en España no hay nada semejante á los Parlamentos ingleses, que duran cinco ó seis años, y cuya labor es tan provechosa como fecunda; cada dos años ó menos hay nuevas elecciones, y desde 1810 hasta 1903, descontando los diez y siete años de gobierno absoluto, se cuentan 43 Parlamentos para setenta y cinco años. Los Gobiernos se han sucedido con la misma vertiginosa rapidez, y entre revoluciones y pronunciamientos España no ha gozado nunca de verdadera tranquilidad. No hay ejemplo en la historia de otro pueblo que, habiendo tenido que sufrir veintiún cambios en la persona del jefe del Estado en el breve espacio de un siglo, haya podido conservarse en pie; ese, sin embargo, es el caso de España. Hoy las cosas han cambiado mucho; pero la instabilidad de los Parlamentos persiste todavía.

Cuando un Ministerio español se derrumba, el primer acto político de su sucesor es decretar la disolución de las Cortes. Los senadores y diputados disueltos vuelven pacíficamente á sus hogares, y el Gobierno se pone á trabajar en el recluta-

miento y organización de la nueva mayoría, pues hay que consignar que en España, país en que la ley del sufragio universal está en vigor hace mucho tiempo, los electores no se cuidan de elegir, sea por apatía, por indiferencia ó por asco, dejando al Gobierno el cuidado de sacar adelante sus candidatos.

El primer cuidado del nuevo Gobierno, apenas tomada posesión del mando, es escoger entre los innumerables aspirantes á la representación nacional, entre los amigos políticos, los amigos de los amigos y los hijos de papá; el hijo de papá, el yerno, es el microbio de la política y de la administración española, hasta el punto de haber dado nombre á una enfermedad constitucional: la *yernocracia*. Los aspirantes, en general, son un ejército de nulidades, entre los que se distinguen los cuneros, que ni siquiera conocen el distrito que pretenden representar, importándoles poco que sea éste ó aquél, pues el caso es «ser diputado». Una vez hecha la selección, el ministro hace una lista de trescientos elegidos, y esos son los *encasillados*; una vez en esa lista, el aspirante puede considerarse elegido, y su misión está trazada en el montón de la mayoría: aplaudir los discursos ministeriales é interrumpir á los diputados de oposición.

Para asegurarse la elección, el ministro de la Gobernación tiene cuidado de enviar á los gobernadores una circular confidencial con los nombres de los aspirantes escogidos; el gobernador sabe que aquéllos son los que tiene que sacar á flote, y como un fracaso en la elección le cuesta el destino, hace los imposibles para dar el triunfo á los adictos. Llegado el día de las elecciones, el ciudadano español, convencido de que su voto es inútil, se abstiene; el Gobierno lo sabe, y sustituyéndose á los electores, hace llenar las urnas de candidaturas, y donde no han votado más que ciento aparece el diputado elegido por millares de votos. Todos los partidos y todos los Gobiernos hacen lo mismo.

Con este sistema, que produce mayorías aplastantes, podría

creerse que la labor política del Parlamento sería verdaderamente fecunda. Nada de eso; su esterilidad es completa, y de ella tienen la culpa principalmente las costumbres parlamentarias. Toda apertura de Cortes se señala en España por un debate político provocado por la oposición, perfectamente inútil, puesto que se trata de combatir una política *non nata*, unos actos que todavía no existen; en ese debate intervienen para consumir turnos y alusiones todos los personajes de todos los partidos, y así se consumen estérilmente el tiempo y las fuerzas que tánta falta hacían para cosas de más empeño y de alcance práctico; pero aunque todos lo lamentan, nadie cambia estas costumbres, que convienen á los Gobiernos, porque les evitan toda crítica seria y concienzuda, y convienen á los diputados, que salen del paso con cuatro brillantes generalidades que les permiten lucirse sin tener que dedicarse á estudios enojosos.

El Parlamento español tiene, sin embargo, una historia verdaderamente gloriosa desde las Cortes de Cádiz, fundadoras de las libertades españolas, hasta las Cortes actuales, en que lo que sobran son oradores esculturales. Aquellas Cortes de 1869 en que discutían, de un lado, Monescillo, Manterola y Aparici; y de otro, Ríos Rosas, Olózaga, Figueras, López de Ayala, Castelar, Pi y Moret, acerca de la libertad de cultos, presenciaron torneos oratorios como quizá no se hayan presenciado en toda Europa: la palabra de Castelar brilló allí con todo su esplendor incomparable, como en las Cortes de la Restauración, al discutirse la Constitución de 1876, brilló también la de Cánovas del Castillo y la de López de Ayala, y como en las Cortes de la Regencia ha brillado la del sabio Salmerón, el orador de rostro ascético, en cuyos ojos hay un no sé qué que arde y que devora, y cuyas palabras tienen algo del hachazo que corta, brutal é implacable.

PSIQUIATRIA

La neurastenia y su curación.—La neurastenia — dice el Dr. Regnault — es la enfermedad de moda, aunque sólo tiene de nuevo el nombre; el siglo XVIII ha conocido los *vapores,* el XVII el mal de amor y los enfermos imaginarios, y en la Edad Media los señores nerviosos, atribuyendo sus insomnios al coacoarilleo de las ranas, hacían azotar por los villanos el agua de los fosos de sus castillos; nunca, sin embargo, ha hecho la neurosis tantas víctimas como en nuestra época, por ser el resultado de todas las fatigas y de todos los excesos, intelectuales, físicos y orgánicos.

El neurasténico pasa por una verdadera odisea: consulta á todos los médicos, ensaya los remedios más contradictorios, los toma sin método ni persistencia, y sólo consigue empeorar su estado. Le ordenan como tónico un vaso de Burdeos con quina, cola y coca, y después de una excitación pasajera, siente mayor depresión; para vencerla toma Burdeos á todo pasto, y no tarda en sentir los síntomas del alcoholismo, temblores, pituitas y pesadillas. Le prescriben un régimen fortificante, y se traga grandes tazones de chocolate, bistécs suculentos, huevos á docenas, legumbres, sopas sustanciosas y dos litros de leche como bebida, y luego se sorprende de hacerse dispéptico. Le aconsejan distracciones, y se pasa las noches en los cafés y en los teatros, cayendo en la más negra melancolía, porque no hay nada más aburrido que querer siempre divertirse. Le prescriben ejercicios físicos, y pasa de la gimnasia sueca al trapecio, á la equitación, á la bicicleta, al canotaje, etcétera, hasta agotarse completamente. Si la enfermedad es grave y le someten al reposo, no se atreverá á moverse, aunque una vez recobradas las fuerzas el ejercicio le sea útil. Y es que el neurasténico es excesivo en todo, y la diplomacia del médico se gasta en pretender moderarle.

El Dr. Regnault, á pesar de tantos remedios y de la difi-

cultad de su aplicación, preconiza uno nuevo: la carrera. En 1890 hizo un viaje á la India, y le llamó la atención el modo de correr que tienen los indios y, sobre todo, los cingaleses, que corren enganchados como caballos á unos vehículos ligeros durante horas enteras sin sentirse fatigados; de vuelta á Europa supo que el comandante Raul practicaba un método para enseñar á correr sin fatigarse, y vió que era el mismo de los cingaleses y el de todos los corredores. Sorprendido por estos hechos, Regnault emprendió su estudio científico, y de ahí sus conclusiones.

La marcha varía con la edad, el sexo, el carácter y la profesión. El ciudadano, sobre todo, no anda como el aldeano: el primero practica la marcha de extensión y el segundo la de flexión, por el medio en que viven; el uno extiende la pierna y el otro la dobla; para una carrera corta de 100 á 800 metros, la marcha en extensión es preferible; para una carrera de varios kilómetros se impone la marcha en flexión. Esta marcha es la que debe utilizarse para la curación de la neurastenia.

El neurasténico va al campo de carreras, vasto jardín alejado del ruido y del aire corrompido de la ciudad; al principio desconfía, pero la vista de otros enfermos corredores le tranquiliza, y se confía al médico que le da la primera lección. Para impedir que la espalda se encorve y la cabeza se doble hacia adelante, el corredor coge una varita, que sostiene con las dos manos á la altura de los senos, con los codos doblados para atrás; así se bombea el pecho, y pueden hacerse dos ó tres profundas inspiraciones por minuto para oxigenar la sangre. Luego parte con las rodillas dobladas, levantando los pies muy poco, lo estrictamente necesario para evitar las asperezas del suelo, con lo cual economiza los esfuerzos que tiene que hacer el corredor en extensión para levantarse varios centímetros del suelo. Los primeros pasos son cortos, de 35 centímetros, y la cadencia lenta, de 120 á 130 por minuto; poco á poco, sin darse uno cuenta de ello, se llega á 160 á los diez minutos, y á los veinte se dan de 180 á 200 pasos por minuto,

y la distancia pasa de 35 centímetros á 50, á 80 y á un metro. Al principio el enfermo va demasiado aprisa: confía demasiado en sus fuerzas, se entusiasma y se sofoca. Por eso es necesaria la presencia del médico durante algunas semanas, para dosificar la carrera: las primeras lecciones son de siete á diez minutos como máximum; luego se aumentan gradualmente, cuidando de disminuirlas en cuanto se note fatiga.

El mejor graduador del ejercicio es el pulso: si es débil, blando, en hipotensión, hay que tener cuidado, y durante dos ó tres semanas no puede pasar el enfermo de veinte á treinta minutos; sólo cuando recobre fuerzas puede aumentarse la dosis; si es fuerte, vibrante, en hipertensión, se le pueden prescribir cuarenta y cinco á sesenta minutos de ejercicio, pasados los primeros días. En todo caso hay que estar atentos á los más fútiles pormenores. Los neurópatas suelen tener seca la piel; para que suden, conviene que beban uno ó dos vasos de agua á sorbitos antes de la carrera; si se trata de un obeso, se le debe abrigar bien y hacerle tomar antes de correr bebidas calientes; si es un flaco, la carrera le excitará el apetito y no tardará en robustecerse; los que inspiran débilmente deben acompañar las inspiraciones con grandes movimientos de los brazos, como cuando se bosteza. La hidroterapia, por otra parte, es un excelente auxiliar de estos ejercicios.

Lo difícil no es el recetar, sino que el enfermo ejecute fielmente lo que se le prescribe. Para lograrlo hay á veces que recurrir á mil astucias, que obran sobre la imaginación del enfermo, disfrazando la naturaleza del remedio; así el Dr. Gruby, una celebridad parisiense, aconsejaba á sus enfermos que se levantaran á las cinco de la mañana para bajar y subir á reculas la escalera de su casa, técnica excelente para evitar las pesadillas de la mañana; otras veces prescribía ir á una finca de los alrededores de París, cavar allí durante dos ó tres horas, y volver á llenar el foso que se había abierto con la tierra de él sacada; otras mandaba que se cogiera un adoquín de la calle y se recorrieran con él en la mano tales ó cuáles calles y pla-

zas; á una actriz del Teatro Francés la mandó levantarse todos los días á las cinco, ir al mercado, comprar dos pucheros, volver á casa y en dos hornillas de dos habitaciones distintas preparar dos caldos; la actriz iba de uno á otro puchero, espumándolos y cuidándolos, y cuando estaban listos, á las ocho, llegaba una hermanita de los pobres y se los llevaba. Pero para estas recetas se necesita la salvaguardia de la celebridad.

IMPRESIONES Y NOTAS

La inteligencia de los pájaros.—La psicología de los pájaros está todavía en la sombra. Los pájaros, sin embargo, son mucho más inteligentes de lo que generalmente se cree. Un sabio naturalista, según Nemi, ha hecho recientes observaciones sobre una bandada de cornejas que parecían haber llevado á una de ellas ante un verdadero tribunal: aquella corneja había entrado en un nido y había matado un pajarito; la madre, al regresar de sus correrías, se había enterado del crimen, y salió dando fuertes gritos; acudieron otras cornejas, y al cabo de un cuarto de hora había varias docenas reunidas rodeando al pájaro asesino, con un griterío ensordecedor; el grupo de pájaros parecía obedecer á un jefe que presidía la ceremonia. Por último, cesaron los gritos; el jefe se dirigió hacia la corneja criminal, y, como si obedecieran á una señal, todas las demás se lanzaron contra ella y la mataron. ¿Habrá una moral y una justicia entre los pájaros?

Eugenio Muller, en la *Revue des animaux*, cita otro hecho que prueba la solidaridad existente entre los pájaros. Una pareja de golondrinas hacía su nido bajo un tejado, quizá el en que habían nacido, pues junto á ellas había otro nido viejo ocupado por otras golondrinas, tal vez los padres de las primeras. Cuando más contenta estaba la joven pareja de haber terminado su nido, el nido se desmorona, y los gritos de alegría se convierten en gritos de angustia; los dos vecinos acu-

den, y entre los cuatro reconstruyen el nido en dos días; pero el fango debía ser malo, porque de nuevo se vino la casa abajo, y eso que parecía tan sólida. Las golondrinas parecían angustiadas, y toda la vecindad llenaba el aire de lamentos; las golondrinas del barrio acudieron, vieron el nido en tierra, recorrieron el tejado, examinaron los alrededores, y de pronto, de común acuerdo, todas se pusieron á traer materiales para reconstruir el nido; en cuatro horas quedó lista la nueva casa, y todos los pájaros celebraron su construcción. Pero, contra toda previsión, por tercera vez se derrumbó el nido. Las golondrinas, como espantadas, revolotearon gritando, y de pronto partieron en todas direcciones; en un cuarto de hora no se vió ni una golondrina, como si hubieran acordado huir de aquel sitio maldito. Pero de pronto cayó sobre la casa una verdadera nube de pájaros: eran cientos de golondrinas que iban y venían sobre la casa; una de ellas se posó en un punto del alero, y un grito general pareció asentir á su elección; en el acto se dispersaron en todas direcciones, volviendo después con fango tomado del río; una hora más tarde, el nido estaba hecho de nuevo, y esta vez con toda solidez, pues ya no se cayó. ¿Se quiere ejemplo más claro del sentimiento de solidaridad?

*
* *

Las recepciones de Roosevelt. —Alberto Sabine ha publicado un libro, *Roosevelt íntimo*, cuyo título indica suficientemente su objeto. La Casa Blanca, residencia del presidente de la República Norteamericana, está abierta á todos los ciudadanos, y desde las diez de la mañana los visitantes que desean saludar al presidente, hablarle de sus negocios ó simplemente verle por curiosidad, invaden el palacio presidencial á centenares. Allí hay de todo: senadores, diputados, funcionarios, curiosos, turistas extranjeros, etc. Hay senadores que llegan acompañados de electores influyentes, para tratar asuntos locales ó pedir favores, y otros que llevan allí á sus electores para que vean al jefe del Estado.

Roosevelt hace una corta aparición, habla á uno de los senadores y da un apretón de manos á su elector; para abreviar estas ceremonias, no aguarda á que le den la mano: la coge y la suelta en el acto, y así se acaba más pronto. Para despachar á sus visitantes, Roosevelt ha perfeccionado el sistema de recibir. No introduce á nadie en su gabinete, sino que sale al salón y, fijándose en cualquiera de los concurrentes, se dirige á él; el visitante expone el objeto de su visita, casi siempre en voz baja y con aire misterioso, y Roosevelt le escucha con paciencia; pero, al contestarle, lo hace en alta voz, de modo que todos puedan enterarse de la pregunta y de la respuesta; y, como la mayor parte de las visitas tienen un fin interesado ó no tienen ningún objeto, los visitantes van desfilando á la inglesa, para no verse en el caso de que se descubran sus propósitos, y al poco rato el salón queda libre; generalmente, al sexto personaje á quien el presidente recibe, no queda un alma en el salón, y así puede Roosevelt dedicarse á cosa de más provecho que recibir visitas.

*
* *

Anécdotas teatrales.—De un largo artículo de Gilberto Stenger, publicado en *La Grande Revue* sobre «El Teatro bajo el Consulado», entresacamos algunas anécdotas que nos han parecido interesantes.

En la representación de *Bruto*, Talma, principiante entonces, hacía el papel de Próculo. Los actores, como los pintores, se cuidaban poco de la verdad histórica, y todos salían á escena con trajes de guardarropía que lo mismo servían para representar un héroe romano que un caballero de la Edad Media: la peluca alta empolvada y la capa corta á la española eran de rigor en todas las tragedias.

Pero Talma, que tenía otras ideas sobre lo que debía ser el disfraz de los actores, bajó de su cuarto envuelto en una toga romana; al verle sus compañeros, le dirigieron mil pullas, hasta el punto de que Talma, avergonzado, iba á volverse á su

cuarto para vestirse como los demás, cuando le avisaron de que le tocaba salir á escena; como ya no era tiempo de cambiar de traje, tuvo que salir como estaba, temblando por el efecto que iba á producir. Una salva de aplausos acogió su aparición, y, tranquilo ya del éxito, Talma obtuvo su primera brillante victoria, y rompió con los anacronismos de la escena, restableciendo la verdad histórica en los trajes, que más tarde se ha extendido á todos los detalles de la representación. Según Luisa Fusil, Talma debió á los consejos de David aquella emancipación del uso ridículo de los polvos, las pelucas, las falsas caderas y demás elementos del arte escénico corriente, creándose un guardarropa notable por su exactitud y su riqueza.

Monvel suprimió los gritos y gestos y todo el oropel de la tragedia, como Talma había suprimido las pelucas; bajo, de poca voz, faltándole varios dientes, parece increíble que Monvel pudiera imponerse al público; todos los contemporáneos, sin embargo, reconocen que apenas aparecía en escena, los espectadores quedaban como hipnotizados. La señorita Clairon describe muy bien el efecto. «Se anuncia Aquiles, Horacio, un héroe cualquiera, que acaba de ganar una batalla combatiendo casi solo contra enemigos formidables; ó bien un príncipe tan seductor que la más alta princesa sacrifica por él su trono y su vida, y se ve llegar á un hombrecillo sin fuerza y sin voz. ¿Qué ilusión cabe entonces? Todavía no puedo concebirlo; pero he visto á ese actor que acabo de pintar, con audacia para acometerlo todo, recibir aplausos desenfrenados». Es, seguramente, como dice Geoffroy hablando de Mouvel, un prodigio del arte hacerse escuchar con gusto en la escena cuando apenas se puede hablar.

Molé, actor cómico, era un fatuo á quien se reconvenía porque á cada instante tenía que tirarse de los calzones para que no se le cayeran. Una vez le entregaron, como manuscrito de un autor, un rollo de papel blanco muy bien envuelto; Molé se lo llevó á casa, y al cabo de seis meses lo devolvió al supuesto autor con una carta llena de cumplimientos por su obra.

Antes de la señorita Dumesnil, una reina de teatro, esclava de su papel, apenas se atrevía á andar en la escena; ni aun para volar en socorro de su hijo salía una reina madre de su paso majestuoso, conforme á la tradición. ¡Cuál no fué la grata sorpresa del público cuando vió á la Dumesnil, haciendo de reina, atravesar precipitadamente el escenario, lanzarse entre Egisto y Polifon, con lágrimas en los ojos y el brazo tendido hacia el tirano, exclamando con voz sollozante: «¡Deténte! ¡Es mi hijo!» Dumesnil quedó proclamada por aquel arranque reina de las trágicas, y la verdad triunfó del convencionalismo una vez más.

***

El valor de un ojo.—Uno de los temas discutidos en el último Congreso internacional de Oftalmología, de Lucerna, ha sido el de «fijar desde el punto de vista de la indemnización el valor de un ojo perdido ó estropeado».

Según la *Gazzette de Lausanne*, cuando se trató de establecer la ley de seguros contra los accidentes del trabajo, los especialistas consultados al efecto dijeron que la pérdida de un ojo debía estimarse como equivalente á la pérdida de la mitad de la capacidad del obrero para el trabajo, y valorarse, por consiguiente, la indemnización en un 50 por 100. Estudiado mejor el asunto, se vió que la estimación hecha era excesiva, pues la pérdida de un ojo es mucho menos grave que la pérdida de los dos, y entonces los oculistas la estimaron en un tercio, á propuesta del Dr. Zehnder de Rostock; la fórmula de la *tercera parte* ha estado vigente algún tiempo en los tribunales y en las compañías de seguros.

Las estadísticas, sin embargo, han demostrado que ese valor era todavía excesivo, y que debía fijarse en un 20 ó á lo más en un 25 por 100; es decir, en una quinta ó cuarta parte, siempre que se trate de lesiones oculares unilaterales. En el Congreso se presentó la siguiente proposición: «Cuando un obrero quedado tuerto por un accidente sufre ulteriormente una nue-

va enfermedad ó herida que debilita la vista de su segundo ojo, la indemnización fijada por la pérdida del primer ojo debe examinarse de nuevo, y aumentarse si procede».

El Congreso no se ha atrevido á resolver, y ha confiado el estudio de la cuestión á una comisión, que propondrá soluciones para otro Congreso. Por ahora se ha dejado la fijación de la indemnización á la apreciación del médico ó del árbitro. En Suiza, la pérdida de un ojo se indemniza con una cantidad equivalente al 25 ó 30 por 100 de la capacidad laborable del obrero. El Dr. Gonia propone una solución que no deja de ser aceptable: la de que, reunidos en sociedad los obreros indemnizados, se obliguen á dejar en depósito una parte de su indemnización para aquel que llegue á quedarse ciego; pues si la indemnización para el que queda tuerto excede realmente del daño recibido, es en cambio irrisoria para el que llega á quedarse ciego; la reserva que cada tuerto indemnizado dejara en depósito pondría remedio á la desigualdad, y el ciego encontraría de este modo asegurados sus medios de vivir, sin tener que acudir á la mendicidad.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Castilla, por Leonardo Williams. — Madrid, 1904.

El Sr. Williams—un inglés que escribe exquisitamente el castellano—ha hecho recientemente un libro, al que ha dado el título que encabeza estos renglones.

Principalmente «la ciudad de las buenas espadas y de las dagas románticas»—según escribió Teófilo Gautier en su *Viaje por España*—atrae la atención del autor, y preferentemente habla de ella en el libro, ya que, de los ocho capítulos que éste contiene, cinco se limitan á Toledo.

Verdad es que nuestras viejas ciudades castellanas (Segovia, Ávila, Toledo, entre ellas) son propias para ensueños poéticos por remembranzas de clasicismo caballeresco. De ahí el por qué el Sr. Williams, si va á la ciudad del Tajo, fundada, «según los más moderados cronistas, antes del diluvio», gusta de hacer el viaje completamente solo ó en compañía de un poeta, ó de un arqueólogo, ó de un artista, «porque—sigue escribiendo—el aspecto de estas viejas murallas, cargadas de recuerdos de grandezas, que se desmoronan y se destruyen, está muy lejos de invitar á una excursión alegre». Mucho de melancólico romanticismo tienen estas manifestaciones; pero las aplaudo, porque tengo para mí que son sinceras.

Enamorado, y mucho, de las cosas de España debe de estar el autor; que así nos lo atestiguan anteriores y acaso futuras producciones suyas.

Tres artículos más, y muy interesantes y curiosos por cierto: «Una aventura del príncipe inglés Carlos Estuardo»; otro

sobre «El Escorial» y sobre «Alcalá de Henares», completan el libro del Sr. Williams, editado con mucho gusto y primorosamente adornado de fotograbados interesantes que dan más relieve y amenizan el trabajo.

Yo creo que este libro, como reflejo de la impresión estética sentida por el autor en sus viajes, merece elogio; únicamente el título me merece reparo. Cierto que es en extremo sugestivo y elocuente, y acaso esto haya buscado el autor, que debe de estar satisfecho; pero me temo que no es del todo verdadero, ya que poco tiene

. . . . . .
. . . . . aquellos campos,
los de las pardas onduladas cuestas,
los de los mares de enceradas mieses,
los de las mudas perspectivas serias,
los de las castas soledades hondas,
los de las grises lontananzas muertas...

El libro *Castilla* tiene muy poco de esa Castilla del poeta Galán; pero, sin embargo de ello, yo me regocijo y aplaudo al Sr. D. Leonardo Williams, un inglés que siente flaqueza por las cosas de España y que escribe de ellas en donoso y perfecto castellano.

José Rincón

INDICE

por orden alfabético de autores de los artículos publicados en «La España Moderna» durante el año 1904.

Amador de los Ríos (Rodrigo).—*Recuerdos históricos de la invasión francesa* (1809 á 1811). Junio, pág. 108.—*Los fueros de los pobladores cristianos en la ciudad de Toledo.* Agosto, pág. 68.—*El niño de la Guardia y su martirio, según los documentos.* Diciembre, pág. 42.

Albornoz (Alvaro).—*La cooperación y el problema obrero.* Octubre, pág. 45.

André (Eloy L.)—*Fuerza y cultura, según nuestra mentalidad individual y colectiva.* Junio, pág. 72.

Andrés.—*El problema de la Marina de guerra.* Enero, pág. 46.

Apraiz (Julián).—*Don Isidoro Bosarte y el Centenario de «La Tía fingida».* Julio, pág. 82; Agosto, pág. 21.

Araujo (Fernando).—*Revista de Revistas.* Enero, pág. 176; Febrero, pág. 166; Marzo, pág. 167; Abril, pág. 166; Mayo, pág. 172; Junio, pág. 185; Julio, pág. 165; Agosto, pág. 180; Septiembre, pág. 187; Octubre, pág. 175; Noviembre, pág. 169; Diciembre, pág. 171.

Becker (Jerónimo).—*Relaciones hispanoamericanas.* Marzo, página 113; Septiembre, pág. 25; Noviembre, pág. 54.

Benot (E.)—*Signo de pasiva «se».* Mayo, pág. 104.—*El análisis atomístico-gramatical.* Junio, pág. 57.—*Uso de los modos y tiempos.* Agosto, pág. 56.—*Estudio aislado de las palabras.* Noviembre, pág. 88.—*¿Hay semivocales?* Diciembre, pág. 129.

Danilewsky (Gregorio).—*La princesa Tarakanoff* (novela). Febrero, pág. 5; Marzo, pág. 5; Abril, pág. 5.

Dorado (P.)—*Notas bibliográficas.* Enero, pág. 203; Febrero, página 202; Abril, pág. 197.—*El discurso de apertura de los Tribunales y la Memoria del Fiscal del Supremo.* Noviembre, pág. 24.

Echegaray (José).—*Recuerdos.* Enero, pág. 59; Febrero, pág. 55; Marzo, pág. 81; Abril, pág. 33; Mayo, pág. 77; Junio, pág. 43; Julio, pág. 52; Agosto, pág. 101; Septiembre, pág. 62; Octubre, pág. 56; Noviembre, pág. 73; Diciembre, pág. 5.

Elola (José de).—*Estudios de sinonimia inversa.* Noviembre, página 5.

Gómez de Baquero (E.)—*Crónica literaria.* Enero, pág. 166; Febrero, pág. 155; Marzo, pág. 157; Abril, pág. 156; Mayo, página 162; Junio, pág. 176; Julio, pág. 155; Agosto, pág. 171; Septiembre, pág. 178; Octubre, pág. 167; Noviembre, pág. 158; Diciembre, pág. 162.

González Blanco (Edmundo).—*El evemerismo de Spencer.* Enero, pág. 113.—*Las ilusiones sobre el problema social.* Marzo, página 40.—*Las aspiraciones típicas de la anarquía contemporánea.* Abril, pág. 67.—*La evolución religiosa del pueblo japonés.* Mayo, pág. 56.—*El individualismo de Nietzsche y la teoría sociológica del genio.* Octubre, pág. 5.

González Blanco (Pedro).—*Notas bibliográficas.* Julio, pág. 205.

González Rebollar (Hipólito).—*El pueblo español ante la reforma social.* Febrero, pág. 86.

Gorostizaga (L. de).—*Notas bibliográficas.* Mayo, pág. 203.

Hinojosa (Eduardo de).—*La servidumbre de la gleba en Aragón.* Octubre, pág. 33.—*El Código de Hammurabi.* Diciembre, pág. 31.

Hispanus.—*Lecturas americanas.* Enero, pág. 148; Febrero, página 136; Marzo, pág. 140; Abril, pág. 132; Mayo, pág. 140; Junio, pág. 148; Julio, pág. 135; Agosto, pág. 150; Septiembre, página 157; Octubre, pág. 149; Noviembre, pág. 135.

Ignotus.—*Nuestro sistema de recompensas militares.* Febrero, página 37.—*El romanticismo en el Ejército y la recluta de oficiales.* Septiembre, pág. 5.

Martínez Olmedilla (Augusto).—*La trata de blancas*. Diciembre, pág. 76.

Menéndez y Pelayo (M.)—*Indagaciones y conjeturas sobre algunos temas poéticos perdidos*. Enero, pág. 94.—*Libros de caballerías catalanes*. Diciembre, pág. 111.

Merejkowsky (Dmitry de).—*La muerte de los dioses (La novela de Juliano el Apóstata)*. Agosto, pág. 114; Septiembre, pág. 76; Octubre, pág. 77; Noviembre, pág. 100.

Morillo (Antonio).—*Notas bibliográficas*. Febrero, pág. 203; Marzo, pág. 200.

Navas (Conde de las).—*Artículos de primera necesidad. Chocolate*. Julio, pág. 29.—*Amigos y enemigos del libro*. Noviembre, página 40.

París (Gastón).—*Roncesvalles*. Abril, pág. 116; Mayo, pág. 32.

Pérez de Guzmán (Juan).—*Páginas de la historia del periodismo (de 1820 á 1823)*. Enero, pág. 73.—*El magisterio de la prensa en España*. Marzo, pág. 63; Abril, pág. 47.—*Las mocedades de D. Manuel Josef Quintana* (apuntes y datos inéditos para su biografía). Mayo, pág. 116.—*Los israelitas de origen español en el Oriente de Europa. La conservación de la lengua castellana entre ellos y su inclinación hacia España*. Julio, pág. 5.

Pitollet (Camille).—*Cosas de Francia* (*opiniones de Diego Gabacho*). Mayo, pág. 91.

Posada (Adolfo).—*La discusión del presupuesto de Instrucción pública*. Febrero, pág. 70.—*La actividad legislativa de las Cortes*. Abril, pág. 98.—*La doctrina orgánica de las sociedades*. Julio, pág. 65.

Rincón (José).—*Notas bibliográficas*. Diciembre, pág. 202.

Santacruz (Pascual).—*El carácter del pueblo español*. Julio, página 109.

Sempere y Olivares (José María).—*Notas bibliográficas*. Enero, pág. 204; Marzo, pág. 198.

Techekhoff (Antón).—*En la hondonada* (novela). Enero, pág. 5.

Techekhov (Antón).—*Desolación*. Febrero, pág. 129.—*Una fiebre tifoidea*. Marzo, pág. 34.—*Vanka*. Mayo, pág. 5.

Terán (Luis de).—*Notas bibliográficas*. Julio, pág. 203.

Twain (Marc).—*El robo del elefante blanco*. Junio, pág. 5.—*La gran revolución de Pitcairn* (cuento). Julio, pág. 121.

Unamuno (Miguel de).—*La locura del doctor Montarco*. Febrero, pág. 114.—*Intelectualidad y espiritualidad*. Marzo, pág. 98.—*Sobre la filosofía española* (diálogo). Junio, pág. 28.—*¡Plenitud de plenitudes y todo plenitud!* Agosto, pág. 5. *Sobre la soberbia*. Diciembre, pág. 17.

Uña y Sarthou (Juan).—*El descanso dominical en el Imperio Alemán*. Septiembre, pág. 53.

Valle Pascual (Luis del).—*El problema del trigo*. Junio, pág. 96.

Wilde (Oscar).—*El cumpleaños de la infanta* (cuento). Mayo, página 10.—*El Niño-Estrella*. Diciembre, pág. 143.

INDICE

Págs.

Recuerdos, por José Echegaray 5

Sobre la soberbia, por Miguel de Unamuno 17

El Código de Hammurabi, por Eduardo de Hinojosa 31

El Niño de la Guardia y su martirio, según los documentos, por Rodrigo Amador de los Ríos 42

La trata de blancas, por Augusto Martínez Olmedilla 76

Libros de caballerías catalanes, por M. Menéndez y Pelayo 111

¿Hay semivocales?, por Eduardo Benot 129

El Niño-Estrella, por Oscar Wilde 143

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero 162

Revista de Revistas, por Fernando Araujo 171

Notas bibliográficas (Castilla, por Leonardo Williams), por José Rincón 202

Índice general por orden alfabético de autores 204

AP
60
E8
año 16
no.190-92

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY